

ESTE VIAJE ES SOLO EL PRINCIPIO

Pasajera



DE LA AUTORA DE *MENTES PODEROSAS*

ALEXANDRA BRACKEN



Lectulandia

Etta Spencer es una joven promesa del violín que en una sola noche lo pierde todo, y a partir de ese momento deberá encontrar la forma de sobrevivir en un mundo extraño y peligroso.

Nicholas Carter carga con un oscuro secreto y un pasado que creía enterrado, pero la aparición de Etta sacará todo a la luz y lo obligará a escoger entre su libertad y salvar la vida de la chica que viene de un futuro misterioso.

Perdidos en el espacio y el tiempo, no tardarán en descubrir que solo se tienen el uno al otro. ¿Será suficiente para sobrevivir cuando la traición, las mentiras y el ansia de poder se interpongan en su camino?

Lectulandia

Alexandra Bracken

Pasajera

Pasajera - 1

ePub r1.0

Titivillus 12.02.2019

Título original: *Passenger*
Alexandra Bracken, 2016
Traducción: Víctor Manuel García de Isusi

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.0



más libros en lectulandia.com

PARA MAMÁ: JAMÁS HA HABIDO NADIE CON UN CORAZÓN TAN BONITO Y
FUERTE COMO EL TUYO.

No importa cuán estrecha sea la puerta,
cuán cargada de castigos la sentencia:
soy el dueño de mi destino;
soy el capitán de mi alma.

WILLIAM ERNEST HENLEY

Bután

1910

Prólogo

Mientras ascendían, apartándose cada vez más de los senderos sinuosos que conducían a los pueblos cercanos, el mundo se abrió ante él en su forma más pura: silencioso, ancestral, misterioso.

Letal.

Nicholas había pasado la mayor parte de su vida en el mar, o lo bastante cerca de él como para detectar el olor a pescado y salitre cuando se levantaba viento. Incluso en aquel momento, mientras se acercaban al monasterio, esperando que este apareciera entre las nubes y la densa niebla, se dio cuenta de que se daba la vuelta, buscando en vano, más allá de los altísimos picos del Himalaya, la brumosa línea donde se encuentran el cielo y el oleaje; algo familiar a lo que aferrarse antes de que su valor y la confianza que tenía en sí mismo desaparecieran.

La senda, una sucesión serpenteante de escaleras y barro, había avanzado, en un primer momento, entre pinos con los troncos cubiertos de musgo, y ahora abrazaba los precipicios verticales, cortados a cuchillo, sobre los que habían construido, por imposible que parezca, el monasterio de Taktsang Palphug. Por encima de los árboles ondeaban cuerdas con banderas de oraciones y aquella vista suavizó parte de la presión que sentía en el pecho. Le recordó, de inmediato, a la primera vez que el capitán Hall lo había llevado al puerto de Nueva York, donde las fragatas nuevas estaban festoneadas con banderas de diferentes estilos y colores.

Cambió de postura. Fue un movimiento con el que pretendía suavizar el dolor que le producían las correas de la mochila, que se le clavaban en los hombros. Un movimiento lento y cuidadoso, porque no quería despeñarse.

«Has trepado por las jarcias innumerables veces, ¿desde cuándo te asustan las alturas?».

Jarcias. Ansiaba volver a tocarlas, volver a sentir la espuma que traían el viento y el navío al cargar por el mar. Nicholas intentó erguirse de hombros y apagar la quemadura del resentimiento que amenazaba con prender en la boca del estómago. Ya debería haber vuelto. Debería estar con Hall, con Chase, pasando por encima de las crestas de las olas; y no allí, en un siglo extraño —¡el siglo xx, por el amor de Dios!—, con un atontado incompetente que le necesitaba para atarse los botones del abrigo nuevo, anudarse las botas, ponerse el pañuelo del cuello y aquel ridículo sombrero de fieltro de ala ancha y desmandada, a pesar de tener dos manos y, a todas luces, un cerebro dentro de aquella cabeza suya.

El saco de cuero que llevaba colgando del cuello le golpeó con fuerza en el costado cuando continuó ascendiendo hacia donde se encontraba Julian, que estaba con una pierna apoyada en una roca; su pose habitual cuando creía que había damas

alrededor dispuestas a admirarlo. Nicholas no tenía ni idea de a quién estaría intentando impresionar; ¿a los pocos pájaros que habían oído mientras cruzaban el bosque húmedo? ¿Habría sido siempre así: histriónico, vanidoso y un completo desconsiderado? ¿Acaso Nicholas había estado tan ciego, por lo maravilloso que le parecía haber encontrado a un supuesto hermano —y, con él, una vida nueva llena de comodidades, riqueza y aventuras—, como para no haberse dado cuenta antes?

—Eh, muchacho, ven y echa una ojeada. Eso es el Nido del Tigre, ¿sabes? Maldita sea esta niebla...

En realidad, Nicholas ya lo sabía, sí. Para él, era importante leer tanto como le fuera posible acerca del sitio al que los había enviado el anciano porque, así, tendría más posibilidades de mantener con vida al cada vez más imprudente y tozudo Julian. Nicholas siempre partía de una escasez de conocimientos, de entrenamiento. Cuando se dio cuenta de que la familia nunca le proporcionaría una educación de verdad para sus viajes, había empezado a preguntarse si aquello era intencionado, para que su posición siguiera siendo precaria. La situación le había molestado tanto que se había gastado la mayor parte de sus exiguos ingresos en libros de historia.

—El gurú budista de Bután, Padmasambhava, según cuenta la leyenda, claro está, llegó volando hasta aquí a lomos de una tigresa —siguió diciendo Julian con una sonrisa que los había sacado de varios problemas y complicaciones; la sonrisa que, en su día, había servido para suavizar el corazón y el carácter de Nicholas, pues era ideal para pedir perdón—. Deberíamos entrar en alguna de sus cuevas de meditación cuando volvamos. Hasta tú podrías dedicarte un rato a pensar. Fíjate en esas vistas y dime que no echarás de menos viajar. ¿Cómo si no, con esa vida humilde que llevas, crees que habrías visto esto? ¡Vamos, jamás de los jamases!

En vez de soltarle un puñetazo en su petulante cara o clavarle la piqueta en la espalda, Nicholas volvió a cambiar la mochila de posición e intentó no pensar que, una vez más, lo estaban aplastando tanto el peso de Julian como el de las pertenencias de este.

—Parece que se avecina una tormenta —comentó Nicholas, orgulloso de lo firme que sonaba su voz a pesar de la agitación y las protestas que, una vez más, provocaba el resentimiento que crecía en su interior—. Deberíamos detener el ascenso y esperar a mañana.

Julian se quitó un bicho del hombro de su abrigo impoluto.

—No, tuve que dejar a aquella fierecilla en el bar clandestino de Manhattan y quiero estar de vuelta para un revolcón rápido antes de regresar con el anciano —comentó Julian entre suspiros—. Aunque, una vez más, con las manos vacías. Y volverá a enviarnos a otro sitio remoto, a buscar algo que, lo más probable, ni siquiera exista ya. Típico.

Nicholas se quedó mirando cómo su hermanastro hacía malabarismos con el bastón y empezó a preguntarse qué pensarían los monjes de ellos: el engreído príncipe pelirrojo con su equipo nuevo de montaña, husmeando por sus rincones

sagrados en busca de un tesoro perdido; y el jovencito de piel oscura, el sirviente, a todas luces, siguiéndolo como una sombra cautiva.

«No es así como tendría que ser».

¿Por qué había aceptado? ¿Por qué había firmado el contrato? De hecho, ¿por qué había confiado siquiera en esta familia?

«No soy como tendría que ser».

—Alegra esa cara, viejo —le soltó Julian, y le pegó un suave puñetazo en el hombro—. No me dirás que todavía estás molesto por lo del contrato.

Cuando su hermanastro se dio la vuelta de nuevo, Nicholas lo miró airado a su espalda. No quería hablar de aquello, ni pensar en ello; en cómo Julian se había encogido de hombros y le había soltado: «Deberías haber leído los términos con más atención antes de firmar». Aunque aquella familia, de la que había sido esclavo, le había dado la libertad, al final, había vuelto a convertirse en un sirviente. El anciano, no obstante, había hablado de cosas magníficas: magia, viajes, más dinero del que era capaz de imaginar. En aquel momento, no le había parecido que cinco años de emociones fueran a ser ningún sacrificio.

Cuando se había dado cuenta de que no iba a ser más que el ayuda de cámara de un hermanastro que nunca, ni en mil años, iba a reconocer en público que lo era, Nicholas se había limitado a tragarse la bilis que le subía una y otra vez por la garganta y a acabar de atarle el pañuelo del cuello a su hermano según su estilo. Desde entonces, nunca había sido tan consciente del paso del tiempo. Cada segundo que desgranaba el reloj astillaba su resolución, y tenía miedo de descubrir lo que una furia desastrosa podría sacar de él cuando tuviera la guardia baja.

—Deberíamos dar la vuelta y acampar —comentó Nicholas al tiempo que evitaba la mirada evaluadora de su hermanastro—. Empezar de nuevo mañana.

Julian se mofó de la idea:

—¿Te asusta un poco de lluvia? No seas tan soso, Nick. Esta ascensión es facilísima.

No era la ascensión lo que le preocupaba. Apenas le llegaba oxígeno a los pulmones, y el dolor de cabeza no se debía tanto al incesante parloteo de Julian como a lo peligrosamente cerca que estaban ahora del cielo. Le daba la sensación de que las rodillas se le habían vuelto de arena y no sentía nada en las manos.

«Podría dejarlo aquí. Salir corriendo».

¿Adónde podría ir para que no lo encontrasen? Con Hall no, desde luego. Ni siquiera a su propia época. Ni siquiera podría ir a buscar a su madre.

Miró las nubes de color gris acero que se cernían sobre la cordillera, partidas limpiamente por los cuellos largos y serrados del Himalaya. Si estuviera en un barco, se valdría del océano y de la propia nave para calcular la intensidad de la inminente tempestad, y, a continuación, trazaría un plan para escapar de ella de forma segura. En esos momentos, sin embargo, no contaba ni con una cosa ni con la otra; tan solo

con el leve cosquilleo que sintió en la nuca cuando oyó el estruendo de un trueno distante y el eco del mismo por entre las montañas deshabitadas.

—Espero que el anciano no se haya equivocado en esta ocasión —dijo Julian mientras reemprendía el camino por el sendero.

Desde donde se encontraba Nicholas, la senda parecía una cenefa interminable de escalones dispuesta sobre la rugosa y pedregosa cara del risco, subiendo y bajando, siguiendo la forma natural del paisaje.

—Estoy cansado de este juegucito tuyo —prosiguió Julian—. Ese maldito objeto se ha perdido. Ni siquiera él puede ganar siempre.

«Siempre gana. Ninguno de los dos me dejará libre», pensó Nicholas mientras apretaba los puños.

—Venga, Nick, vamos, que tenemos que terminar el viaje ¡y tengo tanta hambre que me comería un caballo! —lo animó Julian.

El primer goterón de lluvia le cayó en la cara, le rodó por la mejilla y se le cayó desde la barbilla. Fue un instante extraño; tembló. Se sintió atrapado y miró en derredor, en busca de algún refugio temporal, cosa que sabía que Julian exigiría, dado que no iba a arriesgarse a que se le mojaran las botas. Aparte de las *choten* —las estructuras bajas de color blanco debajo de las que se encontraban los cilindros de oración, ornamentados y pintados con colores brillantes—, había una serie de repisas debajo de las cuales los plañideros habían dejado relicarios cónicos llenos de cenizas.

—¡Allí! —Julian soltó un grito agudo y animado al tiempo que levantaba el puño en señal de victoria.

La niebla que rodeaba el monasterio apenas levantaba unos centímetros del suelo, como si la lluvia la empujara hacia abajo. Parecía la superficie neblinosa de un lago y maquillaba los cientos de metros de caída que tenía el precipicio desde aquella cornisa.

—¿¡Dónde está la cámara!? ¡Sácala!, ¿de acuerdo? De todos modos, ¡no hay nadie alrededor que pueda verla...!

El trueno que retumbó encima de ellos rebotó por las paredes de las montañas de tal manera que parecía un cañonazo. Nicholas se puso tenso y se encogió, como para escapar del aquel rugido ensordecedor. En cuanto este se hubo apagado, el cielo se abrió y empezó a llover a cántaros, con tanta fuerza que parecía una cortina a través de la que apenas se veía. Nicholas ahogó un grito de sorpresa cuando la lluvia se convirtió, como quien dice, en una lámina de agua —algo que solo había visto en el mar, en una ocasión, cuando su navío, por fuerza, había acabado atraído hacia un huracán—. Ríos de lluvia caían de la cornisa bajo la que se resguardaba y casi le arrastraban los pies.

«Julian...».

Nicholas se giró a toda prisa hacia el sendero justo cuando su hermanastro se daba la vuelta para gritarle algo y vio cómo el pie izquierdo de este desaparecía al pisar parte de un saliente embarrado que se desmoronaba por el peso.

Mientras corría hacia él para salvar la distancia que los separaba, un pensamiento se abrió camino con fuerza en su cabeza: «Así no».

—¡Nick! ¡Nick!

Julian había conseguido agarrarse a una parte de la cornisa resquebrajada, pero, mientras colgaba sobre el vacío, por encima de rocas y árboles, la mano enguantada con la que se sujetaba empezaba a resbalar. Nicholas gateó los últimos metros que los separaban y alargó la mano. El contenido de la mochila traqueteaba y se le clavaba en la espalda.

Julian estaba pálido de miedo. Movía la boca, implorándole: «¡Ayúdame! ¡Ayúdame!».

«¿Por qué?».

Aquella familia se lo había arrebatado todo. A su verdadera familia, su libertad, su confianza en sí mismo...

Una sensación fría y amarga de satisfacción lo embargó hasta lo más profundo de su ser al pensar en que por fin iba a poder vengarse.

«Porque es tu hermano».

Sacudió la cabeza al tiempo que notaba que la fuerza de la lluvia empezaba a arrastrarlo hacia la cornisa.

—¡Agárrate, Julian! ¡Sube la otra mano!

Por un instante, Julian, manchado de barro, puso cara de determinación y levantó el brazo que tenía libre. Intentaba agarrar la mano que le tendía su hermano. Acto seguido, dejó de agarrarse a lo que quedaba de la cornisa para poder estirar un poco más el otro brazo. Nicholas se lanzó hacia delante y consiguió cogerle los dedos...

No obstante, enseguida dejó de notar el peso de este, en cuanto la mano de su hermanastro se salió del guante y su oscura figura empezó a caer en silencio por entre la niebla, que era suave como una pluma y que se disipó lo suficiente como para que Nicholas viera, al fondo del barranco, un estallido de luz cuando Julian se estrelló contra el suelo resplandeciente.

A kilómetros, se oyó una explosión y un repiqueteo, y supo, de inmediato, que el pasadizo por el que habían entrado acababa de desmoronarse. Le rugía la sangre en los oídos, que le dolían por su propio grito mudo. No era necesario que mirara entre la niebla y la lluvia para saber que el mismísimo tiempo le había robado el cadáver de Julian y que lo había disuelto hasta convertirlo en un mero recuerdo.

Nueva York

En la actualidad

Uno

Lo más fascinante era que, cada vez que los miraba, Etta seguía viendo algo nuevo en ellos; algo que no había visto hasta entonces.

Los cuadros llevaban años colgados en la sala de estar, en el mismo sitio, detrás del sofá, alineados como si fueran un rollo de película cinematográfica de los mejores momentos de la vida de su madre. De vez en cuando, a Etta se le encogía el estómago cuando los miraba. No era por envidia, ni por nostalgia, sino por un sentimiento superficial a medio camino entre ambos. Aunque había viajado por todo el mundo con Alice, tocando en el circuito internacional de concursos de violín, jamás había visto nada parecido a lo que se mostraba en aquellos cuadros. Nada como aquel en el que se veía una montaña con un sendero sinuoso y brillante que ascendía por entre los árboles, hacia las nubes, hacia su pico, oculto.

Fue en aquel momento, apoyada en el respaldo del sofá, cuando Etta se fijó en que Rose había pintado dos figuras subiendo por el sendero, medio escondidas por las líneas de banderas de colores que ondeaban sobre sus cabezas.

Echó un vistazo a los otros cuadros que había debajo. Uno de ellos era la vista que tenía desde el primer estudio en el que Rose había vivido en Nueva York, en la calle Sesenta y seis con la Tercera Avenida. El siguiente, los escalones de entrada del Museo Británico, llenos de turistas y palomas, donde se había dedicado a hacer retratos cuando volvió a Londres; a Etta siempre le había encantado este cuadro, porque su madre había pintado el momento en el que Alice la había visto por primera vez, y se había acercado a Rose para echarle la bronca por haberse saltado las clases. La oscura y exuberante selva que acariciaba con suavidad la piedra húmeda de la Terraza de los Elefantes, en Angkor Thom; con dieciocho años, Rose había conseguido suficiente dinero para volar a Camboya y, una vez allí, había persuadido con halagos al director de la excavación arqueológica que se estaba llevando a cabo en la ciudad en ruinas para que la contratara, a pesar de que careciera de cualificación alguna para aquel trabajo. El siguiente cuadro era del Jardín de Luxemburgo, rebosante de flores en verano, de cuando su madre había estudiado en la Sorbona. Y, debajo de ese, colocado más allá del sofá y apoyado contra la pared de la izquierda, había una pintura nueva: un desierto al anochecer, proyectado en un fulgurante rosa dorado y una especie de ciudad en ruinas en el centro.

Aquella era la historia de la vida de su madre. O, al menos, los retazos que había querido compartir. Etta se preguntaba cuál sería la historia del nuevo cuadro. Hacía muchos años que su madre no tenía tiempo para pintar para sí misma, y muchos más aún desde que usaba aquellos cuadros para empezar los cuentos que le contaba antes de que se fuera a dormir. Apenas recordaba cómo era su madre entonces, antes de que

comenzaran los interminables viajes para dar charlas acerca de las últimas técnicas de restauración y los innumerables proyectos de conservación en el departamento de conservación del Metropolitano, limpiando y reparando las obras de los antiguos maestros.

Las llaves tintinearón en la puerta. Etta saltó del sofá y colocó bien los cojines.

Antes de entrar, su madre sacudió el paraguas una última vez en el pasillo. A pesar del chaparrón temprano de otoño, tenía un aspecto casi impecable: el pelo rubio y ondulado recogido en una coleta; los tacones mojados, pero no estropeados; la gabardina abotonada hasta el cuello. Etta se atusó el pelo y deseó haberse puesto ya el vestido para la representación en vez de seguir con su pijama multicolor. Le encantaba el hecho de que su madre y ella se parecieran tanto —como dos piezas a juego—, porque no tener que ver a su padre devolviéndole la mirada desde el espejo hacía que aceptar la vida sin él fuera más sencillo. Sin embargo, ahora, Etta era consciente de que los parecidos eran solo superficiales.

—¿Qué tal te ha ido el día? —le preguntó a su madre mientras esta le echaba un vistazo al pijama, para a continuación mirarla fijamente con una ceja enarcada.

—¿No deberías estar vestida? —Su voz llevaba ese tono de desaprobación que hacía que a Etta se le encogiera el estómago—. Alice llegará de un momento a otro.

Mientras su madre colgaba la gabardina en el pequeño armario de la entrada de su pequeño apartamento, Etta fue corriendo a su dormitorio, donde se resbaló con una partitura que había sobre la alfombra y a punto estuvo de estrellarse de cabeza contra su viejo armario. Hacía semanas que había elegido el vestido de noche de color rojo rubí para aquel acontecimiento, pero, en aquel momento, dudó, porque quizá su madre pensaría que era muy informal, o de alguna manera demasiado cursi, por las cintas que llevaba en los hombros. Era una velada para recaudar fondos privados para el Museo Metropolitano de Arte y no quería que los jefes de su madre pensaran que no era una profesional de los pies a la cabeza.

Etta quería ver a su madre sonreír de nuevo cuando ella tocara.

Dejó el vestido rojo a un lado, sacó uno más serio —el negro recatado— y se sentó en el escritorio para empezar a maquillarse. Unos minutos después, su madre llamó a la puerta.

—¿Quieres que te ayude a peinarte? —le preguntó su madre mientras la miraba por el espejo que había colgado en la pared.

Etta era capaz de hacerse sola el recogido, pero asintió y le tendió un botecito con horquillas y su cepillo viejo. Se sentó recta mientras su madre empezaba a desenredarle el cabello y a alisarlo desde la altura de la coronilla.

—No hacía esto desde que eras una niña —comentó Rose en voz baja, mientras asía en la mano las ondas de pelo rubio claro.

Etta cerró los ojos e intentó recordar qué sentía cuando era pequeña, cuando se sentaba en el regazo de su madre después de que la bañara y cuando le cepillaba el

pelo al tiempo que le contaba historias de los viajes que había hecho antes de que ella naciera.

No sabía cómo responder de forma que su madre no se encerrara en aquel silencio tenso y frío. Así que le preguntó:

—¿Vas a colgar el cuadro nuevo? Es muy bonito.

Su madre esbozó una de sus escasas pero tiernas sonrisas.

—Gracias, cariño. Quiero ponerlo donde está el cuadro del Jardín de Luxemburgo. Recuérdate que lo haga este fin de semana.

—¿Por qué? Ese me encanta.

—Las tonalidades encajarán mejor —respondió mientras cogía una de las horquillas y sujetaba el cabello recogido de su hija—. El paso de la oscuridad a la luz será más evidente. No lo olvides, ¿de acuerdo?

—No, no lo olvidaré. —Decidió probar suerte—. ¿De dónde es?

—Es un desierto de Siria... en el que hace muchísimos años que no había estado, pero resulta que hace unas semanas tuve un sueño y no he podido quitármelo de la cabeza desde entonces. —Recogió los últimos mechones de pelo y le puso un poco de laca—. Me recordó que hay algo que llevo años queriendo darte...

Metió la mano en el bolsillo de su ajada chaqueta de punto y sacó algo que le puso con delicadeza en la palma de la mano. Eran dos delicadísimos pendientes de oro.

Dos perlas brillantes rodaron con suavidad, juntas, y golpearon las pequeñas hojas de oro con forma de corazón a las que estaban unidas. Etta habría preferido que de los aros colgaran unas cuentas de color azul oscuro, aunque no fueran zafiros. El oro, trabajado con gran delicadeza, se curvaba hasta dar la sensación de que se trataba de una pequeña vid. Dada la calidad del trabajo —un tanto irregular— y la manera en que encajaba el diseño —no muy bien—, Etta sabía que aquella joya la habían labrado con grandes esfuerzos y hacía muchísimos años. Puede que cientos.

—He pensado que irían muy bien con el vestido del debut.

Su madre se apoyó en el escritorio mientras Etta admiraba los pendientes e intentaba determinar si le sorprendía más lo bonitos que eran o que a su madre, por primera vez, el recital no le preocupase solo por cómo iba a encajar en su agenda.

Aún faltaba algo más de un mes para su debut como solista, pero Etta y su profesora de violín, Alice, habían empezado a buscar tela y encaje en el Garment, un distrito con muchas tiendas de ropa, a los pocos días de enterarse de que iba a interpretar el concierto para violín de Mendelssohn en el Avery Fisher Hall, acompañada de la Filarmónica de Nueva York. Después de dibujar unos bocetos con sus ideas, Etta había hablado con una modista para que le diseñase el vestido. Un encaje dorado, tejido con un maravilloso diseño floral que le cubriría los hombros y que descendería artísticamente hasta el corpiño de raso azul intenso. Era el vestido perfecto para el perfecto debut del «secreto mejor guardado de la música clásica».

Etta estaba cansada de aquella etiqueta estúpida, que la perseguía hacía meses, desde que el *Times* publicó aquel artículo acerca de su victoria en el concurso internacional de música clásica más importante, el Tchaikovsky International Competition, celebrado en Moscú, y que no hacía sino recordarle aquello que no había hecho todavía: debutar.

Su debut como solista con una orquesta era algo que llevaba gestándose, por lo menos, tres años, pero Alice se había opuesto rotundamente a asumir compromisos en su nombre. Y dado que había sido una niña con un terrible miedo escénico, hasta el punto que había tenido que luchar con cada ápice de su ser para superarlo en los primeros concursos, se sentía muy agradecida. Pero, entonces, cuando a Etta se le pasó el terror a los escenarios y de repente ya había cumplido los quince años, los dieciséis después, y, ahora que iba camino de los dieciocho, empezaba a ver que chicos a los que había vencido justamente en concursos debutaban tanto en casa como en el extranjero y comenzaban a superarla en una carrera que ella llevaba años liderando. Empezó a obsesionarse con que sus ídolos habían debutado muchísimo antes que ella: Midori, a los once; Hilary Hahn, a los doce; Anne-Sophie Mutter, a los trece; Joshua Bell, a los catorce.

Alice había preparado la interpretación de aquella noche en el Metropolitano como un lanzamiento discreto para poner a prueba sus nervios, pero a ella le parecía más un bache en el camino hacia una montaña altísima, una montaña que quería pasarse ascendiendo toda la vida.

Su madre jamás había intentado convencerla para que no tocara, para que se centrara en otros estudios, sino que la había apoyado siempre, aunque de la manera tan reservada que la caracterizaba. Debería haberle parecido suficiente, pero Etta siempre había trabajado mucho más duro para conseguir las alabanzas de su madre, para captar su atención. Se esforzaba por obtenerlas y se había sentido frustrada una y otra vez en aquel intento.

«Nunca va a importarle, por mucho que te esfuerces por ser la mejor. De hecho, ¿sigues tocando por ti o porque tienes la esperanza de que algún día ella decida escucharte?». Pierce, su mejor amigo —más tarde reconvertido en novio—, se lo había soltado a gritos cuando ella había cortado con él porque necesitaba más tiempo para ensayar. Era una pregunta que, en los seis meses que habían pasado desde que Pierce se la había hecho, había ido cobrando fuerza, pasando de ser un mero susurro a una duda molesta que, en aquel momento, había llegado a preocupar a la propia Etta.

Admiró los pendientes de nuevo. ¿No era aquella, acaso, una prueba de que a su madre le importaba realmente? ¿De que, de hecho, apoyaba el sueño de su hija?

—¿Puedo llevarlos también hoy?

—Por supuesto. Ahora, son tuyos. Puedes llevarlos siempre que quieras.

—¿A quién se los has robado? —preguntó Etta en tono jocoso mientras se los ponía.

No sabía en qué momento de los cuarenta y cuatro años de su madre podría haberse permitido comprarlos. ¿Los habría heredado? ¿Serían un regalo?

Su madre se puso tensa y cuadró los hombros de tal manera que parecían los bordes del viejo pergamino que tenía en el escritorio. Esperó a que se riera, pero no lo hizo. Por el contrario, una mirada cortante dejaba claro el error que había cometido al hacer aquella broma estúpida. El silencio de la mujer se alargó hasta el punto de resultar doloroso.

—Mamá... —De pronto, tenía imperiosas ganas de llorar, pues era consciente de que había estropeado aquel momento íntimo—. Era una broma.

—Lo sé. —Levantó la barbilla—. Me trae recuerdos dolorosos... Hace muchos años que no vivo como en aquel entonces, pero las miradas que recibía de los demás... Quiero que tengas claro que jamás he robado. Daba igual lo mal que estuvieran las cosas o cuánto deseara algo. En una ocasión intentaron cargarme un robo y aún no he olvidado cómo me sentí. Estuve a punto de perder algo que era de tu bisabuelo.

Se percibía cierto enfado tras aquellas palabras, y a Etta le sorprendió que su primera reacción no fuera la de apartarse de ella. Su madre casi nunca hablaba de su familia, menos todavía del padre de Etta, del que, como quien dice, nunca había oído nada, por lo que la muchacha se encontró cogiendo el hilo y tirando de él con la esperanza de descubrir algo.

—¿Te refieres por parte de tu padre adoptivo, el que intentó robarte?

Su madre sonrió, pero sin ánimo de que el gesto albergara el menor sentido del humor.

—Buena suposición.

Su madre había perdido a sus padres en un horrible accidente de coche sucedido en Navidad. Su tutor, su abuelo, había muerto poco más de un año después. Y la familia que la había adoptado... El padre nunca le había puesto la mano encima, pero por las pocas historias que Etta había oído de él, el control que había ejercido sobre su madre había sido tan rígido y absoluto que ella había tenido que decidir si quedarse y asfixiarse o arriesgarse a escapar sola.

—¿Qué era —Etta sabía que estaba tentando a la suerte— lo que intentó robarte?

—Una antigua reliquia familiar. Lo cierto es que la guardé por una sola razón: sabía que, vendiéndola, podría comprar un billete a Londres y, así, alejarme de mi familia adoptiva. Sabía que tu bisabuelo me la había legado a mí para que tuviera alguna oportunidad de futuro. No me he arrepentido nunca de haberla vendido, porque me trajo aquí. Quiero que siempre tengas presente que, al final, lo importante son las decisiones que tomamos. Ni los deseos, ni las palabras ni las promesas.

Etta movió la cabeza a un lado y a otro, estudiando los pendientes en el espejo.

—Los pendientes los compré en un zoco, un mercado antiguo de Damasco cuando tenía, más o menos, tu edad. La vendedora se llamaba Samarah y me convenció para que los comprara cuando le expliqué que aquel era mi último viaje

porque había decidido volver a la universidad. Durante mucho tiempo los consideré el final de mi camino, pero ahora creo que, en realidad, siempre han representado el inicio del tuyo. —Rose se inclinó y le dio un beso en la mejilla—. Esta noche vas a estar preciosa. Estoy muy orgullosa de ti.

Etta notó, de inmediato, el picor de las lágrimas y se preguntó si sería posible capturar aquel instante para siempre. De un plumazo, aquellas palabras acababan de llevarse todos los sentimientos de decepción de su vida y la felicidad acababa de inundar sus venas.

Oyeron que alguien llamaba a la puerta antes de que abriera con sus llaves y anunciara su llegada con un entusiasta «¡hola!».

Era Alice.

—Venga, poneos en marcha —le dijo su madre mientras le quitaba una pelusa del hombro—. Tardaré unos minutos en cambiarme, pero nos encontraremos allí.

Etta se puso de pie con la garganta todavía tensa. Habría abrazado a su madre de no ser porque Rose se apartó y juntó las manos detrás de la espalda.

—Nos vemos allí, ¿de acuerdo? —le preguntó.

—Salgo enseguida, te lo prometo.

Cuando entró con Alice en el auditorio, que aún estaba vacío, la excitación del momento la sorprendió a través de las primeras notas musicales, y sintió cómo su respiración se agitaba en el pecho para, a continuación, hundirse en su piel y hacer que hasta el tuétano le temblara.

Era capaz de admitirlo. Aquel violinista... Consultó el programa que había cogido previamente: Evan Parker. Sí. Lo había oído tocar en un par de concursos. Era capaz de admitir que era bastante decente. Puede que hasta un poco bueno.

«Pero... no tanto como yo».

Esbozó una sonrisa de satisfacción.

Y, desde luego, tampoco lo bastante bueno como para hacerle justicia a la *Partita para violín solo, número 2, en re menor*, la «Chacona» de Bach.

Las luces se atenuaron y barrieron el escenario a modo de explosiones coloridas mientras los técnicos de la cabina hacían ajustes de última hora para que todo encajara con el tono de la pieza. Evan estaba en el centro del escenario, con el pelo oscuro resplandeciente, y tocaba la «Chacona» como si tratara de enardecer con el violín, sin prestarle atención a nada ni a nadie. Etta conocía bien aquella sensación. Puede que, a lo largo de su vida, hubiera dudado de muchas cosas, pero, desde luego, jamás había dudado de su talento, de su pasión por el violín.

Los intérpretes no habían tenido ni voz ni voto a la hora de elegir la pieza que el comité de directores del museo les había asignado a cada uno de ellos, pero una parte de ella, aunque pequeña, sentía envidia por la que habían elegido para él. Muchos, incluida ella, consideraban aquella chacona una de las piezas para violín más

complicadas; se trataba de una progresión repetida en decenas de variaciones complejas y mareantes. Tenía mucha potencia emocional y su estructura era casi perfecta. Por lo menos, así era cuando ella la tocaba. Debería haber sido quien la interpretara.

Su pieza, el «Largo» de la *Sonata número 3*, era la última de la serie para los violines. La pieza era dulce pero profunda, de ritmo meditativo. No era de las más complejas o exigentes de Bach, ni de las más coloridas, pero Alice le decía una y otra vez que no había que confiarse cuando se tocaba a Bach. Cada pieza requería que el ejecutante usara toda su habilidad técnica y se concentrara al máximo. La tocaría de forma impecable y, así, toda la atención volvería a quedar centrada en su debut.

No en su madre.

No en el hecho de que no tenía a nadie a quien enviar un mensaje o llamar después de la velada con la intención de ponerle al día.

No en el hecho de que una sola noche podía condicionar todo su futuro.

—Lo habrías hecho de maravilla con la «Chacona» —le comentó Alice mientras iban hacia el lateral del escenario, hacia los camerinos—, pero, esta noche, tienes que tocar el «Largo». Recuerda que esto no es un concurso.

Alice tenía esa forma de ser que hacía que pareciera que siempre estaba en casa, frente al hogar, envuelta en una manta y cantando nanas a unas criaturitas del bosque de expresión dulce. Tenía un pelo que, de acuerdo con las fotografías, había sido en su día rojo como el fuego y le había llegado hasta la mitad de la espalda; ahora lo llevaba recogido en una coleta y lo tenía blanco como la leche. Ahora bien, estar a punto de cumplir los noventa y tres años no había hecho que perdiera ni un ápice de su calidez ni de su ingenio. Aunque su cabeza era tan perspicaz como siempre y su sentido del humor era aún más socarrón, Etta tuvo cuidado al ayudarla a subir las escaleras, y fue igualmente cuidadosa para no agarrarla del brazo tan delgadito con demasiada fuerza, mientras uno de los coordinadores de la velada las acompañaba hacia la antesala del escenario.

—Ahora bien —empezó a susurrarle con una sonrisa—, que no se te olvide que eres mi alumna y que, por tanto, eres la mejor que hay aquí. Y, si te sientes predispuesta a demostrarlo, ¿quién soy yo para impedírtelo?

Etta no pudo evitarlo, se echó a reír y abrazó a su profesora. Agradeció muchísimo que la anciana le devolviera el abrazo multiplicado por diez. Cuando era más joven, nada más empezar el circuito de concursos, no podía salir al escenario sin que Alice la hubiera abrazado en tres ocasiones y le hubiera dado un beso en la cabeza para deseársela suerte. Aquello hacía que se sintiera segura, como si llevase una manta cálida por los hombros y, en caso de necesitarlo, pudiera desaparecer envuelta en aquella sensación.

«Tengo a Alice».

Aunque no tuviera a nadie más, tenía a Alice, que había creído en ella aun en aquella temporada que tan mal había tocado. De las dos británicas que había en su

vida, se sentía agradecida de que al menos una de ellas le mostrase amor y afecto incondicionales.

Alice retrocedió un poco y le acarició la mejilla.

—¿Va todo bien, querida? No te estarás echando atrás, ¿verdad? —le preguntó.

—¡No! —Por Dios, no podía darle a Alice ninguna excusa para cancelar su debut—. Son los típicos nervios de siempre.

Alice entrecerró los ojos para mirar algo por encima de los hombros de Etta y la muchacha hizo ademán de girarse para ver de qué se trataba. No obstante, su profesora le tocó uno de los pendientes con el ceño fruncido.

—¿Te los ha dado tu madre?

Etta asintió.

—Sí. ¿Te gustan?

—Son... —Daba la impresión de que estuviera buscando la palabra. Bajó la mano—. Preciosos. Pero ni la mitad de preciosos que tú, patito.

Etta puso los ojos en blanco, pero se rio.

—Necesito hacer... Debería ir a hacer una llamada —comentó Alice despacio—. ¿Te importaría empezar a calentar por tu cuenta?

—En absoluto. ¿Va todo bien? —Etta estaba un poco alarmada.

Alice hizo un gesto con la mano como si no pasase nada y dijo:

—Todo bien. Si no vuelvo en unos minutos, asegúrate de que te conceden turno en el escenario. Eres la que más tiempo va a necesitar, porque tú no has estado en el ensayo general. En cuanto al Stradivarius, ¿cuál van a dejarte?

—El Antonius —respondió Etta muy contenta.

Era uno de los varios Stradivarius que tenía en su colección el Museo Metropolitano de Arte y el primero que le habían permitido tocar.

—Ay, el niño de oro. Te costará un poco conseguir que se comporte. Me da igual lo que diga tu madre acerca de preservarlos para el futuro. Mira que mantener instrumentos increíbles encerrados en cajas de cristal... Ya sabes que...

—... cuanto más tiempo tienes un violín en silencio, más le cuesta recuperar su verdadera voz. —Etta había oído la frase un centenar de veces.

Un Strad —un Stradivarius—, uno de los instrumentos de cuerda confeccionados por los Stradivari, una familia del norte de Italia que había vivido entre finales del siglo xvii y principios del xviii. Los instrumentos eran legendarios por la potencia y belleza del sonido que producían. Sus dueños no los describían como meros instrumentos, sino como seres humanos: amigos temperamentales con un carácter que nunca se llegaba a conquistar por habilidoso que fuera quien los tocara.

Daba igual lo maravilloso que fuera su propio violín —un Vuillaume a imagen y semejanza del Stradivarius Mesías y que había heredado de Alice—, porque no era sino una copia. Cada vez que se le pasaba por la cabeza tocar el de verdad, tenía la impresión de que iban a empezar a salirle chispas de los dedos.

—Ahora vuelvo, patito —le dijo Alice al tiempo que se acercaba y le daba unas palmaditas cariñosas en el mentón.

Etta esperó a que la anciana hubiera acabado de bajar las escaleras para darse la vuelta y abrirse camino por la oscuridad con los ojos entrecerrados.

—¡Ah, aquí estás!

Etta se giró y vio a Gail, la organizadora del concierto, que, con aquel vestido largo y estrecho de color negro, avanzaba a toda prisa contoneándose por el escenario lo mejor que podía.

—Los demás están entre bastidores, en la antesala. ¿Necesitas alguna cosa? Estamos haciendo los calentamientos uno a uno, en orden, pero voy a presentarte a toda la gente. —Miró a su alrededor con gesto de desaprobación—. ¿No está tu profesora contigo? ¡Narices, con las ganas que tenía de conocerla!

Alice y su último marido, Oskar, ya fallecido, habían sido violinistas de renombre mundial y se habían retirado en la ciudad de Nueva York cuando Oskar se puso enfermo. El hombre murió apenas un año después de que Etta empezara a recibir clases de Alice, pero, a pesar de que ella solo tenía cinco años por aquel entonces, había sido capaz de formarse una impresión real de su calidez y sentido del humor. Aunque Alice llevaba años sin tocar de forma profesional y no había tenido fuerzas para hacerlo después de la muerte de su marido, había círculos en los que seguían idolatrándola gracias a su imponente debut en el Vaticano.

—Enseguida vuelve —le comentó Etta mientras iban camino de la antesala—. ¿Va a presentarme a todos? Siento no haber podido estar en el ensayo general.

—Evan tampoco ha podido asistir. No pasa nada, te situarás.

La puerta de la antesala estaba abierta y se oía una corriente de voces emocionadas que se extendió para recibirla. Los demás violinistas la estudiaron con curiosidad, sin reparo, mientras entraba.

«Se preguntan por qué estás aquí».

Su presencia acalló el vocerío y ella también los estudió mientras Gail iba de un lado para otro diciéndole quiénes eran unos y otros. Etta reconoció a dos de los tres hombres presentes. Eran mayores; de hecho, estaban cerca de la edad de la jubilación. Evan, claro está, seguía en el escenario. Los organizadores habían equilibrado a los participantes incluyendo a tres mujeres: una mayor, la propia Etta y otra muchacha que parecía de la edad de Etta. Gail se la presentó como Sophia, a secas, como si no importara cómo se apellidara.

La chica se había recogido el pelo, oscuro, casi negro, en una trenza pasada de moda. Llevaba una camisa blanca metida por dentro de una falda larga y oscura que le llegaba por los tobillos, pero el atuendo no era ni la mitad de adusto que la expresión que puso cuando la pilló estudiándola, intentando recordar si sus caminos se habían cruzado en algún certamen.

—Señor Frankwright, es su turno —dijo Gail mientras Evan entraba y empezaba a presentarse.

Uno de los hombres se puso de pie, le tendieron un fascinante Stradivarius, y salió.

Daba la sensación de que nadie estuviera de humor para hablar, cosa que a Etta no le importaba lo más mínimo. Se puso los auriculares y escuchó el «Largo» de cabo a rabo, con los ojos cerrados, concentrándose en cada nota. Tanto que, en un momento dado, se le cayó el bolsito del regazo y se salieron el brillo de labios, la polvera, el espejito y el dinero. Evan y los demás hombres la ayudaron a recogerlo todo al tiempo que se reían tímidamente.

—Perdón, perdón —musitaba ella.

Hasta que empezó a ordenarlo todo, no se dio cuenta de que en el interior del bolsito había un sobrecito de color crema.

«No puede ser».

No era posible. Hacía años que su madre no lo hacía. El corazón le dio un brinco alegre y la llenó con esa luz antigua y familiar de las estrellas mientras rasgaba el sobrecito y lo sacudía para sacar su contenido. Había dos hojas de papel: una de ellas, una carta inconexa que, a ojos de otra persona, parecía llena de comentarios vacíos acerca del clima, el museo, su apartamento; la segunda, más pequeña, tenía forma de corazón. Cuando se colocaba esta última sobre la primera, el mensaje cambiaba; el corazón hacía que las frases inconexas se convirtieran en una frase sencilla: «Te quiero y estoy muy orgullosa de quién eres y de lo que vas a conseguir».

Su madre solía dejarle notas así cada vez que tenía que viajar por trabajo y Etta se quedaba en casa de Alice; sencillos recordatorios de cariño que guardaba en la mochila de su hija o en la funda del violín. No obstante, cuanto más la miraba, más se desvanecía la explosión de felicidad. No se podía decir que su madre fuera una persona sentimental, así que no sabía qué pensar de la nota; teniendo en cuenta, además, lo de los pendientes. ¿Pretendía recuperar su relación después de haber sido ella quien la enfriara?

Etta consultó el móvil. Faltaba media hora para el concierto.

Ni mensajes. Ni llamadas perdidas.

No le sorprendía.

Pero es que... Alice tampoco estaba.

Se puso de pie, dejó el bolsito en la silla y salió de la sala para ir a buscarla. Justo antes de que su profesora se marchara, le había parecido que estaba confundida o, al menos, sorprendida. Era muy posible que alguien la estuviera reteniendo con alguna conversación o que no estuviera consiguiendo dar con la persona a la que había ido a llamar, pero Etta no podía cerrar la espita del pánico, aplacar la sensación de algo parecido al miedo bajándole por el cuello.

El auditorio estaba vacío, excepto por los acomodadores, a quienes uno de los coordinadores de la velada estaba explicándoles su cometido. Etta recorrió el pasillo tan rápido como pudo con los tacones, al tiempo que oía las últimas notas del violinista que estaba en escena. Pronto le tocaría subir.

Pero Alice no estaba en el vestíbulo, con el móvil pegado a la oreja. Y su madre tampoco. No estaban haciendo tiempo en la entrada del museo, ni en el Gran Salón, y, cuando miró en las escaleras, lo único que vio fueron palomas, charcos y turistas. Lo que solo le dejaba una posibilidad. Volvió a subir las escaleras, esta vez en dirección a la colección de pintores europeos, y se chocó con una pareja a la que casi tira al suelo.

—¡Oh, lo siento! —se disculpó mientras el hombre la agarraba para que no se cayera.

—¿A qué viene tanta prisa? ¿Estás...? —El hombre se quedó mirándola. Llevaba unas gafas con montura plateada y estaba boquiabierto.

Era mayor que Etta, de mediana edad, más o menos, a juzgar por los mechones canos en su mata de pelo negro azabache. Etta se quedó mirándolo y se dio cuenta de que acababa de llevarse por delante a uno de los mecenas del Metropolitano. Iba arregladísimo, con un esmoquin immaculado en cuya solapa llevaba una rosa de color rojo oscuro.

—Lo siento, iba sin mirar. Lo siento mucho.

Él no podía dejar de observarla.

—Da igual —comentó la muchacha antes de apartarse para reemprender su búsqueda—. Espero que se encuentren bien. De verdad, lo siento mucho.

—¡Espera! ¿Cómo te llamas? —le gritó el hombre.

Pero Etta ya corría escaleras arriba, con los tacones repiqueteando contra el mármol. Recorrió las salas de exposiciones camino del ascensor y saludó a los guardias y conservadores a su paso. Se dirigía al ala de restauración. Cabía la posibilidad de que su madre hubiera tenido que pasar por su despacho o que se hubiera llevado a Alice allí para hablar en privado.

El ala estaba vacía, excepto por George, el guardia de seguridad, que la saludó con una inclinación de cabeza en cuanto la reconoció. Etta siguió por el pasillo.

—¡Tu madre está en el despacho! ¡Ha venido hace unos minutos con una señora mayor! ¡Iban muy apresuradas!

—¡Gracias!

—Pero ¿no tocas esta noche? ¡Buena suerte!

«Concierto, practicar, calentar...».

—¡... no me ha escuchado en años!

Había tanto enfado en la voz de Alice que, al principio, Etta no la reconoció. Era muy extraño que la levantase. Sonaba apagada porque la puerta del despacho estaba cerrada, pero seguía siendo lo bastante potente como para salir al pasillo y que la muchacha la oyera.

—Alice, no hagas esa llamada —dijo su madre con un tono de voz mucho más calmado.

Frente al despacho, creyó que iban a fallarle las piernas. Pegó la oreja a la puerta.

—Soy su madre y, aunque no lo creas, sé muy bien qué es lo mejor para ella. Es la hora. Le toca... y lo sabes. No puedes sacarla de este camino sin más... ¡Sin consecuencias!

—¡A la mierda las consecuencias! ¡Y a la mierda tú también por pensar más en ellas que en Etta! ¡No está preparada! ¡No tiene el entrenamiento adecuado y no hay garantías de que vaya a seguir el camino correcto!

«No está preparada». Las palabras de Alice le rasgaban los pensamientos. ¿Para qué no estaba preparada, para el debut?

—Te quiero con toda mi alma, lo sabes —comentó su madre—. Jamás podré agradecerte o reconocerte siquiera todo lo que has hecho por nosotras, pero deja de echarme la bronca. No lo entiendes y, desde luego, no conoces a Etta lo suficiente si la subestimas. Puede con ello.

Debido a que su corazón latía como el de un colibrí y que la adrenalina provocada por el desconcierto le corría desbocada por las venas, la muchacha tuvo que repetirse las palabras varias veces antes de darse cuenta de que su madre la estaba defendiendo y que era Alice la que estaba yendo contra ella.

«¡Va a cancelar el debut!».

—Y ¡está claro que tú no la quieres como yo si tan dispuesta estás a echarla a los lobos!

«¡Alice va a cancelar mi debut!».

Por el cual ella había dejado la universidad.

Por el cual ella había dejado a Pierce.

Por el cual ella ensayaba seis horas al día.

Abrió de golpe la puerta del despacho, lo que sorprendió lo suficiente a su madre y a su profesora como para que dejaran de discutir, cada una de ellas a un lado del escritorio.

—Etta... —empezó a decir su madre—, ¿no deberías estar abajo?

—Pues no lo sé —respondió mirando a Alice, con la voz aguda por el enfado—. ¿Debería estar abajo o debería volver a casa? ¿Tampoco voy a poder con lo de hoy?

Se le encogió el estómago cuando Alice adelantó la mano hacia ella y le hizo un gesto para que entrara, para que se lanzara a la reconfortante trampa que conformaban sus brazos. Como si fuera una niña y necesitara que la calmaran.

Había dureza en la mirada de su profesora, mirada con la que la evaluaba, y la muchacha se echó a temblar de miedo. Conocía aquella mirada. Sabía muy bien qué significaba.

—Patito, creo que deberíamos irnos a casa. —Se giró para mirar a la madre de Etta, que la miraba, a su vez, fijamente—. Rose, podemos acabar de hablar en casa. Juntas.

Etta sintió que el corazón le daba un vuelco, y otro después, y, de pronto, notó su pulso aceleradísimo en los oídos y cómo la sangre se le iba calentando.

—Lo he dejado todo por esto... ¡Todo! ¿Quieres que renuncie, sin más? ¿Quieres que lo cancele, que vuelva a posponerlo? —Intentaba que no se notase en sus palabras el dolor que sentía—. No crees que sea lo bastante buena, ¿verdad?

—No, patito, no es eso...

—¡No me llames así! —Dio un paso atrás—. ¿No te das cuenta de que ni siquiera me quedan amigos? Me dijiste que, si quería debutar, tenía que concentrarme. ¡Lo dejé todo! ¡No me queda nada!

La preocupación sustituyó al enfado en el gesto de su madre, que miró a Alice.

—Cariño, eso no es verdad...

Alice se acercó a ella, pero Etta no iba a permitir que la tocara. No quería siquiera mirarla, como para querer que le hicieran entrar en razón.

—Etta... Henrietta —probó Alice, pero la muchacha ya no escuchaba y tampoco le importaba ya lo que le dijeran.

—Voy a tocar —le dijo a la profesora—. Tanto esta noche como en mi debut. Me da igual lo que pienses o que no creas en mí... Yo sí que creo en mí y os puedo asegurar que no va a haber nada en este mundo, nada, que me vaya a impedir tocar.

Alice salió tras ella, pero Etta dio media vuelta y echó a correr como loca por el pasillo, con la cabeza alta y los hombros tiesos. Más tarde ya pensaría en las maneras en las que podría herir a la mujer que, como quien dice, la había criado, pero en aquel momento, lo único que quería era sentir en la cara la calidez de las luces del escenario. Liberar el fuego que crepitaba con fuerza en su interior. Poner en movimiento sus músculos, coger el arco, tocar el violín... hasta convertirse en cenizas y ascuas, y dejar atrás al resto del mundo para que se carbonizase.

Siempre había un instante, justo antes de apoyar el arco en las cuerdas, en el que sentía como si todo a su alrededor se hubiera cristalizado. Vivía para sentir dicho instante, por ese segundo en el que se concentraba de golpe y el mundo, y todo lo que hay en él, desaparecía. El peso del violín en el hombro, acostumbrándose a él. La calidez de las luces en el frontal del escenario, impidiéndole ver lo que había más allá.

Pero aquel no era uno de esos momentos.

Gail, nerviosa y asustadísima, la había parado en el pasillo y la había llevado de la mano a la parte trasera del escenario mientras los invitados empezaban a entrar en el auditorio.

—¡Ha dicho usted que tendría tiempo para calentar! —le comentó Etta a punto de tropezarse en las escaleras.

—¡Claro, hace veinte minutos! —le respondió la organizadora entre dientes—. ¿Estás preparada para salir al escenario? Vas a tener que calentar en la antesala.

Solo de pensarlo, le embargó el pánico, pero Etta asintió. Iba a ser profesional. Tenía que ser capaz de tomarse con calma los contratiempos y los cambios

inesperados. ¿Qué más daba que nunca hubiera actuado en aquel escenario? Había tocado el «Largo» un centenar de veces. No necesitaba que Alice estuviera a su lado y que, después, le hiciera sus comentarios.

Michelle, la conservadora a cargo del Antonius, se encontró con ellas entre bambalinas. Etta se dio cuenta de que estaba conteniendo el aliento mientras la mujer sacaba el violín del estuche y se lo ponía con cuidado en las manos. Con la misma delicadeza con la que cogería un pollito recién nacido, Etta pasó una de las manos alrededor del largo y elegante cuello del instrumento y aceptó de buena gana su peso y la responsabilidad que conllevaba tocarlo.

Ignoró la mirada de Sophia, la chica del pelo oscuro, que la observaba desde la esquina, y posó el arco sobre las cuerdas y lo deslizó por ellas. El sonido que salió del instrumento era cálido y dorado, como el tono de la madera con la que estaba hecho. Soltó una leve risita. Su ansiedad acababa de quedar sepultada bajo la efervescencia de la emoción. Su violín era una belleza, pero el que tenía ahora en las manos era el príncipe de los violines. Tenía la sensación de que la calidad de cada una de las notas que tocaba fuera a fundirla.

«¡No está preparada! ¡No tiene el entrenamiento adecuado y no hay garantías de que vaya a seguir el camino correcto!».

Cerró los ojos y apretó la mandíbula para cortar el paso a las lágrimas que le ardían en la garganta y detrás de los párpados. No tenía derecho a gritarle a Alice de aquella manera. ¿Cómo podía pensar que su opinión era más acertada que la de su profesora, cuando a la mujer la habían elogiado a lo largo y ancho del mundo, cuando había dado clases a decenas de violinistas profesionales?

Una pequeña pero potente tormenta de culpabilidad, enfado y frustración se estaba gestando en su estómago y amenazaba con volvérselo del revés.

Aún recordaba lo que le había espetado Pierce: «Siempre vas a elegir tocar, frente a cualquier otra cosa. Vas a elegirlo antes incluso que a mí. Que a ti misma».

Y no podía discutirlo. Había sido ella la que había tomado la decisión de romper su relación. Lo quería tanto que su corazón aún se estremecía cuando pensaba en él. Echaba de menos la exaltación vertiginosa de escabullirse por las noches para ir a verlo, lo libre y bien que se sentía cada vez que se relajaba y dejaba a un lado las reglas por él.

Pero un año después de que hubieran dejado de ser amigos para ser algo más, había quedado segunda en un certamen que, tanto ella como todos los demás, creían que iba a ganar sin necesidad de esforzarse. De pronto, quedar para ir al cine, a conciertos, pasar tiempo en casa de él, esperarlo a la salida del instituto... le parecía tiempo perdido. Empezó a contar aquellas horas y a preguntarse si Alice le permitiría debutar antes con una orquesta en caso de que dedicara aquellos preciados minutos a ensayar. Así que se sumergió aún más en la música y fue alejándose de Pierce.

Tal y como había hecho con todo, menos con el violín, dejó de hacerle caso y esperó que siguieran siendo amigos, como al principio: amigos y alumnos de Alice.

La única manera de superar la ruptura fue concentrándose, para no pensar en que nadie la llamaba, en que nadie le enviaba mensajes, en que había echado de su vida a su único amigo.

Unas pocas semanas después, vio a Pierce en Central Park besándose con una compañera de instituto. Etta había dado media vuelta de inmediato y se había alejado caminando primero, y corriendo poco después por el camino por el que había elegido replegarse. Miraba al suelo sin apartar la vista, como si fueran a salirse las tripas y no quisiera perderse. Sin embargo, en vez de echarse a llorar, había regresado a casa y estuvo ensayando durante seis horas sin descanso.

Y, de pronto, resultaba que ni siquiera Alice creía en ella.

Debería haberle pedido a Gail un minuto, un segundo, para calmar su cabeza y su corazón. Por el contrario, cuando la mujer volvió, parlotando por el micrófono de sus auriculares, no hizo otra cosa sino seguirla hasta la marea de suave luz azul que bañaba el escenario. Los aplausos la sacudieron como una ola.

«Que no se te caiga... Que no se te caiga... Que no se te caiga...».

Buscó su marca y se tomó unos instantes para estudiar el violín, girándolo, describiendo con suavidad sus curvas con los dedos. Quería acallar todo lo que se estaba revolucionando en su interior, allí, bajo las luces del escenario. Apartar la sensación de incredulidad y emoción, recordar el peso y la forma de lo que tenía en las manos.

El auditorio Grace Rainey Rogers del Museo Metropolitano no era el sitio más grande en el que había tocado. No estaba, ni siquiera, entre los diez más grandes. Pero era razonable y, lo que era más importante, iba a tenerlo a sus pies durante unos minutos. Setecientos rostros, todos ellos enmascarados por las sombras y el resplandor de las luces que había en lo alto y que titilaban en el escenario, lo que le recordaba al océano cuando el viento agita su superficie.

«Esto es para ti».

El aplauso fue apagándose. Alguien tosió. Se oyó el tono de aviso de un mensaje de texto. En vez de sumergirse en aquella calma, en la concentración profunda, Etta se sentía suspendida en la superficie.

«Simplemente toca».

Se metió en el «Largo» después de hacer una pausa para respirar hondo. Una audiencia de setecientas personas la observaba. Dos compases, tres compases...

Fue entrando en ella despacio, calando a través de su consciencia como la luz que calienta una tulipa. Su concentración aguantó, pero solo durante unos segundos. Un sonido que había empezado como un murmullo, como un gruñido de interferencias que enfatizaba la música, de súbito, explotó hasta convertirse en un acople. Gritos.

Etta vaciló con las siguientes notas, buscando a la desesperada la cabina del técnico para ver si le hacía la señal de que se detuviera o de que siguiera tocando. La audiencia estaba en silencio, mirándola con atención, casi como si no pudieran oírla...

No era el sonido que hace un ser humano; ni el que haría un instrumento, a menos que lo estuvieras profanando.

«¿Paro? ¿Empiezo de nuevo?».

Siguió tocando y se equivocó con las tres notas siguientes. La ansiedad se le disparó. ¿Por qué no hacía nadie nada respecto a aquel sonido, a aquel acople? Le resonaba en los tímpanos y le ahogaba la concentración. Incluso tenía la sensación de que su cuerpo hubiera empezado a sufrir espasmos al ritmo de aquel horror, y las náuseas estaban haciendo que empezase a sudarle el labio superior. Se sentía como... como si alguien le estuviera clavando un cuchillo en el cogote.

El aire vibraba a su alrededor.

«¡Basta! ¡Que pare, por favor...!», pensó con desesperación.

«Me estoy desconcentrando...».

«Alice tenía razón...».

No se dio cuenta de que había dejado de tocar hasta que Gail apareció por el extremo del escenario, pálida y con los ojos como platos. La muchacha se tocó la cara e intentó respirar, enfrentándose a la sensación de que no le llegaba el aire. No podía mirar al público. No veía ni a Alice ni a su madre que, seguramente, estarían horrorizadas por lo que estaban presenciando.

La ola de humillación que sintió en el pecho le produjo arcadas mientras le subía por el cuello y le llegaba a la cara y, por primera vez en casi quince años tocando, se dio la vuelta y salió corriendo del escenario. La perseguía el sonido que la había puesto así.

—¿Qué te sucede? ¿Etta? ¿Estás bien?

—Un acople... —murmuró, aunque ni siquiera era capaz de oír su propia voz—. Un acople...

Michelle, la restauradora, le quitó el Antonius de las manos con gran habilidad para no correr el riesgo de que se le cayese.

—No hay ningún acople... —respondió Gail—. Voy a por un vaso de agua. Y ahora mismo te traigo una silla.

«Algo no va bien».

Etta miró en derredor, a los demás violinistas. Seguro que ellos lo habrían oído...

Pero estaba claro que no era así. El sonido del acople y el de los latidos de su corazón sofocaba el silencio de los violinistas mientras le devolvían la mirada sorprendidos.

«No estoy loca. No estoy loca».

Retrocedió un paso. Se sentía atrapada entre la compasión que mostraban y el muro de sonido que le golpeaba la espalda en forma de ondas. El pánico hizo que la bilis le subiera hasta la garganta. Quemaba.

—¡Vamos! —le gritó como loca Gail a uno de los violinistas más mayores—. ¡Salga ahí!

—Yo me quedo con ella.

Sophia, la chica del pelo oscuro, salió de la antesala y cogió a Etta por el brazo. Esta no se había dado cuenta de cuánto le costaba mantener el equilibrio hasta que Gail había dejado de sujetarla y se había visto obligada a apoyarse en una extraña a la que le sacaba una cabeza.

—Es... estoy... estoy bien... —murmuró Etta.

Se balanceaba.

—No, no lo estás —le dijo Sophia—. Yo también lo oigo. ¡Vamos!

La explicación más sencilla era que sus emociones se habían colapsado, que el estrés había podido con ella, pero... ¡resulta que alguien más lo oía! Había alguien más para quien era tan real como para ella, lo que hizo que empezara a recuperar la confianza en sí misma. No se había vuelto loca. No había sido consecuencia de que su pánico escénico y la ansiedad que sentía desde niña se hubieran aliado con el hecho de haber descubierto que Alice dudaba de ella.

Durante unos instantes, le pareció que iba a echarse a llorar de alivio. El sonido se movía como cuchillos en llamas por debajo de su piel mientras Sophia la guiaba como una experta entre bastidores, a oscuras, hasta la salida lateral que llevaba al silencioso y oscuro museo, justo en la entrada del ala dedicada a Egipto.

«Espera», quería decirle, pero era como si su boca y su cabeza no se entendieran. «¿Adónde vamos?».

—Sal de aquí, de prisa —comentó Sophia mientras seguía tirando de ella.

Etta siguió caminando hacia el ala egipcia y, en efecto, el sonido se volvió más intenso, las oscilaciones más rápidas..., como si estuviera girando el dial de una radio para sintonizar una cadena. Otro paso y el sonido se volvió loco.

Como si le emocionara que estuvieran prestándole atención.

«Como si pretendiera que lo encuentre».

—¿Qué es? —Mientras hablaba, se dio cuenta de que le temblaba la voz—. ¿Por qué no lo oye nadie más?

—Bueno, vamos a descubrirlo. Te llamabas Etta, ¿verdad? Venga, ¡vamos!

A oscuras, el Metropolitano tenía una piel diferente, cambiante. Sin la habitual afluencia de visitantes atestando los pasillos, cada sonido, por pequeño que fuera, quedaba amplificado. La respiración acelerada. Los pasos. El aire frío pasando por entre las piernas y los tobillos.

«¿Dónde... dónde estás?».

«¿Qué eres?».

Se movían bajo la atenta mirada de faraones. De día, durante las horas de visita del museo, aquellas salas irradiaban una luz dorada, como la piedra calentada por el sol. Sin embargo, en aquel momento, incluso las paredes, de color crema, y los portales, de piedra caliza, estaban cubiertos por las sombras, que hacían que sus marcas y ranuras parecieran más profundas. Mientras las muchachas se abrían paso por entre las piezas expuestas, las caras pintadas de los sarcófagos y de los dioses con cabeza de bestia parecían más afiladas, incluso burlescas.

El templo de Dendur se alzaba frente a ella, solitario, moteado por el efecto de las luz de los focos. Había una enorme pared de ventanas y, más allá, oscuridad.

«Aquí no».

Pasaron junto a los pozos de agua tranquila que había al lado del templo, dejaron atrás a toda prisa estatuas de reyes ancestrales, cruzaron el portal, el templo. Sophia seguía tirando de ella. Llegaron a la pequeña tienda de regalos que conectaba aquella sección del museo con el ala americana. No había ni docentes, ni guardias ni puertas de seguridad. No había nada ni nadie que las detuviera.

Nada ni nadie que la ayudara.

«Ve a buscar a mamá y a Alice. Vete a casa», pensó.

Pero no podía. Tenía que descubrir qué provocaba aquel sonido. Necesitaba saber...

La sangre se le fue bajando de la cabeza hasta que se sintió mareada y ligera como las motas de polvo que flotaban a su alrededor. Era como desmayarse en un sueño. Los pasillos empezaban a desdibujarse mientras caminaba, los espejos, de marco dorado, iban desapareciendo, como los ornamentados cofres de madera y las sillas. Las sombras bailoteaban junto a las puertas y la invitaban a cruzarlas, guiándola hacia una de las escaleras de emergencia. El sonido se convirtió en una especie de martilleo, como un tambor, una llamada más fuerte, más fuerte, más fuerte..., hasta que Etta pensó que la presión iba a hacer que le estallara la cabeza.

Un disparo ensordecedor rasgó incluso aquel ruido fragoso y sorprendió tantísimo a Sophia que la chica se detuvo de golpe. Fue tan repentino que Etta se sacudió de pies a cabeza. La sensación de que algo había pasado golpeó sus nervios; el hedor de algo que se quemaba, algo casi químico.

Vio entonces la sangre, que serpenteaba por el embaldosado hacia sus pies.

A continuación, la cabeza con el pelo blanco como la leche.

Un cuerpo desplomado sobre el suelo.

Etta chilló, chilló y chilló, pero sus alaridos los ahogó el acople rítmico y latente. Dejó atrás a la sorprendida Sophia y se acercó, jadeando, al cuerpo que se hallaba desfallecido sobre las baldosas frías. Se le escapó un gemido mientras se arrodillaba junto a Alice.

«Respira, aún respira, está viva».

Los ojos pálidos de Alice parpadearon, con la mirada borrosa.

—¿... Patito?

Le salió un chorro de sangre del pecho, que le salpicó las manos a la muchacha mientras las bajaba para taponar la herida. Tenía un miedo tal que su cerebro estaba a punto de apagarse.

«¿Qué ha pasado? ¿Qué ha pasado?».

—Estás bien —le dijo Etta a Alice—. Estás...

—¿Le han disparado? —preguntó Sophia mientras se asomaba por encima del hombro de Etta. Le tembló la voz. ¿Sería por miedo?—. Pero... ¿quién?

Les llegó un grito desde el otro lado de la sala. Tres hombres con esmoquin, uno de ellos el de las gafas con el que se había tropezado en el Gran Salón, seguidos por un guardia de seguridad, avanzaban hacia ellas y parecía que lo hicieran a cámara lenta. La luz de emergencia que había a uno de los lados de donde estaban se reflejó en las gafas de uno de ellos e hizo que brillaran.

—¡Llaman a urgencias! —les gritó Etta—. ¡Que alguien me ayude!

Sintió una ligera presión en las manos. Bajó la mirada y vio cómo Alice empezaba a cerrar los ojos.

—«*the old... familiar places...*». ¡Huye!

El siguiente suspiro llegó con dificultad, y ya no volvió a respirar.

El grito que ascendió hasta la garganta de Etta carecía de sonido. Unos brazos la cogieron por la cintura y la levantaron. Se retorció, enfrentándose a quien la agarraba.

Alice necesitaba reanimación cardiopulmonar. Alice necesitaba ayuda. Alice estaba...

—¡Tenemos que irnos! —le gritó Sophia al oído.

«Pero ¿qué demonios está pasando?».

La puerta que daba al hueco de la escalera que tenían justo detrás chirrió al abrirse de golpe. El cabello suelto le caía sobre la cara y se le pegaba al cuello y a las mejillas por el sudor. En comparación con el resto del edificio, el hueco de la escalera estaba muy bien iluminado; de hecho, Etta tuvo que protegerse los ojos con la mano.

El zumbido... era como si el aire del descansillo, al borde del mismo, justo antes de las escaleras, se moviese, vibrase con el sonido. Titilaba de la misma forma que hace el calor cuando se eleva de la acera en un día caluroso insoportable. Las paredes se inclinaban hacia sus hombros.

—Lo siento mucho.

De repente, notó cómo la empujaban y el mundo se rompió en pedazos a su alrededor. La oscuridad envolvió su campo de visión, se le agarró a la columna vertebral, tiró de ella, la lanzó por el aire con una presión aplastante. Etta perdió el sentido, la lógica, los pensamientos en los que gritaba «¡Para!», «¡Ayuda!» y «¡Mamá!». Lo perdió todo.

Desapareció por completo.

Etta no emergió a la realidad, se estrelló contra ella.

Horas, días. No estaba segura. Un corto «para siempre» después, abrió los ojos de golpe. Sentía una presión en el pecho, que le dificultaba la respiración. Cuando intentó sentarse, con la intención de abrir una senda hasta los pulmones, le crujieron las articulaciones. Sentía calambres en los brazos y las piernas mientras intentaba estirarse, sentir algo en la oscuridad..., momento en que notó algo duro y rugoso al tacto.

«Madera —pensó al reconocer el olor que penetraba en su nariz—. Pescado».

Tosió y se obligó a abrir los ojos. Ante ella se desplegó una pequeña habitación. El suelo de madera se inclinó con violencia hacia la derecha, como si alguien hubiera levantado uno de los lados.

Mientras unas chispitas de claridad le iluminaban la vista y sus ojos empezaban a acostumbrarse a la oscuridad, la muchacha arrastró las piernas y levantó el tronco para sentarse. ¿Qué era aquello? Una cuna enorme, la cama de un barco, pero construida en el suelo y atornillada a la pared.

El museo...

¿Qué estaba pasando?

Había habido una especie de... una especie de explosión...

¿Dónde estaban las baldosas frías del suelo de la escalera? ¿Dónde estaban las alarmas de incendios? Tenía el corazón en la garganta y le latía a la velocidad a la que corren los animales desesperados. Sentía los músculos como si también fueran de madera. Levantó los brazos para ver si, así, se libraba de la sensación abrasadora de los ojos y borraba los puntos negros que flotaban ante ellos.

«Alice».

¿Dónde estaba Alice? ¡Tenía que ir a ver a Alice...!

La distorsión sonora le desgarraba los oídos como el restallido de un trueno de un nubarrón que amenaza lluvia. De pronto, se sintió saturada de sonidos. Crujidos, gemidos, pasos rápidos, suaves explosiones en el aire. Gritos...

—¡Adelante!

—¡Detrás de mí...!

—¡El timón...!

Las palabras tomaron forma, sonaban juntas como acordes disonantes, como los platillos cuando entrechocan. La estancia se llenó de un humo argentino.

Aquello no era la escalera. Aquello no era ninguno de los despachos del Metropolitano. Las paredes eran meros paneles de madera oscura no trabajada. Cuando se dio la vuelta, adivinó la forma de una silla y una figura encogida de miedo en ella, con las manos en la cabeza.

—¿Hola? —dijo asustada, al tiempo que se ponía de pie tambaleándose.

El desconcierto volvió a apoderarse de ella cuando sintió una especie de tela basta contra los brazos y las piernas. Por primera vez desde que había recuperado el conocimiento, su cuerpo dejó de producir adrenalina.

No llevaba el vestido negro.

Lo que llevaba... llegaba hasta el suelo y era de color pálido, pero Etta no lograba entender nada. Se pasó los dedos por el corpiño. No podía creer que estuviera notando un bordado. La parte superior de las mangas y del pecho del vestido estaban dispuestos de tal manera que le costaba moverse.

—¡Oh!

Una voz de chica. La figura de la silla se movió. Se puso de pie. A Etta se le pasó por la cabeza un recuerdo tremolante. «La joven». La joven del concierto. Etta salió

corriendo hacia delante y empujó a la otra a un lado para llegar hasta la rendija de luz que había detrás de ella. Una puerta.

«Me empujó por las escaleras. Me empujó hacia delante».

En cuanto tuvo el primer recuerdo, lo demás vino seguido.

—¡No, no...! ¡Tenemos que quedarnos aquí abajo! —le gritó la chica—. ¡Por favor, préstame atención...!

Etta pasó los dedos por la pared hasta que encontró un pestillo. Lo abrió y salió de golpe de aquella habitación pequeña y oscura. La recibió una nube de humo denso y la luz le inundó los ojos, lo que tiñó de doloroso blanco el mundo entero. De nuevo, sintió unas manos en la espalda, lo que hizo que se esforzara aún más en seguir adelante, en abrirse camino por el humo hasta que su pie tropezó con algo y cayó al suelo cuan larga era.

«¡No te pares a pensar! ¡Corre!».

Intentó incorporarse, pero se quedó parada. La falda amplia y blanquecina estaba dispersa sobre un hombre, que yacía tendido de espaldas.

—Lo... lo siento... —A Etta se le atragantaban las palabras y se echó hacia atrás para comprobar que el hombre estuviera bien—. ¿Le he...?

Los ojos azul claro del hombre miraban al techo, y la sorpresa y la angustia le retorcían los rasgos hasta convertir su rostro en una máscara. La brillante botonadura de su anticuada chaqueta estaba abierta de par en par y la camisa estaba manchada de... de...

«Oh, Dios mío...».

—¿Señor? —La palabra sonó como un crujido en boca de la muchacha.

El hombre no se movía. No parpadeaba. Etta miraba, con la cabeza en blanco, el líquido oscuro que le manchaba la piel, el pecho, el estómago, el vestido.

Sangre. Su vestido claro estaba empapado de aquel líquido denso y escarlata. Estaba arrastrándose encima de la sangre del hombre.

«Estoy arrastrándome encima de su sangre».

«¿Dónde estoy?».

Se puso de pie antes de que su propio cerebro se diera cuenta de que estaba moviéndose y siguió avanzando hacia una fuente de luz que venía de arriba. El humo intentaba asfixiarla y se le enroscaba en el cuello. Oía linternas de cristal que se estrellaban a su alrededor, que explotaban como tímidos fuegos artificiales. Siguió caminando hacia la luz hasta que sus rodillas tropezaron con algo... Escaleras. Se agarró la falda, se puso las gruesas capas alrededor de las caderas y empezó a subir sin importarle que estuviera llorando. Solo quería respirar aire libre y escapar de aquella pesadilla.

Sin embargo, escapó del fuego para caer en las brasas.

El Atlántico

1776

Dos

«¡Por todos los diablos, la maldita campana también, no! ¡No puede ser!».

Nicholas se dio la vuelta y le pegó un puñetazo al siguiente que intentó interponerse en su camino. Todo estaba hecho trizas; había fragmentos calientes, humeantes y diseminados por toda la cubierta. Y, por desgracia, también dentro del cuerpo de los caídos por culpa de la granada.

Había sido imposible, en lo peor de la situación, valorar adecuadamente lo mal que habían dejado su recompensa los artilleros del Challenger. Pasada la oleada de violencia que seguía al abordaje, había tenido la oportunidad de echar una ojeada al estado del Challenger primero y, después, al del navío capturado en el lance, que era donde se encontraba en aquellos instantes.

Hizo un recuento exhaustivo del estado exterior del barco. Los tres mástiles seguían en pie —aunque solo fuera de momento— a pesar del vapuleo que habían sufrido. La mesana, el más dañado de los tres, parecía que temblara y se tambaleara como un borracho cada vez que soplaba la brisa. Las velas estaban rasgadas y agujereadas, pero su tripulación de primera las reemplazaría en poco tiempo. Eso, claro está, después de que la tripulación enemiga se rindiera.

Nicholas se movía con el barco. Una salpicadura de agua salada le alcanzó la cara. A su entender, lo importante era que el barco no estaba haciendo agua. Los artilleros no le habían dado por debajo de la línea de flotación, lo que significaba que habían conseguido inutilizar el barco sin destruirlo.

Se negaba a dejarse llevar por la borrachera que le provocaba la sensación de tener la victoria al alcance de la mano. Antes de que acabara el día, estaría llevando su primer barco como capitán.

Por fin iba a poder dejar atrás su pasado.

No obstante, lo primero que tendrían que haber hecho aquellos idiotas era arriar las banderas, lo que hubiera ahorrado el derramamiento de sangre en ambos bandos y, cómo no, el terrible dolor de cabeza que iba a darles a los carpinteros arreglar aquel desbarajuste. Qué desafortunado le parecía que la de marinero fuera una de las pocas ocupaciones en las que a una persona puede tenérsela en muy alta estima aunque haya fracasado, siempre y cuando lo haya hecho demostrando valor.

Aquella nave —«mi nave»—, que iba a ser suya en cuanto los oficiales del barco admitieran que su derrota era inevitable, era una maravilla, una obra de arte; siempre que no se tuvieran en cuenta los daños que le habían ocasionado el Challenger y los abordadores. Un navío de tres palos: el trinquete con vela cuadrada; el palo mayor con una enorme vela, además de la gavia y el juanete, y la mesana. En cuanto habían visto las velas en el horizonte y sus colores británicos, el Challenger había decidido

caer sobre él como un tiburón. Una goleta rápida y ágil lanzada como un rayo a por su presa. Dado que contaban con la ventaja de la velocidad, no había importado que solo tuvieran doce cañones, mientras que el enemigo contaba con dieciséis. Aquella nave mercante era un caramelo para la tripulación del Challenger, que llevaba semanas de infructuosa caza por las aguas del Caribe; pero es que, además, también era el objetivo que tenía que encontrar y capturar, que era para lo que los habían contratado.

Era reacio a admitir la verdadera razón por la que habían estado al acecho en aquellas aguas, esperando a ese barco. Cyrus Ironwood quería a las dos mujeres, las pasajeras que viajaban en él.

El repentino cambio del aire a su espalda, la salpicadura de sudor caliente y salado... Nicholas se inclinó hacia la derecha a toda prisa y se golpeó el hombro con la madera mientras un hacha de guerra pasó silbando por encima de su cabeza.

Como la tímida brisa se negaba a limpiar el ambiente, el humo de los cañonazos había hecho que el aire fuera irrespirable desde el momento en que ambas naves habían intercambiado andanadas. Después de aquello, toda resistencia era un gasto inútil de energía, porque era evidente que los abordadores se habían hecho con la batalla. Nicholas intentó buscar algún sitio donde recuperar el equilibrio entre el cada vez mayor aluvión de cadáveres y sangre que cubrían la cubierta.

El marinero que empuñaba el tomahawk se movía con sumo sigilo por entre el caótico clamor del entrecocar del acero y las explosiones que producían los ensordecedores disparos de las pistolas de pedernal.

La madera que tenía bajo los pies pegó un salto mientras Afton, uno de sus compañeros en el Challenger, caía a centímetros de Nicholas con el pecho hecho trizas por la bola de plomo de un disparo y la cara convertida en una máscara mortuoria de incredulidad indignada.

El enfado empezó a rugir por todo su cuerpo, calentándolo, y empezó a buscar un arma. Su pistola ya la había disparado y no tenía, en aquel instante, tiempo para recargarla. Si se la tiraba a su atacante, solo lo aturdiría, además de que perdería una estupenda arma. Cogió un cuchillo que vio entre un montón de jarcias que alguien debía de haber cortado con él. La empuñadura era de asta de ciervo y estaba labrada. La perspectiva de la situación mejoró sustancialmente.

El marinero brusco y corpulento armado con el tomahawk cargó contra él gritando, con los ojos vidriados y el rostro brillante por el sudor y el hollín. Nicholas conocía aquella expresión, la del ansia de sangre que arde en tu interior y hace que te entregues al embate rítmico de un combate duro e intenso.

Le dolió el hombro derecho cuando levantó la pistola descargada e hizo como que iba a disparar a su rival. La grisácea luz del día se reflejó en la boca del arma y esta brilló en su mano. El marinero se acercó tan apresurado que casi resbala y se le cae encima. Estaba lo bastante cerca como para olerlo —el sudor acre, la pólvora—, para ver cómo el gesto de sorpresa le hinchaba las aletas de la nariz. Por un instante, el

marinero dejó de agarrar el tomahawk con tanta fuerza y Nicholas aprovechó para lanzarle el cuchillo. Imaginó que oía el sonido del impacto del cuchillo al clavarse en el cuello rollizo de su oponente y le embargaron tanto la satisfacción como la tristeza por haber dado en el blanco.

El combate casi había acabado del todo, pues cada vez más enemigos se daban cuenta de que estaban siendo derrotados. Los cuerpos empezaban a sentir el dolor y unos y otros vaciaban los cartuchos de pólvora. Donde había habido gritos, no había ahora sino un silencio cada vez mayor. El cuchillo se había clavado en el lateral del cuello del marinero; el hombre debía de haberse girado antes de recibir el impacto. Él mismo había empeorado su muerte, pues, así, estaba asfixiándose con su propia sangre. Nicholas se inclinó sobre él, balanceando su peso por instinto en dirección contraria a la que le empujaba la mar gruesa.

—Me manda... al infierno... un... un... ¡asqueroso negro!

El marinero había entrecerrado los ojos en señal de desafío mientras se asfixiaba y pronunciaba aquellas últimas palabras. La última de ellas había salido acompañada de un espurreado de sangre. El calor que sentía Nicholas bajo la piel se desvaneció, pero le dejó un perfecto diamante de ira en el centro del pecho. Le habían llamado cosas mucho peores, le habían dado palizas por el mero hecho de haber nacido en el lado inadecuado de la manta, de ser hijo de una mujer encadenada. Puede que se tratara del contraste cruel de la victoria con la derrota.

Ahora, en cambio, su vida tenía algún valor. En un barco importaba menos cuáles eran tus orígenes y más el trabajo que estabas dispuesto a hacer, cómo luchabas por tus compañeros. Hacía mucho tiempo que Nicholas había decidido mirar hacia el horizonte del futuro en vez de girar la cabeza para recordar lo que había dejado atrás.

Pero la expresión del marinero... La manera en que había mascullado aquella palabra; como si fuera algo odioso. Agarró con fuerza la empuñadura del cuchillo. Respiró el tufo ácido de su rival mientras se agachaba hacia su cara.

—No, señor, te manda al infierno alguien mejor que tú —le soltó antes de rebanarle el pescuezo.

No era de esos que disfrutaban o se regodeaban con la muerte de otros, pero se quedó observando cómo se desvanecía el color del rostro del marinero hasta tornarse cerúleo.

—Una muerte mucho más amable de la que yo le hubiera dado.

El capitán Hall, presionándose la frente con un trapo sucio, estaba a unos pasos, por detrás, valorando la batalla, que cada vez iba a menos. Cuando se retiró el trapo para ver mejor a Nicholas, del corte que tenía sobre una de sus pobladas cejas salió un chorro de sangre.

Nicholas tragó saliva para deshacer el nudo que tenía en la garganta.

—Sí, bueno..., pero es que nunca me ha gustado mucho ver las entrañas de las personas.

El capitán soltó una carcajada. Nicholas se limpió el cuchillo en el pantalón y se acercó a su superior, que era altísimo. Aunque él también era alto, tenía los hombros anchos y era fuerte —después de años cargando con pesos—, el capitán parecía que estuviera esculpido en las costas rocosas de Rhode Island.

Cuando conoció a Hall —el Diablo Rojo, como lo llamaban otros marineros— hacía unos diez años, le había tenido miedo. Ahora, solo la barba seguía siendo de aquel color y las marcas de su cara se habían hecho más profundas. Había perdido varios dientes y dedos, pero el capitán Hall seguía pareciendo un pincel, como su barco, y a su tripulación nunca le faltaba ni comida ni una buena paga. Y, a decir verdad, en el mundo en el que se movían, aquello significaba mucho.

El capitán lo miraba con la preocupación de un padre. Llevaba años intentando que dejara de hacerlo, que perdiera la costumbre, pero hay cosas que es mejor darlas por imposibles.

—No es normal que dejes que alguien se te acerque tanto —le dijo Nicholas mientras le señalaba el corte de la frente—. ¿Necesitas un médico?

—¿Y verme obligado a reconocer que uno de los mozos de cabina me ha pillado por sorpresa y me ha dado un cucharazo cuando he bajado a la bodega? Cabroncete... ¡Prefiero que me hiervan en aceite!

Nicholas resopló.

—¿Has encontrado a las mujeres?

—Sí, están en la popa, en el camarote de uno de los oficiales. Están a salvo las palomitas.

Nicholas se sintió aliviado, sentimiento que se llevó la furia que le habían provocado las últimas palabras del marinero del tomahawk. Bien.

—Este trabajo... —empezó a decir el capitán por quinta vez en lo que iba de día—. Las cosas como son, me satisfacen el botín y la carga, pero no me siento a gusto. Preferiría que no tuvieras nada que ver con esa familia. Yo diría que esto no es un simple transporte a Nueva York, que hay más leña de la que arde.

Y claro que la había. Con aquella familia, siempre la había. La nota de Cyrus Ironwood había llegado unos días después de que Fletes Lowe & Lowe, el jefe de Nicholas, hubiera recibido la tan esperada patente de corso, lo que permitía a la nave de Hall realizar actos de piratería de forma legal —al menos, a ojos de las colonias— contra barcos británicos. Había tenido menos de una semana para pensar en la oferta e ir a hablar con Hall para pedirle que le ayudara a encontrar aquel barco y a sus pasajeras. Habían decidido mantener oculta la verdadera finalidad de aquella cacería, en vez de decirlo y atraer así la atención de la tripulación hacia el negocio de Cyrus Ironwood. Nicholas no había aceptado los términos de este último de inmediato porque se temía que, a modo de venganza, no fueran sino un ardid con el que atraerlo de nuevo a sus redes.

Pero, a decir verdad, ya habían pasado tres años, durante los que no solo habían sabido muy bien dónde encontrarlo, sino que le habían permitido que siguiera con lo

suyo. ¿Acaso no habrían ido a buscarlo antes en caso de que hubieran querido un ojo por ojo?

No iba a matarlo un poco más de incertidumbre y, además, sabía defenderse, en caso de que se viera en un apuro. En cualquier caso, la cuestión era la siguiente: Cyrus Ironwood le había ofrecido un trabajo cuya recompensa le ayudaría a conseguir su objetivo mucho más rápido que dedicándose a la piratería.

Habían sido las palabras claras y meticulosas que había utilizado el viejo lo que le había llamado la atención: «Tienes que traer a las dos jóvenes a la ciudad de Nueva York para el 21 de septiembre. Haz lo que quieras con la nave y su carga».

Había estado aquellos tres últimos años trabajando para Fletes Lowe & Lowe, esforzándose en mercantes, supervisando cargamentos que iban de las Indias Occidentales a las colonias, hasta que había empezado la guerra y, durante ese tiempo, había intentado no prestar atención a los fuertes pinchazos que le daban en el corazón cada vez que pensaba en Julian y en viajar. Había tenido la esperanza de que los señores Lowe le recompensaran haciéndole capitán de un barco corsario, pero no se le olvidaba la manera incómoda en la que padre e hijo le habían mirado la primera vez que el capitán Hall se lo había sugerido. Era muy buen trabajador, así que sabía que la duda no podía deberse a eso; tenía que ser el color de su piel lo que no lo hacía digno. La duda mostrada por ambos empleadores no le había servido sino para tener más ganas de conseguir su propio barco, uno que no estuviera ligado a ninguna empresa.

Conforme al acuerdo que tenían, los Lowe se quedaban con la mayor parte del cargamento que llevara la nave y el resto lo dividían entre la tripulación del Challenger. Podían pasar meses hasta que encontrasen otro barco que abordar. El océano era vasto y las empresas marítimas eran cada vez más habilidosas para evitar encontrarse con los piratas; a ese paso, era posible que estuvieran cerca del fin de la piratería y que Nicholas acabase sus días contando las monedas, ahorrando, escatimando, hasta que su corazón perdiera la luz y sus huesos envejecieran. Odiaba a los Ironwood con la furia de un huracán, pero tenían una deuda con él, una deuda por todo el tiempo que le habían robado..., y pretendía cobrársela.

—¿Has inspeccionado el cargamento? —le preguntó Nicholas al capitán.

Este suspiró, pues era consciente de que la pregunta era una táctica de despiste.

—Por encima.

Un marinero salió al ataque por entre la espesa nube de humo, dando voces como loco, volteando un alfanje por encima de la cabeza. Nicholas se giró con rapidez mientras echaba mano al cuchillo, pero para cuando lo sacó, el capitán ya había apuntado y disparado al hombre.

—Azúcar, ron, algodón y munición —siguió el capitán, animado, mientras el que acababa de atacarlos caía al suelo sobre un charco de sangre—. Casi me da miedo pensar en lo bien que ha salido. Tienes a las damas y, además, vamos a llevarnos un buen pellizco cada uno. Incluso hay un mamparo ahí abajo donde podemos llevar

detenida a la tripulación. Por cierto, hablando del tema, aún no he visto a nadie que tenga pinta de ser el capitán. ¿Por qué no vas a buscarlo para que arríen las banderas y así acabamos de una vez por todas con...?

Se quedó callado. Algo lo había distraído.

Nicholas nunca le había visto poner una cara de sorpresa tan poco bienvenida desde que el anterior cocinero reconociera que había servido rata en el guiso en vez de ternera.

Miró hacia donde estaba mirando Hall. Entre los marineros, que se ladraban unos a otros, de debajo de cubierta, apareció una cabeza de mujer, con el pelo rubio y largo, que iba ascendiendo como si se tratase de Perséfone volviendo del inframundo.

Nicholas hizo un gesto de dolor cuando la muchacha chocó contra el jefe de artilleros, que estaba de espaldas; una espalda que tenía llena de cicatrices. La muchacha no gritó, ni siquiera cuando Davies dio media vuelta, hacha en mano, e hizo ademán de destriparla. De hecho, fue el gruñido de sorpresa del hombre lo que llamó la atención de quienes los rodeaban. ¡Malditos fueran sus ojos!

No era Sophia. Sabía que en el barco viajaba otra joven, pero ¿quién era aquella...?

—Pobrecita..., lleva el vestido completamente arrugado —comentó el capitán Hall, que estaba detrás de Nicholas.

A pesar de la sangre que lo cubría y los cadáveres que tenía a los pies, el capitán suavizó sus facciones hasta que parecieron las de un gatito. El viejo cabrón no era capaz de refrenarse en presencia de una mujercita, en especial, si era de las que necesitaban que las rescatasen. Y aquella lo necesitaba, estaba claro. Llevaba un vestido de color blanco que estaba rasgado a la altura de la cadera. ¿Y estaba manchado de sangre?

—¡Está herida! —exclamó Nicholas—. Pero ¿qué demonios está haciendo?

La muchacha se giró en dirección a Nicholas, como si le hubiera oído. Este debería haberse dirigido hacia ella y haberla sacado de aquel caos de vísceras y violencia, pero, de pronto, sentía como si la cubierta entera se estremeciera, como si el océano entero se estremeciera. El capitán Hall carraspeó y lo sacó de su ensimismamiento.

La muchacha se alejó cuando empezaron a avanzar hacia ella, hasta que, en un momento dado, se encontró con la borda y no le quedó adónde ir. Miraba a uno y otro lado con premura y, de pronto, reparó en un arpón que había tirado en la cubierta, cerca de ella. Sin pensárselo dos veces, lo cogió y les gritó:

—¡No os acerquéis!

Cuando vio su rostro, su expresión feroz mientras movía el arma a uno y otro lado, desesperada, Nicholas se tensó tan de repente que bien podría haberse hecho una contractura. La muchacha tenía el cabello abundante y dorado, cejas generosas, los ojos felinos. La nariz larga pero compensada con la generosa curva de sus labios.

La conciencia de ella entró en él despacio, como miel templada. Era, en una palabra...

«No».

No debía pensar en eso en aquel momento. Era un pensamiento peligroso. Ahora bien, a primera vista, parecía evidente que la muchacha era una luchadora, aunque hasta ella misma parecía sorprendida de que así fuera, incómoda con aquella arma en las manos y sintiéndose observada por casi tres decenas de hombres boquiabiertos. Los pocos que aún seguían riñendo habían dejado la lucha, pasmados por su aparición inesperada. Nicholas pensó que era normal; pero, es que, además, el verla ensangrentada y tan feroz, como una reina en el campo de batalla, era singular. Le había llegado al alma y, si no tenía cuidado, bien podría desnudársela. Era...

«Un trabajo».

Nicholas sacudió la cabeza, lo que hizo que se desvaneciera el calor que sentía en el pecho.

«El pago por los servicios prestados».

Un crujido agudo y ensordecedor se coló por entre el leve pitido que tenía metido en los oídos. Miró hacia popa y vio que, por fin, el tercero de los palos, el de mesana, se había cascado por su propio peso, como había temido que acabaría sucediendo.

Y se ralentizó el tiempo. Profirió un grito que pretendía ser una advertencia, pero que se pareció más a una voz aterrada, mientras la madera se astillaba y las velas se les caían encima ondeando y golpeándose entre sí. Los cabos que sujetaban el mástil se rompieron con un chasquido que parecía que el mismísimo Dios los hubiera cortado, y todo —la gavia, el juanete, las jarcias y los herrajes— se les vino encima.

Nicholas salió corriendo.

Los marineros que saltaron a un lado para evitar el madero no fueron lo bastante rápidos o saltaron lo suficiente como para evitar quedar enredados con el velamen y las jarcias. El capitán Hall rugía:

—¡Encontrad a la muchacha! ¡La muchacha!

Los hombres de ambas tripulaciones cayeron sobre los restos, cortándolos con hachas y alfanjes, buscando debajo de ellos. Nicholas sabía dónde estaba. La había visto de pie junto a la borda cuando el palo se quebraba, aunque no en su trayectoria. El palo no le habría dado, pero la habría empujado hacia atrás.

Se asomó por la borda, buscando en las negras aguas que separaban ambos barcos y, en efecto, vio un anillo blanco allí donde algo había caído... algo que estaba hundiéndose a toda prisa.

—¡Nick!

Oyó que el capitán le gritaba, pero ya se había quitado la chaqueta, el chaleco, y estaba tirándose por la borda, de cabeza al agua.

El agua helada se lo tragó entero y le robó el aire que había tomado antes de descender. La luz del sol caía sobre la superficie del mar y proyectaba un resplandor cálido alrededor de los restos y cadáveres que iban hundiéndose, poco a poco, hacia las profundidades del océano.

Imaginaba que habría tiburones; pero, aun así, tenían muchas víctimas entre las que elegir antes que decidir atiborrarse con él. Aunque no era un pensamiento que lo reconfortase, buceó más hondo. Sentía pinchazos en los músculos por lo fría que estaba el agua. Poco antes de empezar una plegaria con la que pedir ayuda, la vio.

Debía de haber agotado todo su entusiasmo combativo en cubierta, porque estaba inerte como un alga movida por la corriente y descendía poco a poco. Enseguida vio cuál era el problema: tenía las piernas y el vestido enganchados en una red que, a su vez, estaba enmarañada en un pedazo de casco. Los brazos le flotaban hacia arriba, como si estuviera esforzándose por alcanzar la superficie.

Nicholas empezó a cortar la red con el cuchillo y también cortó parte del vestido, pero con cuidado de no hacerle daño. Apenas le quedaba aire y sentía como si fuera a estallarle el pecho. En cuanto consiguió liberarla, le pasó los brazos alrededor y, a pesar de fallarle las fuerzas y el sentido, empezó a agitar las piernas con furia para empujarlos a ambos hacia la superficie.

Salieron del agua como una explosión y Nicholas respiró con avidez las primeras bocanadas de aire salado. Tosió parte del agua que había tragado y el estómago le dio un vuelco, constreñido por el miedo, algo inusual en él. Le tocó una de las mejillas mientras agitaba las piernas para mantenerlos a flote. Sintió un escalofrío por la columna al comprobar lo fría que la tenía.

La voz del capitán Hall resonó por encima de las demás.

—¡Nick, coge el cabo!

El joven lo asió con facilidad y empezó a atarlo alrededor de ambos. A pesar de que el miedo culebreaba por sus tripas, le habló con autoridad a la muchacha:

—Ni se te ocurra morirte. Te lo prohíbo expresamente. No voy a permitir que te mueras en mi barco, ¿me has oído?

Si perdía a la muchacha, lo perdía todo.

—¡Tirad! ¡Tirad! ¡Ya casi los tenemos! —le oyó decir a Hall.

Cuando casi estaban arriba, Nicholas le pasó el brazo por la espalda a la muchacha para que no se moviera apenas y se giró para apoyar los pies en la borda y pasar por encima de ella. No era capaz de encontrarle sentido a lo que había pasado. ¿Por qué había salido corriendo la muchacha? Y, ¿por qué estaba manchada de sangre? ¿Sería suya?

Media docena de manos lo agarraron con fuerza por los hombros y los guiaron a ambos hasta la cubierta del barco. Nicholas giró justo a tiempo para evitar aterrizar encima de ella, pero se golpeó la nuca contra la cubierta y, después de oír un agudo chasquido, lo vio todo negro durante unos instantes terribles.

—El ayudante del médico se encargará de ella.

De repente, tenía la cara del capitán justo delante.

—¿Está muerto el muchacho? —preguntó alguien.

Nicholas temblaba como un pendón en una tempestad. Se concentró en respirar y soltar el aire. A su alrededor, tenía las caras ansiosas y zarrapastrosas de los marineros de ambas tripulaciones, todos ellos manteniéndose alrededor de la chica con interés morboso. Aquel nuevo espectáculo había hecho que se olvidaran de luchar, sí, ¡pero es que los suyos deberían estar encargándose de encerrar a los rivales en la bodega del barco!

Cierto movimiento lo distrajo de sus pensamientos. Miró a una pequeña figura vestida con casaca de marinero que estaba arrodillada junto a la muchacha, a la que le apretaba el estómago con firmeza. Ropa limpia y bien planchada; el pelo, oscuro, recogido en una coleta baja; cara de niño. Nicholas desconfiaba de todo el que fuera tan immaculado en un barco, y mucho más después de una batalla; quería decir que se trataba de un cobarde.

—Tranquilo, Nick, que es el ayudante del médico —le dijo Hall mientras lo ayudaba a asentarse.

—¿Dónde está Philips? ¿O el médico de este barco?

—Philips está abajo, atendiendo a los heridos. A su médico le faltan las piernas, así que creo que, ahora mismo, debe de estar ocupado en morirse.

Nicholas negó con la cabeza porque no quería que un niño cuidase de ella.

—¿Cuánto llevará ejerciendo, un año?

Hall enarcó una ceja.

—Pues como tú, ¿no?

A Nicholas no le gustaba la libertad con la que el ayudante del médico le estaba cortando el vestido a la muchacha y que la dejara expuesta.

—No podías pararte a quitarte los zapatos y las medias, ¿eh? —continuó diciéndole el capitán, que lo miraba divertido con aquellos ojos de color gris tormenta—. Has salido tras ella como alma que lleva el diablo.

Fulminó al hombre con la mirada, consciente de que las medias estaban hechas un trapo y de que el cuero se había estropeado.

—No sabía que ahora nos dedicamos a dejar que las damas se ahoguen.

Se olvidó de sus palabras en cuanto captó movimiento por el rabillo del ojo. Se giró a tiempo para ver que el ayudante del médico levantaba un puño y la golpeaba con fuerza en el estómago.

—¡Caballero! —le soltó Nicholas mientras se incorporaba a toda velocidad—. Pero ¿cómo se atreve...?

La muchacha tosió con violencia y se puso de lado para escupir toda el agua que tenía en los pulmones. Sus dedos, largos y pálidos, se crisparon sobre la cubierta y tomó varias bocanadas de aire con los ojos cerrados. Nicholas entrecerró los ojos al ver que el ayudante del médico le había puesto a la muchacha una mano en el hombro desnudo para sujetarla.

Nadie decía nada, ni siquiera el capitán Hall, que parecía estar tan atónito como el resto de los presentes ante el hecho de que la chica hubiera vuelto tan de repente de entre los muertos. Una vez más, como la mismísima Perséfone.

—Señorita... —consiguió articular Nicholas al tiempo que hacía una reverencia cortante—, buenas tardes.

La muchacha parpadeó varias veces seguidas mientras se dejaba caer de espaldas sobre la cubierta. Tenía el pelo pegado a la cabeza y era más oscuro ahora que estaba mojado. Los marineros se acercaron todos a una para verla más de cerca y su atrevimiento se vio recompensado con una penetrante mirada de un color azul tan celeste como el cielo que los cobijaba.

—Eh..., ¿qué hay? —respondió ella.

Tres

No había ni una sola parte del cuerpo que Etta no sintiera magullada o en carne viva; ni siquiera el fuerte dolor de cabeza lograba apagar ese olor nauseabundo a sangre ni el hedor corporal de los marineros, ni ese otro olor a algo más que le recordaba al de los fuegos artificiales.

Fue mirando las caras una a una (gorros de lana, una peluca torcida y ajada, algunos ojos húmedos que los marineros se secaban discretamente con el hombro) y su cabeza empezó a sumar dos más dos como si estuviera leyendo una partitura nueva. Las notas se convirtieron en medidas y las medidas en frases, hasta que la melodía empezó a sonar.

No estaba en el museo. Era evidente que los de urgencias la habían sacado a la calle para alejarla de aquella extraña explosión de luz y sonido. Su piel, su pelo y su vestido estaban empapados por... por el sistema antiincendios del edificio, ¿no?

Y los disfraces... Quizás aquella gente hubiera estado representando alguna obra en un edificio cercano y eran los primeros que habían llegado a ayudar. No estaba segura porque, ¿qué llevan los bomberos debajo del uniforme?

«No, Etta, no llevan camisolas blancas ni zapatos de hebilla o sombreros sacados de la serie *Masterpiece Theatre*», pensó.

Así que... tenían que formar parte de una representación teatral. Y, o les había pillado la explosión..., el atentado o lo que fuera que había sido aquello... o, desde luego, los maquillajes eran extraordinarios.

«¿Mamá?».

Intentó sentir la palabra en la boca, pero notó la garganta como si se la hubieran rascado con lija.

«Alice».

A Alice le habían disparado. Alice estaba... estaba...

Muerta.

No, no podía ser. No tenía sentido.

Con una mano trémula se frotó los ojos para quitarse las costras y aliviar así la quemazón que se formaba tras las pestañas. El cielo se desplegaba en toda su amplitud sobre ella, sin un solo edificio que entorpeciera la vista. ¿Estarían en el parque? El humo seguía siendo tan penetrante que no era capaz de captar el olor habitual de la ciudad: los tubos de escape y la pestilencia dulzona de los contenedores. No oía sirenas, ni alarmas..., solo el crujir de la madera. El golpeteo de las olas.

El vaivén del suelo que se balanceaba debajo de ella.

«En el Metropolitano no estás, desde luego».

Sacudió la cabeza, como si así fuera a aclarar sus pensamientos, a superar el pánico.

«Y en Nueva York tampoco».

Le confundían aquellas escenas que había imaginado: la habitación estrecha, el cadáver, toda aquella sangre, el chasquido ensordecedor, haberse precipitado al...

—Señorita, buenas tardes —le dijo una voz bronca.

Etta alargó el cuello. Los ojos se le llenaron de lágrimas por efecto del fuerte brillo del sol. Al principio, no veía nada, aparte de un anillo de caras desaliñadas, y, entonces, un par de personas más altas se abrieron camino para ponerse delante de los demás. Uno de ellos, el mayor, vestía una casaca de color verde oliva. Era pelirrojo, aunque peinaba ya muchas canas, y llevaba el pelo recogido en una coleta baja. Le sonrió. Tenía los dientes muy amarillos. Algo le brilló en el ojo cuando giró la cabeza para mirar al otro que se había acercado, el más joven.

Era alto, incluso al lado del otro gigante, y tenía una postura que transmitía autoridad a pesar del leve balanceo del barco. Le hizo una pequeña reverencia, durante la cual su rostro desapareció, pero la muchacha ya se había fijado en él un instante, lo justo para grabarlo en su memoria. El pelirrojo tenía la piel sonrosada a la altura de la nariz y los pómulos, quemada y agrietada por el sol. La del joven era de un color dorado, como acariciada por el sol. En general era como si una cálida lumbre lo iluminase.

Cuando lo había visto desde lejos, el rostro le había parecido duro, impenetrable, tallado en piedra. En el instante anterior a que se incorporara de la reverencia, no obstante, el grave peso de su mirada se posó en los ojos de ella y Etta tuvo un momento para estudiarlo, para ver las pequeñas cicatrices que tenía en los pómulos, los arañazos del mentón —cuadrado—, cubiertos con una barba incipiente, todo ello evidencias de una vida dura. El esbozo de una sonrisa.

Se sintió un poco avergonzada al darse cuenta —un poco tarde— de que estaban esperando una respuesta.

—Eh..., ¿qué tal? —dijo al fin.

Algunos de los hombres se movieron de un lado para otro, como satisfechos. Otros, en cambio, parecían estar confundidos.

—¿Qué tal? —repitió uno de ellos echando una mirada perpleja hacia el cielo.

Etta se apoyó en los codos y respondió a las miradas aturdidas de los hombres con la suya propia. ¿Tendrían todos ese acento ligeramente británico? La manera en la que pronunciaban y dejaban que las palabras fluyesen hacía que la muchacha considerase su propio acento brusco y chirriante.

Ropas antiguas. Un acento anticuado. Un barco... ¿antiguo?

Hizo un esfuerzo por sentarse y la atención de los hombres pasó de su cara a una parte de su cuerpo que quedaba más abajo. Etta soltó un silbido al tiempo que se llevaba las manos al pecho a toda velocidad para cubrirse. Tenía el vestido rasgado

por el centro y, a medida que la tela iba secándose, iba, también, dejando de adherirse al cuerpo.

El más jovencito le tiró una casaca de color azul marino. La lana le raspó la piel, pero tenía tanto frío que a punto estuvo de hundir la cara en ella, de desaparecer. Olía como imaginaba que debía de oler aquel hombre: a sudor, a cedro, a alcohol... y también a mar.

—Señorita, ¿está usted bien?

El joven, que estaba arrodillado cerca de ella, era tan menudo, tan alfeñique al lado de los otros dos, que se había fundido con el fondo. Levantó la mandíbula para mirarla a través de los cristales redondos y ridículamente pequeños de las gafas de alambre colocadas sobre la nariz. La parte delantera de sus extraños pantalones estaba empapada, igual que los calcetines que le llegaban hasta las rodillas y los zapatos de hebilla. Además, de pronto, Etta tuvo la ligera sensación de que quizá le hubiera vomitado encima al recuperar la consciencia.

El joven se envaró ante tal escrutinio. Se llevó una mano al cuello para arreglarse el elaborado nudo del corbatín y con la otra se arregló el pelo. Tenía las manos muy limpias, con una manicura perfecta, lo que llamaba la atención, teniendo en cuenta que estaban en un... en un...

En un barco.

Con el impulso del miedo, Etta se puso en pie de un salto. La casaca no era una barrera contra las miradas de aquellos hombres y tampoco sería un escudo contra sus armas, pero se sentía mejor con ella delante.

—Ay, Dios mío... —musitó.

En un barco. Ya se lo había parecido antes... antes de que todas esas velas se cayeran de golpe y la tiraran al agua. Había chocado de espaldas contra las frías aguas y se había torcido el tobillo intentando salir a la superficie. Tantos años nadando en la calle 92 para nada. Le había resultado imposible liberarse de la red porque tenía los dedos ateridos y lo veía todo negro.

La sensación de que necesitaba respirar había hecho que la cabeza, el pecho y, en realidad, todas y cada una de las partes de su cuerpo le dolieran como si estuvieran a punto de explotar.

«Me he ahogado».

Etta dejó de mirar al chico de los anteojos y miró al que le había hablado cuando había recuperado la consciencia, el de los ojos oscuros y duros. La observaba con aire calmado, casi como si estuviera retándola. Notó las palabras en su cabeza con tanta nitidez como si se las hubieran escrito con el dedo en la mano.

«¿Así que esta eres tú?».

El joven se cruzó de brazos y se inclinó hacia atrás, dejándose llevar por el bamboleo del océano.

En el océano.

No en el Metropolitano.

No en la ciudad de Nueva York.
No había tierra a la vista.
Tan solo dos barcos altos de madera.
Y hombres... disfrazados...

Porque eran disfraces. Seguro.
«Sabes muy bien que no lo son».

Tragó saliva y se acordó del concierto. El recuerdo la quebró, le rasgó el corazón y los pulmones.

«Alice está muerta. Yo... el Metropolitano... la otra chica...».

El pelirrojo, el que era mayor, ordenó a los demás que se retiraran. Se movía con zancadas largas y decididas.

—¡Se encuentra bien y hay trabajo que hacer! —le comunicó a la tripulación, y se dirigió a los dos hombres de brazos robustos.

A ambos les faltaba parte de la barba o del pelo, como si se los hubieran arrancado a tirones, y ambos estaban desnudos de cintura para arriba. La impresionante magnitud de su musculatura se veía contrarrestada por el hecho de que Etta podía notar su hedor a tres metros de distancia.

—Señor Phelps, señor Billsworth, por favor, escolten a la bodega a la tripulación de este barco. Después, encárguense de que los carpinteros se pongan a trabajar de inmediato.

—Sí, capitán.

Aquellos hombres... habían estado luchando entre sí, ¿no? Y no solo luchando... ¡matándose unos a otros!

«Ese tipo ha dicho que los bajen a la bodega. Debe de ser que van a encerrarlos».

Porque serían el enemigo, ¿no es así? ¿Dónde leches estaba? ¿Cómo leches había llegado del Metropolitano a un barco que vete tú a saber dónde estaba?

—Bueno, querida, venga aquí —le dijo el hombre, es decir, el capitán, al tiempo que le hacía un gesto con la mano para que se acercara; una mano a la que le faltaban el anular y el meñique.

Etta no estaba segura de si confiar en lo que le decía su instinto en aquel momento. Verlo cubierto de sangre, tan grande, hacía que se le encogiera el pecho; no obstante, la manera en que se dirigía a ella no era en absoluto amenazadora. Ni siquiera había en sus palabras el más mínimo tono de coacción. Sacudió la cabeza para dejar de pensar así, no fuese a ser que hiciera alguna locura, como bajar la guardia. Si aquel hombretón creía que iba a dejar que la cogiera, iba a toparse con la neoyorquina que llevaba dentro. Miró alrededor en busca de algo afilado.

—No tenga miedo, querida —insistió con firmeza y con la mano aún adelantada.

Su mirada era suave. Su voz, también. Ideal para atraer a una muerte segura a los más ingenuos.

—No soy tu «querida» —masculló.

El hombre se aclaró la garganta para ocultar la risa, pero no lo consiguió.

—No somos bribones. A cualquiera que intente hacerle daño, que la mire siquiera sin que se lo haya permitido usted, lo pasaremos por la quilla ¡para que coma percebes!

No sabía por qué, pero le creía. Si hubieran querido matarla, lo más normal no era que se hubieran tirado al agua para salvarla y que la hubieran reanimado. Sin embargo, aquello no hacía que se sintiera mejor.

Aquellas personas eran extrañas, pero por la expresión de sus rostros, parecían tan sorprendidos de verla como lo estaba ella de verlos a ellos. Si había alguien que supiera qué estaba pasando y dónde se hallaba, tenía claro que sería la chica que había dejado debajo de la cubierta, la que, en el museo, la había empujado por aquella puerta extraña del museo, detrás de la que había aquel aire destellante y tembloroso.

—¿Bribones? —Etta no tenía muy claro por qué había empleado aquel término—. ¿Se supone que sois... piratas?

El joven se ofendió, pero el pelirrojo se limitó a encogerse de hombros.

—Bueno, piratas... Somos corsarios. Ejercemos la piratería de acuerdo a la legalidad. Aunque supongo que Su Majestad no pensará lo mismo, claro. Ese navío —señaló el barco que había al lado, del que salían incontables cuerdas acabadas en rezones que mantenían unidas ambas naves— es una goleta corsaria armada en Nueva Londres (Connecticut). El Challenger. Y este otro lo hemos capturado.

Sí, claro. Etta se obligó a asentir.

Los marineros a los que el capitán no había mandado a la bodega se habían puesto a trabajar e iban de un lado para el otro de la cubierta. Parecían hormigas reconstruyendo su colonia. Del otro barco pasaban a este tablones y travesaños que sacaban de la bodega. Los hombres desaparecían bajo cubierta ensangrentados y volvían arriba vendados. El estómago no paraba de darle vueltas y más vueltas, y le pareció que no haría mal en desgarrar la chaqueta por las costuras y ayudar en lo que pudiera. Por lo menos, para no seguir allí sentada, como si fuera una muchachita desamparada.

«De desamparada nada».

Caerse no era lo mismo que estar derrotada. Necesitaba... encontrar la posición. Conseguir mantener el equilibrio y no marearse. O lo que fuera a lo que aspiraban los piratas.

Acababan de empezar a limpiar la cubierta de...

«Cadáveres. Dilo, Etta: cadáveres».

Alice. ¿Tendrían ellos algo que ver con lo que le había pasado a su profesora?

«Con su asesinato», la corrigió una voz interior.

Se giró para mirar al agua y evitar, así, presenciar la eficacia con la que piratas con expresión adusta metían los cadáveres retorcidos, desparramados..., mutilados..., en bolsas de lino que cosían después con cara impertérrita. No se veía nada en el horizonte. No se veía tierra. No se veían otras naves. Solo se veía un azul chispeante que empezaba a oscurecerse al mismo tiempo que el cielo. Solo estaban ella, aquellos

barcos, aquellos hombres y aquellos cadáveres. El agua y la espuma que salpicaban la cubierta adquirirían un tono rosado al mezclarse con la sangre.

A Etta le dio el tiempo justo para apoyarse en la borda, asomarse por ella, mirar a las oscuras agua y vomitar. Cerró los ojos e intentó que desaparecieran las imágenes, que se adherían a su cabeza como la resina al arco del violín. Cuando acabó, notó que el agotamiento hacía que el cuerpo entero le temblara y se sintió avergonzada.

Pero se encontraba mejor. Con la cabeza más clara.

—Señorita...

Había perdido los zapatos, si es que los había llevado siquiera. Su talón resbaló contra el borde afilado de algo metálico y enseguida se le pasó por la cabeza la idea de que se tratara de algo que podía usar como arma. Se agachó para cogerlo. El gancho, que tenía varias puntas, era casi tan grande como su cabeza y pesaba, por lo menos, el doble. En cuanto lo tuvo en las manos, el objeto empezó a hacer lo imposible para caérsele de las manos.

—Señorita, por favor —dijo el hombre mayor y, a continuación, alzó la vista brevemente hacia el cielo—, si puedo elegir, prefiero mil veces que me maten con un arpón a que lo hagan con un rezón. Créame, luego, hay mucho menos que limpiar.

—Quizá debiera tomarse un momento para pensar bien en lo que va a hacer. —El más joven permaneció donde estaba, con los brazos cruzados de nuevo sobre el pecho.

¿Estaría dirigiéndose a ella?

Fue entonces cuando se dio cuenta de que estaba tan empapado como ella.

«Idiota, no has vuelto al barco por ti misma».

—No sabía... Tú has sido el que... ¿Has sido tú el que me ha salvado? —preguntó.

—Habría jurado que eso era evidente.

El tipo mayor se volvió hacia él, por lo que Etta no alcanzó a ver qué cara ponía. Cuando volvió a mirarla, le guiñó un ojo.

—Disculpe sus modales, señorita. Solo tiene un día bueno al año y ya ha pasado.

El joven asintió con cierta brusquedad, hizo una reverencia corta y dijo:

—Nicholas Carter, a su servicio, señorita. Él es el capitán Nathaniel Hall. ¿Podría decirnos su nombre, si es tan amable?

Etta dudó, mirándolos de nuevo. El capitán Hall se llevó las manos a la espalda sin perder su agradable sonrisa.

La situación estaba mucho más allá de resultar extraña; la muchacha seguía sin tener claro que no estuviera soñando o teniendo una crisis de ansiedad. De hecho, el consejo del joven la dejó pensativa. «Quizá debiera tomarse un momento para pensar bien en lo que va a hacer». Repetirse aquellas palabras la llevó a agarrarse la chaqueta con fuerza. Luego, se puso tiesa, convencida de la decisión que acababa de tomar.

Estuviera pasando lo que estuviera pasando, tenía que seguir viva y, en aquel momento, la mejor manera de conseguirlo parecía cooperar.

—Me llamo...

—¡Henrietta! —gritó una voz—. Henrietta, ¿dónde estás?

—¿Henrietta? —repitió el capitán.

—Etta —puntualizó ella mientras miraba en derredor para ver de dónde provenía el grito—. Etta Spencer.

La chica apareció envuelta en una nube de tela verde que hacía un fuerte frufú y en una melena del color de la tormenta. Si ya estaba pálida, al ver la escena que la rodeaba se quedó blanca como el papel. Avanzaba de puntillas por encima de la sangre que los corsarios más jóvenes, acompañados de un cubo cada uno, no habían limpiado aún.

«Ella».

Aquella chica tampoco era fruto de su imaginación.

—Señorita, ¿se le ha asentado ya el estómago? —le preguntó el jovencito de las gafas.

Etta podía oler lo mal que se encontraba, además de que tenía la frente y el labio de arriba cubiertos de sudor. La otra chica clavó en ella la mirada. Tenía los ojos inyectados en sangre y se lanzó a abrazarla.

—¡Me tenías muy preocupada! —exclamó.

Etta adelantó las manos para impedir que ambas cayeran al suelo por culpa de la carga efusiva de la otra y también para evitar que se acercara demasiado. La chica era más bajita que ella, pero parecía más alta debido al pelo, que lo llevaba recogido en lo alto de la cabeza y que ahora tenía un poco inclinado sobre un lado. Su falda envolvía la de Etta, aún mojada, y el color verde hiedra de esta no hacía sino incrementar su aspecto de cansancio.

«Lo dudo mucho».

Etta se zafó por completo del abrazo de la chica, que le clavó las uñas en las manos. Tenía los ojos, de color marrón, enmarcados por unas cejas oscuras y pobladas, y los labios fruncidos describían una sonrisa tanto de burla como de crueldad; una sonrisa que le lanzaba una advertencia clara: no digas ni una palabra más.

Etta se esforzó por mantener la compostura. Abrió la boca, con unas palabras afiladas y furiosas en la punta de la lengua..., pero la cerró de golpe.

«Quizá debiera tomarse un momento para pensar bien en lo que va a hacer».

Aquella chica sabía lo que había pasado. Dónde estaban. La información empezaba y acababa en ella, así que la única manera que tenía Etta de enterarse de algo era callándose y dejando que fuera la otra la que hablara.

«Tú también sabes lo que ha pasado. Ella te ha empujado».

Etta respiró con fuerza por la nariz y miró hacia el mar. No tenía muy claro que fuera a ser capaz de esconder su malestar.

—Ay, de verdad —empezó a decir la chica con voz ligera, etérea—, no tienes que asustarte de esa manera. ¡Ya te dije que todo iba a salir bien! Seguro que estos señores saben que somos pasajeras y, por lo tanto, no van a hacernos ningún daño.

—Las batallas sacan de quicio hasta al más pintado —comentó el capitán—, señorita...

—Oh, soy la señorita Sophia Iron... eh... Spencer. —Hizo una pequeña reverencia. Etta la observó sin el menor atisbo de simpatía mientras la otra se agachaba con los ojos cerrados y una mano a la altura del estómago—. Y ella es... es mi hermana...

«¡Está mareada!», pensó Etta.

—¿No me diga? —Nicholas esgrimió una sonrisa irónica—. Desde luego, el parecido es evidente.

Etta se alegró de volver la mirada justo en aquel instante, y no porque el comentario de él le hubiera parecido gracioso, sino porque presenció a la perfección la reacción de Sophia cuando vio al joven por primera vez: se le cayó la fina máscara de amabilidad y su rostro dejó ver su repulsión. Solo duró unos instantes, pero a Etta se le quedó grabado el gesto.

El capitán Hall miró a Nicholas con una sonrisa sardónica antes de dirigirse al jovencito de los anteojos.

—¿Sería tan amable de decirnos su nombre y el de este navío?

—¡Oh!, por supuesto. Este barco es el Ardent, señor, y yo soy Abraham Goode, el ayudante del médico, y, ahora, su más obediente servidor.

—No sabe qué hacer para que no lo envíe a la bodega, ¿eh? ¡Ja, ja, ja! ¿Servirá usted a la tripulación vencedora sin quejarse?

—Será un placer —respondió con valor.

El chico cuadró los hombros de manera tan exagerada que Nicholas puso los ojos en blanco, gesto que a Etta no le pasó desapercibido.

—¿Dónde está el capitán Millbrook? —preguntó la «hermana» de Etta mientras miraba en derredor—. ¿Han tomado ustedes posesión de la nave?

Su acento no era británico, sino que se parecía más bien al de las antiguas artistas de cine, con otra cadencia, muy diferente de cómo le había sonado en el Metropolitano.

—Siento tener que decirle que está muerto, señorita —respondió el jovencito de las gafas, acercándose desde la borda. Tuvo que alzar la voz para que se le oyera por encima del clamor de la cubierta.

Nicholas y el capitán Hall intercambiaron una mirada.

—Supongo que eso te facilita el trabajo —le comentó el mayor a su compañero.

Nicholas se encogió de hombros y miró a Etta.

—¿Quieren ustedes regresar a su camarote y descansar? Sé que hoy ha sido un día duro.

—Sí —se apresuró a responder Sophia para que a Etta no le diera tiempo de decir nada—. Es una buena idea. ¿Podemos seguir instaladas en los camarotes que quedan al lado del camarote grande?

—Desde luego, no voy a ponerlas en los camarotes de proa, con la tripulación. Allí estarán bien —respondió Nicholas.

Etta, sorprendida, se giró hacia él. ¿Así que era él quien estaba a cargo de este barco y no el capitán Hall? Eso significaba... que el capitán Hall era el capitán del otro navío que habían mencionado, el Challenger, y, al haber capturado este otro, Nicholas había tomado el mando del barco. Los hombres que habían enviado abajo a bodega debían de formar parte de la tripulación original del barco.

Sophia cogió a Etta del brazo, y atrajo su atención hacia ella.

—Siento mucho su pérdida —les dijo el señor Goode.

Etta debió de poner cara de extrañeza mayúscula, porque Sophia le clavó las uñas en el brazo.

—El capitán Millbrook era el tío de las señoritas —comentó Goode mientras se rascaba la cabeza.

Sophia, como si acabara de recordar que tenía que mostrarse deshecha, se llevó las manos a la cara mientras el ayudante del médico seguía hablando.

—Las escoltaba a Inglaterra tras la muerte de su hermano y la venta de su plantación en Nueva Providencia. Partimos de Nassau hace unos días.

«¿Nassau? ¿Nueva Providencia?». ¿Por qué tenía la sensación de que no estaban hablando ni de Nueva York ni de Rhode Island?

—Oh, qué acontecimiento más desafortunado —comentó el capitán Hall sin rastro de compasión en la voz.

Sophia tragó saliva con fuerza y dijo:

—Disculpen mi brusquedad, pero voy a llevarme a mi hermana abajo para que puedan seguir ustedes con su trabajo. Quizá... —Volvió a tragar saliva y entrecerró los ojos cuando una fuerte ráfaga de viento sacudió el barco—. Señor Carter, ¿sería usted tan amable de acompañarnos?

La cara que puso el joven era un poema, como si hubiera preferido arrancarse las uñas.

—Será un placer —respondió de forma envarada.

Sophia sonrió ligeramente y asintió; a continuación, les deseó las buenas tardes al capitán Hall y al señor Goode. Etta acomodó el paso al de la chica. Nicholas levantó la puerta de la escotilla, un entramado de madera oscura.

«¡No! ¡No me hagáis volver ahí abajo...!», pensó Etta al recordar, por un instante, el cadáver, la sangre, el rostro desencajado...

Como si tuviera otra opción. Sophia le puso una mano en la parte baja de la espalda y la empujó con tanta fuerza que casi se pisa el dobladillo del vestido y se tropieza.

—No hay ningún peligro —le aseguró Nicholas mientras le cogía una mano.

Se concentró en la cálida presión de los dedos del joven al cerrarse alrededor de los de ella, en vez de en lo empinado que era el descenso o en el olor a pólvora y a sangre. La escalera, más que una escalera, era una sucesión de escalones estrechos. Etta se sujetó el vestido, aún empapado, con una mano y, con la otra, se apoyó en el borde de la escotilla para no perder el equilibrio. Con cada paso, la tela se le pegaba a los tobillos y le picaba.

No solo consiguió mantener el equilibrio, sino también los ojos abiertos. En la parte de abajo seguía habiendo humo, aunque ya no resultaba cegador. Se fijó en el largo pasillo que tenía delante. La luz entraba por los huecos cuadrados que había a ambos lados del barco, donde los hombres estaban disponiendo los cañones y asegurándolos con cuerdas. Era incapaz de ver lo que había al fondo, porque lo impedía una especie de cortinas de lienzo.

Por fin, se obligó a mirar al suelo... y comprobó que se habían llevado el cadáver. Además, habían fregado tan bien el suelo que solo quedaba una ligera decoloración de la madera. Allí, las reparaciones habían empezado de inmediato. Los escombros los habían dejado a los lados. Los que no estaban parcheando las paredes buscaban entre los montones de madera los pedazos más útiles y tiraban por las troneras aquellos que no les servían, o los cristales rotos, para que las olas se los tragaran.

Etta se apoyó contra una pared para que los demás pudieran entrar. Pisó algo frío y, al bajar la mirada, comprobó que se trataba de un cuchillito de mantequilla. Lo tenía en la mano antes siquiera de pararse a pensar si debía recogerlo o no. Lo escondió entre los pliegues del vestido.

«¿Qué estás haciendo?».

Sopesó el peso del cubierto.

«Protegerme».

No sabía cómo usarlo, aunque, ¿qué es lo que había que saber, aparte de que era el lado afilado el que se clavaba? Se concentró en su forma, en como el metal iba calentándose en su mano, con la misma intensidad que cuando se disponía a acometer una pieza musical. Fue entonces cuando, por fin, empezó a tranquilizarse.

Sophia fue la siguiente en bajar. Los últimos pasos los dio trastabillando y agarrándose el estómago. Un par de zapatos de cuero llenos de agua, con los que chapoteaba a cada paso, anunciaron la llegada de Nicholas. Etta tenía claro que el agua salada iba a dejarlos muy estropeados. Pero no iba a permitirse sentirse culpable por ello.

—No se acerquen a los camarotes de proa —les comentó el joven, que había visto que Sophia se había fijado en las cortinas de lienzo que había al otro extremo del barco—, a menos que sea para ir a ca... para usar el servicio. Allí es donde se aloja la tripulación. Pueden salir a tomar el aire cuando quieran, pero no lo hagan hasta que no hayamos reparado el barco, y nunca sin escolta. Además, bajo ninguna circunstancia deben entrar en la bodega, que es donde permanece cautiva la tripulación enemiga.

—No... —Sophia luchaba por encontrar la palabra y se quedó callada un instante para ordenarse las ideas. Cuando volvió a abrirlos, ardían en la oscuridad—. No queremos molestarlo más allá de lo que sea necesario.

—Ya lo suponía —respondió el joven, saboreando las palabras mientras se daba la vuelta—. Pueden retirarse hasta la hora de la comida.

—Debes de estar encantado —le espetó Sophia—. Qué rápido te has hecho un hueco, ¿eh, gusano? De haber sabido que ibas a ser tú, no habría accedido.

«¡Se conocen!».

Etta los miró a ambos: el odio más que evidente de Sophia y la impasividad deliberada de Nicholas; y se preguntó cómo era posible.

—Si necesitan algo de la enfermería o de la cocina —Nicholas siguió hablando como si no hubiera oído el comentario de ella—, por favor, háganselo saber a uno de los chicos. Ellos se lo traerán.

—Hoy no te toca hacer de sirviente, ¿eh? —se burló Sophia.

Allí, al final del barco, había tres puertas. El joven abrió la primera de la derecha y Etta reconoció la estancia estrecha; era la habitación en la que se había despertado. En vez de permitir que pasaran, Nicholas miró a uno y a otro lado, como para asegurarse de que no había nadie escuchando. Estaban solos, excepto por un marinero jovencito que fregaba el suelo con una piedra.

—Doy por hecho que sabías que otro barco iba a interceptar el vuestro, ¿o no? —dijo en voz baja.

Etta lo miró con los ojos abiertos como platos. No, no lo sabían. Hacía una hora..., un momento, ¿hacía cuánto que habían desaparecido del museo?

—Está claro que, si ha confiado en ti para esto, el abuelo debe de estar perdiendo la cabeza con la edad —le espetó Sophia.

—O puede que sea la desesperación lo que lo ha llevado a contar contigo —le respondió él—. Mi tarea consiste en llevaros a Nueva York, y, por lo que a mí respecta, no tenemos por qué volver a vernos siquiera. —Miró por encima del hombro, hacia proa—. Para evitar preguntas incómodas, los demás deberían veros como parte del botín que hemos reclamado. ¿Me has comprendido?

«¿Nueva York?».

Aquellas dos palabras le daban cierta esperanza después de aquel enrevesado día.

—Me pregunto qué sucedería si la verdad saliera a relucir... —Sophia era todo dulzura—. ¿Qué pensaría de ti la tripulación si supiera que han arriesgado la vida por un botín que jamás verán?

Algo tuvieron aquellas palabras que hicieron que el joven perdiera el control que, como era evidente, había estado esforzándose por mantener. Nicholas pegó un golpe en la madera, a la altura de su cabeza, y se cernió cuan alto era. A continuación, se inclinó para mirarla directamente a los ojos.

—Menosprécíame cuanto quieras, señorita Ironwood. Lánzame cuantos insultos se te ocurran... Pero como vuelvas a sugerir que vas a poner en peligro la forma en la

que me gano la vida, te aseguro que sufrirás las consecuencias.

«¿Ironwood?».

Sophia ni pestañeó. Aunque estaba pálida por efecto del mareo, se zafó de la amenaza con una sonrisa sardónica. El joven se apartó, con los ojos encendidos por un fuego que parecía que ardiera en lo más profundo de su ser. En el silencio que siguió a aquel intercambio de exabruptos, tiempo durante el que solo se oyó el crujir de la nave, Etta se dio cuenta de lo que acababa de suceder: Sophia había encontrado el arma con la que abrir viejas heridas.

Si mareada era así de mala, le daba miedo pensar en cómo sería en plenas facultades.

No sabía si prefería que siguieran peleándose o hablando, y obtener, así, más información, pero Etta presionó el filo romo del cuchillo contra el muslo y respiró hondo aquel aire fresco y salado.

—Lo hemos entendido. Gracias —comentó Etta.

La intervención tuvo el efecto deseado, atraer la atención del joven, que le hizo una pequeña reverencia.

—Pediré que les envíen la cena al camarote. Descanse, señorita Spencer.

Etta asintió, sin dejar de mirarse los dedos de los pies, que sobresalían por debajo del vestido. Nicholas fue hacia la escalera y el humo se movió a su paso. A Etta se le pusieron los pelos del cogote de punta cuando el joven se dio la vuelta para mirarla antes de marcharse.

Cuando dejó de oírse el sonido de sus pisadas en los peldaños, se giró como una exhalación hacia la otra chica.

—¿Qué narices está pasando?

Sophia se apoyó contra la pared y se llevó la mano a los labios. Las palabras de Etta hicieron que la cara de Sophia se tensara.

—No vuelvas a decir ni una palabra a menos que yo te lo diga, o no respondo.

Etta empujó la puerta del camarote y entró. Sujetaba el cuchillito con fuerza.

—¡Dime quién eres!

Había una portilla en la pared, pero la luz que entraba por ella era mínima. Sophia se inclinó, a punto estuvo de perder el equilibrio, y recogió del suelo una linterna que puso en un pequeño escritorio.

Etta se alejó un poco para apartarse del olor a vómito y para evitar la mirada de asesina de la chica. Además, quería estar cerca de la puerta porque, si la cosa se ponía fea, siempre podía salir del camarote y encerrar a la chica.

Sophia se sentó al borde de la litera y acercó un cubo con el pie.

—Maldito barco..., maldito traidor... y maldita tarea.

—¡Que me lo digas! ¿Cómo hemos llegado aquí... y dónde estamos? Y ¿quién es esa gente?

—No debería contarte nada después de esa desafortunada muestra de estu... —le dio una arcada— ¡... de estupidez!

—¡Me has empujado! ¡Me has hecho algo... y me has traído aquí!

—Pues claro que te he empujado. Eres más lenta que un caracol. A tu ritmo y con tanto lloriqueo habríamos tardado años. Considéralo un favor para ambas.

—¿Has...? —No se atrevía a pronunciar la palabra—. ¿Has sido tú quien ha disparado a Alice? ¿Estaba intentando evitar que me trajeras aquí?

Etta quería encontrar la razón que explicara qué hacía Alice allí en vez de estar, bien en el auditorio, bien con su madre en el despacho de esta. No se había parado a mirar si la mujer llevaba el bolso. En otras circunstancias, habría pensado que alguien había intentado robarle en el museo. Pero habría sido demasiada coincidencia. Una explicación demasiado sencilla.

—¿Alice? —Sophia parecía estar confundida—. ¿Te refieres a la vieja? No tengo ni idea de quién le ha disparado. Desde luego, había otros viajeros de Ironwood pendientes de que todo saliera bien. Si no ha sido ninguno de ellos, tampoco iba a quedarme allí mirando para que el que haya sido nos cogiera.

Etta miraba a la chica con la boca abierta. No dejaban de pasársele por la cabeza ideas que de inmediato se convertían en preguntas. No obstante, era incapaz de decir nada y Sophia se rio de ella. La carcajada hizo que Etta perdiera la compostura.

Sacó el cuchillo y se lo puso a la otra en el cuello. El corazón le iba a mil por hora y le temblaba el cuerpo de pies a cabeza. El instinto se apoderó de la lógica, de la compasión y de la paciencia. Aquel comportamiento tan feo y que tan de dentro le salía le resultaba desconocido y le daba miedo.

«¿Qué estás haciendo?».

Sophia la miró y abrió como platos, aunque solo durante un instante, aquellos ojos oscuros que tenía. Luego, chasqueó la lengua y se inclinó hacia el cuchillo hasta que la punta se le clavó en el cuello lo suficiente como para que se le escapara una gota de sangre y manchara el cubierto.

Antes de que Etta fuera capaz de reaccionar, Sophia le cogió la mano y la alejó de su garganta. Tenía la piel tan blanca y tersa que hasta la luna la habría envidiado. En sus ojos ardía una llama de aprobación; como si Etta acabara de pasar una prueba sin saberlo.

Notó que a la chica se le aceleraba el pulso cuando le cogió la mano del cuchillo y se la llevó al cuello, a una zona expuesta.

—Aquí. Justo aquí. Se desangrarán como el cerdo en la matanza antes siquiera de que les dé tiempo a gritar. Y, así, tú podrás huir. No lo olvides nunca.

Etta asintió. Tenía la garganta tan cerrada que no fue capaz de decir nada mientras Sophia la desarmaba y lanzaba el cubierto con mucha fuerza contra la pared, donde se quedó clavado, temblando.

—No se lo esperarán de alguien como tú. Y mira si seré tonta, que yo tampoco me lo esperaba. Me alegro por ti. Me gusta la gente luchadora. Ahora bien, de poco te servirá contra mí.

—Dijo la que no para de vomitar.

Etta casi no se reconoció en aquella frase, llena de ira, y se dio cuenta de que, hasta aquel momento, tampoco había sabido cómo reaccionaría si se sentía impotente. Era como cuando había estado a punto de ahogarse, mientras veía cómo la superficie del agua se volvía más oscura por segundos.

Sophia se puso de pie, cogió el jarro de plata que había en el escritorio y lo vació en una pequeña jofaina de porcelana. Luego, se echó agua en la cara, en el cuello y en las manos. Cuando acabó, la miró airada.

—Odio este siglo. Es tan... rústico, ¿no te parece?

—¿Qué siglo? —Etta se oyó susurrar como si no fuera ella la que hablaba.

—Así que es cierto que no has hecho esto nunca, ¿eh? No tienes ni idea. Fascinante. —Miró hacia arriba y chasqueó los labios—. ¿Qué siglo dirías tú?

No quería decirlo en alto, pero era la única manera de saberlo.

—¿El XVIII? —probó suerte, teniendo en cuenta la vestimenta—. ¿Me has traído al siglo XVIII?

La desesperación había hecho que fuera alzando la voz.

«¡Dímelo! ¡Dímelo! ¡Dímelo...!».

—Nadie te ha llevado a ninguna parte. Has viajado.

Cuatro

«Viajado». Etta le daba vueltas a la palabra como si fuera barro y estuviera esculpiéndola, suavizándola, intentando que tomara otra forma. «Viajado».

Viajar implicaba haber tomado cierta decisión por uno mismo; recorrer una distancia por voluntad propia, por la razón que fuera. Etta había seguido aquel ruido, los gritos, porque había querido demostrar que no estaba loca, que había una fuente, una razón para oír lo que oía. Y aquello la había llevado...

A la escalera.

La pared de aire trémulo.

Solo que no... no había sido así. El sonido la había llevado hasta Sophia y había sido esta la que la había llevado a la escalera... porque...

—Te enviaron para que me trajeras aquí —le soltó Etta—. Te hiciste pasar por una violinista..., te colaste en el concierto.

Sophia le hizo un gesto rápido con la mano.

—Dame ese trapo húmedo de ahí.

Etta lo cogió de la jofaina y se lo tiró a la cara, disfrutando de buena gana del golpe que le dio el trapo cuando se estrelló en su cara.

Sophia se incorporó y su vestido se desparramó por un lateral de la estrecha litera.

—Vaya, estamos de mal humor, ¿eh?

Etta se obligó a no gritarle: «¡Como para no estarlo!».

Los golpes y los gritos de cubierta rompieron el silencio.

Después de un rato, Sophia dijo:

—Aunque es muy divertido verte así, no puedo permitir que sigas tan perdida. Si resulta que se te escapa y les dices a los demás quién eres, será mi cabeza la que pongan en la guillotina, no la tuya.

Etta cogió una silla que había junto a la puerta, y que parecía un tanto endeble, y le preguntó:

—¿Qué quieres decir con eso de «si se me escapa»?

Sophia se puso cómoda. Era tan pequeña que podía estirarse en la litera sin necesidad de recoger las rodillas. Dobló la toalla húmeda y se la puso sobre la frente y los ojos.

—Pues lo que he dicho. Si les dices a los del barco, o a cualquier otro, que puedes viajar en el tiempo, nos condenas a las dos; a mí, por cómplice. —Levantó el paño y entrecerró los ojos—. Venga, ahora en serio, ¿de verdad no tienes ni idea de lo que está pasando? ¿De verdad quieres hacerme creer que tus padres no te han contado nada?

Etta se miró las manos. Se concentró en los arañazos de los nudillos. La pregunta quedó colgando en el aire como si fuera una sarta de diamantes deslumbrantes.

Se le ocurrió una idea:

—Si yo respondo una pregunta tuya, tú tienes que responder otra mía.

Sophia puso los ojos en blanco.

—De acuerdo, si insistes en jugar...

—No conozco a mi padre. Según mi madre, es alguien con quien solo estuvo una vez. Un rollo de una noche. ¿Por qué es tan importante?

—No, no me refería a tu padre en concreto. —Tenía ambas cejas enarcadas—. La habilidad puedes heredarla de cualquiera de los dos.

En ese caso...

«Mamá».

Ay, Dios... Etta tuvo que apoyarse en el escritorio para mantenerse en pie. Dejó caer todo su peso sobre el mueble al tiempo que notaba que las piernas dejaban de responderle.

«Mamá».

«No puedes sacarla de este camino sin más... ¡sin consecuencias!».

«¡No está preparada! ¡No tiene el entrenamiento adecuado y no hay garantías de que vaya a seguir el camino correcto!».

No habían estado hablando de su debut.

La confusión se apoderó de sus pensamientos al mismo tiempo que la sensación de culpabilidad la llevaba a apretar las mandíbulas. Lo que le había dicho a Alice..., aquellas cosas tan horribles..., y todo porque había creído que su profesora intentaba impedir a toda costa que debutase.

«Lo que intentaba era protegerme».

Su madre había querido que viajase, que hiciera aquello..., pero Alice no. ¿Sería ella también una de ellos, una viajera? Estaba claro que su madre le había contado su secreto a Alice, por mucho que a ella la hubiera mantenido al margen. ¿Cómo, sabiendo aquello, habían podido no decirle nunca nada? ¿Por qué la habían puesto en aquella tesitura?

«Y, desde luego, no conoces a Etta lo suficiente si la subestimas. Puede con ello».

¿Con qué podía?

Se obligó a aflojar la mandíbula y se volvió hacia Sophia. Visto lo visto, todavía desconfiaba más de ella. Si su madre quería que aquello sucediera, debería haberle dicho que se fuera con Sophia, ¿no? El acople ensordecedor, la muerte de Alice..., nada de aquello habría sucedido.

«Le toca... y lo sabes».

Un pensamiento floreció en mitad del caos en el que estaba sumido su cerebro. Estaba claro que su madre y Alice sabían que, antes o después, viajaría; y cabía la posibilidad de que, a lo largo de su vida, hubieran intentado impedirlo, para

protegerla. Puede que aquella fuera la razón de que no le hubieran explicado de qué era capaz y de que estuvieran discutiendo en el despacho de su madre.

«Pues han tardado mucho».

Etta intentaba mantener la calma. De hecho, habían tardado demasiado.

De repente, sintió miedo por su madre, porque, si uno de los viajeros —uno de los Ironwood encargado de que todo saliera bien— había matado a Alice sin dudarlo, con la sencilla intención de conseguir a Etta, a ella en concreto, ¿quién le decía que no le habrían hecho lo mismo a su madre... si también había intentado detenerlos?

¿Por qué habrían ido a buscarla? ¿Por qué la querían a ella?

—Eres lo bastante lista como para llegar a la conclusión por ti misma —le soltó Sophia—. La habilidad se hereda de uno de los padres o de ambos. Hoy en día, lo normal es heredarla de uno solo, porque cada vez somos menos y nos vemos obligados a casarnos con gente que no tiene el don. Cada vez hay menos probabilidades de nacer con ello; pero, en tu caso, está claro que lo has heredado de tu madre. Rose Linden.

«Linden».

No Spencer. ¿Por qué llevaría otro apellido? ¿Sería inventado o sería aquel el apellido de su padre? ¿Cómo encajaba él en todo aquello, si es que tenía algo que ver?

—Era bastante famosa en nuestros círculos. Un día, desapareció, y no sabes la que se lio.

Tenía la sensación de que Sophia estaba disfrutando con todo aquello; viendo que la vida de Etta se desmoronaba. Le sacaba de quicio que aquella muchacha estuviera dándole la información con cuentagotas, a la espera, sin duda, de que le implorara que se lo contase todo.

Pues no iba a hacerlo.

—¿No vas a hacerme otra pregunta más?

Sophia arrugó una de las comisuras de la boca mientras Etta se ponía recta.

—¿Te suena de algo el nombre Cyrus Ironwood? —le preguntó la chica por fin—. ¿Lo has oído alguna vez?

—Eso son dos preguntas. Pero a las dos respondo que no. ¿Cómo viajamos, cómo funciona?

Sophia refunfuñó.

—¡Puf! Nos pasamos años estudiando y ¿pretendes que te haga un pequeño resumen?

—Sí.

—Pues... se debe a una especie de habilidad innata, una muy especial que la gente ha tenido durante miles de años. No lo hacemos con ninguna máquina, si es eso lo que estás preguntándome. Es más... natural. Al abuelo no le gusta que utilicemos esa palabra, pero está más cerca de lo que tú conoces como «magia». Nuestros

ancestros tenían una habilidad especial para aprovechar los rasgones que se hacen en la tela del tiempo, para pasar por agujeros y aparecer en otras épocas.

¿Qué era lo más increíble de aquella explicación, que el tiempo se pudiera «rasgar» o que hubiera usado la palabra «magia» sin tan siquiera pestañear?

—Son como grietas naturales, fisuras que hay por el planeta. Estos pasos siempre han existido y nuestras familias siempre han sido capaces de encontrarlos y cruzarlos. Es bastante sencillo, pero no sé si me estás entendiendo. —Se cambió de posición para estar más cómoda—. Un pasadizo en el París medieval podría llevar, por ejemplo, al Egipto del tiempo de los faraones. Se accede a ellos como accederías a un túnel normal y corriente. Entras por un lado y sales por el otro.

Etta asintió mientras se frotaba las manos para entrar en calor y se le pasaba una idea extraña por la cabeza. Sophia había dicho «nuestros ancestros». Al principio, había pensado que se referiría a los de su abuelo, a los de los Ironwood, pero... ¿estaría refiriéndose también a alguno de los suyos, de los Linden?

Aquel pensamiento llenó un comportamiento oscuro y polvoriento de su corazón que había cerrado a cal y canto cuando era niña con una tranca de esperanza dolorosa y desproporcionada. Nunca había querido que entrara en su vida más gente que la más próxima que ya conocía. Se sentía una desagradecida, dada la gran cantidad de amor que le habían proporcionado su madre y Alice, pero... es que tener familia... Un árbol con raíces y decenas de ramas, por cómo hablaba Sophia del tema. Y, al parecer, Etta acababa de caerse de una de esas ramas.

—En el baúl que hay en el otro camarote hay un vestido para ti. Aunque no tengo ni idea de si te cabrá mejor que este otro, en el que creía que no iba a conseguir meterte.

La insultante frase hizo que cayera en la cuenta.

—¿Dónde están mis cosas? —Su ropa, los pendientes de su madre...

—El vestido ese tan feo que llevabas lo quemé cuando pasamos. En cualquier caso, estaba muy roto. Los pendientes están en un saquito... que hay por alguna parte.

Se le pasó un poco la sensación de pánico.

—¿Seguro que no has tirado los pendientes?

—Ganas no me han faltado. La historia no habría echado de menos ese par de pendientes tan espantosos, pero las perlas son de verdad. He pensado que quizás algún día te vendrían bien. Para venderlas.

Etta se sorprendió. ¿Para venderlas?

—Venga, ve a por el puñetero vestido y a por ropa interior. Lo encontrarás todo envuelto en una tela marrón. Y date prisa, que ya tengo una pregunta para ti.

Etta se acercó a la puerta, pero se quedó allí, escuchando. Cuando estuvo segura de que no había nadie al otro lado, salió y se metió a todo correr en un camarote idéntico al otro en el que había dejado a Sophia. En este, en cambio, había aún menos

mobiliario, por lo que vio el baúl de inmediato y se acuclilló frente a él. La tapa chirrió y del interior salió una encantadora fragancia a rosa y a lavanda.

Había varios saquitos metidos en una especie de manta que había encima de todo; incluso dentro de unos zapatos de cuero que dejó a un lado. El paquete de tela marrón estaba atado con cordel basto y protegido por debajo con otra manta. Poco más había en el baúl: una botella de algo que olía a agua de rosas, un cepillo y —respiró, pues a punto había estado de quedarse sin aire— una bolsita de terciopelo verde.

Vació la bolsita en la palma de la mano y allí estaban los pendientes. Se derrumbó. Los sollozos comenzaron en lo más profundo de su pecho y la recorrieron con tal violencia que empezó a sacudirse. Apoyó la frente en el puño y notó que el cierre de los pendientes se le clavaba en la mano.

No debería haber salido del otro camarote. Sin la presión, sin tener que fingir que estaba bien, no podía controlarse. En este otro camarote no tenía que ser valiente, ni estar calmada. No tenía que demostrarle nada a nadie.

Alice.

«Ay, Dios mío, Alice».

Se miró las manos como si fuera a encontrar en ellas rastros de la sangre de su profesora. La habían matado para conseguir llegar a Etta. ¿Por qué no se habría parado y escuchado lo que la mujer había intentado decirle en el despacho de su madre? ¿Por qué Alice había intentado que no pasase aquello?

Necesitaba encontrar algo que la ayudase a recuperar la compostura; de lo contrario, jamás lo conseguiría. Jamás volvería a su verdadera época.

«Respira, patito. Cuenta conmigo. Tres latidos dentro y tres latidos fuera...».

La voz de Alice iba a la deriva entre fragmentos de pensamiento de la muchacha. Etta respiró con fuerza, se concentró en cómo se expandían los pulmones, y soltó el aire poco a poco, tal y como le había enseñado. Hacía tanto tiempo que el pánico y los nervios no se apoderaban de ella que había olvidado con qué facilidad eran capaces de aparecer en escena.

«Cierra los ojos».

«Escucha únicamente la música».

«Escucha».

Lo que oía eran las canciones de los hombres de cubierta y su propio pulso, acelerado, desbocado en sus oídos. Por instinto, levantó las manos y las puso igual que cuando tocaba el violín, que era algo que la relajaba. Dejó de hacerlo en cuanto recuperó la calma.

Soltó el aire con fuerza por la nariz mientras se frotaba el puente de la misma.

«Mamá quería que viajara».

No que lo hubiera descubierto así, seguro, pero sí que lo hubiera hecho antes o después.

«Quería que lo supiera, que entendiera de qué soy capaz».

Por primera vez en la vida, Etta sintió que acababa de descubrir el secreto que su madre escondía en su corazón: quién era de verdad, por qué ocultaba todos y cada uno de los recuerdos del pasado, por qué se encerraba en sí misma tan de repente, a qué venía aquella manera de ser tan pensativa. Además, Etta sintió como si algo de su propio interior encajase por fin. De pronto, los nudos que sembraban la relación de ambas se soltaron. Quería verla cuanto antes, fuera como fuera, asegurarse de que estaba bien, hablar con ella y conocerla de verdad por fin.

Sin embargo, nada de aquello respondía a la pregunta de por qué le había ocultado su verdadera identidad, de lo que era capaz. Los únicos viajes que su madre conocía era los que se hacían de un país a otro, cruzando mares... Estaba segura. Entonces, ¿por qué había desaparecido, tal y como acababa de decirle Sophia? ¿Cuántas de sus historias eran ciertas y no meras ficciones con las que conseguir que una niña inquieta se durmiera?

«Tengo que volver».

Se había despertado en aquel barco y había descubierto que la vida que con tanto cuidado y esmero había planeado había desaparecido de un plumazo. Lo único que le quedaba eran el instinto y la voluntad. Se sentía salvaje, desquiciada; pero se había demostrado a sí misma, aunque nadie más lo hubiera creído, que estaba dispuesta a luchar. A protegerse. Lo que tenía que hacer para sobrevivir a toda costa era ser fiel a su manera de pensar: canalizar su voluntad para no resquebrajarse frente a la presión y trazar un plan para volver a casa.

A casa... A su época. A Nueva York.

Se calzó los zapatos, que le quedaban un poco justos, y se puso los pendientes, asegurándose de que los cerraba bien. El ligero peso que tenían sería un recordatorio de su hogar, de su madre, de Alice, de su debut...

Alice. Etta era una pasajera del tiempo; ¿podría, entonces, volver al momento en el que había discutido con su madre y con Alice? ¿Podría usar su capacidad para viajar en el tiempo y hacer que este retrocediera, para no asistir al concierto y para llevarse a su madre y a Alice lejos de allí y ponerlas a salvo?

¿Podría salvar a Alice?

Etta siempre había sabido hacia dónde se dirigía su vida. Había luchado muchísimo por mantenerse en aquel camino cada vez que cogía el violín. Su futuro era el escenario, los conciertos, las grabaciones... Sin embargo, si era sincera, la certeza de todo aquello siempre le había dado un poco de miedo. Abrir, siquiera un resquicio, la puerta de esta habilidad que acababan de confesarle, era muy tentador y, de hecho, su imaginación ansiaba abrirla de par en par y entrar. ¿Cómo sería ir adonde quisiera y cuando quisiera?

Vivir en la época álgida de un imperio caído hace tiempo.

Cruzar continentes y ver las maravillas del mundo antes de que desaparecieran.

Sentarse entre el público del Kärntnertheater de Viena y escuchar a Beethoven la primera vez que representaba la *Novena sinfonía*.

Recibir una lección de Bach durante los años que pasó en Leipzig.

Salvar a Alice.

¿Qué otra alternativa tenía, sino aprender cuanto pudiera para poder volver a aquel momento exacto? Tendría que aguantar las sonrisas de suficiencia de Sophia; el pensamiento espeluznante de que se podría estar enfrentando a la asesina de su maestra o a quien hubiera ordenado su asesinato.

«Puedo conseguirlo».

Cogió el paquete.

«Puedo volver».

Y, si era necesario, lucharía a cada paso que tuviera que dar.

Cuando regresó al otro camarote, Sophia estaba sentada en el borde de la litera.

—¿Te habías perdido? —le soltó antes de volver a inclinarse sobre el cubo.

Después de sentir el aire fresco, aquel aroma acre a vómito y bilis hizo que su propio estómago diese un vuelco.

—¿Cómo es posible que tú estés como una rosa y que yo esté hecha un trapo...?

Etta se giró mientras Sophia volvía a tener arcadas. Desató el cordel, desenvolvió el paquete y lo abrió. En su interior había ropa de algodón, lino y seda. También algo que, si no se equivocaba, parecía un corsé.

—¿Qué hago con esto?

—¡Pues quitarte ese vestido sucio y cambiarte! Empieza por la combinación, que es eso vaporoso que parece un camisón. Luego, las medias, que tendrás que asegurar con ligas. Y sí, tienes que llevarlas.

Al parecer, alguien había cortado la parte delantera del vestido que llevaba y la especie de corsé después de que la sacaran del agua. El corte llegaba casi hasta la falda. A primera vista, cualquiera habría dicho que iba a ser fácil quitárselo, pero las cuerdas del corsé se habían enganchado unas con otras cuando se había tapado con la chaqueta..., además de que estaban mojadas, lo que entorpecía la tarea de soltarlas. Cuando por fin consiguió desatarlas, ya no tuvo ningún problema para quitarse las prendas empapadas y ensangrentadas, que dejó caer al suelo antes de quitárselas a patadas.

«Puedes con esto».

Las palabras de su madre le vinieron a la cabeza: «Puede con ello».

Podía. Y lo haría.

—Bueno, ¿qué vas a preguntarme? —le soltó a Sophia mientras se llevaba las manos a la espalda.

Las enaguas estaban dándole problemas. Eran dos capas de lana separadas pero unidas entre sí, y que iban aparte del vestido. Le resbalaron por las piernas e hicieron un ruido sordo al caer al suelo. Apoyó una mano en la pared de madera tosca y salió de la prenda: un pie primero y el otro después. Luego, se quitó las medias. Se quedó

solo con lo que parecía un camisón fino de algodón, sin nada debajo. Se puso colorada cuando miró a Sophia.

—Cámbiate la combinación y acércame el otro corsé, que yo te lo abroché. Y, sí, eso también tienes que ponértelo. Por lo visto, las chicas del siglo XXI no tenéis cintura. Si no te lo pones, el vestido no te quedará bien.

Etta frunció el ceño.

—A las órdenes, mi capitán.

—Me gusta cómo ha sonado eso, gracias. No tienes cintura, pero eres capaz de reconocer a tus superiores. Puede que, después de todo, no vaya a ser tan malo trabajar contigo.

Etta puso los ojos en blanco.

Por mucho pudor que tuviera, le dio la espalda a Sophia y se quitó el corsé por la cabeza, y a continuación lo sustituyó por el otro que estaba limpio y seco. Metió los brazos por las mangas y alisó la tela que se le había quedado doblada a la altura de los tobillos.

Sophia avanzó trastabillando hasta el baúl. Etta vio que la chica removía más tela en él, hasta que encontró lo que estaba buscando: una aguja larga hecha de hueso.

—Desliza los brazos por las correas del corsé. Esto se ata delante, de forma que, a partir de ahora, podrás hacerlo sola.

—¡Genial! ¡No veo el momento!

—La vestimenta forma parte del papel que tienes que representar para que nadie sospeche.

Resultó que la aguja se usaba para anudar el corsé. Etta olía el cuero mientras Sophia pasaba la aguja por los ojales. La tela era dura y los armados de hueso se le clavaban en el cuerpo cada vez que Sophia estiraba, apretaba y volvía a estirar. La postura de Etta cambió y se enderezó tanto que le parecía que, por lo menos, había crecido ocho centímetros.

—Deja los cordones pasados cuando te desvistas; basta con que los aflojes. Así podrás quitártelo por la cabeza. En un barco, que es un sitio lleno de hombres, es bueno poder vestirse cuanto antes.

—De a... acuerdo.

Le costaba respirar e intentó aflojar los cordones, pero Sophia le palmeó las manos para evitarlo.

—Has estropeado el más bonito de los tres vestidos que te compré, pero supongo que no importa, dado que no vamos a cenar con la tripulación. Estos dos son estilo *robe á l'anglaise*.

—No sé lo que significa eso —comentó Etta mientras se deslizaba otra combinación de lana por las caderas. Daba tanto calor que casi se desmaya.

—Que los corpiños están cerrados, ¿ves? No necesitas petillo para cubrir el corsé. —Le apretó el vestido contra el pecho—. Te has olvidado las medias y las ligas. Es más fácil ponérselas antes de las enaguas.

Etta suspiró y cogió la tela sedosa, se agachó, se puso la media derecha, la aseguró con la liga justo por encima de la rodilla y pasó a la pierna izquierda. Sophia sabía mucho de aquello, pero era evidente que no era del «rústico» siglo XVIII.

—¿Qué edad tienes? —le preguntó Sophia mientras volvía a la cama—. Esta es mi siguiente pregunta.

—Diecisiete —respondió Etta mientras se pasaba el vestido por la cabeza—. ¿Y tú?

—También, pero diecisiete y medio.

Cómo no. Se resistió a comentar que era ella la que ganaba, porque solo le quedaban unos meses para cumplir los dieciocho.

—¿De verdad eres tan buena como para ganarte la vida tocando el violín?

A Etta se le resbalaron los dedos mientras intentaba atarse la otra liga lo bastante fuerte como para que no se le cayera la media, pero sin cortarse la circulación. No tenía por qué contarle toda la verdad.

—Yo diría que sí.

—Y tu padre... tu futuro marido...

Una ola sacudió el barco e hizo que Sophia se cayera sobre la cama. No se molestó en incorporarse, se quedó tumbada.

—... tu futuro marido... —Sophia gruñó las palabras por culpa de otra arcada—. ¿Te permitirían trabajar? ¿A pesar de haber tenido hijos?

Qué pregunta tan extraña.

—Bueno, ya te he dicho que a mi padre no lo conozco. Ahora bien, en cuanto cumpla los dieciocho, nadie podrá decirme qué tengo que hacer con mi vida. Al menos, no podrán obligarme a tomar una decisión.

Sophia la observaba con los ojos vidriosos.

—¿En serio?

Etta sabía bien cuál debería haber sido su siguiente pregunta, pero había otra que le quemaba en la lengua.

—¿De qué siglo eres? Por cierto, en este turno tengo dos preguntas.

—Soy de todos los siglos. —Acompañó la respuesta de un gesto despectivo—. Pero mi época natural, el año en que nací..., fue 1910. En Filadelfia. Hace que no vuelvo allí... ¡siglos!

—¿Dónde está la otra abertura del túnel... la que lleva al Metropolitano?

Sophia se echó a reír.

—Ni que fuera a decírtelo. Aunque, a decir verdad, de poco iba a servirte. ¿Sabes, siquiera, en qué océano estamos? —Comprendió de inmediato el error que había cometido—. ¡No, eso no era una pregunta!

—Claro que lo era, y claro que lo sé. Estamos en el Atlántico, ¿a que sí? —La pregunta con la que había acompañado su respuesta era retórica, porque Etta estaba segura de que se trataba del Atlántico—. ¿Es...? —Se detuvo para pensar cómo hacer la pregunta—. ¿Cómo hemos llegado al barco?

—Pues por el túnel. Tú estabas inconsciente. Te vestí con una ropa adecuada para esta época y fuimos a los muelles para embarcar. Este barco era el único que salía de... que salía de ese puerto en particular, de manera que nos diese tiempo a llegar justo cuando quiere mi abuelo. La cuestión es que la nave iba camino de Inglaterra, así que ha contratado a esa... a esa rata... para que la capturase y la llevara a Nueva York, que es donde nos espera mi abuelo.

Le había dado muchas más respuestas de las que esperaba recibir. La chica debía de estar cansada o, si no, no lo comprendía.

—¿Puedes mojarme el trapo? —le preguntó Sophia mientras se lo tiraba.

Etta lo cogió y lo sujetó frente a ella con dos dedos.

—Claro. Por cierto, eso era una pregunta.

—¡Vete por ahí!

—¿Por qué me habéis traído aquí? ¿Por qué has tenido que ir a buscarme?

—Son dos preguntas distintas y cada una tiene su respuesta. A la primera: no lo sé. No tengo permitido hacer ese tipo de preguntas. A la segunda: porque es la orden que me han dado.

—¿Quién?

—Y esa es la tercera, además de que es un tanto estúpida, porque ya te lo he dicho.

Etta maldijo por lo bajo. Sí, su abuelo. Se sintió molesta consigo misma.

Cuando, por fin, la pregunta de Sophia salió por aquellos labios pálidos, lo hizo de forma escueta y calmada.

—¿Cuándo consigue la mujer el derecho al voto?

Etta parpadeó, sorprendida. De todo lo que podría haberle preguntado...

—Hay túneles a diferentes épocas, ¿verdad? ¿En serio que no lo sabes?

—Por si te interesa, hasta que me han enviado a buscarte, no me habían permitido el privilegio de pasar de un año en concreto. —Sophia parecía irritada—. Responde primero a la pregunta y, después, dime si es cierto lo que decía esa caja con imágenes que se movían sobre lo de esa mujer que se presentaba a presidenta.

Caja con imágenes que se movían... ¿Se referiría a la televisión?

Aquello cada vez se ponía más interesante. Sophia era mucho más curiosa de lo que había querido hacer ver al principio. No pretendía indagar en el pasado de Etta para descubrir algo que pudiera usar contra ella, no; había gastado una pregunta en aquello porque le picaba la curiosidad.

—Sí, se ha presentado una mujer. En cuanto a lo del voto..., ¿sobre 1920?

—1920... Diez años...

¿Diez años de qué? ¿Desde su nacimiento? Etta no podía creer la explicación que le había dado la chica, aquello de que no le habían permitido el «privilegio» de viajar más allá de una fecha en concreto. ¿Cómo podían detenerla si aquellos que viajaban por el tiempo tenían toda la historia al alcance de la mano?

Aquel pensamiento le llevó a otro.

—¿Pueden cambiar la historia los que viajan por el tiempo?

—Me tocaba a mí. Pero sí. Hay constancia de viajeros que han hecho pequeños cambios, bien por descuido, bien por estupidez. De hecho, si no te andas con cuidado, no es difícil que suceda. En la mayoría de los casos, no son lo bastante relevantes como para que haya que arreglarlos. Ahora bien, cambiar algo de forma intencionada va contra nuestras normas y puede provocar que te prohíban viajar durante años. O algo peor.

—No entiendo cómo es posible que hasta el cambio más pequeño no se convierta en algo gordo.

—Sí, a veces es el caso, pero, en otras ocasiones, ni siquiera pasa nada. Es difícil predecirlo. —Cruzó los brazos y cerró los ojos—. La mejor manera de explicarlo es pensar en la línea temporal como una especie de... corriente constante y bulliciosa. Su cauce ya está hecho y nosotros solo creamos ondas al entrar y salir de ella. El tiempo se corrige a sí mismo lo mejor que puede para que los últimos acontecimientos sean tan consistentes como sea posible. Ahora bien, si un pequeño cambio empieza a convertirse en una bola de nieve que rueda por una ladera nevada, o si la actuación del viajero es devastadora, podría cambiar esa línea de la que te hablaba, lo que cambiaría la forma del futuro a partir de entonces.

Etta se inclinó hacia Sophia.

—¿Qué quieres decir con lo de «la forma del futuro»?

—¿Cómo es la educación en tu época? Esa caja de imágenes que se movían que había en el hotel me ha dado a entender que es normal estar acompañada de hombres.

—La televisión —la corrigió.

Acto seguido, le hizo un resumen rápido del sistema educativo de Estados Unidos.

—De acuerdo, funciona de la siguiente manera —empezó a explicar Sophia—. La mayoría de las veces, las grandes alteraciones se llevan a cabo usando una cantidad ingente de dinero y haciéndote amigo de la gente adecuada, gente poderosa. El abuelo lo ha hecho en unas cuantas ocasiones para asegurar nuestra fortuna y poner a raya a las demás familias.

—¿Qué?

Así que su línea temporal no era la verdadera línea temporal. ¿Era su futuro tal y como aquel anciano había decidido que fuera?

—Debe hacerse con el esfuerzo combinado de varios viajeros o aprovechando la increíble suerte de encontrar un momento clave en la historia. Alterar las guerras es más complicado, dado que están compuestas por muchas piezas y es como intentar evitar que suba la marea; pero es posible. Es más fácil cambiar el horizonte de una ciudad, crear o arruinar una empresa, o echar atrás o aprobar leyes que beneficien a nuestros intereses económicos. De hecho, y con intención de arruinar a las demás familias, el abuelo provocó unas fortísimas caídas de la Bolsa que pudieron ser lo que provocó algo muy gordo e... histórico.

¿Histórico? ¿Qué podría calificarse de «histórico»? ¿La Gran Depresión?

—Ahora bien, todo eso ya no se hace. Ahora, protegemos la línea temporal.

«Vuestra fortuna y vuestro poder, claro», pensó Etta.

Estaba claro que aquella familia era tan cruel que Etta nunca se había alegrado tanto de no compartir lazos sanguíneos con alguien.

—¿Qué pasa si se cambia el futuro? —Etta apoyó los codos en las rodillas.

Sophia suspiró.

—Háblame de cómo es viajar en tu época. Eso del aeroplano.

Etta refrenó su impaciencia y le habló de volar. Luego, y mientras cambiaba de postura en aquella silla tan dura, esperó a que la chica respondiera a su última pregunta.

Sophia, que seguía tumbada, cruzó las manos sobre el estómago mientras miraba al techo.

—Si alguien altera el pasado y las consecuencias son tan graves como para cambiar la línea temporal, no vas a desaparecer; aunque serías un viajero que no está en su época natural, claro está. Seguirías vivo. Ahora bien, se podría borrar el mundo que conoces. Podría resultar que, al volver, ciertas circunstancias de tu vida hubieran cambiado tantísimo que fueras incapaz de reconocerlas. Habría gente a la que habrías dejado de conocer, no vivirías en la misma casa, etc. Serías un refugiado en tu propia época. El momento en que la línea temporal se altera y se convierte en otra diferente es lo que denominamos «arruga». El tiempo intentará corregirse y realinearse de la mejor manera posible y te arrastrará a ti, al viajero, fuera de la época en la que te encuentres y te llevará hasta el último año que tengan en común la línea temporal antigua y la nueva.

Le parecía sensato no desaparecer por haber cometido un error. Borrarla a ella también borraría el error que había cometido, lo que, de hecho, impediría que hubiera alterado nada. Ahora bien, lo que Sophia estaba describiendo le parecía terrible. Podía acabar en una época en la que no la conociera nadie. Ni Alice, ni Pierce... Nadie. Desaparecería por completo todo lo que había conseguido en la vida con el violín, ese nombre que tanto le había costado hacerse.

—Te lo estás planteando, ¿verdad? Lo veo en tu cara. Antes tenías miedo. Ahora sientes curiosidad.

—La curiosidad me da igual. Lo que quiero es volver a casa.

—No vas a volver hasta que el abuelo te lo permita, y, de hecho, que haya requerido tu presencia tiene que ser por una razón muy importante. Razón que me gustaría saber, claro está.

Etta se obligó a relajarse.

—Lo mismo digo.

—Aflójame el corsé, que quiero descansar —ordenó Sophia.

«Pero si no hemos acabado de jugar».

Su última pregunta... Etta había pasado gran parte de su vida oyendo y leyendo críticas y evaluaciones sobre su forma de tocar, por lo que había adquirido la habilidad suficiente para extraer la verdad en una exageración, preferencia o mentira. Lo que le había dicho Sophia era verdad, pero no toda la verdad.

—¿No vas a devolverme el favor? —Sophia se mostraba enojada—. ¡Sabía que tendría que haberme traído una sirvienta!

Etta se levantó justo en un momento en que, una vez más, el barco empezó a moverse mucho. Sophia volvió a ponerse pálida mientras Etta, con dedos diestros, iba desabrochándole los diminutos botones.

El tejido, una especie de damasco, estaba tibio y húmedo por el sudor de la chica; el corsé pesaba y la combinación, transparente, despedía un olor agrio. A pesar de todo, una especie de simpatía hacia la chica llevó a Etta a acercarle una nueva que cogió del baúl. Justo antes de apartar la mirada, alcanzó a ver las marcas profundas y furiosas que le había dejado el corsé a Sophia. La chica suspiró aliviada y se puso la combinación limpia. Si, desde luego, había algo en lo que estaban de acuerdo, y era que aquella época no resultaba ventajosa para las mujeres.

—¿Cómo se supone que quieren que nos movamos con esto? —comentó Etta mientras tiraba el corsé sobre el escritorio.

—A decir verdad, esperan que las mujeres apenas hagamos nada. Bueno, al menos, las que tienen cierta posición. Porque supongo que las campesinas de esta época darán las gracias por tener un poco de apoyo cuando están arrodilladas limpiando la casa o haciendo lo que se suponga que hacen. Ahora bien, dificulta muchísimo tanto el correr como el pelear.

Etta se frotó la frente. No estaba segura de cómo tomarse lo que acababa de decir Sophia.

—Por ahora, nuestro rol es como el del papel de pared: decorar. Hasta que lleguemos a Nueva York; entonces, pasará a ser el que te pida el abuelo.

Etta retrocedió en sus pensamientos. Si su madre hubiera estado allí, la mera mención de aquello habría hecho que lanzara una diatriba hasta ponerles las orejas rojas y la cabeza como un bombo. «Papel de pared». «Decorar». Su vida entera, su persona, reducida a nada.

—No puedo aceptarlo —soltó Etta—. Yo no soy nada de eso. Y, para que conste, creo que tampoco es tu caso.

Al oír aquellas palabras, la expresión de Sophia cambió y el interés desterró el cansancio de su rostro.

—Os han consentido —comentó—. Con lo del voto, lo de la universidad, lo de la independencia... Todo eso os ha echado a perder.

Etta se molestó, lo cual, sin lugar a dudas, era lo que Sophia pretendía. Igual que cualquier otra fémina, aún oía los ecos de la represión de épocas anteriores. La había criado una mujer que había luchado muchísimo para conseguir una remuneración de acuerdo a su valía, para tener acceso a la educación cuando aún carecía de ventajas,

para viajar por sí misma. La idea de que fueran a pedirle —¡de que dieran por hecho! — que se comportase como un mueble hacía que le hirviese la sangre. Ya se había puesto el corsé de las narices, ¿no? ¿Acaso no era suficiente con eso?

—¿Por qué te quedas aquí si puedes ir a cualquier punto de la historia? Vuelve conmigo... Es decir, podríamos volver a mi época. O ir al pasado e intentar cambiar las leyes.

Sophia soltó una carcajada.

—No tengo alternativa. Este es el año desde el que se obliga a viajar a todos los viajeros, en el que está radicada nuestra familia. El abuelo decide y nosotros hacemos lo que él dice. Con independencia de dónde y cuándo nacemos, todos nos encontramos aquí. Todos trabajamos para el patriarca. Representamos el papel que sea necesario en cada época y dejamos de lado tanto las leyes como la sociedad. Al menos ahora.

Qué conveniente pensar que aquello era como representar un papel. Que actuaban, como si fuera una obra de teatro de proporciones gigantescas y ellos fueran los actores principales. Era una manera fantástica de lavarse las manos por la responsabilidad que tenían al «arreglar» las situaciones, de quedarse sentados, sin hacer nada, mientras se luchaban las guerras y se oprimía a la gente. Etta quería proteger su futuro, la vida que había conocido hasta entonces; pero la idea de no hacer nada cuando tenía el poder para actuar no solo la incomodaba, sino que también la enfadada.

—Entonces, ¿cuál es el propósito de viajar? —El tono de voz de Etta era muy exigente—. Si no arregláis nada, si no hacéis del mundo un lugar mejor, ¿para qué os molestáis en ir de un sitio para otro?

—Para satisfacer la voluntad del abuelo. —El tono de voz de Sophia hacía que pareciera que estuviera cansada de aquello—. Para proteger los intereses de la familia. Para ver qué es lo que tiene que ofrecer una época y disfrutar de ello.

Maravilloso. Disponían del poder más raro y desconcertante del mundo y ¿para qué había decidido utilizar dicho don esa familia? Para enriquecerse y hacer turismo.

—¿Y ya está? —soltó Etta—. ¿En serio?

—Protegemos nuestra línea temporal. La defendemos de los ataques de los enemigos de nuestra familia, de los que quedan de las otras tres familias de viajeros que se negaron a entrar a formar parte de la nuestra.

—Tienes alternativa, ¿sabes? —le dijo Etta al cabo de un rato—. Siempre hay una alternativa. Sabes dónde está el pasadizo que lleva a mi época. Podrías elegir escapar, pero no lo haces. Así que, dime, ¿qué es realmente lo que te lleva a quedarte aquí, además de la lealtad y el miedo?

—¿Estás llamándome cobarde? —El tono de voz de Sophia era frío como el hielo.

Aquella chica también disponía de este poder, así que, ¿por qué no hacía nada, se preguntó Etta, cuando era evidente que quería algo más de lo que le ofrecía su

familia?

—En serio, eres inteligente. Quieres algo mejor. Retoma el control de tu vida y vete.

«Y llévame contigo, claro».

Etta entrelazó las manos y las puso sobre el regazo, a la espera de la cara que ponía Sophia. No pretendía manipularla sin más, sino que le estaba ofreciendo una alianza. Si conseguía convencerla de que se merecía algo más que lo que podía ofrecerle el pasado, cabía la posibilidad de que la chica la llevase al pasadizo por el que habían llegado. Juntas, encontrarían la manera de largarse de aquel barco. Etta estaba casi segura, aunque ambas partes tendrían que ser un tanto creativas, de que su madre estaría dispuesta a ayudar a la chica a empezar una nueva vida.

Sophia cerró los ojos y sacudió la cabeza. Cuando volvió a abrirlos, Etta sintió que la furia que había en ellos la quemaba.

—No gastes saliva —le respondió Sophia siseando—. Nuestra vida implica orden. Necesita reglas, y es necesario saber mimetizarse con el entorno para asegurarse la supervivencia. No lo entiendes. Quedamos menos de cien viajeros. Estamos extinguiéndonos, como para añadir el riesgo de que nos capturen o nos maten en una época despiadada. Acatamos las normas de cada época, sin que nos importe cómo puedan afectarnos.

—Si diciéndote eso a ti misma te sientes mejor... —replicó Etta.

Sophia puso los ojos en blanco.

—¿Te das cuenta de a qué abusos nos someterían ciertas personas si descubrieran la manera de obligarnos a estar a su servicio?

Etta no tuvo ni que pararse a pensar en ello, le bastó con ver el gesto momentáneo de horror en la cara de la chica.

—Nos protegemos desempeñando papeles adecuados a la época en la que nos encontramos.

—¿A qué te refieres?

—Pues justo a lo que he dicho; al futuro que conoces. Antes de que el abuelo uniera a las familias, intentábamos, una y otra vez, destruir la línea temporal natural de los demás. No había estabilidad. Ahora la hay. Así que aférrate a tus derechos, a tus creencias, a tu futuro; pero has de saber que nada de eso va a servirte aquí. No te has visto obligada a sobrevivir como las mujeres que vivieron siglos antes que tú. No sabes nada de las armas tan pequeñas con las que nos vemos obligadas a acercarnos al conocimiento y al poder.

Los numerosos fragmentos y páginas dispersos de la vida de Sophia empezaron a ordenarse en la cabeza de Etta. Sintió como si los estuviera juntando unos con otros, notó la rigidez del lomo que mantenía unido a alguien lleno de ira, rencor y astucia. En el caso de la chica, esa arma tan pequeña de la que había hablado era la capacidad para encontrar las vulnerabilidades de las personas, de impregnarlas con sus miedos y deseos hasta que los tenían a flor de piel. ¿Qué tipo de vida le había dado su familia

para que estuviera tan desesperada por seguir con ella, para que se viera forzada a afinar aquella habilidad?

Cuanto más hablaba, más áspera se volvía la voz de Sophia.

—Ahora que nuestro juego está en su fase final, voy a ser muy clara contigo. La sociedad es siempre igual, sea cual sea la época. Hay reglas y estándares que, a simple vista, carecen de propósito. Es una farsa elaborada y odiosa; flirteo e ingenuidad fingida a partes iguales. Para los hombres, las mujeres tenemos mentalidad de niños. Por lo tanto, no vas a mirar a los ojos a ningún hombre del barco. Comerás despacio, con cuidado y poco; si no lo haces conmigo en mi camarote, entonces lo harás sola. No saldrás del camarote a menos que yo te acompañe, y lo mejor para ambas será que parezcas muda, a menos que te hagan una pregunta directa y yo no esté delante para contestarla. Y, bajo ninguna circunstancia, hablarás o te relacionarás con el señor Carter sino como lo harías con un sirviente.

El enfado hacía presa de Etta. Estaba cansada de que Sophia se comportase como si todos los demás estuvieran por debajo de ella.

—Nicholas no es nuestro sirviente.

Sophia cuadró los hombros y soltó:

—¿Nicholas?

Etta se dio cuenta demasiado tarde de cuál había sido su error. Incluso ella sabía que, en aquella época, no era adecuado dirigirse a alguien por su nombre de pila, a menos que fuese alguien de tu familia o con quien tuvieras mucha relación; en especial, si se trataba de una persona del sexo opuesto.

—El señor Carter —se corrigió a sí misma—. Ya sabes a qué me refiero. No te atrevas a tratarlo como...

—Ándate con cuidado —la cortó Sophia—. Sé lo que estás pensando, la conclusión que has sacado, pero te aseguro que la desconfianza que me inspira es de naturaleza muy personal. He visto los bordes podridos de su alma y sé que es un cerdo mentiroso. —No había tono de burla en su voz, sus palabras parecían de lo más sinceras—. Apártate de él.

Etta se puso de pie y recogió la ropa mojada para que Sophia no notara que le temblaban las manos.

«Me equivoco... No, no me equivoco».

Lo normal sería confiar en la persona que había saltado al agua para salvarla, no en la que la había atrapado en el pasado contra su voluntad. En cualquier momento, en cualquier siglo.

—A diferencia de ti —le dijo a Sophia cuando llegó a la puerta—, pienso tomar mis propias decisiones.

Cuando Etta cedió a la necesidad de mirar por encima del hombro para ver si las palabras que acababa de pronunciar habían calado de la manera que quería, vio que la chica volvía a tener los ojos cerrados.

—Venga, inténtalo —le contestó por fin Sophia mientras la puerta chirriaba al abrirse.

Etta salió al pasillo y cerró la puerta. Se apoyó en ella y buscó el ritmo de las reparaciones que estaban teniendo lugar en la cubierta, por encima de ella, y de las voces que oía por debajo de sus pies. Se oía también una canción de trabajo, una tonada que hablaba de trabajar y de habilidad. Las notas le flotaban en los oídos, que iban adaptándose al tempo y a la dinámica.

«Para», pensó mientras se cogía los brazos con fuerza y notaba la tela de las mangas.

Por la escotilla le llegó una brisa que la envolvió antes de seguir su camino hacia el camarote de proa, en la otra punta del navío. Ya no estaban las cortinas de lienzo, así que vio que había hamacas, además de una zona, pequeña, en la que algunos hombres estaban sentados, comiendo algo en platos de metal. Uno de ellos se giró y Etta vio que tenía la parte izquierda de la cara cubierta con un vendaje ensangrentado. La muchacha se dirigió a la puerta del otro camarote, preparada para pasar tiempo sola.

«¿Quién es la cobarde ahora?».

Colocó sobre la cama el vestido y la combinación húmedos para que acabaran de secarse. Cepilló la fina capa de sal que empezaba a endurecerse sobre la tela antes de fijarse en la chaqueta de Nicholas.

«Del señor Carter».

Algo le hizo clic en la cabeza. ¿Por qué había entrado en aquel otro camarote, porque se lo había ordenado Sophia? Si quería, subiría a cubierta. Así escaparía de aquel olor a enfermedad, de los confines de aquel pequeño camarote, y respiraría el aire fresco del mar y miraría hacia el horizonte. Dijera lo que dijera Sophia, ella iba a tomar sus propias decisiones.

Solo que... Se desinfló en cuanto sus dedos tocaron el picaporte. Nicholas les había pedido que permanecieran debajo de cubierta mientras los hombres reparaban la nave y que no se acercaran a los camarotes de proa. Daba igual que aquella petición tuviera mucho que ver con el deseo de estar lejos de Sophia. Aunque no quería aceptar las órdenes de la otra chica, había algo que hacía que no quisiera ignorar las peticiones del joven. Además, la cubierta no solo había estado llena de cadáveres, sino también de armas y de esquirlas de metal y de cristal. Hasta que la limpiaran del todo, no era segura, y tampoco pretendía molestarlos mientras trabajaban.

«¿Cómo voy a hacer esto sin ella? Piensa, piensa, piensa...».

Respiró el reconfortante aroma a jabón y a cedro mientras se sentaba en la cama y se dio cuenta, sorprendida, de que seguía aferrándose a la chaqueta. El calor en el que habían entrado sus manos gracias a ella contrastaba con el frío que sentía en los pies.

Con toda la delicadeza de la que fue capaz, brillantó la línea de botones de latón del frontal y, después, se puso la prenda sobre las piernas y alisó las arrugas que le había hecho.

Pasó los dedos por un cosido que alguien había hecho para arreglar un siete justo debajo del hombro. Se preguntó qué la habría provocado: ¿un accidente? ¿Un descuido? ¿Un arma?

«Pues pregúntaselo».

Se repitió aquellas palabras, una y otra vez, hasta que no pudo ignorarlas.

«Pídele ayuda».

Tenían un enemigo en común. Puede que, a la hora de la verdad, él tampoco estuviera dispuesto a hacer lo que le ordenaba Sophia.

A Nicholas —al señor Carter— tampoco le gustaba esa chica, pero ¿bastaría con eso para que la llevara de vuelta a... adónde? Seguía sin saber dónde estaba el pasadizo por el que la habían llevado allí. Una idea le pasó corriendo de la cabeza al corazón: la tripulación que tenían arrestada en la bodega sabría por dónde había navegado, ¿no? Sabría dónde habían embarcado Sophia y ella, ¿no?

«He visto los bordes podridos de su alma».

«Sé que es un cerdo mentiroso».

Etta sacudió la cabeza. Los tripulantes eran la clave, tanto los que estaban trabajando arriba como los que estaban encerrados abajo. Si la conocían, si les contaba que la habían raptado, ¿acaso no la ayudarían a alejarse de Sophia? ¿Acaso no estarían encantados de llevarla de vuelta?

Seguro que, a su manera, encontraba la manera de representar a la perfección a una muchacha del siglo XVIII. Solo era cuestión de conseguir que la tripulación la aceptase. Algo que, dado su historial de amistades, puede que fuera lo más difícil de todo. Tenía conocidos en el circuito de concursos, pero sabía más de sus habilidades técnicas como violinistas que de su vida personal. Aunque también estaba Pierce.

Sentía como si tuviera algo en la garganta. El escozor característico de las lágrimas, la presión detrás de los ojos... Con lo que había sucedido, pensar en Pierce la llevaba a pensar en Alice.

«Voy a salvarla».

Su muerte no era una conclusión. No era el fin.

Con gran voluntad, dejó a un lado todos los pensamientos, se puso de pie y colocó la chaqueta en la cama, junto al vestido. Tenía la sensación de que necesitaba ocupar sus manos con algo, tocar el violín hasta que su cabeza se vaciara y ella se hubiera sumergido en la música. No obstante, se limitó a buscar en el baúl, entre las capas de mantas, el cepillo de plata que había visto al fondo.

Daba la sensación de que las cerdas estuvieran hechas con otro tipo de pelo, más duro. Examinó los finos detalles de flores y hojas que tenía en el envés y le sorprendió que Sophia hubiera incluido algo tan bonito para ella en vez de un rastrillo chiquitín que le arrancara el pelo de raíz.

Para cuando había conseguido soltarse unos pocos nudos, ya no tenía tan claro que un rastrillo hubiera sido más doloroso. Se peinaba con muchísimo cuidado, pero tenía que morderse el labio para no echarse a llorar. El agua de mar no le había quitado la laca que se había puesto antes del recital, sino que la había endurecido. Era algo que bien podría haberle llamado la atención, de no ser porque tenía el cuero cabelludo ardiendo y el pelo tan cardado que parecía una pelota de algodón. Tanto la jarra como la jofaina que había en el camarote estaban vacías y Etta era demasiado orgullosa como para ir al de al lado a por un poco de agua, por mucho que Sophia estuviera durmiendo.

Oyó una especie de ligero rasguño en la puerta y, después, que llamaban a ella. Contuvo el aliento y se quedó callada con la esperanza de que, fuera quien fuera, creyera que estaba dormida. No obstante, después de que llamaran otra vez, la puerta se abrió con un chirrido y por la rendija se asomó una carita.

Era un chiquillo, el mismo que había visto fregando la cubierta de rodillas. Miraba hacia el suelo y llevaba las manos entrelazadas.

—¡Oh, siento mucho haberla molestado, pero...!

Su rostro era una explosión de pecas sobre una piel de un tono rosa claro y tenía un fantástico pelo de color rojo que, en un muchacho, le parecía un desperdicio. Tenía los ojos de un color azul brillante y, cuando la miró, se le salieron de las cuencas.

Etta se dio cuenta de repente de que, a pesar de que había dejado de peinarse y de que tenía las manos en el regazo, no se había llevado el cepillo con ellas ¡y el instrumento le colgaba del pelo!

—¡Señorita...! No era necesario... ¡Lo siento muchísimo! Tan solo... solo he venido a por la chaqueta del capitán... del señor Carter.

Con tanta dignidad de la que fue capaz de fingir, señaló el camastro.

—Está ahí. Dile que siento mucho habérmela quedado tanto rato.

Había estado usándola para protegerse, sin pararse a pensar que cabía la posibilidad de que el joven no tuviera otra.

«¡Idiota!».

Qué vergüenza le daba haber sido tan desconsiderada.

El chiquillo entró a toda prisa y cogió la chaqueta. Tenía los brazos y las piernas larguísimos y las orejas grandes. Etta se afanó en quitarse el cepillo sin arrancarse más pelo. Ahora bien, no llegó a oír el chirrido de la puerta.

—¿No tiene aceite para el pelo, señorita? Parece que se está haciendo usted daño.
—El chiquillo estaba pálido por el miedo—. Disculpe si...

—No, no te preocupes. No, no tengo... aceite para el pelo. Ni agua. ¿Podrías conseguirme un poco?

Nicholas les había dicho que les pidiese a los chicos lo que necesitasen. No sabía cuál debía ser su comportamiento, pero no le pareció que al muchacho le molestase la petición, ni que le pareciera raro que se la hiciera. De hecho, se puso en marcha de inmediato.

—De acuerdo, señorita. Enseguida vuelvo. Le daré la chaqueta a uno de mis compañeros para que la cepille y ahora le traigo agua. Mi madre me enseñó a peinarla como es debido, como a una dama. —Contuvo el aliento unos instantes, se puso recto y echó aquellos hombros estrechos suyos hacia atrás. A Etta le pareció que no tendría más de doce o trece años—. Y, si quiere, podría ayudarla a...

Lo cierto es que necesitaba ayuda, tanto de la que le estaba ofreciendo como de la que ni siquiera sabía que necesitara. Sophia le había aconsejado que no se mostrase muy familiar con nadie del barco, con nadie de esta época, a decir verdad; pero, en este caso, tenía una razón justificada para que el chiquillo se quedara con ella e intentar, así, sacarle algo de información. Frunció los labios para que no se le escapara una sonrisa que delatara la emoción que la embargaba.

—Me llamo Etta Spencer. ¿Cómo te llamas tú?

—Jack, señorita Spencer. —Le hizo una pequeña reverencia.

Fiel a su palabra, volvió con una jarra de agua templada, un trapo y un bote con algo que olía de maravilla a especias y que hizo que se le abriera el apetito.

Jack sabía muy bien lo que se hacía. Cuando intentó ayudarla a mojarse el pelo y a secárselo, la miró con gesto serio. Etta se mordió el labio para evitar sonreír y, con estoicidad, le dejó hacer, que le aplicase la mezcla especiada, el aceite para el pelo. Cuando el chico llevaba dos minutos cepillándole el cabello como si se tratase de un delicado perrito faldero, la muchacha puso en marcha su plan.

—Jack, ¿eres miembro de la tripulación vencedora o perteneces al Ardent?

Resopló y respondió:

—De la vencedora, señorita, ¡y uno de los mejores! El capitán Hall nos tiene muy bien entrenados.

Estupendo. Justo lo que necesitaba.

—¿Podrías hablarme de tus compañeros?

El chico se echó hacia atrás y la miró con cara de incredulidad.

—Pues... se les cae la baba, roncan y se tiran pedos como todo el mundo, se lo prometo.

Etta se mordió el labio para evitar echarse a reír.

—No, no, me refiero a, pues..., a cómo se llaman, de dónde provienen, a qué se dedican cuando no están en el barco. Siempre me ha producido mucha curiosidad todo eso.

«Siempre, desde hace diez minutos».

Jack dudó, con el ceño fruncido, como si le preocupase que aquello fuese adecuado. Etta se sacudió la sensación de culpabilidad y sonrió al chiquillo de la manera más manipuladora que pudo y, a continuación, añadió:

—Te lo pregunto porque valoro tu opinión más que la de los demás.

Era evidente que a Jack le había agradado aquello último.

—Bien. Supongo que lo mejor será empezar por el señor Carter —dijo Jack finalmente.

«Sí, eso es —pensó Etta—. Adelante».

—Es un buen marino y me cae muy bien. Cuando no está gritando a los demás, me enseña el alfabeto, cosa que no tendría por qué hacer, ¿me entiende? A veces, cuando le llevo el desayuno, me lee algo. Lee muchísimo. No me explico cómo no se cansa de tantas letras. —Puso cara de disgusto—. Es el oficial que se encarga de las ganancias. Lleva las naves al almirantazgo y vuelve con lo que hemos ganado. Sé que la sopa de tortuga no le gusta mucho, porque siempre pone cara de disgusto cuando se la sirvo. Es de..., bueno, lo cierto es que no sé de dónde es. Aunque sé que lo crio el capitán Hall. ¿Se refiere a eso, señorita?

—Sí, a eso me refiero.

Jack siguió hablando de sus compañeros, dejando claro cuánto apreciaba a cada uno de ellos, cuál de ellos eructaba más a menudo después de que les sirviera la comida, quiénes bostezaban, quiénes habían muerto de las maneras más terribles durante el abordaje. La conversación cambió de forma natural y el chiquillo empezó a hablar del trabajo que se estaba llevando a cabo arriba, de la emoción que había sentido durante el abordaje, de que muchos de los chicos del Ardent habían aceptado trabajar para el capitán Hall, pero que no habían hecho buenas migas con él. Estaba tan concentrada en las palabras del muchacho que no se había dado cuenta de que le estaba cepillando el pelo con toda suavidad, de arriba abajo, de arriba abajo, hasta que lo notó sedoso y tan solo un poco húmedo.

—¿Cómo quiere que se lo recoja?

—Ya me lo trenzo yo. Gracias por la ayuda...

—Puedo hacerlo yo, señorita —respondió Jack.

—¿Sabes hacer trenzas?

—Un marinero que no sepa hacer trenzas no tiene nada de marinero —explicó orgulloso—. A trenzar y a casar los cabos y las cuerdas es a lo primero que aprende uno.

—¿Casar? —le preguntó Etta mirándolo por detrás de una cortina de su pelo.

Estaba sentada en el suelo, cosa que había sorprendido al chiquillo, pero era la única manera de que este pudiera peinarla.

—Sí, empalmar un par de sogas o cuerdas para que formen una sola. Como unirlas, vamos.

Se preguntaba si la palabra «casar» con el sentido de «matrimonio» vendría de ahí, de que dos personas se juntaran, unieran su vida. Qué raro se le hacía arrojar una luz diferente sobre algo, conocer el origen de un término que, hasta aquel momento, solo había tenido un significado para ella. Aquel era uno de los pequeños e inesperados beneficios de viajar en el tiempo, aprender cosas. Cosas que solo le servirían en juegos de mesa de preguntas y respuestas, pero bueno.

—¿Dónde diablos estás, Jack Winstead? —se oyó que gritaba una voz.

Jack fue a la puerta como una exhalación y la abrió.

—Por Dios, muchacho, ¿qué hacías aquí escondido? El nuevo cocinero es un bestia, pero no te va a comer.

Etta se puso de pie. Dada su profunda voz de barítono, el hombre que estaba en la puerta era más joven de lo que cabía esperar. Enseguida había reconocido aquella voz, pues sobresalía por encima de la de los demás, tanto cuando daba órdenes como cuando cantaba. Llevaba el pelo, que tenía rubio y sucio, recogido en una coleta baja, con lo que se le veía con claridad la cara, redonda y despejada, y el costurón que tenía en uno de los pómulos. Tenía los hombros cuadrados y el pecho salido, como una paloma, pero agarró a Jack por el cuello de la camisa como si fuera un halcón.

—¡Lo siento, he sido yo quien lo ha retenido aquí! —comentó agitada. No iría a hacerle daño al chico, ¿verdad?

El joven levantó la vista y soltó al chiquillo.

—Oh, señorita Spencer, le pido disculpas. No pasa nada si ha estado aquí ayudándola.

Jack la miró con los ojos como platos.

—Así ha sido, sí —le confirmó ella.

El joven miró al chico.

—El cocinero lleva un cuarto de hora llamándote. Venga, ve y pon buena cara.

Jack salió a toda prisa de la habitación, pero el joven lo cogió del cuello de la camisa y le hizo entrar de nuevo en el camarote. Jack le hizo una rápida reverencia a Etta y le dijo:

—¡Que tenga buenas noches, señorita!

—Vamos a tener que enseñarle modales —comentó el joven, exasperado—, aunque da la impresión de que yo también carezca de ellos. Soy Davy Chase, primer oficial de la tripulación vencedora.

Etta no sabía qué hacer, pero el joven juntó los talones y se inclinó. ¿Debía inclinarse ella también, asentir? Pensó en lo que Jack le había contado de él: que le gustaban la música, la cerveza y las mozas de los muelles. Lo que no le gustaba: los mozos de cabina que no acataban las órdenes, los inviernos en Nueva Inglaterra y el té. Aunque lo más interesante era que, al igual que a Nicholas, lo habían criado —en realidad adoptado— el capitán Hall y la esposa de este, ya fallecida.

—Está usted bien, ¿verdad? Nos ha asustado un poco —continuó el joven.

—Ahora sí, gracias —respondió Etta con cuidado. Le satisfizo darse cuenta de que su tono de voz había sonado calmado, compuesto. Puede que, con la práctica, empezara a dársele mejor y se sintiera más cómoda.

—Aunque, por el olor que sale del otro camarote, veo que su hermana aún se encuentra mal. No debe de tener bien el estómago. —Daba la sensación de que el joven intentaba reprimir una sonrisa y, justo en aquel instante, Etta decidió que le caía bien—. Le he pedido al cocinero que prepare un caldo con el que se le asentará un poco. Pronto estará lista para navegar.

En cuanto Sophia se recuperara, la tendría encima de nuevo, vigilándola. Etta necesitaba tiempo para ganarse a la tripulación y conseguir que el barco diera la vuelta y la llevara al puerto del que la habían traído y, con un poco de suerte, al pasadizo que llevaba al Nueva York de su época.

—En cuanto a usted, ¿cenará con nosotros?

Etta abrió la boca para declinar la oferta; estaba tan cansada que le dolían hasta los huesos y necesitaba practicar esa manera tan formal de hablar antes de confiar en embarcarse en una conversación. Sin embargo, su estómago respondió con un rugido bien sonoro.

Se puso roja como un tomate y buscó las palabras adecuadas para disculparse, pero vio que una chispa encendía los cálidos ojos marrones del marinero, que acababa de quedarse anonadado.

—Bueno, yo diría que esa es contestación suficiente —comentó el joven antes de tenderle el brazo.

Cinco

Era evidente que el señor Edward Wren jamás había permitido que la verdad le estropease una buena historia.

Nicholas se recostó en la silla y se obligó a no dar un puñetazo en la mesa y cambiar de conversación —por la fuerza, si era necesario— para que el señor Wren dejara de contar historias impactantes sobre valores pasados. Para Nicholas, al menos, una verdad a medias era una mentira.

Miró las caras de quienes estaban sentados a la mesa y estudió su reacción. De entre aquellos con los que había abordado el Ardent, estaba Trevors, el contraestre, que no paraba de beber, por lo que tenía ya los dientes manchados de oporto. El hombre estaba a punto de desmayarse, después de haber comido el equivalente a su propio peso de guiso de pescado y chirivías con mantequilla. A su derecha había un oficial del Ardent, el señor Heath, el segundo al mando. El hombre, que era mayor, tenía la oreja derecha vendada por debajo de la peluca y se había pasado toda la noche girándose para intentar enterarse de lo que decía la señorita Henrietta Spencer, que olía la cena con un entusiasmo lobuno tal que a Nicholas le llamaba la atención.

«¿Henrietta Ironwood?».

La carta del anciano había sido vaga, pues no contenía indicaciones claras, pero tenía la sensación de que aquella muchacha carecía del veneno que bombeaba el corazón de aquella familia. Ahora bien, era posible que se tratase de una de esas que se dejan querer antes de clavarte los colmillos.

Nicholas se fijó a continuación en Goode, a la derecha de Henrietta, el nuevo médico y chico para todo, ocupado en cortar su cena en pedacitos tan pequeños que bien podría comérselos un pollo.

—¡Señorita Spencer, no ha tocado el guiso! ¡Pues se lo recomiendo! —le dijo el señor Heath, casi gritando por encima de los tonos más calmos del señor Wren.

Nicholas ya había pasado por aquello, el pitido agonizante y la sordera temporal provocados por haber estado demasiado cerca del disparo de un cañón, así que no podía culpar al hombre por estar hablando de forma estruendosa.

—¡Es la especialidad del cocinero!

Como sabía que habían pasado el resto del viaje cenando galletas duras y sopa de tortuga, Nicholas había aceptado, no sin cierto desagrado, que de la cocina se encargara el que había sido el cocinero del Ardent, aunque primero había querido conocerlo. El hombre se había metido en la cocina y allí se había quedado, con aire estoico y mirada lúgubre, mientras preparaba un hojaldre para demostrar sus habilidades. Tenía una apariencia cuidada, con la barba recortada y el pelo bien

recogido en una coleta. Y, lo que era más importante, había tolerado la presencia de Nicholas en el barco, lo que dejaba claro que aquel no era el único abordaje al que había sobrevivido a lo largo de su vida.

—Está hecho con ternera salada que el cocinero cuelga de la borda hasta que se cura —le explicó Goode—. No lleva sino ternera, patatas, cebolla y un poco de pimienta, si hay.

Henrietta —no Etta, sino la señorita Spencer— dedicó a Jack, uno de los mozos de cabina, una ligera sonrisa, mientras este se acercaba y le servía una cucharada de guiso en el bol.

Todos la observaron mientras lo probaba, apretaba los labios y tragaba con dificultad. Consiguió decir una sola palabra:

—Delicioso.

—¡Buena chica! —le dijo Chase, y se rio entre dientes.

Su amigo, el que sería primer oficial durante el resto del viaje y que tenía el pelo tan rubio como un ángel y era tan grande como un oso, era un compendio de contradicciones. Tenía la cara redonda, rosada, y en todo momento era el espejo de su irrefrenable naturaleza bondadosa. Había sido uno de los pocos que había llorado, de alivio, cuando la muchacha había despertado después de que la sacaran del agua; aunque lo había ocultado lo mejor que había podido. Momentos después, se había puesto a trabajar, ayudando a los demás a parchear el casco, mientras cantaba canciones picantes al volumen más alto que podía. Y esa noche, cuando hubiera acabado de cenar y tras hacer el último turno de guardia, se acostaría en su hamaca a zurcir con mucho cuidado tanto sus medias como las de sus compañeros.

En la cubierta, sin embargo, Chase era formidable como una montaña y jamás eludía un deber ni se mostraba irrespetuoso, un poco por miedo al gato de nueve colas o a esos puñetazos en las partes blandas. Por lo normal, una buena pinta de cerveza o un buen vaso de vino eran suficientes para ponerle de buen humor, aunque, esa noche, parecía hosco y malhumorado, algo de lo que Nicholas se alegraba, dado que era como se sentía él también. Cabía la posibilidad de que no fuera él el único que se sentía exhausto con aquella prueba.

El señor Wren le lanzó una sonrisa abierta a Etta —a la señorita Spencer— e hizo un gesto hacia su bol, del que no había probado aún ni un solo bocado, y le dijo:

—A mí tampoco me gusta mucho. Supongo que esa es la maldición de tener un paladar refinado. Ahora bien, le aseguro que preferiría haber comido esto a diario en la isla antes que morirme de hambre con los otros...

Maldita sea, pero ¿acaso no era ya suficiente?

Debido a alguna desafortunada intervención divina, el señor Wren, otro de los oficiales del Ardent, había sobrevivido al abordaje, cosa que, también por desgracia, le permitía asistir a las cenas en el camarote del capitán, lejos de la bodega, donde viajaba arrestado con los demás miembros de la tripulación.

Nicholas olió el guiso durante un rato y se lo comió, por salado que estuviera, y, cuando acabó, le pidió a Jack que le rellenara el bol. El chiquillo estaba nervioso y le temblaban un poco las manos. Era su primer viaje y Nicholas recordaba muy bien aquella sensación.

—Lo estás haciendo muy bien —le dijo por lo bajo—. Muy bien.

Jack se puso derecho y echó los hombros hacia atrás. Hizo un esfuerzo para no sonreír mientras servía a Chase. Cuando llegó junto a Wren, este apenas dejó de contar su historia el tiempo suficiente como para lanzarle una dura mirada de desdén.

—¿Acaso tú también te has quedado sordo? He dicho que no me gusta. —El señor Wren miró a Nicholas—. Su caridad no conoce límites. ¡Mira que emplear a memos y simplones!

En la garganta de Chase empezó a formarse un rugido en el mismo instante en que a Jack se le «resbaló» el cucharón de las manos y fue a caer justo en el regazo del señor Wren.

—¡Maldita sea...!

Nicholas se puso tenso cuando el hombre levantó la mano. Castigaría la impertinencia, pero no de aquella manera. Podrían acusarle de muchas debilidades, pero, desde luego, Nicholas nunca vería bien que pegaran a un niño, ni siquiera para disciplinarlo.

—Señor Wren...

No entendía cómo, llevando un vestido tan pesado, la muchacha se había movido con tantísima velocidad, pero lo cierto es que, en un santiamén, la señorita Spencer estaba de pie junto a Wren, apoyando una mano en su hombro.

—¡Oh, vaya, por Dios! —dijo Etta alzando la voz—. ¡Qué torpeza, Jack! Será mejor que te disculpes.

Chase apartó a Jack del alcance del señor Wren mientras este miraba a la señorita Spencer, que lo había distraído momentáneamente de su enfado.

—Lo siento —murmuró Jack.

Chase lo sacudió un poco y el chiquillo añadió:

—... señor.

—Pues ya está, ¿no? Ha sido un accidente —siguió la señorita Spencer con dulzura, y a continuación recogió la servilleta del señor Wren—. Aquí tiene.

Luego, mientras la muchacha volvía a su silla, Nicholas y ella se cruzaron la mirada. Vaya, lo cierto es que había controlado la situación de una manera maravillosa. Nicholas inclinó la cabeza ligeramente.

«Bien jugado».

Etta también inclinó la suya y enarcó una ceja, como diciendo: «¿Dónde estabas tú?». Nicholas evitó responder a aquel reto con una mueca de desagrado.

—¡Ese idiota lo ha hecho a propósito! —insistió el señor Wren.

—¿Qué estaba diciendo de la comida y de la isla? —contraatacó la señorita Spencer.

Dado que el señor Wren era oficial, aunque nadie fuera capaz de entender cómo había obtenido el cargo, se merecía cierto respeto por parte de los marineros de ambas tripulaciones, incluidos los mozos del barco. Existían unos estándares que describían cómo debía tratarse a las tripulaciones capturadas, y lo cierto es que Jack iba a tener que ser castigado por lo que había hecho. No había manera de evitarlo sin pisotear el exasperante decoro, pero la señorita Spencer...

Se fijó en que Chase la miraba con el ceño levantado. La muchacha había conseguido apagar el incendio antes siquiera de que se produjera la primera llama.

Sin embargo, ahora, la señorita Spencer empezó a atender todas y cada una de las palabras del señor Wren como si fueran bocados de una segunda cena y estuviera hambrienta. Cyrus Ironwood la había entrenado muy bien. Nicholas iba a tener que vigilarla para asegurarse de que no jugaba con él; aunque cabía la posibilidad de que la mejor estrategia fuera dejar de preocuparse por ella.

La luz de las velas hacía que tanto la seda de su vestido como el color de sus mejillas resultaran fascinantes. La muchacha se esforzaba por llevarse el tenedor a la boca, algo que, sin lugar a dudas, el ropaje que llevaba le impedía hacer con libertad. Puede que aquello explicara también la forma entrecortada que tenía de reírse, una y otra vez, de los estúpidos chistes del señor Wren.

¿Dónde habría quedado la leoncita que corría por las cubiertas con el pelo flotando como una nube alrededor de su cabeza? Esa que había parecido que estuviera ansiosa por atacar a dos hombres el doble de grandes que ella ¡con un razón, nada más y nada menos! Había entrado en el camarote siendo una salvaje, furiosa, y había salido fría y pálida como una perla. Si se hubiera arreglado el pelo y se lo hubiera empolvado, hasta habría creído que tenía delante a alguien de su propio siglo.

Al lado de ella, Edward Wren era el orgullo de la maldita Inglaterra, con su estupenda educación y su encanto. Nicholas se había dado cuenta de cómo era el primer oficial del Ardent en cuanto lo habían subido de la bodega: modales y nada más. Menuda cara había puesto cuando Hall le había comunicado que Nicholas era el nuevo capitán del barco...

Agarró el cuchillo de plata con fuerza, hasta que consiguió calmarse. Incredulidad. Repugnancia. Peor, incluso, que la malicia de Sophia.

Habían oficiado las presentaciones justo cuando el capitán Hall y el Challenger estaban a punto de alzar velas. No habían cruzado palabra desde entonces; se habían limitado a estudiarse. El señor Wren, de hecho, lo hacía como si Nicholas fuera un caballo que estuviera planteándose adquirir. En aquel momento, sin embargo, el joven estaba a punto de devolverle el insulto.

Pelo oscuro, ojos oscuros. Con magulladuras y manchas de sangre que le daban un aire heroico, como es natural. Era bastante más bajo que Nicholas, pero caminaba con el pecho fuera y la barbilla levantada, como si estuviera a punto de encontrarse con el rey.

—Cuidado con ese. Ten los ojos bien abiertos, Nick. Hará como que va a cortarse la garganta; pero, en realidad, te estará clavando un cuchillo por la espalda. Será tan rápido que no verás ni cómo mueve las manos —le había murmurado Hall justo antes de volver al Challenger a continuar con su cacería.

—Una imagen encantadora —le había respondido él entre risas, pero su mentor lo miraba serio.

—Conozco a los de su calaña. Más viento que una tempestad y más orgullo que el mismísimo Lucifer.

A Nicholas le habría encantado convencer al capitán de que se quedase. Sin embargo, Hall, que flotaba en la ola de la victoria, estaba ansioso por conseguir otro premio y, sin duda, que Nicholas hiciera un rápido viaje de regreso a Nueva Londres cuanto antes.

El capitán lo había agarrado por los hombros y le había dado unos golpecitos en la espalda. Los ojos le brillaban con el resplandor cálido y rosado del sol de la tarde.

—Sé que estás preparado para esto y para más. Acaba tus negocios con esa familia y reúnete con nosotros en el puerto.

Había sentido por todo el cuerpo un escalofrío que le templó el cuerpo.

«Estoy preparado».

Quería su propia nave tanto como un moribundo quiere seguir respirando; pero era cuestión, como siempre, de dinero. De adelantarse al fantasma de su pasado que, como siempre, parecía que le acechara detrás de cada esquina.

«¡Nick! ¡Nick! ¡Ayúdame! ¡Ayúdame!».

Respiró profundamente por la nariz mientras retorció el mantel como si sus dedos estuvieran recordando algo por su cuenta.

El pasado, pasado está. Ahora tenía que encargarse de que las damas llegaran a salvo a manos de Cyrus Ironwood y, a ser posible, salir de allí ileso por completo.

Para cuando hubiera acabado con aquel cometido y, por tanto, de una vez por todas con aquella familia, Chase y los demás ya habrían puesto el Ardent en manos del agente de los Lowe, que llevaría la nave y su carga al almirantazgo.

Una parte crucial del proceso era el testimonio del oficial superior del navío capturado, así que no podía clavarle el tenedor en el ojo al señor Wren; aunque, a decir verdad, poder sí podía, dado que el hombre solo necesitaba la boca para testificar que les habían arrebatado el navío de manera justa. ¿Por qué había que cumplir siempre con tantas finuras?

Tuvo la sensación de que algo se le agriaba en el estómago al ver que la señorita Spencer hacía una especie de gesto de desmayo. El señor Wren, el valeroso Edward, la consoló diciendo:

—No se preocupe, querida, que he cosido muchas heridas en mi vida. Sin embargo, esta ha sido la primera vez que he visto mis propias entrañas.

Nicholas se mofó de la situación. Cuando un hombre se veía las entrañas, no tardaba en ver, también, la mano de Dios descendiendo del cielo para ofrecerle su

recompensa eterna. Nadie que sufriera una herida como aquella vivía para contarlo. Aunque no fuera el caso de su invitado, Nicholas había visto bastantes como para tener la certeza.

«Invitado».

Notó que se reía por dentro, una risa lúgubre, carente de humor. Un rehén es lo que era en realidad, pero ¿para qué usar el término apropiado cuando se podía usar uno más educado? Si había algo que asquease a Nicholas era precisamente aquello: comportarse con un enemigo con un civismo fingido y con lisonjas falsas. Prefería mostrar su desagrado de forma directa, y, si hacerlo impedía que lo consideraran un caballero, ¡pues al cuerno!

—... las olas arrojaron el barco contra las rocas y lo único que podíamos hacer era aferrarnos a él hasta que se hundiese. Los que sobrevivimos, cosa que se debió a que conseguimos llegar al banco de arena, nadamos hasta la orilla. Vivimos como salvajes durante una semana, buscamos comida, cazamos jabalíes, construimos refugios con hojas de palmera y toda la madera seca que conseguimos encontrar. Pasábamos día y noche buscando agua. Solo teníamos un cuchillo, cosa que, en cualquier caso, fue una bendición, pues estábamos tan al borde de la locura que, de haber tenido más, nos habríamos matado los unos a los otros en un arrebato.

—Habría sido una auténtica pena —musitó Chase mientras metía la cuchara en el guiso.

Nicholas se aclaró la garganta.

Chase lo miró con aquellos ojos verdes suyos y levantó la copa. La tripulación conquistadora, elegida por Hall, estaba integrada por marineros que hacía años que conocían a Nicholas. Davy Chase era quien lo conocía desde hacía más tiempo.

Chase y él habían empezado a servir como mozos de cabina en el *Lady Anne*, el anterior barco del capitán Hall, pocas semanas antes de que una tempestad se lo llevase al fondo del mar. Tanto el capitán como ellos habían entrado al servicio de la Armada de su Majestad en el mismo navío que los había rescatado de las olas.

El señor Wren contaba su historia con voz susurrante, pero iba haciendo inflexiones, subiendo y bajando, con cada uno de los peligros que imaginaba. Dado que había sobrevivido a una experiencia terrible a los once años, dos días y dos noches sin comer, sin beber, con miedo a morir de frío en gélidas aguas invernales, Nicholas se sentía cada vez más impaciente. Durante aquellos dos días, Hall los había mantenido a Chase y a él alerta y los había distraído contándoles historias acerca de sus viajes por las Indias Occidentales cuando era joven, donde, según decía, se encontraban las mejores amantes; sobre una tormenta pasada en la que el agua, los mástiles y la cubierta se habían iluminado por una extraña llama azul, y sobre aquella vez en que se había tropezado con un cofre lleno de antiguos lingotes de oro español mientras huía de los soldados regulares británicos hacia la isla Tórtola.

No era una experiencia de la que Nicholas fuera hablando por ahí. No disfrutaba rememorándola. Se le habían agrietado los labios y le sangraban, le quemaban en

todo momento por efecto del agua salada, e incluso hoy en día había veces en las que sentía las astillas que se le habían clavado debajo de las uñas al aferrarse con tanta fuerza a un madero de la borda. Al principio del tercer día había dejado de ver y el pánico se había apoderado de él, momento en que el capitán Hall había nadado a su lado y lo había mantenido a flote a la fuerza. El rescate no había sido sino el comienzo de otra pesadilla.

A Nicholas se le revolvió algo por dentro cuando el señor Wren, muy atrevido, le puso la mano a Henrietta sobre la muñeca desnuda. De pronto, quería arrancarle el brazo entero.

«La muchacha no es más que un trabajo».

«No es más que un medio para alcanzar un fin».

Pero ella tampoco era para el tal Edward Wren.

—Señor Wren —le interrumpió Nicholas. Se produjo un silencio que pareció el chasquido de un látigo—, quizá tenga a bien aclararme algunos de los puntos de su historia.

El otro esgrimió una mueca.

—Por supuesto. ¿Qué es lo que no ha entendido?

El primer error del hombre había sido dar por supuesto que ninguno de los presentes había viajado por las Islas Vírgenes.

—Ha mencionado que la isla en la que se quedaron varados estaba a unas dos leguas de la isla Tórtola, ¿no es así? ¿Al noroeste de la isla Peter?

La silla de Chase crujió, como si el joven se estuviera moviendo.

El señor Wren perdió la sonrisa unos instantes, pero respondió:

—Sí, creo que eso es lo que he dicho.

—Yo diría que, sin lugar a dudas, debía de estar refiriéndose usted a la isla del Cofre del Muerto. —Se preguntaba si la malicia que sentía por dentro se reflejaría por fuera.

—Y así es —comentó el oficial mientras se ponía colorado—. No sabía que conociera usted esa zona.

Eso estaba claro.

—Me temo que le va a costar encontrar a un solo marinero que no haya oído, al menos, hablar de ella. Se trata de la isla donde Barbanegra abandonó a quince de sus marineros solo con alfanjes y ron como castigo por haberse amotinado, ¿no es así?

—Así es —confirmó Chase animado—. Intentaron llegar nadando a la isla Peter, pero se ahogaron. Por eso llaman a esa zona «playa del muerto». Como puede suponer, todos los cadáveres llegaron a la orilla.

La señorita Spencer se inclinó hacia delante. En sus ojos brillaba un interés por los detalles escabrosos inusitado en las mujeres.

—¿En serio? —preguntó la muchacha.

—En serio —le respondió Nicholas—. Y resulta que ese es el problema.

Antes de continuar, Nicholas se volvió hacia el señor Wren, a quien se le había congelado la sonrisa en la boca.

—Dado que yo también he estado en el Cofre del Muerto, me temo que he de decirle que su descripción no se parece en nada a lo que yo vi. Aquella isla es un conjunto de rocas, sin agua, sin vegetación y, desde luego, sin jabalíes que cazar.

El oficial rascó el fondo del bol con la cuchara. Cuando se atrevió a levantar la vista, Henrietta lo observaba, mordiéndose el labio inferior. Sus ojos chispeaban, como si estuvieran riéndose del señor Wren. Nicholas, por su lado, sintió una especie de calor que le subía hasta el pecho.

El oficial se entretuvo sirviendo burdeos a la señorita Spencer y a sí mismo. Puede que fuera por lo extraño de la situación o porque el hombre estaba echando tantísimo humo por la cabeza que bien podría haber rizado el pelo de una peluca, pero la cuestión es que la muchacha se bebió de un trago la copa de vino y empezó a cantar, con voz alegre y agradable:

—¡Quince hombres en el Cofre del Muerto! ¡Jo, jo, jo, y una botella de ron!

Nicholas parpadeó. Los presentes dejaron los cubiertos, que tintinearón contra boles y platos, y se giraron hacia ella. La señorita Spencer se quedó pálida y bajó la vista hasta su regazo, como si en la falda fuera a encontrar alguna excusa.

—¿Dónde ha oído una canción tan extraordinaria? —le preguntó el señor Wren.

La pregunta hizo que la muchacha se serenase de inmediato y que le desapareciera de las mejillas todo rastro dejado por la risa. Se sentó tan recta como un palo mayor y apartó la copa. Puso cara seria con intención de esconder el arrepentimiento y el pánico que Nicholas fue capaz de adivinar en sus ojos. Le habría encantado que levantase la mirada para que viera lo fácil que era enmendar aquello. Si Sophia no estaba allí para arreglar sus desaguisados, él estaba encantado de aceptar el desafío.

—Puede que del capitán Hall. Tiene un repertorio fascinante de canciones —sugirió Nicholas.

Chase lo miró extrañado.

—Pues esa no la había oído nunca. ¿Cómo sigue?

—Aparecía en un libro que leí con mi madre —comentó ella como si nada—. Acostumbrábamos a leer historias de aventuras antes de ir a la cama. No recuerdo el resto. Disculpen que haya sido tan... grosera.

—¿Grosera? ¡Tonterías! Pero ¡si su voz es encantadora! —apuntó el señor Wren—. ¿Tiene usted alguna otra habilidad musical? Podría cantarnos una canción más tarde.

«Qué bien te ha venido este cambio de tema, ¿eh, comadreja?».

—Eh... Pues... No sé... —Miró al techo, más asustada incluso que antes, como si allí fuera a encontrar algo con lo que salir de aquel entuerto—. A decir verdad, toco el violín.

—¿El violín? Eso es muy atípico. Supongo que no estoy al día de la educación que reciben las damas. Y ¿ya hay instrumentos de calidad en las Indias Occidentales?

La muchacha se puso recta y repitió a modo de pregunta:

—¿En las Indias Occidentales?

De pronto, a Nicholas le cruzó una pregunta por la cabeza: ¿cómo era posible que no supiera dónde estaba el pasadizo por el que había llegado? Aquello solo podía significar...

«No está aquí por voluntad propia».

Darse cuenta de aquello lo enfureció y pisó la alfombra con fuerza, como si quisiera destrozarla.

«No importa. Tú lo que tienes que hacer es llevársela al viejo».

Pero sabía lo que era caer en la red de los Ironwood. Y, además, lo sabía muy bien.

—Pues..., si no recuerdo mal, por aquí debería de haber un violín... —comentó el señor Goode mientras miraba por el camarote.

Aparte de las baldas llenas de libros con el lomo combado, del recio escritorio y de la cama, no había mucho más que ver.

—Quizá Nicholas querría hacernos el favor de buscarlo para que podamos oír mañana cómo toca —propuso el señor Wren.

—El señor Carter, querrá decir —soltó Chase como si pretendiera morderle.

—Ay, pero qué despistado soy —respondió el oficial con cierto tono de burla al tiempo que levantaba la copa como si pretendiera brindar.

Nicholas también levantó la suya y soltó:

—Por suerte, tiene usted una imaginación desbordante que lo compensa.

El oficial frunció los labios y, a continuación, volvió a centrarse en la señorita Spencer, que jugueteaba con una cuchara.

—Tengo que decir que considero toda una afrenta que el capitán no nos tuviera al tanto de que llevábamos dos damas tan encantadoras a bordo; aunque es evidente que lo que pretendía era proteger a la tripulación de una belleza tan radiante.

Nicholas se atragantó con el siguiente sorbo que le dio al vino. Henrietta se puso roja desde las mejillas hasta la suave pendiente que conformaban sus... Nicholas pasó la mirada al plato a toda prisa y apretó las rodillas por debajo de la mesa.

—Eso mismo estaba pensando yo —le comentó Chase a la muchacha—. De hecho, los demás solo sabían que había pasajeros a bordo porque a estos dos caballeros los cambiaron a los camarotes del contramaestre y del carpintero, en la proa. Se han sorprendido tanto de verlas como la tripulación del Challenger.

—Mi hermana, como bien saben, no se encuentra bien. El capitán prefirió que nos quedáramos en el camarote por eso.

—Y ¿por qué no han avisado al médico? Tanto el señor Farthing como yo podríamos haberla ayudado —comentó Goode.

Nicholas estudió la expresión de la muchacha. Su silencio era revelador.

—Porque los médicos intentan curar cortando con una sierra lo que bien arreglan el agua y un caldo —le soltó Nicholas.

—No estoy de acuerdo con esa opinión, señor. Ha habido muchos avances en el campo de la medicina y habiendo estudiado...

—Me cuesta creer que sean ustedes dos hermanas, la verdad —comentó Chase al tiempo que se apartaba el flequillo—. Tienen ustedes apariencias y acentos de lo más dispares.

Nicholas le pegó una patada por debajo de la mesa. Cuando Chase estaba borracho era de lo más torpe.

—Esa observación va más allá de las reglas de la educación —le soltó el señor Wren con frialdad.

—Tan solo pretendía preguntarle si eran hijas de madres diferentes, nada más —se defendió Chase—. Señorita Spencer, le pido disculpas si la he ofendido.

—No pasa nada —respondió ella con voz débil.

—Entonces, el capitán fallecido, ¿era tío suyo?

«¿Adónde diablos pretendes llegar?», pensó Nicholas al tiempo que estudiaba a su buen amigo.

—En efecto, así es, señor Chase —comentó el señor Goode, aventurándose por la conversación, nuevamente con una mirada de desaprobación—. Por parte de la madre de la señorita Sophia, la primera esposa de su padre. Corríjame si me estoy equivocando, señorita Henrietta, pero tengo entendido que su padre y la segunda esposa de este, la madre de usted, tenían una estupenda plantación en Nassau antes de que murieran. Es que la señorita Sophia llevaba a su hermana de vuelta a Inglaterra, ¿saben?

—Sí, no se ha equivocado en nada —comentó la muchacha a toda prisa.

Aquello era increíble. Cyrus Ironwood se había encargado de que crearan una historia elaborada para explicar las diferencias entre ambas muchachas. Si tuviera que apostar, diría que el anciano habría sobornado al capitán para que se hiciera pasar por su tío, de manera que dispusieran de una escolta y de protección a lo largo del viaje, tal y como dictaban las reglas de aquella época.

—Es lamentable —opinó el señor Wren con la intención de recuperar la atención de la muchacha— que hayan interrumpido su viaje de una manera tan brusca. ¿Cree que podrá ponerse en contacto con su familia de Inglaterra para comunicarles que la han forzado a abandonar su destino? Por Dios... ¿y si piensan que se ha ahogado usted? ¡Imagínese lo devastados que se quedarían!

El señor Wren miraba a Henrietta mientras hablaba, pero era evidente que sus palabras iban dirigidas a Nicholas.

—No se preocupe, señor —le soltó este con una paciencia con la que no sabía que contara—, que podrán escribir a su familia en cuanto lleguen a puerto. Cuidaremos bien de ellas hasta que consigamos encontrar la manera de enviarlas a su hogar sanas y salvas. Es muy probable que haya un navío de la Armada Real o un campamento

del Ejército Británico muy cerca de Connecticut y que sus oficiales estén deseosos de ayudarlas.

—Ah, sí, claro. Tengo muchas ganas de enterarme de qué tal va esa escaramuza. ¿Cuánto tiempo creen que tardará Washington en rendirse? Apostemos, caballeros. — El señor Wren tamborileó en la mesa con los dedos—. ¿Un mes más, quizá? He oído que Howe tiene la vista puesta en Nueva York. Ese sería un golpe terrible para los esfuerzos de su ejército, ¿no les parece? Perder un puerto y una ciudad tan estratégicos...

—Desde luego, no son mis esfuerzos —comentó Nicholas con una incomodidad que iba a más—. No tengo más interés en esta guerra que el de capturar la mayor cantidad de navíos que me sea posible.

—¿De verdad? —le preguntó la muchacha—. Pensaba que esta tripulación era estadounidense.

—Bueno, los estadounidenses eran ingleses hasta hace unos meses —comentó Chase— y, de hecho, seguro que encuentra entre nuestra tripulación quienes aún se consideran así. El Challenger navega con una patente de corso otorgada por el Congreso Continental y solo tenemos autorización para asaltar barcos ingleses, cosa que supongo que nos alía con los estadounidenses.

—Se creen ustedes que les van a servir de algo esos papeles como se topen con la Armada Británica —le espetó el señor Wren—. A ojos del rey, los traidores son peores que los asesinos y la soga será su recompensa.

—Por favor, señor —empezó a decir Chase con una mano levantada—. Bastante me duele la cabeza ya como para que me venga usted ahora a recitar el *Gobierna, Bretaña*.

El señor Wren le lanzó una mirada fulminante.

—Lo único que pretendía decir, señor Carter, es que me resulta curioso que no haya querido unirse usted a la Marina de su querido Congreso, que tan poca experiencia tiene. Algo deben de obtener ustedes con esta piratería legal. ¿Honor... quizá?

Chase resopló.

—¡Bah!, una fracción de lo que encontremos a bordo. Y le aseguro, para su desgracia, que esta empresa ha sido del todo legal.

Nicholas levantó la copa, pero se dio cuenta del brillo que había en los ojos del señor Wren. La actitud del hombre iba en contra de su naturaleza. Era un águila pescadora volando en círculos... y esperando para zambullirse.

—No lo entiendo —empezó a decir la señorita Spencer al tiempo que miraba con inquietud a los comensales—, ¿por qué es extraño? Sencillamente, han elegido mantenerse fuera de la Armada estadounidense, ¿no?

Era la oportunidad que había estado esperando el señor Wren y que aprovechó acto seguido.

—Pero ¡si hacen esto en nombre de sus camaradas! —Esbozó una sonrisa de oreja a oreja—. Está claro que este jaleo que se ha producido de tanto hablar de libertad ha hecho que el señor Carter se acuerde de las cadenas del pasado. Aunque también he oído que, a diferencia de como hemos hecho los británicos, a los esclavos de las colonias no se les ha ofrecido la libertad a cambio del servicio militar.

Hall le había dicho a Nicholas en una ocasión que si permitía que el enfado se convirtiera en odio cada vez que una persona le insultara, sería él quien acabaría mal. Ahora bien, ¿de verdad esperaba el señor Wren que constatar lo evidente iba a servir para desacreditarlo a ojos de los demás? ¿Que con eso iba a minar su autoridad?

Lo que el señor Wren estaba queriendo decir era: «Puedes quedarte con esto: con el barco, con el momento; pero jamás serás más que lo que hombres como yo te permitamos ser».

Jamás. Jamás iba a volver a permitir que fuera otra persona quien lo definiera o determinase cuál debía ser el rumbo de su vida.

Chase se puso de pie con tanta rapidez que tiró la silla al suelo. Le hervía la sangre.

—Señor, le pediría que saliéramos si...

Nicholas le puso una mano en el hombro a su amigo, recogió la silla y le pidió que se sentara.

—Amigo mío, recuerda que hay una dama presente —le dijo después al oficial.

La misma que los observaba con cara de susto. Pero ¡qué cena tan maravillosa que estaba resultando! Y pensar que habría unas diez variaciones de la misma a medida que navegaban en dirección norte, hacia Nueva York.

Nicholas rellenó el vaso de su amigo con más burdeos con la esperanza de que el vino lo apaciguase, en vez de encenderlo más.

—¿Está usted hablando de la proclamación que hizo Dunmore el año pasado en Virginia, en la que los esclavos de los rebeldes que se escapasen y luchasen por el ejército británico obtendrían la libertad? —comentó Nicholas al tiempo que ignoraba la expresión petulante del oficial—. El Congreso Continental, de hecho, ha animado a los virginianos a que debatan dicha ley y, a decir verdad, estos ya han depuesto a su gobernador. Y tampoco creo que vayan a dar la libertad ustedes a los esclavos al final de este ejercicio. El rey sabe muy bien cuantísimo dependen las colonias del trabajo de los esclavos para que le lleguen esos bienes de los que tanto disfruta. Lo único que pretende es castigar a sus hijos caprichosos quitándoles sus herramientas. Vaciarles los bolsillos durante una temporada. Nada va a cambiar.

El señor Wren le daba vueltas a su copa. Nicholas le miraba a los ojos, intentando deshacerse del odio que los llenaba.

—A decir verdad —continuó—, la cuestión es que no soporto la hipocresía que supone luchar para una persona que, supuestamente, personifica los ideales de la libertad cuando, en su hogar, tiene decenas de esclavos trabajando los campos.

Por no mencionar que el Ejército Británico no hubiera considerado digno a aquel hombre de ofrecerle cargo alguno por muchas expediciones militares que hubiera frustrado durante su juventud. Reconocía que el hombre era tenaz, pero, en cuanto se diera cuenta de que la guerra iban a ganarla las colonias, hasta con una pluma podrían conseguir que se cayera de culo al suelo.

—¿Se refiere usted a Washington? —le preguntó Henrietta.

Nicholas asintió.

—Y también ha de saber, señor Wren, que soy una persona libre y que eso no cambiará jamás.

—¡Qué divertido! —soltó el señor Heath bien alto, pero se desinfló cuando vio las caras que lo rodeaban.

Nicholas se fijó en que uno de los mozos traía una especie de pudín para el postre.

—Puede que sí que cambie —le chinchó el señor Wren mientras le servían su plato—, si resulta que las colonias se liberan y los terratenientes del Sur se hacen con el control del nuevo gobierno. Esa gente estará en disposición de crear su propio Jardín Terrenal. ¿Acaso no es justo decir que la esclavitud ha sido una bendición para los africanos? Por lo menos, les impide regodearse en esa vagancia suya y ha acabado con ese carácter violento que tenían. Además de que ahora forman parte del rebaño del Señor. El trabajo que desempeñan es, justo, aquel para el que están capacitados.

Ah, bien, ahí estaban, un siglo de justificaciones de la esclavización arbitraria de los seres humanos reunidas, todas ellas, en unas pocas frases. Las mentiras acerca de la mentalidad de los africanos y las barreras para que avanzaran —como impedirles que aprendieran a leer y escribir, a pensar— hacían que siguieran encadenados, pero no solo en el plano físico, sino también con insidiosas cadenas invisibles.

Daba igual que todo aquello fuera mentira. Que el propio Nicholas fuera prueba de ello. Lo único que importaba era que dicha manera de pensar había conseguido instalarse en el alma de las personas como si fuera una enfermedad contagiosa. Era imposible ver el final de aquello. Era consciente de que, incluso cien años después, la sociedad no había conseguido extraer del todo aquel mal que había enraizado en ella. Fuera adonde fuera Nicholas —y cuando fuera—, era el color de su piel el que iba a determinar los límites de lo que iba a poder conseguir, y había muy pocas maneras, si es que, de hecho, había alguna, de superar dichas limitaciones.

La señorita Spencer tenía las manos apoyadas en la mesa y respiraba con fuerza. Era evidente que estaba intentando controlar su... ¿enfado? ¿Estaba enfadada? ¿Por lo que le habían dicho a él?

Si el señor Wren la hubiera mirado, quizá se lo hubiera pensado antes de añadir:

—Supongo que usted le debe sus facultades a... a su ¿padre, quizá? Discúlpeme si he dado por hecho de forma incorrecta detalles de su linaje.

—No, señor Wren, no lo ha hecho —respondió el joven mientras se preguntaba por qué seguía luchando contra esa ansia imperiosa de clavarle el tenedor en el ojo—.

Estoy seguro de que, según usted, todos nacemos con deficiencias. En su caso, la ausencia de modales.

Nicholas sabía que aquella situación era un castigo por haber hecho que el señor Wren se sintiera como un idiota. En primer lugar, por haber sido uno de los responsables de que el Ardent cayera; y, en segundo lugar, por haber desvelado que el oficial no había hecho sino mentir a lo largo de la cena. Pensar aquello consiguió que se calmara un poco. La mezquindad que implicaba servía para que no sintiera parte del dolor de aquellas nuevas heridas.

El señor Wren se removió en su silla, como, si el efecto de todo el vino que había tomado lo hubiera sacudido de golpe. Comenzó a arrastrar un poco las palabras y sus ojos empezaron a brillar con más fuerza, lo que le daba a su enfado un aspecto más siniestro.

—¿Cómo es aquello que dijo Voltaire...? Eso de que su raza es una especie tan diferente de la nuestra como lo son un bulldog y un terrier.

—¡Señor Wren! —le gritó Henrietta con la cara roja como un tomate.

—Dado que yo también he leído la cita, señor, he de corregirle, porque, a decir verdad, dice: «Nuestras razas son tan diferentes como lo es la de los spaniels de la de los lebreles» —le soltó Nicholas con frialdad—. Lo interesante es que, en última instancia, todos somos meros perros.

—Puede ser —comentó el oficial mientras hacía ademán de levantarse—, pero algunos son chuchos y otros tenemos pedigrí.

La señorita Spencer se puso de pie al mismo tiempo que Chase, pero ella estaba más cerca y fue la que le pegó el bofetón al marinero británico. El chasquido sorprendió a Nicholas, que había saltado hacia su amigo para impedir que este se enzarzara en una pelea con aquel mequetrefe.

—¿Así es como se comporta una señorita? —se quejó el señor Wren.

—En efecto —soltó Chase con tono de aprobación—, ¡y está visto que se le da de maravilla!

—Pero ¿acaso oye lo que está diciendo? —le inquirió la muchacha. Estaba tan sofocada que la trenza había empezado a deshacerse. Apuntó a la puerta con el dedo—. Márchese. Ahora mismo.

El señor Wren entrecerró los ojos al oír el tono en el que había pronunciado Henrietta aquellas palabras. A Nicholas no le gustaba la manera en la que el hombre la miraba, como si se estuviera preparando para atacarla. Para pegar a una mujer. Cogió con fuerza el cuchillo de la mesa.

—Le pido disculpas, señorita, si es que la he ofendido.

—¡Bien sabe usted que no es a mí a quien ha ofendido! —La ira que sentía la muchacha era tan fuerte que le provocaba temblores—. Creo que es mejor que se vaya.

El hombre dobló los brazos sobre el pecho y respondió:

—Aún no he comido el postre.

—¡Ay, por Dios, es usted despreciable! —añadió la muchacha.

—Cuidado, señorita, que la blasfemia es un pecado que...

Aunque hubiera sido de los que apuestan, Nicholas jamás habría creído que las siguientes palabras de la señorita Spencer serían:

—¡Supongo que, en ese caso, nos veremos en el infierno!

La mirada de odio de la muchacha habría conseguido que hasta Nicholas sintiese ganas de alejarse lo más posible de ella. El joven se preguntó una vez más de qué época vendría. ¿Qué tiempos darían a luz temperamentos tan temibles y magníficos? Pero, cuando el engreído señor Wren permaneció donde estaba, fue Etta la que decidió abandonar el camarote, con un giro de sus faldas.

Chase giró el cuello para seguirla.

—Me gusta esa muchacha.

Nicholas se quedó esperándolo, pero el portazo no llegó, lo que significaba que la señorita Spencer no había vuelto a su camarote.

—Esa muchacha ha subido a cubierta. Sola.

Confiaba en su tripulación, pero ninguna mujer de aquella época tenía permitido caminar sin escolta en aquellas circunstancias, además de que había muchas maneras en las que podía hacerse daño, por no mencionar que podía caerse por la borda si el barco surcaba mal una ola. Además, le daba un poco de miedo que hubiera ido en busca de otro rezón.

Se volvió hacia su amigo.

—Señor Chase, encárguese de llevar de vuelta a la bodega al señor Wren y, señor —dijo mirando a la comadreja, que comía el pudín como si nada, sentado junto al señor Goode, que estaba muy sorprendido—, no va a volver a comer usted con nosotros durante el resto del viaje. Ponga en cuestión mi carácter tanto como quiera, pero como me entere de que ha intentado mancillar el nombre de la señorita Spencer y su reputación, verá que, a partir de entonces, tendrá que disfrutar de la comida sin lengua.

Se alegraba de librarse de aquel aire cálido, húmedo, del camarote que, dado el vino que había tomado y que no se encontraba muy bien del estómago, había empezado a adormecerle. La brisa de otoño, de sensación lúgubre, le acarició la piel con dulzura, todo un bálsamo para aplacar el calor que sentía por dentro.

La muchacha no había caminado más que unos pasos por la zona de estribor del puesto de mando y estaba de pie junto a la barandilla. La brisa movía su vestido y lo pegaba a su figura, lo que hacía que se viera mejor cómo era. La luna llena la bañaba de luz marfileña y alargaba su posición sobre el agua en una estela que conducía hasta el horizonte. De no ser por su pose, con los brazos cruzados sobre el pecho como si evaluara la oscuridad marina que se cernía a su alrededor, bien podría haber sido una de las estatuas de los grandes maestros que había cobrado vida.

Y, de mil maneras diferentes, ella estaba completamente fuera de su alcance.

Seis

«¡Mierda, mierda, mierda!».

Con una mano, Etta se quitó el agua fría y salada de los ojos y de las mejillas mientras, con la otra, se agarraba con fuerza la parte delantera del vestido. Era incapaz de sacarse la bola de pánico que tenía alojada justo debajo de las costillas. El corsé le apretaba tanto que le dolía la espalda cada vez que tomaba aire. Y lo peor de todo era la punzada intensa en la palma de la mano derecha. Un recordatorio indiscreto de lo mal que se había comportado durante la cena.

Si, o cuando, Sophia se enterase, uno, de que había asistido a la cena y, dos, de que la había liado, tendría suerte si la dejaba ir al baño sin supervisión. ¿Pasear sola por el barco e intentar ganarse a la tripulación? Totalmente imposible.

Todo había ido bien —o más o menos bien— durante la primera hora. El señor Wren —no, Wren a secas, que no se merecía otra cosa— había hablado tanto que se le había quedado la cena fría. Le había chupado toda la energía que le quedaba. Por mucho que se las diera de hombre de mundo, Wren —o Edward, o como quiera que le hubiera susurrado al oído que se llamaba— no debía de ser más mayor que ella o que Nicholas.

Se llevó una mano a la boca.

«¡Nicholas!».

Sintió un fuerte escalofrío nada más pensar en él, pero la cuestión era que Sophia había tenido razón. Etta no había sido capaz de imaginar cómo era vivir durante una época en la que no tienes protección ni legal ni social. Lo único que había aprendido de aquella cena era lo indefenso que se estaba ante las percepciones de las personas.

Nicholas no la necesitaba para que luchase sus batallas por él. Había estado haciendo un trabajo magnífico encargándose de Wren, dejándolo mal con cada cosa que decía y demostrando, aunque sin decírselo a la cara, que era un tonto de los pies a la cabeza. Además, en ningún momento se había dejado llevar por el enfado, por mucho que, sin lugar a dudas, fuera lo que Wren pretendía.

No le gustaba nada de nada esa cara de resignación, de cansancio, que le había visto poner mientras el oficial daba rienda suelta a su odio y a su ignorancia; la expectación obvia que producían. Y, además, el hombre había tenido la desfachatez de mirar alrededor en busca del apoyo del resto de los comensales.

La ira que había inundado sus venas había sido tan pura que tenía la sensación de que bien podría haber convertido su sangre en ácido. Aunque hubiera leído cien libros sobre las actitudes y las creencias del pasado, el impacto que le había supuesto vivir de primera mano aquella muestra de esa crueldad que te proporciona la ignorancia era como si le hubieran echado un cubo de agua helada por la cabeza. Le

hacía plantearse que los siglos que habían seguido a este en el que se encontraba, además de los sencillos privilegios que le habían otorgado, la habían protegido de la fealdad de lo que acababa de vivir. La gente se tragaba aquella basura y, además, la esparcía como si nada. Como si ni siquiera estuvieran hablando de seres humanos.

Apoyó los brazos en la barandilla y miró aquellas aguas oscuras. La luz de la luna se reflejaba en la parte superior de las olas y las volvía de resplandeciente plata. A su alrededor, se oía una sinfonía de sonidos: el palmeo del agua contra los costados curvados del navío, las velas batidas por el viento sobre su cabeza, el murmullo sordo de algo que había bajo el agua, ¿el timón, quizá? Al principio, los crujidos de la madera le habían resultado enervantes e incluso habían hecho que se preguntase si el barco iría a romperse en pedazos, aunque había acabado acordándose de la manera en que su antiguo apartamento, construido antes de la guerra, se asentaba sobre su estructura a diario.

«Lo has estropeado».

No podía permitirse cometer fallos, porque la vida de Alice estaba en juego. Entrelazó los dedos y apoyó la frente en ellos. ¿Tendría que disculparse por haberle pegado? ¿Tendría que extraer aquellas palabras de alguna parte de su interior, de un rincón recóndito, mientras rezaba para no vomitar?

«No pienso hacerlo. No pienso hacerlo. No pienso hacerlo».

Tenía los ojos cerrados con fuerza.

—Fíjese, pero si parece un marinero más.

Se dio la vuelta, sorprendida por aquella voz ronca y profunda. Verlo acercarse caminando por la oscuridad hizo que la bola de pánico que tenía en el pecho explotara por fin. Contó los pasos que la separaban de él. El joven se detuvo, manteniendo una distancia prudencial, y se pasó la mano por el pelo, que llevaba muy corto. La miró a la cara como preguntándose por dónde empezar.

A Etta no le daba vergüenza estudiarlo también a él, pero estaba segura de que poco iba a sacar con ello. Tenía la sensación de que Nicholas mantenía una expresión tan seria para proteger la privacidad de sus pensamientos.

Dejó de mirar al joven a la cara y se fijó en que —había estado en lo cierto— la chaqueta que le había dejado era la única que tenía. La llevaba puesta y era evidente que estaba recién cepillada. A ella le había quedado enorme, pero a él le sentaba como un guante sobre aquella camisa blanca y ponía de manifiesto lo anchos que tenía los hombros. Los pantalones se le ceñían a las piernas mientras recorría la distancia que los separaba. Nicholas era alto y sus músculos eran compactos y esbeltos. El joven, en general, transmitía confianza; desde la manera en que hablaba a su gracia al moverse, por mucho que estuvieran en mitad del océano.

Su presencia llamaba la atención, más incluso que su físico. Cuando lo tuvo al lado, Etta sintió como si le hubiera pasado la chaqueta por los hombros y la hubiera envuelto en ella.

—Tiene usted piernas firmes —le comentó al tiempo que miraba hacia el cielo—. Será usted una marinera curtida para cuando lleguemos a puerto.

—No estoy tan segura. —Etta siguió la mirada del joven a lo largo del palo mayor hasta...

¿Qué era aquello, un hombre trabajando en el más alto de los mástiles, justo en la verga de la que colgaba la vela? Antes había visto a los marineros subir y bajar por los cabos como si fueran arañas que comparten una tela, pero ninguno de ellos había llegado tan arriba; tanto que era incapaz de distinguir su rostro. El hombre era como un manchurrón blanquecino recortado contra una manta de estrellas. Se mareaba solo de mirarlo.

—¿Será capaz de bajar? —Nada más hacer la pregunta, se dio cuenta de que estaba agarrándole el brazo al joven y de que, además, estaba haciéndolo con fuerza.

Nicholas se quedó tan quieto como ella. Respiraba despacio. La lana de la chaqueta era áspera y la sensación la acompañó a pesar de haber soltado la prenda.

—No va a pasarle nada. La mayoría de nosotros llevamos trepando por la jarcia desde que éramos niños. El viento va a más, así que Marsden está arriando las velas. De esa manera, reducimos su tamaño y el barco es más estable.

Etta asintió. No podía dejar de jugar con las mangas del vestido. Intentaba que no le frunciera con tanta fuerza. Lo había dicho con tanta naturalidad como le contaría ella a cualquiera que, cuando era pequeña, trepaba a los árboles de Central Park.

Nicholas cruzó los brazos y encaró la brisa con los ojos cerrados.

—Siento muchísimo haber estropeado la cena —comentó ella en voz baja—, pero no siento en absoluto lo que he hecho. Ese hombre está equivocado con lo que dice.

Nicholas chasqueó los labios.

—En cualquier caso, la cena estaba condenada desde que los mozos han empezado a poner la mesa. Pero puede usted estar tranquila; está rodeada de personas muy acostumbradas a la violencia física. Y siempre es de agradecer un esfuerzo como el que ha hecho usted hoy.

—Nunca había abofeteado a nadie —confesó Etta.

—Y ¿qué le ha parecido la experiencia?

—Habría sido más satisfactoria si lo hubiera tirado de la silla, que era lo que creía que iba a conseguir. Si por mí fuera, me habría pasado la noche haciéndolo..., pero me preocupa que mis actos vayan a conllevarle problemas a usted.

Nicholas la miraba de una forma que Etta pensó que era de absoluto asombro. Demasiado tarde, ella se dio cuenta de que una jovencita de aquella época tampoco hubiera dicho algo como aquello.

Se apresuró a intentar corregir el error.

—Ese hombre no hacía más que provocarle. No sé qué habría sido lo siguiente que habría hecho, pero, fuera lo que fuera, me preocupa que, de aquí en adelante, vaya a seguir intentando cargar contra usted.

—Bueno, desde luego, contra usted no va a ir. —El tono de voz de Nicholas era seco—. Al menos, si valora su pellejo..., porque para mí sería un placer arrancárselo con el látigo de nueve colas.

La violencia de la que iban cargadas sus palabras era una promesa.

—¿Está seguro de que no puede... abandonarlo en alguna isla remota con una botella de ron? —Lo preguntaba solo medio en broma—. ¿Obligarle a caminar por la tabla hasta que caiga a las fauces de un tiburón?

—¿Abandonarlo en una isla? ¿Hacer que camine por la tabla?

Etta se quedó sorprendida cuando el joven se echó a reír. Aquella risa era como música para sus oídos.

—Señorita Spencer, yo diría que tiene usted corazón de pirata. No sabe cuánto me gustaría que el capitán Hall se hubiera quedado, aunque solo hubiera sido para que le contara alguna de sus historias durante la cena.

—Qué pena. —Se alegraba de que, por fin, hubiera desaparecido parte de la tensión—. Y ¿no sabe usted ninguna buena?

—La narración no se me da tan bien como a él. Quizá le gustaría escuchar la historia de los piratas que le sacaron el corazón y las tripas a un oficial británico, los cocinaron, empapados en espiritosa, y se los comieron.

Etta abrió la boca de par en par.

—¿Espiritosa? ¿Se refiere a alcohol? ¿Se supone que así sabían mejor?

—No creo que haya muchos ingredientes que mejoren la experiencia, pero supongo que cualquier cosa es posible con el ron y el valor suficientes.

Aquel intercambio iba más allá de la conversación encorsetada y educada de la cena, que más bien parecía una ratonera. Recordó las advertencias de Sophia, pero sentía alivio hablando con alguien que no pretendía quedar por encima de ella o sacarle información. Dejó de agarrar la barandilla con tanta fuerza y se rio.

—¿Cómo lo soporta? —se oyó a sí misma preguntarle.

Nicholas se volvió hacia ella con las cejas enarcadas.

—No sé si estoy seguro de lo que está preguntándome.

—Las reglas...

Cruzó los brazos y dejó que el vaivén del barco la atrapase. En parte, sabía que era peligroso mantener con él una conversación acerca de aquello, pero, por otro lado, aún estaba achispada por el vino y no le importaba lo más mínimo.

—Es que hay tantas, ¿no es así? Reglas acerca de los temas de los que podemos y de los que no podemos hablar. Acerca de dónde podemos hacerlo. Seguro que hasta hay una regla que dice que no deberíamos estar aquí, conversando, sin que haya nadie más.

—Créame, hace tanto tiempo que los piratas hemos dejado de preocuparnos sobre lo que es adecuado y lo que no, que no sé si sabríamos recuperar los modales.

—¡Yo no tengo problemas al respecto! —exclamó aliviada.

Como Sophia se enterase de aquello, lo más probable es que no le permitiera volver a salir del camarote en todo el viaje y que la alimentara con trozos de ternera salada que le pasaría por debajo de la puerta.

Tuvo la sensación de que el interés de Nicholas se acrecentaba.

—Y ¿qué diría su hermana al respecto?

Oh, vaya... Empezó a buscar una explicación. Sentía como si se le estuviera enfriando la garganta a cada segundo que pasaba.

—A mí no me criaron como a Sophia... Yo aún estoy aprendiendo lo que se espera de mí. Y es evidente que no se me da muy bien.

A Etta le pareció que aquel comentario había confundido a Nicholas.

—Que no la criaron como a ella... ¿Se refiere a que...?

¿Cómo podía responder a aquello para que tuviera sentido después de pasarlo por un tamiz del siglo XVIII?

—Esta familia... Ni siquiera sabía que Sophia existiera. De hecho, desconocía la existencia de todos ellos... hasta que vinieron y se me llevaron. Han interrumpido mi vida y, ahora, tengo que jugar de acuerdo a sus reglas y hacer todo lo que me piden sin que les importe lo más mínimo lo que yo quiero o cómo me siento. No es lo que yo he elegido.

Nicholas se giró y apoyó los brazos en la barandilla. Tenía los pensamientos tan reclusos que Etta era incapaz de discernir ni la más mínima pista. El gesto de su cara no delató ningún sentimiento cuando le respondió:

—Así que preferiría usted volver a Nassau que viajar a Nueva York, ¿no es así?

¡Nassau! Era la segunda vez que lo mencionaban, pero no se referían al condado de Nassau del Estado de Nueva York..., sino a las Bahamas.

—¿Es posible? ¿Podría usted llevarme de vuelta?

—No.

La respuesta no dejaba lugar a dudas.

—Que me paguen depende de que la lleve a usted a Nueva York.

Pues claro.

—A menos que tema usted por su vida...

—¿Y si así fuera? —lo interrumpió—. Si de mí dependiera, cogería uno de esos botes y me iría remando a la costa.

—No diga tonterías. —Su cuerpo entero se puso rígido—. Además de que le llevaría varios días llegar a ver tierra siquiera, no sabe usted nada de navegación, ni tendría agua o comida suficiente para mantenerse.

—Así que usted también quiere retenerme aquí contra mi voluntad.

—Escúcheme bien, corazón de pirata, es usted mi pasajera y antes aceptaría la muerte a permitir que nada malo le sucediera.

No sabía cómo responder al fervor de aquellas palabras.

—¿Es esa otra regla? —le preguntó ella.

—Una promesa. Como en algún momento vea que alguno de los Ironwood la pone en peligro, la ayudaré a escapar yo mismo. Ahora bien, como intente escapar usted, le aseguro que la perseguiré hasta los confines de la tierra y que no pararé hasta que dé con usted.

Etta notó que la intensidad de sus palabras la llevaba a sonrojarse. La garganta, las mejillas.

—¿Se arriesgaría a no recibir su pago?

—No diga sandeces, escaparíamos después de que me hubieran pagado. —Sacudió la cabeza, pero Etta notó cierto tono de burla en sus siguiente frase—: No obstante, señorita Spencer, le recomiendo que se rinda.

—¿Acaso los piratas se rinden? Tenía entendido que mueren matando.

—Solo los malos. —Nicholas sonrió de medio lado—. Los demás viven para ver amanecer y acaban firmando un papel que los convierte en corsarios.

Etta esbozó una sonrisita.

—Lo tendré en cuenta.

—Pero tiene usted razón —le dijo el joven mientras se miraba las cicatrices que tenía en el envés de una de las manos—. Respecto a lo de las reglas. Nadie habla de ellas y no tienen explicación.

Al principio, ver que hombres hechos y derechos le seguían el juego le había parecido casi gracioso; era de lo más ridículo escuchar palabras pronunciadas con una educación tan devastadora y un odio tan evidente. En el caso de Wren, no obstante, la situación se había vuelto siniestra de repente, puesto que el hombre había demostrado que se podía hacer mucho daño sin necesidad de salirse de aquel molde de aceptabilidad.

Sophia lo había descrito como un juego, pero no estaba de acuerdo con ella. En aquella primera hora, el flujo ceremonial de las presentaciones, las conversaciones, el hecho de sentarse incluso, la habían llevado a sentirse parte de una pequeña orquesta. En toda partitura de música había reglas estrictas acerca de cómo tocar cada nota, de cómo llevar el ritmo y cien aspectos más que servían para, sumados, representar el sonido y el movimiento de la pieza tal y como su compositor quería. No había espacio para pruebas, para reinterpretaciones. Aquella era la razón de que Etta siempre hubiera querido impregnar sus actuaciones de algún tipo de emoción y apartarse un poco, así, de lo que se esperaba de ella. Por experiencia propia, sabía que los jueces más estrictos buscaban una ejecución perfecta frente a la inspiración, incluso frente a la pasión.

Sin embargo, ambas metáforas del juego y la orquesta tenían sus puntos débiles. Daban por hecho que todos los implicados participaban de buena gana, pero lo cierto era que Etta dudaba de que alguien quisiera realmente participar en aquella locura de sociedad, aparte de aquellos que habían escrito las reglas y se beneficiaban de ellas.

—Elijo existir fuera de ellas siempre que sea posible —comentó Nicholas poco a poco, como si no supiera si quería continuar hablando—. Esto de tener que cenar con

los oficiales arrestados es una de las pocas excepciones. No tengo problemas con mostrar respeto a las personas con las que navego, porque las admiro y las aprecio, pero tiene usted razón, la falsedad es cansina. Y lo que es peor, es deshonesto.

—Tengo la sensación de que uno de los beneficios de estar aquí —dijo Etta mientras señalaba el agua— debería ser la posibilidad de trazar tus propias reglas.

—A decir verdad, en un barco no solo suele haber muchas más reglas de lo normal, sino que tendemos a ser más estrictos a la hora de aplicarlas. Puede que usted haya salvado a Jack de una buena cuando ha hecho lo del cucharón, pero en el camarote todos tenían claro que voy a castigarle por haberse comportado de esa manera con un oficial.

—¿Castigarle? ¡Solo es un niño!

—En alta mar, nadie puede permitirse el lujo de ser «solo un niño» —le contestó Nicholas sin paños calientes—. Es un miembro de la tripulación. Nuestras reglas y jerarquías nos ayudan a sobrevivir, y mantener el orden no solo tiene su lógica, sino que tiene su propósito, hasta en la situación más desesperada. El castigo por romper las reglas es severo, porque no cumplir con tu cometido afecta a todos.

Etta abrió la boca de par en par y se apartó un paso del joven. Antes había hablado de una especie de látigo y pensar en el chasquido que producía al golpear la espalda desnuda del niño, pensar en cómo Jack intentaría aguantar el correctivo con estoicismo delante del resto de la tripulación... ¡y por algo que todos los de la mesa desearían haber hecho!

—Señorita Spencer, solo me refería a que voy a racionarle la comida. No se preocupe. Tiene que aprender disciplina, sí, pero tampoco la ofensa ha sido grave.

Aquellas últimas palabras fueron tan dulces que no se lo esperaba.

—¿Alguna... alguna vez lo castigaron a usted?

Asintió y se frotó el labio inferior con el pulgar. Etta miró la generosa curva hasta que recordó que se suponía que no debería estar mirando, y mucho menos con tanta atención.

«Céntrate. Volver a casa».

La perla estaba fría entre sus dedos mientras giraba arriba y abajo el pendiente izquierdo. Por unos instantes, sintió un extraño cosquilleo en el cuello, como si alguien estuviera fijándose en él, en su hombro. Pero, cuando levantó la vista, no había nadie más alrededor y Nicholas estaba mirando la luna.

—Más o menos cuando tenía su edad, sí. Por aquel entonces tenía muy mal carácter y me tomaba a la tremenda todas las restricciones y los controles de Hall; me exasperaban. Al final, he acabado agradeciéndoselo, dado que me ofreció la oportunidad de formar parte de su tripulación. Prefiero la imparcialidad de esta vida, en la que aprendemos a no preocuparnos por aquello que no tiene importancia, a andar fijándome en lo que se fija, por norma general, la gente de tierra. Aquí, lo que me define por encima de todo es mi trabajo, mis aptitudes, como a Jack. Y, a menos

que te hayan enrolado a la fuerza, los marineros se suben a los barcos por voluntad propia.

Aunque no lo había dicho con claridad, Etta creía que, con lo de «en lo que se fija la gente de tierra», se refería al color de su piel.

—¿De verdad no quería marcharse de Nassau?

Con aquella pregunta, daba la sensación de que Nicholas estuviera sacando sus propias conclusiones.

—No, no quería.

La sutileza de aquel siglo en particular. Etta suspiró y se cogió la trenza por encima del hombro. El viento estaba yendo a más, tal y como le había dicho Nicholas, así que empezaban a salirse más mechones.

—Supongo que la compañía inapropiada con la que viaja no ayuda.

—Compañía... ¡Ja, ja, ja!

Nicholas estaba evitando decir el nombre de Sophia. El joven cerró los ojos unos instantes y, cuando los abrió, a la muchacha le resultó evidente que había tomado una decisión.

—Sophia Ironwood con ganas me arrancaría las extremidades, las picaría y se las echaría a los cerdos. Estoy seguro de que preferiría morir antes que admitir que provenimos del mismo linaje. Y no tenemos nada en común más allá de la aversión mutua que sentimos el uno por el otro.

Aquellas palabras fueron como una bofetada que la ayudó a comprender la situación, como si acabase de salpicarle una ola.

«Provenimos del mismo linaje».

Familia.

Como si...

Etta dio un paso atrás, estudió el perfil del joven y se negó a mirarlo a los ojos.

Pues claro.

«Pues claro...».

¿Por qué no se había dado cuenta antes de esa posibilidad?

«He visto los bordes podridos de su alma».

«Sé que es un cerdo mentiroso».

¿Habría dicho Sophia algo tan feo de alguien que apenas conocía? Y él había mencionado a Cyrus Ironwood, el «abuelo» de Sophia, en varias ocasiones, y no parecía que fueran solo socios. Sophia lo conocía porque Nicholas era uno de ellos.

«Un viajero».

Pero aquí estaba, aprovechando cada racha de viento, cada ola, como si hubiera nacido en un barco. Si había estado navegando desde que era niño, ¿cuándo...?

Atónita, Etta dio otro paso atrás.

—Así que es cierto que Sophia no le ha dicho nada. —El tono del joven era categórico—. Digamos que tampoco me sorprende.

—Usted... —Etta se esforzaba por poner en claro todos sus pensamientos, que estaban hechos añicos—. Usted tampoco iba a decirme nada, ¿no es así? ¿Se hace una idea de cómo estoy pasándolo? ¿No se da cuenta de que, durante la cena, habría estado muchísimo más tranquila de haber sabido que tenía un aliado? Dios..., por eso hacía usted comentarios para arreglar mis desaguizados. No le quedaba otra.

—Por supuesto que la he ayudado —respondió confundido—. Va contra las leyes, y contra el sentido común, permitir que nuestro secreto quede al descubierto. Eso ya debería saberlo.

Y, así, de pronto, se dio cuenta de que su plan jamás funcionaría. Aunque se ganara al resto de la tripulación, no actuarían contra su capitán. No sería capaz de vencer la resistencia de Nicholas con la razón y con el carisma; aunque ni siquiera sabía si tenía carisma. Nicholas no era un mero contratado que orbitara alrededor de la galaxia de la familia Ironwood, sino que era parte de su sistema. Era uno de ellos.

—Su entrenamiento... —empezó a decir él.

—¿Qué entrenamiento? —gritó Etta, perdiendo de nuevo los nervios—. ¡Pero si ni siquiera sabía que pudiera viajar por el tiempo hasta que Sophia me empujó por un... por un pasadizo, o como sea que los llaméis!

—¿Que la empujó? —Se volvió hacia ella con los ojos en llamas—. ¿Quiere hacerme creer que nunca antes había viajado?

—Nunca antes había viajado, ni había oído hablar de los Ironwood, y, lo más probable, es que nunca vuelva a mi hogar. Ni siquiera son de mi familia... ¡porque incluso han matado a alguien muy especial para mí con la única intención de atraparme!

El joven empezó a maldecir por lo bajo y le dio la espalda a la muchacha durante unos instantes.

—¿Ni siquiera sabía que poseía la habilidad? ¡El mareo que le ha producido el viaje ha tenido que ser terrible! Normal que nadie de la tripulación la haya visto, ha debido de estar inconsciente varios días.

«¿El mareo que me ha producido el viaje?».

No, no iba a dejar que la distrajera de lo que quería decirle.

—No actúe como si usted no tuviera nada que ver. Sophia y usted...

—¡No!

Nicholas se acercó a ella y la atrajo hacia sí y, a continuación, retrocedieron unos pasos. Mientras el mundo volvía a tomar forma a su alrededor, la muchacha se dio cuenta de que Wren y el señor Chase habían salido del camarote y avanzaban poco a poco hacia la escotilla de la cubierta inferior.

—No me meta en el mismo saco que a ella. Cyrus Ironwood no decía nada de esto en la carta en la que me hizo el encargo. Di por supuesto que las llamaba a Sophia y a usted para asignarles una nueva misión. No me dedico a los raptos, señorita Spencer.

—Excepto cuando tienen que ver con secuestrar barcos y retener contra su voluntad a la tripulación de los mismos, ¿no?

El joven enarcó las cejas y a punto estuvo de sonreír. Aquello la tranquilizó, aunque solo en parte.

—¿No explicaba nada más ese hombre en su carta? —preguntó ella—. ¿No decía por qué quiere verme?

—No. Mi tarea consistía en interceptar el Ardent y llevarlas a Sophia y a usted a la ciudad de Nueva York el 21 de septiembre, como muy tarde. ¡Dios, la primera vez que viajé, atacé un coche con un paraguas y a punto estuve de orinarme encima de miedo! Así que créame si le aseguro que se lo está tomando usted muy bien.

No se lo imaginaba aterrado.

—Me gustaría que me lo hubiera dicho. Es usted uno de los Ironwood, ¿verdad? Sophia me ha contado algo de que había otras familias, pero...

—Y a mí me gustaría poder decirle que se equivoca. —Frunció los labios—. No obstante, ya no me relaciono con ellos. Esto no es más que un negocio. Ya no viajo y tampoco acepto órdenes de Cyrus Ironwood. Vivo la vida sin prestarle atención a todo eso. Además, en cuanto esta transacción haya terminado, pretendo alejarme de ellos de una vez por todas.

¿Qué se estaba perdiendo? Si el joven odiaba a los Ironwood tanto como se traslucía de sus palabras, ¿por qué accedía a trabajar para ellos? Y, si podía viajar a cualquier lado, a cualquier época, ¿por qué seguía en una que era tan hostil con él?

De acuerdo con lo que le había contado Jack, a Nicholas y al señor Chase los había educado el capitán Hall desde bien pequeños, lo que coincidía con lo que había dicho el joven, lo de que llevaba desde niño en un barco. En ese caso, ¿cuándo se había dedicado a viajar?

«Ya no viajo y tampoco acepto órdenes de Cyrus Ironwood. Vivo la vida sin prestarle atención a todo eso».

Y ¿por qué lo habría dejado?

Etta notaba que Nicholas se estaba retrayendo, que estaba retirándose no solo a su cabeza, sino que, por instinto, había dado un paso hacia el camarote del capitán.

—Y, sabiendo como son, ¿no va a llevarme a casa? ¿Sabe dónde está el pasadizo por el que me ha traído Sophia? ¿Está en Nassau?

—Este barco zarpó de Nassau, así que no sería una mala conclusión, pero... —Negó con la cabeza—. Nunca he tenido un listado de los pasadizos ni de dónde se encuentran. ¿De qué año es usted? Precíselo.

Cuando se lo dijo, para lo único que sirvió fue para que el joven pusiera cara de sorpresa mayúscula.

—Me habían dicho que no había pasadizos que fueran más allá de la Segunda Guerra Mundial. De hecho, es la creencia general. Aunque, claro, soy consciente de que hay muchos pasadizos antiquísimos que aún no están en los mapas y cuyo

destino es desconocido. Puede que el suyo sea uno de ellos. ¿A qué familia pertenece?

—A los Linden. Según Sophia.

Volvió a sorprender a Nicholas.

—¿A los Linden? ¿Está usted segura?

—Supongo que podría haberme mentado, pero me ha hablado de mi madre, de Rose. ¿Le suena su nombre?

El joven dejó salir el aire por la nariz, despacio, una exhalación larga. Era incapaz de mirar a la muchacha.

—En este mundo tan pequeño, ¿quién no ha oído hablar de Rose Linden? Es la única viajera que ha conseguido ir por delante de los Ironwood. Le robó algo al anciano y desapareció sin dejar rastro. Dios mío, ¿qué es usted entonces, un rescate? Si las ha encontrado a ambas, ¿por qué no la ha cogido entonces a ella? ¿Sigue viva?

Etta asintió mientras se aferraba a la información que acababa de darle el joven.

—¿Qué más sabe usted de mi madre? Lo que sea.

—Solo que cuando se fue le partió el corazón a un hombre..., a Augustus Ironwood, hijo y heredero de Cyrus. Se pasó años buscándola. Casi se vuelve loco. —Sacudió la cabeza, y, cuando empezó a hablar de nuevo, en sus palabras había un tono de esperanza—. Si resulta que es usted un cebo, o que Cyrus pretende usarla para amenazar a Rose, partiremos a las primeras de cambio en busca de su pasadizo. Me encargaré de que vuelva usted a su época.

La desilusión se apoderó de ella.

«Sí».

De repente, odiaba aquel condicional. Así que solo pensaba ayudarla *si* y solo *si* estaba en verdadero peligro. Había dejado claro que no iba a dar la vuelta por pena. En primer lugar, ni siquiera sabía adónde llevarla, y, en segundo lugar, le pagaban un buen dinero por aquel trabajo. Tenía que reconocer que, no obstante, y por estúpida y pequeña que se sintiese ahora, había albergado esperanzas. Había creído que la duda del joven significaba algo.

Se le revolvió el estómago.

—Ha dicho usted que han matado a alguien —dijo Nicholas—. ¿A quién?

Las primeras palabras que le vinieron a la cabeza a Etta daban forma a una mentira. No le gustaba mentir, dejarse llevar por la simplicidad de una historia falsa, en vez de quitarse el vendaje y desangrarse en sentimientos y pensamientos tocando el violín. Pero le gustaba la honestidad que había entre ambos, le parecía sólida, real, lo bastante fuerte como para aferrarse a ella, ahora que, a su alrededor, se abría un abismo vertiginoso de mentiras y secretos.

—Ha pasado usted por algo terrible —comentó Nicholas cuando Etta acabó de contarle lo que había sucedido—. Lo siento mucho. ¿Quiere que busque el violín del que ha hablado el señor Goode? Si considera que eso va a reconfortarla.

No le apetecía y negó con la cabeza.

—Todo lo contrario. No puedo... No soporto siquiera la idea de tocar. No hasta que consiga que ella vuelva.

El joven fue a decir algo, pero se quedó callado y sacudió la cabeza.

—¿Qué pasa? —preguntó Etta.

—¿Se refiere a salvar a su profesora? ¿A Alice? ¿Quiere cambiar el pasado?

—Sé lo que parece, pero es inocente. No se merecía que la mataran, y mucho menos por mi culpa.

Nicholas soltó un suspiro largo y cargado de compasión que hizo que a Etta volviera a revolvérsele el estómago. La muchacha dejó de asirse a la barandilla justo en un momento en el que una fuerte racha de viento inclinaba el barco hacia estribor. Las suelas de sus zapatos eran muy blandas, resbaladizas, y notó que, de hecho, se deslizaban y...

Un brazo fuerte y cálido la cogió por la cintura y la ayudó a poner de nuevo los pies en el suelo, la ancló con firmeza a Nicholas. La muchacha apoyó la cara en el hombro de él y se aferró a la espaldilla de la chaqueta. Lo único que oía era su propio aliento, que raspaba el silencio, y lo único que sentía era el fuerte golpeteo de su corazón por debajo de capas y capas de ropa.

Etta dio un paso atrás mientras pensaba en cómo dejar de ser tan consciente de la mano que el chico le había puesto en la parte baja de la espalda. Fue él quien consiguió que lo hiciera.

—Tenga cuidado —comentó Nicholas mientras se miraba los zapatos de cuero negro pulido—, que solo tengo un par.

—¿Aún siguen ustedes aquí?

Etta no tenía claro a quién de ellos le había sorprendido más el sonido de la voz del señor Chase.

—El próximo turno de guardia comienza dentro de poco. Será mejor que lleve de vuelta a la muchacha a su camarote.

El joven se quedó a cierta distancia de ellos, junto al borde de la escotilla, con los brazos cruzados. Estaba muy oscuro como para ver su expresión, pero no se movió hasta que Nicholas, con las manos a la espalda de repente, se alejó de Etta un paso largo.

—Es hora de retirarse, señorita Spencer —le dijo Nicholas—. La acompaño a su camarote.

El joven no le cogió del brazo ni le ofreció la mano, sino que se mantuvo a distancia, con las manos escondidas a la espalda.

De pronto, Etta comprendió cómo debían de haberse sentido los tripulantes del Ardent mientras los llevaban hacia la bodega del barco, sin saber cuándo iban a volver a ver la luz del sol, las estrellas, el cielo o si, de hecho, iban a volver a verlos. Había disfrutado de la conversación porque había sido un momento de libertad. Entre Sophia y la tripulación, ¿volverían a tener un momento para hablar a solas antes de que llegaran a Nueva York?

Por la expresión de Nicholas, debía de estar pensando lo mismo.

—Faltan diez días para llegar a Long Island. Puede que alguno menos si el viento nos acompaña. Me alegro de que hayamos tenido la oportunidad de hablar, pues me temo que, en cuanto se le asiente el estómago, la señorita Ironwood no la va a perder de vista.

Etta hizo una pausa frente a la puerta de su camarote y él la hizo frente a la del suyo.

—¿Puedo preguntarle una cosa? —le soltó ella entre susurros.

Nicholas, a quien una lámpara cercana hacía que le brillaran los ojos, asintió. Etta respiró profundamente, notó el olor a sal y a cera y pensó en qué palabras utilizar.

—Si puede usted viajar a cualquier sitio..., a cualquier tiempo, como quien dice..., ¿por qué se queda aquí, en una época en la que hay personas como Edward Wren, que le tratan tan mal?

—Da usted por supuesto que tengo alternativa. Buenas noches, señorita Spencer. Que descanse.

Acto seguido, se metió en el camarote y cerró la puerta con firmeza.

Siete

Una mañana, al final de una serie de brumosos días grises, a Nicholas lo despertó la luz rosada de la alborada mientras el demonio le martillaba la cabeza por dentro. Maldito ron. Maldito capitán muerto, incapaz de esconder mejor la maldita botella, que había servido para que Nicholas intentara atontar sus nervios.

«Las buenas ideas que se tienen a oscuras es preferible dejarlas a oscuras».

Acompañó el pensamiento de un gruñido.

El grito de «tierra a la vista» lo repetía el vigía mientras el joven se frotaba la cara. Las piernas fueron la última parte del cuerpo en darse cuenta de que era hora de levantarse y le cosquillearon mientras se giraba. Maldijo cuando se golpeó las rodillas contra el borde de la litera.

Se deslizó a lo largo del acolchado del borde hasta que estuvo sentado con la espalda contra la madera y las piernas casi estiradas del todo. De pronto, sonó la campana de reemplazo del barco, lo que marcaba el inicio del turno de mañana. Tragó saliva, porque tenía la garganta y la boca secas, y se quedó mirando el techo, escuchando los pasos y las llamadas de cubierta.

Que hubieran avistado tierra quería decir que su viaje de diez días de vuelta a las colonias había terminado. En cuestión de horas, tendría enfrente al hombre que había intentado destruirle.

Estiró las piernas cuan largas eran y apretó los dientes al notar el viento gélido. Se vistió a toda prisa y apenas había acabado de afeitarse cuando Jack llegó con el café y las gachas. Chase llegó justo cuando el chico se marchaba. Ocupaba toda la puerta con aquellos hombros tan anchos y una nube tormentosa de preocupación.

—Falta una hora para llegar a la bahía de Oyster —comentó nada más cerrar la puerta—. Dime, de una vez por todas, que estás seguro de esta locura.

En vez de llevar a las dos jóvenes al puerto de Nueva York en un mercante británico capturado, Nicholas había quedado con el viejo que las dejaría en tierra en la bahía de Oyster, al otro lado de Long Island Sound, en donde un carruaje los recogería a los tres. Nicholas recordaba lo suficiente de aquel conflicto que estaban viviendo como para saber que para aquel día, el 21 de septiembre, los británicos controlarían tanto el puerto como la ciudad de Nueva York. Wren había tenido razón al respecto: si lo arrestaban como capitán de un navío británico capturado, tanto a él como a su tripulación los juzgarían por piratería y, lo que es peor, por traición.

—Estoy seguro —sentenció mientras se colocaba bien la chaqueta—. ¿Crees que habrá algún problema para que llegues en el Ardent a Nueva Londres sin mí?

—Creo que nos las arreglaremos —respondió Chase secamente—, pero ¿cómo voy a conseguir no llorar sabiendo que te has ido?

Había sido la única condición que le había puesto al viejo: que el Ardent, su carga y su tripulación se mantuvieran alejados de los problemas y fueran directamente a manos de los Lowe, en Connecticut. Cyrus Ironwood, por su parte, había querido que Nicholas escoltase a las muchachas a Manhattan, donde residía temporalmente. Se había negado a reunirse con ellas en Long Island o en Connecticut, donde bien podrían haber evitado a los británicos. Como siempre, las cosas iban a hacerse tal y como querían los Ironwood, y las complicaciones que supusiera llevarle a Sophia y a Etta tendría que solventarlas el propio Nicholas.

Les quedaba menos de un día para llegar a la fecha tope que había puesto Cyrus Ironwood, así que no había tiempo para entorpecimientos; en especial, con un pago tan alto en juego.

—¿Podrías ir a ver si nuestras dos pasajeras están listas para partir? —le pidió Nicholas—. Me gustaría hacer una última inspección tanto al barco como a la tripulación.

—La señorita Spencer lleva casi dos horas levantada —comentó Chase con sorna—. Ha dicho que tenía el presentimiento de que estábamos cerca y que se sentía demasiado nerviosa como para dormir. ¡Que lo ha sentido! Yo diría que ha visto que era la última oportunidad de deshacerse de su hermana, ¡aunque fuera un rato!

Tal y como Nicholas había supuesto, Sophia no había tardado en mejorar y se había pasado todo el viaje aterrizando a su «hermana» con su presencia constante y dominadora. En un momento dado, el joven había dejado de contar las veces que se había encontrado con Etta escondida en la cocina o en los camarotes de proa, jugando a cartas con Jack y los demás mozos. Sophia, sin embargo, no tardaba mucho en dar con ella y, convertida en un torbellino de seda y lino, se la llevaba de vuelta al camarote a toda prisa. En los últimos diez días apenas había conseguido cruzar cuatro palabras con ella. Cada vez que se lo planteaba, le daba un vuelco el estómago y se sentía mal.

Miró la mesa y el violín, junto con el arco, que había dejado sobre una pila de mapas. Había encontrado el instrumento al día siguiente de la fatídica cena, guardado en un armario. Lo había sacado con la esperanza de que la muchacha cambiara de idea y quisiera tocarlo.

Chase se aclaró la garganta.

—Antes de que partas, querido amigo, y si no lo consideras un atrevimiento...

—Si empiezas así, seguro que lo considero un atrevimiento, pero sigue —replicó Nicholas.

—Sé que te has esforzado por encontrar un momento en el que estar a solas con ella... y puede que no debiera haberos interrumpido la primera noche, pero supongo que tienes claro que la muchacha te ha prestado una atención especial...

—Es una criatura encantadora y le interesa la navegación —dijo Nicholas rápidamente—. Nos ha prestado atención especial a todos, incluido a ti.

—No había acabado —le cortó Chase—. No pretendía insinuar que haya sucedido nada inadecuado. Tan solo quería preguntarte si te acuerdas de la esposa del capitán Hall, Anne. ¿Recuerdas lo que él nos dijo de ella?

—Tan solo recuerdo lo que sucedió cuando murió.

Era mentira. Había sido un año muy largo, en el que, día tras día, ambos habían tenido que ir a buscar al capitán de taberna en taberna y en el que no habían pasado ni una sola jornada en un barco. Jamás habría imaginado que un hombre tan grande, fuerte y capaz, que había luchado en mil batallas, podía romperse en tantísimos pedazos cuando su mujer enfermó.

—Mientes —le dijo Chase con un tono para nada ofensivo—. Dijo que jamás volvería a casarse porque no iba a encontrar a otra mujer que encajase tan bien con él. Dijo de ella que eran espíritus afines.

Nicholas se alisó las mangas de la chaqueta, como si estuviera haciendo tiempo para formular su argumento. Anne había sido una de las mujeres más dulces que el mundo iba a ver en la vida. Siempre se había preocupado por ellos dos como si fueran sus propios hijos y jamás había cuestionado que Hall hubiera aparecido con ellos en casa cuando no eran sino gatitos callejeros. La mujer era la perla en medio del arrecife duro y salvaje del capitán.

No podía dejar que su amigo acabase de hablar. No quería imaginar un mundo con esperanza. Para lo único que serviría sería para que, al final, dicho pensamiento, acabara con él.

—No es para mí.

—Yo diría que sí —insistió Chase—, solo que no te das cuenta.

—Lo que pasa es que no tenemos futuro, por mucho que ella estuviera dispuesta. —Sus propias palabras le producían amargura—. ¿Qué pretendes, que me case con ella? Es un enlace prohibido por la ley.

—Nunca antes habías permitido que los prejuicios gobernasen tu vida, ¿por qué ibas a hacerlo ahora, con algo tan importante?

Nicholas no quería desentrañar aquel rompecabezas para llegar a la conclusión que tanto temía. Era mejor mantenerse apartado y no invertir el más mínimo esfuerzo en aquel asunto. Además, Chase estaba dando por hecho muchas cosas como, por ejemplo, los sentimientos de Henrietta.

—De acuerdo, pues, en ese caso, avisaré a los demás de que no vas a reclamarla —respondió Chase con brusquedad.

Nicholas entrecerró los ojos.

—¿Qué demonios quieres decir?

—La mitad de la tripulación besaría por donde pisa y la otra mitad ya le ha propuesto matrimonio, incluido el joven Jack, que le ha pedido a su querida «señorita» que le espere unos años, que siempre la amará.

—¡Será canalla! —Mientras pasaba un dedo por el cuerpo curvado del violín, Nicholas sintió que la irritación se apoderaba de él—. ¿Se han mostrado inapropiados

con ella?

—Ni lo más mínimo. —Chase se echó a reír—. Aunque les gusta lo suficiente como para que estén locos por que se quede.

Razón de más para que Nicholas considerara una bendición que el viaje hubiera terminado.

El resto del tiempo que estuvo en el Ardent pasó rápido como el viento entre los dedos y, mucho antes de lo que le hubiera gustado, Nicholas se descubrió observando las copas de color esmeralda de los árboles que había por toda la costa. Aparecían y desaparecían de la vista debido a una bruma que iba y venía, lo que hacía que tuviera la sensación inquietante de que el pálido y neblinoso aire fuera el aliento de alguien que tenía a la espalda. El aroma a tierra húmeda se mezclaba con el olor del mar y se le colaba hasta lo más profundo de los pulmones.

Etta llevaba un vestido de color azul oscuro, un azul que le recordaba al de la medianoche, a los mares de invierno, y parecía que se lo hubiera puesto para captar su atención, para tentarle. Chase y Nicholas estaban juntos en la cubierta, observando cómo la tripulación iba despidiéndose de ella. Era casi imposible luchar contra la resaca en que se había convertido aquella mujer, pero se obligó a hacerlo, para lo que se centró en su amigo de la infancia.

—Te veré en el puerto dentro de una semana. Asegúrate de que al agente de Lowe y Lowe le queda bien claro que Edward Wren es hostil. Es muy probable que no quiera cooperar en el almirantazgo.

—Entendido. —Chase lo cogió por los hombros y añadió—: Y envía un mensaje si vas a retrasarte.

—No, no me retrasaré —aseguró Nicholas.

La mirada que le dedicó su amigo le dejó claro que no estaba tan seguro.

Los tripulantes bajaron al agua uno de los botes de remos más pequeños del barco. Nicholas habría preferido la estabilidad de un bote más largo, además de la ayuda de alguien más para ponerse a los remos, pero aquel batel les iba de perlas; al fin y al cabo, la orilla no estaba tan lejos como para que fuera a suponerle un esfuerzo bogar hasta ella. Además, llevaban sus pertenencias en unas bolsas hechas con excedente de vela, con lo que no había que sumar el peso de baúles.

En cuanto Nicholas se situó, las muchachas empezaron a descender con cuidado. Sophia lo miraba como si fuera a escupirle en caso de que intentase ayudarla; pero a Etta sí que la sujetó por la cintura mientras bajaba, al tiempo que él mismo mantenía el equilibrio frente al vaivén del bote. No dejó de sentir las manos de la muchacha en los hombros hasta después de sentarse y coger los remos.

El joven miró hacia atrás para despedirse de la tripulación justo en el momento en que Chase se agachaba y le susurraba algo en el oído a Jack.

Al chiquillo se le iluminó la cara, se subió a la barandilla de un salto y gritó:

—¡Eh, señorita, un beso!

Henrietta se echó a reír y le lanzó un beso. Nicholas miró a su amigo, que estaba carcajeándose, y empezó a remar. Sentía como una quemazón en los músculos de los brazos mientras tiraba de los remos e iba adquiriendo el ritmo. No dijo nada en todo el camino, ni siquiera cuando Sophia le gruñó: «¿Es que no puedes ir más rápido?».

La bruma empezó a despejarse a medida que el sol iba ascendiendo. Los pájaros trinaban mientras sobrevolaban el agua, y, dado que el aire seguía siendo fresco, Nicholas no se sintió mal en absoluto cuando el sudor empezó a mojarle la camisa. Sophia había cerrado los ojos y tamborileaba con los dedos, impaciente, en el petate en el que transportaba sus pertenencias. Etta miraba algo que quedaba por encima de los hombros de Nicholas. El joven estiró el cuello y siguió la mirada de la muchacha hacia la oscura primera fila de árboles de la playa.

Nicholas le había leído al señor Flicht la descripción que Cyrus Ironwood había hecho del punto de desembarco y, juntos, se habían esforzado por reconocerlo en las cartas y mapas costeros. Aun así, no estuvo seguro de que había hecho un buen trabajo hasta que Etta dijo:

—Creo que veo una luz.

Casi de inmediato, el joven también la vio. Se trataba de una linterna que emitía un resplandor tenue en la penumbra en la que aún estaba sumida la playa rocosa. Nicholas levantó los remos y dejó que la corriente hiciera el resto del trabajo hasta que los bajos del bote tocaron la arena. Saltó de la embarcación, salpicó aquel agua tan fría y tiró del batel hasta la orilla.

Antes de que a Nicholas le diera tiempo de tenderle la mano para ayudarla a mantener el equilibrio, de avisarle de esa sensación de vacío que se apodera de las piernas cuando vuelven a posarse en tierra, Sophia bajó de un salto y se cayó de bruces a la arena.

Fue la buena educación, el legado de la santa Anne Hall, lo que hizo que el joven alargara la mano para ayudar a Sophia a levantarse. La expresión de la chica, la vergüenza dibujada en su rostro, hizo que volviera a parecer la muchachita que era y no la avispa que se emperraba en ser. Por un instante, le pareció ver qué era lo que le había llamado la atención a Julian en su día.

Pero, entonces, se dio cuenta de que la Ironwood acababa de recordar quién era él.

Lo que había hecho.

La muchacha puso una cara más seria que el pedernal y clavó los dedos en la arena como si estuviera a punto de lanzarle un puñado a la cara. Se puso de pie sin ayuda.

Etta, en cambio, apoyó una mano en el hombro de Nicholas para sujetarse mientras bajaba del bote. Juntos, observaron cómo Sophia avanzaba a trompicones hacia el carruaje que los esperaba.

El joven estuvo a punto de decirle que, en aquella época, la propiedad y el decoro habían dispuesto demasiadas reglas acerca de cómo debían tocarse dos personas. Pero cabía la posibilidad de que no fuera el momento. Todavía no.

—Por si no lo sabía usted, Sophia está hoy de mejor humor —le susurró Etta—. Esta mañana solo me ha tirado la mitad de las cosas del baúl cuando he ido a despertarla.

—Ah, el encanto de los Ironwood. Seguro que luego le ha pedido que lo recoja.

—A decir verdad, le he echado el agua de la jofaina por encima para que se relajase. —El gesto de Etta se ensombreció cuando vieron que el carruaje se movía de uno a otro lado por la fuerza con la que Sophia se había subido a él—. Pero debería haberle tirado el orinal.

A Nicholas le sorprendió tantísimo el comentario que no pudo evitar soltar una risotada.

—Gracias por demostrar tal capacidad de control —le dijo Nicholas mientras intentaba parar de reír—. Le deseo que tenga un recibimiento mejor por parte de Cyrus Ironwood. Ahora bien, se lo advierto..., si huele el miedo en usted, sentirá un deseo irreprimible de hacerla pedazos.

Etta cuadró los hombros y empezó a caminar colina arriba mientras le respondía, esbozando una media sonrisa:

—No tiene de qué preocuparse, porque yo estaré con usted.

«Ay, si con eso fuera suficiente...».

Nicholas cerró los ojos y respiró una última vez aquel aire salado.

Nueva York

1776

Ocho

El humo los recibió kilómetros antes de que llegaran al transbordador de Brooklyn.

—¿Qué es eso, una batalla? —le preguntó Etta a Nicholas.

Daba la sensación de que el joven estuviera tan perplejo como ella. Nicholas se asomó por la ventanilla para mirar las volutas negras que ascendían hacia el cielo y que empezaban a oscurecerlo.

—La pregunta bien podría haber sido tu entrada en escena —le soltó Etta a Sophia—. Cuando tengas a bien explicarnos qué es esa situación aterradora que está teniendo lugar a lo lejos, nos lo cuentas.

Sophia se miró las uñas.

—Que nos ocultes información nos pone a todos en peligro —le recordó Nicholas—. No puedo protegeros si no sé qué nos espera allí delante.

La chica puso las manos en el regazo con cara de exasperación.

—De acuerdo. Es un incendio. Lleva activo desde esta mañana. El gran incendio de Nueva York. Si prestaseis atención a vuestro entrenamiento, lo sabríais.

—Si hubiera recibido algún entrenamiento aparte de que me explicarais qué hacer para que no me matasen, me dijerais que no podía compartir nuestro secreto y me explicarais cómo le gustaba a Julian que le atasen la corbata, quizá no tendrías que habérmelo explicado —le espetó Nicholas.

En mitad de la batalla campal que acababa de comenzar entre ambos muchachos, Etta parpadeó, intentando recordar si había leído o estudiado algo acerca de aquello.

—¿Qué es lo que se ha incendiado? Para que haya tanto fuego, ha tenido que ser algo enorme.

—Toda la zona oeste de la ciudad —respondió Sophia después de estar un rato en silencio—. Por lo que recuerdo, ha empezado esta mañana del 21 de septiembre. Es probable que ya haya arrasado todo ese barrio.

Etta volvió a plantearse lo raro que tenía que ser para los Ironwood vivir fuera del devenir del tiempo, saber todo lo que había sucedido antes que ellos y casi todo, en cierta medida, de lo que iba a suceder. Seguro que les facilitaba las inversiones, elegir dónde vivir y determinar de qué lado ponerse en beneficio de la familia.

—¿Cómo ha empezado?

—Depende de a quién se lo preguntes. Los británicos piensan que ha sido cosa de uno de los espías de Washington. Que algún mestizo lo habrá iniciado cuando el ejército se ha visto obligado a abandonar la ciudad.

Por lo visto, en aquella época, casi todo estaba hecho de madera, con lo que lo único que se necesitaba para iniciar un gran incendio era una chispa. Etta se frotó la frente mientras miraba a Nicholas. El joven se había soltado el pañuelo del cuello y

se lo había puesto a los hombros. Llevaba varios botones de la camisa desabrochados y se le veía parte del pecho. Su ropa estaba gastada, y arrugada tras varios días de viaje, aunque daba la sensación de que no le importaba lo más mínimo; por mucho que Sophia no parase de sacudirse del vestido el polvo del camino. La chica se había echado perfume, pero Etta se centró en el aroma del joven, que era una mezcla de brisa marina, sol y ron.

Mientras el nerviosismo de Sophia empezaba a manifestarse en la manera en la que abría y cerraba sin parar las manos sobre el regazo, además de que no paraba de mover las piernas por debajo de su falda, parecía que Nicholas se estuviera enclaustrando en su interior. El gesto de preocupación que había visto en su rostro cuando habían llegado a tierra era muy diferente de aquel otro. En el primer caso había visto enfado, exasperación por tener que sufrir a Sophia Ironwood. Ahora, en cambio, se tocaba los labios con el dedo y tenía la mirada centrada en el horizonte, aunque no parecía que estuviera fijándose en nada en particular.

Etta diría que Nicholas podía contar con los dedos de una mano las situaciones y cosas que le ponían nervioso; puede que con un solo dedo. Era capaz de manejar a Sophia y parecía que también estuviera preparado para enfrentarse a Cyrus Ironwood, así que ¿qué era lo que le inquietaba?

En vez de quedarse sentada en silencio, le preguntó al joven:

—¿Ha visto Nueva York antes del incendio?

Era una pregunta idiota, porque sabía que, en efecto, Nicholas había estado antes en Nueva York; que incluso había vivido un tiempo en la ciudad. Se lo había contado Jack durante las charlas en las que intentaba sonsacarle información.

Es fascinante lo pequeño que puedes llegar a sentirte cuando alguien no te devuelve la mirada. Durante unos segundos, Etta estaba convencida de que ni siquiera iba a responder, que iba a seguir mirando por la ventanilla. Entonces, le contestó con parquedad:

—En una ocasión.

—Y ¿qué le pareció? —insistió la muchacha, concentrándose en su irritación para no tener que prestarle atención a la sensación de que quizás el joven la hiriera con su respuesta.

—Sucia.

Etta se quedó sorprendida cuando Sophia comentó:

—Es lo único en lo que estamos de acuerdo. Tiran la basura, los restos de comida, a la calle con la esperanza de que los animales y las alimañas se la coman, y lo que queda acaba en el río. La ciudad apesta a kilómetros de distancia, antes siquiera de que la veas. El humo del incendio mejorará el olor.

Aquella era una de las tres verdades del pasado que Etta había empezado a constatar: a veces, el silencio era sobrecogedor; el ritmo de la vida era lentísimo, y el olor de las personas y los sitios era horrible. De hecho, aún no se había acostumbrado a él.

En un momento dado, se detuvieron y el cochero bajó del pescante para abrirles la puerta; el hombre descendió con tanta energía que movió todo el carruaje. Etta, que bajó la primera, tenía tal dolor de cabeza que le daban ganas de golpeársela contra el suelo para intentar liberar la presión. Detrás de ella, Sophia descendió del vehículo con las piernas temblorosas y se apoyó en los hombros de Etta para no caerse. Nicholas salió el último, con una especie de bolsa pequeña en las manos, parecía el dinero que había que pagarle al cochero, que había ido a atender a los caballos.

Había humo por todos lados y una brisa constante lo arrastraba sobre el río East. Etta lo notaba en la parte de atrás de la garganta. Enterrado por debajo del fortísimo olor a madera quemada, percibía el olor dulzón de la podredumbre y una peste a estiércol caliente; ahora bien, no tenía claro si el olor provenía de la ciudad o de los soldados que había a su alrededor.

La primera vez que había visto las chaquetas encarnadas a lo largo del verde paisaje de Long Island, se había quedado sorprendida. Había reconocido de inmediato a los casacas rojas —a los soldados británicos se los conocía por ese nombre debido al color de su traje—, que entraban en pueblos, patrullaban carreteras y habían detenido y pedido los papeles al cochero en cada uno de los controles.

Más de cerca, se había fijado en los detalles blancos y oro de las solapas, en los brillantes botones del chaleco color blanco marfil. Llevaban tanto los calzones como las medias manchados de polvo y cada uno de ellos tenía una versión diferente de la misma cara de cansancio mientras daban órdenes a unos y a otros en el ataque del transbordador, obligando a la muchedumbre a subir o a bajar de las barcas para alejarse de la ciudad de Nueva York en llamas.

—... prefieren quemarla a que la tomemos, ¿verdad?

—... deliberado. Ha empezado en Broad Way y ha seguido en dirección al Hudson. Desde allí se ha extendido hacia el norte y hacia el oeste y ha arrasado las únicas tabernas decentes...

Etta se giró al notar que dos soldados pasaban junto a ella, ambos con la cabeza gacha. Al verla, le hicieron un educado asentimiento de cabeza, le dedicaron un «buenos días, señorita», y siguieron su camino.

Por la cara de ambos, era evidente que eran jovencísimos. ¿Por qué había dado por hecho que la gente del pasado era, siempre, mayor que ella? Al parecer, a lo largo de la historia, el peso de la guerra había recaído sobre los hombros de los jóvenes.

Después de una dura negociación, el barquero accedió a hacer un último viaje antes de que anocheciera y se fuera a casa. Sophia subió a la barca a toda prisa, casi abriéndose paso a codazos. Etta vio aparecer una mano por el rabillo del ojo; era Nicholas, que se la tendía para ayudarla a subir. Después de la indiferencia anterior, Etta no tenía muchas ganas de darle alas a su caballerosidad, así que decidió mirar el bosque de mástiles y velas que navegaban por el río.

Dado que los edificios de Manhattan eran muy diferentes de los que ella conocía, era imposible saber dónde estaban. En cierto modo, ser incapaz de orientarse en la

ciudad en la que había nacido hacía que sintiese cierta amargura. La distancia desde la punta de la isla, lo que ella conocía como Battery Park, la vista... Cerró los ojos e imaginó el puente de Brooklyn por encima de su cabeza, los cables, los recios arcos de piedra; sin embargo, cuando los abrió, seguía sin haber rascacielos de cristales resplandecientes alzándose hacia el cielo violeta del anochecer. El humo no les quitaba las vistas a los altísimos apartamentos de lujo; de hecho, a simple vista, ninguno de los edificios tenía más de unos pocos pisos.

Dos barqueros los llevaban por el río ayudándose de unos instrumentos parecidos a remos, salpicando y chapoteando, un ruido que nada tenía que ver con el sonido mecánico de los motores de los transbordadores modernos. Había tanto silencio sin el tráfico de las autopistas... Levantó la vista hacia el cielo, esperando ver algún avión.

«Esto no es Nueva York. Esto no es mi hogar. Es imposible que...».

«No llores», se ordenó.

«Ni se te ocurra...».

Solo serviría para atraer más atención indeseada, y bastante mal se sentía ya estando tan desubicada.

Nicholas estaba a su lado, apoyado en la barandilla con esa pose suya característica, con los brazos cruzados y sin expresión alguna en el rostro. No comprendía cómo una persona era capaz de esconder sus pensamientos y sentimientos con tanta ferocidad como él.

—¿Me está hablando usted? —preguntó Etta.

—Nací aquí en 1757. —Nicholas cerró los ojos durante unos instantes, pero Etta vio que algo se movía en ellos—. Al principio, no fue... agradable.

La muchacha esperó a que continuara.

El joven tragó saliva con fuerza.

—El capitán Hall, a quien usted solo vio durante unos minutos..., su esposa y él tenían una casita cerca de un parque. Después de que comprara mi libertad, me fui a vivir con ellos y mi vida mejoró muchísimo.

«Comprara mi libertad».

Etta sintió un pinchazo de dolor, cálido y serrado, seguido de una sensación de confusión.

—Se refiere a... ¿Nació usted entre los Ironwood, pero ellos...?

El enfado le impidió seguir hablando. Nicholas se encogió de hombros.

Se había encogido de hombros.

—No era ni legítimo... ni querido. En los tiempos en los que vivimos, los niños heredan la posición de su madre. Mi madre les pertenecía, por lo que yo también. —La miró—. No supieron que había heredado su... su don... hasta más tarde, cuando ya llevaba un tiempo viviendo con los Hall.

—También se crio usted con el señor Chase, ¿no es así? —Como vio que el joven ponía cara de sorpresa, añadió—: Me contó un poco de su vida hace unos días, mientras paseábamos por cubierta. Me explicó que la señora Hall no le permitió a su

marido que se los llevara a ustedes a la mar hasta que ella no les enseñó a leer y a escribir.

Nicholas sonrió.

—Era una señora inusualmente amable y con un espíritu muy fuerte. Cuando la perdimos, no nos quedó razón alguna para volver aquí, aparte de los negocios ocasionales.

—¿Cómo lo encontró Hall a usted? ¿Por qué los Ironwood...? —Pronunciar aquella palabra, «vendieron», en aquel contexto, le daba ganas de vomitar.

Nicholas bajó la voz.

—Supongo que el don se ha ido haciendo más y más raro en la familia a lo largo de los años.

Etta asintió.

—Hall tenía una relación lejana con los Ironwood. De hecho, los Ironwood lo acogieron cuando mataron a su familia, los Hemlock, y obligaron a los supervivientes a volver al redil. Pero él no es como usted y como yo. Él es lo que denominamos un «guardián». Los guardianes no pueden viajar. Deben permanecer en su época natural. Vigilan las entradas de los pasadizos para asegurar que a los viajeros no les pasa nada y anotan todas las idas y venidas. También hacen otros trabajos para la familia, como proteger sus intereses financieros y las propiedades que tienen en diferentes épocas, o enviar mensajes de un siglo a otro.

La muchacha abrió los ojos de par en par.

—Y ¿cómo se hace eso?

—Si nos preceden, dejan cartas en las diferentes cámaras de la familia, cámaras que van consultando otros guardianes. Si vienen después de esta era, las cartas las trae algún viajero asignado a ello. El propio Hall estuvo encargado de supervisar el transporte y la venta de azúcar desde una de las plantaciones que la familia tiene en el Caribe desde el año 1750 hasta hace bien poco.

Etta se estaba perdiendo algo.

—¿Conoció usted a Hall antes de ir a vivir con él?

Nicholas negó con la cabeza.

—Los Ironwood decidieron vender la antigua casa que la familia tenía en la calle Queen y todas sus demás posesiones. A mi madre la compraron junto con otro de los esclavos de la casa y ella dijo que yo me había escapado. Me dejó escondido en un armario con la esperanza de que consiguiera huir y vivir en libertad. Yo nunca habría accedido de haber sabido lo que de verdad estaba pasando.

Etta iba a preguntarle qué había sido de su madre, pero el joven siguió hablando.

—Hall me encontró cuando vino a inspeccionar la casa, antes de que llegara el comprador. Estaba medio muerto de hambre y sucio como un perro callejero. Mi madre me había dicho que estuviera quieto y en silencio, y en aquella época se me daba mucho mejor acatar órdenes. —Esbozó una sonrisa amarga—. Me llevó con él. Se aseguró de que mi libertad fuera legal. Pasaron muchos años antes de que los

Ironwood volvieran a aquella época y se enteraran de mi existencia. La familia me entrenó durante un tiempo e hice unos cuantos viajes, pero no muchos. No pienso volver a dejar ni el mar ni a mi verdadera familia.

Etta se obligó a no pensar en aquel niño escondido a oscuras durante varios días.

—¿Qué hará cuando haya acabado de hacer negocios con los Ironwood?

Nicholas cambió el peso de pie y se frotó un hombro.

—He de reunirme con el señor Chase y con los demás para acatar mis responsabilidades como capitán conquistador. El capitán Hall estará de vuelta en el puerto antes de que acabe el mes y volveremos a zarpar.

Cómo no, tenía responsabilidades. Aquella era su vida; tan solo se había solapado con la de Etta durante unos días. ¿Por qué le ponía tan nerviosa a la muchacha pensar que se separarían?

—¿Es seguro viajar? ¿Estará usted bien? —le preguntó a Nicholas.

—No se preocupe por mí, señorita Spencer —respondió justo cuando llegaban al otro atracadero del transbordador—, me las arreglaré.

—Puede llamarme Etta —le dijo con una sonrisa—. De hecho, me gustaría que así lo hiciera.

Algo se quebró en la máscara calmada del joven durante apenas un instante. A la muchacha le pareció enfado, pero el instinto le dijo que se trataba de algo peor, de una especie de sorpresa dolorosa, como si lo hubiera empujado al río desde la barcaza.

—Usted...

Nicholas esbozó una ligera sonrisa que transmitía cierto sufrimiento. No podía dejar de mirarlo, y tampoco quería mirar a Sophia, que la estaba llamando, ni las velas, que rompían la oscuridad incipiente. El joven se rio con calma, casi como consternado, con las manos en la cintura.

—Hay ocasiones, señorita Spencer, en las que me derrota por completo.

Antes de que Etta pudiera desentrañar el significado de aquellas palabras, el joven había ido hacia la parte delantera del transbordador para ayudar a los demás a anclarlo. Cuando llegó el momento de desembarcar, solo la esperaba Sophia.

—¿Te estaba molestando? Menos mal que va a irse dentro de poco —pronunció aquellas palabras tan alto que bien podría haberla oído toda la ciudad.

—No, ni muchísimo menos.

Sophia se quedó mirando a Nicholas cuando este pasó por delante de ellas, ignorando a un grupo de mujeres que tenían los ojos brillantes y las mejillas coloradas, que casi se salían de sus vestidos de corte bajo.

—¿Buscas un sitio donde dormir, guapo? —le preguntó una de ellas mientras le seguía—. Espero que el incendio no haya quemado tu casa. Yo tengo un sitio que está de lo más caliente...

—Mi corazón tiene dueña —le respondió Nicholas mientras le quitaba la mano del hombro—. Que pasen una buena noche, señoritas.

«¿Su corazón tiene dueña?».

Etta lo observó por la espalda. Qué cuerpo tan fibroso.

De pronto, Sophia empezó a maldecir porque acababa de pisar una boñiga fresca de caballo. A Etta le revolvió el estómago la mezcla de aquel olor con el humo.

—¡Aaagh, qué mala suerte!

Para cuando Nicholas encontró el carruaje de los Ironwood entre el caos provocado por los que escapaban del incendio, era casi noche cerrada. En palabras de la propia Sophia, iban a pasar la noche en «una tabernucha de mierda» llamada Dove Tavern y que, por lo visto, estaba en lo que Etta conocía como el «distrito financiero». Cyrus Ironwood había puesto suficiente dinero sobre la mesa como para convencer al propietario de que le alquilara durante tres noches las habitaciones del ático, que era donde dormían su familia y él; así, el tabernero y los suyos, además de los sirvientes, tendrían que acostarse en la bodega durante ese tiempo.

—¿Por qué no compra una casa en la ciudad? —le preguntó Etta a Sophia mientras pensaba en el pasado de Nicholas. Desde luego, era evidente que los Ironwood podían permitirse.

—El abuelo está haciendo estudios acerca de las propiedades que hay a la venta. Ha decidido radicarnos en esta época de cara al futuro, así que va a necesitar acomodamientos permanentes. Por ahora, tenemos que quedarnos en Dove Tavern, así que allí es adonde vamos a ir.

—Con lo magnífica que es la vida rústica... —soltó Etta mientras enarcaba una ceja.

Tomaron lo que el cochero había dicho que era la carretera de Old Post. Etta empezó a reconocer los nombres de las calles cuando llegaron a la parte más céntrica de aquella versión de Manhattan —Wall Street, Broad Way—, pero un poco más adelante, cuando dejaron atrás un parque lleno de refugiados del incendio acompañados de sus posesiones, y a quienes los soldados pretendían mantener en formación, la ciudad se convirtió en un entorno rural.

Vacía.

Con sembrados.

Rural.

Etta sacudió la cabeza. No podía creérselo.

—Lo sé —empezó a decir Sophia—, resulta tentador comprar unas cuantas parcelas y mantenerlas durante unos siglos.

En la ciudad —en su ciudad—, acababas acostumbrándote a moverte bajo las sombras de edificios gigantescos durante el día y a no poder ver las estrellas por culpa de la polución; pero, allí, el cielo estaba desnudo, intacto, y era facilísimo ver las miles de lucecitas resplandecientes que la iluminaban. Aparte de alguna que otra casa, algunas pequeñas y otras grandes, no había nada que ver. Oyó el balido de las ovejas y el relincho de los caballos, el suave burbujeo de lo que parecían riachuelos. Echaba de menos el pulso rápido de la vida en su casa, la manera en la que se

calentaba el cemento, el reflejo del sol en los innumerables ventanales de los rascacielos, las multitudes, el zumbido constante del tráfico, las alarmas, los trenes.

«Pronto dejará de ser así».

Por suerte.

La tensión que le atenazaba el estómago empezó a extenderse por las venas como si se tratase de una telaraña; era un nerviosismo demasiado pegajoso como para deshacerse de él por completo. Intentó imaginar qué aspecto tendría aquel «abuelo», lo que pensaría de ella, pero solo contaba con las descripciones de Nicholas y de Sophia. Entre los dos, habían conseguido que lo viera como un monstruo con una espada ensangrentada en la mano, con un corazón de ceniza y hielo, con colmillos y garras.

«Respira. Respira», pensó desesperada.

¿Qué otra cosa iba a hacer? Toda información que consiguiera sonsacarle a aquel hombre la utilizaría para escapar, para descubrir cómo conseguir que Alice no muriera.

Dove Tavern estaba bastante más lejos de lo que había imaginado. Había pasado la mayor parte del viaje intentando orientarse de acuerdo a la posición del río East. Era evidente que estaban en la zona este, cerca del centro, diría ella, puede que en lo que conocía como Lexington, o en la Tercera Avenida.

—¿Qué es eso? —preguntó al tiempo que se inclinaba hacia delante para ver mejor la constelación de pequeñas hogueras que tenían frente a ellos.

Nicholas también se inclinó hacia delante. Su brazo, cálido, tocaba el de ella.

—Hum, si tuviera que hacer una suposición, diría que se trata del parque de Artillería Real.

Y había supuesto bien. Mientras se acercaban, las linternas y hogueras iluminaron la noche, testimonio de que estaban en guerra. Más allá de la impresionante batería de cañones, había líneas de carros, establos y tiendas blancas. Los pocos edificios que había estaban rodeados por los árboles que los soldados no habían usado para las hogueras.

Dove Tavern estaba justo enfrente del campamento, junto a la carretera de tierra. Las velas que tenía encendidas en las ventanas le daban cierta calidez a su fachada de madera y a Etta le pareció más una casa colonial que una taberna. Era un edificio de dos pisos, tres con el ático, y que daba la impresión de que estuviera inclinado hacia la derecha. Alguien había intentado darle cierto encanto pintando las contraventanas de rojo. Sobre la calle colgaba un cartel de madera que se balanceaba. A oscuras, el pájaro que había tallado en él se parecía más a un cuervo que a una paloma.

—Acompáñame —le dijo Sophia en cuanto el cochero la ayudó a bajar del carruaje.

Etta siguió a la muchacha, atrapada entre las espinas de la expectación y las de la inquietud. Su corazón latía tan desbocado, con tanta intensidad, que, cada vez que este bombeaba, la muchacha sentía un pinchazo. La propia emoción que le provocaba

verse inmersa en el meollo de aquella historia secreta que estaba a punto de desvelarse la mareaba y la revolvía por dentro más aún que pensar en para qué la querían los Ironwood.

«Ya está».

Podría ir a casa.

«Ya está».

Encontrar la manera de salvar a Alice.

«Ya está».

Necesitaba respirar.

Nicholas entró al lado de ella, mirando las ventanas de la taberna. Estaba oscuro, pero la luz de las lámparas se reflejaba en su piel y le daba un aspecto cálido. Etta miró a toda prisa hacia otro lado. Era consciente de que el joven sabía interpretar su nerviosismo con tanta facilidad como interpretaba ella el de él, y no quería que la considerase débil y poco preparada.

—La única manera de escapar es a través de ellos —le dijo él.

Etta asintió y puso los hombros rectos.

El alboroto de la taberna escapó a la calle como un acorde enmarañado, cuando un cliente, un soldado que solo había sido capaz de ponerse una manga de la casaca, salió trastabillando. Se dio unos golpecitos en la peluca y se giró —a punto estuvo de caerse— para mirar primero a Sophia y a Henrietta después.

—Hola, muchachas... —empezó a decir con suavidad.

Etta dio un paso atrás y se topó con algo sólido y cálido. Nicholas le había puesto las manos alrededor de los codos y le ayudó a subir hasta el último peldaño de la escalinata que ascendía a la puerta de entrada, a dejar atrás al soldado.

—Buenas noches, señor —le dijo Nicholas con firmeza.

Cuando el joven abrió la puerta, por ella escapó el aire denso que había atrapado dentro.

—No mire a nadie.

El rugido de las conversaciones era tal que Etta apenas le oyó. Aunque hacía unos minutos que había sido medianoche, la taberna estaba llena de soldados y hombres corrientes, unos sentados alrededor de las mesas y otros tambaleándose de estas a la barra y de la barra a estas. La muchacha tomó aire. Un aire que sabía a la cera de las velas, que no paraban de gotear, a sudor rancio y a los fuertes matices de la cerveza.

Se le enganchó el vestido con algo, lo que hizo que se tropezara y cayera de nuevo en los brazos de Nicholas. Se agachó para desenganchar el vestido, pero pegó un salto cuando su mano tocó una piel cálida y húmeda. Nicholas expiró con fuerza y se inclinó para apartar la mano rechoncha. Daba la sensación de que el soldado al que pertenecía aquella mano estaba sudando todo el alcohol que había tomado. Tenía la camisa empapada a la altura de los sobacos y por la espalda.

—Siga caminando —le murmuró Nicholas.

Etta intentó darse la vuelta y dejar frío al soldado con una mirada, pero Nicholas se la llevó hacia las escaleras que había al fondo de la sala.

—¡Podía encargarme de la situación!

—Lo sé —respondió el joven respirando muy cerca de ella—. El favor se lo he hecho a él, pero si quiere sangre, le dejaré una cicatriz cuando me marche.

Las palabras fueron como una bofetada. Etta se dio la vuelta con tanta rapidez cuando ya estaba en el primero de los escalones que Nicholas tuvo que sujetarla. La fuerza y la calidez de sus manos traspasaban el vestido, el corpiño, pero la muchacha casi no lo notaba. Por fin estaban mirándose a los ojos.

Nicholas enarcó una ceja. ¿A qué venía aquello?

—¿Se marcha usted esta noche?

—¿A Connecticut? No, hasta por la mañana no, pero tengo que encontrar una posada.

—¿No puede quedarse aquí?

Nicholas tenía una expresión relajada, y Etta habría jurado que estaba agarrándola con más fuerza.

—No, señorita Spencer, no puedo.

—Vamos, Etta, que al abuelo no le gusta que le hagan esperar —le dijo Sophia.

Etta ni se movió. Despacio, Nicholas le preguntó:

—¿De verdad piensa que iba a irme sin despedirme de usted? Aunque no pueda hacer mucho más, le doy mi palabra de que la sacaré de aquí si está usted en peligro.

—¿Me lo promete?

—Se lo prometo.

Las escaleras crujióron bajo su peso. Eran tan estrechas que la muchacha se sintió tentada de subirlas de costado. Detrás de ella, Nicholas tuvo que agacharse para no darse con la cabeza en el techo.

Etta miró el segundo piso mientras pasaban e intentó atisbar por las rendijas de las puertas que estaban medio abiertas. Debían de ser habitaciones privadas. Arriba había menos hombres, soldados todos ellos, y tenían el uniforme en mejores condiciones que los de abajo.

Atendiendo a la descripción de Sophia, había esperado un sitio lúgubre y sucio, lleno de ratones. No obstante, estaba todo ordenado, aunque había poco espacio y resultaba un tanto deprimente.

El tercer piso era aún más sencillo. Había tres puertas. Sophia se arregló el pelo, el vestido después y fue hacia la que estaba más a la izquierda, una que vigilaba un hombre con un rifle. Nicholas lo estudió de arriba abajo.

Antes de que la chica llamara, una voz cantarina dijo desde dentro:

—Adelante.

Sophia, Etta y Nicholas hicieron caso a la voz. La habitación estaba tan vacía como el pasillo, solo que hacía mucho calor debido a que la chimenea estaba encendida. Aparte de una cama con dosel y de la mesita de noche, un baúl y un orinal

de porcelana, no había más elementos que una silla con cabecera. Una silla con cabecera que estaba frente al fuego y en la que había un hombre sentado.

Un hombre que no se puso de pie cuando entraron, que se limitó a absorberlos con la mirada. Etta notó que Sophia tragaba saliva con dificultad. El hombre levantó la mano derecha y la chica se dio tanta prisa en acercarse a besarle el anillo de oro que tenía en ella que se tropezó y casi se cae.

—Hola, abuelo. Tiene usted buen aspecto.

—Y tú hueles a culo de caballo.

Etta soltó una carcajada y el hombre la miró de golpe y sofocó el sonido con solo inclinar, ligeramente, la cabeza a un lado.

Tenía la cara redonda, igual que Sophia, y sus rasgos eran claros a pesar de la edad. Sus ojos eran de color azul hielo y sobre ellos caían unos párpados que parecían capuchas. Las comisuras de los labios las tenía inclinadas hacia abajo, lo que le daba aspecto de apatía, como si apenas soportase que estuvieran allí. Se puso bien la bata de seda azul damasquinada que llevaba por encima de una camisa y unos pantalones.

La mirada del anciano había dejado fría a Etta.

—Ya puedes marcharte —le dijo a Sophia.

La chica pegó un salto, como si la hubieran empujado hacia la puerta.

—Pero...

—¿Me cuestionas? —preguntó el abuelo con aire tranquilo.

Sophia se calló de inmediato, pero miró a Nicholas.

—Él va a quedarse. —El anciano hizo un gesto impaciente con la mano—. ¡Por Dios, hija, que voy a morirme de viejo antes de que llegues a la puerta!

Etta se fijó en que la chica respiraba profundamente y que se marchaba caminando con gracia, momento en que entendió una cosa de ella: Sophia siempre quería quedarse, pero siempre le decían que se marchara.

—Acércate a la luz —le ordenó a Etta el hombre cuando Sophia cerró la puerta y dejó en el suelo el libro que había estado leyendo.

Nicholas seguía quieto, con las manos a la espalda, cerradas. Cuando Etta se adelantó, también se adelantó él, y permaneció un paso por detrás de ella.

—Soy Etta —comentó la muchacha con la intención de llenar el silencio en que había quedado la estancia.

Cuanto más tiempo pasaba sin que el hombre dijera nada, más ganas tenía de dar media vuelta y salir corriendo. En todas sus experiencias de miedo escénico, jamás la había embargado un miedo como el de aquel momento. Debido al calor de la chimenea y a las horas de viaje, empezó a sentir una presión por debajo de los pulmones.

¿Por qué se quedaba allí de pie? ¿Por qué no le gritaba, por qué no le decía lo que pensaba de él, de la manera en la que la había llevado allí? ¿Por qué no le pedía explicaciones? Etta debería estar en su casa, pero no, estaba allí, donde él quería..., y él no hacía más que mirarla, como si fuera una gárgola. Aquel era el hombre que

había tenido esclavizados a Nicholas y a su madre, la persona que consideraba que estaba bien sacrificar la libertad de otras personas para «representar un papel» e «integrarse».

—Llegas tarde, Samuel.

Puede que solo fuera un juego de luces, pero Etta hubiera jurado que Nicholas se había quedado de piedra.

—Me llamo Nicholas, cosa que sabe hace años. Y, por otro lado, no sé cómo ha llegado usted a esa conclusión.

—Quería que me la trajeras para el 21, pero ya han transcurrido diez minutos de la primera hora del 22. Lo tendré en cuenta al darte tu paga.

A Etta empezó a hervirle la sangre.

—¡Eso es...! —exclamó la chica.

—El hombre que me lleva los negocios está abajo. Seguro que te acuerdas de él. No te preocupes, que él te conoce por tu verdadero nombre... Nicholas. Tienes mi palabra. Quizá debieras haber elegido Carlomagno cuando decidiste reinventarte, porque, desde luego, no hay duda de que has entrado aquí como si fueras un emperador.

¿Estaba burlándose de él? ¿Porque había preferido un nombre que le gustaba frente a aquel con el que le habían bautizado? Qué manera tan perversa de recordarle lo que había sido.

«Puede con ello».

Se aferró a la voz de su madre, a las palabras, a lo que significaban. Por lo menos, no iba a dejar que la mirada glacial del anciano la intimidase. Haría que su madre se sintiera orgullosa.

—Dígame por qué me ha traído.

—¿Por qué crees tú que te he traído? —Enarcó una ceja. Era como un león observando a un gato común.

—Creo que su plan es retenerme durante cierto tiempo. Para conseguir que mi madre venga.

Cyrus Ironwood soltó una carcajada.

—¿Ah, sí? Y ¿qué pensarías si te dijera que es todo lo contrario?

Etta lo miró con una mezcla de incredulidad y miedo cuando el hombre sacó una fotografía pequeña y brillante del bolsillo de la bata. Aquel miedo la tenía paralizada y le costó un potosí levantar la mano para cogerla.

En la fotografía aparecía la cara de su madre, oscurecida parcialmente por una mueca. Si hubiera tenido cara de miedo, en vez de parecer que estaba furiosa, una parte de Etta habría creído que habían encontrado a alguien que se hiciera pasar por ella; pero no era el caso. Su madre aún llevaba el vestido que se había puesto para asistir a su recital en el Metropolitano. En la habitación en la que estaba no había luz, pero Etta reconoció la sala de estar de su apartamento. En la foto también aparecía una mano que sujetaba un ejemplar del *New York Times* del día posterior al concierto.

Cerró los ojos. No podía dejar de imaginar la cara de Alice.

No podía dejar de sentir la sangre seca de Alice en sus manos.

—Por su culpa, tienes una deuda con esta familia, con los nuestros. Y vas a hacer todo lo que te diga o me encargará de que tu madre deje de respirar y de que nunca en la vida salgas de esta época dejada de la mano de Dios.

Nueve

El golpe la sacudió y le provocó un fondo de ira en la boca del estómago. Etta se abalanzó contra el anciano, pero Nicholas la cogió por la cintura y tiró de ella con serias dificultades.

—¡Serás cabrón!

—¡Señorita Spencer! —Nicholas se esforzaba al máximo por retenerla—. ¡Etta!

El tono de súplica del chico hizo que la muchacha dejara de hacer esfuerzos por liberarse de sus brazos.

—Pensaba, en realidad, que podías ser una Ironwood, que serías otro de los deslices de Augustus, pero ahora veo que estaba equivocado. No tienes nuestro porte. ¿Quién es tu padre?

—¡Como si fuera a decírtelo!

El hombre hizo un gesto con la mano como diciendo que le daba igual y se acercó al baúl, que estaba junto a la cama.

—Me da lo mismo porque, desde luego, está claro que no eres ni una Ironwood, ni una Jacaranda ni una Hemlock.

Sophia le había contado que, además de los Linden y los Ironwood, había otras dos familias capaces de viajar, pero tanto ella como Nicholas le habían explicado que las otras familias habían desaparecido o que sus miembros se habían visto obligados a entrar a formar parte de los Ironwood.

—Hasta que nos enteramos de tu existencia, tu madre era la última viajera de los Linden.

Cyrus Ironwood encontró lo que estaba buscando en las profundidades del baúl y lo sacó. Se lo tendió a la muchacha y Nicholas la soltó.

Era un pequeño libro encuadernado en cuero que tenía repujadas las iniciales R. C. L. en la cubierta, además de un magnífico árbol dorado. Etta no podía dejar de mirar el árbol, de fijarse en las suaves curvas del tronco, en las ramas que se extendían y que se entrelazaban hasta que desaparecían en la frondosa copa. Las raíces del árbol también estaban trabadas, pues pasaban unas por el camino de las otras.

—No lo reconoces, ¿verdad? —Era evidente que al hombre le divertía la situación—. Ay, pero qué orgullosos estaban de su linaje tu madre y su abuelo, Benjamin Linden. Es el sello de tu familia.

—Cada familia tiene un sello con un árbol —le explicó Nicholas con calma cuando ella lo miró en busca de confirmación.

Luego, el joven hizo un gesto con el mentón hacia el baúl, en cuya tapa había un árbol magnífico, con ramas fuertes. Las más gruesas de ellas empezaban tan abajo

que casi parecía que salieran del suelo.

«Su abuelo».

Su madre le había explicado que la había criado su abuelo. Vaya, ¿así que no toda la historia de su madre era mentira? ¿Solo una sucesión de medias verdades tejidas entre sí?

—El camino de Rose y el mío se cruzaron en la Italia del Renacimiento. Por aquel entonces me pareció una casualidad agradable, dado que su abuelo había muerto hacía poco y la muchacha se sentía sola —siguió explicando el anciano, con una mirada acusadora—. Lo preparé todo para que entrara en nuestra familia, para que se casara con Augustus y para rescatarla de una vida solitaria, pero tu madre desapareció hace diecisiete años y llevamos buscándola desde entonces.

Etta sujetaba el libro con fuerza. En un momento dado, no pudo seguir resistiéndose y lo abrió. Leyó las pulcras anotaciones. Era la letra de su madre. Se sentía como si hubiera abierto una puerta al azar y la hubiera encontrado a ella al otro lado.

El Londres victoriano. La Roma del siglo v. Egipto a principios del siglo xx. Debía de haber listados un centenar de sitios, todos ellos con anotaciones cortas, como: «He visto a la reina mientras el príncipe y ella cabalgaban camino del palacio de Buckingham» o: «El camello casi se come el pelo de Gus. Se lo ha arrancado del cuero cabelludo como si fuera hierba», o: «Dios mío, no quiero volver a ver a un hombre con una tripa tan grande cubierto solo con una toga».

—Los viajeros llevan diarios —le explicó Nicholas en voz baja—. Anotan los momentos y las fechas en los que atraviesan los pasadizos para evitar cruzarse consigo mismos por accidente.

Etta asintió. Tocó el cuero con los dedos. La cabeza le daba vueltas. ¿Qué quería decir eso de «evitar cruzarse consigo mismos por accidente»? ¿Por qué iban a tener que evitarlo?

—Ponte recta, muchacha, por Dios, que te va a salir chepa antes incluso de llegar a la edad adulta.

Pero Etta empezó a pasear.

¿Su madre desapareció? ¿O se escaparía?

Pensar en aquello la rompía por dentro. Su madre había escapado. Había huido de un padre de acogida insoportable. De un padre de acogida que había intentado controlar su vida.

La muchacha se dio la vuelta y estudió al anciano con la cabeza gacha. El clan de los Ironwood había adoptado a los miembros restantes de otras familias. ¿Y si era aquello a lo que se había referido su madre? ¿Y si la habían obligado a convertirse en una Ironwood cuando su abuelo murió?

—Yo también la busqué —comentó Cyrus Ironwood, que se dio la vuelta.

El anciano cogió un saquito de cuero del suelo, buscó algo en su interior y, por fin, sacó un pedazo de pergamino que le tendió a la muchacha. Etta lo cogió y lo

desdobló con cuidado. La letra no le resultaba familiar.

2 de enero de nuestro año 1099

Gus:

Estoy a punto de enviarte el informe a mi padre y, sí, recibiré el castigo de buena gana, pero he estado pensando mucho si debería o no contarte esto. Siempre has afrontado la situación con valentía, pero soy consciente de que ha sido una terrible fuente de dolor para ti a lo largo de los años. Estoy seguro de que saberlo es mejor que pasar el resto de la vida con la duda. Eso es en lo que he estado pensando estos últimos días.

A principios de semana encontré un pasadizo cerca de Nassau y he de reconocer que estaba asqueado y aburrido de que me hubieran traído de vuelta a 1776. ¿Por qué tengo que seguir yo las interminables pistas cuando es él quien tiene esa maldita obsesión? Así que me acerqué al pasadizo y me adentré en él. Puedes imaginarte mi sorpresa cuando resultó que me llevó más allá de 1946, a lo que parecía una especie de museo. No voy a ponerme a explicarte la forma tan vulgar en la que se comportaba la gente a mi alrededor, pero sí que te diré que, al consultar un periódico, resulta que vi que me encontraba en el Manhattan de 2015.

Sí, lo has leído bien. Había muchísima gente por todas partes y la cantidad de edificios que se han construido en la isla es sorprendente. Seguro que pronto lo verás con tus propios ojos.

No sé si vas a odiarme por lo que voy a contarte, puesto que soy consciente de que sigue atormentándote aquella vez que viste a Rose en París. Resulta que, leyendo los periódicos con la intención de hacerme una idea de lo que está pasando en el mundo en esta época —y porque me servirá para dorarle la píldora al viejo—, en uno de los artículos vi una fotografía que me dejó de piedra porque, sin lugar a dudas, en ella aparecía nuestra Rose.

Pero resulta que no era ella, sino que se trataba de una muchacha llamada Henrietta Spencer, una virtuosa del violín, y el artículo hablaba de un concurso que había ganado en Rusia. Me lo leí de cabo a rabo y, no te lo vas a creer, en un momento dado decía que su madre se llamaba Rose Spencer.

La tecnología de esta época es fascinante, pero no tengo espacio aquí para hablarte de ella. Un bibliotecario de la biblioteca pública me ha ayudado a buscar más información en algo llamado ¿InterWeb quizá? No, era InterNet. En cualquier caso, ha sido sencillo seguir por mi cuenta y he sentido que tenía que dejarte esto en la madriguera. La

primera noticia que he conseguido encontrar de ellas es un informe policial del 5 de octubre de 1998 en el que se habla de una tal Rose Spencer y de su hija de tres meses a las que habían detenido por no sé qué hurto en una especie de grandes almacenes. Rose decía que era nueva en la ciudad y que estaba intentando ponerse en contacto con un amigo.

Hermano, espero no haberte incomodado. Sé que has construido una nueva vida con Amelia y con Julian y que estás satisfecho, pero también espero que esto te ayude a olvidarte del tema y que sirva para que tu cabeza descanse. Por lo que parece, tanto Rose como su hija están bien y, a pesar del dolor que ella le ha causado a esta familia, me alegro de que hayan conseguido establecerse.

VIRGIL

—Virgil era mi otro hijo. Murió poco después de enviar esta carta. —El anciano le arrebató el pergamino—. Augustus murió un año después, en el siglo XVII, cuando su barco se hundió.

Nicholas miró al hombre y, con voz seca, le dijo:

—Ya es suficiente. Dígale lo que quiere de ella.

Cyrus Ironwood se inclinó hacia delante y le dedicó al joven una larga mirada.

—No pude servirme de Rose, por lo que mi tarea ha de continuar con la señorita Henrietta Linden.

—Spencer —lo corrigió ella.

—Linden —soltó casi con un bramido—, y no sabes lo poco que me gusta. Quiero que me devuelvas lo que me robó tu madre.

Aquellas palabras hicieron que se olvidara de las duras palabras que había pensado dedicarle.

—¿Cómo dice?

—No te hagas la sorda, que no tengo paciencia para jueguecitos. Me has oído muy bien. Si sigues negándote a cooperar, seguiré con la búsqueda por mi cuenta y a ti te dejaré aquí. Estoy seguro de que te has fijado en las mujeres que había junto al muelle del transbordador cuando veníais de camino.

—Se atreve a sugerir que... —gruñó Nicholas.

—No estoy sugiriendo nada, Samuel, lo que quiero decir está muy claro. Ese será su único recurso para sobrevivir. Sin habilidades o conocimientos de esta época, sin un protector, ¿qué otra cosa iba a hacer?

Así que, ¿o le servía o se prostituía?

—Sé dónde está el pasadizo. —Chica dura—. Solo tengo que volver a Nassau...

—Destruiría el pasadizo antes de dejarte volver por él, niña, así que piénsatelo dos veces antes de hablarme con esa inquina. Vamos a jugar a un juego, ¿quieres? Cierra los ojos e imagina que consigues dar esquinazo a todos mis secuaces y escapas

de esta isla, ¿con qué fondos te financiarías? ¿Qué amigos te ayudarían? —El tono de voz de Cyrus Ironwood era como el de una persona que habla con un niño—. Además, ¿qué iba a impedir que volviéramos a por ti?

«Nicholas me ayudará».

Etta se arriesgó a mirar al joven, pues sentía que el aire que los rodeaba a ambos vibraba con una furia tremenda.

—¿O qué impediría que matáramos a tu madre?

La muchacha apoyó el peso en los talones. La sensación de derrota la embargó en forma de náusea. Cuando por fin habló, sus palabras fueron lo bastante hirientes como para que Nicholas tomara la decisión de acercarse a ella. Etta se preguntaba si le preocuparía tener que sujetarla de nuevo para que no le arañara la cara al anciano.

—Ya has matado a una persona. ¿De verdad eres tan malvado como para matar a otra?

—¿Que he matado a una persona? —preguntó el viejo con cara de sorpresa—. Mis agentes no me han hablado de que hubiera ninguna baja, aunque les había autorizado a usar la fuerza si lo consideraban necesario.

A Etta se la llevaron los demonios.

—¡Era inocente! ¡Era una anciana indefensa!

Cyrus Ironwood se encogió de hombros.

—En ese caso, ya tenía un pie en la tumba. No llores por ella. La mayoría de las personas no llegan tan lejos. Mi hijo, por ejemplo. Mi nieto. Me preocupa más la sangre con la que tiene manchadas las manos tu madre. De acuerdo a las leyes ancestrales de los viajeros, tengo motivos más que justificados para matarte, y acabar así con esta contienda. Alégrate de que haya decidido tomar otro camino.

Etta estaba tan estupefacta, tan bloqueada por la incredulidad, que se quedó sin palabras. Consciente de ello, el anciano siguió hablando como si nada.

—Después de que descubriéramos el pasadizo, envié varios agentes a vuestra sucia y superpoblada ciudad para que investigasen. Cuando quedó claro que Rose había dado a luz a una niña, a una que, además, podía poseer el don, lo preparamos todo para ponerte en disposición de viajar. —Entrelazó las manos a la altura del pecho—. En mi nombre, mis agentes hicieron una donación muy generosa al museo en el que trabaja tu madre. Sugirieron a la dirección del mismo que te invitara a tocar. Como imaginarás, todo es posible cuando se pone sobre la mesa la cantidad suficiente.

Etta frunció los labios y se forzó a permanecer callada. Le daba mucho miedo cruzar esa línea que separa a quienes cooperan de quienes no lo hacen.

—Se me pasó por la cabeza que quizá tu madre no se había dado cuenta de que el pasadizo estaba allí; que no le hubiera prestado atención. O quizá que tú no tuvieras el don. Así que envié a Sophia para ver si tú eras capaz de oír el pasadizo y, en caso afirmativo, para que te trajera a través de él.

«Oírlo».

El hombre sabía que algo había oído. Sin embargo, Etta había estado en el museo muchas veces y aquella noche había sido la primera vez que había oído aquella llamada atronadora.

—Qué descuidada ha sido Rose al no explicártelo.

Parecía que el anciano le leyera el pensamiento.

—Nuestros ancestros, los que crearon los pasadizos hace un millar de años, eran de sangre más pura que nosotros. Para sobrevivir, nos vimos obligados a... mezclar nuestra línea con la de personas corrientes. Así, la capacidad natural de ver y oír los pasadizos ha desaparecido. Ahora, debemos confiar en la resonancia.

Cyrus Ironwood sacó una armónica de un saquito de terciopelo que llevaba en el bolsillo y se la acercó a los labios y, a continuación, tocó con mucha fuerza tres notas seguidas.

Antes de que el anciano apartase el instrumento de sus labios, Etta notó el estremecimiento, oyó el alarido distante. Se alejó del hombre por instinto y adelantó una mano como queriendo coger algo, lo que fuera, hasta que se topó con la repisa de la chimenea. El ruido resonaba en su cabeza como los latidos de un segundo corazón.

—Los pasadizos resuenan en sol mayor —le explicó el hombre.

Etta se frotó la frente con la intención de soltar el nudo de dolor que tenía en las sienes. Era como si el sonido estuviera atrapado en su cabeza y como si fuera un fuego descontrolado. El «Largo» de la *Sonata número 3...*, la que habían elegido para ella..., tenía aquellas notas: sol, si y re, a los pocos segundos de que empezara la pieza.

Había abierto el pasadizo con su violín y este la había llamado.

—Qué curioso. —El anciano cogió un bastón que había apoyado contra el brazo izquierdo de la silla y se ayudó de él para ponerse de pie y, luego, lo usó para dar tres golpes a ritmo en el suelo—. Qué curioso que tu madre no te hablase de nada de esto.

—Qué curioso que huyera de usted —respondió ella con sarcasmo—. ¿Por qué sería?

El hombre lanzó la mano hacia delante y le agarró el mentón de tal manera a la muchacha que esta no podía moverse. La presión, además de la sorpresa, hizo que Etta dejara caer las manos a los lados. Cyrus Ironwood era más alto que ella, aunque, por lo demás, era tan robusto que parecía un bulldog. Su crueldad adquirió una forma muy diferente cuando lo tuvo al lado, de pie. Durante un instante, en que sintió que el fuego casi le quemaba la espalda, la muchacha pensó que iba a empujarla a la chimenea.

—Ya es suficiente —comentó Nicholas mientras se metía entre ambos.

Fue una pequeña protesta, pero sirvió de algo. La llama azul de los ojos del anciano pasó de Etta a Nicholas, y la muchacha sintió que el viejo ya no la agarraba con tanta fuerza. De hecho, dejó resbalar la mano hasta que quedó en el cuello, como un collar, como un nudo corredizo.

—Tu madre llegó a nosotros cuando mi familia estaba buscando un objeto de valor que, en su día, había pertenecido a mis ancestros. Se hizo pasar por una huerfanita apenada, recabó toda la información que necesitaba de nosotros y nos robó el objeto delante de nuestras narices. Décadas de búsqueda desperdiciadas.

«Quiero que tengas claro que jamás he robado».

Su madre le había dicho aquellas palabras hacía bien poco, cuando Etta había bromeado con que los pendientes fueran robados. La mujer se había quedado casi devastada por una acusación que, en realidad, no había sido más que una broma.

«Daba igual lo mal que estuvieran las cosas o cuánto deseara algo».

Nicholas se puso recto y su gesto cambió, se tornó más serio, como si se hubiera dado cuenta de algo.

—Está hablando usted del astrolabio. ¿Está insinuando que Rose Linden fue la viajera que lo robó?

—No insinúo nada, es una certeza, algo que no te contamos porque no pertenecías al círculo. —El hombre resopló con fuerza por la nariz—. A lo largo de los años, me han llegado diferentes informes de épocas y lugares en los que lo ha escondido, pero no han servido de nada más que para propiciar más pérdidas. —Le dio la espalda a la muchacha—. La búsqueda de ese objeto me ha costado dos hijos y un nieto, mis tres herederos.

—En ese caso —murmuró Etta—, quizás hubiera sido mejor que dejara de buscarlo ¡y que no me metiera a mí en esto!

El anciano retiró la mano como si fuera a abofetear a Etta. Nicholas se interpuso entre ellos y, debido a su altura, la muchacha dejó de ver al viejo.

—Ya basta. Tampoco quiera hacernos creer que aún llora por ellos. En más de una ocasión oí como se refería a Julian como «el idiota». No derramó usted ni una sola lágrima cuando murió.

A Etta la asaltó una duda. Si Augustus y Virgil eran hijos de Cyrus Ironwood y Julian su nieto, ¿en qué punto de aquel árbol genealógico encajaba Nicholas?

—¿Rebuscó Sophia entre sus posesiones cuando estuvo en aquella época? —preguntó el joven—. ¿Por qué está seguro de que no está allí?

—Rose es demasiado lista como para tenerlo allí donde vive. Se habrá asegurado de que dar con ella no implique también dar con el astrolabio. Siempre ha sido una criatura malintencionada a pesar de todo lo que he hecho por ella. Aseguraba que les pertenecía a los Linden, pero eso no es verdad.

«En una ocasión intentaron cargarme un robo y aún no he olvidado cómo me sentí. Estuve a punto de perder algo que era de tu bisabuelo».

Etta se obligó a permanecer tan quieta como le era posible porque le daba miedo que pudieran darse cuenta de en qué estaba pensando.

—Uno de mis agentes llevó a cabo una búsqueda minuciosa de su residencia hace unos meses, si es que al sitio en el que viven se le puede llamar siquiera así. Según su descripción, era una caja de zapatos.

—Su agente... —Se quedó pálida primero y, luego, sintió como si su corazón dejara de bombear—. ¿Su agente entró en nuestro apartamento y rebuscó entre nuestras propiedades?

—Y varias cajas de seguridad que fue capaz de encontrar a lo largo y ancho de Manhattan. Volvió con una carta muy peculiar que me ha resultado de gran interés, por lo que lo envié de nuevo junto con otros agentes para que siguieran con la investigación.

«¿Una carta muy peculiar?».

Etta frunció el ceño. ¿A qué se referiría?

El anciano siguió hablando:

—Si era necesario, tenían que ayudar a Sophia a adelantar tu viaje y a evitar que tu madre lo impidiera. —Se tocó el bolsillo en el que había vuelto a guardar la fotografía de su madre—. Están esperando a que les diga qué hacer con ella. ¿Lo entiendes?

Etta se obligó a asentir ligeramente.

—¿Qué tiene de especial ese astrolabio para que no se haya conformado usted con conseguir otro?

Sabía lo que era un astrolabio gracias a los muchos paseos que había dado por el Metropolitano con Alice y con su madre. Era un instrumento más grande que un compás y que se había utilizado en la antigüedad y en el medievo para hacer cálculos astronómicos, astrológicos y topográficos. Incluso para saber qué hora era. La parte más baja, aquella en la que estaban las planchas redondeadas móviles, estaba dividida en las horas del día y en los grados de un arco. En el borde de las planchas estaban marcadas la latitud, la altitud e incluso partes de la esfera celeste.

Sin embargo, aquel astrolabio les servía para algo más.

—Con él se puede examinar un pasadizo e informar a quien va a cruzarlo de cuál es su destino y de la época de la historia a la que va a viajar —explicó Cyrus Ironwood—. Además, indica si el pasadizo es lo bastante estable como para cruzarlo sin que se desplome.

La muchacha miró a Nicholas para que le confirmase la información. Este contemplaba el fuego, que no dejaba de crepitar, y dijo:

—Cuando un viajero muere, se libera... una oleada de energía. El pasadizo más cercano suele sufrir las consecuencias de dicha oleada y, a menudo, se desmorona. Ahora bien, si se desploma mientras viajas por él, te lanza a una época aleatoria... o incluso podrías quedarte atrapado en él para siempre.

Etta sintió un escalofrío.

—Utilizamos cientos de pasadizos, pero hay muchos más que no conocemos o de los que no hemos hecho mapas aún. El número de viajeros va disminuyendo. —Era el hombre quien hablaba—. Cada vez que envío a un viajero por un pasadizo, me arriesgo a que no vuelva: a que aparezca de pronto en mitad de un campo de batalla, a que lo atrapen por sorpresa en un bosque o a que lo detenga la autoridad competente.

¿Alcanzas a entender la importancia de ese astrolabio? Evitaría todo eso. Te lo voy a decir con claridad: cada vez somos menos. Piensa en todos los viajeros que están perdidos en el futuro, que no saben de lo que son capaces o a quién han de servir. Su familia necesita su ayuda y, ya sea por sangre o por conquista, me deben lealtad.

Etta empezó a sentir un cosquilleo en la base de la columna que empezó a ascender por esta hasta llegarle a la cabeza. ¿Por eso era todo aquello? ¿Su madre se había quedado el astrolabio para impedir que otros viajeros acabaran bajo el yugo de los Ironwood?

«Si yo lo encontrara... y si lo devolviera...».

Su madre había querido proteger a los viajeros, pero Etta la conocía y sabía que algo más tenía que haber. Los linajes se podían ocultar, los nombres se podían cambiar, las personas podían ir a otros sitios y, con el tiempo, nadie sería capaz de encontrarlas.

De pronto se le ocurrió:

—¿No cambiaría mi futuro el hecho de que se lo entregara? ¿No lo borraría?

El anciano enarcó las cejas, como si le sorprendiera que supiera siquiera de lo que estaba hablando.

—A tu futuro no le pasará nada. Las inversiones que he hecho a lo largo de los siglos dependen de ello. Tan solo pretendía encontrar a los míos y protegerlos.

—En ese caso, ¿por qué no convence a Rose de que le diga dónde está el astrolabio y deja a un lado a la señorita Spencer? —preguntó Nicholas—. Cambie a la hija por el astrolabio.

—No digas tonterías, chico. Esa mujer preferiría morir antes de decirme dónde está y, entretanto, mentiría y enviaría a miembros de esta familia a verdaderos infiernos terrenales en su busca. No podemos permitirnos tantas pérdidas. Por eso, la señorita Linden es la candidata perfecta para recuperarlo, dado que es como una pizarra en la que aún no se ha escrito. Y, si fallece en el intento, al menos habrá descifrado esto para nosotros.

Del mismo bolsillo de antes sacó una hoja de papel doblada y se la tendió a la muchacha con gran interés.

—Mi agente encontró esto en vuestra casa. Yo diría que hay una manera de leerlo que es... particular... de vuestra familia y que las pistas tienen que ver con los Linden. No he sido capaz más que de desentrañar una de ellas.

La carta, que empezaba con un «Querida Etta, mi dulce estrellita», era un galimatías. Las frases tenían sentido, pero eran meros pensamientos, como: «Hoy los árboles están preciosos», que iba seguido de: «Pregúntate si existen los dioses desconocidos». Ni las frases ni la composición de las mismas tenía ningún sentido o significado.

La muchacha sintió una sacudida cuando, de repente, se dio cuenta de cómo debía leer la carta, dado que su madre llevaba años codificándole misivas y mensajes como

aquel. No había una segunda hoja que poner encima; a veces, a su madre no le daba tiempo de recortar la forma, así que usaba una pista en las primeras líneas.

«Querida Etta, mi dulce estrellita».

Aunque se trataba de un sentimiento bonito, su madre nunca la había llamado de una manera tan tierna. Aquello significaba que, si trazaba una estrella sobre la carta, encontraría el mensaje que había oculto en ella.

«Escribió esto para mí».

Solo para ella.

«Etta puede con ello».

La muchacha siguió mirando el papel hasta que estuvo segura de que no se iba a delatar. Cyrus Ironwood había conseguido extraer una frase con sentido del revoltijo de palabras, pero del resto no había entendido nada. Desconocía que hubiera una clave para que todo aquel sinsentido se volviera comprensible. Trazar una estrella sobre la carta le destacaría las frases relevantes. Era mala suerte que el anciano hubiera conseguido entender una de las frases y, así, conectar la carta con los Linden.

«Mi madre quiere que encuentre el astrolabio».

«No quiere que nadie más lo encuentre».

Era a aquello a lo que se refería con lo de que le había llegado la hora a Etta, ¿no? Su madre no solo sabía que era capaz de viajar, sino que era consciente de que, algún día, viajaría con aquel propósito en concreto y, a entender de la muchacha, también sabía que serían los Ironwood los que la empujarían a ello.

—Como verás, está escrito para ti. La cuarta frase... —En la carta había subrayada una única frase, que ocupaba una sola línea, lo que, con toda probabilidad, quería decir que aquella sería la parte más ancha de la estrella—. «Diles a los tiranos que es a ti a quien le deben lealtad». Esa es la parte que me interesa.

—¿Qué quiere decir? —preguntó la muchacha con gran inocencia.

—Es una canción famosa en esta época acerca de la ejecución de Nathan Hale, un espía estadounidense —le explicó el anciano—. Después de un tiempo, por fin recordé dónde había oído la frase.

Nathan Hale. ¿El Nathan Hale de «tan solo me pesa no tener más que una vida que perder por mi país»? Había sido un espía estadounidense al que los ingleses habían detenido tras las líneas enemigas durante la Revolución y al que habían colgado.

—Preferiría que no le revelara... —empezó a decir Nicholas.

—Es adorable que creas que me importa lo más mínimo lo que tú prefieras. La reconocí, de hecho, porque a Benjamin Linden le encantaba cantarla cuando estaba inmerso en sus pensamientos, tanto que resultaba molesto. Estaba claro que no podía ser una coincidencia, dada su conexión con su propia familia. Ahora bien, imagina mi sorpresa cuando descubrí que en la historia no había quedado reflejado el sitio exacto en el que habían ejecutado al señor Hale. Tuve que venir hasta aquí para descubrirlo por mí mismo y, ¡vaya!, resulta que había un pasadizo desconocido esperándome. Yo

diría que en esa carta hay pistas que llevan de un pasadizo a otro, que dan forma a un rastro que acaba en el sitio y en la época en la que se encuentra el astrolabio.

En otras palabras, que cada pista indicaba la localización del pasadizo que había que seguir para encontrar el astrolabio. Como una conexión de vuelos para llegar a un destino en concreto. Lo único que tenía que hacer era tomar los aviones adecuados.

Mientras pasaba los dedos por el diario de su madre, Etta se vio obligada a tragar saliva para que su expresión siguiera sin revelar nada. El anciano se fijó en lo que hacía y le arrebató el diario, que se puso debajo del brazo.

—Al señor Hale lo ejecutan mañana —comentó Cyrus Ironwood—. Hemos tenido que esperar meses y venir al Manhattan de 1776 para encontrar el sitio exacto, dado que la historia no decía con precisión dónde había ocurrido la ejecución. Como habrás imaginado ya, van a colgarlo al otro lado de la calle, en el parque de Artillería Real.

El pasadizo seguía gimiendo, gritando, pero parecía que el viento se llevara el sonido, por lo que no parecía sino un débil tamborileo.

—¿No va a hacer nada al respecto? —le preguntó Etta—. ¿No va a intentar salvarlo?

Cyrus Ironwood soltó una carcajada.

—¿Interferir? ¿Cambiar la línea temporal? Ni mucho menos. A ese idiota lo han pillado sin uniforme y tras las líneas enemigas. Que vayan a ajusticiarlo es culpa suya.

Qué actitud tan asquerosa.

—Vas a descifrar esta carta antes de que partas en busca del astrolabio. Puede que incluso nos dé tiempo de prepararte con la ropa adecuada y explicarte cómo tienes que comportarte.

Nicholas se envaró y soltó:

—Unas pocas horas de tutelaje no le van a servir de nada.

Aquello hirió el orgullo de la muchacha. ¿Acaso no lo estaba llevando bastante bien, dadas las circunstancias? Y no es que pretendiera ser competitiva, pero si él era capaz de dominar los pormenores de viajar, ella también lo sería.

El joven debió de leer el fuego de su expresión, porque abrió los ojos y comentó:

—Tan solo pretendía...

—No va a pasarle nada —le interrumpió el anciano—. Llevo esperando demasiado tiempo. Estas son mis condiciones: si descifras la carta y las pistas que contiene acerca de dónde están los pasadizos que hay que seguir, por los que hay que viajar, y me traes el astrolabio, dejaré libre a tu madre y podrás volver a casa.

Etta le mantuvo la mirada tanto tiempo como pudo. Estaba muy cansada y hasta pensar empezaba a parecerle demasiado esfuerzo. Estudió la situación tan rápido como pudo.

Cyrus Ironwood jamás le diría dónde estaba el pasadizo por el que volver al Metropolitano en su época si no hacía lo que le decía. Y puede que ni aun así, lo que

significaba que jamás conseguiría salvarle la vida a Alice.

Nicholas no iba a echarle un cable, dado que, técnicamente, su vida no corría peligro.

Su madre le había mentido, le había dado otra forma a la verdad, omitiendo grandes pedazos de muchas vivencias, insertando pequeñas pistas y adivinanzas para que, quizás, algún día, Etta fuera capaz de ponerlo todo en claro, cuando intentase salir adelante. Todo lo cual parecía haber desembocado en aquel momento y... ¿por el mero hecho de mantener un astrolabio en la familia? ¿Para que tuviera otro protector que diera con él y lo escondiera de nuevo para que ningún viajero lo encontrara por casualidad? En ese caso, ¿por qué no la había entrenado? ¿Por qué no la había preparado para aquello, de manera que no fuera tan... tan complicado..., tan imposible...?

No le extrañaba que Alice hubiera considerado que no estaba preparada. Es que no lo estaba. Su madre, en cambio, creía que podía hacerlo..., y Etta no estaba dispuesta a decepcionar a ninguna de las dos mujeres. Cerró los ojos y respiró profundamente por la nariz hasta que se calmó y los latidos de su corazón se convirtieron en truenos constantes en la lejanía.

«Mi casa».

«Alice».

«Mi madre».

Y, dentro de poco, su debut. Todo aquello la esperaba.

¿Existía la manera de reescribir el destino de Alice? ¿De asegurarse de que su madre estaba a salvo, de no darle al viejo lo que quería... pero salvarle la vida a su madre?

—No puede estar planteádoselo —le dijo Nicholas, incrédulo—. Piense, señorita Spencer. No le está pidiendo que lleve a cabo una tarea sencilla.

—¡No recuerdo haberte pedido tu opinión! —rugió Cyrus Ironwood.

—Y ¿qué voy a hacer? —le dijo Etta a Nicholas, aunque era al anciano a quien miraba—. La matará si no le traigo el astrolabio, ¿verdad?

El hombre sonrió.

—Y será un placer. Has de tener en cuenta, además, que no debes volver más tarde del 30 de septiembre. De lo contrario, no hay trato.

¿El 30? Nueve días..., ¡no, ocho!

—¡No hay tiempo suficiente! —grito Nicholas—. Julian y yo pasamos años buscándolo. ¿Qué más da que tarde dieciocho días en vez de ocho? ¿Qué más dan unos pocos días cuando tiene usted el tiempo en las manos?

—Eso es cosa mía. O vuelve para el día 30 o lo perderá todo.

Etta entrelazó las manos y notó cómo la circulación de los dedos iba a menos. Estaba obligada a trabajar para la persona que le había hecho daño a su madre, que había invadido su vida y que había matado a Alice... Se sentía asqueada.

«¿Qué debería hacer?».

La respuesta le llegó de forma cruel y sencilla, como un cuchillo que cortó en dos sus dudas: tenía que encontrar el astrolabio, usarlo para dar con el pasadizo de Nassau e ir en busca de su madre. Y, todo ello, sin que Cyrus Ironwood supiera lo que estaba haciendo en realidad. Su madre y ella podrían salvar a Alice y, después, desaparecer.

«Y ¿qué tipo de vida iba a ser esa?».

Una en la que no destacaría, en la que no tocaría el violín como profesional. Tendría que sacrificar todo aquello por lo que había luchado y vivir escondida. Ahora bien, si con eso conseguía que su madre y Alice estuvieran a salvo, merecería la pena.

—Voy a hacerlo —respondió Etta superando la incomodidad que sentía. Luego, con la esperanza, un tanto irreal, de que Cyrus Ironwood no se olierá su artimaña, añadió—: Me llevará un tiempo descubrir cómo ha codificado mi madre la carta. No va a bastarme con esta noche.

Iba a necesitar menos de dos minutos, pero eso no iba a decírselo.

Nicholas negó con la cabeza al tiempo que decía algo por lo bajo. Se apartó de ella y apoyó un brazo en la repisa de la chimenea.

—¡Estupendo! —comentó el anciano y dio una palmada—. Quédate la copia original y me informarás de los avances por la mañana. Sophia y tú dormiréis en la habitación que hay al lado de esta.

La muchacha no escondió su mueca de desagrado; después de la furia eléctrica y siseante que había visto en el rostro de la chica cuando su abuelo le había dicho que se fuera, sería más seguro dormir en el tejado durante una tormenta de rayos. En cuanto se dio cuenta de que podía marcharse, se volvió hacia la puerta.

—Henrietta, tengo una copia de esa carta —le dijo el anciano justo cuando la muchacha asía la manija—. Te lo digo por si se te pasa por la cabeza destruirla. Y también debes tener en cuenta que no es inteligente ponerme a prueba.

—Lo entiendo.

«Pero no me das miedo».

El alboroto de la taberna le llegó envuelto en una nube de olor a tabaco, a cuero y a perro mojado. Antes de cerrar la puerta, miró una última vez a Nicholas, que estaba de perfil, junto a la chimenea, con aire de abatimiento.

Qué se le iba a hacer. En cuanto la taberna se quedara vacía, en cuanto sus ocupantes se fueran a dormir, seguiría el constante traqueteo del pasadizo hasta dar con su entrada, tal y como había hecho en el Metropolitano. Por primera vez en varios días, volvió a sentir que tenía el control de su vida, que no era una mera pasajera a expensas de otros.

Una mano la cogió del brazo y se dio media vuelta. El hombre que hacía guardia levantó una de sus oscuras cejas. Sophia tiró de la muchacha hacia la puerta del centro. Una vez dentro, la cerró con cuidado y se acercó a la pared que separaba aquel dormitorio del de su abuelo.

Etta sentía que Cyrus Ironwood le había agotado la paciencia y que el cansancio empezaba a hacer que le latieran las sienes mientras miraba en derredor por la

pequeña habitación. ¿Otra vez aquello? Puede que aquel fuera el verdadero castigo del anciano por lo que había hecho su madre: encerrarla una y otra vez en habitaciones diminutas con una Sophia furiosa, cuyas quejas se veía obligada a escuchar sin poder estrangularla. Sentía una frustración muy grande. Apoyó las manos en el respaldo de una silla y se planteó muy en serio estrellarla contra la pared más cercana.

—¿Qué estás haciendo? —le preguntó a su compañera de cuarto, pero Sophia se limitó a levantar la mano para indicarle que se callara y siguió con la oreja pegada a la pared.

—No los oigo, así que lo más probable es que ellos tampoco nos oigan a nosotras. Se sentó en la cama envuelta en un torbellino de telas.

—¿Qué narices tiene, mira que hacerme quedar como una idiota ordenándome que me fuera, ¡después de que haya sido yo quien te ha traído! ¿Cómo se atreve a dejarme fuera?

—¿Dejarte fuera?

—Sí, dejarme fuera —repitió mientras se quitaba las horquillas.

Alguien había llevado un baúl a la habitación, un baúl que estaba hasta arriba de ropa y botellas de cristal. También estaba el cepillo de plata. Sophia empezó a cepillarse el pelo con él con muchísima energía.

El anciano era tan agradable como un gato encerrado. Si Etta hubiera sido Sophia, habría preferido estar lo más lejos posible de él. El hombre había obligado a Sophia a que le sirviera y, como quien dice, le había prohibido viajar a ningún año en el que las mujeres tuvieran derechos de verdad. Etta estaba segura de que la vida de la chica sería mucho mejor si no estuviera bajo el yugo de su «queridísimo abuelo».

—Y ¿para qué querías estar? Si tanto te molestaba que no te haya dicho para qué me quería, ¿no podías haberle argumentado que deberías haberte quedado?

La chica bufó.

—Nadie se enfrenta al abuelo. Y, si no, pregúntaselo a las demás familias. Ellas te dirán qué es lo que pasa cuando ignoras sus deseos.

Etta pensó en aquello, se acercó a la cama y se sentó junto a su compañera. Sophia estaba que echaba humo, resoplando una y otra vez, y Etta era incapaz de distinguir si estaba enfadada o si se sentía humillada.

—Dime, punto por punto, de qué habéis hablado —le exigió.

La muchacha se lo contó, pero no todo. Se dejó en el tintero lo de la carta en clave que le había escrito su madre y que llevaba bien escondida en el vestido para que la otra no la viera.

—¿El astrolabio? ¿Todavía está buscándolo, después de todo lo que ha pasado?

—¿Sabes algo más acerca de él? —Etta usó un tono muy cuidadoso.

Sophia se rio sin ganas.

—Por supuesto que no. ¿Por qué iban a contarme algo al respecto? Vas a tener que preguntárselo a tu amiguito, al señor Carter. Julian y él estuvieron cuatro años

buscándolo.

De nuevo el misterioso Julian.

—Es el nieto de Cyrus, ¿no?

—Está... está muerto. Era el heredero de los Ironwood dado que su padre se había ahogado y su tío se había pegado un tiro en un accidente de caza.

La chica se pasó una mano por su frondoso pelo oscuro. Su cara de muñeca no mostraba expresión alguna.

—Era mi prometido.

«Prometido».

¿Se referiría a que iban a casarse?

A pesar de todo por lo que la había hecho pasar, Etta sintió un arrebatado de pena por la chica. Buscó la manera de enfriar sus emociones de nuevo y de volver a levantar un muro entre ambas.

—Desde que éramos pequeños. Formábamos la pareja ideal. ¿Sabes lo raro que es que los viajeros se emparejen entre sí? Nos prometieron porque soy hija de un primo lejano. Mi padre...

—¿Sí?

La manera en que Sophia se lo estaba contando le hizo pensar que si quería hablar del tema quizá fuera porque jamás había tenido nadie más con quien hacerlo.

—Mi padre no era nadie en esta familia —prosiguió la chica mientras se pasaba los dedos por el pelo—. Un primo lejano del abuelo que se emparejó por cabezonería con una prostituta ignorante que, un buen día, apareció muerta. Nos quedamos solos, él y yo..., y empezó a beber y, a los pocos años, falleció. Solo el abuelo estuvo dispuesto a criarme. Decía que no podía permitir que una viajera de los pies a la cabeza se perdiera por ahí. Las personas solo tienen una sombra, pero yo me siento como si tuviera dos. Mi pasado me sigue, cada día, a cada segundo, y no me lo puedo quitar de encima. Si me hubiera casado con Julian, los demás viajeros habrían dejado de cuchichear. Por fin me habrían respetado.

A lo largo de la historia, casarse había sido la única manera que habían tenido la mayoría de las mujeres tanto de escapar de su pasado como de mejorar su estatus social. No podían trabajar para que su vida mejorara, tal y como hacían los hombres, y vivir por su cuenta. El sistema establecido era muy injusto con ellas; y, en especial, era injusto que Sophia, alguien que debería haber tenido un futuro, acceso a oportunidades, estuviera atrapada en la jaula en la que la había metido su propia familia.

Etta consiguió zafarse de su enfado y se llevó una mano a la frente. Intentó procesar todo lo que había sucedido. Sophia se puso de pie y empezó a desabrocharse el vestido y a soltarse las cuerdas del corsé.

Al cabo de unos instantes, Etta se levantó de la cama para echarle una mano.

—Si estás emparentada con el anciano y sois tan pocos viajeros, ¿por qué no eres tú su heredera?

Sophia puso los ojos en blanco.

—Porque, por lo visto, un bebé que nació hace unos meses y que tiene un parentesco tan lejano con el abuelo que solo comparten una gota de sangre es más digno que yo... por la mera razón de que es varón. El pequeño Marcus Ironwood es el heredero. Por ahora. Tendré que esperar a que crezca para saber si es viajero o guardián. Si es lo segundo..., bueno, quizás el abuelo esté lo bastante desesperado como para replantearse la regla del sexo.

—Es ridículo.

A decir verdad, resultaba aterrador pensar que aquella chica dirigiera la familia, puesto que sus miembros vivirían sujetos a su volubilidad; aunque tampoco podía ser peor que el anciano. Sophia era ambiciosa y Etta seguía pensando que existía la posibilidad de que fuera, al menos en parte, responsable de la muerte de Alice. Ahora bien, no debería impedírsele ser la heredera por el mero hecho de que fuera mujer. Ninguna mujer debería sufrir un rechazo así.

—¿Estás...? —Sophia se mostraba de lo más sorprendida—. ¿Estás de acuerdo? Es por cómo se ha hecho desde siempre, por nada más, pero los primos más viejos renunciaron a la herencia porque se casaron sin atender los deseos del abuelo. Yo soy la única de mi generación que está lo bastante cerca de su linaje como para tener algún derecho y, desde luego, soy la única que es viajera y que ha estado bajo su tutelaje.

—En ese caso, puede que sea la hora del cambio. ¿Puedes defender tu caso?

—A las mujeres no nos dejan ir a las reuniones familiares, así que, ¿cómo voy a hacerlo? ¿Cómo voy a conseguir que el abuelo se fije en mí si no lo ha hecho ya a pesar de haberme tenido delante? —Sacudió la cabeza—. ¿Cómo se enfrenta uno a una montaña? ¿Cómo la mueves si ni siquiera tienes una pala?

—Quizá no tengas por qué moverla —comentó Etta mientras doblaba el vestido encima de la tapa del baúl—. Puede que tengas que ascender por ella.

Sophia estudió a la muchacha y se puso roja por la vehemencia de sus palabras.

—No sé si volverá a haber un candidato tan bueno como Julian. Era... era perfecto.

—Nadie es perfecto. Ni siquiera tú.

La chica resopló, se sentó en la cama y se hizo a un lado para que Etta también cupiera. Después de unos instantes de duda, la muchacha se subió también y se quedó tan en el borde como pudo, pero sin caerse. El colchón era muy raro, como si estuviera relleno de paja; y esta, desde luego, olía. El armazón crujió, pero había otro sonido por debajo, el de las cuerdas que sujetaban el colchón. Se rozaron las unas contra las otras y le recordaron al sonido que hacían los cabos del Ardent cuando los marineros ajustaban las velas. Empezó a pensar en Nicholas y en dónde dormiría.

Sophia se inclinó por encima de ella para apagar la vela de la mesita de noche. La voluta de humo ascendió como una cadena de plata.

—¿Era Augustus el padre de Nicholas? —le preguntó Etta en susurros.

—Sí.

Sophia se dio la vuelta y movió la cama entera. Permaneció callada unos instantes en los que solo se oyó la respiración de las dos jóvenes.

—A decir verdad, no sé mucho del tema. Casi todo son rumores, pero, por lo visto, Augustus estaba perdidamente enamorado de Rose. De tu madre. Todo el mundo lo sabía, igual que sabía que dejó de ser el mismo cuando ella desapareció. Vivía... apesadumbrado.

¿Qué ponía en la carta?

«Pero también espero que esto te ayude a olvidarte del tema y que sirva para que tu cabeza descanse».

—Se pasó años buscándola, por mucho que el abuelo intentara impedirlo. Al final, tuvo que claudicar y dedicarse a darle un heredero al abuelo, así que se casó, que es cuando Julian entró en escena. Sin embargo, Augustus no estaba... satisfecho. Nunca fue fiel. Nunca fue cariñoso. Era una bestia. Tomaba lo que quería... de quien quería. ¿Sabes a qué me refiero?

Lo sabía, sí.

La madre de Nicholas había sido una de las esclavas de la familia y Augustus se había aprovechado de ella, había abusado de ella, y, después, ni siquiera había tenido la decencia de concederle la libertad. Etta estaba tan furiosa que tenía la sensación de que le brotaban cuchillas en vez de dientes. Se sentía como si, en caso de intentarlo, fuera a ser capaz de tirar abajo las paredes de la posada con sus propias manos.

—Julian no era así. En absoluto. Era amable.

—¿Estabas enamorada de él?

Cuando hablaba del joven, había cierta reserva en el tono de voz de Sophia. O la pena era todavía muy grande e intensa, o tampoco había llegado a darse entre ellos un amor de esos que todo lo puede.

—Estaba... satisfecha. No se merecía morir, a diferencia de ese bastardo. Julian murió por culpa de Nicholas, ¿sabes?, y, encima, ese mierda lo admite... Como si eso fuera a exculparlo. No deberían haber tomado aquel sendero del Himalaya, al menos, no en temporada de lluvias. Lo acompañaba para cuidar de él, para ocuparse de sus necesidades, para evitar que sufriera daño alguno, para sacrificar su vida por él si era necesario. Tendría que haberle obligado a dar la vuelta y seguir por una ruta diferente.

Etta se giró para mirar a la chica, pero no se atrevía a hacerle preguntas. Nicholas había dejado de viajar por alguna razón en concreto. Le había dejado caer que estaba atrapado en aquella época y Etta tenía la sensación de que estaba a punto de descubrir por qué.

—¿Qué sucedió?

—Iban camino del monasterio Taktsang Palphug, en busca de algo que les había pedido el abuelo.

«¿El astrolabio?».

Desde luego, Nicholas no se había sorprendido cuando el artefacto había aparecido en la conversación.

—El monasterio está en lo alto de las montañas, construido en el borde del acantilado. Si te crees la historia de esa rata, resulta que empezó a llover con fuerza, Julian se resbaló y se precipitó al vacío. ¿Cómo es posible que estuvieran tan cerca el uno del otro y que no le tendiera la mano?

—Ay, Dios mío... —susurró Etta.

Sophia se volvió hacia la pared, rígida.

—Un hermano murió y el otro vivió. Si me preguntas a mí, te diré que creo que lo hizo a propósito.

Etta abrió la boca de par en par mientras se cogía los brazos a la altura del estómago.

—¿Por qué iba a hacerlo? Julian era su hermanastro. Además, Nicholas es honorable.

—¿De qué sirve el honor cuando la envidia te corroe por dentro? Aunque tienes razón, todo tiene que ver con la sangre que compartían. Si Julian desaparecía de escena, él era el heredero más directo. Desciende de la línea del abuelo.

—No... —susurró Etta al tiempo que cerraba los ojos e imaginaba la situación.

Pensar en aquello afectó a la imagen que tenía del joven. Él era su ancla en aquella época, la única persona en la que podía confiar, con la que podía hablar, que parecía decente. No podía permitir que Sophia le arrebatase también aquello, al menos, hasta que Nicholas le contara su versión.

—No puede ser...

—Y ¿sabes qué es lo peor de todo? Que si se lo hubiera pedido, que si hubiera querido ser candidato, el abuelo lo habría tenido en cuenta, estoy segura. Al fin y al cabo, en esta familia, ser bastardo es mejor que ser mujer.

—Escapa —apremió Etta—. Si de verdad no puedes hacer nada para mejorar tu situación en esta familia, huye de ella. Márchate, como hizo mi madre, y empieza de cero.

Pasó un buen rato antes de que la chica respondiera.

—Si no soy una Ironwood, no soy nadie. Y no tengo nada.

—Eso no es verdad. —A Etta le sorprendía el tono de derrota que había en las palabras de Sophia.

Pero, después, fue el pasadizo el único que siguió hablando, como un murmullo, como un susurro gutural de mentiras que le hablaba de libertad, de descubrimientos, de reclamar lo que era suyo..., pero envuelto en una jaula de falsedades y desilusión.

Diez

Nicholas se quedó embelesado mirando el fuego y su baile de sombras. Había sentido el peso de la mirada de Etta sobre él, pero se había mantenido inmóvil hasta que la puerta se cerró una vez que la muchacha se hubiera ido. Luego, se había quedado escuchando el respirar agitado del anciano mientras este se movía hacia la mesita de noche para encender una vela. Se fijó en el movimiento firme de los dedos mientras acariciaban el marco ovalado y dorado de un pequeño retrato que tantas veces había visto.

El de su primera esposa, Minerva. No la segunda, aquella pobre mujer que le había dado dos hijos y que había muerto durante el parto del tercero. Ni el de Augustus ni el de Virgil, a quienes, desde luego, no pretendía honrar con su memoria; ni siquiera el de Julian, que no solo había hecho todo lo que el anciano le había pedido, sino que lo había hecho a las mil maravillas y sin cuestionar absolutamente nada.

Para Cyrus Ironwood solo existía Minerva, con sus cabellos dorados, sus ojos verdes y esa belleza impresionante. Era una verdadera Helena de Troya. Cuando se casaron, Cyrus estaba en mitad de una conspiración para controlar el destino de los viajeros.

Aunque la había escondido, al final, había sido incapaz de salvarla. Cuando el rival del viejo, Roman Jacaranda, asesinó a la mujer, las cuatro familias se sumieron en una guerra abierta y Cyrus Ironwood perdió todo vestigio de humanidad. Julian le había contado historias de cómo se había vengado el viejo. Eran relatos desgarradores en los que conseguía superar a sus enemigos uno a uno hasta que, al final, se convertía en el gran maestro y gobernaba a todos los descendientes.

Aunque nada de aquello le devolvería a Minerva. Sus rivales habían sido buenos estrategas y habían elegido un año al que no llevaba ningún pasadizo, de manera que el cabeza de los Ironwood no pudiera llegar a tiempo al escondite de su amada e intervenir. Y tampoco podía viajar a los años que llevaban a aquella fecha y esperar, porque se cruzaría consigo mismo. Ni avisar a alguien, aunque fuera a sí mismo, con la antelación suficiente como para no alterar su control futuro de las demás familias.

Nicholas creía que aquello era lo único que hacía falta saber acerca de aquel hombre. Nunca rompería la inviolabilidad de sus reglas y no comprometería su posición o sus riquezas, ni siquiera por la mujer cuyo recuerdo seguía atormentándolo. El corazón de Cyrus Ironwood se había convertido en pedernal, por lo que solo era capaz de sacar chispas. Era aquello lo que le permitía conspirar una y otra vez, y hacer planes —a cada cual más cruento—, como el de secuestrar a una

joven para obligarla a llevar a cabo una búsqueda con la que ellos llevaban décadas y que no era más que una locura infructuosa.

—No puede haberle pedido eso en serio... —Sentía una gran presión en la mandíbula—. Podría morir. Le está pidiendo que corra una serie de riesgos enormes y solo le ha dado su palabra de que la llevará de vuelta a casa.

Etta, la del siglo XXI. Etta, la del futuro lejano e impredecible. Etta, la del corazón de pirata. El astrolabio ya se había cobrado tres vidas, y, ahora, pretendía que la muchacha sacrificara la suya.

El anciano lo miró.

—¿Acaso ha demostrado que no está capacitada para la tarea? Tiene la motivación y la capacidad para entender a qué se enfrenta. No corre el riesgo de cruzarse consigo misma, como les pasa a casi todos los viajeros. No necesito mucho más, aparte de que sea discreta sobre lo de nuestra familia, cosa que es fácil de controlar. No hay más que pedir a los guardias que vigilen sus apariciones y que anoten sus entradas y salidas por los pasadizos.

Etta pensaría que estaba trabajando sola, pero el anciano era como el mítico Argos, con cien ojos por todo el cuerpo. Se preguntaba si sería mejor o peor que Rose hubiera usado pasadizos desconocidos, como el que había junto al parque de Artillería Real. Desde luego, podría viajar sin que los guardianes que había junto a los pasadizos supieran por dónde iba; pero, si en alguna ocasión le sucedía algo, si sufría alguna herida o algo peor, ¿quién la ayudaría?

—Es una misión para su familia...

—Nuestra familia.

El anciano le había pegado tantas veces cuando era pequeño que Nicholas había aprendido a escucharle y a apartarse por completo de su camino. El cabrón, en cambio, jamás le había puesto la mano encima a Augustus, por mucho que fuera un monstruo, por mucho que aterrorizara a todo el mundo con su maldad.

—Julian era lo último que te quedaba... y lo enviaste a la muerte.

Cyrus Ironwood pegó un puñetazo en la mesa y Nicholas se sobresaltó.

—Tú tenías que cuidar de él. A diario recuerdo cuáles fueron las consecuencias de tu fallo.

No lo creía. En cambio, a Nicholas le heló el corazón su propia amargura. A menudo soñaba con lo sucedido, con la última mirada de Julian antes de que se le saliera el guante y cayera al vacío por entre la cortina de lluvia. La explosión de luz, que se reflejaba en la neblina. El estallido del pasadizo cercano mientras absorbía la energía que se liberaba cuando acababa la vida de un viajero. Tenía pesadillas en las que sentía miedo y frío, mientras que Cyrus Ironwood debía de soñar con fuego y sangre.

La última vez que había estado delante de aquel hombre estaba muy débil por culpa del hambre y del cansancio, y se sentía apesadumbrado por la culpa. El viejo le había obligado a permanecer frente a él durante horas contándole lo sucedido. La

muerte de Julian había hecho que el pasadizo que habían tomado para llegar a Bután se desmoronase, lo que había obligado a Nicholas a usar el diario disperso de su hermanastro para encontrar otro pasadizo en aquel mismo año y usarlo, y conectar uno con otro, y con otro, hasta que, por fin, había llegado al año en el que residía el anciano. Había tardado meses y se había quedado sin fuerzas, y, aunque las hubiera tenido, no creía que le hubiera acompañado el coraje necesario para impedir que le pegaran y le insultaran hasta que no podía más que pedir disculpas.

Pero nunca más volvería a quedarse callado.

—La señorita Spencer es mi pasajera. Mi deber es garantizar su seguridad.

—Tu único deber es para conmigo —le recordó Cyrus—. Única y exclusivamente.

—Ya no respondo ante nadie más que ante mí mismo.

Aquel hombre no iba a volver a abusar de él. Puede que las serpientes cambiaran de piel, pero jamás cambiaban de color.

El anciano, con las manos en las rodillas, se quedó mirándolo.

—Cuando oí los rumores que decían que poseías nuestra habilidad..., cuando di contigo y con Hall en los muelles hace ya tantos años..., ¿sabes qué es lo primero que pensé al verte?

El joven se puso rígido.

—Pensé que tenías el porte de los Ironwood. Aunque fueras un palo con las rodillas redondas. Me impresionó lo rápido que accediste a que te entrenara y a trabajar con Julian.

Nicholas se arrepentía mucho de haberse dejado convencer por los cantos de sirena de los Ironwood y por las maravillas de las que le hablaban: aventuras sin fin, una posición social envidiable y...

—Me prometió que me compensaría y que me diría quién había comprado a mi madre. Al final, no ha hecho ni lo uno ni lo otro.

Cuatro años de su vida malgastados. Y, cuando se había exiliado a aquella época, su época natural, como castigo por haber fallado al anciano y por haber permitido que Julian muriera, había recibido un segundo golpe, uno fortísimo. Para cuando había conseguido descubrir qué había sido de su madre, esta había muerto de fiebres, sola entre desconocidos, mientras Julian y él se emborrachaban hasta desmayarse en la Nueva Orleans de 1921, adonde habían llegado siguiendo otra pista inútil acerca del paradero del astrolabio.

La continua llamada del pasadizo llenaba el silencio que se había producido entre el viejo y él. Era como un murmullo grave que se oía por debajo del crepitar y del chisporrotear del fuego.

—Se lo advierto, como intente volver a hacerme lo mismo, es decir, negarme lo que me prometió por traer aquí a las damas..., lo mataré con mis propias manos y no me importará que me cuelguen por ello.

Cyrus Ironwood le lanzó una mirada de aprobación que, no obstante, hizo que al joven le diera un vuelco el estómago.

—Tu trabajo no ha acabado todavía, Samuel.

—Me llamo Nicholas.

Aquel era el nombre que había elegido de pequeño, cuando los Hall le habían dado la oportunidad de llevar una vida que le perteneciera solo a él. El anciano, sin embargo, siempre se había negado a usarlo, incluso cuando había acogido bajo su ala al joven para que ayudara a Julian. San Nicolás, el patrono de los marineros, de los ladrones arrepentidos, de los niños..., de todo lo que era y llegaría a ser él mismo. El nombre hacía que tuviera la sensación no solo de que estaba protegido, sino de que podía proteger.

En cambio, para los Ironwood, como es normal, no era más que otro aspecto en el que les había fallado.

El hombre ladeó la cabeza.

—Hasta el momento, me has satisfecho. Si te parece, estoy dispuesto a subir la oferta.

Aquellas palabras iban acompañadas de un tono que hizo que sintiera cierto interés, hasta que consiguió sacudirse el embrujo.

—Usted y yo hemos acabado, señor Ironwood. Me voy, y abajo saldará nuestras cuentas con su contable.

Y también pretendía encontrar la manera de sacar a Etta de aquella maraña.

—Con esa suma no vas a poder comprarte un barco. No te sorprendas, sé muy bien por qué aceptaste este encargo. Me gusta la forma que tienes de ver la vida. Tu agudeza. Me recuerdas a mí de joven.

Nicholas se sentía como si le hubieran echado por la cabeza un cubo de brea hirviendo.

—Le aseguro que... que usted y yo no tenemos nada en común.

Cyrus Ironwood hizo un gesto con la mano.

—Tienes razón. No puedo enviar sola a la muchacha. Es fácil que le pase algo, que la maten, por mucho que sea digna hija de su madre. Es astuta e ingeniosa. Cuando la he mirado a los ojos, he visto que la mirada me la devolvía Rose Linden. No voy a permitir que me tomen por tonto una segunda vez.

Nicholas se preguntaba si el hombre se habría fijado en la chispa de reconocimiento que había alumbrado los ojos de la muchacha mientras estudiaba la carta. Aunque Etta hubiera accedido a viajar por el tiempo, Nicholas tenía la sensación de que planeaba rebelarse.

—Además del trato original, te concederé el control de mis plantaciones en esta época para que hagas con ellas lo que te plazca. Para que liberes a los esclavos, vendas la tierra o sigas con ellas tal y como están. No tendrás que conformarte con un barco, sino que podrás comprar toda una flota.

Nicholas se quedó de piedra, pero no sabía muy bien por qué. ¿Sentía esperanza o terror?

—¿Por qué iba a hacer usted algo así? Sophia me ha explicado que ha decidido usted quedarse en esta época, que está buscando propiedades que comprar.

Los Ironwood obtenían ganancias de varias épocas, hacían inversiones, eran dueños de empresas muy lucrativas. Sabía que aquellas plantaciones no eran más que una gota de agua en su océano de riqueza, pero se la estaba ofreciendo sin más. Algún tipo de grillete conllevaría.

—Sophia no sabe en qué estoy pensando. Solo me quedaré en esta época hasta que consiga el astrolabio.

A Nicholas le sorprendió que le diera aquella explicación, así que dudó un poco antes de asentir para que el anciano continuara.

—A cambio de lo que acabo de ofrecerte, acompañarás a la muchacha en su búsqueda. Esa chica se parece mucho a su madre. En algún momento intentará fugarse. Quiero que te asegures de que no desvela su condición de viajera, que no toca nada en las líneas temporales y que me trae el astrolabio. Y todo ello sin que la pongas sobre aviso. Si llega a enterarse de nuestro trato, no te daré nada de nada y, además, me aseguraré de que no vuelves a pisar un barco en la vida. Ni en América, ni en Europa ni en las Indias.

Nicholas se dio cuenta de que había empezado a sudar por la espalda e intentó que no se le notase la emoción que sentía. Se veía en el otro lado de esta situación con tantísima claridad y le producía tal interés llegar a tener el poder para liberar a los esclavos de la familia, de que por fin le compensaran por los agravios que había sufrido. Aquella oferta le abría la puerta de casi todo lo que deseaba. El dinero era poder, podría pedir respeto y vengarse de quienes no se lo mostrasen sin más.

Pero no podía dejar de ver la cara de Julian. No podía dejar de sentir la quemazón que le producía pensar en aquel desgraciado momento, que se repetía día tras día en su cabeza. No obstante, el anciano volvía a colocarlo en una posición de sirviente, en una posición en la que podía fallar. Aunque, una vez más, Nicholas le debía algo a alguien que...

La cara de Julian desapareció y la reemplazó la de Etta, pálida por el miedo. La imagen le atravesó el corazón.

Otra vez no. No podría soportarlo.

—Sé, claro está, que no puedes empezar de cero. Vas a tener que ganarte a la muchacha, conseguir que confíe plenamente en ti, de manera que te revele dónde está el astrolabio una vez lo haya descubierto. Si te separas de ella, volverás aquí de inmediato y procederemos como corresponda.

¿Y dejarla sola, perdida, herida o lo que fuera, mientras seguía adelante sin su ayuda? Pensar en ello le hería el orgullo y avivaba sus miedos.

Nicholas había prometido que la protegería, había jurado que la salvaría de los Ironwood si era necesario y, desde luego, estaba claro que, en aquel momento, su

vida corría peligro. Aunque quizá pudiera reconciliar sus anhelos con la promesa que le había hecho.

Mantener a salvo a Etta no solo implicaba que tendría que protegerla de todo mal, sino que también debería evitar que se cruzase con los Ironwood. Una vez encontrasen el maldito instrumento, se aseguraría de que el anciano mantenía su promesa. Nicholas podía llevarla de vuelta al pasadizo de Nassau, estuviera donde estuviera.

¿Qué otra cosa podía hacer? ¿Dejar de lado un futuro que tenía al alcance de la mano por alguien que, con el tiempo, no sería más que un recuerdo? Como quien dice, se había pasado la vida viviendo para los demás, ¿acaso no era hora de que viviese para sí mismo, que se asegurase el futuro?

Se lo debía a sí mismo. Y a Julian le debía acabar lo que habían empezado, para que su muerte no hubiera sido en vano.

«Soy yo quien de verdad tiene una deuda con los Ironwood y no ella».

Les había robado a Julian. Podía darle el artefacto al anciano y, después, no tendría por qué volver a verlo.

Cyrus Ironwood lo miraba con atención.

—Veo que estás indeciso. Si con eso mejoro la oferta, te levantaré el veto de viajar. Tu exilio aquí, en tu época natural, terminará. Serás libre de ir adonde quieras y a la época que quieras.

El joven empezó a recular por instinto, pero se detuvo.

—Mi exilio es el pago de la deuda que contraí con usted por lo que pasó con Julian. No tengo ningún deseo de volver a viajar.

Era la verdad, así que le ponía un poco nervioso que el hombre se lo hubiera ofrecido. Cyrus Ironwood estaba furiosísimo cuando había vuelto, débil, herido y sin Julian, y Nicholas había comprendido aquella furia, había sentido que se la merecía. De hecho, seguía considerándolo así. No por haber dejado al anciano sin su último heredero directo, sino por haber privado al mundo de la única alma decente que había nacido en aquella familia. Con aquello que acababa de ofrecerle ahora se lo perdonaba todo, ¿como si lo sucedido no importara? ¿Como si Julian fuera un don nadie?

Nicholas se había alegrado de que su padre se hubiera ahogado antes de que Cyrus Ironwood diera con él, pero la muerte de Julian le había afectado durante varios años y no podía perdonárselo. Se torturaba con aquellas preguntas: ¿de qué sirve viajar si no puedes cambiar nada? ¿Para qué viajar si no podía salvar a Julian, si no podía advertirle de que no fuera por aquel sendero..., que se apartara de los Ironwood? La sensación de impotencia era devastadora y nunca dejaría de serlo.

Nicholas se había esforzado mucho para recuperar la confianza de Hall y de Chase, dado que los había abandonado a cambio de promesas falsas y revelaciones vacías. Hall había hecho todo lo que estaba en su mano para disuadirle e impedir que

se marchara con los Ironwood, pero Nicholas no le había hecho ningún caso, como si fuera idiota.

—¿Por qué el día 30? ¿Qué importancia tiene esa fecha?

—No es más que una fecha tope. Para que la muchacha no pierda el tiempo.

El anciano todo lo hacía por alguna razón. Había algo importante que le estaba ocultando, porque, en realidad, la moneda de aquel hombre eran los secretos. Nicholas no estaba seguro de si merecía la pena hacer un trato con él para descubrir cuál era el secreto en cuestión.

—Accede, Nicholas. —Cyrus Ironwood le tendió la mano.

¿Tanto le importaba? El joven se dio cuenta de que su futuro, el futuro que tanto había anhelado y por el que tanto había trabajado, descansaba en la palma callosa del viejo. Solo tenía que decir que sí. Estaba a una palabra de conseguir dicho futuro.

Puede que se parecieran mucho más de lo que le había gustado admitir siempre.

—Lo quiero por escrito. Un contrato como es debido.

Al anciano se le iluminó la cara.

—Ya me he encargado de ello. Ahí hay una copia para ti.

El contrato estaba en el baúl, junto con una estilográfica con el que firmarlo. Hacía tanto tiempo que Nicholas no usaba una pluma de aquellas que su peso le resultaba extraño. Se le revolvió el estómago mientras leía las condiciones. Cyrus Ironwood había sabido que sería lo bastante débil como para ceder. ¿Debería haberse resistido más? ¿Habría podido conseguir condiciones mejores? Ahora ya no tenía sentido cuestionárselo.

—Buen chico.

Cyrus se quedó con una de las copias, la dobló en tres y le tendió la mano. Nicholas le dio un apretón breve y firme, pero sintió una quemazón, como si acabase de estrecharle la mano al diablo, que aún la tenía caliente de pasar el día alrededor de los calderos del infierno.

—Partirás mañana con la muchacha, en cuanto haya descifrado la siguiente pista.

Nicholas asintió. Tenía un nudo en la garganta.

«Perdóname, mamá. Es lo que tenía que hacer», y se marchó del dormitorio.

No había hecho aquello para conseguir el apellido Ironwood, para formar parte de una familia que nunca lo había querido. No hacía aquello para volver a ser un viajero o para ver más allá del horizonte de su época natural. Lo hacía por una muchacha que nunca le pertenecería. Lo hacía por su futuro. Por la memoria de Julian.

Controlaría sus propios sentimientos.

Se aseguraría de que el anciano cumplía el trato.

Cerraría aquel capítulo de una vez por todas.

Nicholas caminó.

Durante kilómetros, sin ir a ningún lado en particular. Caminó lo que le parecieron horas, intentando que sus piernas se acostumbraran a la regularidad del terreno. En el abrigo solo llevaba los papeles de su libertad y el dinero que el contable de Cyrus Ironwood le había dado por llevar a Sophia y a Etta a Nueva York. No era tan tonto como para dejar en la taberna ninguna de las dos cosas. La noche empezaba a dar paso a la mañana, el cielo seguía sin nubes, lo que no era habitual, y el mundo iba iluminándose a su alrededor. Cuando sus pensamientos acabaron de tejer una reflexión larga y peligrosa acerca del color de los ojos de Etta en comparación con aquel azul suave del firmamento, se centró en una tarea ingrata: componer de cabeza una carta para Chase. «Querido amigo: tenías razón. Voy a retrasarme». Aquello podía hacer que su amigo se confundiera y le diera muchas vueltas a la cabeza. Pero, si decía: «Voy a aventurarme por el tiempo con la reina de los piratas» lo confundiría aún más y haría que pensara que se había vuelto loco.

«Tengo asuntos nuevos que atender en Nueva York. Llegaré a Nueva Londres a principios de noviembre». Mucho mejor.

Sintió un pinchazo en el corazón al imaginarse a los demás navegando sin él. «Pero dentro de poco navegarás en tu propio barco». ¿Qué pensaría Hall de él cuando se enterara de que de nuevo se había asociado con los Ironwood? El joven no imaginaba mejores socios de negocios que Hall y Chase. Quizá se lo perdonaran cuando vieran los libros de contabilidad de la plantación.

A su paso por campos de cultivo y casas de campo, la carretera ascendía y descendía, y estaba llena de charcos de agua estancada y putrefacta y de deposiciones de animales secadas por el sol. Nadie más la recorría mientras caminaba hacia Dove Tavern y el parque de Artillería Real.

Sabía que tendría lugar un ahorcamiento dentro de unas horas. Los ingleses habrían atrapado a un espía tras las líneas enemigas y aquel era el castigo que iban a darle. Cyrus Ironwood lo había dejado desconcertado, como probaba ese sentimiento de culpa antigua y absurda que le invadía el corazón. Iban a matar a una persona y los Ironwood no iban a hacer nada para impedirlo. Los conocía bien, así que suponía que Cyrus y Sophia incluso asistirían a la ejecución y no considerarían el acontecimiento sino uno más de los sucesos memorables que habían presenciado.

Si no hubiera levantado la vista del barro, se habría perdido la mancha lejana y oscura que cruzaba la carretera en dirección al parque de Artillería Real. Un torbellino de tela color zafiro, un pelo largo y dorado trenzado como una cuerda...

Echó a correr, maldiciendo. Se desvió de la carretera y siguió un rastro de pasos que llevaba hasta unos árboles cercanos y que quedaban detrás de lo que debían de ser los barracones de los oficiales. Olía a animales mojados, a pólvora y a hombre; todo ello indicios de la proximidad del campo militar.

—¡Señorita Spencer! —exclamó no muy alto en mitad del silencio.

Tenía el río delante, una línea resplandeciente de color azul que estaba esperando a que el sol la encendiera del todo. ¿Adónde había ido la muchacha? ¿Le habría

jugado una mala pasada la imaginación?

No. Volvió a encontrar el rastro de pasos. Cyrus Ironwood no se había equivocado, Etta pretendía engañarle, intentando partir antes de que amaneciera, sin habérselo comunicado. No había duda de que la muchacha sabía ya lo que le había escrito su madre en la carta.

Mientras seguía hacia delante, notó un restallido de energía en la piel. Conocía aquella sensación. El pasadizo ya no canturreaba en sus oídos, pero se oía un potente zumbido por debajo del tranquilo canto de los pájaros, un siseo débil que le recordaba a ese momento en el que el resplandor de un relámpago aparece sobre el mar. A esas extrañas lucecitas blanco azuladas que bailotean a veces alrededor de los mástiles y las velas.

La entrada del pasadizo estaba justo donde se encontraban el río y la tierra, muy cerca de él, en forma de pared resplandeciente. Aún se veían ondas en ella, como si alguien acabara de atravesarla.

—Idiota... —suspiró mientras se frotaba la frente, como si aquello fuera a conseguir que se deshiciera del miedo.

Durante un momento, se sintió perdido, no sabía cómo actuar. No tenía tiempo de regresar a la taberna a por el resto de sus posesiones. La muchacha podría escaparse por completo, o, lo que era peor, resultar herida o asesinada en el tiempo que le llevara volver para contarle al anciano lo que acababa de pasar.

Sacudió la cabeza. Cyrus Ironwood le había dado instrucciones explícitas: que se ganara la confianza de la muchacha y que volviera con el astrolabio costase lo que costase. Ambas cosas le parecían posibles, siempre que las hiciera cuanto antes. Puede que Etta dudase de sus motivaciones cuando él necesitaba que ella confiase plenamente en él, pero... En cualquier caso, Nicholas no podía saber qué castigo les infligiría el anciano a su madre y a ella porque la muchacha se hubiera marchado así.

En cambio, él había firmado el contrato de Cyrus Ironwood y tenía muy claro cuál sería su castigo si no lo cumplía. El joven iba a tener que confiar en que el hombre le creyera cuando volvieran y le contara lo que había pasado, puesto que, cuando se despertara, dentro de unas horas, lo único que sabría a ciencia cierta era que Etta y Nicholas habían desaparecido. En cualquier caso, al hombre lo único que le importaba era que le llevara el astrolabio. Julian siempre repetía una frase: «Es mejor pedir perdón que permiso».

Seguía pensando en su hermanastro cuando tomó una bocanada profunda de aire y empezó a andar hacia la entrada con gran cautela. ¿Hacía cuánto que no sentía cómo un pasadizo le abrazaba la piel, los huesos y lo dejaba sin aliento? Más de un año. El tiempo suficiente como para que sintiera la necesidad de tomar esa profunda bocanada de aire.

«Vamos, Nick, que tenemos que viajar», oyó la voz de Julian en una ráfaga de viento que se levantó por detrás de él.

Respiró una vez más en su mundo y pasó a través del pasadizo, rindiéndose a la presión de la devastadora oscuridad del tiempo cuando este empezó a plegarse a su alrededor.

Londres

1940

Once

A Etta la envolvió una sinfonía de cristales rotos. Había oído cómo empezaban a romperse un segundo antes de que notara que las esquiras le rajaban la piel. El dolor le cortó la respiración e hizo que el mundo se volviera arena. Justo cuando estaba convencida de que había conseguido mantener el equilibrio, las imágenes y sensaciones volvieron a convertirse en un vacío. Le latía el cuerpo entero mientras luchaba por no caer inconsciente. La presión provocada por el pasadizo no se redujo ni un poco, ni siquiera cuando vomitó.

Después de aquello, entendía que no hubiera sido capaz de recordar lo que había pasado con Sophia, cómo había viajado hasta el barco después de llegar por el pasadizo.

«No... no te desmayes».

Se aferró a aquella frase para obligarse a mantener los ojos abiertos. Estaba atrapada entre una especie de vigas quemadas y lo que parecía el marco de una ventana cuyo cristal había saltado en pedazos.

De hecho, se encontraba dentro del marco de esta última, como si se tratase de una muñeca que habían dejado caer desde lo alto en una cuna de juguete. Cambió de posición con cuidado, girando sobre sí misma, hasta que sus pies tocaron el suelo. Tenía el vestido roto; la manga derecha se le había descosido del hombro. De pronto, las rodillas dejaron de sostenerla y el mundo se volvió oscuro una vez más. Hacía mucho frío, tanto que sintió que se congelaba, y su mejilla se golpeó con el cemento y dejó de sentir.

La calidez fue lo primero que notó, la suave presión del roce. Cuando se despertó, sintió las piernas y la espalda doloridas, aunque el mayor dolor lo tenía en el lado derecho de la cara. El aire olía a humo —de un incendio—, pero también... A través de las pestañas vio una cabeza oscura inclinada sobre ella, limpiándole la suciedad y la sangre de la mano derecha. Nicholas tenía mala cara, como si algo le afligiera, pero se empleaba a fondo y a Etta se le hizo un nudo en la garganta cuando el joven se llevó la mano en cuestión a la boca como si fuera a besarla y notó la calidez de su aliento en la piel. Sin embargo, Nicholas sacudió la cabeza y se limitó a poner la mano con cuidado sobre el estómago de ella. A pesar del dolor que notaba en su interior y del zumbido constante del pasadizo cercano, Etta no podía evitar sentir el pinchazo de los remordimientos.

Entonces lo recordó.

Atemorizada, intentó mover las piernas, cambiar de posición para conseguir que la sujetaran. Si Nicholas estaba allí significaba que... no había conseguido escapar. Cyrus Ironwood sabría que había intentado traicionarle... y su madre...

«Va a matarla».

No debería haberse ido. Debería haber tenido más cuidado. ¿Para qué iba a servir aquello si resultaba que Cyrus Ironwood podía matar a su madre mientras ella estaba a siglos y continentes de distancia y era incapaz de defenderla?

«Tenía que arriesgarme. Tenía que sacarle ventaja».

Pero cuando cerró los ojos, su cabeza empezó a imaginar..., a ver a su madre, que le devolvía la mirada con ojos carentes de vida.

A ver, lo que había hecho era lo mejor. Marcharse, aunque fuera sin permiso del anciano, tenía que ser más seguro para su madre que quedarse esperando y que, al final, se le agotara el tiempo. Notaba como si el aire hiciera tictac a su alrededor, como si fuera una cuenta atrás.

—Señorita Spencer —era la voz de Nicholas, que sonaba fuerte junto a su oído—, ¿me oye?

Etta se obligó a abrir los ojos y lo primero que vio fueron los restos de un tejado y el cielo azul que se veía a través de él. No sabía muy bien qué decir.

—¿Hola?

El joven puso cara de alivio y, acto seguido, su gesto pasó a mostrar una gran irritación.

—¿Se da cuenta de que podría haber muerto? ¿En qué diablos estaba pensando? ¿O es que no estaba pensando?

Etta también se mostró enfadada:

—Me... ¡métase en sus asuntos!

«Tengo que moverme... Tengo que encontrarlo... Tengo que llegar adonde está mamá...».

Pero sus piernas seguían sin responderle.

—¡Tendría que estrangularla por haber hecho esto! Aparte de la mano y la mejilla, ¿le duele alguna otra parte del cuerpo? He limpiado sus cortes lo mejor que he podido...

La muchacha negó con la cabeza. Aparte de la mano y la mejilla, estaba bien. Casi.

—Estoy mareada.

Nicholas tomó una profunda bocanada de aire.

—Se trata del mareo que produce viajar. A medida que vaya cruzando pasadizos dejará de padecerlo. Por ahora, me temo que va a tener que aguantarse.

—P-pues es horrible...

Etta intentó apoyarse en el suelo para incorporarse y, al menos, estar sentada. Aparte del enfado que irradiaba, parecía que Nicholas estuviera fresco como una lechuga.

Rechazó la mano del joven cuando este intentó ayudarla y se arrastró entre el polvo y los escombros hasta que su espalda se topó con una pared. Nicholas puso cara de indiferencia, y, de pronto, Etta se sintió muy culpable. De hecho, y si es que era posible, se sentía peor que antes.

—Estaba intentando escapar. —Nicholas solo constataba lo que era obvio—. Ha sido una tontería. ¿De verdad cree que la mano de los Ironwood se limita al siglo XVIII? ¡Por lo menos, debería haber pensado en su madre! Como el viejo vea que se enfrenta a él con tal vehemencia, ¡la matará!

—Le he dejado una nota a... a Sophia, en la que pone que tenía que marcharme cuanto antes debido a la fecha límite. —Etta sacudió la cabeza. La había escrito a la luz de la luna y había esperado a que el hombre que montaba guardia frente a las puertas del ático se quedara dormido para poder salir—. No puedo quedarme sin tiempo. —«Además de que no quiero que los Ironwood me sigan»—. No lo entiende...

La muchacha tenía claro que corría un riesgo, que estaba confiando en que el anciano no castigase a su madre por haberse marchado sin permiso con la intención de, tal y como había escrito en la nota, «cumplir con el plazo». Aunque era un pensamiento muy infantil. Etta tenía la sensación de que Cyrus Ironwood disponía de formas de saber por dónde andaba. Necesitaba ventaja para aclimatarse y evitar que la siguieran e informaran de inmediato de sus movimientos; es decir, de los pasadizos que tomaba. Por desgracia, no había tenido en cuenta el mareo que producía viajar.

Ni a Nicholas.

—Explíquemelo. —Su voz era dura pero calmada—. Explíqueme por qué ha arriesgado la vida de su madre, por qué ha arriesgado la suya... al marcharse sin suministros ni entrenamiento. ¡No me había parecido usted tan tonta!

Etta apretó los dientes y miró al joven sin pestañear. Tenía el brazo lleno de cortes pequeños que sangraban, pero lo levantó de todas maneras para buscar la bolsa llena de cosas que había tomado «prestadas» del baúl que había en el dormitorio que compartía con Sophia.

Tenía la impresión de que estaban en una especie de vestíbulo de dimensiones desproporcionadas; solo que quizá «vestíbulo» no era la palabra adecuada. El techo abovedado tenía claraboyas, que estaban rotas, y de él colgaban lámparas muy grandes. Había tiendas a su alrededor. Vio sillas tiradas, zapatos que habían salido disparados de algún escaparate. Daba la sensación de que alguien hubiera abierto de par en par todas y cada una de las ventanas de la segunda planta, situadas sobre las entradas doradas y negras de cada uno de los comercios.

—Allí —dijo Etta mientras señalaba una bolsa de cuero que no estaba muy lejos—. N-no he venido a la aventura.

¿Qué había pasado en aquel lugar? Parecía que hubiera estallado una bomba. Parecía que todo estuviera mojado, como si acabaran de extinguir un gran incendio.

«¿Dónde estoy?».

El pánico empezó a apoderarse de ella. Oyó voces a lo lejos, un acento británico entrecortado, aunque a una distancia que no podía descifrar lo que oían.

Nicholas miró en la bolsa.

—Un par de tijeras, una armónica con las iniciales de Sophia, un espejito, unas pocas monedas de oro, la carta de su madre, un...

Etta sonrió con suficiencia.

—... Un sostén, una manzana y un revólver.

El joven cerró la bolsa. No es que Sophia tuviera un sujetador de verdad, pero aquello que Etta había encontrado en el baúl se parecía mucho.

—¿Qué más iba a necesitar? —le preguntó ella con tono inocente.

—¿Agua? ¿Mapas? ¿Una lista con los pasadizos que conocemos? ¿Ropa apropiada para la época a la que viaja? ¿Munición para el revólver? ¿Sabe siquiera cómo dispararlo?

La había pillado.

—Como intente hacerme volver...

—¿Qué va a hacerme, señorita Spencer? —Nicholas se agachó frente a ella—. ¿Va a mirarme mal?

La muchacha cogió un pedazo de cristal y lo sostuvo frente a ella. A Nicholas se le cambió la cara. Se le oscurecieron los ojos y miró el arma improvisada y, después, a la muchacha. Etta se negaba a rendirse a la mirada del joven y se la devolvió con un aire tan desafiante como pudo, a pesar de tener la mejilla derecha hinchada hasta el doble de su tamaño.

Fue él quien primero abandonó la lucha de miradas y su gesto se relajó. Se sentó en un cascote y sacó un pañuelo.

—Ha vuelto a cortarse, corazón de pirata.

Al cabo de un rato, Etta dejó el cristal y le permitió que le presionara el corte de la palma con el pañuelo. Se quedó mirando cómo la gran mano de él sujetaba la de ella. Sintió una presión en el pecho mientras buscaba las palabras adecuadas con las que reemprender la conversación.

—¿Por qué no tenía intención de decírmelo? —se adelantó él—. Usted me hizo prometer que no me iría sin avisarla, ¿no podía hacer usted lo mismo?

—Lo siento. —No se lo había planteado. El miedo sujetaba contra su estómago el cuchillo de la culpabilidad y parecía que quisiera clavárselo—. No quería perder tiempo. Cyrus Ironwood podría hacerle daño a mi madre. Matarla. Pero creo que no le hará nada hasta que no vuelva con el astrolabio. De hecho, si le hiciese algo, yo no tendría nada que perder, ¿no es así?

El joven asintió.

—Tiene otras formas de hacerle daño.

—Pero no de motivarme. Además... —Etta dudó. No estaba segura de si podía confiarle la otra motivación que la había llevado a actuar así—. Ya le hablé de Alice. Tengo que acabar con esto cuanto antes y volver con ella.

Nicholas se puso en cuclillas y miró al cielo. Etta se dio cuenta de que el joven acostumbraba a hacer aquello cuando se paraba a pensar. Escondía su expresión.

—Etta..., no puede salvarla.

—Por supuesto que puedo. No tengo mas que viajar... —Fue perdiendo fuelle al fijarse en la expresión del joven, que mostraba una mezcla de culpabilidad y compasión.

—¿Y cambiar el pasado? —comentó él—. ¿Alterar la línea temporal?

La muchacha se puso seria.

—Eso no me importa lo más mínimo. ¡Nada! ¡Los Ironwood llevan años cambiando el pasado, no sé por qué yo no puedo salvar una vida!

—No, Etta, escúcheme. Lo que usted quiere hacer no es algo que tenga que ver únicamente con la moralidad; es que es imposible.

La muchacha se apoyó contra la pared con más fuerza, intentando alejarse de él, de sus palabras.

—¿No se lo contó Sophia? No puede cruzarse con usted misma. No puede existir dos veces en el mismo momento, al mismo tiempo. El tiempo mismo no lo permitiría. La expulsaría del pasadizo antes de que consiguiera llegar al otro lado. —Hablaba en voz baja—. Por eso los viajeros llevan diarios, para recordar las fechas y los años en los que ya han estado.

Etta se sentía como si le hubiera echado un jarro de agua fría. Le dolía el pecho. Entonces, ¿no iba a poder usar el pasadizo para volver a un instante antes del momento en el que habían disparado a Alice? Y, lo que era peor, tampoco iba a poder ir a ninguno de los momentos que ya había vivido y avisarla de lo que iba a pasar. Y todo porque una versión pasada de ella misma estaba allí.

—¿No le explicó que los pasadizos conectan años, no días?

—¿A qué se refiere? —le preguntó Etta entre susurros.

La expresión del joven dejó de ser tan dura.

—Ya veo que no. Aunque consiguiera encontrar a otro viajero que usara el pasadizo para salvarla, tendría que esperar un año para hacerlo. Lo más fácil es pensar en cada año como en un riachuelo, fluyendo en paralelo unos con otros, todos moviéndose en la misma dirección mientras nosotros saltamos de uno a otro. Nos hemos ido de Manhattan el 22 de septiembre de 1776. Por lo tanto, hemos llegado aquí el 22 de septiembre del año que sea. ¿Lo comprende?

Etta asintió, pero se quedó sin habla.

«Tiene que haber otra manera».

No podía acabar así. Alice no podía morir. No por su culpa.

«Mamá sabrá qué hacer».

—Una pizarra en la que aún no se ha escrito... —comentó la muchacha despacio—. A esto es a lo que se refería Cyrus Ironwood cuando me dijo eso. No se refería a que no supiera nada, sino a que nunca he estado en ningún sitio. Las posibilidades de que me cruce conmigo misma son, como quien dice, inexistentes, ¿no es así?

El joven asintió y le tocó el codo.

—Lo entiende, ¿verdad?

Etta levantó la barbilla.

—Lo que entiendo es que siempre hay otra alternativa, otro camino, mientras te esfuerces lo suficiente por encontrarlo.

Nicholas cerró los ojos y soltó una risa débil.

—Imaginaba que diría algo así.

—Espere... —De pronto, a Etta le había venido una cosa a la cabeza—. Ay, Dios, ¿no va a perseguirle Ironwood por viajar?

Después de lo que le había pasado a su hermanastro, a Nicholas le habían prohibido viajar —él decía que lo habían exiliado— y, desde luego, la muchacha dudaba que aquello fuera a pasar desapercibido.

—El miedo a que le suceda algo a usted es mayor que el que le tengo a él. Además, ya le dije que, si se marchaba, la seguiría.

«Ahora bien, como intente escapar usted, le aseguro que la perseguiré hasta los confines de la Tierra y que no pararé hasta que dé con usted».

Aquellas palabras resonaron entre ambos, aunque no hizo falta que las repitiese. Del techo cayó una nube de polvo. Etta le sacudió el pelo al joven con la mano de forma mecánica. Él volvió a cerrar los ojos e inclinó la cabeza para alargar el momento. A la muchacha empezó a temblarle la mano.

—Sabe lo que pone en la carta que le escribió su madre..., pero no confía en mí. Me ve como a uno de ellos, ¿no es así?

—¡No!

Era verdad que las había llevado a Sophia y a ella a Nueva York a petición del anciano, pero se mantenía alejado de ellos, ¿no? Le habían hecho muchas afrentas, ¿no era así? Etta no quería que el joven se mezclase más con aquella familia, ni darle razones para que su vida fuera más miserable.

—Claro que sí —dijo él—. A pesar de todo lo que le he contado.

Etta apoyó la cabeza contra la pared. Nicholas era capaz de desarmarla con una sola mirada, pero quería decirle que no estaba siendo una idiota descuidada. Quería que se pusiera de su parte.

Además, para sus planes, era muy importante que el joven le contara todo lo que sabía de los Ironwood. Lo que sabía acerca de viajar. Aunque eso la convertía en una mercenaria, ¿no? Lo pondría de su parte y, después, lo abandonaría a su suerte.

—¿Puedo confiar en usted? ¿Confiará usted en mí?

Nicholas asintió.

Etta tomó aire.

—Sé cómo se lee la carta. Además, creo que el anciano miente o, al menos, que no nos ha contado toda la verdad.

Nicholas abrió la boca. Fue el único gesto que hizo su máscara. Le había sorprendido.

—¿Cómo ha llegado a esa conclusión?

—Mi madre no es ninguna ladrona. Me da igual lo que él diga. Creo que ese instrumento, el astrolabio, pertenecía a los Linden. —Su familia, de la que ya solo quedaban su madre y ella—. Ellos, o, al menos, mi madre, se sentían responsables de protegerlo.

—Sí, puede que les perteneciera a ellos —comentó Nicholas después de darle vueltas a la idea—. Lo que yo sé, por Julian, es que existía un astrolabio por cada una de las familias, los Ironwood, los Jacaranda, los Linden y los Hemlock, pero que se perdieron o que alguien los destruyó hace un siglo. Cyrus considera que, como es el gran maestro de las familias, es en su poder donde deben estar, independientemente de quién fuera su primer dueño.

Etta asintió y se preguntó qué más le habrían robado a su familia; qué herencias, secretos e historias habrían pasado a formar parte del clan de los Ironwood. Quizá su madre lo supiera. Quizá, juntas, pudieran recuperar parte.

«Después de que hayas vencido al viejo, salva a tu madre, salva a Alice y debuta el mes que viene».

—En cuanto a la carta..., mi madre debía de saber que algo iba a pasar porque, de lo contrario, ¿para qué iba a escribirla?

Nicholas apoyó los brazos en las rodillas.

—Bueno, pues pregúnteselo cuando hayamos conseguido el astrolabio, se lo hayamos entregado a Cyrus y este la haya liberado.

Etta parpadeo.

—¿Quiere venir conmigo?

Vio que por el rostro de Nicholas pasaba un rápido gesto de emoción, pero no fue capaz de entender qué significaba. El joven miró hacia otro lado. Después de unos instantes, le dijo con tono de burla:

—Como si fuera a sentirme bien si le permitiera acometer esta gesta sin ayuda. Veo en su cara que no le hace ni pizca de gracia, pero yo he viajado durante años y usted, en cambio, acaba de empezar. Necesitar ayuda o un protector no es señal de debilidad.

—No necesito ningún protector, lo que necesito es un compañero.

Nicholas había echado un vistazo a la destrucción que los rodeaba, por encima de la pared brillante de aire que daba forma a la entrada del pasadizo. Pero, cuando ella dijo aquellas palabras, la miró a los ojos y abrió la boca como si acabara de tener una idea.

—¿Cuáles... cuáles son las condiciones?

«¿Acaso no eras tú quien había viajado con Julian?», le gustaría haberle respondido.

No obstante, Sophia le había explicado que era poco más que el sirviente de su hermanastro, una especie de ayuda de cámara, y, aunque en un principio Etta había creído que no eran sino las palabras de una mujer cruel y desdeñosa, Nicholas

acababa de darle las pruebas que demostraban que, en efecto, así había sido. Se le agrietó el corazón una y otra vez al pensar tanto en el papel que le habían asignado en su día los Ironwood, como en que el muchacho había dado por hecho que con ella iba a ser igual.

—Cuidaremos el uno del otro. Nos trataremos de t . Y no nos guardaremos secretos. —Con la salvedad, claro está, de que ella no pensaba confesarle que, si podía evitarlo, jams le daría el astrolabio a Cyrus Ironwood—. Y...

— Seguiremos compartiendo este desdén mutuo por el viejo?

Etta sonrió a pesar de que una duda se alojó en su cabeza.

« Y si la única manera de que el anciano no castigue a Nicholas por haber venido es que este le ayude a recuperar el astrolabio?».

Decidió que no iba a preocuparse por eso en aquel momento. Era una pregunta que tendría que volver a hacerse cuando encontraran el instrumento. Ahora bien, era evidente que aceptar la ayuda del joven tendría consecuencias, dado que, al ofrecérsela, este se arriesgaba a enfurecer al viejo.

Pareció que le hubiera leído el pensamiento, porque el joven dijo:

—Soy yo quien elige. Lo que hago lo decido por mí mismo.

—De acuerdo. —La cuerdecita con la que había atado tan fuerte su corazón se afloj  un poco—. Antes de que decidamos adónde vamos,  sabes ya dónde estamos?

Nicholas se incorporó y le lanzó una mirada mordaz.

—No, porque me ha distraído bastante ver que estabas sobre un charquito de tu propia sangre.

—No hay ningún charquito —respondió ella mientras se frotaba la mejilla hinchada.

Nicholas le cogió la mano como si fuera lo más natural del mundo.

—No te lo toques. —Le pasó por el golpe un dedo suave como una pluma.

Etta no respiró hasta que el joven no apartó la mano.

—Ahora s  que pareces una pirata de verdad —comentó él con una sonrisa en los labios—. Lo primero que tenemos que hacer es comprar ropa y suministros.  Tienes inconveniente en que te deje aquí sola unos momentos? No voy a tardar, lo prometo.

Etta abrió la bolsa que había llenado a todo correr y rebuscó en ella hasta que encontr  un saquito de terciopelo lleno de oro. Se lo entregó.

—Mi madre no es ninguna ladrona, pero, dada la situación, a mí me da igual serlo.

—Yo lo considero un pago justo —dijo Nicholas mientras lo sopesaba en la palma de la mano—, teniendo en cuenta lo que te han hecho.

El joven se marchó en dirección a los escaparates hechos a nicos que los rodeaban. Etta se fijó en cómo daba la vuelta y en que la miraba una última vez por encima del hombro. Le hizo un gesto exasperado para que siguiera adelante y la risotada que él lanzó le sentó a ella como un sorbo de t  caliente.

Volvió a mirar a su alrededor y se esforzó por ponerse de pie. La pared que tenía detrás le sirvió de apoyo mientras avanzaba por entre los montones de vidrios y de madera quemada y empapada. Los carteles estaban en inglés y, por el olor y el aspecto del lugar, le parecía evidente que el sitio se había incendiado.

Volvió al lugar en el que se había encontrado con Nicholas y se apoyó contra la pared, fuera de la vista. De vez en cuando, oía alguna que otra voz o el suave rugido de un motor y se inclinaba hacia delante para mirar por el vestíbulo y las calles a las que daba este por cada uno de los lados. En un momento dado, pasó un autobús de color rojo brillante, seguido de dos mujeres jóvenes vestidas con traje de falda y sombrero. Etta pensó en lo poco que encajaba allí su vestido del siglo XVIII y notó más que nunca que el corsé le apretaba las costillas.

«Inglaterra».

Estaba fascinada. Londres, diría ella. ¿Y el año? ¿En torno a la década de los cincuenta del siglo pasado? O...

No.

Volvió a fijarse en las paredes demolidas, en las pruebas de que había habido un fuego, en los hombres uniformados que pasaban por la otra punta del vestíbulo.

Londres en guerra.

La Segunda Guerra Mundial.

Nicholas se lo confirmó en cuanto volvió. Traía ropa para ella debajo del brazo. Él ya se había arreglado y vestía una camisa limpia y unos pantalones, y había cambiado los zapatos del siglo pasado por unos zapatos *oxford*. No quería ni imaginar cómo había explicado que fuera por ahí con casaca, camisola, calzones cortos y medias.

—No tenía muy claro qué talla tendrías... —comentó mirando al suelo mientras le tendía un vestido estampado de flores azules de aciano y una chaqueta elegante a juego.

Etta miró el vestido. Cuello en V, una largura recatada, mangas largas... Pasó los dedos por el detalle de encaje que acababa de ver.

—Es precioso. Gracias. —También era generoso en la cintura, pero tenía un cinturón que le permitiría ajustárselo—. ¿Qué tal está la cosa por ahí?

Nicholas la observó mientras Etta luchaba a ciegas por desabotonarse el vestido. En un momento dado, la muchacha, roja como un tomate, carraspeó. El joven, sorprendido, se dio la vuelta para concederle cierta privacidad. Cuando consiguió desabrocharse suficientes botones, se quitó el vestido por la cabeza.

—Los soldados y algunos civiles se afanan en limpiar los restos del bombardeo de anoche. Todavía están buscando supervivientes. He oído que decían que pronto vendrían hacia aquí, así que tenemos cierta prisa.

Etta también lo creía, pero eso no estaba ayudándole a desabrocharse el corsé más rápido. Las manos le latían allí donde se las había lastimado con la caída y no conseguía que dejaran de temblarle los dedos.

—Perdona, pero necesito ayuda.

Nicholas giró la cabeza hacia la muchacha, pero volvió a mirar hacia la pared de inmediato. Etta sintió un calor que le subía por la cara y por el pecho. Llevaba un corsé y una saya casi transparente. Por lo menos, podría haber cruzado los brazos por delante del pecho.

El joven tomó aliento y se dio la vuelta. Etta se fijó en los movimientos rápidos y seguros de sus manos encallecidas. Ella se esforzó por mantener los brazos a los lados hasta que, por fin, los cordones cedieron. Los anchos hombros de Nicholas le impedían ver el resto del mundo. De hecho, tenía tan cerca al joven que Etta podría haberse inclinado hacia delante y apoyado la cara entre su cuello y su hombro —¡sí que podría haberlo hecho, sí!—, y, a decir verdad, tenía la sensación de que, en caso de no hacerlo, se vería atrapada por su propio deseo. Se fijó en cómo le latía la vena del cuello. No podía dejar de mirarla.

—Ya está —comentó él en voz baja.

No obstante, mantuvo los dedos en los cordones un rato más, acariciando los bordes del corsé con los pulgares, como si avanzaran con sigilo por la tela. Ella se quedó quieta, inmóvil. Le daba miedo moverse hacia las manos de él, hacer cualquier cosa que pudiera poner fin a aquel momento.

Etta volvió a sentir el mareo. Notó el cálido aliento de Nicholas en la clavícula, un instante antes de que se apartara. El joven miró hacia el suelo y, con una voz que parecía miel templada, comentó:

—A los marineros se nos dan bien los nudos.

Hasta que no se dio la vuelta para que ella siguiera vistiéndose con cierta intimidad, a Etta no se le aclaró la cabeza y no recordó que si había metido unas tijeras en la bolsa había sido justo para aquello.

El vestido le quedaba bien de talla, pero iba a tener que arreglárselas con las botas de cuero altas de cordones que le había quitado a Sophia y, hasta que tuviera una opción mejor, ignorar que le pellizcaban la pierna a cada paso que daba. Se tocó los pendientes para asegurarse de que no los había perdido.

—Vale —empezó a decir mientras se colocaba el pelo por detrás de los hombros—, ¿qué tal estoy?

Mientras el joven la miraba, Etta se recordó a sí misma que tenía un golpe en el lado derecho de la cara y que era eso, y nada más, lo que él estaba mirando.

Al cabo de un rato, le respondió:

—Tienes buen aspecto, corazón de pirata. Ahora, dime, qué es lo que de verdad te explica tu madre en la carta.

Mientras él hacía una pelota con el vestido antiguo para que fuera más fácil transportarlo, Etta sacó la carta y una pluma, que estaban en el fondo de la bolsa. Luego, se apoyó en la pared y dibujó una estrella sobre la carta al tiempo que estudiaba las palabras que quedaban dentro de dicha forma. Nicholas se acercó y empezó a leer por encima del hombro de la muchacha. Alrededor de ellos, la mañana

iba adquiriendo color y llenándose de voces y de olor a fuego y gasolina. Por suerte, en aquel vestíbulo estaban resguardados.

—«Levántate y entra en la guarida, allí donde la oscuridad te otorga tus galones. Diles a los tiranos que es a ti a quien le deben lealtad» —leyó mientras pasaba el dedo por debajo de las palabras que quedaban contenidas en la estrella—. «Busca a los dioses desconocidos, cuyos oídos no prestan atención a la lección. Súbete a los hombros del recuerdo. Dale una moneda a la reina viuda. Recuerda que la verdad está en las historias y que el final debe ser definitivo».

—¡Dios mío! ¿Cómo has sabido que eso era lo que tenías que hacer?

Dándole la menor explicación posible, le contó lo de los mensajes que su madre le escondía en el estuche del violín y en la maleta cuando viajaba.

—¡Quería que fueras capaz de leerlo! —Nicholas estaba emocionadísimo—. Sabía que cabía la posibilidad de que un día tuvieras que buscar el astrolabio. ¿Entiendes alguna de las pistas?

La muchacha negó con la cabeza. No paraba de leer aquellas frases y de preguntarse si se habría equivocado, si tendría que haber dibujado otra forma, porque, desde luego, aquellas palabras no tenían el más mínimo sentido.

—Si damos por hecho que esto es una lista de instrucciones, yo diría que podemos ignorar la primera pista —comentó Nicholas antes de quitarle la carta de las manos—. La segunda, la de: «Diles a los tiranos que es a ti a quien le deben lealtad», hace referencia al sitio en el que van a colgar a Nathan Hale, el pasadizo por el que hemos entrado, por lo que la siguiente es relevante para nosotros: «Busca a los dioses desconocidos, cuyos oídos no prestan atención a la lección». ¿Te dice algo?

Se sentía impotente mientras negaba con la cabeza y empezó a perder la esperanza. ¿Cómo iban a resolver todas aquellas pistas en siete días?

—¿Qué tienen que ver los «dioses desconocidos» con Londres durante la Segunda Guerra Mundial? ¿Serán personas? ¿Alguna creencia religiosa? La pista anterior tenía que ver con la muerte de una persona.

Además de que era una canción que su bisabuelo acostumbraba a cantar. ¿También estaría esta pista relacionada con su familia? ¿Sería también tan personal?

De pronto, se puso a pensar en Dove Tavern y en el parque de Artillería Real y sentía como si algo no encajara, pero dejó el pensamiento de lado cuando Nicholas empezó:

—Lección..., lección, lección, lección...

Se giró hacia Etta a tal velocidad que casi la tira al suelo. Tenía los ojos iluminados, lo que le daba aspecto de niño.

—¿Es posible que esté refiriéndose al sermón de san Pablo en el Areópago?

Etta le devolvió la mirada como si no supiera a qué se refería.

—¡Infiel! —la provocó el joven—. Hechos 17, 16-34. El apóstol Pablo dio un sermón, una lección, de hecho, porque los sermones sobre deidades extranjeras iban

en contra de las leyes griegas por aquel entonces, y lo hizo en Atenas, en el Areópago.

—Vale, lo que tú digas.

Nicholas soltó un risita y le pasó uno de aquellos suaves dedos por la mejilla. A Etta le pareció que no se había dado cuenta de lo que acababa de hacer, pero, en cambio, a ella le provocaba chispas en todo el cuerpo.

—El Areópago es la zona rocosa que hay debajo de la Acrópolis. En la Antigüedad, hacía las veces de tribunal supremo de justicia —le explicó Nicholas, ante lo que ella se sintió no solo impresionada, sino también muy inculta—. Lo he leído. El capitán Hall se ve como un filósofo además de como un marinero. Se educó en Harvard, ¿te lo puedes creer?, y tiene un montón de tratados con la esperanza de que a Chase y a mí nos interesen algún día. Por otro lado, la señora Hall era muy estricta con nuestra educación religiosa.

—Vaya, me gustaría poder decir lo mismo —musitó la muchacha.

La única vez que había ido a la iglesia había sido para asistir al funeral de Oskar, el marido de Alice. Si teníamos en cuenta el papel de la religión en el siglo XVIII, que Nicholas tuviera tantísima cultura no debería haberle sorprendido. Etta se dio cuenta de que se estaba inclinando hacia él, de que sentía en el pecho una especie de calor, de chisporroteo, debido a que la imagen que tenía de él había ganado muchos enteros con aquella explicación. Por primera vez, Etta estaba verdaderamente agradecida de que la hubiera seguido por el pasadizo.

—El sermón dice algo así como: «Gentes de Atenas, es evidente que sois muy supersticiosos, dado que, cuando he llegado y he estudiado vuestras devociones, resulta que he encontrado un altar con la siguiente inscripción: “Al dios desconocido”». El sermón se centraba en la angustia que le había provocado a Pablo ver a los atenienses adorar ídolos falsos, es decir, los dioses que conforman el panteón griego.

—¿Y la conexión entre Londres y la antigua Grecia es...?

Etta esperaba que Nicholas tuviera la respuesta porque, desde luego, ella no la tenía.

—La arquitectura, las leyes, las estatuas y el arte. Yo diría que es un sitio o un objeto con el que tienes alguna conexión personal. ¿Has estado antes aquí?

La muchacha asintió. Varias veces. Su madre, Alice y ella habían viajado aquí de visita, para pasar el verano en apartamentos alquilados con la intención de escapar del agobiante calor de Nueva York. Alice se había criado en Londres y, bueno..., siempre le habían dicho que su madre también, aunque, visto lo visto, no estaba tan segura. Lo cierto y lo irreal de sus historias había empezado a fundirse entre sí, lo que las dañaba, como si fueran un cuadro empapado cuyos colores empiezan a correrse y a mezclarse entre sí.

A lo largo de los diferentes años en los que habían venido a pasar las vacaciones, habían alquilado diferentes apartamentos; pero, pensando en ellos, no le parecía que

ninguno tuviese nada de particular. Habían caminado por toda la ciudad, visitado parques y la casa en la que había crecido Alice, habían ido a teatros y museos...

—¡Oh! —Se sintió como si la idea hubiera llegado tan de pronto que le hubiera pegado una bofetada. Se volvió hacia Nicholas, emocionadísima por que fuera ella quien por fin podía explicarle algo—. Puede que sea una locura, pero... en Londres, en el Museo Británico, hay miles de objetos de la antigua Grecia, ¿no es así? Los más famosos los cogió, o los robó, depende de con quién hables, del Partenón un lord inglés, Elgin, que los trajo y se los vendió al Gobierno británico para el museo. Aún hoy en día siguen inmersos en un caos legal para determinar a quién le pertenecen.

Etta se balanceó con los tacones y miró hacia arriba, las nubes y el humo que había en el cielo.

—Puede que esté un poco pillado por los pelos, pero la Acrópolis y el Partenón están muy cerca del Areópago, por lo que podrían estar relacionados. Hace tiempo que no visito esa zona del museo y no tengo muy claro qué representan los mármoles de Elgin; una especie de batalla, diría yo, pero son estatuas de hombres y mujeres.

—Sigue —la apremió Nicholas.

—Había dado por hecho que lo de «cuyos oídos no prestan atención» tenía que referirse a personas de carne y hueso, pero ¿y si está hablando de estatuas? Las estatuas no pueden ni oír, ni ver ni sentir.

—¿Recuerdas haber oído algún ruido raro cuando estabas cerca de ellas?

Etta negó con la cabeza.

—Si pensamos en la manera en la que tu madre dejó la pista con lo de la ejecución de Nathan Hale, es posible que el pasadizo esté en el museo, cerca de esas estatuas. El Museo Británico de mi época debe de ser muy diferente del de la tuya. Nunca he estado dentro, ni sé tampoco dónde se encuentran todos los pasadizos. No sé muy bien qué sugerir...

La muchacha estaba un poco frustrada, sensación que aumentaba a cada momento que pasaba. Nicholas la observaba, a la espera.

—No sé, quizás estemos dándole demasiadas vueltas... Quizá sea más sencillo. Más evidente.

Él se agachó un poco para mirarla a los ojos.

—No sé, quizá nos ayude pensar en alto. Cualquier cosa, por insignificante que parezca, podría servirnos.

Etta asintió. Nicholas podía ayudarla a pensar con claridad, y cabía la posibilidad de que descubriese algo oculto entre las palabras de su madre.

—Mi madre trabaja en un museo, aunque en Nueva York. Hace poco ha habido mucha polémica acerca de si habría que devolverle a Grecia los mármoles de Elgin o no. Ha salido en la prensa. El Museo Británico no es más que el Museo Británico, ¿me entiendes? No, supongo que no. Pero... Alice siempre nos hacía visitas guiadas. Su padre era restaurador. La mujer me contó la historia de cómo aquellos mármoles habían acabado en el museo.

—¿Alice? ¿Tu profesora?

De repente, a Etta le resultaba imposible decir nada. Nicholas asintió, como si, de alguna manera, hubiera conseguido poner las piezas en su sitio.

Con una pequeña sonrisa y tanteándola, el joven le preguntó:

—Entonces, ¿vamos?

Con la imagen de Alice todavía demasiado presente y con el cansancio acentuando las emociones, la muchacha no se atrevía a confiar en su voz. Asintió y aceptó el brazo del joven en cuanto este se lo ofreció. No había pensado siquiera que Nicholas pudiera tener las manos frías hasta que se las tocó con las suyas. A pesar de todo, se sentía emocionada; tanto que tenía los nervios a flor de piel. La escena que los rodeaba se apoderó de ella, se tornó real. Nicholas la miró como si se hubiera dado cuenta y ella le dijo:

—Es... es increíble que estemos aquí. Todo esto...

Era precioso, extraño, antinatural..., y no podía dejar de pensar en que quería explorar lo que la rodeaba. Quería verlo por sí misma, ver el mundo tal y como era, no las versiones editadas de los libros y las películas.

—En otras circunstancias, menos desesperadas —empezó a decir Nicholas—, ¿te gustaría ver todo esto?

Sentía que decir que sí, ese sí que latía en su corazón, era como traicionar la ira que le provocaban los Ironwood, a pesar, incluso, de cómo había planteado Nicholas la pregunta.

—No lo sé. Veamos qué tal se nos da y ya te responderé más adelante.

«A ver si soy capaz de encontrar el astrolabio y de liberar a mi madre, y, luego, de volver a enderezar mi vida».

Nicholas se echó la bolsa de cuero al hombro, que le golpeaba la cadera mientras atravesaban el laberinto de escombros. De pronto, se detuvo y estiró el cuello. Etta siguió su mirada en dirección a las letras de oro que brillaban sobre la arcada de la entrada. Ver el contraste entre ellas y la parte de la estructura que estaba en ruinas hizo que se le pusieran los pelos de los brazos de punta.

—Burlington Arcade —leyó Nicholas.

Etta conocía aquel sitio. Había estado allí en una ocasión, hacía años, para tocar. Alice la había llevado por el centro comercial alargado y cerrado, que estaba lleno de tiendas deslumbrantes. Habían comprado un regalo de Navidad para su madre.

—Creo que, más o menos, sé dónde estamos.

Cuando salieron a la calle, se dieron cuenta de que el sitio estaba casi en ruinas. Etta esperaba encontrar destruida la ciudad, dado que había visto fotografías y había oído a Alice y a Oskar describirla décadas después. Lo que no había esperado era que hubiera tantísimos londinenses en la calle, con traje, vestido, tacones, y abriéndose camino con cuidado por entre los escombros y por entre los agujeros que habían dejado las bombas; de tal tamaño algunos que habían dejado al descubierto las tuberías que pasaban por las aceras.

El día estaba nublado y las nubes proyectaban sombras en el suelo. Etta observaba a Nicholas mientras seguían una serie de calles en dirección este. El joven se inclinaba hacia la izquierda, tirando, hasta que Etta dejó de tener la mano encima del brazo de él y se separaron. Se le habían pasado las náuseas y la sensación de atontamiento que producía viajar, pero volvía a estar desorientada, aunque de otra manera. Aunque él no iba más que un paso por delante de ella, sentía que entre ambos empezaba a haber una gran distancia y, de pronto, era como si estuviera sola.

De vez en cuando, Nicholas se quedaba mirando algo de lo que le resultaba novedoso —una bicicleta, un escaparate, policías de uniforme, los semáforos—, de lo que captaba su atención. Etta tenía la sensación de que no quería pedirle que le explicara qué era cada cosa, como si parte de él estuviera disfrutando del proceso de imaginárselo por sí mismo; ahora bien, curiosidad sentía.

—¿Has estado aquí antes? —le preguntó por fin—. Aquí, aquí.

El joven negó con la cabeza y respondió despacio:

—Nunca he llegado más lejos de 1925, en Nueva Orleans.

Comparado con la tranquilidad del siglo XVIII, el Londres del siglo XX, como quien dice, rugía a su alrededor. Un automóvil pitó y pasó a su lado y Etta notó que una mano le agarraba con mucha fuerza de la muñeca. Nicholas salió corriendo hasta una tienda cercana y Etta se acercó a él trastabillando.

El tendero de la tienda en cuestión había estado escribiendo: «Abierto, como siempre» en un pedazo de madera que había en el escaparate roto de su tienda y, alarmado, intentó determinar por qué se habían acercado con tanta prisa. Etta le sonrió antes de girarse hacia el joven.

Nicholas respiraba de manera agitada —con las aletas de la nariz abriéndose y cerrándose— mientras miraba el automóvil, que se detenía traqueteando unos metros más adelante.

Al cabo de un rato, comentó:

—Son... más ruidosos de lo que recordaba. Más rápidos.

—Sí, es muy probable.

—¿También... —bajó la voz—, también los hay en tu época?

—Sí, y mucho mejores que estos. Más rápidos y mucho más silenciosos. Necesitan menos gasolina y algunos tienen incluso sistemas de navegación integrados. —Era evidente que se había pasado con los detalles. Nicholas había abierto los ojos de par en par en cuanto había oído «menos gasolina», momento en que Etta se había dado cuenta de que lo había perdido—. Con el tiempo suficiente, todo cambia.

El joven abrió y cerró la boca en unas cuantas ocasiones.

—¿Todo?

Puede que fuera la manera en la que Nicholas estudiaba su boca o el hecho de que estuviera acariciando los pliegues de su vestido sin darse cuenta siquiera de ello,

pero, tras unos instantes de desconcierto, la muchacha comprendió —no sin cierta decepción— a qué se refería.

«Ay», pensó con un nudo en la garganta.

Ay.

—¿De verdad quieres que te lo cuente? ¿De verdad quieres saber cómo es mi época?

Si Nicholas tenía pensado volver a su época y no viajar nunca más, jamás se beneficiaría del progreso, nunca lo vería por sí mismo. A cualquiera le volvería loco saber lo que estaba fuera del alcance de su época natural.

Por fin, negó con la cabeza.

—Prefiero descubrirlo por mí mismo.

Al menos, mientras tanto, sería ella quien lo protegiera.

—Tú cuidaste de mí en el barco y lo mínimo que puedo hacer yo ahora es devolverte el favor.

La sonrisa de él se volvió tristonosa.

—Esto de viajar como «compañeros» es del todo nuevo para mí..., pero lo agradezco.

A Etta le daban ganas de preguntarle por Julian, pero no quería que se sumiera en un pozo de recuerdos desagradables. Se subió a lo poco que quedaba de la acera y se llevó las manos a la frente para protegerse del sol.

—Bueno, si te digo la verdad, no tengo ni idea de dónde estamos.

Nicholas abrió la boca de par en par.

—Ya sabía yo que íbamos a necesitar un mapa...

Estaba a punto de darle la razón cuando...

—Espera un momento.

—¿Cómo que espere? —le preguntó mientras la muchacha se alejaba.

El tendero que había visto hacía unos instantes había vuelto a meterse en su tienda, donde estaba barriando el polvo y las cenizas que habían entrado de la calle. La muchacha se asomó por la puerta.

—Hola. Siento molestarle, pero me preguntaba si podría ayudarme.

El hombre se apoyó en la escoba. Tenía unos rasgos duros, pero se suavizaron cuando le sonrió. Detrás de él había un largo mostrador de madera con estanterías y más estanterías llenas de botellas oscuras marcadas con etiquetas de papel. La tienda debía de ser una especie de farmacia.

—Estadounidense, ¿eh? Me temo que no es el mejor momento para venir de visita; a menos que sea usted la primera de una oleada de tropas de apoyo. ¿Por fin van a venir los yanquis?

Lo más probable es que estuviera de broma, pero le temblaba la voz y la vulnerabilidad asomaba por detrás de esa fachada del «Abierto, como siempre».

—Todavía no —intentó que su tono de voz fuera alegre—. Yo diría que todavía falta un poco...

«No lo haremos hasta que no nos ataquen directamente», pero eso no podía explicárselo.

Etta lo sintió por primera vez: la fragilidad del pasado. Estar en aquella tienda le producía una sensación escalofriante, un establecimiento con miles de botellitas de cristal que podían caérsele encima si daba un paso en falso. Etta dudaba que contarle algo acerca de la entrada de Estados Unidos en la guerra a aquel desconocido, siempre y cuando se lo presentara como una suposición, fuera a alterar la línea temporal, pero tampoco quería jugársela y que un pequeño comentario provocara cambios drásticos en el futuro que conocía, lo destruyera en pedazos.

El hombre se arrodilló para tirar el polvo a una papelera.

—Pues el tiempo no juega a nuestro favor. Dígame, ¿en qué puedo ayudarla?

Por el rabillo del ojo, Etta vio que Nicholas la observaba desde fuera de la tienda.

—¿Podría indicarme cómo llegar al Museo Británico?

El tendero, que tenía las cejas de color gris, las enarcó.

—Lo único que tienen que hacer es continuar por esta calle en dirección este. Giren a la izquierda en la calle Dean y vayan hasta la calle Oxford, que llega hasta la calle Great Russell. De turismo, ¿eh?

—Sí..., y no estaba segura de que fuéramos en la dirección adecuada. Muchísimas gracias, ha sido usted de gran ayuda.

Etta ya se había dado la vuelta y se dirigía a la puerta cuando el hombre soltó una risita.

—Señorita, vuelva. Vuelva. Debería habérselo dicho desde el principio, pero no puedo evitar gastar bromas de vez en cuando, en especial, en tiempos como los que corren.

«Oh, oh».

La emoción inicial desapareció de golpe.

—Pueden ustedes ir al museo, pero me temo que no van a poder entrar. Se llevaron lo más valioso el verano pasado y lleva cerrado desde entonces.

El Museo Británico estaba cerrado.

Debería haber creído al tendero, pero le parecía imposible que hubieran llegado tan lejos para encontrarse con unas enormes verjas negras cerradas. Cuanto más tiempo pasaban allí, más le parecía que el sombrío edificio de piedra, con columnas y relieves inspirados en la Antigüedad, estaba a punto de desvanecerse. Era como si se burlara de ellos.

Y, para empeorar la situación, Etta sacó la armónica de la bolsa de cuero, que aún llevaba Nicholas —una armónica que parecía idéntica a la que había tocado Cyrus Ironwood para encontrar el pasadizo en Nueva York— y tocó las mismas tres notas. Aguzó el oído y se pegó el máximo posible a las verjas, como si así fuera a oír un ruido que no se estaba produciendo.

—Nada —comentó Nicholas.

—Nada. —Etta metió la armónica de nuevo en la bolsa y la cerró con más fuerza de la que era necesaria—. Por mucho que se hubieran llevado las estatuas, albergaba la esperanza de que el pasadizo siguiera aquí.

—Puede que hayamos infravalorado a tu madre. No era normal que lo hubiera puesto tan fácil.

—¿Una guerra mundial no te parece suficiente obstáculo? —le preguntó ella mientras se frotaba la cara—. De acuerdo, veamos, solo tenemos que pensarlo bien.

—Tengo una idea, aunque me temo que es horrible —comentó el joven al tiempo que estudiaba el cerrojo de las verjas y las empujaba de nuevo con fuerza.

—Es mejor tener una mala idea que no tener ninguna.

—Me alegro de que pienses así, porque es muy mala, de verdad. Podríamos ir a la parte de atrás del museo y yo te auparía por encima de la verja. Luego, podrías colarte en el edificio y secuestrar a los guardias y restauradores que haya dentro hasta que te digan dónde se encuentran las estatuas.

—¿Secuestrarlos?

—Claro, así es como los piratas de verdad, como Barba Negra, por ejemplo, obtuvieron la mayor parte de su tesoro. Pedían rescate a cambio de ciudades enteras. Mira, incluso te enseñaré a usar el revólver.

A pesar de todo, Etta sonrió.

—Aprecio de verdad la fe que tienes en mis habilidades criminales, pero aunque encontrara a alguien ahí dentro, no creo que consiguiera nada, excepto que llamara a la policía para que me llevaran detenida. Yo diría que buscamos una información por la que cualquiera daría la vida.

Nicholas se apoyó en la verja.

—¿De verdad habrán cambiado de emplazamiento tantísimos objetos valiosos?

Etta hizo un gesto hacia las calles que los rodeaban, los montones de escombros, los edificios quemados de los que solo quedaba en pie la fachada.

—Si consideran que existe la más mínima posibilidad de que los destruyan o los saqueen, sí. Sé que has dicho que no querías saber nada al respecto, pero resulta que Alemania invade Francia y ocupa París durante gran parte de la guerra. Francia hace lo mismo con los cuadros y esculturas del Louvre: los restauradores y otros voluntarios los esconden en diferentes sitios de la campiña, cosa que, al final, sirve para salvarlos.

—La primera vez que oí hablar de esta guerra pensé que Julian se estaba riendo de mí —admitió Nicholas.

Etta asintió y siguió con su exposición:

—Es bueno que el museo previera la situación. Una sola bomba podría acabar con miles de años de arte y cultura.

Por el cielo empezó a oírse un zumbido que les llamó la atención y miraron hacia arriba. Dos aviones, dos cazas, dado su aspecto, pasaron por encima de ellos y

proyectaron su sombra sobre el joven y la muchacha. Nicholas se puso rígido y antes de que a Etta le diera tiempo de preguntarle qué le pasaba, el joven los perseguía por la acera, con la mirada fija en ellos, tan maravillado que Etta sintió un dolor en el pecho. Lo siguió de cerca, deleitándose con aquellos ojos como platos, con una sonrisa apenas visible, hasta que los aviones desaparecieron en el horizonte.

—Vuelan —musitó él por lo bajo, como si no pudiera creerlo—. No debería sorprenderme que los seres humanos sigan pensando en maneras maravillosas de matarse los unos a los otros, y con gran precisión, pero... —Sacudió la cabeza—. Si, con esto, damos por supuesto que las estatuas no están ahí, ¿merece la pena ir a buscarlas o deberíamos volver a leer la pista para ver si se nos ocurre algo más?

—Tengo un buen presentimiento. —Se mostraba testaruda—. Yo diría que estamos en el buen camino. Esto no es más que un pequeño revés. Ya descubriremos cómo conseguirlo.

—¿Pequeño? —Nicholas resopló.

Etta se dio la vuelta y se fijó en la escalinata que ascendía hasta el edificio del museo. Daba miedo ver tan desiertos aquellos peldaños. Había montones de palomas y otro tipo de pájaros por el patio, iban de un lado para el otro como si estuvieran dándose las buenas tardes.

«¿Qué estás intentando decirme, mamá? ¿Se supone que he de ver algo aquí?».

—¡Eh, este barco no se ha hundido todavía! —le soltó a Nicholas tras apartar la vista del museo—. Puede que solo nos quede una vela, pero seguimos adelante.

Otra carcajada.

—Gracias por elegir metáforas así por mí. No sé cómo puedes mantener así... la calma. Supongo que sabré que corremos verdadero peligro cuando de verdad estés preocupada.

Etta había visto a la pareja joven, con estilo, que avanzaba en dirección a ellos por la acera. Ella llevaba un abrigo rojo que destacaba muchísimo entre los restos calcinados. Él, por su lado, llevaba la cara oculta bajo el ala de su sombrero, pero levantó la vista cuando se acercaron a ellos. Nicholas se pegó a la verja para dejarles pasar. El hombre se lo agradeció con un asentimiento de cabeza antes de decirle algo en voz baja a la mujer.

—¿Podemos irnos de aquí? —preguntó el joven con los dientes apretados—. Si no vamos a encontrar nada aquí, deberíamos marcharnos.

Pero... si acababa de mencionar la idea de saltar la verja.

—¿Qué sucede?

—Nada. Por favor, vámonos.

Etta miró alrededor, intentando localizar la fuente de su preocupación, pero, aparte de las pocas personas que había en la otra acera, no entendía qué era lo que había provocado aquella reacción, que no fuera el hecho de estar en un sitio y una época extraños.

—De acuerdo. —Y le puso una mano en la espalda.

Él rehuía su caricia y Etta se sintió avergonzada.

Lo siguió mientras él, por delante de ella, desandaba sus pasos por la calle por la que habían venido. A su entender, el joven avanzaba sin ningún destino en particular. Apenas levantaba la vista del suelo, excepto para comprobar el estado del tráfico. No fue hasta que Etta no se vio obligada a quedarse en la otra acera, esperando a que pasaran todos los automóviles, que Nicholas finalmente se detuvo y se dio media vuelta.

Por muy virulento que hubiera sido el enfado repentino del joven, Etta se fijó en que, mientras la esperaba, este iba desapareciendo y él parecía aliviado. La muchacha corrió para acercarse a él, pero este ni se movió, solo tragó saliva.

—No tienes que disculparte. Todo esto es muy duro —le dijo ella.

—No es por eso. —Tenso, miraba a uno y otro lado de la calle—. Es que... renuncias a cierto grado de invisibilidad cuando... cuando eres como yo. No esperaba que fuera diferente en esta época... y veo que sigue sin gustarme llamar la atención. Mi aspecto.

«¡Serás idiota!», pensó de sí misma.

Era un privilegio no tener que preocuparte nunca de la gente que te rodeaba, no tener que estar planteándote en todo momento que, a decir verdad, esta se comportaba de una u otra forma según el color de tu piel. Era normal que se sintiera incómodo. Normal. Además, si nunca había estado en aquella época, ¿cómo iba a haber predicho de qué manera reaccionarían los demás ante él?

—No me gusta mostrarme tan... irritable —musitó. Cuando la miró de nuevo a los ojos, su mirada ya no era tan salvaje—. Sin embargo, no puedo ser lo que no soy.

—Y yo no quiero que seas otra persona. Me alegro de que me lo hayas explicado. Quiero entender cómo te sientes.

Algo de lo que acababa de decir hizo que Nicholas se encerrara de nuevo en sí mismo. En cuanto el joven abrió la boca, Etta supo qué iba a decir, que iba a intentar alejarse de ella.

—Señorita...

—Ni se te ocurra llamarme señorita Spencer. No puedo soportar que te comportes como si no fuéramos amigos.

—Es que no lo somos.

Etta se quedó fría. Estaba claro que uno de los dos había malinterpretado su relación. Al parecer, ella.

Se alejó de él a toda prisa. Nicholas, sin embargo, la alcanzó con tres pasos largos y la cogió por el brazo para obligarle a que se detuviera. La muchacha no quería mirarle a la cara y se limitó a esperar a que el joven hablara.

—Cuando estoy contigo me olvido de quién soy. Me olvido de las reglas. Me olvido de que no somos los dos únicos seres humanos del mundo. ¿Me entiendes?

«Es que no lo somos».

Porque, para él, eran...

A Etta, el corazón le latía desbocado, tan fuerte que, durante unos instantes, fue incapaz de respirar.

—A mí me dan igual tanto las reglas como los demás. La gente es mala. Es idiota. Y, si alguien intenta hacerte daño, no necesitaré el revólver. Me importas, y lo único que te pido a cambio es que no hagas que me sienta como una idiota por ello. Se supone que... que eres mi compañero. —Apretó las manos con fuerza para no cogerlo de los hombros.

Etta se arriesgó a levantar la mirada y buscó los ojos de Nicholas. Le subió por la garganta el mismo calor que le subía por las mejillas. Sus manos revoloteaban por encima de los cálidos, suaves y fuertes antebrazos de él y, durante unos momentos, se preguntó cómo sería tocarle, allí mismo, para ablandar esas líneas tan rígidas.

«Para».

Se conocía lo bastante bien como para saber que, como siguiera mirándolo, como se inclinara hacia él —que era justo lo que quería hacer—, como se acercara y él se alejara de nuevo... aquello del «compañero» se complicaría mucho y muy rápido. Y Etta no quería que aquello la distrajera de su objetivo. No quería mirarle la mandíbula. Las cicatrices. Las marcas que tenía en la piel. Los labios. Pensar en el tacto que tendría la tela de su camisa en sus dedos...

«Volver a casa», se recordó mientras su piel cobraba vida, sensible al frío aire de otoño.

—Está bien —empezó a decir ella mientras cruzaba los brazos y volvía a mirar en dirección al museo—, me alegro de que lo hayamos arreglado. Venga, volvamos al lío.

Nicholas levantó una ceja.

—No lo tengo muy claro, pero creo que te he entendido.

La tarde empezaba a hacer acto de presencia y necesitaban cada hora de luz. La muchacha no quería ni imaginar dónde iban a dormir como tuvieran que quedarse allí un día más y tampoco quería pensar en lo sencillo que habría sido descubrir dónde estaban las estatuas con solo buscarlo en Internet. O preguntárselo a Alice, que siempre había sido una dura competencia de Internet con sus amplios conocimientos y la facilidad que tenía para recordar.

Pensar en Alice la paralizó. Hizo que sintiera sobre los hombros un peso que no podía sacudirse.

«Piensa, piensa, piensa...».

Seguro que lo sabía. Tenía que saberlo, porque había notado algo al mirar por las verjas de aquel solemne museo, como si hubiera tomado conciencia de algo.

Pero, cuando cerró los ojos, intentando imaginar el patio de entrada vacío, lo que vio no fue una escalinata desierta ni cerraduras magníficas. Por el contrario, estaba de espaldas, en casa, en el sofá de la sala, mirando los cuadros de su madre. El tercero, empezando por abajo, el del centro, era aquella misma escena. Pájaros que salían volando porque Alice pasaba entre ellos.

Fue como si la respuesta le llegase desde el cielo en forma de pluma, una pluma que le aterrizó en la cabeza.

«No —pensó Etta—, no...».

No podía ser tan sencillo.

Lo más probable es que la pista tuviera que ver con los mármoles de Elgin, como ya habían deducido; pero, para encontrar el pasadizo, iba a tener que hacer lo que su madre y ella hacían siempre que querían saber algo: pedirle a Alice que se lo explicara.

Alice, que había crecido en Londres durante la guerra.

Alice, cuyo padre era restaurador en el Museo Británico.

Alice, la que las había llevado al menos en tres ocasiones a la casa en la que había crecido.

Se volvió hacia Nicholas e intentó hacerse fuerte para decirle, sin ponerse a llorar, lo que acababa de pensar. Pero el joven no podía dejar de mirar al otro lado de la calle, donde un hombre con gabardina y sombrero de fieltro se apoyaba contra un buzón brillante. El hombre tenía un periódico abierto en las manos, pero no daba la sensación de que estuviera leyéndolo.

—¿Qué sucede? —le preguntó ella entre susurros cuando vio que a Nicholas se le ponían rígidos los hombros.

—Ponte a caminar. Tenemos que marcharnos de aquí.

—Sé adónde debemos ir. Tú sígueme.

Etta no estaba segura de cuándo se había dado cuenta, de cuándo había empezado a sospechar lo suficiente como para que, en un momento dado, decidiera mirar por encima del hombro. Resulta que el hombre de la gabardina los seguía, al mismo paso que ellos. Por otro lado, una mujer con un elegante traje de color marrón aparecía y desaparecía de la vista, pero siempre volvía a aparecer.

Nicholas asintió, que era la única confirmación que necesitaba Etta. Los estaban siguiendo.

La muchacha se metió por una calle en busca de un sitio en el que pudieran hablar cuando, de repente, una explosión de color rojo que le resultaba familiar le llamó la atención. Sin detenerse a dar explicaciones, levantó el brazo y le hizo una señal al autobús para que se detuviera.

—Etta...

El conductor le hizo un gesto mientras la chica corría hacia la ventanilla. Nicholas se puso a correr detrás de ella.

—¿Qué locura es esta? —le preguntó el joven, crispado.

El conductor abrió la ventanilla con cierta dificultad.

—La entrada está por detrás...

—¿Pasa este autobús por Kensington?

El conductor era un señor mayor y tenía una tripa tan grande que casi le llegaba al volante, pero recibió la pregunta con cara amable, con una sonrisa amistosa.

—Así es, querida, pero no tengo paradas oficiales. El cobrador te dirá cuánto es, aunque, si me sonríes, le hago un gesto para que te deje montar gratis.

La entrada al autobús estaba abierta y, tal y como le había dicho el conductor, estaba en la parte de atrás. Etta subió ayudándose de la barra y, después de echarle una mirada de pocos amigos, Nicholas la siguió.

Etta debería haberlo sentado en el asiento más cercano; pero, por el contrario, decidió que fueran hacia delante, donde el conductor los vería mejor y ella vería mejor la calle. Ahora bien, no se paró a pensar en que, mientras que ella tenía diecisiete años de experiencia montando en autobús, Nicholas no tenía ninguna. En cuanto el vehículo se incorporó al tráfico, se tambaleó como un borracho y casi se lleva por delante a un niño y a una mujer que llevaba una bolsa con comida.

—Discúlpennos —le dijo Etta a la mujer mientras cogía al joven del brazo y lo ayudaba a enderezarse.

La mujer le señaló con el mentón los agarraderos que colgaban del techo.

—Agárrese a ellos. Y avance despacio.

Llegar a la parte delantera del autobús fue una tarea lenta y lo hicieron dando bandazos, por mucho que él estuviera acostumbrado a caminar por la cubierta de barcos. En cuanto se sentó, Nicholas empezó a sudar a chorros por las sienes. Con una mano se aferraba al asiento de delante y con la otra le cogía a ella una rodilla.

—¡Dios mío! —gritó por encima del rugido del motor—. ¿Qué es ese olor?

Un hombre de uniforme que, sin duda, era el cobrador del que le había hablado el conductor, bajó las escaleras desde el piso de arriba. Llevaba una especie de caja al cuello, una caja de la que salían unos billetes de colores vivos que se sujetaban con una especie de muellecitos.

—Es la gasolina, muchacho.

Nicholas miró a Etta como si se hubiera vuelto loca.

—¿Vamos a asfixiarnos antes de llegar?

El conductor se echó a reír y negó con la cabeza. Etta también se rio y le lanzó una mirada de advertencia al joven, aunque era evidente que Nicholas se había dado cuenta de que había cometido un error. El joven se pasó la mano por la frente y suspiró, pensando en su desliz.

—¿Destino?

—Kensington.

—Dos peniques cada uno.

Etta se quedó sorprendida al ver que Nicholas echaba mano al bolsillo y sacaba una especie de monedas de cobre, no el oro con el que había pensado que tendrían que hacer trueques. El empleado, diligente, les entregó los billetes y fue a cobrar a los demás pasajeros.

—He cambiado el oro y parte de mi paga. Tenemos suficiente para ir tirando.

—Pero ¡era tu paga por llevarnos a Sophia y a mí a Nueva York! —Etta se sentía culpable.

Él hizo un gesto con la mano, como si no importara.

—Tú céntrate en dar esquinazo a los guardianes, que ya nos han encontrado.

—¿El hombre del periódico era un guardián? —Aunque lo preguntaba, creía que conocía la respuesta—. ¿Estás seguro?

—Nunca he estado en este año —respondió en voz baja—, así que no conozco a los guardianes de Ironwood que viven aquí, pero ¿por qué otra razón iban a seguimos la mujer del traje marrón y él? ¿Te has fijado en ella? ¿Qué otra explicación iba a haber?

Le parecía injusto que los guardianes de los Ironwood hubieran dado ya con ellos. Suspiró y apoyó la frente en el asiento que tenían delante. Era importantísimo que el anciano no estuviera al día de sus viajes y movimientos.

Nicholas se inclinó hacia delante y apoyó los codos en las rodillas, y, a continuación, bajó la cabeza y se pasó las manos por el pelo.

—Tiene guardianes vigilando todos los pasadizos conocidos. Es muy probable que lleven siguiéndonos más tiempo del que creemos. Tienen que ser gente de los Ironwood.

Había estado tan sorprendida y azorada por el viaje que no se había parado a pensar en la reacción que habría tenido Cyrus Ironwood cuando se hubiera enterado de que se habían ido.

—¿Corremos peligro?

—Por desgracia, si Cyrus quiere que nos lleven ante su presencia por habernos puesto en marcha sin su permiso, corremos un grave peligro. Nos detendrán y nos retendrán en alguna de las propiedades que los Ironwood tengan en esta época hasta que llegue el viejo y nos imponga algún castigo. Y te aviso de que no es famoso por su carácter compasivo. —Sonrió para romper la tensión—. Por suerte para nosotros, no sabe que los que tenemos corazón de pirata somos muy escurridizos.

La última vez que Etta había visto la casa había sido hacía cinco años, setenta años después de la fecha en la que estaban.

Había hecho uno de esos días muy fríos, de esos en los que cambia de lluvia a aguanieve de un momento al otro y en el que parece que caiga agua por todos lados. La última vez que había visto aquella casa de ladrillo marrón de cubierta plana y tres pisos de altura —con la puerta verde y una aldaba dorada con forma de león— había sido a través de la ventanilla de un coche de alquiler. Etta estaba cansada, molesta y tenía frío, y se hacía la dormida para que el viaje acabase un poco antes.

De repente sentía muchas ganas de abofetear a la Etta de doce años, porque aquella actitud que había tenido entonces hacía que, cuanto más tiempo pasaba delante de la puerta, menos segura estuviera de que, en efecto, se tratara de aquella casa. De una u otra forma, no tenía claro que quisiera llamar al timbre.

—Has dicho que ya habías estado aquí. Si tu instinto te dice que es aquí, hazle caso.

Si su madre y Alice la habían llevado allí en tres ocasiones era porque querían que recordase el lugar. Que supiera encontrarlo.

Pero Alice...

—¿Estás bien? Si no te ves capaz, puedo hablar yo con ella.

La casa daba a la plaza Kensington, que estaba muy cerca del palacio y de los jardines. El vecindario era tranquilo, bonito, y casi estaba intacto a pesar de la guerra. El sol de media tarde desapareció y el cielo se tornó gris por efecto de las nubes. Los árboles del parque, no obstante, contrastaban gracias a sus tintes flamígeros, a sus verdes y a sus dorados. Había unos hombres trabajando cerca, quitando unas vallas y unos raíles, poniéndolos en montones para llevárselos en unas carretas. Había jardincitos aquí y allí, incluido uno frente a la puerta verde.

Etta negó con la cabeza. Le agradecía la oferta, pero si tenía razón y, en efecto, no podía salvar a Alice...

«Es mi última oportunidad de verla».

Pensar aquello hizo que algo se le rompiera por dentro.

Nicholas abrió la cancela y le hizo un gesto para que pasara. Etta se puso recta. Tenía el estómago encogido por efecto tanto de la emoción como del miedo. Luego, levantó la aldaba y llamó en tres ocasiones.

Durante un segundo, que le pareció interminable, creyó que no había nadie en casa. Se inclinó hacia delante, pegó la oreja a la puerta y, entonces, oyó una voz de chica que gritaba:

—¡Un momento!

Y, después, pasos en las escaleras.

Etta retrocedió un poco. Oyó una rozadura al otro lado. ¿El cobertor de la mirilla, quizá? Se volvió hacia Nicholas, que estaba al pie de la escalera, sujetando la bolsa. Oyeron una exclamación, un grito y que se abría la puerta.

—¿Rosie? Pero ¿qué haces...?

Etta se bebió la imagen de la mujer de un trago largo.

El pelo de la chica, de color castaño rojizo, le caía suelto sobre los hombros. Llevaba un sombrero verde de fieltro que le dejaba la cara en sombras y el cuello del vestido, de color verde grisáceo, desabotonado hasta la altura del bolsillo del pecho, donde había una insignia blanca con letras rojas que decía «WVS-CIVIL DEFENSE».

Qué joven era. Tanto que resultaba difícil de creer. Tenía pecas, una galaxia entera que se extendía por su nariz y sus mejillas. Etta había visto fotos, pero... pero es que Alice no había perdido aún esa cara redondeada de los niños. Había reconocido sus ojos al instante, esos ojos de color gris claro que tantísimas veces había visto. La muchacha se sentía incapaz de hablar, como si no fuera a salirle la voz, y tuvo que cruzar los brazos para no echársele al cuello.

—Tú no eres Rose —comentó Alice despacio mientras agarraba la puerta con fuerza y se preparaba para cerrarla de golpe.

—No. —Etta adelantó la mano para impedirlo—. No soy Rose.

Doce

—No puedo ofreceros té, aunque tampoco hay ni leche ni azúcar. Es por el racionamiento. Lo siento mucho.

Alice los había llevado a la sala que había en la parte de delante de la casa e hizo un gesto para que Nicholas y Etta se sentaran en un sofá victoriano duro y con demasiado relleno. Se marchó un momento y Etta, en vez de quedarse sentada, se asomó al pasillo para ver adónde iba. Alice volvió con dos vasos de agua y unas galletitas saladas.

—¿Va todo bien? —les preguntó.

Etta se obligó a dejar de mirarla, se fijó en el cuadro que había encima de la chimenea —un paisaje impresionista de un campo lleno de amapolas— y sonrió. Era como ver a otro viejo amigo. El cuadro había viajado, con su ornamentado marco dorado y todo, a través del Atlántico hasta el apartamento que Alice y Oskar habían comprado en el Upper East Side. Aunque eso no pasaría hasta dentro de diez años.

Había partituras apiladas en orden en lo alto de un piano cerrado, y, debajo de su brillante cuerpo de madera, había un pequeño atril y una funda de violín —la de Alice— que contenía el instrumento con el que, décadas después, Etta ensayaría, durante horas, cada día de la semana. Se había olvidado de aquello, de que la guerra había obligado a Alice a interrumpir las clases. La chica había empezado a tocar de forma profesional con veintipocos años, después de que se hubiera hastiado de Londres.

—Siento mucho ser tan brusca —empezó a decir Alice mientras se sentaba en una silla que había enfrente del sofá—, pero es que tengo que marcharme en unos minutos para cubrir mi turno.

—No pasa nada —respondió Etta con una voz cargada, provocada por la necesidad que sentía de echarse a llorar.

Todo aquello que le había dicho en el Metropolitano antes del concierto...

Hay cosas que no cambian nunca, como, por lo visto, la manera en la que Alice era capaz de esgrimir un gesto dulce que llamaba a la simpatía.

—Tan solo quiero hacerte unas pocas preguntas —le dijo Etta—. Si no te importa, claro.

—¿Sobre Rosie? —La chica la estudiaba con tanto detenimiento como Etta a ella—. Pues me temo que no has tenido mucha suerte, porque hace años que no nos vemos.

Etta se revolvió en el sofá, incómoda, al oír el tono seguro de Alice. Hasta aquel momento, había estado convencida de que la frialdad de ella se debía a una cordialidad cautelosa; pero, con aquella última frase, supo que, en realidad, la chica

sentía una desconfianza manifiesta. En la puerta, el gran parecido de Etta con su madre debía de haberla pillado por sorpresa.

«No va a contarnos nada».

Aunque, a decir verdad, ¿sabría algo la chica en aquella época?

—¿Eras... eres muy amiga suya?

—No, no mucho.

Teniendo en cuenta cómo había abierto la puerta, Etta sabía que tenía que estar mintiéndole.

—Fuimos juntas al colegio hasta que el profesor, su abuelo, murió. Desaparecía a menudo, se juntaba con gente rara, pero, a veces, se quedaba con nosotras. Como ya te he dicho, hace años que no nos vemos.

Etta volvió a removerse en el sofá y se fijó en que Nicholas la miraba preocupado. Hasta entonces, el joven había estado estudiando el vaso de agua, como si le resultara imposible creer que no tuviera impurezas.

—No pretendo ser maleducada, pero ¿quiénes sois y por qué habéis venido? —El tono era más duro, más frío.

Era mejor soltarlo de una vez y dejar de perder el tiempo.

—Me llamo Etta. Soy su hija.

Nicholas acababa de darle un trago al agua y la escupió toda, después de lo cual se dio unos golpes en el pecho para no ahogarse con lo poco que le había pasado por la garganta. Se giró hacia ella con expresión de incredulidad.

—¿Hija? —La voz de Alice había cambiado por completo, era cantarina—. ¡Eso es maravilloso! ¡Dios mío! ¡Os parecéis tanto que resulta chocante! ¡Tendría que haberlo sabido! Etta... ¿Es algún diminutivo? ¿En qué siglo naciste? Resulta tan confuso no seguir la línea temporal..., pero ¡qué voy a contarte a ti!

Etta sintió, de seguido, una serie de emociones fuertes contrarias entre sí — enfado, emoción, esperanza, frustración— y tardó un segundo en tomar aire y procesar lo que Alice acababa de decirle.

—De Henrietta. Y este es Nicholas Carter.

—A su servicio, señora —dijo él acompañando sus palabras de una inclinación de cabeza.

Luego, el joven le puso una mano en el hombro a Etta y la sujetó con firmeza. La muchacha se lo agradeció, porque tenía la sensación de que iba a salir flotando de su cuerpo.

—Pero, cariño, ¿quién es tu padre? Henrietta... Henrietta... ¿Es posible que sea Henry?

La muchacha sintió que tocaba fondo por segunda vez en menos de un minuto.

—¿Henry? —dijo Etta entre susurros.

—Etta no conoce a su padre —le explicó Nicholas—. Me temo que la situación es un tanto complicada.

El joven explicó lo mejor que pudo lo que los había llevado hasta allí, cosa que la muchacha habría sido incapaz de hacer, dado que tenía la cabeza alborotada con un millar de pensamientos. Etta se fijó en cómo la cara de Alice volvía a pasar del horror a la fascinación, pasando por algo que, desde luego, parecía puro miedo.

—Entonces, ¿eres como nosotros? —le preguntó Etta—. ¡No sé por dónde empezar con las preguntas!

—¡Ya me gustaría a mí! —Alice soltó una risita cantarina, aunque parecía tan abrumada como la propia Etta—. El profesor Linden, tu bisabuelo, era primo de mi padre, un gran amigo y un buen mentor. Ni mi padre ni yo heredamos la habilidad de los Linden.

—Entonces, es usted una guardiana —comentó Nicholas.

Etta se echó hacia atrás, estupefacta. Para ella, Alice siempre había sido la abuela que no había conocido. El amor que le demostraba había sido más que suficiente para que se sintiera así, aunque fuera muy consciente de que no compartían el más mínimo vínculo de sangre. Y, de repente, resultaba que eran de la misma familia; parientes lejanos, sí, pero ambas eran Linden.

Alice había envejecido la mar de bien. Y cuando la madre de Etta había escapado de Cyrus Ironwood, Alice había ido en su busca. Etta sintió que las lágrimas volvían a provocar que le escocieran los ojos y que volvía a apoderarse de ella una sensación de culpabilidad que empezaba a resultarle familiar; la frustración que sentía por enterarse de la verdad demasiado tarde.

«Alice nos protegía».

Había sido una guardiana en el más amplio sentido de la palabra.

—Tenían un juegucito entre ellos. El profesor se «encontraba» una reliquia y se valía de mi padre para que el museo la acogiera. Era secreto, claro está. —Sacó una cadena de su sencillo uniforme y les enseñó una moneda que colgaba de ella—. Rosie trajo esto tras unas vacaciones en Grecia. En la Grecia de antes de Jesucristo.

—¿Por qué rompió con los Ironwood? —le preguntó Nicholas.

—El profesor se esforzaba al máximo para mantenerla alejada de las demás familias, en especial, de los Ironwood. Seguro que ya lo sabéis, pero estuvieron en guerra las unas con las otras para decidir quién debía establecer las leyes que los regirían a todos. Aunque, al final, se convirtió en una contienda para vengar a los seres queridos que habían caído en ella y para enmendar la reescritura que unos y otros habían hecho de la línea temporal. El profesor siempre consideró que las familias viajeras estaban a punto de destruirse entre sí. Como ellos dos eran los únicos Linden viajeros, se escondieron en vez de tomar parte por ningún bando. Una vez que los Ironwood se hicieron con el control de los viajes y el profesor murió..., Rosie pasó una temporada con un grupo de personas que se dedicaban a viajar. Se hacían llamar «refugiados».

Nicholas dejó el vaso de agua vacío sobre la mesita con, quizá, demasiada fuerza.

—¿Ha dicho «refugiados»?

Alice asintió.

—Creo que he oído hablar de ellos —comentó Nicholas mientras miraba a Etta de refilón—. Para nosotros, los refugiados son aquellos viajeros que, después de que la línea temporal cambie, se encuentran sin hogar al que volver. A mí me impidieron que saliera de mi tiempo natural, me exiliaron en él, pero ellos, en cambio, han perdido su tiempo natural. El año en que nacieron, los años en los que crecieron y disfrutaron, desaparecen como tales.

—Sophia me habló de eso —dijo Etta—. De que, cuando cambia una línea temporal y eso afecta en gran medida al tiempo natural de un viajero, este no deja de existir, pero cabe la posibilidad de que todos y todo lo que conocía desaparezca.

—Así es. Durante la guerra entre familias sucedió a menudo. La línea temporal se volvía tan inestable, tan impredecible, que muchos empezaron a tener miedo de lo que pudiera pasar si la cosa seguía así. Parte de los supervivientes de los Jacaranda y los Hemlock acabaron reuniéndose con los Ironwood para pedirles perdón y unirse a ellos. No obstante, hubo un grupo que los evitó durante años, e intentaban sabotear sus empresas y tomar represalias para vengar a sus seres queridos. Espinas, ¡eso es! Así es como los llama Ironwood, porque no paran de hacer desgarrones en la línea temporal con intención de recuperar su futuro. Tu madre se alió con ellos. Son un grupo muy peligroso.

—Cyrus Ironwood la acusó de haberse infiltrado en su familia para manipularlos. —Etta miró a Nicholas como si no pudiera más—. Es posible que también estuvieran buscando el astrolabio y supieran que el viejo lo quería o que estaba tras la pista.

—Es una asunción lógica. —El joven se frotó el mentón—. Puede que ellos también sepan dónde está escondido, ¿no? Aunque yo diría que es el tipo de objeto que ellos desearían utilizar, ¿no?

Los tres se quedaron pensando en aquella última frase, que se instaló en su cabeza como una nube de tormenta en el cielo. Etta esperó los truenos y los relámpagos del miedo.

—Ha sido un placer conocerlos, pero... —Alice se puso de pie como por resorte y recogió los vasos de agua—. Lo siento mucho, de verdad, pero tengo que irme.

Etta estudió a la chica y se dio cuenta de que estaba intentando deshacerse de ellos.

—¿Qué sabes del astrolabio?

—Nada. —Les dio la espalda—. Lo siento, pero no sé nada al respecto.

«Todavía no..., todavía no..., todavía no, por favor».

Etta tenía la sensación de que el pánico iba a apoderarse de ella.

«No te vayas todavía».

—Tan solo intento volver con mi madre... y creo que esa es la única manera. Si encuentro el astrolabio, la hallaré a ella. Por favor..., cualquier cosa que sepas, por poco que sea, podría ayudarnos.

—Puede que seas su hija, pero es que... es que me siento como si estuviera traicionándola. Ella no quería que nadie lo encontrara ¡y mucho menos los Ironwood!

—¿Por qué? —le preguntó Etta.

Nicholas cruzó y descruzó las piernas, como si, de repente, no encontrase la postura.

—Al menos, dime eso.

—Pensaba..., que Dios me perdone..., pensaba que lo usarían para sus propios fines. Que provocarían daños irreparables en el mundo para su propio beneficio. Es una herencia de familia. De nuestra familia, si es que eso importa lo más mínimo, y durante años debatimos qué debíamos hacer con él: si dejarlo donde lo había escondido el padre del profesor o si cambiarlo de emplazamiento. Dimos a entender que se había perdido, pero resulta que Cyrus Ironwood, no sé cómo, empezó a acercarse a él. Rosie no lo llevó a otro sitio hasta que el anciano estuvo a punto de encontrarlo. El profesor y ella deberían haberlo destruido, pero no se atrevieron a hacerlo. Para ellos, la historia es demasiado importante.

Alice dejó sobre la repisa de la chimenea el tigre de porcelana con el que había estado jugueteando y siguió hablando:

—Cyrus pensaba que tu madre era tan tonta que iba a poder aprovecharse de ella y engañarla; y supongo que, ahora, está haciendo lo mismo contigo.

Etta negó con la cabeza.

—No pienso permitir que consiga el astrolabio. Lo único que pretendo es volver a casa, volver con mamá... y contigo.

—¿Conmigo?

Alice se dio la vuelta poco a poco.

—Sí. —La muchacha se puso de pie y cruzó la habitación en dirección a Alice—. Mi madre viaja al futuro y tú estás allí para ayudarnos a ambas. Vives en Nueva York. En tu futuro hay un violinista polaco guapísimo...

Alice levantó las manos para impedir que siguiera hablando.

—No me cuentes nada más. De verdad. Veo en tu mirada que quieres decirme algo, pero no debes hacerlo... Yo no puedo alterar la línea temporal, pero tú podrías hacerlo al hablarme de mi futuro. Y, a decir verdad, lo que has empezado a esbozarme me ha gustado mucho.

Etta volvió a mirar la habitación, intentando encontrar alguna prueba de que conocía a Alice, a la futura Alice. Se fijó en el cuadro.

—Sé que comprasteis este cuadro mientras caminabais por la orilla del Sena. Lo comprasteis porque alguien te escribió un poema muy bonito en la parte de atrás, un poema en francés. Y sé que tu padre lo detesta y que tú lo has atornillado a la pared para que no pueda quitarlo.

Alice levantó la mano y tocó el marco. No se movió. Se volvió hacia ellos mientras sacudía la cabeza.

—Quiero ayudaros, pero... ella me ha protegido durante tantísimo tiempo que tengo la sensación de que, ahora, soy yo quien tiene que protegerla.

Aquellas palabras eran típicas de la Alice que conocía. Aquella mujer las había protegido a lo largo de los años como una leona que defiende a sus cachorros. Etta quería abrazarla. Por el contrario, Nicholas estaba cada vez más nervioso y tenía cara de frustración.

—No tengo ningún interés en cambiar el futuro..., su futuro —señaló Etta—. Para empezar, cambiaría mi vida por completo. Y tampoco pienso permitir, bajo ningún concepto, que Cyrus Ironwood acceda a mi época.

El sofá crujió cuando Nicholas se puso de pie y se acercó a la ventana. El joven cruzó los brazos y estudió a las personas que había en la acera.

—De acuerdo... —Alice se retorció las manos hasta que se le pusieron rojas—. Lo cierto es que no sé dónde está. Lo siento, pero... supongo... supongo que no pasa nada malo porque os diga que es el último de cuatro. Hace mucho tiempo, cada familia tenía el suyo. Tres de ellos se perdieron o los destruyeron las familias rivales.

Así que era tal y como Nicholas y también Julian habían pensado.

—El de los Linden es el único que queda, lo que es una bendición si tenemos en cuenta lo que se puede hacer con él.

—¿Te refieres a interpretar los pasadizos? —le preguntó Etta.

Alice parpadeó.

—No, crearlos.

—¿Crearlos? —preguntó Etta.

Luego miró a Nicholas, que, a su vez, la miró a ella, y vio reflejada su sorpresa en la cara de él. La chica debía de haberse equivocado...

—En efecto. —Alice abrió los ojos como platos al darse cuenta de que ninguno de los dos lo sabía—. Tengo la sensación de que muchos de los pasadizos se están volviendo inestables o se están cayendo debido a la muerte de viajeros, además de, claro, a lo antiguos que son. Por lo que me explicó Rosie, lo que quieren tanto Cyrus Ironwood como sus rivales, los Espinas, tal y como los habéis llamado vosotros, es obtener acceso a años a los que ya no pueden viajar y alterar sucesos que tienen lugar en ellos. Aquel que controle el astrolabio podría potencialmente controlar el tiempo por completo.

«¡Oh, Dios mío!».

Eso explicaba que el viejo hubiera estado dispuesto a sacrificar a sus hijos y a su nieto. Aquel astrolabio lo era todo. La mejor carta de la baraja de los viajeros. Si aún no tenía el control absoluto, lo tendría en cuanto consiguiera aquel artefacto. Todas las personas, de todas las épocas, podrían verse afectadas por los planes del viejo, fueran cuales fueran.

¿Significaba aquello que los pasadizos no eran un fenómeno natural que habían descubierto los viajeros hacía siglos y por los que habían entrado a la aventura? ¿Los habrían creado los ancestros de aquellas familias para su uso personal? Esa era la

razón de que hubiera años sin pasadizo y que hubiera tantos pasadizos que no aparecieran en los mapas. Debían de ser anteriores al momento en que las familias habían empezado a registrar los destinos o, quizá, sin más, se habían olvidado de ellos.

O, también, cabía la posibilidad de que algunos de los pasadizos fueran secretos y que los hubiera creado una familia en concreto para su uso particular.

—Y ¿qué tienen que ver los Espinas en esto? —preguntó Nicholas.

De repente, las notas de la sinfonía de vidas, deseos y venganzas se convirtieron en un coro de generaciones que resonaba con muchísima fuerza en la cabeza de Etta. Sabía la respuesta a aquella pregunta:

—Les une su deseo por crear pasadizos hacia el pasado y volver a lo que consideran la línea temporal original, y restaurar los años y los siglos de los que se quedaron huérfanos cuando Cyrus Ironwood empezó a curvar la línea temporal de acuerdo con sus necesidades.

Que no sería el futuro en el que ella había crecido: los días en el parque, las lecciones con Alice, los tés con su madre... Por unos instantes, Etta no tuvo claro qué era más aterrador, sí que el anciano trastease con el futuro o que los Espinas interfirieran en el pasado.

—Y recuperar a los seres queridos —añadió Alice—. Salvarlos.

«Igual que yo quiero salvarte a ti. —Etta se llevó la mano a la boca para intentar impedir que se le escapara por ella el torbellino de incertidumbre que la sacudía por dentro—. Es exactamente lo mismo que quieren hacer ellos. Al fin y al cabo, ¿por qué va a merecerse Alice una nueva oportunidad más que los seres queridos de los Espinas?».»

No, no podía pensar en aquello. Alice merecía vivir. No merecía morir, al menos, de la manera en que la habían matado.

—No se atreverían —opinó Nicholas.

Etta se dio cuenta de por qué el joven evitaba su mirada cuando este añadió:

—No podemos salvar a los muertos. Ni siquiera podemos, en el caso de que nos crucemos con ellos, advertirles de lo que va a pasar.

—Siempre que vivas de acuerdo a las reglas —puntualizó Alice—, reglas que, por otro lado, no existían hasta que Cyrus Ironwood consiguió el poder y las estableció. Ese hombre lo destruyó todo, incluida nuestra forma de vida.

Más secretos. Más por lo que preocuparse. Más razones para encontrar el astrolabio cuanto antes. Etta se frotó el punto entre los ojos en el que había empezado a notar los latidos del corazón.

«Tú sigue adelante».

Que se parase a pensar en aquello seriamente no haría sino sumirla en un círculo de dudas y, en aquel momento, no podía permitirse que la situación la sobrepasase; de hecho, tenía que afrontarla tal y como viniese. Seguiría adelante con su plan:

encontrar el astrolabio, salvar a su madre, salvar a Alice y escapar de Cyrus Ironwood si era necesario.

—Me encantaría que las cosas fueran como cuando las familias medraban y unas equilibraban los poderes de las otras —comentó Alice—. El profesor y mi padre solían hablar del tema apesadumbrados. Cada familia tenía un papel, que se cambiaban las unas con las otras cada pocas décadas para asegurarse de que ninguna socavaba el poder de las demás y que la línea temporal permanecía estable.

—¿Qué tipo de papeles? —le preguntó Etta con curiosidad.

—Unos se encargaban de los registros, otros de la financiación..., y estaban los cambiadores, que eran los encargados de corregir los cambios que hubiera sufrido la línea temporal y de cuidar de la estabilidad de los pasadizos. Y, claro está, una de las familias era la que se encargaba de los juicios y de castigar a aquellos que trasgredieran las leyes. Esos eran los que estaban al cargo, los responsables.

—Eso era hace muchísimo tiempo —añadió Nicholas con desdén—. La corrupción no tardó en aparecer. Por lo que tengo entendido, solo funcionó bien durante unos pocos siglos, cuando las «familias» no eran más que meras alianzas y clanes.

—¿Alianzas? ¿A qué te refieres? —le preguntó Etta.

—¿Acaso tu madre no te ha hablado de nuestra historia? —le preguntó Alice.

La muchacha negó con la cabeza al tiempo que intentaba que la frustración no se apoderara de ella y dijo:

—Es que... es difícil de explicar.

—Bueno, no te preocupes —dijo Alice—. Aunque, en general, se acepta que todos provenimos de un ancestro común que tenía la habilidad, las familias modernas, digamos, eran alianzas en un principio, alianzas entre clanes que, con el tiempo, fueron uniéndose bajo diferentes estandartes; los árboles que usamos hoy en día como símbolo familiar. Los clanes se unían para enfrentarse a sus rivales, a sus enemigos. En aquella época, también hubo un gran conflicto, porque todos reclamaban el control de siglos y territorios. Al final, se resolvió, casi del todo, mediante tratados y el establecimiento de un sistema de tareas y leyes. Si te fijas en la diversidad de los miembros de las familias actuales, aún se aprecian evidencias de lo extendidos que estaban.

Nicholas volvió a mirar a la calle. Se movió, como si estuviera inquieto. Etta se fijó en la larga curva de su columna, la anchura de sus fuertes hombros y cómo tamborileaba con los dedos de la mano izquierda en el brazo derecho.

—Pero basta de historia, que ya apenas importa —comentó el joven—. Vamos, hazle la pregunta que nos ha traído aquí. —El tono de voz de Nicholas era de impaciencia.

Etta miró a Alice como pidiéndole disculpas, pero le pareció que, en realidad, no estaba molesta.

—Mi madre me dejó una serie de pistas para encontrar el astrolabio... en una carta codificada.

—Una carta que solo se puede leer cuando se coloca una clave, un símbolo, encima de ella; un símbolo que indica qué palabras son las que hay que leer. —Alice esbozó una sonrisa cómplice—. Todos los Linden solíamos intercambiar mensajes de esa manera.

Etta notó que se le erizaba el vello de los brazos. Era una conexión, aunque fuera poca cosa, con una familia que no había llegado a conocer.

—Creemos que la siguiente pista de la adivinanza nos llevará a un pasadizo que está cerca de los mármoles de Elgin, pero no sabemos dónde encontrarlos en este año. Se me ha ocurrido que quizá tú lo supieras, dado que tu padre trabaja en el museo...

—¿Puedes responderme primero a una pregunta? —dijo Alice—. ¿Cómo sabías dónde vivo? ¿Has buscado mi dirección? ¿Lo has preguntado?

—No ha sido necesario. Mamá y tú me trajisteis aquí unas cuantas veces. Decías que era un sitio muy especial, que era importante que supiera dónde habías crecido.

Alice suspiró, como si se sintiera aliviada.

—Eso quiere decir que ambas queríamos que fueras capaz de dar conmigo. Bien. Ellas..., nosotras..., es decir, en algún momento hemos debido de saber que algo así iba a suceder.

A raíz de aquello, Etta se convenció del todo. Estaba visto que su presencia allí no era una coincidencia. Alice, su Alice del futuro, había conocido a Etta en el pasado. La había conocido cuando casi era adulta, antes incluso de conocer a aquella chispita, a aquella chiquilla que sujetaba un violín de un tamaño para niños. Aquello era por lo que su madre y ella habían estado discutiendo, porque Alice sabía que Etta iría a su casa..., porque ya lo había vivido.

La sensación de previsibilidad en las vidas de ambas se clavó en su corazón y atravesó la coraza que se había puesto para conseguir mantenerse entera.

—El museo y el Gobierno han decidido guardar los mármoles bajo tierra. Están escondidos en el metro, en el túnel que lleva de la estación de Aldwych a la de Holborn. No está cerca de donde trabajo, pero, al menos, puedo enviaros en la dirección adecuada.

—¿Se puede acceder al túnel? —le preguntó Etta.

—Ambas estaciones se usan de refugio durante los ataques aéreos. Tendréis que buscar el momento en que no estén vigiladas por la policía. Bajad a las vías e internaos por el túnel. Los mármoles están guardados en cajas, pero los reconoceréis sin problema por el gran tamaño que tienen.

Etta asintió mientras memorizaba la información.

—¿Tiene salida trasera su casa? —le preguntó Nicholas de repente mientras corría la cortina.

—Sí —dijo Alice, levantándose despacio—. ¿Por qué?

—En la calle hay dos caballeros que llevan un buen rato mirando esta casa. A menos que tengan interés en pintarla, creo que deberíamos dar por hecho que nos han encontrado.

Por la puerta de atrás, por el jardín de atrás, por la verja de atrás, que daba a la calle. Etta apenas tuvo un segundo para celebrar que habían escapado, aunque, por los pelos, porque, de pronto, vio al hombre de antes, el del sombrero de fieltro, la gabardina y el periódico, que aparecía por la otra bocacalle.

—Lo conozco —comentó Alice mientras cogía a Etta de la muñeca.

—¿Va con los Ironwood? —preguntó Etta.

Alice negó con la cabeza.

—No... no lo creo. Rosie me dejó fotografías para que supiera identificarlos. Ahora bien, este ha venido a buscarla en otras ocasiones.

Si no era uno de los secuaces de los Ironwood, ¿quién narices era?

Las muchachas intentaban seguirle el paso a Nicholas, que avanzaba a trancadas. El joven llevaba la mano derecha metida en la bolsa y Etta supuso que estaba empuñando el revólver. Lo que no sabía era si había comprado munición, aunque tenía la sensación de que la respuesta era...

Se chocó con algo y, de súbito, notó que ese algo la alejaba de Alice. Se tropezó y se cayó de culo, rozándose las palmas de las manos. Cuando dejó de ver puntitos negros, lo que vio fue a una mujer, la del traje marrón, tambaleándose y agarrándose la nariz. Junto a ella, Nicholas se daba la vuelta con la cara pálida de miedo.

Alguien cogió a Etta por los codos y la levantó sin que la muchacha consiguiera poner los pies en el suelo. Luego, olió a colonia detrás de ella, y a sudor, y tiró la cabeza hacia atrás con fuerza con la intención de golpear alguna parte suave y carnosa de aquel hombre.

—¡Rose! —gritó el hombre—. ¡Rose, maldita sea...!

¿Rose?

Un puño pálido voló por delante de la cara de Etta y golpeó la mandíbula del hombre. Alice estaba roja de ira mientras sacudía la mano de dolor. Pero fue Nicholas quien cargó contra él y lo derribó. Etta por fin lo vio con claridad: gafas de concha y un traje de *tweed* arrugado. No era el tipo del sombrero de fieltro, la gabardina y el periódico. Era más joven.

—¡No pretendo...! —empezó a gritar el hombre mientras Nicholas lo levantaba rugiendo y le pegaba un puñetazo en la cara—. ¡No soy...!

No qué. Etta miró a Alice en busca de alguna respuesta, pero la chica se encogió de hombros y empujó a la mujer del traje marrón, que todavía gemía de dolor.

—¡Vamos, Carter! —gritó Alice—. ¡No te pares!

El joven no se movió, excepto para levantar el puño una vez más.

—¡Nicholas! —lo llamó Etta—. ¡Vámonos!

Por fin se zafó de su enfado, dejó al hombre, atontado por los golpes, en la acera y echó a correr para alcanzarlas.

—¿Estás bien? —Nicholas intentó alcanzar a Etta, pero esta echó a correr más rápido por entre la gente que empezaba a reunirse en la zona y los coches que tocaban el claxon para que se apartaran.

«No hay tiempo. Tú corre. Corre».

A medida que iban abriéndose paso por la ajetreada ciudad, empezó a costarle respirar y le ardía el pecho. Dejaban calles de casas atrás, una detrás de otra. Tiendas. Hasta que, por fin, unos veinte minutos después, llegaron a su destino. Por encima de su cabeza había una serie de carteles publicitarios de mil colores y con luces —Lemon Hart, BP, Schweppes—, y, en el centro de un círculo de tráfico, la estatua de Eros observaba el lento avance de los autobuses de dos plantas y de los coches de policía. Aunque no se tratasen de las modernas vallas publicitarias, Etta reconoció la intersección. Habían llegado a Picadilly Circus, cosa de la que daban fe las ampollas de sus pies y los calambres de sus piernas.

Alice miró alrededor, con la cara enrojecida y brillante por el sudor, a pesar del aire frío que hacía.

—No puedo acompañaros todo el camino hasta allí, lo siento..., no puedo saltarme mi turno. Hay gente que depende de mí. Me gustaría, pero...

Etta tragó saliva para intentar ahogar el pinchazo de egoísmo que hacía que quisiera retener a Alice.

—No pasa nada. Gracias por traernos hasta aquí. ¿Está muy lejos la estación de metro?

—Otros veinte minutos andando. Puedo daros dinero para que cojáis un taxi...

—Será más fácil dejarlos atrás si vamos andando —dijo Nicholas—. Gracias. ¿En qué dirección seguimos?

Etta le pidió que le escribiera en el envés de la carta de su madre y con un bolígrafo el resto de las instrucciones. «En dirección este cuando la carretera gira en Picadilly Circus hacia Swiss Court, por la calle Cranbourn, por Carrick, por la calle King, dejar atrás la catedral de San Pablo, bajar hasta Russell, tirar por la calle Catherine una vez has dejado atrás la Royal Opera House...». De repente, Etta echó de menos su móvil, los satélites y el lujo que suponía no tener, jamás, la sensación de estar perdida.

—Tened cuidado —le dijo Alice antes de abrazarla.

La ansiedad que asediaba a Etta se convirtió en miedo paralizador.

«No hay tiempo. No hay tiempo para esto, pero...».

—Tenemos que irnos —oyó que decía Nicholas con amabilidad, pero también advirtiéndola.

Se apartó de Alice con pesar y con una sensación de vacío en el estómago.

«Lo que usted quiere hacer no es algo que tenga que ver únicamente con la moralidad; es que es imposible».

¿Qué iba a cambiar, qué podía cambiar, si advertía a Alice en aquel momento? La pregunta la reconcomía por dentro. Sería una onda muy pequeña, ¿no? Un cambio minúsculo en un inmenso mar de momentos. Si no podía viajar a su propia época y poner a salvo a Alice, porque de esa manera se cruzaría consigo misma, al menos, podía hacer aquello allí mismo. Podía reescribir aquel instante, el terror en los ojos de su profesora, la sangre...

—Alice...

—No, no, no —la interrumpió esta—. Nada de lágrimas o secretos. Quiero la vida que voy a tener, Etta. Así de sencillo. Mi padre siempre dice que la manera de vivir como es debido es haciéndolo sin expectativas o miedos que tiren de ti, que afecten a las decisiones que tomas..., y vivir así es terriblemente complicado con viajeros yendo y viniendo. Quiero conocerte tal y como me conoces tú llegado el día. Quiero tocar el violín, cometer mis propios errores, enamorarme, vivir en tantas ciudades como pueda... ¿Quieres privarme de todo eso?

Etta no podía ni respirar. Abría y cerraba las manos y temblaba de tan fuerte que estaba teniendo que esforzarse para no ponerse a llorar. Se volvió hacia Nicholas, que miraba entre la multitud y que, con educación, hacía como que no las escuchaba. Alice negó con la cabeza.

—Nos llaman «guardianes» porque se supone que cuidamos de vosotros, igual que vosotros cuidáis de nuestro mundo. No olvides, Etta, que lo más destacable de tu vida es que no estás obligada a vivirla hacia delante, como el resto de nosotros. Puedes venir a verme de vez en cuando. Es como en la canción: «Nos veremos en los viejos lugares conocidos...».

Etta soltó a la mujer, muy sorprendida de volver a oír aquellas palabras. Se quedó mirando cómo Alice se despedía de ellos con la mano y se internaba en la muchedumbre que los rodeaba, hasta que el brillo de su cabello rojo se fue apagando y desapareció por completo.

—Etta, ¿estás bien?

No se dio cuenta de que Nicholas le estaba hablando hasta que este se acercó a ella y le pasó el pulgar por la mejilla.

—Me dijo eso mismo... la última vez que la vi, justo antes de que...

De que muriera. Era necesario que pronunciara las palabras. Era necesario que lo aceptase, porque, en aquel instante, le había quedado claro clarísimo que Alice recordaba aquel encuentro. Sabía que Etta intentaría advertirle acerca de lo que le sucedería y que Alice, con esa manera tan particular que tenía de hacerlo, quería dejarle claro que lo que le había dicho en el pasado era verdad. No quería saberlo. No quería que la vida que había vivido con Etta hasta aquel fatídico día cambiase.

Pero Alice la quería lo suficiente como para negarse a que tuviera que viajar o, al menos, a que viajara sin conocer la verdad. Cabía la posibilidad de que aquella fuera la razón de que su madre se hubiera mostrado tan reacia a contárselo; ella era capaz de ser realista, mientras que Alice y Etta eran más sentimentales.

—No quiere que la salve. —Etta se frotó los ojos y se sorprendió al notar los surcos mojados que le habían dejado las lágrimas que había derramado sin darse cuenta—. Perdona..., pero es que... esto me supera. Estoy cansada.

«Lo único que quería era salvarte».

¿Adónde iba a ir ahora? ¿Qué sentido tenía debutar, dedicarse a la música de forma profesional, si Alice no iba a verlo?

Sabía que Alice había estado en lo que su madre acostumbraba a llamar «los años crepusculares» de su vida. Había vivido mucho tiempo y, ya de jovencita, había sabido que su profesora no viviría para siempre. Pero era incapaz de aceptarlo. No entendía qué tenía de justa aquella situación.

«Volveré a verla. No en mi época, y puede que tampoco dentro de poco, pero, algún día...».

—No tienes por qué disculparte. Descansaremos en cuanto estemos a salvo, pero, ahora, tenemos que seguir adelante —dijo Nicholas.

Etta asintió y le siguió.

Él tenía el cuerpo rígido, listo para atacar. Sus ojos oscuros, de mirada cortante, escrutaban a cada persona junto a la que pasaban. De vez en cuando, se frotaba la rozadura de los nudillos y la muchacha sabía que, mientras que ella estaba pensando en Alice, él estaba recordando lo que había sucedido detrás de la casa. Adelantó la mano para frotarle los dedos con el envés de la mano e intentar, así, sacarlo de aquel círculo vicioso de pensamientos. Ya habían perdido casi un día intentando resolver aquella pista, así que no podían perder ni un segundo más con remordimientos.

Etta empezó a caminar más deprisa, casi corriendo, pero él le mantenía el ritmo con facilidad gracias a sus grandes zancadas. La muchacha miraba a uno y otro lado de la calle, intentando dar con la fuente de esa sensación inquietante que la embargaba y que estaba haciendo que se le pusieran los pelos del cogote de punta.

—¿Qué crees que iba a decir el hombre cuando me ha agarrado? ¿Qué no era qué? —preguntó Etta—. ¿Un enemigo? ¿Un Ironwood?

—Si la señorita... si Alice tiene razón y no era un Ironwood, lo más probable es que sea un Espina —respondió Nicholas despacio—. Son igual de peligrosos, porque no nos olvidemos de que ellos también quieren el astrolabio.

Rose. El hombre la había llamado Rose.

—Me ha llamado por el nombre de mi madre. Está claro que la conoce y que me ha confundido con ella.

Nicholas asintió levemente.

—Ya has oído que Alice ha dejado caer que, en un momento de su vida, tu madre perteneció a los Espinas.

Ella frunció el ceño. Había algo en todo aquello que la estaba descolocando, como si pretendiera impedir que resolviera aquel rompecabezas. Su madre quería que viajara; sabía que era inevitable. Etta empezaba a pensar que las «consecuencias» a las que se había referido cuando discutía con Alice en su despacho tenían que ver con

intentar cambiar la línea temporal para impedir que Etta se fuera. En ese caso, ¿por qué iba a haberse unido su madre a un grupo que quería el astrolabio para sus propios fines y evitar que Etta lo consiguiera? ¿Habría engañado su madre a los Espinas igual que había hecho con Cyrus Ironwood?

Puede que su madre fuera fría y reservada, pero Etta no se había dado cuenta hasta entonces de que, además, también podía ser despiadada. Se sintió esperanzada al pensar que, si su madre consideraba que estaba capacitada para encargarse de aquello, que podía con aquello, era porque reconocía que había fuego en su interior.

Ahora bien, cuando la encontrara iban a tener una charla muy larga. Empezando por que le explicase por qué razón no había destruido el astrolabio, cosa que le habría ahorrado tantos disgustos a tanta gente.

Comenzaba a ponerse el sol y el estado de ánimo de la ciudad empezaba a cambiar a algo que hizo que se le pusiera un nudo en el estómago. En las casas, la gente empezaba a echar las cortinas, cortinas gruesas, y los tenderos cubrían con cartón los escaparates de las tiendas. Las farolas seguían apagadas y los grupos empezaban a dispersarse y a meterse por calles secundarias o en cualquier autobús o taxi que pasara. Era como si la ciudad hubiera tomado una última y larga bocanada de aire y estuviera conteniendo el aliento. Etta se sentía como si estuviera caminando sobre una grieta que amenazaba con hacerse más grande.

—Pensaba que tenían... elec... electricidad —comentó Nicholas en voz baja.

Aunque la bolsa de cuero que llevaba el joven al hombro rebotaba entre ambos, de vez en cuando, los enveses de sus manos se acariciaban, lo que desestabilizaba el pulso de ella.

—Sí, sí tienen —le respondió ella susurrando mientras admiraba el rosa pastel del atardecer.

¿Sería aquello parte del «racionamiento» del que les había hablado Alice o sería un apagón?

Dejaron atrás la plaza Leicester, donde parejas con pieles y sombrero deambulaban por delante de los teatros, compartiendo cigarrillos como harían en cualquier otro momento de la vida.

«Casi hemos llegado. Casi hemos...».

—¿Te importa que te haga una pregunta? —le dijo Nicholas sin mirarla, como si se lo estuviese preguntando a la oscuridad que los rodeaba.

El cielo empezaba a tomar un tinte azul oscuro casi negro, esa última luz que queda antes de que la noche caiga. Como no había iluminación, los demás sentidos de la muchacha empezaron a afinarse. El olor a gasolina y humo. El sonido de sus pasos. La sequedad de la boca mientras intentaba tragar saliva.

—Pregúntame lo que quieras.

—¿Qué vas a hacer cuando encuentres el astrolabio —su tono de voz era reservado, cauteloso— ahora que sabes lo que hace?

La muchacha no quería mentirle.

—Lo que sea necesario para salvar a mi madre. Para salvar mi futuro.

—¿Hay alguna circunstancia en la que decidirías dárselo al viejo?

Qué pregunta tan extraña. ¿Sería alguna especie de prueba? Enarcó una ceja.

—¿Se lo darías tú?

El joven abrió la boca, como si fuera a decir algo; pero, de pronto, miró hacia el cielo, un cielo nocturno ya.

—No quiero ni pensar lo que haría ese hombre para acceder al futuro —siguió diciendo ella—. Lo que me da miedo es el ahínco con que lo quiere él y lo lejos que ha tenido que llegar mi madre para protegerlo. Desde luego, hace que me plantee muy seriamente si debería dárselo. Ese viejo me transmite tan malas vibraciones que no quiero atenerme a las reglas con él.

—Pero ¿no es esa la solución fácil, dárselo y recuperar tu vida? ¿A tu madre? ¿Tocar en ese concierto tuyo?

—De lo que queda de mi vida, querrás decir. De lo que no ha torpedeado todavía.

La muchacha no quería seguir con aquella conversación, y menos dado que sus pensamientos seguían estando tan embrollados, cosa que resultaba frustrante. Su madre estaba a salvo por ahora, y lo estaría siempre y cuando consiguiera el astrolabio antes de que se acabara el plazo que les había dado Cyrus Ironwood.

Nicholas la miraba con cara de tonto.

—¿Torpedeado?

—Un misil submarino que... Hum, creo que será mejor que te lo explique más tarde. —Soltó una risotada—. Sería una buena idea torpedear el astrolabio y acabar con esto de una vez por todas.

—No sería inteligente. Lo de volver a casa sería muchísimo más sencillo si creases un pasadizo y no tuvieras que buscar el de Nassau. Espero que te lo tomes como un cumplido, pero supongo que Ironwood querrá veros a tu madre y a ti lo antes posible. Quizás hasta cree un pasadizo para vosotras.

—¿Estás hablando de Cyrus Ironwood? —La muchacha tenía los ojos abiertos de par en par—. ¿El mismo que me dijo que iba a dejarme en tal situación que lo único que podría hacer para salir adelante sería prostituirme?

Nicholas refunfuñó.

—En ese caso, el pasadizo para tu madre y para ti lo crearemos nosotros.

—Si es que descubrimos cómo utilizar el astrolabio.

Su propia frase hizo que se sintiera cansada. A decir verdad, en aquel momento solo quería dos cosas: recuperar a su madre y darse una ducha caliente. Y lavarse los dientes. Tres cosas. Lo último, lo de los dientes, no tenía por qué ser tan difícil de conseguir, pero todas y cada una de las tiendas por delante de las que pasaban ya estaban cerradas.

—¿Te importa que te haga una pregunta? —le dijo ella mientras estudiaba el perfil del joven.

Este asintió para darle permiso, pero la muchacha se dio cuenta de que cerraba las manos con fuerza.

—Supongo que es lo justo.

—¿Qué vas a hacer con el dinero de Cyrus, el dinero que te dio por llevarme a Sophia y a mí a Nueva York?

El joven exhaló y dejó caer los hombros.

—A ver si lo adivinas.

—Vas a comprar un barco —respondió ella al instante.

—Pues sí... ¿Eso también te lo ha contado Chase? —Nicholas se fijó en la catedral de San Paul, en su ornamentada cúpula, que se alzaba por encima de los edificios en ruinas que la rodeaban.

—No, pero me parece lo lógico. Es donde te veo.

De pie bajo el fuerte sol, con el viento colándose en su camisa y en su chaqueta y tironeando de ellas, con el agua por debajo de ellos, bueno, de él, se corrigió Etta, como si fuera una alfombra centelleante.

Nicholas se detuvo, la cogió de los brazos y se situó delante de ella, mirándola de lo más sorprendido.

—¿Tan fácil te resulta saber cómo soy?

La muchacha sonrió y le dio un golpecito en el pecho para evitar hacer otra cosa que la habría avergonzado y que, a él, lo habría dejado patidifuso.

—Se te da tan bien... Te encanta. Se te veía en la cara. ¿Qué te pasa?

El joven tenía la mirada apesadumbrada. La muchacha se sentía como si le hubiera echado las manos a los hombros y estuviera luchando con todas sus fuerzas por sujetarse a ella y no ahogarse.

—Etta... —su tono era áspero—. Tú...

Algo se movió por detrás de él; marrón y negro y blanco y gris. Tres hombres que venían hacia ellos. Los de antes. El del traje de *tweed* estaba sacando algo del bolsillo. Eran Espinas. Cargaban contra ellos. Lo que sacaba era algo pequeño, plateado...

«Una pistola...».

Etta empujó a Nicholas con fuerza contra la pared de ladrillo que tenían al lado. Él miró hacia atrás, sorprendido, justo cuando una bala rugió, quebrando el aire, entre ambos.

—¡Corre! —le soltó la muchacha mientras lo cogía por la muñeca—. ¡Corre!

El joven intentó darse la vuelta para ver lo que pasaba, pero ella tiró de él con fuerza. Sentía el pulso de Nicholas en los dedos.

—¡Gira aquí! —le dijo él—. ¡Vamos a...!

El sonido fue como un recuerdo heredado. Era incapaz de recordar haberlo oído antes, pero lo reconoció al instante por la manera en la que se coló en ella y le sacudió hasta el tuétano. El alarido salió como en espiral del silencio, a mayor

volumen cada vez, mientras los edificios recogían el sonido de las sirenas y hacían que resonara por entre ellos.

—¿Qué diablos es eso? —preguntó el joven mientras se daba la vuelta, intentando localizar la fuente.

—Son sirenas antiaéreas.

La muchacha miró por encima del hombro. La terna que los perseguía había bajado el ritmo debido a la advertencia del inminente ataque, como si no estuvieran seguros de si debían seguir adelante o no. No... —Etta se quedó sin aire—, ¡se habían detenido para apuntar!

El que iba por delante disparó y la bala se estrelló en la pared de ladrillo que tenían detrás. El polvo y los trocitos de ladrillo que saltaron por el impacto le mancharon el pelo y le arañaron el cogote.

—¡Deteneos! ¡Deteneos, maldita sea! —gritó uno de ellos—. ¡No nos obliguéis a dispararos!

—¡Por los todos los diablos! —soltó Nicholas entre dientes.

Etta estaba demasiado furiosa consigo misma como para hablar. ¿Por qué no se había planteado siquiera que podía pasar aquello? Debería haberse obligado a marcharse antes de casa de Alice. Habrían cogido un taxi o lo que fuera que los llevara a la estación de Aldwych cuanto antes y, así, al pasadizo que había oculto debajo de esta. Se encontraban en mitad del bombardeo alemán de Londres, por amor de Dios. Alice le había hablado en un montón de ocasiones acerca de aquellos bombardeos nocturnos casi diarios.

—¿Qué hacemos? —gritó él.

Un zumbido lejano y fortísimo apagó la respuesta de ella e hizo que levantara la cabeza para ver si veía aviones por entre las nubes.

—¡Tenemos que ir a un refugio! —dijo Etta.

Alice les había contado que las estaciones de metro se utilizaban como refugio y, si conseguían llegar a Aldwych y adelantarse a los bombardeos, conseguirían llegar al pasadizo esa misma noche.

Ahora bien, como el bombardeo comenzase antes, y en esa zona de la ciudad, morirían antes siquiera de darse cuenta de lo que les había sucedido.

Por lo visto, los Espinas estaban teniendo las mismas dudas. Oía fragmentos de su conversación: «¡Debemos retroceder!», «¡Hay que seguir adelante!», «¡Nos arriesgamos a morir!».

Habían pasado junto a un refugio en la plaza Leicester y había visto que el metro tenía parada por allí, pero no quería retroceder, porque, si seguían adelante, tendrían la oportunidad de marcharse de Londres aquella misma noche. Parecía que los Espinas esperaban que se acobardaran y que abandonaran las calles para intentar ponerse a cubierto. A Etta le parecía que estuvieran jugando al gato y al ratón. Como acabasen los cinco en el mismo refugio, Nicholas y ella se verían atrapados de nuevo

en la red de los Ironwood. Era importantísimo conseguir que los Espinas se metieran en el refugio más cercano, porque quería largarse de Londres cuanto antes.

Estaban en mitad de una guerra, de una guerra muy real, y, si no tomaba una decisión rápido, había muchas posibilidades de que murieran.

—¡Volvamos! ¡Rápido! —comentó Nicholas—. ¡En la plaza había un refugio...!

—¡No, vamos a intentar llegar hasta Aldwych! —dijo Etta.

—¡No, el otro está más cerca! ¡Podemos rodearlos y dejarlos atrás!

«Quiero marcharme de aquí».

«Quiero volver a casa».

Le cogió la mano al joven con fuerza y tiró de él. Nicholas intentó impedirsele, pero Etta no estaba dispuesta a dar la vuelta.

—¡Podemos conseguirlo! ¡Sería un grave error llevarlos hasta el pasadizo! ¡Cyrus no debe saber cuál vamos a tomar! ¡Tenemos que despistarlos!

«Tenemos».

Debían hacerlo juntos o no funcionaría.

—Maldita sea... —soltó él, aunque empezó a correr tras ella en cuanto Etta reemprendió la carrera.

Se oía algo parecido a los truenos de las tormentas de finales de verano, como las que hacían traquetear los cristales de las ventanas del apartamento en el que vivía con su madre, un retumbar que chasqueaba por encima de la ciudad y resonaba contra las estructuras de cristal y acero. Los silbidos hacían que tuviera la sensación de que iban a explotarle los tímpanos. Los quejidos y lloriqueos se apagaban antes de cada estallido terrible y ensordecedor. Sentía un cosquilleo en la piel, como si se fuera a pelar.

Jamás volvería a quejarse del ruido que hacían los pasadizos. Jamás. Aquel otro sonido sí que era horrendo.

Nicholas estiró el cuello para ver las formas que surcaban el cielo. Era como si cada avión soltase un millar de insectos negros y como si todos fueran caminando poco a poco hacia la ciudad. La fuerte curiosidad que había visto antes en su rostro se había desvanecido.

Etta se dio la vuelta. Detrás de ellos no había nadie.

—¡No están!

Siguió corriendo, más rápido, si cabe, y, en un momento dado, se torció el tobillo con un escombros. Pero no se detuvo. Y tampoco lo hizo Nicholas. Le pasó el brazo por el cuello y la ayudó a seguir. Casi de inmediato, llegaron a la calle Catherine.

—Está al final de esta... calle —dijo Etta con la voz entrecortada.

—Veo más gente. Van todos en la misma dirección. —El joven sentía como si las palabras retumbaran en su pecho, como si resonasen los estruendos de los aviones—. ¡Casi hemos llegado!

Familias, parejas, policías... toda la gente convergía frente a un edificio con la fachada de ladrillo rojo. En lo alto, por encima de las ventanas arqueadas, había un

estandarte blanco en el que ponía, arriba: «FERROCARRIL DE PICADILLY» y, abajo, con letras más pequeñas: «ESTACIÓN DE ALDWYCH».

—¡Sí! —soltó ella.

—¡Gracias a Dios! —exclamó él casi al mismo tiempo.

En la entrada había un hombre con un uniforme oscuro —un policía— que hacía gestos con la mano a la gente para que entrase. Esquivaron las ropas, almohadas, juguetes y maletas que otros habían dejado tirados al salir huyendo y se unieron al flujo de personas. Justo antes de que la horda los enguliese, Nicholas la sujetó por la cintura con un brazo y por los hombros con el otro. La atrajo hacia sí, apelotonados entre las decenas de refugiados que los rodeaban, todos ellos en silencio, intentando bajar las interminables escaleras.

—¿Cuánta profundidad tiene esto? —preguntó Nicholas mientras observaba las pálidas luces del techo.

—Mucha.

Etta esperaba que su respuesta fuera tranquilizadora, porque se sentía inquieta y era evidente que él también. El golpeteo no había terminado, sencillamente, se oía amortiguado. Las luces titilaban debido a que los bombardeos ponían a prueba el suministro eléctrico. La muchacha se dio cuenta de que empezaba a sudar por la espalda. No podía parar de temblar, ni siquiera cuando se apartaron de los demás y fueron hacia las vías del este, tal y como les había indicado Alice.

En parte, Etta había tenido la esperanza de que fuera tan sencillo como acercarse al final del andén, pegar un salto a las vías y colarse por el túnel. Sin ruido, sin llamar la atención, sin que nadie les hiciera preguntas. No obstante, cuando llegaron a las últimas escaleras y doblaron la esquina, se dio cuenta de que tenían un problema.

El problema era que, allí abajo, se refugiaban cientos de personas que habían llegado antes que ellos. Había londinenses por todo el andén, incluso sentados en corro en las vías. Que hubiera tal cantidad de gente hacía que el aire resultara húmedo y pegajoso, cálido. Muchas personas se habían quitado el abrigo y lo habían colgado en las paredes. Alguien incluso había puesto una especie de cuerda de tender a la entrada del túnel.

No podían pasar allí toda la noche, no podían perder tanto tiempo cuando el plazo de Cyrus Ironwood seguía corriendo y se iba agotando.

Nicholas volvió a sujetarla con fuerza porque la gente que llegaba por detrás de ellos los empujaba.

—Maldición —el joven juró por lo bajo—, ¿hacia dónde tenemos que ir?

La muchacha señaló la otra punta de las vías, donde había montones de personas acurrucadas en mantas o formando círculos con sus amigos y familiares. Muchos hablaban en voz baja o intentaban entretener a niños pequeños ya fuera con cuentos o con juguetes. Sin embargo, la mayoría de las personas estaba en silencio, o casi, y tenía cara de circunstancias.

Desde luego, había que reconocer que estaban muy calmados. Es como si estuvieran resignados, como si lo que estaba sucediendo no fuera sino un gran inconveniente en vez de una terrible manera de morir.

—Bueno, vamos a esperar. Seamos pacientes.

Si Nicholas era consciente de los ojos que los seguían a lo largo del andén, no lo demostró. Se movieron entre la multitud hasta que, en un momento dado, encontraron un hueco cerca del final del andén, debajo de un cartel que anunciaba que en el Paramount Theatre estaban representando *Fui una aventurera*, protagonizado por una tal Zorina.

Nicholas dejó la bolsa y se quitó la chaqueta mientras la muchacha se sentaba en el cemento y se apoyaba en la pared curvada. Etta se cogió las piernas y se las llevó hasta el pecho, donde se las abrazó; parecía que se le fueran a romper.

«Tranquilízate. Tranquilízate».

Pero el ataque no había terminado y la muchacha tenía la certeza de que, si una bomba caía encima de donde estaban, aquello se habría terminado; y no solo para Nicholas y para ella, sino también para los cientos de personas que había allí, tan pegadas las unas a las otras que parecían las páginas de un libro.

Nicholas empezó a rebuscar algo en el petate, hasta que sacó la manzana, la única comida que tenían. Etta no tenía hambre, pese a que no hubieran comido nada desde que se habían marchado de Nueva York. El estómago se le había vuelto de piedra y aún le latía por el esfuerzo de la carrera.

El joven la miró con cara de preocupación.

—Debería haber buscado agua. Lo siento, Etta.

—No pasa nada —susurró ella—. Ya la encontrarían cuando salieran del siguiente pasadizo.

—He de reconocer que tu madre empieza a caerme muy mal —murmuró él, reclinándose hacia atrás.

En aquel preciso instante, tampoco es que Etta estuviera muy contenta con ella, pero seguía teniendo miedo de que le pasase algo malo. No dejaba de pensar en aquella fotografía en la que estaba atada, en el tipo de canallas que la tenían retenida.

—Bueno —dijo ella débilmente—, siempre me ha dicho que un buen reto sirve para templar el carácter.

—En ese caso, no cabe duda de que vamos a templar el nuestro con creces —soltó Nicholas con tono seco.

En el andén, estaban tan apretados que se sentaron hombro con hombro, cadera con cadera, pierna con pierna. Etta se alegraba de tener la sólida presencia del joven, de poder apoyarse en él, dado que sus nervios la amenazaban con sumirla en un ataque de pánico. La muchacha cruzó las piernas y notó el frío del cemento en la piel. No le estaba funcionando ninguno de los trucos de Oskar para relajarse mediante el control de la respiración. Y no le funcionaban porque parecía que, por encima de

ellos, en la calle, se hubieran abierto las puertas del infierno. La mujer que tenía a la derecha rezaba en voz baja.

¿Cuántas horas iban a tener que pasar allí, esperando? Era el 22 de septiembre, así que solo les quedaban ocho días para encontrar el astrolabio y llevarlo de vuelta. Y, por si fuera poco, aún no habían descifrado las siguientes pistas.

El miedo y el nerviosismo iban colándose en su sistema nervioso. Empezó a respirar más rápido. ¿Cómo era posible que Nicholas estuviera tan tranquilo, como si no fuera la primera vez que pasaba por algo así?

Aunque, claro, puede que, en cierta manera, así fuera. El ruido del bombardeo no debía de ser muy diferente del que hacía un barco disparando sus cañones. Tenía ganas de preguntarle al respecto, pero no podía hablar porque le daba miedo que admitir alguna cosa, lo que fuera, sirviera para abrir sus compuertas y se desmoronara. Allí, todos estaban enteros, así que ella también debía estarlo.

«Cómo me gustaría tocar».

La muchacha ansiaba poder distraerse, la absoluta concentración de tocar el violín. Ahora bien, si no podía sentir el peso del instrumento en las manos, podía, por lo menos, imaginárselo. Cerró los ojos y dejó que la música la inundara. La sensación de pulsar las cuerdas con los dedos la llenó, por primera vez tras la muerte de Alice, con una sensación de dicha que le resultaba familiar; no de aquella incomodidad o humillación que sentía al pensar en su representación, o del miedo y la pena que se apoderaban de ella al pensar qué sería del cuerpo de Alice; si es que su madre y ella conseguían llegar al funeral de la mujer a tiempo.

Como no tenía nada mejor, se cogió el antebrazo izquierdo con la mano derecha y cerró los ojos. Podía simular, durante unos segundos, que su muñeca era el cuello, que sus venas eran las cuerdas. Imaginó el arco deslizándose por su piel y se concentró en el movimiento.

Bach. Bach le exigía concentración. Bach la sacaría de aquella situación.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó Nicholas.

—Tocar —respondió ella sin que le importara lo ridículo que pudiera parecerle aquello al joven—. Distraerme.

Un hombre que había tumbado boca abajo delante de ellos dejó de leer el libro que tenía en las manos y la miró con curiosidad.

Resultó de lo más curioso que, en aquel preciso instante, empezara a sonar una nota, aguda, clara, que quebró la calma que había en la estación. En el centro del andén había un hombre de edad avanzada que acababa de empezar a tocar una canción dulce al violín. Etta la reconoció de inmediato, era una composición clásica que había oído en alguno de los viejos discos de Oskar, aquellos con un sonido chirriante.

El sonido fue floreciendo a su alrededor, como una flor que se va abriendo pétalo a pétalo, avanzando por las paredes de baldosas blancas con su patrón de cruces negras. Un oficial de policía que pasó junto al hombre se tocó el sombrero a modo de

saludo. Etta se incorporó, intentando ver al anciano por encima de las cabezas de los demás.

Pero lo que veía sin problemas era la pareja de jóvenes que estaba bailando en el poco espacio que tenía. El hombre la abrazaba a ella por la cintura con una mano y, con la otra, sostenía una de las de ella. La mujer se reía y miraba nerviosa alrededor, aunque no dejaba de balancearse. En un momento dado, apoyó la cabeza en el hombro de su pareja.

Nicholas los observaba ensimismado. Etta creía que estaba a punto de decir algo acerca de lo escandalosa que era aquella forma de bailar.

—Qué hermoso, ¿verdad? —se adelantó ella.

El joven se volvió hacia ella.

—¿Quieres que vaya a pedirle el violín? Me enfrentaría a una turba furiosa si fuera necesario con tal de que esbozaras una sonrisa.

Al oír aquellas palabras, el corazón le dio un vuelco.

«Sé valiente».

—Me gustaría tocar para ti.

Nicholas se volvió poco a poco, como si estuviera intentando preparar alguna expresión o respuesta, pero Etta no quería que hubiera ningún malentendido, que cupiera la más mínima posibilidad de que el joven malinterpretara o diera poco valor a sus palabras. Si estaba equivocada, y Nicholas no quería tener nada con ella, se retiraría; pero, en aquel momento..., en aquel momento, Etta solo quería ser valiente. Puso una mano sobre la suya y, a pesar de la evidente fortaleza de espíritu del joven, este bajó el escudo con el que protegía su privacidad y entrelazó los dedos con los de ella.

Las luces volvieron a titilar, lo que hizo que tanto su atención como su corazón se concentraran en lo que sucedía afuera. Los golpes eran fuertes, como si manos gigantes golpearan el techo justo por encima de ellos. Un niño empezó a llorar, lo que hizo que otros se le unieran. Los bailarines dejaron de bailar, pero el caballero que tocaba el violín no se detuvo hasta que las luces acabaron por apagarse y se quedaron en la más completa oscuridad.

Etta no podía dejar de temblar. Se mordió el interior de la boca con tanta fuerza que se hizo sangre. Sentía como si la oscuridad temblara a su alrededor, como si se solidificase en torno a ellos, y, de repente, todos los miedos que había conseguido refrenar hasta entonces se desataron.

«No quiero morir aquí».

«No quiero desaparecer».

«Tengo que volver a casa».

«Mamá».

«Mamá va a morir y es culpa mía».

Empezó a llorar con tal fuerza que hipaba cada vez que respiraba.

—Etta —le susurró el joven cerca del oído antes de girarse y atraerla hacia sí.

Ella apoyó la cabeza en el cuello de él y notó que una mano le acariciaba el pelo y le retiraba los mechones que se le pegaban a las mejillas humedecidas.

—Chist, Etta. Estamos a salvo. La batalla es nuestra, corazón de pirata. Arriarán la bandera y se rendirán.

La muchacha respiró en el mar de sal que parecía la piel del joven, por lejos que estuvieran del océano. No era capaz de pensar con claridad y sentía calor en la cara mientras él le acariciaba tanto el rostro como el brazo. Con tremenda dulzura, entrelazó los dedos con los de ella y guio su mano hasta el otro brazo de él, que tenía sobre el regazo.

El joven se enrolló la manga y ella sintió una explosión de piel caliente en la punta de los dedos.

—Toca algo para mí.

—¿El qué? —susurró Etta.

—Algo que nos saque de aquí.

Le soltó los dedos y siguió el mismo camino de antes, pero de vuelta, brazo arriba, para volver a deslizar su mano hacia abajo. La sensación la distraía muchísimo, era maravillosa, dulce sobre su piel sudada. No eligió una pieza de su repertorio, sino que empezó a tocar una melodía compuesta por notas que le venían a la cabeza, que le salían de dentro.

La melodía de su corazón no tenía nombre. Era rápida, ligera. Como una ola, caía cuando se quedaba sin aliento, subía cuando respiraba. Era la lluvia que resbala por una ventana, la niebla que extiende sus manos por encima del agua. El crujido de un gran barco. Los secretos susurrados por el viento y la vida invisible que se mueve por debajo de él.

Era la llama de una última vela.

El brazo de Nicholas era un mapa de músculos fuertes y tendones delicados, perfectos. Se preguntaba si sería capaz de oír la melodía que le estaba tocando sobre la piel a pesar de los terribles ruidos de las bombas que se cernían sobre ellos. Quizás. El joven la rozó con la mano que tenía libre y dejó un rastro de chispas en su camino.

Dado que el mundo estaba a oscuras a su alrededor, la muchacha era capaz de catalogar sus demás sensaciones, de capturar para siempre aquel momento que estaba teniendo lugar en la cálida negrura. El joven volvió a apartarle el pelo de la cara y se quedó sin respiración al notar que ella lo miraba. Nicholas la besó en la mejilla, en la comisura de los labios, en la mandíbula, y Etta se dio cuenta de que él tenía que estar teniendo la misma sensación, de que nunca antes en toda su vida habían sido tan profundamente conscientes de otra persona.

Le cogió el brazo y se lo pasó alrededor del cuello, con lo que acabaron el uno junto al otro, con la cabeza apoyada en la bolsa y con la chaqueta de él a modo de manta. Etta entendió que allí, en aquella oscuridad, habían encontrado un sitio que

estaba más allá de las reglas, un sitio que quedaba a caballo entre el pasado y el futuro. Aquel momento era irreplicable.

El estruendo del ataque fue a menos cuando él apoyó la frente en la de ella y le acarició la mejilla suavemente con el pulgar. Ella recorrió su cara con la mano: aquella nariz recta; los pómulos, altos y marcados; la curvatura de sus labios. Cuando llegó a ellos, él le tomó la mano y la presionó con fuerza contra ellos, como si fuera un beso desesperado.

Pero cuando ella levantó la cabeza, ansiosa, con la sangre corriéndole desbocada por las venas, el joven se apartó y, aunque seguía sintiéndolo a su lado, sintiendo los latidos de su corazón, su respiración entrecortada, era como si acabase de desaparecer en medio de la oscuridad atronadora.

Trece

La batalla comenzó a su alrededor con tal ferocidad que se quedó sin resuello. Nicholas había estado mirando el horizonte en dirección oeste, donde nubes de color gris acero habían empezado a girar sobre sí mismas como si el mismo Dios estuviera removiendo una taza. El cielo se había llenado de sombras oscuras que hicieron que sintiera un nudo en el estómago. Se volvió, listo para empezar a dar órdenes con las que preparar el barco para la tormenta y...

No había tripulación.

Nadie.

El nombre de «Chase» le vino a la garganta mientras iba camino de la proa. El viento era tan fuerte que no se oían sus pisadas por cubierta. La vela chasqueaba y se agitaba, advirtiéndole. Le llamó la atención algo que se movía; vaya, pero si, después de todo, resultaba que había alguien más en su barco. Aunque estaba de espaldas, aquellos rizos oscuros que subían y bajaban por efecto del despiadado viento, su postura, las manos a la espalda, eran inconfundibles.

—¡Julian!

Por Dios, ¿cómo era posible que estuviera vivo? ¿De verdad había sobrevivido a la caída? Tenían que volver al puerto, a Nueva York...

El otro barco parecía un fantasma, deslizándose por las aguas cubiertas de nieblas y sombras. Apenas tuvo tiempo para tomar aire antes de que lanzara la primera andanada.

Nicholas sintió que el barco se hacía pedazos bajo sus pies, como si se tratara de su propia piel, de sus propios huesos, los que se hicieran añicos en un millar de fragmentos.

—¡Julian! —gritó él mientras el fuego y los escombros estallaban a su alrededor y lo atrapaban en una llamarada de fuego sofocante, en una nube de astillas. Los cañonazos, no obstante, no fueron a menos. La intensidad le quemaba el vello del rostro y le dejó un vacío abrasador tras los párpados. Pegó un fuerte grito cuando se cayó al suelo y el barco se inclinó muchísimo hacia estribor, tanto que solo podía significar una cosa: el agua estaba entrando en él, e iba a hundirse. Ciego. Quemado. Solo.

Y, después, el silencio.

Fue lo repentino de la situación lo que hizo que Nicholas despertara al fin de aquella pesadilla, pero lo sacó con tal violencia que parecía que alguien lo hubiera cogido del cuello de la camisa y lo hubiera sacudido. Sentía como si el cansancio se pegara a su cabeza, como un percebe, y le impidiera pensar con claridad. El miedo más puro e implacable se irguió sobre él como una gran ola y le obligó a abandonar la

suave calidez que lo envolvía. Las baldosas blancas; los centenares de mantas marrones, azules, rojas, negras que lo rodeaban; la gente...

Nicholas se puso en guardia y apoyó la espalda contra la pared. Se frotó los ojos e intentó frenar la manera tan embarazosa en la que su corazón latía.

«Sabes dónde estás».

Y, en efecto, lo sabía.

Londres. Siglo xx. La guerra.

Aquello era... un túnel de transporte. Para un «tren». Uno que iba bajo tierra.

Resopló y se sacudió de los ojos los restos del sueño. Las luces que había en el techo titilaban como cuando las llamas de las velas bailan con la brisa. Inclino la cabeza para oír mejor el sonido tan extraño que hacían, algo entre un zumbido y el sonido desesperado de las cigarras de las colonias del sur.

La electricidad. Hacía mucho tiempo que no había tenido el privilegio de disfrutar de ella y, además, cuando lo había hecho, el recurso tampoco había sido tan abundante ni había estado tan extendido como en la época en la que se encontraba en aquel momento. Había sido Julian el que se la había descubierto, quien se había reído de él mientras examinaba una bombilla por primera vez. Durante mucho tiempo, Nicholas había sido capaz de desterrar el recuerdo de su hermanastro a un rincón de su pensamiento en el que la sensación de culpabilidad no podía contaminar las esperanzas que tenía puestas en el futuro. Sin embargo, viajar era algo que estaba inexorablemente ligado a Julian. Su hermanastro había sido la única razón por la que se había metido en los pasadizos. Al principio, había creído que estaba allí para asegurarse de que los pocos rivales que les quedaban a los Ironwood no le hacían nada, creía que era su protector, un papel del que podría sentirse muy orgulloso. En realidad, había resultado que era quien se encargaba de cuidar de la ropa de su hermanastro, de limpiarla y remendarla como si fuera su ayuda de cámara. Se encargaba de sus necesidades veleidosas y de lidiar con aquellos terribles cambios de humor suyos. Incluso como viajero, había sido un sirviente. Un esclavo de la voluntad de Cyrus Ironwood.

«No necesito ningún protector, lo que necesito es un compañero», le había dicho la muchacha.

Y en las últimas horas había comprobado que ella, a diferencia de su hermanastro, sí que necesitaba un protector, pero que fuera, a su vez, un compañero, algo que jamás había pensado que llegaría a ser para nadie.

Se tomó unos instantes para sí, para rehacerse y esconder los nervios, y, después, miró a la muchacha, que dormía a su lado. Nicholas notaba su olor a rosas, como si se hubiera pasado horas con la cara enterrada en su masa de pelo rubio alborotado. Antes de que pensara que no estaba bien que lo hiciera, de que se planteara siquiera que era un canalla por aprovecharse de la muchacha, le retiró el pelo de la cara.

En cierta medida, cada vez que la miraba, tenía la misma impresión que había tenido en la cubierta del Ardent. Los síntomas de aquella enfermedad eran

inconfundibles: la sensación de que el corazón se le desbocaba, como si, después de cada latido, necesitase unos instantes para recuperarse; la presión que sentía en el pecho; la forma en la que curvaba los dedos, por instinto, como si se preguntara cómo sería acariciar aquel pelo. Conocía la lujuria —se había sentido arrastrado por ella en numerosas ocasiones—, por lo que sabía cómo apaciguarla, cómo evitar esa telaraña que lo atraía, cómo hacer para volver contento, calmado y listo al barco.

Cuando la había abrazado, la noche anterior, había sentido que el resultado iba a ser el mismo. Acariciarla respondería a la pregunta de si su piel era tan suave como se la imaginaba. Ceder ante la necesidad perentoria de reconfortarla sería aceptable, aunque solo fuera una vez, cuando no pudieran ser vistos ni juzgados por nadie...

No obstante, cada segundo que pasaba respirando el aliento de ella, acariciándole el rostro, enfrentándose a la tentación que le suponían aquellos labios..., no hacía sino alimentar el fuego que ardía en su pecho. Quería pensar que lo había hecho porque Etta necesitaba consuelo o, al menos, distracción. Quería pensar que se debía a que era un extraño en aquella época, lo que lo había descolocado. Quería pensar que sus vidas podían acabar en cualquier momento y que aquella iba a ser la única oportunidad que iba a tener.

Lo cierto, sin embargo, era que la había abrazado porque ardía en deseos de hacerlo. No había pensado en la reputación de Etta ni en ninguna otra cosa que tuviera que haber tenido en cuenta. Había cogido lo que quería sin importarle nada más.

Notó que una sonrisa de arrepentimiento invadía su rostro. Se maldijo porque, ahora, la conocía. Ella le había abierto su corazón, se lo había mostrado... y le había dado a probar sus lágrimas.

Se sentía como un barco naufragado.

Se aferró a su fuerza de voluntad igual que un náufrago se aferra a los restos del barco que acaba de irse a pique. Le valía para mantenerse a flote, para recordarle lo importante... cuando la tenía, suave y cálida, viva, en sus brazos.

¿Podría besarla a sabiendas de que estaba a punto de traicionarla, asegurándose de que Cyrus Ironwood recibía el astrolabio?

¿Podría besarla a sabiendas de que ella tendría que volver a su época y él, a la suya? La denigración de la que serían objeto si volvieran juntos a su época y tuvieran que enfrentarse a la ley de las colonias sería...

¿Podría besarla sin estar seguro de que ella lo deseara de la misma forma?

Desde el momento en que lo habían exiliado, Nicholas había usado el sueño de poseer un barco como lastre del que desprenderse cuando llegaran las tormentas de la culpabilidad, de la ira, de la devastación. Había aprendido, de nuevo, a lidiar con las limitaciones de la sociedad de su época, por mucho que no las aceptara. Viajar con ella le había removido unos pensamientos que durante mucho tiempo se había cuidado de no tocar. Porque eran peligrosos. Y ¿cómo sería la vida si no volvía a su época? ¿Si, en vez de devolverle el astrolabio al viejo, pasaban el resto de sus días

como peregrinos, yendo de un sitio a otro, de un siglo a otro, allí donde estuvieran a salvo, donde conviniera según sus necesidades? Cuando dos personas no pertenecían a la era en la que vivían, ¿tendrían que seguir las expectativas de los demás o solo las suyas?

«Salvo que, claro está, Etta quiere salvar a su madre y volver a casa a toda costa».

Y él estaba desesperado por satisfacer sus propias ambiciones. Lo otro no era sino una idea que había ido tomando forma y que se le estaba yendo de las manos. Él quería un barco, o muchos, para vivir una vida sin restricciones... y para deshacerse de una vez por todas de los Ironwood y de sus tejemanejes.

Además, era improbable que Etta fuera a estar a salvo en la vida si no le llevaba el astrolabio al viejo. Más que improbable. Puede que Etta lo comprendiese algún día y entendiera, por ende, por qué la había traicionado.

Era muy fácil dejarse llevar por teorías locas, sin fundamentos. El anciano solo quería aumentar su rebaño. Encontrar más sirvientes. Y aunque su marcha por el pasadizo había sido repentina e inesperada, estaba seguro de que se lo perdonaría si aparecían con el astrolabio, con lo que él quería.

Pero había habido un momento, cuando Alice y Etta se habían dado cuenta de cuáles podían ser las verdaderas intenciones de Cyrus, que había estado a punto de confesar.

«Podrías cuidar de ella».

Las palabras le abrieron la cabeza de parte a parte, como una cuchillada, herida de la que salieron multitud de imágenes de ambos que le llenaron el corazón de una alegría desbocada. ¿Desde cuándo era su política deshacerse de sus recompensas? ¿Cuándo había entregado un tesoro que había ganado por derecho?

«Estamos hechos el uno para el otro».

Una vez el pensamiento se le metió en la cabeza, fue incapaz de hacer que saliera, como una segunda piel, como algo de lo que no puedes librarte. Porque estaba claro que no, que no estaban hechos el uno para el otro. Eran dos barcos navegando en sentido opuesto que, sencillamente, se habían cruzado durante un corto momento de su viaje, y quedarse con ella era tan imposible como contener el viento entre las manos. Y tampoco iba a ofenderla intentándolo. Aunque sabía que no era posible. Cuando llegara el momento, cada uno seguiría su camino, el mismo de antes de conocerse. Ella volvería con su familia y estaría a salvo; él tendría barcos y sería el dueño de su destino, lo único que había querido desde siempre.

Aquello no sería sino una ligera decepción en una vida, por lo demás, exitosa.

No pensaba rendirse al desastre que suponía enamorarse de ella.

Con el tiempo, el dolor se pasaría.

Aunque, sí, se arrepentiría de haberla perdido. La sencillez. Ninguno de los dos tenía que trabajar para el otro, ni se hacían sentir como si así fuera. Le resultaba muy curioso, dado que había estado poco en siglos futuros, que aquella muchacha encajase tan bien con él, que se entendieran tan bien. La vida le había enseñado que solo había

dos formas de obtener lo que quería: gracias a la amabilidad de los demás y a la pena que les daba o tomándolo por la fuerza. ¿Por qué aquello que le estaba sucediendo resultaba tan diferente?

Miró una vez más a su alrededor y se fijó en las familias que dormían juntas. Esposas y maridos, amigos... Hacían que pareciera de lo más sencillo. La pareja que se había puesto a bailar hacía ya unas horas..., le fascinaba la libertad con la que se habían tocado, se habían cogido, cómo habían sido capaces de vivir el momento al que ellos mismos habían dado forma.

«Ya basta. Esto es un trabajo. Es mi compañera y ya está».

Había demasiado en juego para ambos como para que permitiesen que los sentimientos los distrajeran.

Nicholas buscó con la vista al hombre uniformado que había visto caminando por el andén la noche anterior y lo vio, durmiendo, en las escaleras por las que habían bajado unas horas antes. Entre los londinenses dormidos había unos cuantos huecos libres que, lo más probable, es que se debieran a que algunas personas se habían marchado a su casa en cuanto había acabado el ataque.

Se puso en cuclillas e intentó no pensar en lo destruida que estaba la ciudad. El sonido inhumano de las máquinas voladoras y de los proyectiles no había sido ni la mitad de terrible que la idea de lo que habría sido de ellos si no hubieran corrido tanto, si la tormenta de fuego les hubiera caído encima.

Tenían que marcharse de aquella zona. Cuanto antes. Los guardianes de aquella época ya estarían buscándolos de nuevo.

Dudó un poco, pero acarició la mejilla de Etta para despertarla. La muchacha se removió, estiró las piernas y se tapó mejor con su chaqueta mientras suspiraba. Nicholas le puso una mano en el hombro y sacudió a la muchacha hasta que esta abrió los ojos. Lo miró sorprendida, calentita y despeinada por haber pasado horas en la misma postura. Nicholas no podía dejar de observarla y se olvidó de lo que quería decirle.

—¿Qué estás...? —musitó ella.

El joven se llevó un dedo a los labios mientras se ponía de pie y se echaba la bolsa de cuero al hombro. Etta cogió la mano que le ofrecía Nicholas y este tiró de ella, con demasiada fuerza, quizá, lo que hizo que la muchacha perdiera un poco el equilibrio. Nicholas la sostuvo y, después, le pasó la chaqueta por los hombros. Hasta que no llegaron a la boca del túnel, por donde se escondían las vías, después de haber sorteado a los londinenses durmientes, no se dio cuenta de que no había dejado de agarrarle la mano a la muchacha.

Nicholas hizo un gesto hacia el otro lado del andén y Etta asintió. Bien, así que había elegido la dirección adecuada. En cuanto había dejado de ver el cielo, le había resultado imposible saber dónde estaba el norte y dónde el sur, dónde el este y dónde el oeste. Le parecía que la experiencia de estar bajo tierra era tan desagradable como

la sensación que le había producido saltar por los aires en aquel barco durante el sueño. No era natural no sentir el sol en la piel por las mañanas.

El andén terminaba de golpe y se vio obligado a soltarle la mano a Etta para pegar un salto y bajar a las vías. Sus zapatos chocaron contra las vigas de metal que corrían por el suelo. Etta se sentó en la extraña repisa de piedra fría y gris, y se dejó caer a su lado, con cuidado de no pisar a nadie. Bajo aquella luz, la determinación y la concentración afilaban los rasgos de la muchacha, que se giró hacia el túnel y lo guio.

El aire olía ligeramente a fuego. Nicholas frunció el ceño. Había algo que lo inquietaba. Se mantuvo cerca de Etta y eso le obligó a ir más despacio. Cuando se volvió, vio que había un hombre bajito asomado al andén, mirando hacia el túnel. Al principio, le pareció que el hombre tenía la piel aún más oscura que él, pero la realidad lo golpeó como un mazo: lo que tenía era la cara manchada de hollín. Aun así, reconocía sus rasgos: era el que les había disparado la noche anterior mientras corrían hacia la estación. ¿Cómo leches había dado con ellos tan pronto?

—Uno de los Espinas —advirtió Nicholas—. Tenemos que darnos prisa.

—Ve algo. —Había luz delante de ellos, como una abertura en el túnel—. Debe de ser la siguiente estación. Tenemos que estar cerca.

Sin reducir la marcha, Nicholas buscó en la bolsa y sacó la armónica. Se llevó el instrumento a los labios y tocó con suavidad.

Las notas sonaron muy bajitas, pero, aun así, de pronto los envolvió una lluvia de truenos y alaridos monstruosos. Etta, por instinto, se echó hacia él, intentando escapar de aquello. Estaban muy cerca de los mármoles de Elgin. De hecho, vio una cabeza blanca, cincelada, por encima de su refugio de madera, una cabeza con los ojos sin vida que seguía sus pasos por la oscuridad.

—¡Quietos! —les gritó el hombre.

Bajo ningún concepto.

—¡Allí! ¡Allí!

La muchacha señalaba hacia la pared, donde parecía que el aire rielase en la oscuridad. Los gritos alcanzaron un estado desasosegado, lo que hizo que la sangre le latiera en las sienas mientras cruzaba la entrada, con Etta siguiéndole muy de cerca.

La inercia lo lanzó a través de la salida. No podía ni siquiera respirar y sentía el latido del corazón como un martilleo constante. El mundo se convirtió en oscuridad absoluta y notó como si el aire le estrujase los huesos de la espalda y, con la misma rapidez con la que había entrado en el pasadizo, este lo escupió por el otro lado.

A su alrededor, las aves y los insectos chillaban desde los árboles, verdes y frondosos, y desde los arbustos en los que estaban posados. Nicholas siempre padecía unos instantes de ceguera mientras sus ojos se adaptaban a la nueva inundación de luz. Apretó el rostro contra la tierra húmeda para ver si, así, despejaba la niebla que

nublaba su cabeza. En cuanto empezó a ponerse de pie, algo pesado le cayó en la espalda y lo empujó al barro de nuevo.

—¡Perdón! —exclamó Etta mientras rodaba por encima de él—. Ay...

Nicholas se sentó y miró hacia la entrada del pasadizo. Cuando le quedó claro que el otro hombre no los había seguido —si realmente era un Espina, debía de ser uno de sus guardianes, no un viajero—, empezó a mirar un poco más allá. Una jungla, un escudo vasto y denso de color verde y marrón que los rodeaba. El aire estaba cargado de olores contradictorios, como el de la podredumbre de la vegetación y el de la floración, y lo vestía de verde la brillante vegetación y el entramado de ramas de las copas.

—¿Estás bien? —Tenía la garganta seca—. ¿Etta?

La muchacha estaba tirada bocarriba, cuan larga era, con el vestido azul celeste lleno de manchas de barro. Sin poder reprimirse, empezó a quitarle las hojas del pelo, unas hojas largas, mientras ella refunfuñaba y empezaba a sacudirse como una loca.

—Estás bien. Mírame un momento, corazón de pirata.

A él le había costado unos cinco viajes quitarse aquel mareo que se sentía al principio. Sabía muy bien cuál era la sensación: la debilidad, la forma en que cada sonido golpeaba en su cabeza, la sensación de que la sangre se helaba en las venas. Etta abrió los ojos, pero no conseguía enfocar. Soltó un leve suspiro y cerró los ojos de golpe.

—E-estoy bien... pero n-necesito un momento.

No tenían ni un momento que perder y no iban a perderlo, al menos, hasta que supieran adónde habían llegado y si había secuaces de los Ironwood o de los Espinas por las inmediaciones. El guardián de Londres informaría de lo que había pasado al viajero más cercano y los suyos no tardarían en enviarlo tras ellos. Tenían que encontrar el siguiente pasadizo lo antes posible y cruzarlo antes de que consiguieran dar con ellos.

Nicholas iba a llevarle a Cyrus Ironwood su maldito astrolabio, pero quería hacerlo a su modo y conseguir que el viejo no le tocara un pelo a la muchacha. Y, además, tenía que impedir que ella se diera cuenta de que aquel viaje iba a tener un final muy diferente del que ella esperaba.

La miró. La muchacha no dejaba de hacer muecas. Tuvo que tragarse la bilis que le subía por la garganta.

Después de mirar en derredor una vez más para asegurarse de que no había nadie por allí y de que, por tanto, la única amenaza inmediata eran el hambre y la deshidratación, cogió a Etta en brazos y empezó a caminar.

No había ningún sendero ni evidencias de seres humanos. Se esforzó por oír algo que no fuera la algarabía de pájaros e insectos, y, entonces, oyó el correr del agua.

La muchacha no le pesaba, pero consideraba, no sin sentirse un tanto incómodo, que llevarla en brazos era una sensación que empezaba a resultarle familiar. Pasó por encima de una raíz grande que sobresalía del suelo. Dejó que las ramas que les

bloqueaban el paso le hicieran a él lo que quisieran en la cara y en el cuello, pero hizo lo imposible para proteger a la muchacha.

—¿Dónde...? —empezó a preguntar Etta cuando se sintió mejor.

Nicholas esbozó una sonrisa. La próxima vez le resultaría más sencillo.

—Si te digo la verdad, no lo tengo muy claro.

—Bájame. Puedo caminar, de verdad.

Él la agarró con más fuerza alrededor de la cintura y de las piernas. El aire era caliente y estaba convencido de que su olor corporal debía de ser peor que nunca, peor que ninguno de los olores a podredumbre de la jungla, y, aun así, cuando la bajó no lo hizo de buena gana.

«Puede cuidar de sí misma».

Etta se conocía lo bastante bien como para saber a qué podía enfrentarse y a qué no. Eso, no obstante, no impedía que él quisiera cuidar de ella.

La muchacha miró el paisaje que los rodeaba, el follaje esmeralda, la fronda que los protegía del sol.

—Bueno..., esto es diferente.

Nicholas resopló.

—Venga, acompáñame, a ver si encontramos agua y comida.

No le había fallado el oído, pues había un riachuelo no muy lejos de allí, y bajaba con la suficiente fuerza como para que se sintiera cómodo bebiendo de él. Cada vez que Julian y él habían intentado sobrevivir en zonas no civilizadas, habían llevado paquetes con provisiones: ollas para hervir el agua y cocinar, mantas para no congelarse por las noches, cerillas para encender hogueras, sedal y anzuelos para pescar. Había sido Hall quien le había enseñado a sobrevivir sin nada de todo aquello.

Tenía un cuchillo pequeño que ya llevaba consigo en Nueva York y, con eso, sería más que suficiente.

—Espera aquí un momento —le dijo a la muchacha al tiempo que hacía un gesto hacia una roca que había en la orilla—. Vuelvo enseguida. Si estás en peligro, grita.

Etta asintió, distraída con algo que veía en la distancia. Él volvió por donde habían venido, pero giró a la derecha en cuanto vio una especie de torre de color verde pálido por el rabillo del ojo. Plátanos. No estaban maduros, pero, por lo menos, eran comida. Mientras subía al árbol para cortar la fruta, rezó para dar gracias a quien fuera que le estuviera escuchando; y, una vez abajo, guardó los plátanos en la bolsa. Lo más importante en aquel momento era que encontraran algún recipiente en el que hervir agua y conseguir leña seca para hacer una hoguera.

Pasó la mano por el tronco de un árbol caído para ver si estaba lo bastante seco. Con el cuchillo, cortó un pedazo. Luego, le quitó la suciedad y los insectos. Estaba casi hueco por dentro, así que, si lo vaciaba un poco más, podrían usarlo como bol.

Aunque ya estaba empapada de sudor, se quitó la camisa para guardarla en la bolsa. El aire tenía los olores de los pantanos que había al sur de las colonias y daba

la sensación de que iba a ponerse a llover. Si era así, cabía la posibilidad de que no tuvieran que hervir el agua, que les valiera con recogerla.

Siguió cortando y vaciando el tronco y, en un momento dado, se sintió satisfecho. Solo se paró para orinar entre las hojas y para comer medio plátano. Ya se encontraba mejor y estaba seguro de que Etta también se animaría en cuanto comiese algo.

No obstante, cuando volvió al riachuelo, Etta no estaba.

«Ha desaparecido».

Cerró los ojos, pero fue un error. Lo único que vio fue la cara de Julian, la que tenía poco antes de que se lo tragasen la niebla y la distancia.

—¿Etta? —la llamó con la voz entrecortada—. ¡Etta!

Nada. ¿Se habría caído? ¿Se habría ahogado? El pánico hizo acto de presencia y Nicholas se sintió mareado. Buscó por toda la zona, parándose a escuchar cada poco tiempo para ver si oía sus pasos, lo que fuera.

Tenía la sensación de que Etta no le había dicho cuáles eran sus verdaderas intenciones respecto al astrolabio, acerca de cómo pretendía enfrentarse a Cyrus Ironwood; pero eso no quería decir que fuera a marcharse sin más, ¿no? ¿Se habría adelantado?

«Ya lo ha hecho antes... en Nueva York», le susurró una parte cruel de su cabeza.

Oyó que un arbusto se movía detrás de él y, cuando se giró, vio que la muchacha salía por entre las ramas con los ojos como platos.

—¿Qué pasa? ¿Algo va mal?

Durante unos instantes, el terror que aún sentía fue suficiente para que no pudiera articular palabra y para que el corazón se le encabritara. Ella tenía el pelo revuelto y una de las mejillas manchadas de barro, la contraria a la del golpe de Londres. Se puso bien la falda y Nicholas se dio cuenta de cuál debía de ser la razón de que hubiera desaparecido.

—Te... ¡te he dicho que no te movieras! —logró decir.

La muchacha frunció el ceño, como si no entendiera qué peligros tenía darse una vueltecita por la jungla.

—¡Me lo has prometido!

Nicholas se sentía ridículo, pero en su pecho ardía un fuego que no se sentía capaz de extinguir.

—Está bien —dijo Etta despacio—. Lo siento...

—¿Que lo sientes? —Sabía que debería aceptar la disculpa y ponerse con la hoguera y con todo lo demás, pero seguía muerto de miedo—. ¿Y si te hubiera pasado algo? ¿Cómo te hubiera encontrado? ¡Cuando te pida que hagas algo, por favor, hazme caso!

De pronto, Nicholas se dio cuenta de que Etta se había quitado la chaqueta y de que estaba sosteniendo algo contra el pecho... ¡Una cabeza cortada!

La de una estatua. Nicholas se serenó mientras observaba la sonrisa tan serena que lucía la escultura. Era un contrapunto excelente para la cara de enfado que estaba

empezando a poner ella.

—Iba a decirte que creo que sé dónde estamos, pero como está visto que tú lo sabes todo, voy a dejar que lo descubras por ti mismo.

Etta dio media vuelta y se marchó enfadada, siguiendo el riachuelo. Nicholas esperaba que volvería; se reiría un momento y, así, la banda que le atenazaba el pecho se aflojaría y podría respirar de nuevo. La cuestión es que Etta no volvió. Por el contrario, se tropezó, pero consiguió no caer de bruces gracias a que se apoyó en una pared de piedra.

Así es, una pared de piedra. Pero no era solo una pared, porque había escalones, y más estatuas, que alguien había tirado al suelo o que la maleza había reclamado para sí. La mayoría de aquellas figuras de piedra tenían una cara parecida a la que le había enseñado la muchacha, pero a otras no les quedaban rasgos. El paso del tiempo y la fuerza de la jungla los habían erosionado.

El trueno que resonó en la jungla hizo que la muchacha se parara en seco y se llevara las manos a los oídos. Los insectos y los pájaros se volvieron locos; en especial los segundos, que desaparecieron de los árboles en cuanto empezaron a caer las primeras gotas.

—¡Oh, Dios mío! —exclamó Etta mientras se daba la vuelta en busca de Nicholas.

La muchacha tenía el brazo extendido, señalando algo naranja y blanco que no había muy lejos de ella, medio escondido entre el follaje.

Nicholas solo podía fijarse en lo que Etta tenía a sus pies y no pudo sino quedarse mirando cómo aquella cosa sacaba la cabeza del barro, por detrás de ella, con las escamas resplandecientes, resbaladizas. Debía de haberla pisado.

—No te muevas.

El joven notó que el terror zumbaba en su interior, al galope, desesperado, cuando sonó otro trueno justo encima de su cabeza. Etta empezó a dar un paso atrás y a girarse para mirarlo. En ese instante, la serpiente se irguió, lista para morderla.

—¡No te muevas!

No confiaba en su puntería con el cuchillo y, además, con cualquier desliz, ráfaga de aire o lo que fuera, le daría a ella en la pierna. Antes de que pudiera pensarlo, tenía el revólver en la mano, la serpiente se estiró hacia delante y él disparó.

Angkor

1685

Catorce

Etta oyó una pequeña detonación un instante antes de que el calor le quemara la parte trasera de la pantorrilla izquierda y cayera al suelo a cuatro patas. Levantó la vista a tiempo de ver la cola del tigre como un destello mientras el animal se internaba entre los árboles. Le pitaban los oídos, le dolían. Se dio la vuelta y, de pronto, vio una cobra que la miraba, no muy lejos de su pierna. Tanto la cabeza como el cuerpo seguían moviéndose.

Etta se quedó mirando al reptil, incapaz, casi, de sentir la lluvia que acababa de empezar a caer y que agitaba las hojas y marcaba el barro.

Nicholas estaba a pocos metros, con el revólver aún en la mano y con cara de que fuera a él a quien le habían disparado, no a la serpiente.

Etta se tocó la pierna y vio que tenía sangre. Se quedó mirándola tanto tiempo que la lluvia empezó a limpiarla, tanto tiempo como para que Nicholas dejara de estar conmocionado, saliera corriendo hacia ella y le pegara una patada a la serpiente para apartarla.

—¿Te ha mordido? —Le cogió la pierna para comprobarlo por sí mismo. El joven no paraba de temblar—. Etta, ¿te ha mordido?

No, pero de camino a la serpiente, la bala le había rozado la pierna lo suficiente como para dejarle una marca roja y fea. Había estado tan cerca de que aquel reptil la mordiera y ni siquiera se había dado cuenta.

—¡Dios! —Nicholas le puso la mano sobre la herida. Se arrancó un pedazo de la manga de la chaqueta y buscó las tijeras en la bolsa. Con tanta suavidad como pudo, le quitó la sangre con un pedazo, dándole toquecitos suaves, y, con otro, limpio, le vendó la herida.

«Pero ¿dónde está el tigre?», se preguntó Etta maravillada.

Al principio, cuando lo había visto, se había sentido sorprendida, maravillada. Sus ojos brillantes habían seguido el avance de ambos jóvenes con gran interés. Había sido entonces cuando la muchacha se había dado cuenta de que no había ninguna barrera entre el animal y ellos.

Nicholas le acarició el cabello húmedo, los hombros después, los brazos, y subió luego hasta la cara. Poco a poco, la imagen se hizo nítida y, de súbito, se dio cuenta de que el joven llevaba hablándole todo el tiempo.

—¿Puedes ponerte en pie?

El suelo se había convertido en un río de barro y Etta estaba ansiosa por salir de él, así que asintió y aceptó su ayuda. Con cuidado, probó si era capaz de pisar con el pie de la pierna herida. No dejó de apoyarse en los hombros desnudos de él y le miró a la cara.

—¿Estás bien? —le preguntó Nicholas.

Su voz aún le sonaba extraña. Asintió. Estar de pie era sencillo, pero hablar no.

—¿Te parece bien que caminemos?

Etta asintió y se llevó los brazos al pecho.

Nicholas se los cogió, pero, de repente, algo se le pasó por la cabeza a la muchacha y los retiró.

—Espera, deberíamos llevárnosla.

—¿Llevárnosla? ¿A la serpiente?

—Sí. —Etta se sacudió los últimos restos de estupefacción que le nublaban el pensamiento—. ¿Y si necesitamos comer? ¿No deberíamos cogerla? —Pensó un poco más en ello y añadió—. Aunque puede que la cabeza no, claro está.

Con una cortina verde resplandeciente a la espalda —a pesar, incluso, de la luz plateada del cielo encapotado—, con la lluvia cayéndole por la cara, por los hombros, con cicatrices por todo el pecho, Nicholas parpadeó y se echó a reír. Inclino la cabeza hacia atrás para que la lluvia le diera en la cara de lleno y, en un momento dado, bajó la cabeza y la besó para atrapar en sus labios la dulzura de aquel momento.

Hasta cierto punto, dio la sensación de que el beso había acabado antes incluso de empezar. El joven se apartó con expresión tanto de vergüenza como de miedo, estudiando la cara de ella. Ella, en cambio, le acarició la mejilla para borrarle la preocupación del ceño, de aquellos preciosos ojos oscuros. Pero sabía que Nicholas no era de los que se dejan confortar, y también sabía que aquella preocupación no se debía solo a la necesidad de comportarse con la propiedad que se observaba en el siglo XVIII. Aquello ya lo habían dejado atrás.

Etta echó los hombros hacia atrás y lo miró como si estuviera retándole.

—¿A eso le llamas beso?

El joven esbozó una sonrisa de medio lado.

—No tenemos tiempo para besarnos como es menester, corazón de pirata. Venga, dime, ¿dónde estamos?

En algún momento desde que Nicholas se había marchado para... para lo que fuera necesario hacer sin camisa... hasta que ella había encontrado la cabeza decapitada del buda, Etta había empezado a sospechar dónde se encontraban. Mientras caminaba, y veía, a lo lejos, las torres del templo, se había sentido aliviada por estar en lo cierto, sensación que apenas había durado un instante porque, de pronto, el enfado había hecho acto de presencia una vez más.

Nueva York.

Londres.

Y, ahora, Camboya.

Era demasiado para tratarse de una coincidencia. Había sacado la carta y había vuelto a leer la primera pista, que habían ignorado frente al pasadizo de Nueva York:

«Levántate y entra en la guarida, allí donde la oscuridad te otorga tus galones». Tenía que estar refiriéndose al monasterio de Taktsang Palphug, en Bután, conocido como Guarida del Tigre o Nido del Tigre. Su madre se jactaba de haber entrado en una de sus cuevas para meditar acerca de qué hacer con su vida. Si había llegado a alguna conclusión, y dadas las circunstancias, parecía improbable que fuera a poder llevarla a buen puerto.

Su madre le había explicado cómo descifrar la carta. Se lo había explicado en innumerables ocasiones en forma de historias que le contaba antes de irse a la cama, historias en las que le hablaba de su vida y de sus aventuras. Incluso había pintado escenas y las había colgado en la pared de la sala en el orden adecuado, lo que hizo que Etta se sintiera como una idiota por no haber hecho antes la conexión. Cada pista estaba pensada para esconder la verdad de su vida como viajera. Escondida a plena vista.

A raíz de aquello, le quedó claro que el cuadro del Museo Británico no pretendía llevarla al museo en sí, sino al otro tema que se mostraba en él: a Alice. Y estaba dispuesta a apostar que, si se fijaba mejor en el cuadro, encontraría que el que supuestamente había sido el primer apartamento que su madre había tenido en Nueva York, aquel desde cuya ventana había pintado la luz de la zona este del centro de la ciudad, estaba en el mismo sitio que Dove Tavern.

«Etta, ¿estás escuchándome?».

«Etta, ¿estás prestándome atención?».

«Voy a contarte una historia».

Rose había plantado las semillas y las había regado una y otra vez contándole historias a lo largo de los años. Le había proporcionado todo lo necesario para encontrar el astrolabio. Tan solo tenía que hacer las conexiones.

Etta nunca había estado en la Guarida del Tigre. Ni siquiera había estado en Bután, pero conocía a alguien —además de su madre— que sí había estado.

Nicholas y ella caminaban uno al lado del otro, mirando bien el suelo por donde pisaban, hasta que entre el follaje aparecieron más estatuas y piedras oscuras, que les indicaban que debían seguir adelante. Gracias a lo que hasta entonces había pensado que eran historias llenas de fantasías, la muchacha sabía que, en la época moderna, el gobierno camboyano había limpiado la selva que en su día había reclamado tanto Angkor Wat como Angkor Thom —la ciudad en la que estaban en aquel momento— para que los turistas pudieran explorar sus templos y demás estructuras. Ahora bien, estuvieran en el año —o época— en el que estuvieran, era evidente que el imperio Khmer ya las había abandonado y que la civilización occidental no había empezado a interesarse todavía por ellas.

—Vamos a tener que nadar —comentó Nicholas. Era lo primero que decía en casi una hora.

Habían llegado a lo que a Etta le parecía parte del foso que rodeaba los restos de la gran ciudad. A lo largo de los años, el foso se había llenado de tierra y plantas,

pero, con lo que estaba lloviendo, el nivel del agua había subido tanto que iban a tener que cruzarlo a nado.

—No. Mi madre me contó que había una especie de puente... en la puerta del sur. Creo.

Supuso que la estructura nada tendría que ver con los puentes de su época, pero consideraba importante que la localizaran para que, así, de paso, evitaran a cualquier ser vivo que hubiera en el foso.

Para llenar el silencio y dejar de pensar en que la lluvia sacudía los árboles de tal manera que sonaban como serpientes enfadadas, Etta le preguntó a Nicholas:

—¿Adónde viajaste con Julian?

—Pues aquí y allí.

Vale, hablar de Julian seguía sin ser una opción y no pensaba presionarlo, pues resultaba evidente que todavía era un asunto doloroso para él. Etta, no obstante, sentía mucha curiosidad por aquella parte de su vida.

—Yo diría que estuvisteis a punto de encontrar el rastro del astrolabio. No sé si estabais en el año adecuado, pero estoy casi segura de que la primera pista hace referencia a la Guarida del Tigre. Es allí donde murió Julian, ¿verdad?

Nicholas se pasó la mano por el pelo y asintió.

Etta entrecruzó los dedos.

—Es culpa de mi madre, ¿verdad? Todo. Que tú tuvieras que viajar con él, que muriera...

—Puedo perdonar a tu madre porque hizo lo que creía que estaba bien, por mucho que sus métodos sean cuestionables y den tantos quebraderos de cabeza; porque, en realidad, si buscamos el origen de la culpa, lo cierto es que el responsable es Cyrus Ironwood.

Siempre Cyrus Ironwood.

—No estoy seguro de por dónde o cómo empezar... —El joven apartó una rama para que pasara Etta. Era evidente que estaba buscando las palabras—. A Julian y a mí nos envió a Bután porque el viejo había encontrado unos archivos en los que ponía que, según parece, en una ocasión, un monje había visto a una joven rubia en una de sus cuevas de meditación. Una joven que no llegó a salir jamás de dicha cueva. Pensábamos que sería otro viaje infructuoso. A lo largo de los años habíamos estado en México, en la India..., incluso en lo que creo que tú conocerás como Alaska.

La muchacha asintió.

—No es... no es fácil hablar de ello. —Hablaba bajo y, en un momento dado, un trueno ahogó sus palabras—. Al principio, no me daba cuenta del verdadero papel que desempeñaba yo. Me repetía una y otra vez que no estaba allí como sirviente de Julian, sino porque era su hermano, un amigo, su protector. Yo diría que él me veía como un confidente, pero... me temo que soy muy orgulloso. Cuando me di cuenta de que no era sino un ayuda de cámara, la idea empezó a comerme por dentro. Hizo que me enfadara con él. Justo antes de que muriera, le dije que no quería seguir

viajando, que quería sacudirme el yugo de mi nueva esclavitud. Cyrus me había prometido posición social si volvía a los brazos de la familia; me había dicho que vería maravillas, que correría aventuras, todo eso que le resulta emocionante a un muchachito de catorce años. No obstante, nunca me dio la libertad. Me hablaban dándome órdenes. No me entrenaron del todo, como a los demás, ni me contaban dónde estaban los pasadizos. Ahora me pregunto si el viejo se imaginaba que, antes o después, yo me iría.

Etta lo tenía claro: Cyrus Ironwood era un manipulador nato. De haberlo visto necesario, le habría prometido la luna con tal de que viajara con Julian.

—Quería tomar aquellas decisiones por mí mismo. Construir mi propia vida, sentir que volvía a estar en el castillo de popa... Solo con los Hall o cuando navegaba con el capitán me había sentido así.

—¿Qué te dijo Julian cuando le comentaste que querías dejarlo?

Nicholas se quedó callado un buen rato.

—Me dijo que había firmado un contrato y que ninguno de los Ironwood permitiría jamás que lo rompiera, por mucho que fuéramos familia. Me dijo que era mi deber, de una forma u otra, que aquella era la manera en la que había que hacer las cosas. «Lo siento muchísimo, chico» y todas esas martingalas. No creo que tuviera mal corazón, sencillamente, lo habían envenenado con todas aquellas justificaciones, como a los demás.

Etta hizo ademán de ir a acariciarle la mano, pero el joven tenía los hombros caídos y no estaba segura de que quisiera que lo tocara en aquel momento.

—Me di cuenta de mi error. Había estado planeando escaparme de la familia en cuanto volviera al siglo XVIII, quedarme en mi propia época, y creía que sería posible después de que volviéramos de... —Se quedó callado una vez más—. ¿Sophia sigue pensando que yo dejé que cayera?

Etta puso cara de pena, lo que le sirvió a él de respuesta.

—Ya le dije que era imposible.

—¿Ah, sí? —soltó mientras apartaba una rama—. Aunque no la culpo. Toda la familia debía de saber que estaba desesperado por librarme de aquel contrato de servicio. El exilio es una manera limpia, aunque dura, de conseguirlo. He... he llegado a preguntarme si hubo algo en mí que dejó que se cayera... a sabiendas de cuáles serían las consecuencias.

Ella negó con la cabeza.

—No. Y, por si te sirve de algo, Sophia reconoce que fue un accidente.

—Pero me culpa a mí. Y yo también me culpo. Y soy idiota porque, a pesar de todo, era mi hermano. Nunca lo vi de otra forma, ni me preocupé por él menos que por Chase, que es mi hermano en todos los aspectos, excepto por el hecho de que no tenemos vínculo de sangre. Julian, en cambio, nunca me vio como tal.

Etta intentó recordar qué había dicho Sophia, aquello de que Julian había insistido en que tanto él como todos los demás debían esforzarse en tratar a Nicholas como a

su hermano. Ahora bien, poco debían de significar las palabras cuando era evidente que no le había hecho partícipe del sentimiento.

—Nada de eso hace que seas idiota —comentó la muchacha antes de resoplar y apartarse el pelo de la cara—. Mereces que te quieran y te traten con respeto.

Si Nicholas la había oído, no dio ningún indicio de que así fuera. Levantó la cara hacia la lluvia y, después, siguió caminando en silencio.

—Tendría que haberlo salvado —comentó al cabo de un buen rato—. Cuando he vuelto al riachuelo y he visto que no estabas... me ha venido a la cabeza aquel momento en la montaña. Se... se ha apoderado de mí y no me soltaba, ni siquiera cuando he visto que estabas bien.

«¿Habrás tenido un ataque de pánico?».

O quizá no fuera sino el eco de un recuerdo trágico. Aquello explicaría que hubiera reaccionado con tal desproporción.

—Al final, lo único que me queda es la certidumbre de que no puedo protegerte ni de lo más sencillo. Y me cuesta aceptarlo. En cualquier caso, estoy muy arrepentido de lo que te he dicho.

—Me molesta mucho que me traten como si fuera una niña. Sé que no era tu intención y que las cosas son muy diferentes en tu época, pero casi nada me enfurece tanto y tan rápido.

Él asintió.

—Lo sé. Ha sido irracional.

La muchacha se encogió de hombros.

—No creas que yo no tengo reacciones irracionales. Te lo aseguro. Me he pasado la mitad de la vida convencida, en secreto, de que mi madre me consideraba un fallo y de que se arrepentía de haberme tenido, de que por eso era tan distante conmigo. Con el corazón duro, imposible satisfacerla. Pero, en realidad, sé que no es cierto. Cuando yo era más joven, mi madre era... muy diferente. Además, siempre me ha dado todo lo que he necesitado.

Excepto, claro está, que no le había hablado de los viajes y no le había contado la verdad. Se miraron a los ojos.

—Nunca le había dicho esto a nadie. De hecho, ni siquiera sé si alguna vez había verbalizado este sentimiento. Ni siquiera estoy segura de haberlo concebido como tal en mi cabeza.

—Y ahora que sabes la verdad... —empezó él.

Etta, que había estado observando los charcos de barro y los riachuelos, vio, de repente, por el rabillo del ojo, un destello brillante. Se acuclilló a toda prisa y tiró de Nicholas para que se agachase también.

Él cayó de rodillas y soltó un gruñido de sorpresa. Etta afinó la vista y se concentró en un punto que tenía delante mientras se incorporaba muy poco a poco para mirar por encima de un arbusto. Habían estado caminando a lo largo del foso, siguiendo las murallas de la ciudad lo mejor que podían, dado que la jungla había

hecho una labor excelente desdibujándolas. La muchacha, sin embargo, había captado algo nuevo. Se inclinó hacia delante y apartó un poco las hojas: ropas de color ocre.

Movimiento.

Seres humanos.

Tardó unos momentos en darse cuenta de lo que estaba viendo. En su época, los monjes budistas llevaban túnicas coloridas, que iban desde el color azafrán a un mandarina tostado. Aquellas ropas, en cambio, eran de un amarillo más apagado y estaban llenas de manchas de barro. Los monjes, a quienes dichos hábitos se les pegaban al cuerpo, intentaban refugiarse de la lluvia torrencial en el arco de una gran puerta que quedaba al otro lado de un puente al que poco le faltaba para caerse.

—Supongo que ese es el puente del que has hablado.

Etta asintió. Desde luego, y a pesar de que la selva estuviera empezando a reclamarlo para sí, era el único que cruzaba el foso.

Daba la sensación de que los religiosos estaban decidiendo qué hacer. Uno de ellos señalaba la jungla con las manos, hacia donde estaban ellos escondidos, así que los dos se tiraron al suelo de golpe.

—No podemos acercarnos a ellos sin más, ¿verdad? —le preguntó ella entre susurros.

—¿Acaso parece que alguno de los dos pertenezcamos a este sitio? —respondió él con las cejas enarcadas—. ¿Que haya una explicación lógica para que estemos aquí?

Vale, bien visto. Si viajar por el tiempo era el arte de mimetizarse con el entorno, estaba de acuerdo en que quizá fuera un poco complicado explicar su aspecto y sus ropas en las junglas de Camboya.

—No estamos viajando con la ayuda de un guardián, que podría justificar nuestra presencia. —Nicholas continuó hablando en voz baja—: Y si resulta que anotan en un registro nuestra estancia aquí y ese documento sobrevive...

Podría alterar la historia. Puede que fuera una pequeña onda, sí, pero Etta no quería poner en peligro el futuro de ninguno de los dos.

No sabría decir cuánto tiempo estuvieron esperando, pero fue el suficiente como para que, al rato de que apoyara la mejilla en el hombro desnudo de Nicholas, empezara a dormir. Fue el sonido de voces lo que la sacó de aquel sueño producido por el cansancio. El cálido y sólido bloque que tenía al lado desapareció cuando Nicholas se sentó. El joven se concentró en los monjes cuando estos abandonaron su refugio y se dispusieron a cruzar el puente.

La muchacha se frotó la cara y prestó atención a los murmullos de los religiosos y a sus pasos por el suelo húmedo y enfangado. Los observó hasta que encontraron una especie de sendero y la fronda se los tragó. Eran diez. Nicholas esperó un tiempo prudencial para ver si salían más de la ciudad. En cuanto se convenció de que no parecía que fuera a ser así, la ayudó a levantarse. Etta se apoyó con suavidad en la pierna herida y cojeó un poco.

—No pasa nada —le aseguró ella ante la mirada de preocupación de Nicholas. Podía con aquello.

—Tu madre debe de ser una persona temible —comentó él mientras la cogía del brazo y la ayudaba a llegar a un árbol caído (aunque, después, no dejó de cogérselo) —. Una revolución, una guerra mundial, una jungla remota... Casi hasta me da miedo pensar qué será lo siguiente.

—París.

Tenía en la cabeza el cuadro del Jardín de Luxemburgo. Era una imagen clara; tanto que casi podía notar el olor dulzón de la hierba, los árboles y los innumerables macizos florales. Después de la lluvia, el olor a podredumbre de la selva era más fuerte. Debido a que el cielo estaba nublado, la noche estaba acercándose temprano e iba extendiendo su manto por el cielo con mayor facilidad, por lo que la penumbra era cada vez mayor. ¿Cuál era la conexión de su madre, de su familia, con aquel sitio?

—Por Dios, a ver si lo adivino: ¿la Revolución Francesa? ¿El Reinado del Terror? —Nicholas se presionó en el puente de la nariz—. No me apetece perder la cabeza en esta búsqueda.

Etta no tenía ni idea de lo que les esperaba, pero con la terrible racha que llevaban, no le sorprendería que su madre hubiera puesto una guillotina de por medio, a modo de reto. Entendía que, hasta cierto punto, pretendía disuadir a los demás viajeros de que siguieran su rastro, pero... ¿tanto?

Estiró los brazos. La espalda. Si su madre había sido tan dura como para hacerlo, ella también podía.

«Mi hogar... Mi hogar, mi madre y... ¿qué más?».

—¿Esa cara que tienes es de emoción? —le preguntó el joven con una sonrisa cómplice.

Le gustó ver aquella sonrisa. Aún sentía el tacto de aquellos labios suaves y dulces.

—Esto de viajar... ya no me parece tan terrible —admitió Etta por primera vez.

Lo que eran capaces de hacer —aquella habilidad suya— era emocionante, absurda, terrible, maravillosa, y hacía que el corazón le fuera a mil. Hacía que sintiera, por primera vez en mucho tiempo, que estaba fuera de su burbuja de cuerdas, concursos y sesiones de ensayos interminables. Hacía que se sintiera fuerte y capaz por haber sobrevivido hasta allí, porque seguía sobreviviendo. Hacía que sintiera curiosidad por todas aquellas épocas ocultas que, a raíz de aquello, y si lo deseaba, podían abrirse ante ella como si fueran una baraja de cartas a la espera de que eligiera una.

«Me ha besado».

Y ella lo había besado a él.

Y no había sido por accidente. No había resultado el producto de una borrachera; no del todo. Le había parecido tan natural y familiar como que le estuviera cogiendo la mano en aquel momento. Había sido consciente, por instinto, de que estaban

construyendo algo, y estaba contenta porque era el mismo «algo» que ella quería. Y cabía la posibilidad de que, después de todo, y en efecto, tuviera el corazón de pirata, porque estaba dispuesta a luchar con todas sus fuerzas antes de entregar voluntariamente el tesoro que acababa de encontrar.

Miró a Nicholas, se fijó en su fuerte perfil, y, de pronto, se le metió una idea en la cabeza. Una idea de la que no podía librarse. Era una solución rápida y fácil, y descubrió que, en parte, quería acogerse a ella con todas sus fuerzas.

Si Cyrus Ironwood iba a castigarlo por dejar que ella se escapara con el astrolabio, quizá... Nicholas debiera acompañarla al futuro para evitarlo. Así, además, tendría acceso a todas las maravillas modernas que a ella no le parecían nada del otro mundo, pero que a él le fascinaban. Podrían buscarse un trabajo, ir a la universidad, y...

Jamás volvería a ver a Chase o al capitán. Y aquella era su verdadera familia. Nunca poseería un barco, que era algo que quería con todas sus fuerzas.

Estaba siendo egoísta, lo sabía, pero quería que la acompañara. Y aunque en gran parte era para tener claro que Nicholas estaba a salvo... no se sentía preparada para no volver a verlo en la vida, para no saber qué había sido de él, para no volver a oír aquel pequeño gemido que hacía cuando la besaba. Pero tampoco podía engañarse pensando que su época era una utopía racial en la que nadie lo molestaría ni lo insultaría por el color de su piel; aunque, desde luego, tampoco era el siglo XVIII. Con ella tendría una vida. Una que podría controlar del todo...

Etta soltó el aire por la nariz y acarició la mano que el joven le tenía puesta en el hombro para evitar que se resbalase al pisar alguna de aquellas piedras cubiertas de musgo.

«No puedes decidir eso por él».

Tan solo podía tomar decisiones que la atañeran a ella.

Era evidente que cada vez tenía más cerca el volver a casa. Su casa, en la ciudad de Nueva York, su debut, Alice y...

Hacía más frío que en los minutos anteriores a que estallara la tormenta, y Etta temblaba tanto que Nicholas la arrimó contra él mientras caminaban hacia el arco de piedra oscura. La muchacha estiró el cuello para ver mejor la enorme ciudad que miraba hacia la jungla, la misma jungla que se había apoderado aquí y allí de su piedra. Los picos de las torres estaban tallados en capas, como si fueran filas de dientes, como pétalos de un loto.

—Descansemos unos instantes —pidió Nicholas cuando estaban bajo la arcada de la entrada.

Apenas llovía ya —un «calabobos», como le gustaba decir a Alice—, pero de los árboles y de los edificios caían enormes goterones. Etta ansiaba poner a escurrir el vestido, pero también quería seguir adelante. La muchacha jamás había sido tan consciente del valor intrínseco del tiempo y de que, deteniéndose, estaban malgastándolo. Ahora, lo comprendía. En ese caso, ¿por qué había una parte pequeña

y secreta de ella que estaba tan agradecida de que fueran a pararse unos momentos, unos minutos? Porque quería estar, aunque fuera una centésima de segundo, cerca de él, sentir su piel en la suya, saber lo que pensaba. No estaba segura de cuándo le había quedado tan claro el sentimiento, si había sido una sombra que la había acompañado desde el principio, a la espera de que se diera cuenta de que estaba ahí. Pero, desde luego, ya había hecho acto de presencia: cuanto antes encontraran el astrolabio, antes se separarían. Y él le había dicho en varias ocasiones que, después de aquello, no tenía intención de viajar. Es decir, que se separarían para siempre.

«Deja de pensar así».

—Deberíamos seguir adelante.

No debía seguir pensando en opciones imposibles. No debía seguir por aquel camino porque, fuera lo que fuera lo que le estaba pasando, no estaba preparada para sufrir por ello.

«Mamá».

Cuanto más pensaba en su endeble plan, más se daba cuenta de que no podía invertir los siete días que les quedaban en encontrar el astrolabio. Iba a necesitar el elemento sorpresa para regresar al futuro y poner a salvo a su madre; y, eso, sin contar que necesitaba parte del tiempo para descubrir dónde la tenían retenida.

—Etta, por favor, sé que lo consideras una pérdida de tiempo, pero tienes que comer y yo tengo que asegurarme de que no hay nadie más en los alrededores. Voy a localizar el pasadizo. Tú... cuídate la herida.

El tono de súplica de sus palabras era tal que consiguió que decidiera no oponerse a él, pero cuando él se apartó unos pasos y empezó a mirar por la ciudad, ella fue tras él y lo cogió de la muñeca.

—No quiero que nos separemos. Por favor... quédate. Comeré y descansaré unos minutos y, después, buscamos juntos el pasadizo.

El joven suavizó su expresión.

—Está bien. De acuerdo.

La muchacha se sentó en el barro y se recostó contra la arcada. Nicholas se sentó apoyado en el lado contrario y Etta por fin se dio cuenta de lo que había estado haciendo mientras lo esperaba junto a la orilla: había estado tallando unas maderas en forma de bol. El joven extendió el brazo con uno de ellos en la mano hasta que se llenó de agua y se lo tendió a ella. Etta bebió el agua de un trago, y, a continuación, puso el bol bajo unas goteras para llenarlo de nuevo. Él hizo lo mismo. Luego, metió la mano en el petate, que estaba empapado, con una mirada triste sacó su camisa, que también estaba calada, y le ofreció a Etta un pequeño racimo de plátanos radiantes.

Etta arrancó uno con voracidad y lo partió en trozos. Mientras tanto, Nicholas dejó de escurrir la camisa y se la puso. Del dintel del arco caían, con un golpeteo lento, gotas de lluvia que reflejaban la luz tenue. El agua anegaba los senderos a los que habían dado forma cientos de años de pisadas. A lo lejos, si forzaba la vista, la muchacha alcanzaba a ver unos árboles con las ramas blanquecinas que crecían en

algunas de las estructuras y que, con la fuerza de sus raíces, devastaban secciones enteras de las murallas.

Cuando los pájaros empezaron a cantar una vez más, Etta cerró los ojos y, simplemente, respiró aquel aire húmedo. Cuando los abrió de nuevo, Nicholas la observaba, con las rodillas junto al pecho y una expresión inescrutable.

Era evidente que estaba sumergido en una corriente de pensamientos, así que Etta decidió zambullirse en ella para encontrarse con él.

—¿Y si nos besamos?

A la muchacha le agradó ver que su ocurrencia lo había sorprendido, aunque solo fuera un poco. El joven dejó de pensar en lo que estuviera pensando y soltó una risotada.

—No sé si es buena idea. No nos iríamos nunca de aquí.

Allí estaba, la línea audaz de su sonrisa. Con solo mirarla, a Etta le bullía la sangre, y, a pesar de que estuviera flirteando, se dio cuenta de que se había sonrojado con las últimas palabras de él. No obstante, la sonrisa desapareció tan rápido como había aparecido. El joven le tocó la pierna herida e inspeccionó la rozadura; acto seguido, le quitó el vendaje empapado mientras sacudía la cabeza. Nicholas le sujetaba el tobillo con una mano y Etta notaba que sus dedos se adaptaban a la curvatura del hueso; con la otra mano, entretanto, seguía el músculo y rodeaba la herida enrojecida. La piel se le erizaba allí donde él la tocaba. En su estómago empezó a sentir un dolor diferente y una especie de calor empezó a subirle por el pecho, por el cuello, por la cara, hasta que todo le dolía, sin necesidad de tocarlo a él.

El joven se inclinó hacia delante y le besó con gentileza un cardenal que tenía en la mejilla y que ella no había notado hasta aquel momento.

—No es culpa tuya —le dijo ella con suavidad.

Si hubiera estado atenta, podría haber evitado a la serpiente. Lo había tenido claro desde el principio.

Él le susurró una respuesta contra la piel:

—Iré echándole un vistazo de vez en cuando. De momento, deja que sienta un poco de remordimientos.

Etta sonrió con dulzura, se puso de rodillas y recorrió gateando la distancia que los separaba, prestando atención a la respiración del joven, que cada vez era más entrecortada. Nicholas se concentró en el rostro de ella. Se puso las manos en las rodillas. Ella puso las suyas sobre las de él. Le temblaban.

Le levantó la mano derecha y le besó aquellos nudillos rudos, encallecidos. Nicholas se estremeció y ella sintió una respuesta en el estómago, a modo de temblor. Le dejó la mano de nuevo en las rodillas y, después, se las atrapó con los brazos.

—Haces que...

Nicholas dejó la frase a medias, cuando ella se inclinó hacia él y le dio un beso tímido en los labios. Como el joven no se apartó cuando ella se retiró para tomar aire, volvió a besarlo, pero con algo más de intensidad. Notó cómo Nicholas intentaba

sacar las manos de debajo de las de ella, pero siguió agarrándolas con firmeza y vio cómo este ponía cara de sorpresa. Le preocupó, por un instante, que estuviera cambiando una obsesión por otra, cambiando el subidón de actuar con aquella extraña sensación de libertad por esa parte salvaje y desconocida suya que estaba dejándose llevar con él. Nicholas hacía que se sintiera valiente, que pudiera mostrarse tal y como era, sin restricciones, sin que la juzgaran; debido a lo cual, sentía que la vida empezaba a convertirse en algo mucho más bonito y claro.

El joven pronunció las siguientes palabras con tal tranquilidad que, por un instante, Etta se preguntó si se las habría imaginado:

—Así que te pasa lo mismo que a mí.

Etta le acarició la nariz con la suya y sintió que todo su ser zumbaba, que se regocijaba en aquella sinfonía sencilla y perfecta de felicidad.

—Suéltame. —Esa vez fue más brusco.

Era suficientemente fuerte como para liberarse por la fuerza. Los pensamientos de la muchacha giraban y giraban, en una danza de deseo, confusión y desesperación.

—Etta...

El joven se inclinó hacia ella y le capturó los labios, le robó un beso del que no la dejó marchar hasta que notó que ella se quedaba sin aire. Tiró de ella y, entonces, la muchacha le soltó las manos. El joven le cogió la cara y le acarició el pelo, que le caía sobre los hombros. Etta pensaba que, si se ponía a llover de nuevo, no sentiría la tormenta siquiera, porque estaba tan atrapada en ese momento. El tiempo tiraba de ella, con insistencia, exigente, como si pasase cada vez más rápido, pero lo único que quería era quedarse allí, oler el mar en la piel de él y apoyar la cara en aquel huequecito que quedaba entre el cuello y el hombro, y en el que tan bien parecía que encajase, como si estuviera hecho solamente para ella. Si existía un lugar donde el tiempo no diese con ellos, quería encontrarlo.

Nicholas respiraba con tanta fuerza que la muchacha notaba su corazón golpear contra las costillas. Imaginó que él sentiría el suyo. Lo besó de nuevo y recorrió con los labios la curva de su oído, mientras con los dedos se aferraba a los sólidos músculos de su espalda.

—No podemos... —le dijo él con la cara hundida en el pelo de ella—. No podemos complicar más las cosas.

Pero era demasiado tarde.

¿Qué estaba haciendo?, se preguntaba Etta. ¿Por qué se torturaba con algo que jamás podría tener? Podía enfrentarse a la fuerza que la atraía hacia él, que enlazaba las ansias de ambos. Atracción. Ella se iría a casa. Él se iría a casa. Y lo que fuera que siguiera tirando de ellos para unirlos quedaría disuelto en la distancia, el tiempo y la muerte.

«Para cuando tú naces, él lleva cientos de años muerto».

No era normal que se hubieran conocido. Quizás aquella fuera la razón de que estuviera empeñada en que aquello cuajara: que era imposible. Y es que, además,

ambos eran demasiado tozudos como para permitir que les dijeran lo que podían y lo que no podían hacer.

En aquel momento, a ella no le importaba.

En aquel momento, a él no le importaba.

Etta no estaba segura de quién había buscado a quién, solo sabía que volvían a estar besándose y que no dejaron de hacerlo hasta que le ardieron los pulmones y ansió tener más cerca aún su cuerpo. Su espalda se estrelló contra la arcada de piedra, la notó mojada, y se imaginó probando en él la tormenta, los batientes vientos de la desesperación y la frustración que se encontraban cara a cara con los suyos, ráfaga a ráfaga.

Los labios de Nicholas eran suaves. El joven le acariciaba la nuca y apoyó su peso contra la pared, con lo que fue ella quien quedó atrapada entonces. Notó cómo se había entregado a explorarla. La ternura con que la acariciaba hizo que lo cogiera con fuerza por la camisa. El mundo se disolvió alrededor de ella, como si hubiera entrado por otro pasadizo.

«El pasadizo».

Tiró de él para acercárselo más, como si quisiera que el resto del mundo desapareciera. Nicholas soltó un gemido.

«El astrolabio».

Él empezó a acariciarle las caderas y ella empezó a buscar por debajo de la camisa de él.

«Mi madre».

—Etta... —Nicholas murmuraba su nombre de tal manera que lo había convertido en un secreto—. Etta..., nosotros..., el pasadizo...

«No hay tiempo».

—Lo sé... —respondió ella, no sin cierto esfuerzo.

Sin embargo, no tenía una voluntad tan fuerte como para apartarlo de su lado, para acabar con aquello, cosa que ambos sabían que era lo que tenían que hacer. Saberlo no hacía sino incrementar la sensación de desesperación y hacer que se sintiera febril. Lo agarró con más fuerza. Se negaba a dejar que se marchara.

«No tenemos tiempo para esto».

Aquello tenía que acabar de la misma manera en que había empezado, a un tiempo. Empezó a notar que él se movía más lento y la sensación narcótica de sus besos se convirtió en el fantasma de una caricia.

«No hay tiempo para nosotros».

La muchacha soltó el aire y giró la cara. Nicholas se apartó y apoyó la cabeza en una mano mientras intentaba recuperar el aliento. Después de un rato, dijo con voz grave:

—Queda demostrado lo que te había dicho, ¿no te parece? Pero tenemos... tenemos que seguir adelante, porque el viejo podría enviar a un viajero a por nosotros. Si es que no lo ha hecho ya.

Etta miraba las piedras húmedas, los riachuelos que corrían por entre ellas, y asintió.

«¿Por qué me pasa esto?».

El pensamiento la abrazó.

«¿Por qué con él? ¿Por qué?».

—¿Sabes adónde tenemos que ir? —le preguntó Nicholas despacio.

El joven levantó la mano para acariciarla, pero la dejó caer, como si se lo hubiera pensado mejor.

—Creo... creo que deberíamos buscar la Terraza de los Elefantes —respondió ella cuando, por fin, le salió la voz—. Es lo que se veía en el cuadro de mi madre..., una vista, pero desde un poco más arriba. Ahora bien, no sé dónde se encuentra.

—No pasa nada, hay una manera rápida de saberlo, porque supongo que estamos lo bastante cerca como para captar su resonancia.

Nicholas cogió la armónica y tocó. La llamada del pasadizo les llegó por partida doble, resonando entre las paredes que los rodeaban. Etta afinó el oído para captar los diferentes sonidos de su llamada, hasta que fue capaz de descubrir de qué dirección venía. Había algo, no obstante, un zumbido, que era incapaz de reconocer. Se puso tensa.

—¿Te suena diferente?

—No, me suena tan atroz como siempre —respondió el joven mientras se echaba la bolsa a la espalda—. ¿Vamos?

Etta dejó de lado la preocupación y lo siguió por la ciudad abandonada. Se preguntaba cuánto tiempo habría tardado la selva en borrar todo rastro de vida humana. Le gustaría recordar la razón por la que sus habitantes habían abandonado Angkor Thom y Angkor Wat, aunque sabía que tenía que ver con la guerra y la siempre cambiante marea del poder que, antes o después, hacía que hasta las civilizaciones más importantes se desmoronasen. De no ser por el resonar del pasadizo, dudaba mucho que hubieran sido capaces de dar con él. Aunque su madre le había mostrado mapas de la ciudad para enseñarle dónde había hecho excavaciones —si es que todas aquellas investigaciones de las que le había hablado eran reales—, los caminos estaban tan llenos de vegetación y las estructuras, tanto las de piedra como las de madera, estaban en un estado tan lamentable que incluso le costó reconocer Bayón cuando pasaron al lado.

—Eso es Bayón —le explicó al joven, que se fijó con atención en el gigantesco templo—. Mi madre me contó que hay más de dos mil caras en él. Muchos dicen que, si te fijas bien, algunas son las del rey que construyó la ciudad, Jayavarman Séptimo.

—Supongo que es una buena manera de asegurarse de que te recuerden. Es un diablo apuesto. ¿Qué tal crees que quedaría yo en uno de estos templos?

Etta se echó a reír.

—¿Y yo?

—No soportaría que tu rostro estuviera aquí para que lo admiraran, aunque solo fuera la jungla. —Negó él con la cabeza—. No, nunca. No lo permitiría. Contratar a un escultor para que te labrara en un mascarón de proa, vale, porque así parte de ti se haría a la mar, que es adonde perteneces.

La muchacha estaba tan sorprendida por la respuesta tan honesta que acababa de darle que se quedó sin palabras. Nicholas se dio cuenta y bajó la cabeza, un tanto avergonzado.

—Me parece bien —dijo Etta—, pero con la condición de que lleve espada. Y puede que un parche en el ojo. Dejo a tu discreción lo que creas que resultará más aterrador para tus futuras presas.

—Sí, no hay duda de que, con solo mirarte, se asustarán —dijo él exagerando el tono.

Etta sonrió.

La lluvia había oscurecido los bajorrelieves que había en los laterales del templo y de ellos colgaban plantas de color verde, pero la muchacha alcanzó a reconocer esa parte que parece un mercado, con gente haciendo trueques, vendiendo productos, y con peces nadando por encima de ellos. Dejaron atrás la imagen de unos guerreros que marchaban a la guerra junto a elefantes, la escena de un pez descomunal tragándose un ciervo y lo que debía de ser una procesión real, que seguía un sendero por el barro. La lluvia había borrado todo rastro de los monjes que acababan de estar allí, pero Nicholas no estaba tranquilo y no bajó la guardia hasta que vieron la entrada del pasadizo rielando sobre lo que Etta sabía que era la Terraza de los Elefantes, la misma que su madre había pintado y colgado encima del sofá de la sala de estar.

La Terraza de los Elefantes quedaba a poca distancia del —no sabía si recordaba bien el nombre— Phimeanakas, el templo más importante de la ciudad. Por lo visto, en el interior de este había enterrado un árbol sagrado, que era donde su madre había llevado a cabo una de las excavaciones. Observó la empinada escalinata que ascendía por las paredes del templo. En comparación con la elaborada estructura que se alzaba encima de todo, de color grisáceo, el resto del santuario era casi de color rojo.

¿Cuál era la conexión de su familia con aquel lugar?

Se volvió hacia la terraza y cogió la mano que le tendía Nicholas para ayudarla a subir. El rey había usado aquel estrado para observar el desfile de su ejército victorioso, y, aunque no se habían conservado bien, lo sujetaban unos elefantes tallados en piedra. Era como si tuvieran el mirador sobre el lomo.

—«Súbete a los hombros del recuerdo» —dijo Nicholas entre susurros.

Etta acababa de comprender la pista, ya que los elefantes eran famosos por su buena memoria. Aunque eso no explicaba por qué parecía que el aire estuviera hipando alrededor del pasadizo. El sonido que salía de él, su estruendo habitual, casi escondía un golpeteo que sonaba por debajo. A Etta le recordaba a cuando sientes tu pulso en una parte del cuerpo que no te esperas.

—¿Qué sucede? —le preguntó Nicholas.

—Nada, es que...

La muchacha miró la ciudad. Fue girándose poco a poco para observar los árboles, que parecía que estuvieran subiendo por las paredes, las caras de Bayón, que los observaban con sus sonrisas serenas, tranquilas. ¿Cuándo volvería a ver aquel sitio? ¿Cuándo volvería a ver el mundo en aquel momento, antes de que el ser humano volviera a conquistarlo?

«Nunca».

Aquel era el peligro, la seducción de viajar por el tiempo, que te daba la oportunidad, la libertad, de tener un millar de posibilidades entre las que decidir dónde y cuándo vivir, dónde empezar de cero. La belleza se presentaba ante ti; solo tenías que detenerte a admirarla. Aquello hacía que uno se olvidara del riesgo que había de que los pasadizos se desmoronasen, de perderse o de llegar a una época nada amistosa.

—Venga, tenemos que irnos —le dijo Nicholas en silencio al tiempo que le tendía la mano.

Una vez más, volvió a sentir el deseo de que la música la embargara, un deseo tan fuerte que parecía un dolor. Se tocó el costado e imaginó cómo sería extraer de las cuerdas del violín una canción de una profundidad desconocida, una canción cálida y llena de vida salvaje. Cuando pasó del aire húmedo de la jungla a las franjas eléctricas y estremecedoras del pasadizo, lamentó el hecho de que nunca volvería a ver ese lugar.

París

1880

Quince

Etta se encontró despierta y despatarrada sobre la hierba, bajo una sombra generosa. Le pitaban un poco los oídos y le latía la cabeza, pero estaba consciente. Y no solo estaba consciente, sino que tampoco padecía el mareo típico que producía viajar y que la había asaltado en todas las experiencias anteriores a través de los pasadizos.

Se sentó y se quitó una hoja roja del pelo. El vigorizante aire de otoño parecía oro líquido al pasar por entre las hojas de los árboles. Cuando se dio la vuelta, no le sorprendió encontrarse en el Jardín de Luxemburgo, iluminado por la cálida luz de la tarde.

—Tenías razón —Nicholas estaba sentado, con la espalda apoyada en el mismo árbol que ella, frotándose la cara—, *c'est le Jardin du Luxembourg*.

La muchacha esbozó una sonrisa de la que no se podía librar.

—Dilo otra vez.

—¿Disculpa? —dijo él.

«Dilo otra vez».

La voz del joven sonaba especial en francés. Pronunciaba las palabras de tal manera que parecían miel caliente.

—*C'est le Jardin du Luxembourg* —repitió, sorprendido a todas luces.

—Dime, ¿qué día crees que es?

—Yo diría que el mismo que cuando llegamos a Londres.

Nicholas sabía por qué se lo preguntaba.

El dobladillo del vestido de Etta estaba roto por varios lados y había pasado de tener un vivo color azul celeste a ser de ese color reservado únicamente para los ríos más fangosos. Tenía costras de barro y tierra en las botas, y no necesitaba tocarle el pelo para ver que lo llevaba enmarañado.

Nicholas miró en derredor a toda prisa —¿para asegurarse de que no los vigilaban?— y empezó a peinarla con los dedos y a recogerle el pelo junto al cuello. Tuvo cuidado de no tocarle la piel mientras sacaba un lazo de la bolsa y lo usaba para hacerle una coleta baja. Etta tuvo cuidado de no ceder al impulso de apoyarse en su hombro y envolver con los brazos su estrecha cintura.

«Siete días».

Menos.

—¿Vamos? —preguntó Etta.

—Tengamos cuidado —le respondió el joven—. Quiero asegurarme de que no llamamos mucho la atención.

Lo extraño era que, cuando dejaron atrás los árboles y llegaron al camino, Etta era incapaz de determinar en qué época estaban. Los vestidos de las mujeres eran

parecidos a los del siglo XIX y principios del XX, de colores brillantes, con chaquetas a medida y faldas largas que recogían en la parte de atrás o que decoraban con volantes, detalles con los que exagerar las curvas naturales del cuerpo. El pelo lo escondían debajo de sombreros de diferentes tipos, todos ellos decorados con flores y lazos.

Los hombres que las acompañaban, o que jugaban a las cartas o al ajedrez, llevaban traje y sombrero de copa. Algunos, con bastón, paseaban alrededor de un espejo de agua. Los niños corrían de aquí para allá y alrededor de los pintores y sus caballetes. Había mujeres sentadas en bancos, cuchicheando. No era muy diferente del Jardín de Luxemburgo de su propia época. En la cabecera del parque, más allá del espejo de agua, estaba el palacio, tan majestuoso como lo recordaba, como si fuera un pedazo del de Versalles, que se hubiera separado y hubiera llegado hasta allí a la deriva.

—No tiene por qué pasarnos nada. El truco está en no mirar a nadie a los ojos — comentó Nicholas.

Pero, de pronto, fue como si al joven lo hubieran pescado con un anzuelo. De estar a su lado, inmóvil como una de las estatuas de mármol, pasó a ponerse de pie como una exhalación y a salir corriendo como alma que lleva el diablo. Incluso pegó un salto por encima de un macizo de flores e hizo que se tambalearan todas. Las mujeres se pusieron a chillar, los hombres le increpaban a su paso. Nicholas no se molestó en rodear a la multitud que había en torno al espejo de agua, sino que lo atravesó por en medio, salpicando a un lado y a otro. Dos niños pequeños intentaron seguirle, pero sus niñeras los detuvieron.

Durante un instante, Etta se quedó parada, con el brazo extendido en pos de su compañero. En aquel mismo momento, un anciano de cara agradable que pasaba por allí le dejó algo frío en la mano: unas monedas.

—¡Eh..., no! ¡Que no soy ninguna...! —Intentó devolvérselas, sin suerte—. Da lo mismo.

Se guardó la limosna y salió corriendo detrás de su compañero, intentando no pensar en lo molesta que se sentía por el hecho de que la hubieran confundido con una mendiga. Aunque siempre hay una vez para todo, ¿no?

Era sencillo seguir su forma oscura por entre la gente mientras pasaba junto a estatuas de reinas francesas en dirección al camino que llevaba hasta la carretera más cercana. Por fin, Nicholas se detuvo, pero, hasta que no estuvo a su lado, la muchacha no vio lo que había estado persiguiendo el joven. Junto a ellos estaban reuniéndose otras personas que se quedaban con la boca abierta.

Se trataba de una mujer, una anciana —o, al menos, lo parecía por las arrugas de su rostro—, alta, pero de proporciones armónicas. Su piel, oscura, era del color de la tierra y llevaba el pelo recogido bajo un sombrero sencillo. En comparación con las mujeres que la rodeaban, vestía con sencillez, casi como si llevara uniforme de faena.

A sus pies tenía una cesta, que se le había caído. Etta se agachó a todo correr y empezó a recoger las latas que se habían alejado rodando. Cuando se dio la vuelta, Nicholas seguía teniendo la mano en el hombro de la mujer y le hablaba con un francés rudo:

—*Je suis vraiment désolé. Je croyais... ma mère...*

En ese momento, la expresión de terror de la mujer desapareció.

—*De rien.* —Ella le sonrió y le dio unas palmadas en la mano—. *Tu es un cher garçon.*

Etta enderezó la cesta y se la tendió a la anciana sin decir palabra. Daba la sensación de que Nicholas estuviera muy afectado, como si no pudiera respirar.

—*Au revoir* —le dijo la mujer mientras se despedía con la mano.

—*A-au... au revoir* —respondió Etta mientras la mujer se marchaba con premura.

Nicholas se quedó mirándola, clavado en el suelo. Le caía agua de los pantalones y le salía de los zapatos.

—Así que será mejor que pasemos desapercibidos, ¿eh? —comentó Etta.

El joven no respondió. Seguía sin moverse, como si estuviera enraizado.

Era mejor que se fueran y no arriesgarse a que los viera algún guardián que pudiera haber por la zona, o los gendarmes. Etta cogió a Nicholas del brazo y sacó al joven del camino y lo llevó por entre los árboles, sorteando a quienes habían salido a merendar al campo, hasta un sitio que conocía, la fuente de los Medici, que tenía un gran estanque delante.

Sentó el corpachón del joven en un banco.

—¿Estás bien?

Nicholas tragó saliva y negó con la cabeza.

La muchacha rebuscó en la bolsa para ver si encontraba algo de comida que darle. El joven estaba conmocionado. Como no encontró nada, le dijo:

—¡Vuelvo enseguida!

Con las monedas que le había dado el anciano y mediante gestos, consiguió comprar una hogaza de pan y un vaso de limonada. Un hombre muy amable se puso a su lado en la cola y tradujo para ella, además de dejarle el poco de dinero que le faltaba para comprar ambas cosas.

Para cuando volvió adonde había dejado a Nicholas, este ya había vuelto en sí y estaba de pie, buscándola con la mirada. Sus rasgos faciales estaban más relajados, lo que alegró a la muchacha, que salió corriendo hacia él, aunque no demasiado para que no se le cayera la limonada.

Él le cogió el pan y el vaso y los dejó a un lado antes de abrazarla. Ella le devolvió el abrazo, de puntillas, cogiéndole los hombros por detrás, e hizo lo que había querido hacer desde que lo había dejado allí: sujetarlo hasta que dejara de temblar.

Le daban igual los testigos. Cuando se soltaron y ella dejó de estar de puntillas, hizo un gesto hacia el pan.

—¡Venga, come, que me ha costado un buen dinero! ¡No dejes ni las migas!

—Ni las migas —le prometió él mientras cortaba un pedazo para ella. Luego, volvió a sentarse. Tenía cara de circunstancias—. He de confesar que me sorprende que no nos hayan expulsado todavía por mendigos.

Etta prefirió no decirle de dónde había sacado el dinero para la comida y se quedó fascinada cuando Nicholas arrugó la cara al probar la limonada.

—Por Dios, ¿cuándo deja de quemar esto? —Tosió y se golpeó el pecho.

—Con todo lo que has viajado, ¿y nunca habías probado la limonada? ¿Acaso solo tomas vino y cerveza?

—Es mejor que beber agua en mal estado.

Nicholas partió su pedazo de pan en dos y lo olió. Puso tal cara de felicidad que Etta se sintió bien.

—¿Qué te ha pasado? —le preguntó con tiento.

El joven tomó aliento y miró hacia el estanque.

—Me ha parecido que esa mujer... La he visto apresurándose por el parque y, por un instante, he creído que era mi madre.

La muchacha se sintió como si se abriera una grieta entre ambos, se puso tensa e incluso le costaba respirar.

—Sé que parece una locura, que era tan improbable..., pero es que se parecía a ella como dos gotas de agua. Evidentemente, no lo era. Hace mucho tiempo que ha muerto, dada la época en la que estamos, pero ha sido como si... —Cruzó los brazos sobre el regazo y negó con la cabeza—. Ha sido como si las nubes del pasado se despejaran y me la devolvieran.

Etta se apoyó en su hombro. Deseaba tener algo inteligente que decir.

—¿Sabes qué fue de ella?

Asintió.

—Mientras yo andaba de aquí para allá con Julian, Hall siguió con mi labor de buscarla. Por lo visto, murió en Carolina del Sur, en 1773, de una fiebre. —Apenas tuvo fuerzas para pronunciar la siguiente palabra—: Sola. Ni siquiera tengo claro dónde la enterraron. Hall consideraba que, incluso con mis papeles de libertad, era demasiado peligroso que intentara encontrar su tumba.

—Lo siento muchísimo.

Nicholas apoyó la cara en la cabeza de ella.

—No hay muchas cosas de las que me haya arrepentido a lo largo de la vida; de hecho, yo diría que debería dar gracias porque esta sea la única. Y, por mucho que culpe a los Ironwood, no puedo ignorar mi parte de responsabilidad. No debería haber aceptado la oferta del viejo, no debería haber dejado el mar para viajar. Así, quizás hubiera podido encontrarla a tiempo y haber comprado su libertad. Julian no se hubiera caído y yo sería libre de los grilletes que esta familia ha ido poniéndome una y otra vez.

La muchacha entendía a la perfección lo que significaba tener un sentimiento de arrepentimiento así clavado en lo más profundo de tu ser. Daría lo que fuera por volver a vivir aquellos últimos instantes con Alice, pero no podía conseguirlo ni viajando. No podía existir en el mismo lugar y en el mismo año que otra versión de ella.

Pero Nicholas no había estado en 1773. Al menos, no en todo él. Hasta le daba miedo preguntarlo.

—¿No hay un pasadizo que te lleve a ese año? Sé que no puedes salvar a Julian, que eso alteraría demasiadas cosas; y si tu madre estaba enferma de fiebres, tampoco podrías curarla, pero quizás... quizás os proporcionara algo de paz a ambos.

Nicholas negó con la cabeza.

—No, no hay ningún pasadizo hasta aquel año. He pensado en ello un millar de veces, en cómo dejarle un mensaje a Hall en el pasado para poder ir... Pero, por mucho que me gustaría haber tomado otra decisión, no puedo ser tan egoísta. No puedo ignorar la cantidad de alteraciones que podrían provocar esos cambios.

—Cuando me dijiste que no podía salvar a Alice, hablabas por experiencia propia.

—Tendría que habértelo explicado en ese momento —murmuró el joven.

Era evidente que aquel era un recuerdo que tenía muy dentro, enterrado, una daga que mantenía oculta bajo capas y capas de distracciones para evitar que la herida sangrara. Etta lo entendía y lo respetaba.

—Aunque podríamos solventar la situación con facilidad —dijo Etta—. Antes no contabas con el astrolabio.

Nicholas se sentó recto. Otra vez había conseguido sorprenderlo.

—Etta...

—No, no sacudas la cabeza como si fuera imposible, porque no lo es. Podríamos crear un pasadizo para ti antes de...

—¿De entregárselo a Cyrus? —soltó él con cara de sospecha.

La muchacha asintió. Se odiaba por estar mintiéndole.

—Es más sencillo de lo que crees.

Nicholas frunció los labios.

¿Por qué no creía que fuera una posibilidad? ¿Por qué dudaba? Él no quería seguir viajando, pero ¿no merecía la pena que hiciera un último viaje para visitar a su madre, para tranquilizar su conciencia?

—En cualquier caso, primero tenemos que encontrar el dichoso artefacto. Aunque me siento muy afortunado, porque acabo de descifrar la siguiente pista. —Nicholas estiró el brazo y señaló hacia el pasamanos de piedra que rodeaba el estanque—. Nos has traído directamente a ella.

—¿Te refieres a...? —siguió el dedo del joven, que señalaba la fuente—. «Dale una moneda a la reina viuda».

—Esa es la fuente de los Medici, que mandó construir Marie de Medici, la viuda de Enrique IV, ¿verdad? —El joven hizo un gesto en dirección a la fuente—. Julian me trajo hasta aquí persiguiendo unas faldas con las que se había cruzado por la calle. Si hay algo que les guste a los Ironwood es dar lecciones de historia, aunque no se las hayas pedido.

La muchacha asintió. La fuente era maravillosa. Había dos figuras situadas en lo alto de dos columnas cada una, y otro par de figuras, una a cada lado. En el centro había otras tres estatuas, que conformaban un conjunto que se llamaba *Polifemo sorprendiendo a Acis y a Galatea*, con el gigantesco cíclope observando a los enamorados desde lo alto de una roca. El cíclope estaba hecho de bronce, y la pareja, de mármol blanco. A su madre le encantaba el Renacimiento italiano y se había especializado en su restauración. En aquella fuente había muchos elementos que representaban grutas, algo clásico en aquel estilo. Para Etta, la conexión era evidente.

Nicholas suspiró y hundió el rostro en las manos. La muchacha le acarició el cabello para animarlo. No tenía claro qué le estaba doliendo más, si haber llamado tantísimo la atención o haberse hecho ilusiones. Aunque parecía que estuviera distraído, Etta notó que tensaba los músculos, así que lo cogió de la mano. Entrelazaron los dedos y se los apretaron el uno al otro.

—Dale una moneda... —musitó ella. Al fin y al cabo, a las fuentes se lanzan monedas para pedir deseos, ¿no?—. Creo que tienes razón.

En esa ocasión, fue ella la que sacó la armónica de la bolsa y quien se la llevó a los labios. Se preparó para que el sonido atronador los envolviera.

—Espera. —Nicholas le cogió de la muñeca para impedirle que tocara—. Etta..., tengo que decirte una cosa.

El repentino chasquido del pasadizo hizo que ambos se pusieran de pie como por resorte. La armónica cayó cerca del agua y Etta tuvo que agacharse a toda prisa para no perderla en la fuente. Cuando empezó a incorporarse, Nicholas la frenó, al tiempo que estiraba el cuello y empezaba a mirar a su alrededor.

—No he... —empezó a decir.

«No he tocado las notas».

No obstante, el pasadizo estaba soltando su habitual aullido...

Dos hombres vestidos con esmoquin negro aparecieron por detrás de la fuente, tiraron unas bolsas al suelo y se sacudieron la chaqueta. Uno de ellos, alto y con el pelo de color castaño, se enderezó la pajarita y se rio con ganas de algo que el más bajito, un jovencito rubio que estaba detrás, acababa de decir. Ambos eran atractivos y tenían algo que le resultaba familiar. Etta fue incapaz de decir de qué se trataba hasta que el del pelo más oscuro levantó la vista y sus ojos se encontraron.

En aquel momento, no tenía claro quién estaba más sorprendido, si Nicholas, que respiraba alarmado, ella, que acababa de darse cuenta de que el hombre tenía los mismos ojos que Cyrus Ironwood, o el hombre en cuestión, que se quedó pálido y clamó:

—¿Rose?

Nicholas levantó a Etta del suelo y le dijo una sola palabra:

—Corre.

Nicholas tenía unas piernas muy largas, así que avanzaba a toda prisa, por lo que ella tenía que esforzarse mucho para mantener su ritmo. Las personas que había en el parque, disfrutando de la puesta de sol, se apartaban a uno y otro lado.

—¡Rose! ¡Rose!

—¡Maldita sea! —soltó Nicholas.

El disparo hizo que los parisinos salieran corriendo en todas direcciones como si fueran plumas coloridas que alguien hubiera soplado. Se oyó otro disparo, que descortezó el árbol junto al que Nicholas pasaba en aquel momento y los roció a ambos con hojas y trizas del tronco.

Antes de que le diera tiempo de pensar por qué era una mala idea, Etta metió la mano en la bolsa que llevaban. Notó la culata del revólver y sacó el arma de golpe. En la parte trasera del arma había una especie de gancho, lo echó hacia atrás con el pulgar y, presionando apenas el gatillo, del arma salió una bala acompañada de un estallido.

La fuerza del disparo le recorrió hasta los huesos y le dolieron los oídos por el sonido ensordecedor. Ahora bien, había tenido el efecto deseado: los otros dos viajeros dejaron de perseguirlos.

—¡Por todos los diablos! —bramó Nicholas, girándose para mirarla—. Te ha gustado, ¿eh?

Etta se encogió de hombros. Quizás un poco. Lo suficiente como para que quisiera probar de nuevo, esa vez, apuntando. Sin embargo, prevaleció la sabiduría y le entregó el arma a él, dado que era el tirador más experimentado de ambos.

Nicholas la guio por el césped verde del jardín y por entre los árboles hasta que se encontraron fuera del parque y llegaron a la calle. Siguieron la curva de esta y se abrieron paso entre los viandantes. En un momento dado, Nicholas vio un callejón y se metieron en él. Se agachó detrás de una serie de cajas apiladas y ella hizo lo mismo. A Etta le ardía tanto el pecho que no sabía si iba a vomitar.

—¡Por todos los diablos! —repitió Nicholas mientras se tocaba un corte que tenía en el hombro.

¿Le habría rozado la bala?

—¿Quiénes...? —le preguntó la muchacha entre jadeos mientras se agachaba para asomarse por las cajas.

Nicholas apoyó la cabeza contra la pared de piedra fría y húmeda.

—Uno era mi padre. Augustus Ironwood.

La muchacha lo había sospechado, porque había reconocido a Cyrus en aquellos ojos, además de su nariz y sus cejas. No obstante, la pista definitiva había sido la cara de angustia que había puesto antes de llamarla por el nombre de su madre.

—¿Estás bien? —le preguntó a Nicholas al tiempo que le tocaba el brazo.

—No es la primera vez que está a punto de matarme, pero con un poco de suerte, será la última. ¡Dios, pensaba que no volvería a verlo! ¡Malditos viajes por el tiempo! ¡Malditos sean...!

«¡Oh, Dios mío...!».

A Etta le parecía que aquello lo había entendido: a pesar de que un viajero muriera, seguía existiendo la posibilidad de toparse con él en momentos puntuales de la historia a los que hubiera viajado. Cada pasadizo daba a un año y a un sitio concretos, pero no a una fecha en sí. En este caso, ¿qué probabilidades había de que llegaran en el mismo momento que una versión pasada de su padre?

—Lo irónico de esta situación... —empezó a decir el joven sin rechazar las caricias que Etta estaba haciéndole en la cara. De hecho, en un momento dado le cogió la mano y entrelazó sus dedos con los de ella. Tenía la vista fija en la pared opuesta, pero Etta era capaz de ver las tormentas que le asolaban el pensamiento.

¿Por qué iba a esconder su madre el astrolabio en un lugar al que estaba claro que los Ironwood tenían acceso?

Porque no lo había escondido allí.

Cerró los ojos y pensó en los cuadros que había colgados en la pared de su casa. Trazó una línea por las historias de su madre hasta llegar a la última que recordaba, la que la había llevado hasta allí. En aquella dicha historia, a su madre la aceptaban en la Sorbona para estudiar Historia del Arte. Aquel era el último cuadro...

No.

Etta se enderezó tan de repente que Nicholas se volvió hacia ella, con la preocupación dibujada en el rostro. El cuadro del Jardín de Luxemburgo no era el último que había colgado en la pared o, al menos, su madre le había dicho que estaba pensando cambiarlo por... por aquel otro cuadro nuevo, el del desierto de Siria. Le había explicado que pensaba reemplazarlo. Le había contado aquella historia acerca de los pendientes que había adquirido en un mercado de Damasco, le había hablado de la mujer que se los había vendido. Y, tal y como había descubierto ya, su madre no era de las que daba puntada sin hilo.

«Etta, ¿estás escuchándome?».

«No se te va a olvidar, ¿verdad?».

—«Recuerda que la verdad está en las historias» —dijo Etta despacio.

«En otras palabras, ¿que la última historia que me contó prevalece sobre lo que me escribí?».

Cabía la posibilidad de que su madre hubiera cambiado el cuadro, o hubiera pensado en hacerlo, después de haber escrito las pistas... ¿O sería, acaso, una pista falsa, por si acaso los Ironwood descubrían cómo interpretar la carta y la seguían? En cualquier caso, no estaban ni en la ciudad ni en la época que debían.

—Tenemos que volver —dijo Etta—. Nos hemos perdido algo. No deberíamos estar aquí.

—Pero si has dicho... ¿Estás segura? —preguntó Nicholas sorprendido.

—Del todo. ¿Podemos volver a Angkor por el pasadizo de antes?

—Desde luego, no te quepa duda de que vamos a intentarlo.

Tal y como se temían, alguien había llamado a las autoridades por el altercado y a Etta le entraron escalofríos solo de pensar que pudieran salir en los periódicos, que hubiera testigos, que el suceso quedase recogido en algún lado. Habían sido tan cuidadosos hasta el momento...

—No te preocupes —le dijo Nicholas—. Empiezo a pensar... que cabe la posibilidad de que esto tuviera que pasar.

La muchacha levantó la vista, sorprendida. Iban por el borde del jardín, entrando y saliendo del anillo exterior de árboles. El uniforme de los gendarmes se confundía con los trajes oscuros de los hombres que estaban declarando lo que habían visto, mientras que las mujeres destacaban entre ellos con sus vestidos de colores chillones.

—En la carta de Virgil se hacía referencia a que mi..., a que Augustus había visto a Rose en París. Puede que se refiriera a lo que acaba de suceder.

Cabía la posibilidad, desde luego, aunque parecía una locura como para aceptarlo sin más, porque hacerlo descartaba que estuvieran actuando por voluntad propia y sugería que había un camino trazado, que era el que estaban recorriendo, el que llevaban recorriendo desde el principio.

—O quizá no sea sino una coincidencia —añadió Nicholas.

Encontraron el pasadizo con facilidad porque aún zumbaba y hacía que el aire del anochecer rielase. Nicholas le pidió que esperara un momento y fue a rondar por entre los árboles, con la pistola en la mano, para comprobar que estaban solos.

Cuando por fin cruzaron el pasadizo, a Etta su presión le resultó familiar, como un abrazo muy fuerte, pero no como un ataque a cada uno de sus sentidos.

La entrada los escupió a toda velocidad y Etta se encontró resbalando por la piedra y empezó a mover los brazos arriba y abajo para reducir la velocidad. Siguió deslizándose hasta que sus pies quedaron colgando de la terraza, lo que la obligó a sentarse a toda prisa si no quería caer de bruces.

—¿Etta? ¿Dónde estás?

Que no viera nada no se debía al mareo que producía viajar, sino a que era noche cerrada.

«El mismo día, pero a otra hora».

Unas nubes densas escondían la luna y las estrellas, así que volvió a notar cómo se afinaban sus demás sentidos y percibió el olor dulzón a podredumbre y el de la floración, los sonidos de gotitas de lluvia golpeando piedras y hojas, las manos de Nicholas acariciándole la cabeza mientras la buscaba a tientas en la oscuridad.

—Espero, por Dios, que seas tú y no otro tigre.

Etta se echó a reír. A modo de respuesta, una nube se apartó un poco y dejó pasar un fino rayo de luna que hizo que los charcos brillaran.

—Rápido, ¿dónde tienes la armónica? —le preguntó Nicholas.

La muchacha la sopló con fuerza y esgrimió una mueca de dolor cuando el pasadizo se puso a chillar a modo de respuesta.

Los oídos de Etta estaban mucho más sensibles por la ausencia de visión. Le recordó a todas las veces en las que Oskar le había demostrado lo útil que era la técnica de cerrar los ojos para concentrarse por completo en el oído, técnica que usaban para descubrir con facilidad la diferencia en el tono y en la calidad del sonido. Ahora, le resultaba más sencillo diferenciar las capas que había oído antes, como si fueran las secciones de una orquesta.

Allí estaba. Horas antes, había estado en lo cierto.

—¿Lo oyes? —le preguntó a Nicholas.

—Lo único que oigo son los martillos de Satán y los tambores de guerra del infierno.

—Chist.

El joven estaba impaciente.

—No pretendo ser irrespetuoso, pero quizá...

—Escucha —lo cortó ella.

Etta empezó a tararear en el mismo tono grave que oía. Este cambió de repente y ella se ajustó a él, que ahora era más alto, más agudo, una especie de trino que no había oído hasta el momento.

Cada entrada producía un entramado caótico de sonidos, de eso ya se había dado cuenta. No obstante, en este caso oía dos, dos que eran de naturaleza muy diferente y tenían un tono muy distinto, tanto que se enfadó consigo misma por no haberlo investigado antes. Allí había dos llamadas entrelazadas. Dos pasadizos.

—Así que hay otro pasadizo... —dijo él—. Me cuesta oírlo.

Etta se giró para ver si era capaz de determinar de dónde provenía la otra llamada. Las piedras hacían que el sonido rebotase, lo que dificultaba encontrar su origen.

Nicholas buscaba las ondas en mitad del aire, ese brillo trémulo que le revelase la entrada del otro pasadizo. En un momento dado, se volvió hacia ella sonriendo y le dijo:

—Ya sé dónde está.

—¡No, no lo sabes! —le respondió ella mientras se ponía de puntillas y seguía buscando.

—Este vas a tener que apuntarlo en mi cuenta.

Era evidente que el joven estaba disfrutando del enfado de ella.

—¿Has estado llevando la cuenta?

—¿Tú no?

«¡Ah, pues te vas a enterar!».

—Yo descubrí cómo encontrar el de Londres —dijo ella.

—El de París lo encontramos juntos y fue Cyrus Ironwood quien nos desveló la localización del de Nueva York, así que ninguno de los dos dan puntos. Estamos

empatados, corazón de pirata. Uno a uno.

Bueno, tampoco era tan malo.

—Y ¿cómo estás tan seguro de que has descubierto este?

—Puede que seas una dama con el oído de un perro, pero yo tengo vista de lince

—comentó él mientras señalaba a lo alto del Phimeanakas, el templo que tenían delante.

Había que subir cientos de escalones para llegar a la entrada principal y a una zona de aire que rielaba y se extendía como una alfombra voladora frente a ella, centelleante como si dispusiera de su propio cielo estrellado.

—Y creo que ese es el pasadizo que hemos estado buscando.

Damasco

1599

Dieciséis

Nicholas le parecía que la clave para cruzar aquellos portales temporales y aterrizar de pie tenía mucho que ver con cómo entrabas por ellos y con que tuvieras un gran sentido del equilibrio.

Si entrabas con convicción, cuando llegabas al otro lado solo notabas como si te hubieran dado un empujón; salías como si trotaras, en vez de tener la sensación de que acababan de dispararte con un cañón. No había manera de combatir esa presión que tanto te desorientaba ni la oscuridad del viaje en sí, pero si sabías qué esperar, había formas de prepararse para el golpe.

Etta soltó un ligero «¡ufff!» cuando sus pies tocaron el suelo y, de repente, la envolvió un aire frío y seco. El joven le cogió la mano con más fuerza cuando el mundo cobró forma a su alrededor.

No estaban cayendo por un acantilado. No les habían disparado nada más verles, ni los habían atravesado con una espada o una bayoneta. No habían caído en un pantano lleno de cocodrilos y tampoco habían aparecido de súbito en un mercado abarrotado o, ya puestos, en un edificio en llamas. Así que suponía que tenía que sentirse agradecido. En cualquier caso, estaba muy cansado.

No tenían forma de saber qué hora era, solo sabían que era de noche. Con un poco de suerte, la misma noche que acababan de dejar en Camboya. Oyó voces a lo lejos, pero la distancia las amortiguaba o, por lo menos, se trataba de un idioma efusivo que era incapaz de descifrar. Le pareció como si el mismísimo aire estuviera aderezado con las especias más raras y caras, tanto que era como si pudiera saborearlo. La brisa transportaba otros aromas que le resultaban familiares y extraños al mismo tiempo, y, además, por debajo del sudor de las bestias de carga y el humo, era capaz de oler una fragancia floral y embriagadora.

Poco a poco, sus ojos fueron adaptándose a la oscuridad, lo suficiente, al menos, como para distinguir las formas que los rodeaban. La habitación era muy grande y parecía que hubiera una cama de madera muy ornamentada, además de una especie de escritorio o mesa sobre la que había tal cantidad de objetos que no era capaz de determinar de qué se trataba en realidad.

Etta había empezado a revolver la habitación. Vio un destello blanco. La muchacha había retirado una sábana de la silla que cubría. Hizo lo mismo con otra que tapaba una mesita baja cubierta de periódicos y libros.

—¿Estamos en una casa? —se aventuró a preguntar Nicholas.

El pasadizo aún zumbaba por detrás de ellos. El sonido no llegaría a desvanecerse del todo, pero en cuestión de una hora, empezaría a amortiguarse.

—Un apartamento. —Etta se mostró de acuerdo con él mientras se acercaba a la cama—. A ver... Mira, aquí hay cerillas. —Cogió un librito de fósforos y le preguntó—. ¿Ves alguna vela?

En su época, las cerillas aún no se habían inventado, pero Julian le había enseñado a usarlas a lo largo de sus viajes; a golpear los palitos de madera contra esa tira áspera que había en la cajita que los contenía. Le parecían una idea la mar de inteligente. Mientras Nicholas volvía a maravillarse con aquel lujo —por pequeño que fuera— y encendía —tras quemarse unas cuantas veces las yemas de los dedos con las cerillas— unas velas medio fundidas que había encontrado, Etta fue hacia las contraventanas.

—¡No, no! —le dijo él mientras la cogía del brazo—. Todavía no.

Era mejor no abrirlas, no fuera a ser que llamasen la atención de alguien que pasara por la calle.

Etta dio un paso atrás y levantó las manos.

—De acuerdo, está bien. ¿Te parece que encendamos la chimenea?

El joven se fijó en la pequeña chimenea que había en la habitación y negó con la cabeza. Aunque la luz que daría los ayudaría a ver mejor, el humo también podría llamar una atención indeseada.

—Por ahora, no. Si tienes frío, ya te conforto yo.

Etta se rio y lo empujó con suavidad, jugando. Lo que sorprendió al joven, más que su propia decepción, fue que a la muchacha se le habían iluminado los ojos con sus palabras, que le habían chispeado, como las cerillas.

«Ya basta», se dijo a sí mismo mientras quitaba otra de las sábanas y dejaba al descubierto una silla europea con asiento y respaldo de cuero.

¿Qué más daba que ella estuviera tan intrigada como él, que lo hubiera mirado como si fuera el tesoro más maravilloso que había en la Tierra? ¿Por qué estaba tan dispuesto a permitir que la muchacha se quedase con su corazón cuando era evidente que aquello no iba a llevarles a nada?

Y, aun así, no podía dejar de pensar en las imágenes que le venían a la cabeza, que destellaban como la luz del sol en alta mar, del momento en que Etta se había derretido con sus caricias, en que había probado la lluvia, la tierra y la dulzura...

Había muchos espejos y retratos que destapar, todos ellos descolgados y amontonados contra la pared. Damas inglesas de su época, empolvadas y haciendo muecas; princesas francesas con vestidos de seda maravillosos; levantiscas damas españolas. Era evidente que a su dueño le gustaba el arte, y no solo eso, sino que lo coleccionaba y atesoraba. Por lo visto, también le encantaban los paisajes de pastos verdes. Nicholas puso cara de desagrado cuando le dio la vuelta a uno de los cuadros, una escena de ovejas inmóviles en un campo lleno de flores.

Dejó los cuadros un momento y se volvió hacia un objeto enorme que tenía forma de banco y que también estaba cubierto con una sábana. Nada más quitar el cobertor,

se encontró con la cara rugiente de un tigre, con esa boca llena de largos colmillos que parecen garras.

Sorprendido, se cayó de culo sobre una alfombra roja muy ornamentada y levantó una nube de polvo.

—¿Qué te ha pasado?

Etta lo rodeó, pero él la cogió por el tobillo con todas sus fuerzas. Si pensaba que iba a dejar que se acercara a aquel animal, es que se había vuelto loca.

—Está muerto —le explicó ella con una sonrisa de divertimento—. Aunque me parece repugnante, lo han disecado para poder exhibirlo. Mira.

El joven tomó aire con fuerza mientras la muchacha adelantaba una mano para acariciarle la cabeza. Tal y como le había prometido, no se movió. No parpadeó. El tigre, en efecto, estaba muerto.

—¿Crees que fue tu madre quien lo mató y lo disecó? —preguntó Nicholas.

—Sí, es muy probable.

Etta cogió una fotografía enmarcada de un anciano con ropas de explorador de principios del siglo xx que tenía un rifle en la mano. El tigre yacía muerto a sus pies y, a su lado, había una niña rubia y sonriente, una versión más joven de la mujer que había visto en la otra fotografía. Su madre.

Vaya, y él se había preguntado de quién habría heredado aquella temeridad.

La muchacha dudó, pero acabó pasándole la mano por el lomo al animal. Su pelaje era naranja y tenía unas elegantes rayas negras que le llegaban hasta las patas. Como no había visto el tigre que había cruzado por delante de Etta en la jungla, Nicholas se permitió admirar aquel otro y maravillarse unos instantes. Había leído acerca de las casas de fieras de Europa y descripciones de los animales que había en ellas, además de haber visto algunos grabados de bestias exóticas; pero tener una de ellas delante...

Y, al mismo tiempo, ¿qué daba al ser humano derecho a quitarle la vida a un ser tan poderoso con la única intención de alimentar su ego?

—Supongo que esto explica la conexión de mi madre con Camboya. ¡Y yo pensando que quizá Benjamin Linden era budista! Pienso echarle la bronca por esto. —La muchacha se inclinó y le dio una afectuosa palmada en la cabeza al animal—. En mi época, los tigres están en peligro de extinción.

«Pues vaya».

—El caballero que aparece en la foto debe de ser tu bisabuelo, ya que sabemos que fue quien crió a tu madre —comentó Nicholas antes de devolverle la foto a la muchacha, que la esperaba con la mano tendida.

Etta la miró con gran interés y le pasó la mano para quitarle el polvo.

—Está claro —dijo ella muy despacio, mientras estudiaba el rostro del hombre—. Tienen los mismos ojos. La misma boca.

Rasgos que ella también había heredado. Daba la impresión de que Etta no solo estaba intrigada por ver una foto de Benjamin Linden por primera vez, sino también

sorprendida. Aquella era la prueba irrefutable de que su madre y ella no estaban solas, de que habían tenido ascendientes.

—Alice tenía razón. Deberían haberlo destruido —comentó Etta.

Él dudó unos instantes antes de preguntar:

—¿El astrolabio?

La muchacha asintió y Nicholas sintió que el veneno de la culpa volvía a extenderse por su cuerpo. Preferiría no hablar de ese tema, porque le hacía pensar en su engaño, en el daño que le haría a la muchacha cuando esta se enterase de que pensaba llevarle el artefacto a Cyrus Ironwood.

—En ese caso, no podrías usarlo —señaló él a toda prisa.

«Además, el viejo jamás dejaría que tu madre y tú escaparais».

—Sé que tienes razón, pero no sé cómo salir de esta sin que las consecuencias sean terribles. Aún me quedan unos días para decidirlo... No muchos, pero los suficientes. Tengo que encontrar la manera de evitar dárselo a Cyrus Ironwood y salvar a mi madre. Y, después... —La muchacha sabía que Nicholas era consciente de lo que iba decir a continuación— nos iríamos.

Se le contrajo el corazón al oír la frase.

—¿Y lo del violín? ¿Lo de tocar?

—¿Y si elijo tener un futuro diferente, uno que jamás habría imaginado?

Nicholas se abrazó las rodillas. Parte de él sabía que Chase había tenido razón, que Etta y él se parecían. Pero, de vez en cuando, en momentos como aquellos, cuando ella decía esas cosas que él no alcanzaba a comprender y que tanta vergüenza le daba preguntar, se daba cuenta de lo diferentes que los había hecho la manera en que los habían criado; que su mundo estaba condicionado por el tiempo y el lugar en que habían nacido. Ella, en cambio, sabía cosas que iban más allá de la imaginación de él... y, ¿con qué iba a corresponderle él?, ¿con clases de historia?

Le había mentado con eso de que no quería saber nada del futuro. Claro que quería saber. Aunque eso supusiera que tendría que vivir siendo consciente de todo lo que le faltaba a su mundo, a su vida. Una parte de él que no era capaz de reconocer, esa que había aprendido a acallar ya desde pequeño, empezó a exigirle esa atención que siempre le había negado.

«Quiero saber. Quiero buscar. Quiero encontrar».

Por primera vez desde que Hall lo había sacado de aquella gélida casa del terror, sintió que lo tocaba un viento del cambio, que lo empujaba hacia un camino diferente. Podía tener todas aquellas cosas que deseaba; si no era en un barco, pues buscando los pasadizos que lo llevaran allí donde quisiera ir. Y se quedaría con ella, porque era la dama con la que quería viajar.

Se fijó en las libretas con tapas de cuero que tenía al lado, en el suelo, junto a los pies de una mesita auxiliar. Tenían grabado el escudo de los Linden, su árbol, pero las páginas estaban en blanco, esperando a que alguien las llenara con fechas y recuerdos. Esperando a que un viajero describiera sus viajes por los pasadizos.

—Esta debe de ser una de las casas de tu familia. Cyrus se quedó con todas las propiedades de las familias, pero cabe la posibilidad de que, al igual que los pasadizos que hemos usado, no supiera que existe esta.

Etta se giró poco a poco, mirando la habitación, respirando su aire, como si quisiera convertirse en parte de ella.

Nicholas volvió a mirar el diario que tenía en las manos.

Podía volver a la taberna a por su bolsa y demás pertenencias, aunque imaginaba que el anciano habría rebuscado en ellas con la intención de encontrar algo con lo que controlarle. No, iría a ver a Chase y a Hall una última vez para contarles cuáles eran sus intenciones y, luego...

«Se iría».

Le encantaba la belleza brusca del mar más que nada en el mundo, por mucho que le castigara, por mucho que le recordara lo insignificante que era cuando lo sorprendía la ira de una tempestad. El mar esperaba, siempre, a hombres lo bastante valientes como para conquistar su piel trémula; a hombres que lo usaran como herramienta para descubrir su fortuna, otras tierras, a sí mismos. Estaba claro que en su época tenían que quedar lugares por descubrir, islas y reinos de hielo, rutas que dibujar por primera vez y con las que acercar las diferentes civilizaciones. ¿Acaso no alimentaría eso el hambre que había sentido al darse cuenta de que la que estaban siguiendo en aquellos instantes era la última pista, de que aquella cacería, aquel corto viaje a través del miedo y las maravillas, tocaba a su fin?

«No».

Se frotó la frente con la mano. ¿Quién podría sentirse satisfecho buscando por las cuatro esquinas de un mundo tan pequeño cuando podía tener el tiempo en sus manos? Nadie, estaba claro.

—Oh, vaya... —Etta lo sacó de su ensimismamiento cuando se arrodilló a su lado.

—¿Qué es eso? —preguntó Nicholas.

La muchacha echó mano a algo que estaba apoyado contra las patas traseras del tigre. Era otra criatura, parecida a una rata o a un ratón, pero más grande, y capaz de sujetarse con las patas de atrás. Además, llevaba unos calzones rojos con botones amarillos, zapatos... ¿y guantes?

Etta le quitó el polvo y, de repente, sin mediar explicación, lo abrazó con fuerza.

—Supongo que eso no debería estar aquí —comentó Nicholas.

Ella asintió, dejó el roedor en el suelo y acabó de quitar las sábanas que quedaban, que iba tirando al suelo mientras él seguía sentado sobre la alfombra. Desde donde estaba, el joven veía la parte inferior de las piernas de ella, las pantorrillas, que era lo que el vestido dejaba al descubierto. Las mujeres de su época se tapaban de pies a cabeza, así que, durante los dos últimos días, había tenido que recurrir a su honor y hasta al último ápice de su voluntad una y otra vez para no lanzarse sobre la suavísima piel que tenía a la vista.

El vendaje improvisado se le estaba cayendo y empezaba a asomar por él la rozadura que le había hecho al disparar a la cobra. Iban a necesitar..., ¿cómo era aquello que le habían enseñado acerca de los gérmenes y las enfermedades? Había que... esterilizar la herida con alcohol, volver a cubrirla con trapos limpios... y, ya a título personal, rezar para que no le hubiera dejado una cicatriz.

Cuando Etta se volvió hacia él y se apoyó en la mesa, se fijó en el cansancio y la consternación que aparecían grabados profundamente en los rasgos de ella.

—¿Qué sucede? —le preguntó.

La muchacha se encogió de hombros.

—No puedo leerte el pensamiento —insistió él.

Aquella era la casa de alguien y, hasta que no confirmaran que les pertenecía a los Linden y que no aparecería nadie, Nicholas no estaría tranquilo.

Etta esbozó una ligera sonrisa.

—Pues hay veces que nadie lo diría.

A menudo, sus pensamientos iban en la misma dirección, pero había veces en que Etta resultaba tan misteriosa como las estrellas del cielo. Nicholas se puso de pie apoyándose en el suelo y recorrió la corta distancia que los separaba.

—No sé por qué me molesta —comentó por fin ella mientras jugueteaba con los cabos del lazo con el que Nicholas le había hecho la coleta.

El joven le cogió la mano. En ese momento, Etta parecía muy confundida. Además, aquella fragancia floral lo estaba volviendo loco a él, porque le hacía pensar en una sedosa brisa nocturna, en la luna colgando como un ópalo en el cielo de medianoche y...

—¿Todos los viajeros son así? —le preguntó ella al tiempo que, con la mano que le quedaba libre, hacía un gesto para señalar la habitación—. ¿Son todos coleccionistas? ¿Turistas de diferentes épocas? ¿Viajan para divertirse y compran recuerdos con los que jactarse de que han estado aquí y allí? Me refiero a retazos de los acontecimientos. —Cogió un papel—. A ver, alguien compró un billete para el Titanic y ahí veo una caja en la que pone «Pompeya» y que no tengo ninguna intención de abrir. ¿Qué sentido tiene, además del de entretenerse? Sophia asegura que se dedican a proteger la línea temporal, pero a mí me parece que lo que protegen son sus intereses.

A decir verdad, daba la sensación de que la estancia fuera un museo de trofeos obtenidos a lo largo de una vida. No tenían nada en común entre sí excepto lo evidente: todos provenían de épocas diferentes. Relojes hechos con estilos extraños y líneas limpias; espadas colgadas en la pared; objetos de porcelana; prendas de seda que jamás habría sido capaz de imaginar siquiera; periódicos de gran tamaño con las hojas quebradizas y amarillentas; todo ello apilado, como si mezclar fuera lo más natural del mundo. Aquello era o bien un almacén para los tesoros de la familia o bien su museo particular.

—¿Y tan mal te parece? —preguntó Nicholas—. Divertirse es un privilegio que muy pocos tienen. ¿Cómo va a ser un crimen intentar pasárselo bien? Hasta tú has sentido la emoción que provoca. ¿No lo consideras una búsqueda de conocimiento?

—Sí, así es —reconoció Etta—, pero no puedo dejar de pensar que los pasadizos no debieron de construirse para eso. Los hicieron varias generaciones de viajeros, ¿no? ¿Cómo descubrieron la manera de hacerlos y por qué pararon?

Nicholas le soltó la mano. Empezó a pensar en una manera de llevarla a una conversación más segura. Era demasiado inteligente, y Nicholas sabía que se daría cuenta de que pretendía engañarla en cuanto tuviera el astrolabio en las manos. Ya le había quedado claro que la muchacha no tenía ninguna intención de devolvérselo al anciano, y, además, le daba la sensación de que el plan que tenía pensado no solo era muy peligroso, sino atrevido en exceso. Imaginaba que intentaría usar el artefacto para volver a su época y salvarse tanto ella como a su madre. Y aunque admiraba su coraje, a pesar de que lamentara que fuera tan temeraria, quería hacerle ver que era una tontería creer que se podía escapar de los Ironwood. Para aquel momento, el anciano ya se habría dado cuenta de que el hecho de que se hubiera marchado sin su permiso vulneraba el trato que habían hecho —que consistía en que la siguiera— y que era muy probable que solo mantuviera su palabra si volvía con el astrolabio. Ahora bien, ¿cómo estaba ella tan segura de que la perdonaría después de que lo hubiera desafiado tan abiertamente?

Le odiaría por haberla traicionado, pero Nicholas podría vivir con ello. Con lo que no podría vivir sería sabiendo que la muchacha estaba en constante peligro, que Cyrus Ironwood le había estropeado la juventud y la había enterrado. Llevarle el astrolabio al anciano era la única manera en la que podía salvarlas tanto a ella como a su madre, además de su propio futuro, y asegurarse de que ninguno de los tres acababa criando malvas.

Etta lo comprendería. Con el tiempo.

Quizá.

—¿Por qué crees que empezaron? —le preguntó ella con aquella mirada azulada suya anegada de sueño.

Si la pregunta se la hubiera hecho cualquier otra persona, puede que la hubiera ignorado haciendo un gesto con la mano y que hubiera seguido con lo suyo; pero le importaba mucho que la muchacha quisiera saber su opinión, a pesar de que sabía quién era. Reconoció aquel anhelo... porque era igual que el suyo.

«Anhelo».

El cansancio lo había dejado sin fuerzas, incapaz de enfrentarse a sus más bajos instintos. Deseaba sus labios, que lo tocara, que lo apreciara, que le hablara.

Dentro de ella. A su lado. Con ella.

«Es imposible», se recordó.

Puede que fuera una bendición que no pudiera cruzarse consigo mismo, porque se sentía tentado a volver para pegarse un tiro antes de hacer el trato con Cyrus

Ironwood.

—¿Quién puede resistirse a la tentación de no salir en busca de unas riquezas que le están llamando? —comentó Nicholas mientras pasaba el pulgar por el borde de un escritorio de madera oscura—. Nadie, ni hombres ni mujeres —añadió pensando en Sophia.

—Quizá —respondió ella antes de ponerse a rebuscar entre los papeles del escritorio.

—¿No estás de acuerdo?

—Sí, sí que lo estoy. Estoy segura de que fue la motivación de la mayoría de ellos, en especial, de los que llegaron después, pero los primeros viajeros no sabían qué iban a encontrar, ¿no es así? Hay que ser muy valiente para lanzarse a lo desconocido.

—O tener mucho miedo. O que te chantajeen.

Ella se rio.

—No creo que fuera el caso... Al menos, espero que no lo fuera. Eran personas que superaron lo imposible, encontraron la manera de romper todas las leyes de la física. Abrieron mundos enteros dentro del suyo propio. Quizá se consideraran exploradores, eruditos. O quizá creyeran que era una vocación que les serviría para descubrir qué había en el futuro y para hacer ajustes. —La fuerza de su discurso iba en aumento a medida que hablaba y exponía lo que pensaba—. Cabe la posibilidad de que Alice estuviera en lo cierto: que hicieran tantos cambios que el asunto se les fue de las manos.

—¿Una vocación? —Nicholas no pudo evitar hacer la pregunta con tono sardónico.

—¿Por qué no? ¿No crees que sea posible? —preguntó Etta.

—Creo en la capacidad de decidir cuál va a ser tu propósito y la dirección que vas a seguir, pero no que haya un camino que esté esperando que me tropiece con él.

—Entonces, ¿no dirías que navegar es tu vocación? —quiso saber ella.

—No, fue la única oportunidad que se me presentó y vi en ella la posibilidad de dejar de ser un paria, siempre y cuando trabajara duro.

El joven no podía creer que hubiera sido capaz de destilar aquel pensamiento nebuloso en una verdad de lo más sencilla.

—Disfruto navegando —continuó, incómodo por el escrutinio al que lo estaba sometiendo la muchacha—. Me encanta el reto que supone el mar a cada momento. Me ha permitido ver más partes del mundo de las que me hubiera atrevido a imaginar, y alimenta mi deseo de ver más. Y, además, es algo que se me da de maravilla. Todo ello, sin embargo, no cambia el hecho de que fue otro el que eligió esa ocupación para mí. Y no me refiero a la mano de Dios.

De haber tenido Hall una naturaleza más mercantil, quizás hubiera enviado al joven a que aprendiera de un comerciante y se hubiera aprovechado de sus habilidades hasta que este hubiera ahorrado el dinero suficiente como para comprar

su libertad. Por el contrario, su libertad había sido un hecho, no una cuestión agonizante, algo de lo que estar pendiente. A los Hall no les gustaba la esclavitud, la despreciaban, y no solo por lo que provocaba en los propios esclavos, sino por la manera en la que corrompía el alma de aquellos que estaban implicados en ella.

Como capitán, Nicholas tendría un medio con el que mantenerse, además de la capacidad de demostrar su valía a ojos del mundo. Como dueño de una empresa, con una riqueza que no podía ni imaginar, podría dejar su impronta en el mundo.

«Díselo», pensó, con las manos cerradas con fuerza. «Dile la verdad, cabrón de mierda».

—Siempre había creído que tener un talento natural para hacer algo significaba que estabas destinado a dedicarte a ello —dijo Etta—. Esa es la razón de que me metiera en este problema.

—Entonces, ¿consideras que el violín es tu vocación? ¿Vas, en ese caso, a retomarlo?

La mano de Etta se detuvo sobre una cajita de madera brillante que acababa de encontrar debajo de unos libros de cuentas.

—Yo diría que, a estas alturas... eso ya ni siquiera es posible. Ahora, mi vida es muy diferente. No creo que fuera capaz de volver a ella tal y como era antes. Aunque... quizá para mí también haya algo más, algo en lo que no había pensado siquiera.

«Pero que me gustaría probar».

—No te preocupes —le dijo él cuando consiguió hablar—, que siempre tendrás un sitio en mi barco.

El comentario le alegró la cara a ella, que esbozó aquella sonrisa inteligente y preciosa.

—¿Dejarás que suba por la jarcia? ¿Que recoja las velas?

—¡Por supuesto que no!

Etta se rio.

—Como si fueras a poder impedírmelo.

A pesar de las voces que Nicholas oía en su cabeza y que le pedían que fuera razonable, que siguiera su propio consejo y no llevara aquello más lejos, le retiró el pelo de la cara.

Y, por Dios, cuando ella lo miró de aquella manera..., Nicholas sintió como si acabara de entrar en el corazón blanco-azulado de una llama. El centro de sus brillantes ojos se expandió mientras se mordía la comisura de los labios y a él le vino a la cabeza que, de morderle alguien los labios, tendría que ser él; un pensamiento extraordinario, pero que no ayudaba en nada.

Nicholas evitó fruncir el ceño y dio un paso atrás. Se sentía como si estuviera saliendo del agua.

—¿Qué... qué se supone que estamos haciendo?

—No lo sé —le respondió ella al tiempo que le echaba una sonrisa descarada—. Eres tan guapo que, a veces, hasta me olvido de lo que estaba pensando.

Nicholas giró sobre sí mismo para evaluar la habitación y se esforzó por no sonreír.

—Tú mira en ese escritorio de ahí. Puede que en él haya algo útil que nos diga dónde estamos. Yo voy a buscar en el baúl.

Etta asintió y se volvió hacia las pilas con urgencia. El pesado baúl de madera y hierro no estaba candado, pero aparte de los saquitos de lavanda que había en él, que aún desprendían su aroma, no había más que una serie de mantas. Oyó un «pum» y se volvió para ver qué sucedía. La muchacha estaba peleándose con el cajón persistente que había en el escritorio.

En un momento dado, se quitó un mechón de la cara de un soplido y le dijo a Nicholas:

—Está cerrado.

El joven también intentó abrirlo, pero ni con toda su fuerza consiguió nada, excepto romper el pomo de metal.

—¿Acaso pensabas que no sé abrir un cajón? —le soltó ella al tiempo que le quitaba el pomo de la mano y sacudía la cabeza—. ¿Por qué tendría alguien todos estos tesoros a la vista, donde cualquiera puede verlos e incluso llevárselos, pero mantendría un cajón cerrado con llave?

—Porque, quizás, ese alguien quiera que lo que hay dentro lo vea solo aquel al que le ha dejado la llave —comentó una voz sedosa desde las sombras.

Diecisiete

Etta pegó un salto, alarmada, y se golpeó con el escritorio. El instinto la llevó a buscar con las manos algo con lo que protegerse. Rebuscó hasta que encontró un abrecartas que acababa de ver hacía un rato.

Cuando miró a Nicholas, este se había quedado rígido como una espada, y su expresión se iba haciéndose cada vez más afilada, hasta adquirir un aspecto letal que solo le había visto anteriormente en una ocasión, cuando había atacado al hombre que la había agarrado en Londres. Casi de inmediato, empezó a abrirse paso alrededor de los muebles que los separaban.

—No os mováis. —La voz tenía un acento duro y hablaba pronunciando con claridad cada sílaba, de manera forzada—. No tendré ningún reparo en matar a unos ladrones.

Nicholas se detuvo de inmediato, a poco más de un metro de ella, como si se hubiera creído su amenaza.

—¿Quién eres? —preguntó Etta mientras esgrimía el abrecartas frente a ella. Como si fuera a servir de algo.

—El que debería hacer las preguntas —respondió el hombre antes de salir de las sombras, a las que había llegado por la puerta de la habitación tan en silencio que ninguno de los dos lo habían oído.

Aunque no se podía decir que fuera un hombre del todo. Su voz profunda no encajaba con aquella cara redonda y juvenil que indicaba que no debía de andar muy lejos de la edad de Etta y Nicholas. Tenía la tez oscura, los ojos negros y la mirada severa, algo que quedaba enfatizado por unas cejas generosas. Oyeron el frufrú de su larga y blanca túnica cuando dio un paso hacia ellos. Iba descalzo y se dirigió a una de las varias alfombras que había en la habitación. Etta reconoció el estilo de aquella ropa; era muy parecido a lo que se podía ver en su época en Oriente Medio.

Descalzo. A pesar de que estaba cansadísima, el hecho de que el muchacho fuera descalzo le resultó significativo. «No tendré ningún reparo en matar a unos ladrones», había dicho, lo que quería decir que aquella casa, apartamento, o lo que quiera que fuera... le pertenecía. Como estaba más cerca, Etta alcanzó a ver que el muchacho tenía unas marcas rojas en las mejillas, que bien podían haberse las hecho unos cojines o una almohada. Además, aún tenía esa mirada vidriosa del que acaba de despertarse.

Pero ¿no les pertenecía aquella casa a los Linden?

Nicholas metió la mano en el bolsillo interior de la chaqueta y el muchacho levantó la cimitarra que llevaba en la mano.

La situación empezaba a adquirir un cariz que parecía que fuera a desembocar en el derramamiento de sangre sobre aquellas preciosas alfombras.

—Rose Linden nos dijo que viniéramos aquí —comentó Etta para detener a ambos jóvenes.

El joven se abalanzó sobre ella en un movimiento rápido y Nicholas gritó:

—¡Agáchate!

Etta se tiró al suelo y el puño de Nicholas sesgó el aire justo por encima de su cabeza. Para cuando la muchacha se puso en pie, ambos jóvenes rodaban por el suelo, enredados el uno en el otro, chocando con sillas y mesas mientras intentaban atizarse. La cimitarra salió disparada y fue rodando hacia la puerta.

—¡Parad! ¡Parad de una vez! —les gritó la muchacha.

Era como intentar detener una pelea muy violenta de perros, en la que, para separar a los animales, te arriesgas a que estos te muerdan a ti. Etta agarró la parte trasera de la chaqueta de Nicholas con ambas manos, con los músculos en tensión mientras tiraba de él.

—¡Nicholas, para!

El joven se estremeció, respirando aceleradamente, protegiéndose la cara con los puños, que tenía heridos y le sangraban. Cuando Etta se acercó al otro muchacho, Nicholas pegó un salto para agarrarla e impedirselo. Ella sacudió la cabeza con bastante fuerza. Aunque renuente, Nicholas se apartó de ella y se acercó a recoger el arma del suelo.

—Has oído hablar de Rose Linden, ¿verdad?

El muchacho no aceptó la mano que le tendía para ayudarlo a levantarse. A Etta le pareció que se había ofendido.

—¿Y de Benjamin Linden?

Se preguntaba si Nicholas le habría pegado tan fuerte como para que le pitaran las orejas. Los insectos de afuera hacían tanto ruido que inundaban con él la habitación. A Etta le encantaría abrir una de las contraventanas para que entrara el fragante aroma floral y se llevara la peste a miedo y sudor.

El joven misterioso cerró los ojos y expulsó el aire con una especie de silbido. Cuando habló, lo hizo tan bajo que Etta tuvo que esforzarse por entenderle.

—Abbi. Era mi padre.

El muchacho, Hasan, no quiso que lo ayudara a limpiarse la cara. Tampoco le permitió que lo siguiera cuando salió de la habitación para ir en busca de ropa limpia y agua, así que tuvo que ser Nicholas, que no se sentía muy a gusto con aquella situación, quien lo siguiera para vigilarlo. Ahora bien, le entregó la espada a Etta en señal de buena voluntad. Los minutos que estuvieron fuera le sirvieron a ella para pensar en algo que seguía pareciéndole imposible.

El tiempo era relativo, vale, pero... le parecía una locura que su bisabuelo tuviera un hijo de la misma edad de ella. Era, por tanto, el tío de su madre ¡y su tío abuelo! O no, ¿o era un primo segundo lejano?

—Te pareces mucho a ella —comentó Hasan cuando volvió con un paño húmedo para limpiarse la cara—. La buena de Rose.

—Claro, es que es mi madre. ¿La conoces?

Asintió y miró a Nicholas, que estaba detrás de ella, echando chispas por los ojos.

—Abbi... Bueno, él y Rose vivieron aquí durante un tiempo antes de que él se fuera y le dejara esta casa a Ummi, mi madre. Luego, antes de morir, ella me la dejó a mí. —Hasan negó con la cabeza—. Antes has comentado que Rose os dijo que vinierais, pero eso no tiene sentido, porque Rose ha estado aquí hace unos días.

A Etta se le encogió el estómago.

—¿Cómo dices?

¿Se habría escapado su madre de los secuaces de Cyrus Ironwood? ¿Estaba a salvo? Pero, claro, la habrían echado de menos.

Nicholas le tocó la muñeca para tranquilizarla y le preguntó a Hasan:

—¿Rose era joven o más mayor de lo que la recordabas?

«¡Oh!».

—Joven. —Su tono de voz estaba cargado de sospecha—. Demasiado como para tener una hija de tu edad. Vino con un propósito, pero no me dijo cuál era.

Nicholas miró a Etta, que estaba estupefacta. No era su madre, la madre que la había criado. Debido a cómo funcionaban los pasadizos, a punto habían estado de toparse con una Rose joven que acababa de esconder el astrolabio.

—¿Por qué no te fuiste con ella? —Etta sentía curiosidad.

—Porque no puedo. Algunos me llamarían... guardián, pero lo único que yo hago es cuidar de esta casa, mantenerla en buenas condiciones. Yo no respondo a la llamada del gran maestro. No quiero ser un Ironwood.

—¿Dejó algo aquí mi madre? —preguntó Etta con urgencia.

Hasta aquel momento, la muchacha no se había planteado que podía darse una situación así. ¿Habrían advertido su madre o su bisabuelo a Hasan acerca de la existencia de otras familias, o le habrían dicho que confiara únicamente en Rose respecto a la situación del astrolabio?

Nicholas agarró a Hasan por el cuello de la túnica y tiró de él.

Porque, claro, cómo no, lo que necesitaban era más violencia.

Hasan se mojó los labios y miró por toda la habitación. El agua de la toalla le corría por el rostro como si fuera sudor.

—¡Responde a la dama! —ordenó Nicholas.

—Juré no decirlo. —Dejó la toalla en la jofaina—. No puedo confiar en vuestra palabra. Podrías no ser quienes decís que sois. Muchos querrían engañarme..., a mí o a aquellos que hemos jurado lealtad a los Linden, que hemos jurado que protegeríamos sus secretos.

Etta intentó aprovechar aquellas últimas palabras del chico.

—La única razón por la que he sido capaz de llegar aquí es porque mi madre me contó una historia. A ver, me contó muchas historias acerca de sus viajes, todas ellas ciertas y falsas a un tiempo. En la última, una mujer le vendió estos pendientes en un mercado de aquí, de Damasco. —Se quitó uno y se lo tendió—. Me dijo que la mujer se llamaba Samarah.

A Hasan le temblaba la mano cuando cogió el pendiente y, con los dedos trémulos, recorrió la curva del aro. Fue como si el silencio entre ambos durase una hora. Por fin, el muchacho dijo:

—Samarah no se los vendió. Se los regaló. Lo sé porque Samarah es mi esposa, mi amor, y yo estuve presente cuando se los dio.

Hasan fue hasta el escritorio y sacó por el cuello de la túnica una cadena larga de plata de la que colgaba una llave fina también de plata.

—Podríamos haberlo abierto por la fuerza —comentó Nicholas.

Hasan, sin embargo, no metió la llave en la cerradura del cajón con el que habían estado lidiando, sino en una que había debajo de él, una cerradura que se les había pasado desapercibida.

Oyeron el satisfactorio «clic» del fiador al girar. Hasan abrió el cajón.

Nicholas hizo uso de su peso y altura para intentar acercarse y ver lo que había dentro. El muchacho, no obstante, le lanzó una mirada cortante antes de empezar a rebuscar entre su contenido. Una vez encontró lo que buscaba, cerró el cajón de golpe con el pie.

—Me recuerdas a...

Le tendió un sobre pequeño, de color crema. Etta lo abrió y vació el contenido en la mano. Lo primero que cayó fue otra fotografía en blanco y negro en la que, una vez más, aparecía su madre, pero esta vez mucho más joven. Lucía una sonrisa muy dulce e iba vestida con una especie de uniforme de colegio. Tenía el pelo ondulado y peinado hacia atrás y las manos en el regazo. Aquella sonrisa escondía un secreto.

En el reverso ponía: «Rose, a los 13 años».

Lo otro que había en el sobre era una carta dirigida a ella: «Para Etta, mi corazón».

—¿Tenías esto todo el tiempo y, aun así, la has cuestionado? —Nicholas estaba furioso.

—Deja de ser tan poco comprensivo —le pidió la muchacha—. ¿Cómo iba a estar seguro?

—Soy un protector de esta familia —dijo Hasan la mar de orgulloso—. Rose es la querida hija del hijo de Abbi y todos la queremos. Cuando he visto a esta chica he pensado que se parecía a Rose, que se parece a mi padre inglés. Tiene sus mismos ojos celestes, sí, pero también los tienen otros muchos en ese país. En su última visita, Abbi parecía más viejo que el propio desierto, el *bādiyat ash-shām*. Su cabeza estaba confundida y tenía mucho miedo por lo que estaba pasándoles a las demás

familias. No pondría en peligro la vida de Rose por nada del mundo. Tenía que asegurarme.

—Lo comprendo —dijo ella, agradecida y conmovida por la pasión con la que había protegido a una persona a la que quería—. Y te lo agradezco.

Etta alisó la carta sobre su rodilla y buscó lo más parecido a un bolígrafo o lápiz. «Para Etta, mi corazón». «Corazón» era otro de esos apelativos cariñosos que su madre jamás había utilizado con ella. Nicholas le tendió una estilográfica que había en una taza sobre el escritorio.

—Es bastante temerario tener todo esto a la vista —comentó el joven.

Hasan se encogió de hombros.

—En caso de que descubrieran la casa, tengo órdenes de quemarla de inmediato.

Etta sacudió al cabeza al oír aquello y, entretanto, dibujó un corazón sobre las frases sin sentido de la carta hasta que consiguió aislar el que creía que era el verdadero mensaje:

Lo siento. Me gustaría que hubiera habido otra forma de hacerlo. Intenté protegerte de todo esto, pero si encuentras esta carta es que no lo he conseguido. No confíes en nadie, salvo en aquellos que tienen nuestra sangre. Cyrus Ironwood destruirá tu futuro; es capaz de borrarlo todo, a todos, por salvar una única vida, y los Espinas pretenden hacer lo mismo. Tienes que destruirlo. Nadie debe tener la capacidad de decidir cómo debería ser el mundo. Llévale jazmín a la novia que duerme para siempre bajo el cielo y busca el emblema. Me encontraré allí contigo en cuanto pueda. Perdóname. Te quiero.

Etta levantó la vista y se sorprendió al darse cuenta de que estaba llorando.

—No lo entiendo. ¿Qué quiere decir que Cyrus Ironwood quiera salvar una única vida? ¿La de quién? ¿La de Augustus? ¿La de Julian?

Aunque Nicholas también sabía la respuesta, fue Hasan quien contestó:

—La de Minerva, su primera esposa.

—¿Qué te pasa? —Etta se obligó a no acercarse a Nicholas y sacudirlo para que le explicase por qué tenía aquella cara, como si el mundo estuviera hundiéndose a su alrededor.

—Así que eso es lo que quiere... —soltó Nicholas por fin—. Menudo cabrón...

Hasan se aclaró la garganta y miró a Etta con intención.

—Estuvieron casados unos pocos años —empezó a relatar Nicholas—. Ambos eran jóvenes. Desconozco los detalles, solo sé lo poco que me contó Julian. Había sido un enlace por amor, algo muy extraño entre viajeros, pero resulta que tuvo lugar durante una época muy inestable y violenta, la época de mayor virulencia de la guerra entre las familias. Los rivales de los Ironwood se aprovecharon de que Cyrus la hubiera ocultado en el pasado con intención de que estuviera a salvo. La buscaron sin

parar, hasta que dieron con ella y esperaron a un año en concreto en que no había pasadizo hasta allí, de manera que su esposo no pudiera intervenir, y, después, la mataron como venganza. Y, en efecto, dicho asesinato no podría prevenirse a menos que Cyrus se advirtiera a sí mismo y viviera aquel año, de forma que estuviera presente cuando la mataron, en 1456. Hacer eso, claro está, alteraría su futuro y el del mundo a su alrededor. Si hubiera renunciado a su lucha y hubiera vivido aquel año con ella, sin viajar ni combatir contra las familias, a las que tenía aterradas, no habría conseguido el poder ni firmado las alianzas que necesitaba para convertirse en el gran maestro.

«Oh, Dios mío».

A Etta se le cayó la carta de las manos.

—Elegió el poder.

Pero eso... eso no tenía sentido, porque quería a aquella mujer lo suficiente como para sacrificar hijos y nietos en la búsqueda del astrolabio, que solo quería para intentar salvarla. Aunque, por lo visto, por delante de ella había elegido la riqueza, el poder y controlar a las familias.

Le habían arrebatado lo único que de verdad había querido. ¿Habría sido siempre como era ahora o quizás aquella pérdida había roto algo vital en su interior? De hecho, ¿habría llegado a ser así si a ella no la hubieran asesinado?

—Volvió a casarse, con la madre de Augustus y Virgil, pero... ay, Dios mío... —dijo Nicholas—. Ha debido de averiguar qué acontecimientos fueron cruciales para su éxito y asegurarse de que todavía había una abertura por la que viajar hasta ella. Podría incluso dejarse a sí mismo un mensaje a su yo del pasado... o quedarse el astrolabio. Y ¿por qué el 30 de septiembre? A su esposa la mataron el 1 de octubre. Nos ha puesto esa fecha límite para actuar de inmediato.

—Por mucho que haya reglas, estas pueden reescribirse si es una sola persona la que se encarga de ello —dijo Hasan mientras asentía.

Etta se giró hacia Nicholas.

—Si cambia el pasado, ¿no impedirá eso que nazca tu padre y, por tanto, tú?

El joven negó con la cabeza.

—No, sencillamente, me quedaré huérfano de mi época, apareceré en un punto en común que haya entre la línea temporal antigua y la nueva. Está en juego mi futuro, pero también el de los guardianes... y el tuyo.

¿Podría un cambio así, un solo acto, provocar ondas que llegasen tan lejos? ¿Por qué salvar una vida iba a significar que muchas otras, como la de Alice y Oskar, la de los miles de millones de habitantes de la Tierra, dejaran de existir, bien del todo, bien como habían sido hasta entonces?

—Los *aswaak*, los Espinas, no son mejores que él. Esos viajeros y guardianes quieren lo mismo y por razones similares: deshacer todo lo que Cyrus Ironwood ha construido para sí mismo y restaurar el mundo que conocían —comentó Hasan—. A Rose le conmovía su pasión debido a que los Ironwood mataron a muchos de

nuestros familiares por negarse a compartir su mesa. Abbi se quedó hundido cuando Rose partió en busca de los Espinas, pero ¿cómo no iba a hacerlo? Cyrus Ironwood había matado a sus padres. Le enfurecía que mi padre pretendiera mantenerse oculto el resto de su vida.

Vaya, así que sus abuelos, los padres de su madre, no habían muerto en un accidente de tráfico en Navidad.

—Es terrible... —convino Etta mientras intentaba conciliar a aquella joven furibunda con la mujer pausada que la había criado—. Entiendo sus motivaciones, pero... eso de cambiar todo el futuro...

Hasan hizo un sonido aprobatorio.

—Al principio, los Espinas querían derrotar a Cyrus, volver a formar el consejo de las familias y evitar que sus seres queridos se vieran obligados a servir al tirano. La línea temporal que conocían era la línea temporal original, ¿entiendes? ¿Acaso no resulta comprensible que es más lícito que siguiéramos aquella en vez de la que conocemos ahora?

Aquello significaba que ella había nacido y crecido en una línea temporal alterada. Todo lo que conocía era producto de los cambios que Cyrus Ironwood había hecho con su conquista de las familias. Entonces, claro, ¿qué línea temporal era la que había que defender? ¿La del anciano? ¿La de los Espinas?

El peso del cansancio la sacudió de golpe. La muchacha sentía como si tuviera la cabeza llena de algodón y las rodillas vacías. La habitación se inclinó hacia un lado un segundo antes de que dos manos la sujetaran con firmeza hasta que los puntos negros empezaron a desaparecer de su vista.

—¿Etta? —El rostro de Nicholas bailaba sobre el suyo.

—Estoy bien... Solo un poco...

A Hasan le cambió la cara, se le afiló.

—¿Quién eres tú para tener esas familiaridades con mi sobrina? ¡Quítale las manos de encima o te las corto!

—¿Familiaridades? —repitió ella.

Mientras la sujetaba con más fuerza, Nicholas respondió:

—Su marido.

Etta se quedó sin aire. Nicholas le apretó los brazos como para indicarle que le siguiera el juego. Luego, le pasó un brazo por los hombros y le dio un apretón amoroso. Cuando ella le clavó el tacón en el pie, él apenas esbozó una mueca de dolor.

«¿Disculpa? ¿Disculpa?».

Si a ella le había hecho gracia aquella mentira, en Hasan había tenido el efecto contrario, pues se puso hecho una furia, lo que hizo que sus rasgos agradables se volvieran casi ominosos.

—Dudo mucho que Abbi aprobara esta unión.

—Y eso ¿por qué? —le espetó Nicholas desafiante.

—Porque ella te mira como si lo que más desease en el mundo es que se te comiera un león.

Aunque Etta se liberó del agarrón del joven, se mordió la lengua y prefirió no revelar que este había mentido. Ahora bien, no estaba segura de si lo había hecho porque la expresión de Nicholas se había vuelto más vulnerable que nunca o porque este jamás hacía nada sin una razón.

—La próxima vez que vayamos en barco —dijo ella al tiempo que le lanzaba una mirada conspiratoria a Hasan—, lo tiraré a los tiburones.

—¿Es marinero? —preguntó Hasan con tono burlón, y volvió a mirarlo, pero con otra cara—. Un pirata, no me cabe duda.

—Un pirata legal —respondió él, hastiado.

—Los únicos piratas que conozco son los de Berbería y resulta que los europeos no les caen tan bien como para casarse con ellos. De hecho, los venden como esclavos y tienen un gusto muy variado. Los cogen de África, de Europa... Una muchacha como mi sobrina sería muy preciada; por su piel, su cabello y sus ojos. Un hombre pagaría un buen precio por ella.

Etta estaba muy sorprendida.

—¿Qué estás queriendo decir? —preguntó Etta.

—Yo diría que pretende enterarse de si eres mi concubina. Si necesitas que te rescaten —soltó Nicholas con una sonrisa arisca.

—¡No! —dijo Etta sorprendida—. Ni siquiera somos de esta época. ¡Ay!, que hayas pensado siquiera que Nicholas sería capaz de...

Hasan se relajó y Nicholas le puso una mano en el hombro a la muchacha para calmarla.

—Se oyen..., se ven tantas cosas... que me he preocupado. Si Abbi no está aquí, es a mí a quien le corresponde cuidar de ti. Ahora bien, si es tu marido, tal y como él dice, él también es responsable de ti.

—Sé cuidar de mí misma —murmuró Etta.

—Doy fe. —Dicho aquello, Nicholas se agachó para recoger la carta y le echó un vistazo—. Pero tenemos prisa. Cyrus Ironwood tiene prisionera a la buena de Rose y amenaza con matarla, algo que es muy probable que haga si no descubrimos dónde está un artefacto que escondió la madre de Etta. ¿Te dice algo esta frase?: «Llévale jazmín a la novia que duerme para siempre bajo el cielo».

—A mi padre le encantaban las adivinanzas, pero esa no la había oído nunca.

Hasan empezó a cruzar la habitación. Sus pasos eran muy ligeros. En su camino, iba acariciando diferentes objetos. Era evidente que los apreciaba todos. Cogió la fotografía de la cacería del tigre y quitó la capa de polvo que tenía el cristal.

—Aunque se haya ido, albergo la esperanza de volver a verlo. Puede que no tan viejo como la última vez, sino joven, descubriendo esta época por primera vez. Quizá no me reconozca todavía, pero yo sí que lo reconoceré a él. Hasta ese día, cuidaré de

nuestra familia con esmero y os trataré como a mis invitados. Cuando yo no esté, podéis considerar como vuestra mi casa.

—Gracias —le dijo Etta—, pero ¿a qué te refieres con eso de cuando tú no estés? Habían pasado... ¿Cuántos días faltaban hasta el día 30? ¿Solo seis?

—Tengo que ir a Bagdad a recoger a mi esposa, sobrinita —comentó con cara de bobalicón.

Una vez más, Etta intentó determinar qué edad tendría el muchacho y decidió que, como mucho, debía de tener diecisiete años.

—Samarah se apenará por no haberte conocido. Ha ido a pasar un tiempo con su hermana y con el recién nacido de esta. Yo me quedé aquí para vender el índigo y las perlas, y prometí ir a buscarla en cuanto lo hubiera vendido todo y pasara una caravana con la que viajar.

—Así que eres mercader —comentó Nicholas.

Hasan asintió con una sonrisa de medio lado.

—Es normal. Mi padre me trajo muchos libros y me enseñó muchos idiomas: inglés, turco, francés y griego. Quizá no pueda viajar como vosotros, pero mi padre me dio las herramientas necesarias para que llegara muy lejos con mis propios pies.

—Me alegro de que hayamos coincidido —dijo Etta de corazón y sorprendida de que fueran familia. Su concepto de la palabra había vuelto a cambiar—. Y, dime, ¿cuándo crees que te marcharás?

—Me gustaría haberme ido hace una semana, pero algunas tribus hacen que sea peligroso viajar solo por el desierto. Así que he preferido esperar. Pero no tardaré mucho.

—Y ¿en qué desierto estamos? —le preguntó Nicholas.

A Hasan le entró tal ataque de risa que casi se le cae la fotografía las manos.

—Fíjate, ¡pero si vamos a tener la oportunidad de empezar de nuevo! Amigos míos, dejad que sea el primero en daros la bienvenida con gran humildad a la Reina de las Ciudades, a *Dimashq*, Damasco.

Ni Etta ni Nicholas habían sabido qué hora del día era cuando habían salido por el pasadizo, pero después de que Hasan les informara amablemente de que eran las tres de la mañana, entendieron mejor la hostilidad inicial del muchacho.

—Ahora, descansad —les dijo con una vela en la mano—. Por la mañana os enseñaré la casa, la ciudad e intentaremos descifrar la adivinanza de Abbi.

Nicholas, con los hombros rígidos, abrió la boca como si pretendiera protestar, pero Etta le tocó el brazo y fue la que habló:

—Muchas gracias. Buenas noches.

Cuando Hasan cerró la puerta, Nicholas se apartó de la muchacha y se acercó a la cama dando unas pocas zancadas. En vez de sentarse en ella, quitó la colcha y, sin

siquiera mirar a Etta, se fue al otro lado de la habitación y extendió la pieza de lana en el suelo junto a una serie de cojines que había cogido de camino.

La muchacha sintió como un pinchazo en el estómago, porque ¿qué se había pensado, que iban a compartir la cama? ¿Que lo iban a retomar donde lo habían dejado antes?

Nicholas sabía muy bien cómo enfriar una situación y la muchacha era consciente de que eso, precisamente, era lo que estaba intentando hacer en aquel momento; dejando que fuera el silencio el que se expresase, de espaldas a ella mientras se quitaba la camisa sucia y la doblaba con cuidado. Etta era muy consciente de él. El joven tenía tal presencia que llenaba una habitación con solo entrar en ella.

Aquel era un Nicholas del todo diferente al que le había dejado sin respiración a besos. Etta había sentido cómo sus corazones se perseguían. Él había sido la ola cálida que la había apartado de todo lo demás y no había tenido que decir ni una sola palabra para convencerla de que estaba tan loco por ella como lo estaba ella por él. Etta no era inexperta. Sabía qué se sentía.

«Así que te pasa lo mismo que a mí».

Nicholas le había ocultado varias cosas, aunque estaba en su derecho de hacerlo. Solo le demostraba parte de lo que sentía, incluso cuando lo estaban insultando amargamente, con vileza. Sin embargo, cuando estaban a solas había notado que se dejaba llevar y le había parecido todo un privilegio ser capaz de encontrarlo debajo de capas tan rígidas y numerosas.

Intentó pasarse las manos por el pelo, pero no lo consiguió, así que fue en busca del viejo cepillo de plata que había visto en el escritorio. No dejaba de pensar en esto y en aquello, como sumida en un torbellino de ideas, cuando se sentó y empezó a peinarse los rizos, que tan enredados tenía.

Nicholas iba de un lado a otro de la habitación con las manos a la espalda. Etta notaba el peso de sus pensamientos y cómo estos tomaban forma entre ambos. El joven encendió unas cuantas velas más en la otra punta de la estancia.

Quería saber en qué estaba pensando, pero le daba miedo preguntárselo por si acaso su humor tenía que ver con lo rápido que se acercaban al final de su aventura. No había tiempo suficiente.

«Te vas a marchar», pensó ella, aunque una voz traicionera le susurró: «Pero no todavía...».

—Ven un momento —le pidió Etta suavemente.

Nicholas se detuvo y dejó caer los brazos a los lados, pero no se movió.

—Por favor —insistió ella.

Etta se quitó los zapatos y se puso de pie. Anduvo por entre los cojines de seda de mil colores y sobre las suaves y afelpadas alfombras. Cogió la jofaina que les había dejado Hasan.

Cuando volvió a la cama, la muchacha mojó una toalla limpia y la escurrió con suavidad. Nicholas dudó, pero, al final, se acercó a ella como si fuera un gato

cauteloso.

Antes de que le diera tiempo a quejarse, Etta le cogió la mano derecha, la levantó y, con la toalla, le limpió las heridas que se había hecho en los nudillos. Ya empezaba a formársele costra, así que limpió la sangre con suma delicadeza. El joven le apretó la mano, casi sin pensarlo. Miraba desde arriba, con los ojos medio cerrados, cómo se las limpiaba.

—Ojalá no le hubieras pegado tan fuerte —dijo ella.

—Ha llegado esgrimiendo una espada. ¿Qué querías que hiciera, que me quedara mirando? —bufó él.

—A ver, tampoco tenías que hacerle una cara nueva a puñetazos.

—Y no lo he hecho —protestó Nicholas—. Muchas de las veces ha sido él quien se ha tropezado contra mi puño.

—¡Ja, ja, ja! Por favor, ¿te disculparás por la mañana?

—No creo que sea necesario, pero si es lo que quieres. No me ha respetado hasta que no ha visto que era capaz de defenderte. Así, hemos hecho las paces. Y si crees que no volvería a hacerlo, deja que, ahora mismo, te saque de esa conclusión errónea. Si la situación se torna violenta, responderé con violencia.

Etta no quería discutir, pero tenía la sensación de que era lo que él buscaba, con la intención de disponer de una excusa para alejarse de ella. A Etta le bastaba con entender por qué lo había hecho, por mucho que pensara que se había excedido.

«Tengo que decírselo».

El joven entendía lo que había en juego. Seguro que entendería que no podía entregarle el astrolabio a Cyrus Ironwood y lavarse las manos.

—Tengo que decirte una cosa...

—Chist —susurró él—. Aún no. Aún no.

Nicholas respiró hondo y se sentó en la cama, al lado de la muchacha, y Etta notó que la agitación del joven desaparecía. La barba incipiente de su mentón le raspó cuando le apoyó la cabeza en el pelo.

«Aún no ha terminado».

«Y no tiene por qué terminar».

«Ven conmigo».

Etta tragó saliva y se obligó a no pronunciar aquellas palabras. Estaba cansada y sentía sus emociones demasiado a flor de piel como para ser razonable con aquel tema. La verdad iba solidificándose en su interior, donde aún ardía una llanita de esperanza, que iba tomando otra forma, convirtiéndose en un diamante irrompible. La verdad, por estúpida que fuera, no solo era irracional, sino que también era egoísta. Etta lo sabía, pero daba la sensación de que no importara.

Además de que admiraba y respetaba la brillante inteligencia del joven, estaba convencida de que en su interior había un buen corazón, escondido tras los colores tempestuosos de su carácter, de esas capas rígidas. No quería dejar aquello atrás. No

quería dejar atrás ni una sola parte de él y hacer como si no hubiera sucedido nada entre ellos.

«Ven conmigo».

Se giró y le dio un beso en el cuello, donde latía su pulso.

«Ven a casa conmigo».

Él retiró la mano de la de ella y le cogió la pierna para ponérsela en el regazo. Le quitó el vendaje sucio y empezó a limpiarle la herida de la pantorrilla.

—¿Por qué le has mentado a Hasan? —le susurró Etta.

Nicholas sabía muy bien a qué se refería.

—Por su acento y forma de vestir, he dado por hecho que es mahometano.

Como ella se quedó con cara de no entenderle, el joven siguió hablando:

—Un seguidor del profeta Mahoma.

Lo que ella conocía como musulmán. Asintió.

—Sé poco acerca de su fe, unas cuantas historias, pero sé que comparte ciertos principios del cristianismo, como, por supuesto, que una mujer que no esté casada no puede ir sola con un granuja con el que no tenga una relación de sangre o que no sea su marido.

—Entiendo —dijo ella con suavidad.

—No pretendo hacer creer a nadie que nunca he hecho nada poco respetable o que no he tenido pensamientos deshonorables. Aun así, he hecho lo que tenía que hacer. De lo contrario, se te habría llevado a otro dormitorio y no pienso dejarte sola en un sitio desconocido, donde cualquiera podría hacerte daño sin que yo me enterara. Ahora bien, como alguien descubra que he pasado la noche aquí contigo, tu reputación quedaría dañada para siempre.

—No me preocupa que me juzguen por las normas de otro siglo. En especial, por los de uno que es muy probable que jamás vuelva a visitar.

—Lo sé —dijo Nicholas mientras rasgaba una sábana limpia para hacerle un vendaje nuevo—, pero a mí sí que me importa. De haber sabido que la idea te resultaba tan poco atractiva, habría dicho otra cosa.

¿Lo... lo había herido?

—No me refiero a eso. Es que no me gusta que sea necesario comportarse así, ¿me entiendes? No me gusta que las mujeres no existan como personas. Me ha sorprendido que dijeras que eras mi marido, nada más. Pensaba que estabas de broma, pero solo porque pienso como una persona de mi época. Soy un poco joven para estar casada.

Nicholas se echó hacia atrás, con esa expresión que ponía cuando valoraba las situaciones.

—En mi época, la mayoría de las personas no empieza a pensar en casarse hasta que tiene veintitantos. Antes hay que ir a la universidad, y mucha gente prefiere encontrar trabajo y establecerse primero.

—Entiendo —dijo usando el mismo tono que ella.

—¿Acaso tú no consideras que sea temprano? —Etta empezó a notar que Nicholas estaba distanciándose—. ¿En serio?

—Tengo casi veinte años. Claro que no es temprano. En cualquier caso, no es un pensamiento que ocupe mi cabeza.

Etta vio una sombra en los ojos del joven y se dio cuenta de que este consideraba que había dicho más de lo que quería. Cuando la soltó y se puso de pie, su ausencia hizo que se sintiera como si le ardiesen los pulmones. Las palabras de Nicholas habían tenido un tono trémulo y la muchacha se dio cuenta de que no debería haber pretendido que él comprendiera su forma de pensar. No debería.

—¿Por qué?

Nicholas se dio la vuelta y una chispa de enfado le recorrió los rasgos.

—¿De verdad quieres que responda? ¿Quieres que catalogue todos mis errores? ¿Todas las razones por las que soy indigno? —Se llevó una mano a la sien y la presionó con fuerza. Cerró los ojos unos instantes—. Duerme. Descansa, que mañana tenemos mucho que hacer.

Etta se puso de pie.

Recordó aquel sueño recurrente que solía tener cuando era más joven, cuando su miedo escénico estaba en su punto más álgido. Lo más aterrador de todo era lo real que parecía. Cada noche sentía la calidez de los focos en la piel cuando salía al escenario. La cegaban. Daba igual qué canción empezase a tocar la orquesta, porque siempre era una que ella no se sabía, nunca era una de las que durante tantas y tantas horas había estado ensayando, hasta que la tocaba a la perfección. Y tampoco se le ocurría nada que improvisar, porque la incapacidad de tocar lo que debía la frustraba y no le dejaba pensar.

Era la misma sensación desesperada que la empujaba en aquel momento a seguir adelante. Buscó las palabras adecuadas, pero no las encontró. Podría haber intentado comprender quién era él, pero no había vivido la vida que lo había hecho tal y como era.

Él estaba ocultándole algo y, fuera cual fuera su secreto, se abría como un abismo entre ambos, un abismo que impedía que llegara hasta él. Intentara lo que intentara — palabras, miradas, caricias— se quedaban en agua de borrajas antes de que alcanzara su corazón.

Nicholas respiraba tranquilo cuando ella entrelazó sus brazos con los de él. El joven se lo permitió, pero apenas durante un instante. Enseguida se apartó de ella.

—No lo hagas... —Al joven le costó tragar—. No te comportes como si esto fuera más de lo que es.

Etta lo sujetó y tiró de él hasta tener su rostro a la altura del de ella. Él se esforzó por encontrar una excusa con la que volver a apartarse mientras la cogía por los hombros. Cuando lo besó, no se puede decir que el acto fuera dulce. No dudó. Nicholas se puso rígido, con el cuerpo como agarrotado junto al de ella.

Justo cuando Etta empezaba a pensar que se había equivocado de cabo a cabo, él soltó un suspiro duro, le puso las manos en el pelo y le acarició el cuello después. Se bebió la respiración de ella con labios salvajes y hambrientos que pasaron de la comisura de sus labios a su mandíbula, a su cuello. El pulso de él palpitaba implacable contra la piel de ella, y Nicholas la condujo hacia atrás sin que se diera cuenta. La muchacha se sintió azorada al notar sus manos, y agradecida de poder apoyarse en algún sitio cuando le fallaron las piernas.

No alcanzaba a entender lo que le estaba susurrando en la piel y se preguntó si el joven se sentiría tan embriagado como ella, tanto que se había olvidado de ponerse el chaleco salvavidas y se estaban ahogando juntos.

Etta se giró, avanzando hacia la cama, pero él reaccionó como si la muchacha pretendiera arrojarlo a una chimenea encendida. El joven tiró de ella tan de súbito que Etta cayó sobre el colchón. Nicholas dio media vuelta y se dirigió a la otra punta de la habitación a paso rápido, frotándose la cara, el pelo, intentando recuperar el aliento.

—¡No intentes hacerme creer que no es real! —le soltó ella—. ¡No te atrevas a ser un cobarde con este tema!

—¿Cobarde? —Nicholas no consiguió no gritar mientras volvía a toda velocidad hacia donde estaba ella—. ¿Cobarde? ¡Estás jugando a un juego que no comprendes...!

—¡Lo comprendería si confiaras en mí lo suficiente como para explicármelo! Quiero estar contigo... Así de sencillo. Y creo que tú también quieres estar conmigo, pero hay algo que no me cuentas. Hace que me sienta como una tonta todo el tiempo. Explícamelo... Si me estoy equivocando, dímelo ahora.

Debió de pillarlo desprevenido, porque se quedó pensativo.

—¿Qué quieres que te explique? Tú volverás a tu época. Yo volveré a la mía. Y así acabará todo. Piénsalo, Etta..., apenas me conoces.

—Claro que te conozco. Te conozco, Nicholas Carter, y sé que el final no tiene por qué ser así.

—Supongo que nunca has tenido intención de llevarle el astrolabio a Cyrus —le soltó él de golpe—. Que piensas que vas a poder escapar de él, que no te encontrará.

Etta se sintió aliviada por el hecho de que estuvieran hablando abiertamente de aquello.

—Sí, voy a poder. Y voy a salvar a mi madre...

—¿Y yo? ¿Crees que voy a permitir que te vayas, a sabiendas de que estarás en grave peligro?

La miraba a los ojos con tal intensidad que no le estaba pidiendo una respuesta, estaba exigiéndosela. Por fin había caído el muro. Nicholas tenía cara de estar cansado, tenso, que era tal y como se sentía ella.

—Ibas a abandonarme, ¿verdad? Como la vez anterior. Sin decir palabra.

—¡No! —exclamó Etta—. ¡No! Llevo todo el tiempo intentando encontrar una alternativa para que sigamos juntos, pero no quiero que abandones la vida que tienes.

—Y ¿qué alternativa hay? ¿Vas a venir conmigo? Aunque consiguiéramos escondernos de la ira del viejo..., ¿de qué serviría? Tendríamos que vivir ocultándonos. Aunque fueras capaz de soportar sola los meses que paso en el mar, hay leyes... leyes del Gobierno, Etta, que condenan a varios años de cárcel a quienes llevan a cabo una unión como la nuestra. Y no solo en América, sino en el resto del mundo. Yo no podría soportar la vergüenza de que me consideraran un criminal por amarte, pero es que jamás te pediría que pasaras tú por ello. Y tampoco pondría tu vida en peligro, dado que hay gente que puede llevar sus prejuicios más allá, incluso, de la ley.

Ahí tenía su respuesta.

Nunca en la vida había creído que pudiera sentirse tan tonta o infantil como en aquel momento.

En realidad, no sabía nada de la vida. Nada.

—Etta..., lo he dicho con mucha menos sensibilidad de la que me habría gustado y veo, por tu expresión, que no lo sabías..., pero es lo que me ha tocado vivir. Siempre he tenido que vivir así. Si hay alguna manera de evitarlo, quiero que me la cuentes. ¿Me entiendes? ¿Acaso no te das cuenta de hasta qué punto quiero estar contigo? Soy un cabrón egoísta, mucho más de lo que eres capaz de imaginar, pero respondería ante Dios o ante quien fuera que intentara interponerse en nuestro camino, siempre y cuando supiera que estás a salvo. Dime cómo hacerlo... Dime cuál es el camino a seguir. Te lo ruego.

Etta se notó las lágrimas en la garganta, y en el rostro también, cálidas.

—Podrías venir conmigo. No te voy a mentir, mi época no es perfecta, el país sigue sin ser perfecto, pero, al menos, las leyes que tú conoces ya no existen.

Le dio la sensación de que Nicholas se lo planteaba. El joven se frotaba la mandíbula.

—Y ¿qué haría allí? ¿Cómo me mantendría? Lo único que sé hacer, lo único en lo que he trabajado, será irreconocible. Y, además, ¿hay alguna manera de obtener la ciudadanía, de demostrar que se tiene?

Dios, ¿cómo iba a hacerlo? No tenía número de la Seguridad Social, no tenía certificado de nacimiento, ni pasaporte... ¿Cómo lo había hecho su madre? Seguro que ella podría ayudarlo a obtener una identidad, ¿no?

—O tendríamos que pasarnos los tres, tu madre, tú y yo, el resto de nuestros días viajando, sin descanso, manteniéndonos un paso por delante del viejo.

—No creas que no doy importancia a tus dudas, porque las considero importantes y, además, no tengo respuesta para ellas —dijo ella—, aunque estoy intentando encontrarla. Ahora bien, mi madre lo consiguió, así que está claro que algún sistema han ideado los viajeros. Me da la impresión de que solo te fijas en los problemas y que no piensas en los beneficios, como la medicina, por ejemplo. La educación. Podrías ir a la universidad y elegir un trabajo. —Tomó aire—. No estoy intentando minimizar lo aterrador que sería empezar de nuevo en una nueva era...

—Miedo no tengo —la interrumpió—. ¿Cómo iba a tenerlo, si estarías a mi lado? Sé que piensas que estoy siendo obstinado... No paro de preguntarme qué tipo de broma es esta de que nos hayamos encontrado sin que haya una manera de que lo nuestro salga adelante. Hay algo antinatural en lo que nosotros hacemos como viajeros y, quizás, este sea nuestro castigo.

—No digas eso —le suplicó Etta—. Es complicado, lo sé, pero no es imposible.

—Pero ¿y si no funciona? ¿Y si no podemos resolverlo todo en tu época? El momento en el que vives no es sino una finísima hebra de tiempo en comparación con la eternidad. Solo hay un sitio en el que tú y yo podemos estar a salvo juntos. Aun así, ¿cuánto tiempo pasaría antes de que empezásemos a echar de menos nuestro hogar, a nuestros seres queridos, y de que ese sentimiento empezase a volverse inaguantable? Todo termina de igual manera: con nuestra ruptura. ¿Acaso no es mejor que lo dejemos ahora?

—No —insistió ella con tenacidad—. Encontraremos un sitio y lo haremos nuestro.

—Sabía que dirías algo así. Si no puedes aceptar esos términos, ¿puedes, al menos, comprender...? Sé que esto puede parecerle una tontería, pero tengo mi orgullo, Etta. He llegado hasta donde he llegado sudando sangre. No soportaría ser una carga para ti. Te quiero entera y jamás te ofrecería menos.

El joven le sujetó la cara y le secó las lágrimas. A la muchacha le pareció que la pequeña sonrisa que le ofreció estaba pensada para arrancarle otra a ella, pero lo único que consiguió fue romperle el corazón un poco más.

—Hemos hecho lo imposible —le dijo Nicholas antes de acercarle los labios a la oreja—. Hemos robado tanto tiempo como hemos podido y eso no va a quitárnoslo nadie.

—No es suficiente —respondió Etta entre susurros.

—Lo sé, Etta, lo sé. —Se separó un paso de ella—. No obstante, esto no va a durar para siempre.

Aquellas últimas palabras empezaron a resonar en la cabeza de Etta y no paraban, por mucho que se tumbara en la cama y se pusiera a mirar las cortinas del dosel y el polvo que caía del baldaquín de tela gruesa. Nicholas dejó encendida una vela que había al lado de donde había decidido tumbarse para dormir, de espaldas a ella, y su fulgor titilante iluminaba las líneas largas y fuertes de su silueta. Por la cadencia de su respiración, sabía que él tampoco estaba dormido.

Tenían miedo de lo que podía pasar y la vista puesta en el futuro. Y habría tiempo para eso. Sin embargo, en aquel momento, debían salvaguardar la línea temporal y resolver una última adivinanza. Ahora bien, ella se preguntaba si, al salir del fluir natural del tiempo, se habían olvidado de lo más importante de la vida: que no tenía sentido vivirla con vistas al pasado ni mirando al futuro, sino cada momento presente.

Etta había vivido una batalla en alta mar. Había sobrevivido a las intrigas de un anciano ávido de poder, al bombardeo alemán de Londres, a un tigre y a una cobra, a

un disparo..., ¿y se estaba negando a sí misma seguir adelante con Nicholas porque quizás en un futuro se hicieran daño?

¿Qué le provocaría más sufrimiento, el dolor que quizá le produjera haberlo intentado o el arrepentimiento de no haberlo hecho?

Estaba protegida. Le importaba tanto Nicholas que sentía como si el joven viviera en su interior, como si fuera un segundo corazón. Quería estar con él y él quería estar con ella. ¡A la mierda con el «para siempre»! Aquel era su momento e incluso lo robaría si era necesario.

Salió de la cama y empezó a desabrocharse la fila de botones que tenía su vestido en la espalda, hasta que se le cayó al suelo y, acompañado de un susurro, formó un charco a sus pies. Su sombra avanzaba por la pared y se mezclaba con ella misma. Contuvo el aliento antes de levantar la manta con la que se tapaba Nicholas y acurrucarse junto a su calor. Le acarició el costado, los músculos del estómago, hasta que él se volvió despacio y la miró a los ojos.

—Etta... —su voz era un susurro en su mejilla—, ¿estás segura?

La muchacha le besó la mandíbula y, después, se la acarició.

—Ahora no es el «para siempre». Ni siquiera es el mañana.

Se aupó por encima de su hombro para apagar la única vela que quedaba encendida en la habitación. A la muchacha la recorrió una oleada de alegría mientras se tumbaba de espaldas y notaba el peso de él sobre ella. Nicholas se agachó, la besó, y ella acompañó sus movimientos y le instó a que la acariciara, a que encontrara ese yo secreto que parecía que solo existiera cuando estaba con él. Notó cómo él cobraba vida, sintió su fuerza bruta mientras se movía sobre ella, con ella, y se abandonó... hasta disolverse con él. Y lo que encontró en aquella oscuridad suave y cálida no tenía principio y tampoco tenía final, porque aquel tiempo les pertenecía a ellos y estaba dando pie a su propia eternidad.

Dieciocho

—He estado pensando en la adivinanza y puede que tenga una respuesta —les dijo Hasan mientras bajaban las escaleras y salían al patio, donde se apreciaba una tarde cálida y radiante.

Hasan estaba sentado a una mesa, cerca de un estanque poco profundo, a la sombra de un árbol que sobresalía lo suficiente por encima del agua como para dejar caer sus enormes hojas enceradas sobre las aguas tranquilas. Las paredes del patio estaban alicatadas con unos adornos intrincados que imitaban el crecimiento natural y ondulante de las plantas cercanas. Campanas tubulares y arbustos de hojas verdes se entremezclaban entre ellos, incluido el que era la fuente de la fragancia que perfumaba toda la casa.

«Un jazmín».

Las pequeñas flores blancas estaban esparcidas por el suelo y caían como lágrimas sobre su pelo y hombros desde los alféizares de las ventanas de la segunda planta. El exterior de la casa estaba muy ornamentado y por la noche habían descubierto que el interior era igual de bonito. En cuanto vieron que había luz natural y abrieron las contraventanas, el dormitorio se había convertido en un derroche de colores y ornamentos a lo largo de las paredes, por las alfombras e incluso en el montón de ropa que les había dejado Hasan a la puerta.

Era asombroso el cuidado y el mimo que se había puesto al construir aquel patio, todo tenía un equilibrio espléndido. No había duda de que le habían dado a la naturaleza un lugar en el corazón de la casa. De hecho, le habían dado un lugar de honor, una zona soleada en la que crecer y un espacio en el que los seres humanos pudieran admirarla. El efecto dejaba sin aliento.

El sol calentaba la espalda de Etta mientras se encaminaba hacia Hasan. El muchacho estaba atareado poniendo pan y fruta en dos platos. A continuación, cogió una tetera de plata y sirvió dos vasos de un té humeante que despedía un aroma dulce.

Nicholas le soltó la mano a la muchacha y fue a sentarse en la otra punta de la mesa, perdido aún en los sinuosos senderos de su pensamiento. Al despertarse, Etta se había fijado en que Nicholas estaba sentado delante del tigre, mirándolo a los ojos. Se había acercado al joven, le había sonreído y le había dado un beso en el hombro. Su piel olía dulzona, como la leche con miel. Se había afeitado la barba y cortado el cabello. Etta le pasó la mano por la cabeza.

—Hoy estás especialmente limpio.

—No podía dormir, así que he decidido asearme y, después, he ido a por más agua para ti. Aún debería estar templada.

Etta se sintió extasiada.

—¡Ay, te daría un beso!

—Qué menos —él se mostró más tímido—. Venga, no te reprimas.

La muchacha le dio un beso sonoro y, después, lo siguió hasta la habitación de al lado, donde había una bañera de porcelana con las patas en forma de garra de animal, muy acorde con todo lo que la rodeaba. Nicholas le lavó la espalda en un agradable silencio hasta que ella le preguntó:

—¿Qué llevas puesto?

La camisola blanca que vestía estaba oculta, en parte, por una especie de lujoso chaleco dorado o chaqueta ajustada que lucía por encima de una especie de capa de seda con detalles de color escarlata y de unos pantalones holgados. También llevaba un fajín dorado ciñéndole la cintura.

—Según Hasan, un *shalvar* —se señaló los pantalones—, un *kusak* —se señaló el fajín a continuación— y, para acabar, un *entari* —que, al parecer, era aquella especie de capa.

Después de decir aquello, el joven se marchó a buscar la ropa de ella. Cuando volvió, la muchacha se quedó estupefacta durante unos instantes, tal era la belleza y exquisitez de las telas con las que estaban hechas las diferentes prendas: un *gömlek* traslúcido, para llevarlo por debajo de la túnica; un *chirka*, que era una camisola para llevar debajo de la chaqueta y que tenía color verde y botones hasta por encima del pecho; el *shalvar*, que eran unos pantalones de un brocado de color oro y zafiro que se estrechaban al llegar a los tobillos, y también un *entari*, de la misma tela que el *shalvar*. Para acabar, había también un sombrero dorado y un velo blanco, el *yashmak*, que se ataba al sombrero y le cubría la cara entera exceptuando los ojos.

Cuando por fin consiguió quitarse toda la suciedad del cuerpo y del pelo, se puso de pie y empezó a frotarse con una toalla hasta que volvió a tener la piel de color rosa. Nicholas no podía apartar la mirada de ella y, aunque lo hacía con ternura, la cohibió.

—¿Soy un sinvergüenza? —le preguntó él.

Ella le sonrió y empezó a acariciarle las líneas y las cicatrices de la palma de la mano.

—Creo que la sinvergüenza en esta situación soy yo.

Él la miró un buen rato, pero ella no entendió aquella mirada. En sus ojos había una oscuridad que le produjo escalofríos.

—¿Te arrepientes? —le dijo ella entre susurros, consciente, de repente, de a qué podía deberse.

Dio la sensación de que la pregunta pillaba por sorpresa al joven, que negó con la cabeza con énfasis. Le cogió el rostro con las manos grandes y cálidas y la besó con tal intensidad que ella sintió que se le erizaban hasta los dedos de los pies.

—Bajo ningún concepto. Nunca.

Pero aquellas habían sido las últimas palabras que había dicho. Luego, ni siquiera había sonreído a su anfitrión. Etta no lo comprendía. Si aquella mirada no era por lo

que habían hecho la noche anterior, ¿en qué estaba pensando?

—¡Comed, comed! —les dijo Hasan, cuya cálida sonrisa no encajaba con los moratones de mal aspecto que llevaba en la cara, producto de la pelea de la noche anterior con Nicholas—. Estás guapísima, sobrinita. ¿Te gusta nuestra forma de vestir?

La primera palabra que le vino a la cabeza para describirla fue «abrumadora», pero el adjetivo se quedaba corto. El *entari* y el *shalvar* eran auténticas maravillas; las capas de seda de color zafiro o esmeralda y el brocado eran lujosos, aunque resultasen pesados. Le gustaban, se sentía cómoda, y no solo porque el vestido de Londres estuviera, prácticamente, hecho jirones, sino porque se sentía más cómoda así, integrada, respetuosa con las costumbres de la época y el lugar.

—Es maravillosa. Gracias por cuidar de nosotros.

Etta aceptó el plato que le tendía, lleno hasta arriba de comida, y empezó a almorzar sin encomendarse ni a Dios ni al diablo, hasta el punto de que, como quien dice, los primeros higos y granos de granada los devoró.

Nicholas tardó más en sentarse a comer, dado que tenía la atención centrada en el patio, buscando sombras y esquinas ocultas que, en realidad, no había.

—*Baha'ar*, mi nuevo amigo —le dijo Hasan—. Come, por favor. No tengo sirvientes. No temas que os descubran. No soy tan descuidado.

—¿*Baha'ar*? —le preguntó Nicholas.

—Marinero.

El joven esbozó una sonrisa amarga mientras partía un pedazo de pan.

—Bueno, ¿qué decías de la adivinanza?

Pero Hasan se había tomado tan en serio su papel de anfitrión que no tenía intención de volver a hablar del tema hasta que considerara que sus invitados habían comido bien.

—Bueno, venga, háganos de la adivinanza —insistió Nicholas cuando acabó de comer.

Hasan enarcó las cejas y Etta consideró que el tono que acababa de usar el joven sugería que consideraba una pérdida de tiempo cada segundo que pasaban allí.

—Gracias, Hasan. Ha sido una comida maravillosa —le dijo la muchacha a todo correr—. Nos encantaría que nos hablaras de lo que has estado pensando acerca de la adivinanza, de lo que crees que significa.

Daba la sensación de que Hasan se había tomado la brusquedad de Nicholas con filosofía.

—«Llévale jazmín a la novia que duerme para siempre bajo el cielo», era así, ¿no?

Etta asintió.

—He intentado partirla en pedazos para entenderla. He pensado que, lo más probable, es que Rose estuviera refiriéndose a Damasco. Esta ciudad tiene muchos nombres como Ciudad del Jazmín, pero también... Novia de la Tierra. Esta

adivinanza, sin embargo, implica una especie de viaje, ¿no os parece? «Llévale jazmín a la novia». Quiere que os marchéis de la Ciudad del Jazmín, así que tiene que estar refiriéndose a otra novia...

—¿Y? —le interrumpió Nicholas tamborileando con los dedos en la mesa—. ¿Adónde hay que ir?

Hasan levantó una mano y dijo:

—Paciencia.

Nicholas pegó tal golpe sobre la mesa que los platos y las fuentes saltaron.

—¡Eh! —lo censuró Etta.

—Cada momento de retraso es un momento en el que pueden encontrarnos, en el que los guardianes pueden dar con nosotros. No quiero correr ningún riesgo innecesario prolongando esta situación hasta que los secuaces de Cyrus Ironwood den con nosotros, y menos cuando estamos tan cerca de encontrar el astrolabio. Además, tenemos un plazo, ¿no es así?

Etta suspiró, pero asintió.

Hasan también asintió.

—Pues démonos prisa. Ahora bien, *baha'ar*, igual que tú conoces bien el mar, yo conozco bien esta tierra. El desierto es una belleza despiadada, una emperatriz castigadora que no se inclina ante nadie. Ya ha pasado el mediodía y no vais a partir por la noche. Hoy lo prepararemos todo y nos marcharemos mañana al alba. Antes de eso, no obstante, vas a tener que escucharme o no sabrás en qué dirección ir, ¿de acuerdo?

Nicholas se miró las manos, que tenía extendidas sobre la brillante mesa de madera y asintió.

—Como iba diciendo, algunos conocen Damasco como Novia de la Tierra, pero también hay otra novia: Palmira, que es la Novia del Desierto. Yo diría que ese es vuestro destino. Y ¿qué es lo siguiente? «Que duerme para siempre bajo el cielo». La ciudad era en sí misma una joya del comercio, una civilización brillante. Sin embargo, ahora está en ruinas. En cualquier caso, todavía queda un valle de tumbas.

La ciudad que su madre había pintado para ella.

—Debe de ser ahí. Ahí lo encontraremos —comentó Nicholas.

—¿Hay alguna manera de saber a qué tumba podría estar refiriéndose? —le preguntó Etta a Hasan—. ¿Hay muchas?

—Muchísimas —respondió este casi como si se sintiera responsable—. Hace tiempo que no voy, pero no podría decirte cuántas hay. Sin embargo, Rose te pide que busques el emblema, que debe de tratarse del de los Linden, el de la familia. Seguro que lo reconoces en cuanto lo veas.

Etta asintió mientras pensaba en el árbol que había grabado en la cubierta del diario de viaje de su madre. Con aire pensativo, tocó la perla de uno de los pendientes. Estaba fría.

—Aunque me preocupa... —continuó Hasan. Es un viaje de tres días a caballo, y más largo aún en camello. Podríais azuzar más a los caballos, y llegaríais en dos días, pero es peligroso. No hay mucha agua y si los apretáis demasiado, podríais acabar reventándolos y tendríais que seguir el viaje a pie.

—Es un riesgo que vamos a tener que correr —dijo Nicholas—. Vamos a necesitar un mapa, una brújula, si tienes alguna, agua y comida. ¿Podemos ir a los mercados?

—Por supuesto, pero no vais a necesitar ni un mapa ni una brújula, porque voy a acompañaros. Voy a ser vuestro guía.

Nicholas había empezado a ponerse de pie, pero, al oír las últimas palabras de Hasan, se detuvo y soltó:

—No necesitamos guía.

«¿Por qué no?», se preguntó Etta.

¿Acaso pensaba Nicholas que ser navegante le daba algún tipo de capacidad mágica para saber dirigirse por el desierto? Hasan estaba teniendo un gesto desinteresado con ellos, así que no pretendía ofenderlo de aquella manera.

—Sería un honor para mí —comentó Hasan—. No es bueno ir en un grupo tan pequeño, pero yo os protegeré con la vida.

—Soy muy capaz de...

Nicholas se quedó callado en cuanto la muchacha le puso la mano en el hombro.

—Espero que no sea necesaria, pero aceptamos tu ayuda. Muchas gracias.

Dado que sabía reconocer cuándo la batalla estaba perdida, Nicholas entró en la casa tras cruzar el patio con pasos largos y decididos. Iba tan molesto que solo le faltaba darse media vuelta y mirarlos con mala cara.

—Es una persona a la que no le gusta perder —le comentó Hasan a Etta en cuanto Nicholas desapareció de la vista. El muchacho tenía cara de preocupación—. Si quieres que lo mate, no tienes más que pedírmelo. Sería un placer.

Etta se quedó boquiabierta y hasta que Hasan no soltó una carcajada no se dio cuenta de que había sido una broma.

—Lo estamos pasando mal. Los dos últimos días han sido muy duros.

—La que más me preocupa eres tú. Parece que estés triste.

Etta sabía que tenían, más o menos, la misma edad, que, como mucho, el muchacho era un par de años mayor que ella. En aquel momento, sin embargo, su mirada transmitía tal sabiduría que sintió que tenía la oportunidad de desahogarse con un sabio tan anciano como el sol, alguien que podría dar sentido a lo que sentía.

—Nos hemos peleado —admitió ella—. Lo hemos resuelto de la mejor manera que hemos podido, pero no es una solución definitiva. Está molesto y, además, tenso por todo lo que está tocándonos vivir. Y yo.

—¿Te ha hecho daño?

—¡No, ni mucho menos! —contestó ella a toda velocidad—. Es que... hemos llegado a la conclusión de que... —No quería mentirle, pero tampoco estaba segura

de cómo decirlo sin decirlo—, de que mi futuro quizá no vaya a ser como yo había pensado.

Por no mencionar el miedo que tenía de que le pasara algo a su madre y por no saber dónde estaba, cómo la estaban tratando, si le habían hecho daño...

—Me parece... —Hasan se quedó callado, como si estuviera pensando mejor las palabras que iba a utilizar—. Me parece que esto que hay entre vosotros no es tan sencillo como él dijo, ¿verdad?

A Etta la recorrió un escalofrío de preocupación.

—Mira, sobrinita, sé muy bien cuáles son sus razones. Yo no juzgo, como hacen los demás. Mi padre y mi madre no estaban casados, no podían unirse de la forma tradicional. Las mujeres de mi fe tienen prohibido casarse con un hombre que no pertenezca a su religión. Alá, sin embargo, es sabio y los enlazó. Cuando los descubrieron, a ella la expulsaron de forma terrible de la familia. Abbi la trajo aquí, a una tierra extranjera, para empezar juntos una vida nueva e intentar escapar de la vergüenza que otros habían intentado que sintiera mi madre, aunque no lo consiguieran. Abbi cuidó de nosotros, nos dio lo que necesitábamos, pero no podían vernos con él por miedo a que nos condenaran. No podíamos ir con él. Mi madre y yo nunca quisimos nada más, excepto, en ocasiones, su presencia.

Hasan le dio una palmadita en la mano y siguió hablando:

—Sé que es una blasfemia, que va contra nuestras enseñanzas y creencias, pero acepto las decisiones que tomaron. En mi corazón, adoro que lo hicieran. No puedo evitar pensar que no importa a quién ames, sino la calidad de dicho amor. Lo que te quiero decir es que... una flor no es menos bonita porque no florezca tal y como se esperaba de ella, porque dure una hora, en vez de días.

Etta asintió una vez más y consiguió tragar saliva a pesar de la opresión que sentía en la garganta. Aquello era justo lo que necesitaba oír, aquel consuelo, el eco de sus propios pensamientos.

—A Nicholas le preocupa mucho el qué dirán. Admiro el valor que tuvieron tus padres. Supongo que fue muy difícil para ellos.

—No quiere sino protegerte, y eso es bueno. No se le puede culpar por ello. Mi padre me describió cómo era viajar, ver el tejido del tiempo extendido ante ti. Decía que eran «posibilidades». Se dice que hay tiempo de sobra para todo, así que tienes que empezar a creer que hay tiempo suficiente para ti.

—¿Y si ese tiempo ya ha pasado? —preguntó ella.

Hasan se inclinó hacia delante con una sonrisa.

—En ese caso, encontrarás la manera de conseguir más tiempo. Posibilidades, querida mía. Posibilidades.

La ciudad no tenía que esforzarse para parecer bonita. Sus huesos eran tan antiguos que uno se podía imaginar a los soldados romanos pasando por tu lado, o a un

cruzado. También estaban los jenízaros otomanos con sus ropas coloridas, con sus trajes elaborados y sus gorros altos y con plumas. La ciudad era una intersección de siglos.

Damasco brillaba blanca como una perla y parecía un rompecabezas; las calles eran curvadas, tortuosas, estrechas, con la gran excepción de la calle Recta, que era una buena espina dorsal para la ciudad. Algunas casas colgaban sobre las calles, tanto que, en ocasiones, conformaban arcos al encontrarse con las de los edificios de enfrente. En todas ellas había plantas y sombras en abundancia. Daba la sensación de que, en cualquier momento, pudieran girar una calle y entrar en un mundo oculto dentro de aquel en el que vivían. Por la manera en la que se filtraba el sol, a Etta le parecía que estuviera observando el mundo a través de una antigua hoja de vidrio.

Los minaretes de las mezquitas se alzaban orgullosos sobre los demás edificios y los mercados cubiertos, compartiendo el cielo con las iglesias, y haciéndolo en paz. La mayor de ellas, según les explicó Hasan, la Gran Mezquita, construida en los días del califato Omeya. Tenía el tamaño de un palacio y, por lo visto, era visible desde cualquier punto de la ciudad, siempre que estuvieras dentro de las murallas de la misma.

En la época de Etta, Siria estaba inmersa en una guerra civil, tan destructiva y con tantos muertos, tan desalentadora que millones de refugiados se habían visto obligados a huir de ella. Ni siquiera Damasco se había librado. En cierto modo, sin embargo, era reconfortante comprobar que la ciudad llevaba en pie miles de años. La urbe había pasado por las manos de innumerables señores, había vivido revueltas y subyugaciones sangrientas y, aun así, había sobrevivido.

—Vamos, vamos —los instó Hasan—, que en esta ciudad viven guardianes de los Ironwood. Debemos ir a los *souks* y volver a casa lo más rápido que podamos.

Etta aligeró el paso, mirando a su alrededor por las calles y plazas abarrotadas en busca de signos de que alguien los estuviera vigilando. Detrás de ella, Nicholas tenía una expresión adusta y una mano metida en los pliegues de su *entari*, empuñando una daga o algo parecido.

Cada *souk*, o zoco, era un mercado cubierto, como un bazar, donde se desarrollaba algún negocio lleno de ofertas. Etta había pensado que librarse del sol durante un rato haría que no tuviera tanto calor, pero se equivocaba. Había tanta gente en los zocos, admirando las elegantes jaulas de pájaros cantores, probando el peso y la fuerza de las armas de los herreros, examinando los objetos de cobre en busca de imperfecciones... que le parecía que estuviera en el metro de Nueva York durante la hora punta.

De los techos colgaban cestas como si fueran nubes y, cuando pasaron por unas paredes llenas de linternas de mil y una formas y con cristales de todos los colores concebibles, sintió que debía pararse.

Los mercaderes de especias y las perfumerías suponían un agradable oasis de aromas en una ciudad llena de olores menos atractivos; en especial, el olor de sus

habitantes. Ella incluida. No había nada como oler el aliento rancio de un frutero para recordarle la de días que llevaba sin lavarse los dientes.

La amabilidad de los mercaderes y de los ciudadanos no tenía parangón; jamás había visto nada así. Nicholas, a través de Hasan, intentó negociar el precio de unos odres para el agua, además del de unas ropas no tan llamativas. Etta se fijaba en las mujeres que había a su alrededor y esperó que no se le notara lo incómoda que se sentía, alejada de los hombres, que estaban llevando a cabo los negocios. Nicholas le había confiado la bolsa a ella, incluido el oro que les quedaba después de lo de Londres. Cuando Etta le tendió la bolsa para que pagara la fruta seca, el joven lo rechazó con un gesto sencillo y permitió que fuera Hasan quien pagara.

—Luego le pagaremos —le comentó Nicholas por lo bajo y al oído—, pero usar oro y monedas que no son conocidas en la zona de forma tan deliberada podría atraer una atención que no queremos.

Era evidente que Hasan había encontrado una buena excusa para explicar la presencia de Etta y Nicholas. Negociaba entre susurros, riéndose, frunciendo el ceño de vez en cuando, e iba llenando las cestas y los brazos de ambos jóvenes con todo aquello que necesitaban. Mientras Hasan y Nicholas examinaban sillas de montar y determinaban cuáles eran las mejores, Etta se encontró en el camino de un mercader ambulante de telas que, como quien dice, le puso encima su producto y, en un idioma que no entendía en absoluto, empezó a hablarle de lo maravilloso que era.

Etta no sabía de qué se trataba, pero algo había llamado su atención. Mientras el vendedor de cara dulce le ponía un precioso brocado dorado en el hombro y la seguía mientras ella se giraba, de súbito, tuvo una sensación extraña, como si una araña le caminara por el cogote. Etta miró a su alrededor, saltando la mirada de una mujer, a un hombre, a un mercader.

Cerca de ellos, en un puesto cuyas estanterías inclinadas albergaban tantas telas que llegaban hasta el techo, había dos hombres barbudos vestidos con ropas negras. Uno de ellos tenía la piel oscura, como la gente que los rodeaba, pero el otro era, sin lugar a dudas, occidental y su color era casi tan pálido como el de ella. No estaban mirando el material que habían elegido y tenían en las manos. Tampoco estaban fijándose en Hasan. Ni en Nicholas. Ni siquiera en ella.

Estaban observando a una joven que había a unos pocos metros de Etta, apoyada en una columna, y que era evidente que estaba observando a Hasan. A la mujer, que se cubría el cabello con un pañuelo blanco, se le escapó un mechón de pelo, que era rubio. Etta se quitó el velo para verla mejor, para convencerse de que no había aparecido de la nada.

Algún ruido debió de hacer, porque la joven se giró hacia ella y el velo se le movió lo suficiente como para que alcanzara a verle buena parte de la cara. Los ojos azules que la miraban eran idénticos a los suyos.

¿Cómo era posible...? Pero si Hasan había comentado que se había ido hacía unos días. ¿Estaría escondiendo ahora el astrolabio o volviendo de donde lo había

guardado?

—¿Rose? —dijo Etta.

Aquel fue su primer error.

Salir corriendo detrás de ella cuando esta dio media vuelta y escapó, el segundo.

Era fácil saber por dónde iba, porque eran las dos únicas que avanzaban empujando la riada de personas del bazar a uno y otro lado. Oía frases airadas por detrás de ella, pero quedaban apagadas por su respiración acelerada y por el palmoteo de sus zapatos planos por el empedrado de la calle. Vaya, qué rápida era su madre.

Rose estiró la mano y tiró al suelo un expositor de bandejas de plata, decenas de ellas, que cayeron al suelo con gran estrépito. Etta se tropezó, pero consiguió recuperar el equilibrio tras soltar un grito ahogado. Rose giró la cabeza para ver si aún seguía detrás de ella y Etta vio que su madre llevaba el ceño fruncido. Luego, sacó una daga y se la lanzó.

El arma pasó a pocos centímetros del cuello de la muchacha, pero solo porque esta se tropezó instantes antes con un puesto.

—¡Mamá! ¡Por favor, para, solo quiero hablar contigo!

La muchedumbre se dispersaba alrededor de ellas, una mujer gritó alarmada, pero Etta solo se fijaba en el rostro de su madre, en cómo su expresión había cambiado y la observaba con tal agudeza que parecía que fuera el arma más afilada del mercado.

—¡Dile a Henry o a Cyrus, o a quienquiera que sea tu jefe —hablaba de forma tan entrecortada que le costaba reconocer su voz—, que nunca lo encontrarán!

—¿Te refieres al astrolabio? ¡No pretendo interponerme, te lo juro...!

Un par de manos la levantaron del suelo y lo último que vio antes de que alguien le pusiera el velo de malas maneras fue la cara de su madre, que tenía los ojos como platos y empezaba a retroceder.

—¡Suéltame! —La muchacha estaba desorientada. Quienquiera que la hubiera levantado, se la echó al hombro—. ¡Nicholas, para, que es ella!

Pero, cuando tomó aire..., con el velo pegado a los labios, a la lengua, cegada por la tela y el pelo... Aquel olor... Nicholas siempre olía a mar, a jabón y a cedro. En cambio, quienquiera que estuviera sujetándola por las piernas solo olía a camello, a animal.

Giraron justo en el momento en que otra persona daba un grito de alarma. Algo de madera se cayó al suelo y se astilló, y otro objeto se hizo mil pedazos y, a continuación, empezó a sonar la llamada a la oración en la ciudad.

De repente, Etta sintió mucho calor en la espalda y le pareció que el mundo ardía con furibundas llamas rojas en el interior de sus ojos. Le habían cogido las manos a la espalda e iba a los hombros de alguien. Empezó a dar patadas y a gritar, pero la tela con la que la habían cubierto amortiguaba el sonido.

«Me han secuestrado...».

La muchacha golpeó algo blando con el pie y el hombre que la llevaba cayó de rodillas al suelo. Ella también cayó al suelo, sobre la piedra caliente, y estaba

intentando ponerse de pie cuando alguien le pegó una patada en la cabeza y la envió al suelo. Se le llenó la boca de polvo y tierra, se le metió entre los dientes, mientras intentaba escapar gateando. Se desataron unas manchas blancas y negras que le nublaron la vista, por lo que no pudo ver que le sangraba la mano y que estaba manchando las piedras pálidas del suelo.

Oyó un aullido de furia y un cambio del viento detrás de ella. Etta volvió a caer hacia delante, pero consiguió quitarse el velo de la cara. Fue entonces cuando vio a Nicholas cargando contra uno de los dos hombres vestidos de negro que había visto antes.

La gente se concentraba alrededor de ellos, algunos rezaban, pero otros estaban arrobados con los puñetazos que le estaba atizando Nicholas a uno de los de negro; en un momento dado, el otro le saltó a la espalda. La mano del segundo atacante desapareció en los pliegues de la ropa de Nicholas y el joven pegó un grito antes de tirar la cabeza hacia atrás con todas sus fuerzas y noquear a la persona que tenía subida encima.

Nadie se acercó a ayudar hasta que Hasan apareció de golpe y empezó a pedir auxilio a gritos. Los dos hombres de negro se pusieron de pie y, a pesar de que Etta no entendía cómo pudieron hacerlo, salieron corriendo y se perdieron en el caótico tumulto que ellos mismos habían provocado, perseguidos por los jenízaros.

—¡Etta! ¡Etta! —Nicholas se tiró de rodillas a su lado. Le rugían los pulmones—. ¿Estás herida?

Antes de que su lengua de trapo le ayudara a darle una respuesta al joven, Nicholas se balanceó y parpadeó, como sorprendido. La muchacha estiró la mano y lo cogió del brazo para que no perdiera el equilibrio. La otra se la llevó al costado..., donde empezaba a aparecer una enorme mancha de un violento color escarlata.

—No... ¡No, no, Nicholas! —exclamó Etta.

No fue ni siquiera capaz de sostenerlo cuando él cayó desplomado.

Diecinueve

Nicholas supo que tenía un problema en cuanto se dio cuenta de que la herida no le dolía en absoluto.

Fragmentos de lo que había sucedido en las últimas horas pasaron por su cabeza, como, por ejemplo, la manera en la que el viento había jugueteado con los pétalos blancos que había caídos por el suelo del patio. ¿De verdad había pasado eso hacía solo unas horas? Imposible. Todo estaba oscuro. Podían haber pasado días y que él, desde las profundidades de aquel sueño profundo, terrible y embaucador, no hubiera salido a la superficie el tiempo suficiente como para verlo por sí mismo.

Oía voces suaves por encima de él. Manos suaves que le tocaban los vendajes del costado para inspeccionar la herida. Con unos paños suaves le quitaban el sudor infernal de la cara. Si había algo que Nicholas no esperaba era que la muerte lo acariciara con tanta delicadeza. Le parecía injusto, no obstante, tener que irse sin pelear. Que le negaran la oportunidad de arder, despotricar, gritar hasta que no le quedara aire. ¿Acaso no estaba en su derecho? ¿O solo le parecía mal por el mero hecho de que, en la vida, siempre había tenido que luchar para conseguirlo todo? Irse ahora con un susurro... Sentía como si aquel pensamiento se le hubiera asentado en el pecho y apenas le permitiera respirar.

Quizá pensase en ello un rato más cuando no estuviera tan cansado.

Sí.

El sitio al que lo habían llevado olía a tierra. Se oían pasos constantemente, pasos suaves y voces. Daba igual lo poco que supiera del idioma que hablaban, le resultaba imposible concentrarse con el rugido de su sangre en los oídos. Así que estaba en un hospital. Se obligó a abrir los ojos en cuanto sintió algo de luz en los párpados.

Las paredes que lo rodeaban eran blancas, pálidas como las de una tumba, con unas ornamentaciones sencillas. Nicholas intentó enfocar la vista el tiempo suficiente como para ver qué eran. Miles de soles. Miles de flores. El sitio estaba en calma. Hasta el agua de la esponja con la que le lavaban la cara tenía una fragancia suave y agradable a flores que le recordaba a Etta. Pero ¿a qué venía que se acordara de Etta en aquel momento?

Aunque había camas a su alrededor, estaba solo en aquella sala y lo único que podía hacer era ver el agua que caía de la fuente que había en la estancia y a los jóvenes que se acercaban a ella para llenar jofainas. Lo levantaron y le hicieron beber un caldo insípido. Podría haberles dicho que era inútil, que tenía la garganta hinchada, en carne viva, como si se hubiera tragado el sol. Estaba claro.

La herida no lo había matado.

Pero la fiebre podía hacerlo.

A pesar de su débil rechazo, lo tenían bien envuelto con las sábanas, atrapado en su propio calor, de manera que sus únicas opciones fueran sudar y sufrir. Tanta gente cuidando de él... y nadie lo ayudaba.

«Etta lo hará».

Etta lo haría. Dios bendito, había visto a un hombre intentando romperle la cabeza a la muchacha contra el suelo... y había perdido el control. ¿Estaría bien? ¿Dónde estaba? Y ¿qué día sería...? ¿Cuántos días habrían pasado? ¿Sabría seguir sin él?

Mientras se le iban cerrando los ojos de nuevo, no fue el rostro de ella lo que vio, sino el de Hall, la manera en que se había agachado delante de Nicholas cuando este era todavía un renacuajo que no le llegaba por la cadera y le había dicho que se marchaban juntos. Luego, le había tendido la mano —tan grande, tan cálida— y la había cerrado en torno a la suya.

Hall... ¿Quién le diría qué había sido de él? ¿Y a Chase? Puede que alguno de los dos fuera a ver a Cyrus Ironwood, momento en que descubriría que este tampoco tenía respuestas concluyentes.

«Perdido».

No sería conocido por lo que había logrado, sino por la manera en la que había fallecido. La mayoría de los marineros sabían aceptar la muerte, aceptaban la terrible simplicidad del hecho, pero Hall y Chase eran incansablemente optimistas. ¿Serían capaces de soportar la carga que supone la incertidumbre? El no saber si habrían vuelto a venderlo como esclavo, si se lo habrían comido los tiburones, si estaría pudriéndose en una prisión... Podían torturarse con infinidad de posibilidades y jamás se acercarían siquiera a la realidad.

Empezó a contar el paso del tiempo valiéndose de las llamadas a la oración. Cada vez que notaba a alguien a su lado, su cuerpo se tensaba por instinto e intentaba encontrar debajo de la almohada un cuchillo que no había.

En un momento dado, se despertó con el sonido de un zumbido suave y de la tela al rasgarse y se volvió para ver de quién se trataba. Había un joven sentado cerca de la cama, con una cesta de lo que parecía lino blanco o seda silvestre. Los rollos de tela estaban en mal estado, tenían rotos, agujeros. Puede que, en su día, alguien los hubiera donado al hospital para vendas o que estuvieran hechos con ropa de cama a la que se le había dado una segunda vida. El joven no tenía que esforzarse en absoluto para cortar la tela en tiras largas, los agujeros la habían debilitado y la hacían muy vulnerable a su fuerza.

Nicholas no podía pensar con claridad, navegar por un único pensamiento, sin que la fiebre lo consumiera. La imagen, no obstante, seguía en su cabeza, a pesar de lo que le pesaban los ojos. ¿De qué iba aquella sencilla tarea?

Dinero... Poder...

«Rasgar. Romper. Tela. Tiempo».

La razón por la que estaba allí.

La razón por la que Etta había tenido que viajar.

«Tiempo... Estamos quedándonos sin tiempo... Etta...».

Etta. Tenía que hablar con ella.

Tuvo la primera oportunidad de hacerlo cuando ya había caído la noche. De repente, oyó una voz que le resultaba familiar. Abrió un ojo y vio que Hasan conversaba con un hombre mayor de pecho fuerte y grueso, que iba vestido con una bata inmaculada.

Nicholas intentó hablar, pero lo único que salió por su boca fue un quejido patético. Ninguno de los dos lo oyó hasta que no se aclaró la garganta.

—Amigo, voy a traerte un poco de agua.

El hombre de la bata, que tenía el pelo tan gris como Nicholas el interior de la cabeza, se marchó después de observarlo unos instantes. El joven agarró a Hasan por la ropa a toda prisa para que este no se marchara también.

—Etta... —tuvo que construir la palabra con sumo cuidado—. Quiero ver... a Etta.

—Es tarde —le dijo, como regañándole—. Además, ¿quieres que te vea así?

¿Acaso no había estado allí ya?

—Ahora —dijo de forma desagradable. Se dio cuenta de que no había hecho bien, así que, con intención de que no pareciera que estaba desesperado, añadió un suave —: Por favor.

—De acuerdo.

Hasan empezó a levantarse, pues se había puesto de rodillas para escuchar mejor a Nicholas, pero se detuvo y volvió a la misma posición.

—*Baha'ar*, no te mueras tan lejos del mar —dijo con voz suave y seria.

Nicholas cerró los ojos y se quedó esperando. No volvió a abrirlos hasta que oyó los andares familiares y apresurados de la muchacha por el suelo de baldosas. Estaba oscuro, el día se había ido del todo. A su alrededor, había velas encendidas, que calentaban su cama con su luz cálida. Pensó en la noche que habían pasado juntos, en la expresión de ella, tan dulce, cuando se habían mirado a los ojos..., y sintió que el pecho se le hinchaba.

El ritmo de los pasos cambió, a más lento, y, entonces, se dio cuenta de que debía de tener un aspecto tan horrendo como la sensación que lo embargaba por dentro. La expresión de la muchacha le partió el corazón y deseó poder hacer algo para quitarle aquel dolor tan evidente. Deseó ver en su rostro una última sonrisa antes de contarle la verdad.

—Dame un beso —le susurró él.

Etta sonrió, aunque estaba claro que ganas no tenía y, poco a poco, se agachó para besar aquellos labios suaves. Cuando se incorporó, la muchacha dejó las manos en la cara de él y le acarició las mejillas, la frente, el pelo.

—¿Dónde...? —Nicholas tuvo que aclararse la garganta de nuevo.

—Estamos en Qaymair, un hospital de Damasco —respondió ella con calma mientras cruzaba las piernas—. Yo quería llevarte a casa, pero a Hasan le preocupaba atraer a extraños hasta ella y, además, necesitabas con urgencia que te viera un médico.

Nicholas esgrimió una mueca y esbozó una tenue sonrisa.

—Hasan ha estado haciendo guardia. No me ha dejado ni verte hasta ahora. De hecho, anoche tuve que escabullirme para venir, amparada en la noche.

—¿Sola? —Le lanzó una mirada de desaprobación, pero ella la ignoró.

—Me atraparon y él me trajo de vuelta a casa. Llevas dos días durmiendo, como quien dice.

Dos días. Dios... En ese caso, solo quedaban tres para que acabara el plazo del anciano. Su corazón se llenó de miedo... por ella, por la mujer responsable de aquella búsqueda loca.

—¿Detuvieron a los atacantes?

Etta dejó de acariciarle y él se acercó a ella para evitar que se alejara.

—No, lo siento. ¿Crees que eran guardianes?

Tenían que serlo si habían estado persiguiendo a Rose y se habían dado cuenta de que Etta era otro gran botín. No habían conseguido pasar un día entero siquiera sin que los descubrieran. Nicholas se sentía un mal protector.

—Sientes que me hayan herido, pero no que tú salieras corriendo detrás de tu madre. —Nicholas agradeció volver a tener voz—. ¿De verdad era ella?

—Sí..., mi propia madre me lanzó un cuchillo. —Sacudió la cabeza—. Me muero de ganas de contárselo.

—¿Te dijo algo?

—Solo que jamás dejaría que Cyrus o un tal Henry se apropiaran del astrolabio. Ni siquiera me dio tiempo a explicarle que no íbamos a dárselo a ninguno de los dos.

«Ah».

Era el momento. Aparte de la necesidad de verla, le había pedido a Hasan que la trajera para contarle la verdad. Pero, ahora que por fin Etta estaba con él, con ese rostro tan hermoso y ese buen corazón, no se atrevía.

«No hay manera de rodear la situación. Hay que afrontarla».

Etta le retiró la manta lo suficiente como para que sacase los brazos. Nicholas aprovechó aquella movilidad para cogerle las manos y llevárselas al pecho. Era consciente de que tenía que estar sintiendo su corazón al galope.

La muchacha frunció el ceño. Tenía cara de cansada y al joven no le cabía duda de quién era el culpable.

—¿Qué te pasa? —preguntó Etta.

—Tengo que contarte una cosa. Pero no me interrumpas. Es muy importante que te lo cuente —insistió Nicholas.

—¿No puedes esperar a mañana? Tienes que descansar.

Era propio de ella ver que la luz de él se apagaba y negarlo hasta el final.

—No he sido honesto contigo, así que no, no puede esperar.

Etta se echó hacia atrás, pero Nicholas no le soltó las manos, la ancló a él.

—En Nueva York, no fui tras de ti por el pasadizo porque sí... Es cierto que estaba preocupado, qué duda cabe, pues es evidente que tienes facilidad para atraer problemas, pero... La cuestión es que cuando te fuiste a dormir y yo me quedé con Cyrus, el viejo me ofreció un nuevo trato. —Le dolía la garganta y, por un instante, se perdió en el dolor que lo asediaba desde dentro—. Me pidió que fuera contigo, que te ayudara a encontrar el astrolabio y que me asegurara de que no lo rompieras o le traicionaras. Mi intención, Etta, era entregarle el astrolabio aunque no te pareciera bien. A cambio, él me entregaba sus plantaciones de las Indias Occidentales, una fortuna. Ahora, sé que esa fortuna no existirá cuando cambie el pasado y cree un futuro nuevo.

Etta sacudió la cabeza y le soltó la mano. Durante un buen rato, a Nicholas le pareció que la muchacha estaba a punto de decir algo, pero bien podía ser un efecto de la luz de las velas.

—Di algo... —le susurró—. Por favor. Di que me desprecias por haberte escondido la verdad, que no me perdonarás nunca... Di lo que sea, pero no me ocultes lo que estás pensando.

—Y lo haré —dijo Etta en un momento dado, mirándolo a través de un mechón de pelo que le caía por la cara—, pero, primero, voy a tener que encontrar la mejor manera de sacarte el corazón y comérmelo.

La carcajada que le salió del pecho a Nicholas no fue más que una risa débil.

—No me importaría que lo hicieras. Al menos, así verías en él lo arrepentido que estoy y cómo te ha pertenecido por completo desde el momento en que te vi.

Etta cerró los ojos y se dio la vuelta para ocultar la expresión de su rostro. Como si ella pudiera esconderle algo, después de todo por lo que habían pasado.

—No quiero... no quiero que digas algo así porque te sientes mal por haberme mentado. ¿Me habría gustado que me lo dijeras al principio? Pues sí. En cualquier caso, tampoco yo tenía intención de darle el astrolabio a Cyrus y tardé un tiempo en decírtelo. Además, aún no le has dado el artefacto.

—Pero te he mentado...

Nicholas no entendía aquella reacción. Se había preparado para que lo rechazase, para que lo odiase, en cuanto le hubiera contado lo que había pensado hacer. Le costaba respirar porque aquel momento le estaba pareciendo de lo más irreal.

—Pero sé por qué lo hiciste. Sé que con tanto dinero habrías podido comprar un barco y una vida nueva, que es lo que quiero para ti, que tengas lo que te mereces. Quiero que lo tengas y que no te sientas culpable por la manera en que lo has conseguido. Me has contado la verdad. No tienes que decírmelo en verso para que el golpe sea menor.

—No me motivaba solo la recompensa. Seguro que lo sabes. Sentía que le debía a Julian acabar lo que habíamos empezado y quería... quería... quería estar cerca de ti.

Protegerte.

—Nicholas...

La verdad, la pura verdad, era que, de haberle importado ella de verdad, no habría aceptado el trato y no la habría seguido. Ni siquiera la fortuna entera de Cyrus Ironwood habría sido suficiente para tentarle.

Había sido la pureza de los sentimientos de ella lo que lo había convencido. La había subestimado y se había comportado como un idiota al haber insistido a pesar del amor... que ella le transmitía. No había otra forma de describirlo. Y para ella era igual. El pensamiento lo inundó, llenó sus venas con alivio y agonía a partes iguales.

Tiró de Etta hasta que la muchacha dejó de resistirse y se acurrucó a su lado.

—¿Te convencería la poesía? «Y, ahora, buenos días a nuestras almas mientras despiertan» —empezó a recitar Nicholas al tiempo que intentaba recordar los siguientes versos—. «Que se observan una a otra no sin miedo. Por amor, todo amor sobre otras miradas prevalece, y construye un pequeño refugio en cualquier parte».

—Ahora, ya estoy segura de que estás enfermo...

Pero él no había acabado, dado que había decidido dejar de lado el sueño en aquellos momentos tan importantes. Si sus palabras no le habían convencido, lo harían las de Donne.

—«Que los descubridores de mares visiten nuevos mundos; que, mundos sobre mundos, a otros los mapas les enseñen; que nos dejen conquistar un mundo; que cada uno tenga el suyo, que es el único».

—Quiero que sepas que espero que vuelvas a recitármelo cuando te encuentres mejor. —El temblor de la voz de la muchacha le robó parte de la frescura a aquellas palabras—. En un momento en que no estés muriéndote, ¿vale?

—Escúchame... —Nicholas se dio cuenta de que empezaba a farfullar. El calor que le provocaba Etta a su cuerpo febril podría haber causado la combustión de cualquier persona—. Ya te he retrasado mucho tiempo. Dile a Hasan que te lleve a Palmira por la mañana. Será un viaje duro, largo, pero sé que puedes conseguirlo. Sé que vas a tomar la decisión adecuada respecto a qué hacer con el astrolabio. Sé que tu corazón va a indicarte qué debes hacer.

—No, no voy a ir sin ti...

—¿No puedes hacerme caso, aunque solo sea una vez? Sabes muy bien lo que está en juego. Tienes que ir.

—Eres mi compañero.

El tono de voz de ella había subido y él la agarró con más fuerza. Estaba molesta, pero era porque sabía que Nicholas tenía razón.

—No te atrevas a abandonarme ahora —insistió ella—. No pienso ir sin ti. Y yo no pienso abandonarte.

—No puedes ir hacia atrás. Tienes que ir hacia delante. Siempre hacia delante a partir de ahora.

Etta se incorporó lo suficiente como para mirarle a la cara. Tenía lágrimas en los ojos, pero no permitió que se le cayeran. Muy por el contrario, Nicholas se fijó en que la determinación de la muchacha volvía a hacerse fuerte y, con ello, se entendió a sí mismo, comprendió que ella era capaz de inspirar a las dos partes contrarias que convivían en su interior: la que quería comportarse como el caballero que ella se merecía y la del pícaro que la ansiaba.

—No sabes la vergüenza que vas a pasar cuando vuelva y te haga recitar la poesía de antes. Por Dios, pero ¡qué dramáticos sois los hombres del siglo XVIII!

—Me... —Nicholas tuvo que esforzarse para empezar a hablar y lo hizo con voz ronca. El dolor de cabeza había ido a más y su corazón latía más deprisa. Quería permanecer en silencio con ella, pasar con ella, con su suave forma, las horas que quedaban hasta el amanecer—. Me gustaría seguir aquí cuando volvieras.

¿Acaso la gente no se moría de fiebre en su época? ¿De verdad?

—Hablas como si estuvieras a punto de rendirte. Tienes que esforzarte por ponerte bien. No vas a morir aquí. ¡No pienso permitirlo!

Nicholas notaba el aliento entrando y saliendo de su boca, pero era incapaz de dar forma a las palabras. Luchaba para no someterse a la argétea y dulce llamada del sueño, pero le fallaban las fuerzas y estaba perdiendo la batalla..., hasta que llegó el momento en que no tenía alternativa. No tenía alternativa. Por mucho que quisiera contraatacar, aferrarse a la vida con todas sus fuerzas, había visto demasiada muerte como para creer que iba a ser capaz de escapar. Por muchos trucos que utilizasen con él o mucha suerte que tuviera, al final, las personas acababan sucumbiendo a alguna de las fiebres que las había enfermado. Aunque, si alguna vez había tenido un motivo para luchar, ese motivo ahora era Etta.

El agotamiento se apoderó de él, aunque se desvaneció durante los instantes en que ella lo besó con furia.

—No voy a dejarte aquí —juró Etta—. Prométeme que vas a luchar.

—Te amo. —Aunque no fuera a servir de mucho, él iba a poner todas las verdades sobre la mesa—. Te amo desesperadamente. Aunque sea un inconveniente.

—Prométemelo.

Nicholas vio que la primera de las lágrimas de la muchacha caía rodando por la mejilla. El pánico hizo que Etta se pusiera a temblar, así que volvió a atraerla hacia él con la esperanza de tranquilizarla. Jamás había sentido la presión del tiempo de aquella manera. Quería decirle muchas cosas... y empezaba a quedarse sin oportunidades.

—Tienes que vivir. Vive —le dijo él—. Creo que conoces... la verdad... Quería viajar contigo. Quería ver tu hogar. Quería encontrar un lugar para ambos, ese lugar del que tú hablabas...

—Está esperándonos. Solo tenemos que ir.

Podía destrozarlo con tan pocas palabras.

—¿Pensarás en mí cuando toques el violín? A veces..., no siempre... Ni siquiera tiene por qué ser a menudo, quizá cuando oigas el mar y te acuerdes de... Me gustaría haberte oído tocar..., aunque solo fuera una vez.

—Nicholas, como te mueras, no te lo perdonaré en la vida —le dijo ella muy seria mientras le cogía la cara y lo sacaba de aquel estado—. Me da igual que lo consideres egoísta, porque no pienso perdonarte. ¡Lucha!

El amor era egoísta, ¿no? Hacía que personas lógicas desearan cosas a las que sabían que no tenían derecho. Te aislaba del resto del mundo, borraba el tiempo, eliminaba la razón. Hacía que vivieras desafiando lo inevitable. Hacía que desearas los pensamientos de otro, su cuerpo. Hacía que te sintieras como si merecieras ser el dueño de su corazón y hacerte un hueco en él.

«Eres mía... y yo soy tuyo».

—Dime... una cosa acerca de tu época... —logró decir Nicholas.

—¿El qué? —preguntó Etta.

—¿Te acuerdas... de aquella pareja de Londres, en la estación?

—¿Los que bailaban? Dime.

—¿Podríamos... podríamos bailar así... —le costaba hablar— en tu época?

Etta frunció los labios para no sonreír.

—Sí.

—Es lo que quería oír. ¿Te... te quedarás hasta que me duerma?

Etta le besó las mejillas, los párpados, la frente, dejando un rastro abrasador en su corazón. La respiración de este fue bajando de intensidad y tuvo la sensación de que su corazón le murmuraba una disculpa..., un lento «pum, pum...» que notaba en los oídos y que le recordó el timón de un barco al cambiar de rumbo. Una reducción de velocidad paulatina y luego...

«No, así, no».

Un susurro, no, por Dios, un rugido. Nicholas tenía que acabar aquel viaje antes de comenzar con el siguiente.

—Lucha —le susurró ella una última vez.

Su aliento caliente inundó su oreja.

«Por ti... y por mí», le respondió el pulso del joven.

Nicholas apenas se dio cuenta de que Etta se apartaba, se encontraba en un sitio a caballo entre el sueño y un infierno intenso de fiebre. No sentía los brazos, así que no podía levantarlos para tocarla, y tenía las piernas tan rígidas que era como si se las hubieran amputado. Solo sentía el dolor, que se iba alternando entre el dolor de los puntos que le habían puesto en el costado y el que le golpeteaba en la cabeza.

Durmió profundamente y tuvo sueños ardientes e intensos. Soñó con la casa de la calle Queen, con el camino que iba de la cocina a la puerta oculta que había en el comedor y que recorría a diario para servir las comidas a la familia. «Permanece

fuera de la vista. Permanece en las sombras. Permanece callado». Soñó con las manos de su madre —qué difícil le resultaba recordar su forma, su peso, su tacto... ahora que su cara quedaba ya tan lejos—, con las cicatrices y quemaduras rosadas que cubrían el reverso de ambas, prueba de que no paraba de trabajar en la cocina.

Siempre estaba alisándole algo: la camisa, el pelo, o quitándole la suciedad o la sangre de la cara. Recordaba sus manos, terriblemente deformadas y encallecidas por el trabajo, pero cálidas, y que, cuando las buscaba...

Nicholas soñó con incendiar la casa y su estructura y orinar en las cenizas.

Así que se quedó muy sorprendido cuando lo sacaron del sueño con una salpicadura de agua cálida.

—¡*Baha'ar*, despierta! ¡Idiota!

Hasan gritaba a voz en cuello. Apenas era capaz de reconocer la voz del muchacho que, de repente, le pegó una palmada en el pecho y le gritó una palabra que debía de ser una blasfemia violenta, porque el solemne doctor que tenía a su lado soltó una exclamación.

La situación hizo que las nubes de humo de su cabeza se disipasen. Se sentía como una prenda de ropa que escurres y dejas al sol para que se seque. Sus músculos empezaron a protestar cuando se incorporó y se apoyó en la pared.

—¿Qué sucede? ¿Por qué me gritas de esa...?

—¡Idiota! Pero ¿qué le dijiste?

Se quedó sin aire.

—¿A Etta?

—¿A quién si no? ¿Por qué le dijiste que se marchara?

Fue en ese preciso momento cuando Nicholas supo que iba a sobrevivir; aunque solo fuera por tener el placer de estrangularla con sus propias manos. Por otro lado, se sentía un tanto avergonzado por la escenita de la noche anterior.

—Para empezar, ya deberías saber que es imposible convencerla para que haga algo que no quiere. Le dije que te pidiera que la llevaras a Palmira, que partierais por la mañana.

Ya era por la mañana, primera hora. El sol aún estaba ascendiendo hacia el cielo y la oscuridad menguaba por momentos.

Su enojo, esa respuesta inmediata y rápida, se estaba desvaneciendo. Puede que Etta fuera impulsiva, sí, pero no era tan inconsciente como para viajar sola por el desierto. Y, aunque fuera el caso, ¿dónde iba a conseguir un caballo? ¿Cómo iba a saber en qué dirección ir? No hablaba el idioma del lugar, no tenía un mapa...

Le recorrió un escalofrío.

—¿La has buscado en casa?

—¿Crees que soy tan tonto como para que no haya sido el primer sitio en que he mirado? Anoche no volvió a casa o, si lo hizo, no fue para llevarse sus pertenencias.

Nicholas sintió un nuevo escalofrío que, esa vez, le heló la sangre. ¿Se había ido sin dinero, sin la bolsa de provisiones?

No había podido irse sola. No por propia iniciativa. Cabía la posibilidad de que alguien se la hubiera llevado a la fuerza, contra su voluntad, que la hubiera secuestrado.

Nicholas necesitó un esfuerzo vergonzante para bajar las piernas de la cama, al tiempo que ignoraba los tirones de la herida.

—Hay que preguntar en el hospital..., a ver si alguien la vio cuando se marchaba. No tendrían gran cosa, pero era el mejor sitio por el que podían empezar.

Hasan asintió y le hizo una pregunta al médico silencioso de pelo gris. Este le respondió con tono calmado, lo que provocó que el mal genio de Nicholas estallara. ¿Acaso no entendía aquel hombre que tenían que actuar a toda prisa? ¿Por qué salía andando de la estancia y no corriendo?

—Tranquilo, amigo mío —le dijo Hasan mientras intentaba que volviera a tumbarse—, que enseguida vuelve.

El doctor volvió diez minutos después, diez minutos que a Nicholas se le hicieron horas. Un chico, el mismo al que Nicholas había visto cortando vendas, caminaba tras él con la cabeza inclinada y las manos juntas.

El chico respondía a las preguntas de Hasan sin prisa. Su voz era como un gorjeo. Cuando, en un momento dado, Hasan levantó una mano y pareció que estuviera preguntándole la altura de alguien, Nicholas perdió la paciencia.

—¿Qué es lo que dice?

La oscura tez de Hasan empalideció.

—Dice que vio cómo dejaba esta *iwán*, esta estancia, y se encontraba con otra mujer, con una occidental, como ella, y que se fueron juntas y con otros dos hombres.

Nicholas miró al chico como si fuera a petrificarlo.

—¿Y no se lo contó a nadie?

—Dice que pensó que la mujer era de su familia —explicó con calma Hasan.

El joven se fijó en que, a pesar de la explicación, Hasan estaba tan frustrado como él. Como si el color de la piel fuera indicativo de que dos personas pertenecen a la misma familia.

—¿Cómo la ha descrito? —quiso saber Nicholas.

—Joven, como tú y como yo. Con el cabello castaño, según dice, más oscuro que el de Etta. Ojos como... oscuros también. Con la mirada sombría. Dice que se fijó en que consultaba un reloj de oro increíblemente pequeño, un reloj de un tipo que no había visto jamás. —Hasan enfatizó las últimas palabras con mirada cómplice.

Nicholas sintió que la ira se lo llevaba mientras volvía a poner los pies en el suelo. Respiró hondo.

«No te me vas a llevar todavía...».

Vencería aquella debilidad que sentía, alimentaría su cuerpo con furia hasta que la encontrara o el agotamiento se lo llevara.

—*Baha'ar*, ¿sabes de quién se trata?

En vez de responder, Nicholas le hizo otra pregunta:

—¿Sabes hacer nudos?

—Sí. ¿Por qué? —Hasan frunció el ceño.

—Porque voy a necesitar que me ates a un caballo —le respondió mientras se fijaba en que el sol empezaba a iluminar las baldosas del suelo.

Veinte

No fue el galope largo del caballo ni las cuerdas que le rozaban las muñecas lo que hizo que Etta recuperara la consciencia, sino la fresca neblina de la mañana y el aroma a azahar de la brisa.

Abrió un ojo, mareada por el movimiento desacompasado y la presión húmeda y caliente del hombre que cabalgaba detrás de ella. Cada aliento que le echaba en la nuca hacía que el estómago se le pusiera del revés, sensación que se sumaba al dolor que tenía en la sien derecha. No tenía manera de saberlo en aquel momento, pero le parecía que el chichón que iba a salirle rivalizaría con la montaña que habían dejado atrás.

Habían salido de Damasco por una arboleda, abriéndose paso entre las filas de árboles. Frente a ellos tenían la línea dorada del horizonte y la muchacha enseguida entendió por qué Hasan había dicho que el desierto era una belleza despiadada. De lejos, con el sol alzándose sobre ella, la arena se teñía con espectaculares tonos dorados, sí, pero aquellos colores daban paso a algo siniestro: la sensación de aridez.

—Ah, estás despierta.

Etta se agarró a la silla con la punta de los dedos y se giró poco a poco. Frunció el ceño.

—Lo siento.

Cuando había dejado a Nicholas para ir a buscar a un médico, o a Hasan, o a cualquiera que pudiera confirmarle que no se había vuelto loca y que, en efecto, la fiebre del joven empezaba a remitir, a punto había estado de no verla, apoyada, contra la pared. Aunque Sophia la había llamado por su nombre, estaba tan cansada que le había dado la sensación de que estaba alucinando.

Pero no. Sophia llevaba el *shalvar* y el *entari* de mujer típico de Damasco, de colores marfil y oro, y la miraba con la cabeza inclinada hacia un lado, con aquel aire arrogante tan suyo.

—¿Qué haces aquí? —le preguntó Etta.

—No eres tonta. No necesitas que te responda para saberlo, pero, por si acaso, he venido para ayudarte a acabar tu cometido.

Incluso entonces, confundida, abrumada, Etta se había mostrado recelosa. Sophia solo había podido dar con ellos si los había seguido; y no solo por Damasco, sino por todos los pasadizos. Eso, o les habían llegado los informes que, sin duda, iban enviando los guardianes.

—No voy a marcharme —dijo Etta—. Todavía no.

Al oír aquello, la expresión de Sophia se había endurecido.

—Temía que fueras a decir algo así.

Luego, un dolor agudo... y nada más.

Y, ahora, aquello.

—Me disculpo por haberte tratado con cierta brusquedad —le insistió la chica tras acercarse a Etta montada en su caballo. Las pezuñas de su montura levantaban tanta arena que, por unos instantes, el espacio que las separaba quedó cubierto por ella—, pero es que no teníamos tiempo. —Era evidente que no sentía remordimientos por lo que había hecho—. Estaba claro que no ibas a venir con nosotros, y en el tiempo que habría tardado en convencerte ya estaríamos a mitad de camino de Palmira.

Etta se enderezó e intentó apartar con el codo al hombre que tenía detrás.

—¿Cómo sabes lo de Palmira?

—Ordené a estos dos guardianes que te siguieran por todo el mercado y que hicieran preguntas. El árabe con el que ibais le mencionó vuestro destino al tendero que os vendió los odres. Poco cuidadoso. —Sophia se encogió de hombros.

«Ordené a estos dos guardianes que te siguieran por todo el mercado...».

Etta se giró y se quedó horrorizada. El hombre que iba detrás de ella tenía la cara llena de moratones, un corte en el labio y echaba chispas por los ojos.

Eran los dos que habían intentado llevársela el día anterior y uno de ellos era el que había apuñalado a Nicholas. La ira la embargó y empezó a revolverse con todas sus fuerzas.

—¡Quieta! —le gritó Sophia—. ¡He tenido que pagarle el doble para que cabalgara contigo! Me ha salido con no sé qué de que su fe no le permite tocar a una mujer a no ser que sea de la familia. Así que no pongas a prueba su paciencia.

Etta apretó los dientes y le soltó:

—Pues no deberías haberle obligado a hacerlo. No ha sido muy amable por tu parte.

La mirada que le lanzó el hombre estaba tan cargada de repulsión que Etta no tenía claro que no fuera a pegarle de nuevo.

—¿Los... los contrataste para que mataran a Nicholas?

—¿A qué viene eso? No fuimos nosotros los que atacamos al bastardo.

Aquella frase hizo que Etta se quedara inexpresiva. Al rato, la muchacha miró a Sophia sorprendida.

—Entonces, ¿tú también estabas allí?

—¿En el mercado? No, claro que no. Yo pretendía explorar la habitación a la que da el pasadizo mientras vosotros tres estabais fuera. ¿Por qué lo dices?

El hombre que sujetaba a Etta la agarró con más fuerza y la muchacha pensó que iba a romperle una costilla. Luego, notó algo puntiagudo en el costado y enseguida entendió que estaba amenazándola.

¿Por qué no querían los guardianes que los acompañaban que dijera lo que había visto? ¿Acaso temían la ira de los Ironwood porque no habían actuado tal y como

Sophia les había ordenado y no querían, bajo ningún concepto, que los juzgase el gran maestro?

—Porque alguien... intentó robarme —respondió Etta al darse cuenta de que Sophia la estaba mirando—. Nicholas intentó defenderme y lo hirieron. Por eso estábamos en el hospital.

—Qué pena —dijo la otra con gran cinismo.

—Pues de tu familia es. Y tenéis en común mucho más de lo que crees.

Sophia volvió a acercarse y cogió las riendas del caballo de Etta con tanta brusquedad que frenó a ambas bestias de golpe. Los dos animales relincharon para protestar y patearon la arena.

—Esto solo voy a decírtelo una vez, así que escúchame con atención. Ese bastardo no es de mi familia, y, como vuelvas a decirlo, te arrepentirás. —El tono de la chica estaba cargado de veneno.

Por la manera en la que lo había dicho, por aquella palabra que usaba cada vez que se refería a él —«bastardo»—, a Etta le quedaba muy claro cómo se sentía Sophia hacia sí misma y hacia su propia familia.

Menos mal que a Nicholas no lo había criado aquella gente. Tenía que encontrar la manera de apartarlo de sus garras para siempre.

—¿Qué haces aquí? —Etta le exigía una pregunta—. Has dicho que has venido para ayudar, pero, entonces, esto —señaló sus ataduras— no sería necesario. Si estabas siguiéndonos por los pasadizos, ¿por qué no has dicho nada?

Sophia dejó las riendas y espoleó a su caballo mientras hablaba con el guardián, Etta supuso que en árabe. En su momento, la chica le había explicado que aprender idiomas era parte del entrenamiento de los viajeros, pero aun así, aquello la pilló desprevenida. Así, sería imposible que supiera cuál era su plan hasta que fuera demasiado tarde.

—Si no querías que te siguieran, no deberías haberte largado en mitad de la noche, después de robarme. ¿Qué pensabas, que el abuelo iba a permitir que te marcharas sin más y a cruzar los dedos para que el bastardo cumpliera con su parte del trato? —Sophia miró a Etta como si le diera pena que fuera tan inocente—. ¿Qué? ¿No sabías el trato que Nicholas había hecho a tus espaldas? Que él lo conseguiría todo.

—Sé lo del trato —soltó Etta.

Y lo había comprendido... por mucho que también le hubiera dolido. Era una buena razón para aliarse con el viejo, dado que, así, conseguiría todo lo que quería. Ahora bien, que se lo hubiera ocultado...

—Me lo contó él mismo.

—¿Ah, sí?, vaya. Si resulta que acaba superando esa fiebre que tiene, habértelo dicho será lo que acabe con él. Cuando intenté convencer al abuelo de que no se podía confiar en él, me dijo que le había dejado bien claro que, si lo traicionaba, no

volvería a trabajar en ningún barco, ni siquiera a subirse en uno. No podrá salir adelante.

—No va... —A Etta le dolía la cabeza. ¿De verdad le habría dicho Cyrus Ironwood que le destrozaría el futuro si lo traicionaba? Seguía teniendo el corazón en un puño por el miedo—. No va a morir.

—Si tú lo dices.

Etta se quedó mirando a la chica unos momentos, intentando determinar cuál sería su estrategia.

—Estarás que ni te lo crees, ¿no? Por fin el anciano ha confiado lo suficiente en ti como para enviarte a por nosotros. ¿O acaso se le han acabado las alternativas?

—Me has dado la oportunidad que estaba esperando. Contigo, va a ser muy sencillo demostrarle lo que valgo.

Sin dejar de cabalgar, Sophia se acomodó en la silla con facilidad, como si fuera lo más natural del mundo. Etta, en cambio, se sentía como un saco de patatas que se mueve de un lado para el otro y le dolían las piernas de tanto sujetarse a los flancos de la montura. Sophia tuvo que bajar la cabeza y hablar a gritos para evitar que le entrara arena en la boca:

—¡Siento mucho haber herido tu orgullo al haber dado con vosotros con tanta facilidad! ¡Me facilitasteis mucho el trabajo simplemente por estar en la otra punta de la ciudad cuando aparecí por el pasadizo en esa encantadora casita tan bien escondida! ¡Ahora bien, deberías estar agradecida de que haya sido yo quien la ha descubierto y no otros agentes del abuelo! Vamos a encontrarlo rápidamente, ¿verdad? ¡Lo tendremos para el día 30! ¡Hasta ahora, jamás he dejado de cumplir con sus ajustadísimas fechas límite!

Etta negó con la cabeza mientras jugueteaba con el suave cuero de la montura, preguntándose si debía o no debía continuar. Era evidente que Cyrus Ironwood le había ocultado la verdad, pero Etta no podía predecir cómo reaccionaría Sophia si descubría qué estaba en juego, también para ella. Su lealtad se fundamentaba en el éxito y el futuro de su familia, y todo lo hacía para ganarse la aprobación del viejo. ¿Habría algo más que le importase aparte de esa atención y ese respeto?

—Seguro que te ha hablado del astrolabio, ¿eh? —dijo Etta—. Ahora bien, dudo mucho que te haya dicho para qué lo quiere.

—¡Cállate! —le ladró la chica mientras clavaba la mirada en el hombre que acompañaba a Etta en la montura.

Etta intentó hacer que entrara en razón:

—El astrolabio no sirve para interpretar los pasadizos, sino para crearlos...

—¡Linden, te he dicho que te calles!

«¿Acaso lo sabe y resulta que no le importa?».

Sophia no tenía lazos con el futuro. Ningún amor, ningún hogar. Quizá por eso no le importase.

Etta estaba sorprendida y se mordió el interior de la boca cuando el caballo empezó a galopar una vez más. El hombre que iba detrás de ella gruñó algo ininteligible, pero no la engañaba: no solo las entendía, sino que allí estaba pasando algo más. Aquellos dos tipos los habían atacado en el zoco sin que Sophia se lo ordenara o, por lo menos, no le habían informado de lo que había sucedido. Quizás ellos solo sentían verdadera lealtad hacia el viejo.

Y cabía la posibilidad de que Sophia lo supiera y que esa fuera la razón de que no quisiera que Etta hablara abiertamente del astrolabio y que ellos lo oyeran. No se le había olvidado lo que había dicho Nicholas en el mercado, aquello de que el oro o la promesa de encontrar un tesoro atraían una atención no deseada. Si Sophia no quería que aquellos dos conocieran la magnitud de lo que estaban buscando, ¿se debería a que le preocupaba que, en un momento dado, decidieran que lo querían para sí? Pero ¿qué podían hacer unos guardianes con el astrolabio, excepto pedir una recompensa por él?

Era una hebra muy fina de la madeja, desde luego, pero Etta se sentía tentada a tirar de ella. Si era capaz de descubrir lo leales que eran hacia Sophia, quizá pudiera escapar en mitad de una discusión, adelantarse a ellos y...

¿Vagar por el desierto?

¿Dejar a la otra chica a su suerte?

Etta negó despacio con la cabeza. Era capaz de muchas cosas y había descubierto que podía hacer frente a situaciones mucho más complicadas de lo que jamás había imaginado, pero lo que acababa de ocurrírsele implicaría actuar con sangre fría. Solo lo haría como última medida, si todo lo demás fallaba.

—Me la puedo imaginar, ¿sabes? —empezó a decir Sophia entre risas—. Me refiero a la cara del abuelo. Su sorpresa cuando vea que he sido yo quien ha llevado a buen puerto esta tarea imposible.

—¿Sorpresa? —Etta sintió un escalofrío—. ¿Te refieres a que...?

Cyrus Ironwood no sabía que la chica los había seguido. Había venido por su cuenta y riesgo, por propia voluntad.

—Ahora ya lo sabes. Y te lo debo a ti, claro está. ¿Te acuerdas de lo que dijiste acerca de que asumiera el control de mi vida? Si no piensa hacerme el honor de nombrarme su heredera, entonces, maldita sea, voy a tener que demostrarle que yo soy la elección correcta.

Fue entonces cuando Etta se dio cuenta de que iba a tener que trazar otro plan, prepararse para lo peor. Porque ninguna estrategia sería suficiente para protegerla de la inmensa hambre de una joven ambiciosa capaz de cualquier cosa por conseguir lo que cree que se merece.

Horas después, cuando el sol los había dejado atrás y estaba poniéndose a sus espaldas, cuando el oasis verde que era Damasco se había convertido en un recuerdo

lejano, Etta se dio cuenta de que se había hecho una idea muy equivocada del desierto.

Había esperado montones y montones de arena, dunas en las que se hundirían, pero resultó que era muy ignorante respecto a cómo era esta parte del mundo. La tierra que se extendía ante ellos era bien llana, bien montañosa. Las montañas estaban siempre a lo lejos, rodeadas de unas nubes grises. El viento soplaba con suficiente fuerza como para levantar aquella arena blanca, lo cual resultaba molesto. Además, era como si chillase con cierta cadencia. Pero también les susurraba, como si intentase guiarlos para que se perdieran.

Cuando paraban a descansar, los caballos devoraban las hojas secas de los pequeños arbustos que encontraban. Los animales respiraban con fuerza, y el caballo que montaba Etta irradiaba tanto calor que la muchacha tenía las piernas empapadas, tanto del sudor acre del caballo como del suyo propio. No le soltaron las manos hasta que decidieron pasear a los caballos.

Uno de los guardianes encontró un pocillo que alguien había excavado. Sophia traducía lo que decían. Por lo visto, era posible que lo hubieran hecho los romanos que habían usado aquella carretera para viajar a Palmira y que fueran las pocas tribus de beduinos del desierto las que seguían utilizándolo. El agua estaba estancada y no tenía buen aspecto; debía de ser agua de lluvia que tenía semanas, pero los caballos se la bebieron hasta que no quedó ni una gota, que fue cuando decidieron seguir adelante.

No había sombra, no había agua, no había nada en absoluto, salvo alguna que otra estructura en ruinas a cierta distancia. Cuando la arena se asentó, Etta se fijó en que, mirara donde mirara, no veía sino cientos de kilómetros de arena. El calor jugueteaba con el aire, lo que hacía que este bailoteara en ciertos lugares, como si fuera la entrada de un pasadizo. Después de un tiempo, la perspectiva de encontrar así un pasadizo se convirtió en algo tan deprimente que Etta dejó de intentarlo, de tan molesta y cansada que estaba. A pesar de la protección que le ofrecían el velo y la túnica, el sol estaba achicharrándola.

Cuando la muchacha estaba a punto de dar por hecho que Sophia iba a obligarles a cabalgar de noche, un grupo de edificios bajos y blancos apareció en la distancia.

—Kurietaín —dijo la chica visiblemente aliviada mientras se secaba el sudor de la frente con la manga.

—¿Cuánto queda para llegar a Palmira? —le preguntó Etta, deslizándose del caballo zarrapastroso.

Su caballo estaba chorreando. El pobre animal apenas podía mantener la cabeza levantada y temblaba, así que el guardián y ella desmontaron y caminaron hasta el pueblo.

—Como otro día en dirección norte. Me gustaría seguir adelante en cuanto hayamos conseguido agua, pero nuestros ilustres guardianes consideran que deberíamos cambiar todos los caballos por camellos.

Teniendo en cuenta que los camellos podían sobrevivir varios días sin agua en el desierto, a Etta le parecía una idea muy razonable.

—¿Cómo se llaman?

—¿Los camellos? ¿Y a mí qué me cuentas?

«¿En serio?».

—¡Los guardianes! —respondió Etta mientras señalaba a los dos hombres, que conversaban en voz baja por delante de ellas.

—Y ¿qué más te da? ¿Acaso quieres escribirles una nota de agradecimiento?

—¿Sabes qué? —Etta apretó los dientes—. Me da lo mismo.

Tenía cosas más importantes en las que pensar, como en su madre, en el astrolabio, en volver con Nicholas. Incluso en su debut. Ahora, cada vez que pensaba en él, notaba en el corazón un fuego que empezaba a resultarle familiar; un fuego que quemaba el miedo y la aprensión que había sentido las primeras veces que se había parado a pensar que su madre y ella tendrían que vivir huyendo. Quería tocar para Alice, claro está, y que Nicholas pudiera oírla, sí, pero, por encima de todo, quería tocar para recuperar el control de su futuro y hacerlo de acuerdo con sus propias condiciones.

En Kurietaín, encontraron hombres en la calle, fumando en pipas de agua, disfrutando del anochecer. Los miraron con interés cuando uno de los guardianes empezó a guiarlos por las laberínticas calles, compuestas por edificios blanqueados por el sol. Se dirigían a lo que Sophia llamaba «*caravanserai*», por mucho que los guardianes lo llamaran «*khan*», y que era una especie de albergue para viajeros y bestias.

Y donde había agua. Agua limpia y fresca. Etta se lamió los labios, que tenía cuarteados. Hacía una hora que se había acabado su odre.

—Les he oído hablar de pozos de agua caliente y huele a sulfuro. ¿Te lo parece a ti también? —le comentó Sophia mientras respiraba hondo aquel aire nocturno.

—Oh —dijo Etta con dulzura—. Simplemente, pensé que eras tú.

La sonrisa de Sophia era tan fría que podría haber helado a alguien con menos personalidad que Etta.

—Qué pena que no vayas a poder bañarte, tienes un aspecto que parece que hayamos llegado aquí subidos encima de ti.

A Etta le pesaban los brazos como si tuviera terribles pesos atados a las muñecas, pero en cuanto Sophia se dio la vuelta, se revistió de la energía suficiente y le hizo una peineta.

El *caravanserai* era una estructura cuadrada, sencilla, casi como una fortaleza. El exterior tenía arcos y columnas alrededor, más de las que Etta era capaz de contar, y una entrada grande. En aquel mismo instante, la cruzaba un grupo de hombres que tiraba de una manada de camellos impetuosos.

Acto seguido, del *caravanserai* salieron dos jóvenes que se encargaron de sus caballos y de guiarlos al interior, donde los recibió un hombre corpulento, con la cara

hinchada y vestido con una elegante túnica roja. El hombre empezó a hablar con los guardianes, que debieron de decirle que la del oro era Sophia, porque, de inmediato, se dirigió a la chica y se disculpó en tres idiomas con ella antes de que esta se dignara a responderle, cosa que hizo en árabe.

El sitio estaba dividido en dos pisos, el de arriba, donde dormían las personas, y el de abajo, donde lo hacían los camellos, los caballos, y donde se dejaban las pertenencias.

La caravana que había llegado antes que ellos acababa de terminar de descargar y guardar los animales. Después de realizar su oración de la noche, sus integrantes empezaron a mezclarse con los demás viajeros, presumiendo de las mercancías que transportaban y compartiendo su comida.

—Entra —le dijo Sophia cuando llegaron a su dormitorio.

Los guardianes entraron en la habitación de al lado y desaparecieron. Etta oyó cómo tiraban sus bolsas al suelo y el agitar de unas mantas cuando las extendieron sobre el suelo para acostarse.

Etta se sintió encantada al comprobar que en la habitación debía de hacer unos diez grados menos que en el exterior. A aquellas alturas, la muchacha estaba tan acostumbrada a la riqueza con la que estaban decoradas allí hasta las casas más sencillas que se quedó sorprendida al ver que la habitación parecía una gruta. Ni siquiera había puerta, solo una cortina.

—Bueno, toma, una manta —Sophia le tiró un fardo enrollado de tela.

No le sorprendió que, después de haber estado atada al lomo de un caballo, la tela oliera tan mal como ella misma.

La extendió en el suelo y pensó en los dolores con los que se despertaría por la mañana, teniendo en cuenta lo molido que tenía ya el cuerpo.

«Al menos, de momento estamos a salvo —pensó—. Bueno, eso creo».

—En la bolsa hay comida —le dijo Sophia mientras le señalaba un saco de tela que acababa de tirar junto a la pared—. Tengo que ir a ver si consigo cambiar los caballos por otras monturas.

A la chica le brillaron los ojos, como si fuera una advertencia solapada. Etta se despidió de ella, sin más.

Esperó a que Sophia desapareciera tras la cortina para lanzarse a por el saco de tela. Extrajo de él un puñado de higos y un pedazo de pan tan grande como su puño y, cuando los devoró, volvió a por más. Oyó cómo, en la habitación de al lado, uno de los guardianes se ponía de pie en cuanto Sophia lo llamaba y que se dirigía refunfuñando hacia las escaleras.

Etta se fijó en las otras bolsas.

La chica había dejado allí todas sus pertenencias, entre las que había una pistola pequeña, su diario de viaje, un reloj de bolsillo de oro y una navaja suiza.

La brújula que había visto usar a Sophia a lo largo del día se había quedado en el fondo del saco más pequeño. La consultó y fue dándose la vuelta hasta que estuvo

alineada con la aguja.

En las últimas horas, Etta había estado pensando en cinco variaciones del mismo plan de huida. Mientras los demás dormían, ella cogería en silencio los suministros que necesitase y se adelantaría a ellos, con lo que llegaría horas antes a Palmira. En cada una de las versiones del plan, la muchacha conseguía el astrolabio mucho antes de que ellos llegasen.

Sin embargo, cuanto más miraba la brújula, mayor era la sensación que tenía de que el plan se le escapaba entre los dedos, como si fuera arena.

Hasan les había advertido a Nicholas y a ella de que el desierto era muy peligroso si se viajaba solo. Incluso con una brújula, podría desviarse del camino, perderse, deshidratarse o morir de hambre. Vagaría de un lado a otro hasta que alguien diera con ella o hasta que le diera un síncope. Etta era una urbanita, así que no se podía decir que la supervivencia en el desierto fuera su fuerte. Necesitaba a Sophia y a los guardianes, porque ellos sabían lo que hacían y tenían las provisiones.

Además, el día 30 cada vez estaba más cerca como para perder un segundo siquiera. Había estado planteándose cómo se usaría el astrolabio para crear un pasadizo hasta su época y, así, sorprender a los Ironwood que tenían retenida a su madre, y, a continuación, saldrían de allí a toda prisa; pero, en aquellos instantes, no le parecía tan sencillo.

¿Cómo iba a llegar hasta el astrolabio y evitar que Sophia y los guardianes se lo quitaran? Y ¿cómo iba a ocultarles que no pretendía llevárselo a Cyrus Ironwood, sino retenerlo el tiempo suficiente para liberar a su madre? Empezó a diseccionar la situación, dividiéndola en porciones manejables, pensando en cuánto tiempo le llevaría cada una de ellas, en el fluir de los acontecimientos, hasta que consideró que existía una posibilidad.

La única manera de hacerlo sería teniendo a Sophia de su lado. Hacerla cómplice no solo para que destruyeran el astrolabio juntas, sino para que mintieran al anciano. Etta podía forzar al viejo a que hicieran un trato. Salirle con que tenía que ver a su madre antes de que le diera nada. Si su madre supiera que iba a pasar algo, ¿tendría pensado algún plan? O...

Etta empezaba a sentir el estremecimiento de la certidumbre en la boca del estómago. Aquello solo podía terminar con la muerte de Cyrus Ironwood. E iba a tener que ser ella quien lo matara.

Solo de pensarlo, se mareó. Puede que su madre fuera cruel, pero ¿qué sería ella si mataba al anciano? Era el responsable de la muerte de Alice, así que, solo con planteárselo, debería haber sentido la satisfacción que produce la sed de venganza..., pero no fue así.

Además, ¿cómo iba a librarse de los otros viajeros, de esos a los que Cyrus había encomendado la tarea de retener a su madre?

Allí tumbada, en el dormitorio, a oscuras, no dejaba de pensar en aquellas palabras que su madre le había escrito al final de la primera carta: «El final debe ser

definitivo».

Definitivo. ¿Se referiría a... a destruir el astrolabio? ¿A que ella tendría que hacer lo que su bisabuelo y su madre no habían sido capaces de hacer? Ahora que conocía un poco mejor el corazón de su madre, empezó a pensar que quizá su intención no era que la salvaran; como si con aquello —igual que las últimas palabras de Alice— tan solo pretendiera confortarla, dirigirla, dejarle claro que estaba haciendo lo que debía.

Sintió la profunda dentellada del miedo.

«No puedo perder también a mi madre».

No ahora, que tantas preguntas quería hacerle acerca de su familia. Nunca, en realidad, porque, visto lo visto, tenían muchos sitios a los que ir. Si su madre también moría, ¿qué razones le quedarían a ella para intentar volver a Nueva York y esforzarse por levantar los restos de la vida que tenía allí?

Decidió que solo destruiría el astrolabio si no quedaba alternativa. En parte, seguía pensando que quizá consiguiera convencer a Sophia para que escapara con ella a su época y se librara del yugo de los Ironwood para siempre. De esa manera, podría usar el astrolabio para crear un pasadizo que la llevara directa a su época natural, sin necesidad de encontrar el de Nassau, el que llevaba al Metropolitano.

Etta se quedó la brújula, que escondió entre los pliegues de su ropa, solo por si acaso, y volvió a tumbarse. Se obligó a dejar de pensar en todo aquello que le venía a la cabeza en cuanto cerraba los ojos.

«Esto terminará pronto. El final debe ser definitivo».

Se frotó las marcas que aún tenía en las muñecas e intentó, con todas sus fuerzas, no desear que Nicholas estuviera allí. No necesitaba ni un protector ni a nadie que la rescatase. Pero lo necesitaba a él.

Sophia volvió una media hora después y no paró de gruñir mientras se tumbaba en la manta. En la habitación de al lado, los guardianes hablaban, se reían, y Etta entendió una palabra que le resultaba familiar, una que había usado Hasan: *aswaak*.

Aswaak... ¿Estarían hablando de los Espinas?

Ellas, en cambio, estaban calladas. Las últimas luces que quedaban encendidas en el *caravanserai* empezaron a apagarse, lo que las sumió en la más profunda oscuridad de la noche.

—¿Es verdad eso de que el astrolabio lo que hace es crear pasadizos, no interpretarlos?

«Te contestaré si me respondes tú a una pregunta», estuvo a punto de decirle, pero se acordó de Nicholas y se dio cuenta, de repente, de que quizá no fuera necesario que manipulara a la chica, ya que la verdad estaba de su lado.

—Sí. Cyrus quiere crear un pasadizo que le permita salvar a su primera esposa, pero sin perder su fortuna ni el control sobre las demás familias. Eso destruirá nuestro futuro, estoy casi segura, porque él se dedicará a construir uno que considera mejor. No podemos dejar que tenga tanto poder.

—Oh, pero si no pensaba entregárselo. Y menos ahora, que sé lo poderoso que es. Por cierto, gracias por contármelo. ¡Dios mío, es fascinante! No solo voy a ser capaz de darle órdenes, ¡sino que voy a poder destruir su vida!

—Sophia...

Etta intentó interrumpirla, pero la chica estaba tan emocionada que casi temblaba.

—¡Es el artefacto más poderoso del mundo! Los viajeros y los guardianes no solo se pondrán de mi parte..., ¡se arrodillarán ante mí! Ya no es necesario que me nombre heredera..., ¡puedo viajar suficientemente lejos como para arrancarlo por completo del tablero de juego y librarme de él!

Etta estaba tan sorprendida que casi no podía ni hablar.

—¿De verdad lo matarías?

—Pero no antes de que viva el tiempo suficiente como para arrepentirse de no haberme elegido. —De nuevo aquella falsa dulzura en su tono de voz—. Quiero que sufras, que vea cómo yo asciendo y cómo él cae. No te preocupes, querida, que mi abuelo no va a cambiar el futuro, porque voy a ser yo quien lo cambie primero.

Veintiuno

Después de casi siete horas subida a un camello, balanceándose con los andares del animal, Etta estaba tan concentrada en controlar su montura que no se dio cuenta de que el desierto se veía verde a los lejos. Si la primera etapa de aquel viaje le había parecido árida, durante la segunda había tenido la sensación de que el mundo no podía estar más seco. No habían parado de llorarle los ojos por efecto del resplandor del sol, que brillaba sin la oposición, siquiera, de unas pobres nubes.

Entonces, a lo lejos, algo empezó a tomar forma. No era todavía la ciudad, sino una fortaleza en ruinas que se alzaba en una de las colinas que, por lo visto, flanqueaban Palmira. Lo que quedaba de ella después de un millar de años de soportar las inclemencias del viento y del sol no eran más que unos restos, sin duda romanos, un mar de columnas, cientos de ellas, que parecía que estuvieran sujetando el cielo.

Cerca había un oasis verde, con un arbolado frondoso que destacaba tremendamente frente a la tierra estéril que lo rodeaba. Sin embargo, a medida que se acercaban, Etta se fijó en que había evidencias de un barranco y de lo que parecían pequeños canales.

En cuanto se adentraron en las ruinas, Etta tuvo que estirar el cuello para fijarse en los relieves que había en lo alto de las columnas. Era fácil imaginar lo magnífica que había tenido que ser aquella urbe mientras estaba en su mayor esplendor. Hasan les había contado que había sido una de las paradas más maravillosas a lo largo de las rutas mercantiles entre el este y el oeste, una joya muy bien cuidada que había acabado cayendo en el olvido cuando aparecieron nuevas civilizaciones que redibujaron las carreteras. Había un anfiteatro y un edificio altísimo que, a entender de Etta, era un templo. Por lo demás, casi todos los sitios por los que pasaban eran restos de edificios. Sus huellas.

—¿Y bien? —soltó Sophia mientras le cortaba el paso a Etta.

Daisy, que era como había empezado a llamar la muchacha al camello en el que montaba, gruñó y empezó a moverse hacia uno y otro lado con impaciencia.

—¿Y bien qué? —le respondió Etta mientras se ponía bien la capucha.

El sol estaba en lo más alto y les calentaba la cabeza, lo que le recordó a la muchacha que tenía que ir bebiendo agua cada poco tiempo. Aunque apenas le quedaba ya.

—¿Cuál era la pista? ¿Dónde se supone que está el astrolabio?

«Miénteles. Ya estás aquí. No los necesitas y Sophia no va a cambiar de bando. Ve a buscarlo por tu cuenta».

Solo que, si se separaban, cabía la posibilidad de que la chica lo encontrara primero... y, en ese caso, Etta estaría muy lejos como para impedir que hiciera lo que quisiera con él.

«Solo en última instancia».

Sabía muy bien lo que se jugaba y, de pronto, tuvo la sensación de que, en otro momento, habría estado al borde de las lágrimas, consumida por la frustración. No podía salvarse, salvar su futuro y salvar también a su madre. La noche anterior, había pasado horas despierta pensando en el mundo que intentaría construir Cyrus Ironwood con el astrolabio. Etta había intentado convencerse de que Sophia sería el menor de ambos males. Aunque, a decir verdad, esa chica era como intentar encender una chimenea con un detonador. Sería cuestión de tiempo que su temperamento o la impaciencia la llevaran a cometer alguna tontería y que sus propios planes le explotasen en la cara. Después, el anciano volvería a encontrar la manera de hacerse con el astrolabio.

—Voy a decírtelo, pero a cambio de una cosa.

Sophia enarcó las cejas.

—¿Otra vez con jueguitos, Linden? ¿De verdad?

Etta se enderezó sobre la silla de montar, luchando contra las lágrimas de frustración que amenazaban con derramarse.

«Lo siento, mamá. Solo quería que estuvieras orgullosa de mí...».

—Podrías pasarte semanas, meses, quizás incluso años, buscando por aquí. Te ayudaré, pero solo si me permites crear un pasadizo que me lleve directamente a mi época.

Le sorprendió que pareciera que Sophia se lo estaba pensando.

—¿Sabes cómo se utiliza ese cacharro?

Etta captó un ligero tono de sorpresa esperanzada en las palabras de la chica y le mintió:

—Sí. Me lo explicaba mi madre en su carta. Te enseñaré cómo se hace, pero solo si me das tu palabra de que me permitirás crear el pasadizo que te he dicho.

No necesitaría más de un segundo para destrozar el astrolabio. Solo tenía que conseguir tenerlo en las manos.

—De acuerdo.

Sophia le tendió la mano. Etta se la dio mientras la miraba a los ojos.

—Venga, ahora, cuéntame lo que sepas —ordenó Sophia.

—Creemos que la pista hace referencia a un enterramiento. —Esperaba, con todas sus fuerzas, no tener que arrepentirse de aquello—. A una especie de tumba.

Sophia resopló molesta.

—¿No puedes ser más específica?

Etta entrecerró los ojos.

Sophia era un manojo de nervios e impaciencia mientras avanzaba hacia los guardianes para consultarles en árabe si sabían adónde debían dirigirse. La chica

había estado de mal humor desde que, a primera hora, habían dejado el *caravanseraí*. Etta había considerado que se debía a que había dormido poco y a que llevaban muchos kilómetros a lomos de las cabalgaduras; pero, en aquel momento, al pensar de nuevo en ello, empezó a preocuparse... porque la frustración podía llevarla a cometer alguna imprudencia.

«O algo peor», pensó.

Etta había estado fijándose en los guardianes, prestando atención a sus conversaciones, por si volvían a hablar de los Espinas. Cuando había intentado sugerirle que podrían dejar que los guardianes se fueran, o bien pedirles que regresaran en cuanto tuvieran la ciudad a la vista, Sophia se había limitado a espolear su camello para alejarse de ella.

Daisy había escupido, había echado la cabeza hacia atrás y había gruñido algo en su peculiar idioma. La muchacha se había inclinado hacia delante y le había palmeado el cuello. Sabía cómo se sentía.

Tal y como Hasan les había contado, había gente viviendo en las afueras de la ciudad, la mayor parte de ella en tiendas o en estructuras más pequeñas incluso, estructuras de barro seco. Aunque aquellas personas permanecían en las tiendas, alrededor de ellas, mientras ellos cuatro avanzaban por lo que en su día debió de ser una columnata impresionante, Etta sentía que los seguían con la mirada.

—¿Adónde vamos?

—Fadi dice que el valle de las tumbas está más allá de la ciudad —dijo Sophia con tono envarado.

—Así que sabes cómo se llaman...

Etta miró a los hombres, que iban por delante y muchísimo más cómodos que ellas a lomos de los camellos.

—Por supuesto. No soy tan cruel como la gente piensa. Además, necesitaba saber sus nombres para dar con ellos y pagarles... para que no le cuenten al abuelo nada de esta aventurita, lo de que he venido a buscarte.

—Ha tenido que ser muy emocionante eso de que hayas decidido hacer algo sin que él te lo ordene. —Etta se mostró muy fría—. Actuar a sus espaldas. Es agradable sentirse libre, ¿verdad? Piensa en lo que podrías haber tenido si hubieras seguido mi consejo y hubieras dejado a la familia de lado.

El rostro de Sophia se ensombreció, pero la chica no le quitó la razón a Etta, que se fijó en cómo esta agarraba las riendas de cuero con mucha más fuerza. Siguieron avanzando lentamente por entre las ruinas, en un silencio tan opresivo como el calor.

El valle de las tumbas estaba situado más allá de lo que, en su día, debió de ser el vibrante corazón de Palmira, el centro de la metrópoli, y se encontraba a la sombra de la ciudad. Si hubieran estado solas, si no les hubieran acompañado los guardianes, Etta no tenía muy claro si habrían investigado aquellos edificios, aquellas torres.

Habían pasado por delante de ellas al llegar y, de hecho, a Etta ni siquiera le habían llamado la atención. Parecían puestos defensivos, atalayas.

A pesar de aquel apelativo rimbombante, en el valle solo estaban aquellas estructuras, que parecían dedos retorcidos que salían de la arena. Algunas de las tumbas ni siquiera eran torres, sino que estaban excavadas en las propias colinas. Si había habido tumbas más elaboradas, desde luego, hacía tiempo que habían quedado sepultadas debajo de miles de años de tormentas de arena.

Desmontaron y dejaron los camellos atados a un grupo de columnas caídas.

—¿Te parece seguro entrar? —le preguntó Etta a Sophia mientras le echaba un vistazo a la primera.

Lo de comparar las torres con dedos no había estado mal, dado que algunas de ellas eran bajitas, de un solo piso, y anchas, como pulgares; otras, en cambio, se elevaban muchos metros y proyectaban sombras largas sobre la arena. En una de ellas parecía que hubiera habido una especie de balconada. En sus imponentes paredes había hendiduras que permitían la entrada de la luz y el aire. Aunque fueran tumbas.

Cuanto más impaciente estaba Etta por terminar con aquello cuanto antes, mayor era la ansiedad que la embargaba. Nunca se sentiría cómoda profanando sitios como aquellos.

—Y ¿qué más da? —soltó Sophia con su habitual sensibilidad—. Acabemos con esto, que aquí hace muchísimo calor.

Empezaron por una de las tumbas menos imponentes que había en la parte izquierda. Estaba construida en el lateral de la colina y su entrada estaba medio oculta por la arena. Sophia la apartó con los pies, se agachó para entrar e inspeccionó las piedras del suelo por si había algo debajo. ¿Estaría buscando alguna señal de que allí había algo enterrado?

Etta, en cambio, no podía dejar de mirar hacia arriba.

Las paredes estaban llenas de frescos, de murales que aún resistían en el estuco, aunque sus colores hubieran perdido viveza. En ellos aparecían hombres y mujeres vestidos con túnicas. Las expresiones de algunos de ellos se habían borrado y, literalmente, carecían de cara; lo único que quedaba era su cuerpo delineado y las decoraciones que había por debajo. Vides pintadas, cuyas hojas aún conservaban el color verde, rodeaban el cuerpo de las columnas. Dioses o ángeles, o ambos, parecía que volaran por las paredes hasta llegar al techo, que había sido pintado para parecer que estuviera cubierto de azulejos verdes y rojas. O... Etta entornó los ojos. ¿Eran azulejos de verdad?

«No has venido a hacer turismo. Deja de perder el tiempo».

Espaciados, entre los frescos, había huecos rectangulares que parecían repisas. Algunos estaban cubiertos, tapados con piedras. Otros, los habían dejado vacíos.

—¿Para qué sería esto? —le preguntó a Sophia mientras ponía una mano en uno de ellos.

Al lado del hueco, su mano parecía diminuta.

La chica se giró hacia uno de los guardianes, probablemente para repetirle la pregunta. Sophia escuchó la explicación rápida que le dieron antes de transmitírsela a Etta.

—Es donde se ponían los ataúdes y los cadáveres. Lo normal es que los tapase alguna especie de frontón, pero está claro que los han quitado. Ladrones de tumbas, seguramente.

Etta diría que aquel problema, que apenas quedara nada que ver o llevarse, lo tenían todas las tumbas de las civilizaciones antiguas. Los sarcófagos que encontraban, bajos, como bancos, estaban rotos, sin tapa, y en su interior no quedaba nada excepto huesos marchitos. Un par de ellos estaban lo bastante enteros como para que Sophia y los guardianes decidieran que era buena idea forzar la tapa.

—¡Ya los han limpiado! —se quejaba Sophia, que, en uno de los casos, enfatizó sus palabras dando una patada al lateral del sarcófago—. ¡Tu madre fue una idiota escondiendo aquí el astrolabio, donde cualquiera podría encontrarlo!

—Puedes decir muchas cosas de ella, pero no que sea idiota. Jamás lo habría dejado aquí si existiera la más mínima posibilidad de que lo robaran.

A pesar de haber dicho aquello, dudaba. Llevaban casi dos horas buscando, a oscuras como quien dice, valiéndose de la luz de una sola antorcha, intentando encontrar compartimentos ocultos o pasadizos que no había. Los guardianes incluso las habían llevado por una serie de cuevas que había entre las torres y la zona principal de Palmira, donde encontraron —aunque no era de extrañar— más sarcófagos y ningún astrolabio.

Etta se frotó la frente y soltó un suspiro largo. Uno de los guardianes le dijo a Sophia algo que hizo que la chica saltase irritada.

—¿Qué hacemos ahora? —preguntó Etta.

—Dice que hay más tumbas al oeste de aquí, no muy lejos. O podríamos mirar por los templos de la ciudad.

Etta no creía que su madre hubiera dejado nada en la propia ciudad, debido a los asentamientos que la rodeaban.

—Miremos en esas otras tumbas —sugirió.

—Ya deberíamos haberlo encontrado —gruñó Sophia mientras se dirigía a los camellos.

—Ya lo encontraremos. No lo habrá hecho imposible, pero sí que lo habrá puesto difícil.

Etta respiró hondo e intentó que *Daisy* se mantuviera quieta el tiempo suficiente como para subirse a ella. Los demás, en cambio, golpearon sus monturas, ya fuera en la cabeza, ya fuera en el morro, para que se pusieran de rodillas. *Daisy* seguía teniendo muy mal carácter, pero, por lo menos, en aquella ocasión no intentó sacudirse a la muchacha como si fuera una mosca.

Recorrieron las colinas que rodeaban la ciudad y, como ya sabían lo que buscaban, Etta identificó las torres funerarias enseguida. A primera vista, muchas de

ellas estaban en peor estado que las primeras en las que habían buscado, pero había una que parecía que estuviera muy bien conservada. Aquella tumba llamaba poderosamente la atención de Etta mientras Sophia la llevaba a otra que había más cerca.

—No, a aquella de allí —comentó Etta al tiempo que sentía que un extraño escalofrío le recorría la columna.

—De acuerdo.

Sophia silbó para atraer la atención de los guardianes.

La cámara principal era larga y llevaba hasta la pared del lado opuesto, donde había cinco bustos de hombres y mujeres colocados en fila y dispuestos de manera que miraran directamente las repisas para sarcófagos de aquel mausoleo, que eran como las que habían visto en las otras tumbas. Al ver que todas aquellas repisas estaban vacías y que no había en ellas sino polvo, Sophia decidió subir por las escaleras que había a la izquierda de la entrada, y a punto estuvo de darse un coscorrón contra el techo pintado. Etta la siguió, apoyándose en la pared a medida que subía.

Sophia echó un vistazo rápido por el segundo piso antes de seguir hacia el tercero con la boca torcida, como si estuviera molesta. Pero ¿por qué? ¿Porque el astrolabio, un objeto tan poderoso, no estaba allí mismo, como caído del cielo?

Etta llegó al segundo piso y dejó que los guardianes, también, siguieran subiendo. Las piedras rebotaban sus voces discretas de vuelta hacia ella, y sintió otro arranque de ansiedad en la boca del estómago. Parecía que Sophia confiara en ellos sin reservas; sin embargo, Etta habría preferido que les hubiera ordenado que esperaran fuera, con los camellos.

Un ventanuco permitía que la luz iluminase aquel espacio tan pequeño. Etta permaneció en el segundo piso y esperó unos momentos a que se le desacelerase el pulso. Se asomó por la estrecha ventana para ver si veía algún rastro de su madre.

Cuando se volvió, tenía un árbol justo delante.

Se le escapó una risotada de sorpresa tan de repente que no pudo acallarla; y, claro está, como no había nada que la amortiguara, el sonido le llegó a Sophia, que seguía yendo de un lado para otro en el piso de arriba, arrancando hasta el yeso del techo. La chica llegó a todo correr escaleras abajo, sin aliento.

—¿Qué sucede?

En el segundo piso había las mismas repisas enormes que en la planta de abajo. La única diferencia era que la mayoría de ellas seguían llenas y que nadie se había llevado aún los bustos de sus ocupantes. Aunque varias de las caras estaban rotas o les faltaba la nariz, la escultura que tenía Etta delante estaba, como quien dice, perfecta y representaba la silueta de un árbol que le resultaba familiar. La piedra era de un tono un poco más claro que el de las demás, parecido, pero diferente del de las que la rodeaban.

Todo lo que había en el árbol, desde la forma en que salían las ramas, a las hojas que lucían estas o a la ligera curvatura del tronco, era igual que el emblema que había visto en el diario de viaje de su madre.

—No... nada. Es que ha pasado un pájaro y...

Sophia la ignoró y empezó a buscar por la estancia. Como no era de extrañar, enseguida encontró el árbol.

—¡Ahí! ¡Es el emblema de los Linden!

A la chica le cambió la cara y pasó de estar agitada a mostrarse emocionada. Etta entendió por fin qué quería decir aquello de «ojos que brillan de la emoción». Daba la sensación de que sería capaz de romper la caja con las manos.

Los guardias usaron la punta de las dagas para sacar el bajorrelieve. Dejaron que se cayera al suelo y el árbol de los Linden se hizo mil pedazos acompañado de un estruendo ensordecedor. No había ningún bloque de piedra detrás, cosa que le quedó claro a Sophia en cuanto los guardianes se apartaron un poco. Había una trasera, que era donde había estado sujetado el escudo, pero nada que la propia Etta no hubiera podido sacar por sí misma.

Ambas muchachas miraron en el interior y Etta vio que había algo al fondo a la derecha.

—Cógelo tú —le ordenó Sophia—. Si a alguien se le va a quemar la mano o va a perderla por culpa de algún tipo de trampa que haya instalado el diablo de tu madre, que seas tú.

Etta puso los ojos en blanco y, después de rezar una corta oración en silencio, metió el brazo en el hueco tan lejos como pudo. Con los dedos tocó la tela vieja que envolvía lo que fuera que había allí guardado. Tiró de ella y tomó aire entre los dientes mientras sacaba un paquete polvoriento de lino viejo y lo desenvolvía.

Sophia le pegó un codazo, lo que hizo que Etta perdiese la concentración el tiempo suficiente como para que la chica le quitase el objeto de las manos.

El astrolabio era más grande de lo que había imaginado, dos veces su pequeño puño. El paso del tiempo no había apagado su brillo dorado. El disco plano reflejó la luz que entraba por el ventanuco y calentaba la estancia. Tenía unas marcas alrededor del borde, casi como si fuera un dial. Etta se movió para intentar ver mejor el diseño tan precioso que tenía en el dorso.

Sophia estaba tan descolocada por el hecho de tenerlo en las manos, de haberlo encontrado al fin, que dio la impresión de que, durante unos instantes, hubiera dejado de respirar.

Etta tampoco podía respirar.

«El final debe ser definitivo».

Y aquel final podría matarla.

—Venga, dámelo, que voy a enseñarte cómo funciona.

Volvió a sentir aquel mismo escalofrío por la columna. Daba la sensación de que el poder del artilugio hiciera que el aire vibrara, y notaba un zumbido que le recorría

la piel, hasta que llegó un momento en que tenía todo el vello de punta y le parecía que todos sus nervios respondieran murmurando en el mismo tono.

—Tanto esfuerzo... por esto. —Sophia sacudió la cabeza y le puso el astrolabio en las manos a Etta—. Venga, haz que funcione.

Etta asintió. Mantenía la mandíbula cerrada con fuerza mientras valoraba las opciones que tenía. Por fin, con cuidado, poco a poco, dejó el artefacto sobre la línea de luz que caía en el suelo y se arrodilló a su lado. Escondió la mano en los pliegues de la túnica y cogió una piedra sin que nadie la viera.

—¡Venga, Linden, dale!

—Será un placer.

Antes de que la chica pudiera impedirselo, y con todas sus fuerzas, golpeó la cara dorada del astrolabio con la piedra.

El fuego que la había recorrido se extinguió al instante al ver que la piedra se rompía en pedazos, mientras que el artefacto seguía entero, rayado, pero entero. Etta intentó coger el objeto y golpearlo contra el suelo con la esperanza de romperlo, pero...

—¡Asquerosa!

Sophia la apartó del astrolabio tirándole del pelo. Luego, se volvió hacia uno de los guardianes y le ordenó:

—¡Dame tu daga!

El que estaba más cerca desenvainó el arma.

Lo que sucedió a continuación pasó muy rápido. El hombre empuñó el arma con un giro de muñeca y cortó la palma de Sophia, que la estaba esperando. La chica pegó un grito y su sangre salpicó el suelo.

—Pero ¿qué estás haciendo? ¿Cómo te atreves? ¡De acuerdo a las leyes de nuestra familia, puedo pedir que te maten por esto...!

—Sí, si fuéramos Ironwood —contestó el hombre mientras buscaba otra daga en la túnica. El otro hombre también desenvainó y le acercó la punta de la daga al cuello a Etta—. Por desgracia para ti, resulta que no lo somos.

¿Que no eran secuaces de los Ironwood? Etta se soltó de las garras de Sophia e intentó alejarse hacia el muro. En aquel instante...

—¿Ah, no? —soltó Sophia agarrándose la mano, con una expresión en el rostro que daba pavor—. Pero bien que vivíais en la casa de nuestra familia y gastabais su oro, ¿no?

Los guardianes soltaron una carcajada desde lo más profundo de su ser, una carcajada llena de veneno y malicia.

—Fue muy fácil deshacerse de vuestros guardianes. Estáis tan pagados de vosotros mismos que no es de extrañar que no os molestéis en conocer a vuestros guardianes, en saber quiénes son, cómo son. ¡Aunque vuestra pérdida es nuestra ganancia, claro está!

Etta dio un paso hacia el lado donde estaba Sophia. Le bullía la sangre. Empezó a agacharse para recoger el astrolabio; pero, de repente, se encontró con una daga en el cuello.

—Atrás, muchacha —le gruñó el otro guardián—. Dame el astrolabio, pero despacio. Muy despacio.

La furia se apoderó de ella y disipó la nube de confusión y miedo.

—¡Cógelo tú mismo!

El hombre le pegó una bofetada tan fuerte que Etta cayó al suelo incapaz de ver nada.

—Si no sois Ironwood, ¿quién narices sois? —les preguntó Sophia con exigencia.

—Hombres muertos —respondió una voz que salía por detrás de los dos hombres.

Nicholas estaba con un pie en el segundo piso y el otro aún en la escalera, con la pequeña pistola de Sophia en la mano, apuntando al hombre que acababa de pegar a Etta.

La muchacha quería embeberse su aparición, analizar ese ligero bamboleo que hacía que pareciera que no estaba curado del todo. El brillo de su frente había ido a menos, pero le goteaba el sudor por la mandíbula. Jadeaba con mucha más fuerza de lo que lo habría hecho en caso de que no hubiera tenido que atravesar un desierto con una cuchillada en el costado. Era evidente que acababa de escapar de una fiebre terrible.

«Ahora. Ahora, ahora, ahora...».

Etta se lanzó a los pies del hombre y lo derribó. El guardián pegó un grito mientras se caía. Luego, la muchacha intentó coger el astrolabio del suelo, pero el hombre la agarró por las piernas y tiró de ella. Acto seguido, la cogió por el cuello.

—¡Etta! —gritó Nicholas justo antes de que la muchacha oyera un chasquido ensordecedor que hendía el aire y notara un dolor cálido en el hombro.

Cayó hacia delante y el Espina que había intentado estrangularla se le vino encima. El hombre tosía y escupía, pero, aun así, le puso la daga a Etta alrededor del cuello. La nariz de la muchacha, sus pulmones, se llenaron del olor acre y cálido de la sangre.

El otro hombre cargó contra Nicholas y lo empujó contra la pared. Al joven se le cayó la pistola de la mano. Nicholas le pegó un puñetazo, pero apenas le hizo nada. A Etta le daba todo vueltas mientras se ponía de pie. En el estado en el que se encontraba, poco iba a poder hacer su enamorado en aquella pelea, así que tenía que coger la pistola.

No obstante, ya la había recogido del suelo el segundo guardián y había empezado a golpear a Nicholas con ella en la cara. Etta pegó un grito mientras se

tambaleaba hacia atrás y se caía contra la pared. El hombre pegó un salto hacia Sophia y le apuntó al corazón con la pistola.

—Espinás... —le escupió esta a la cara mientras le sangraba la mano y se quedaba observando cómo el hombre se agachaba para recoger el astrolabio—, ¿no es así?

El que la apuntaba hizo una ligera reverencia burlona y a Etta se le encogió el estómago de miedo.

«Tengo que hacerlo. Tengo que destruirlo, mamá...».

«Puedo con esto...».

«Es mi momento...».

El Espina que la sujetaba le acercó tanto el cuchillo a la garganta que llegó a hacerle un corte, y Etta notó cómo su propia sangre le resbalaba por el cuello y caía hacia la túnica, llena de arena.

—A tu servicio —dijo el primero después de la reverencia.

—¿Quién nos ha vendido? —le preguntó Sophia.

—Nadie, aunque hay muchos de los que consideráis «familia» que de buena gana lo harían si tuvieran la oportunidad de vengarse. Has dejado un rastro tan evidente que nos ha resultado sencillísimo seguirte. De hecho, en cuanto nuestro líder vio lo que pasó en el museo, hizo una llamada a todos los Espinas, ya fueran viajeros o guardianes, para que vigiláramos tus movimientos por los pasadizos, por si nos llevabas directos al astrolabio. En un momento dado, en vez de seguir detrás de ti, decidimos tenderte una trampa ¡que ha salido la mar de bien! —Miró a su compañero, el que sujetaba a Etta, y le dijo—: Átala, que ya se encargará el desierto de castigarla.

El Espina dejó de sujetar a la muchacha y le pegó tal empujón que Etta cayó al suelo de rodillas. Luego, le agarró las manos y empezó a atárselas a la espalda con algo, ¿con su cinturón, quizá?

—Y a esta...

—Espera —empezó a decir Sophia mientras daba un paso hacia atrás—, espera un momento. ¿No sabes quién soy?

«Tengo que destruirlo...».

«No puedo defraudar a mi madre...».

«Tengo que salvar a mi madre...».

—Eres una Ironwood, que es lo único que necesito saber.

—No, soy un regalo para vosotros. Yo puedo contaros todo lo que los tuyos queráis saber acerca de los Ironwood, acerca del gran maestro... Pero solo lo haré si me lleváis con vosotros.

Nicholas estaba volviendo en sí en el suelo y, por lo visto, oyó lo que decía la chica. Abrió los ojos de par en par.

El Espina armado con la pistola se echó a reír.

—¿Acaso crees que soy idiota?

—¿De verdad pensabais que le iba a dar el astrolabio al gran maestro? Me habría reído en su cara mientras hacía trizas sus sueños. Si queréis usarlo para lo mismo, no pienso hacer nada para impedirlo. De hecho, me alegraré. Lo único que me interesa es hacer que su vida sea tan miserable como ha hecho él que lo sea la mía.

—Serás... —empezó a decir Nicholas, pero se cortó—. Sophia, hay que destruirlo, da igual quién lo tenga, tú, ellos... En cuanto Cyrus se entere, no parará hasta que lo consiga. No sirve para interpretar los pasadizos, sino para crearlos.

—Ya lo sé —le soltó la chica.

—En cuanto se entere de que te has pasado a los Espinas, que has permitido que se queden el astrolabio, no solo te exiliará, no solo perderás tu posición..., ¡te destruirá! Y hará lo mismo con todos los Espinas. Déjame que lo destruya. Échame a mí la culpa, deja que el viejo venga a por mí y así verá lo que vales. Solo te hará su heredera si no tiene el astrolabio, si no puede utilizarlo para salvar a su primera esposa, lo que daría pie a que hubiera nuevos herederos. Pero lo que vas a hacer... es... es tomar el camino hacia la locura.

Etta se fijó en que algo cambiaba en la expresión de Sophia, el miedo a enfrentarse a aquella verdad. Abrió la boca como si fuera a decir algo, pero se quedó callada, cuadró los hombros y miró a Nicholas como una reina que está a punto de ordenar una ejecución.

—Pues que así sea.

El Espina que sujetaba a Etta contra el suelo se echó a reír. El que iba armado con la pistola se le acercó y le dijo unas frases en árabe. Etta vio —su cerebro se fijaba en lo que sucedía como con un poco de retraso— que el otro Espina empujaba a Nicholas contra la pared y se quitaba la faja para atarle las manos. Cuando acabó, le pegó un puñetazo en la mandíbula y el joven cayó redondo al suelo.

Etta pegó un grito e intentó levantarse del suelo, pero se desequilibró y Sophia la empujó contra una de las paredes de las tumbas y a punto estuvo de noquearla. Le dio la sensación de que la estancia desaparecía unos instantes antes de caer con fuerza al suelo y darse un fuerte golpe en las costillas. Aquello hizo que se quedara sin aire, por lo que ni siquiera pudo gritar de dolor. Lo único que pudo hacer fue esperar a sentirse recompuesta.

—No hagas el tonto, querida —le dijo Sophia.

Nicholas, recuperado, gritó furibundo:

—¡Algún día te mataré por todo esto!

—Es encantador que pienses que podrías hacerlo —respondió la chica al tiempo que hacía un gesto con la mano como diciendo que no le daba la más mínima importancia a su amenaza.

Uno de los Espinas dijo algo en árabe.

—Sería malgastar munición —comentó Sophia a sangre fría—. Dejad que sea el desierto el que se encargue de ellos. Y tampoco me acercaría a ninguno de los dos con una daga, porque saben muy bien cómo utilizarla. El sol se encargará de ambos.

Etta contuvo el aliento. Le dolía todo el cuerpo y, además, había algo que la alarmaba, aunque los Espinas se mostraron de acuerdo con Sophia.

Pasaron varios minutos hasta que el sonido de sus pasos se desvaneció del todo. Etta respiraba por la nariz y soltaba el aire por la boca para no vomitar.

«He fallado. He fallado... Mamá, perdóname...».

«Tengo que levantarme...».

—¡Etta! —le gritó Nicholas—. ¡Etta, despierta! ¡Etta!

La muchacha respiró hondo. Aún temblaba de miedo.

«Estás bien y él también está bien. Estás bien y él también está bien...».

Siempre podían perseguir a los Espinas y a Sophia, cabalgar a galope tendido hasta que recuperaran el astrolabio.

—¡Henrietta! ¡Señorita Spencer! ¡Maldita sea, como no te despiertes ahora mismo...!

Oyó el chasquido de un látigo, el gruñido de unos camellos. No tenía por qué mirar para ver que aquellos cabrones estaban asustando a *Daisy* y a la montura en la que Nicholas había llegado hasta allí para que no pudieran salir tras ellos. Así que, en efecto, tenían intención de dejarlos allí tirados.

—Etta...

Fue la nota de desesperación de la voz de Nicholas lo que hizo que, por fin, se incorporara. Y lo hizo tan de repente que el joven se sorprendió.

—¿Estás bien? —le preguntó a Nicholas. Le dolía la garganta.

—Saldré de esta, pero... —respondió mirando hacia otro lado—. Maldita sea, lo siento mucho. Con lo rápido que hemos cabalgado para llegar aquí...

—¿Hemos? —le preguntó la muchacha mientras comprobaba lo fuertes que tenía atadas las muñecas. Aunque el Espina había hecho un nudo, se había dado tanta prisa que no lo había asegurado bien. Se liberó la mano derecha deslizándola por la atadura de seda y, cuando acabó, soltó un suspiro de alivio—. Entonces, ¿Hasan está aquí?

—Venía conmigo, pero su caballo se ha torcido una pata y ha tenido que volver a Kurietaín. Lo siento muchísimo. Te juro que esto no va a acabar así. Volveremos a Damasco y... —Sus palabras estaban cargadas de fuego, pero no se atrevía a mirarla a los ojos—. Como si tengo que recorrer todo Nassau para encontrar el pasadizo por el que llegaste...

—¿Harías eso por mí?

Por fin, Nicholas la miró.

—Ni te imaginas las distancias que recorrería por ti.

A pesar del dolor, a pesar de todo lo que había sucedido, sonrió levemente.

—Conmigo.

—Ven —le dijo él con ojos reverentes—. Ven aquí. Ven.

Etta no confiaba en que sus piernas fueran a sujetarle, así que recorrió a gatas la pequeña distancia que los separaba. Un acceso de felicidad le hinchó el pecho y a él se le iluminó la cara cuando la tuvo tan cerca. La besó.

—Desátame, por los siete infiernos.

Etta resopló y se agachó por detrás de él. Nicholas se inclinó hacia delante para facilitarle la tarea.

Con él, el Espina había hecho una labor más concienzuda. El nudo flotaba frente a ella, que empezaba a notar que se le oscurecía la visión por los lados. Parpadeó y se inclinó hacia delante porque sintió algo cálido y húmedo a la altura del pecho.

La camisa de Nicholas se estaba manchando de sangre por delante. Etta empezó a sentir su corazón en los oídos.

—Se te ha... se te ha abierto la herida. Ten cuidado.

Nicholas abrió los ojos como platos cuando le miró el hombro. Ella bajó la vista y se llevó la mano a un sitio en el que sentía un segundo y vibrante pulso.

«Un disparo», pensó mareada. «Pero ¿cuándo?».

—¡Etta!

Sintió una descarga de electricidad en la base de la columna que le abrasó la espalda y la desgarró por dentro. El aire crepitó y siseó contra su piel y...

Veintidós

En ese primer momento, después de que Etta desapareciera, disuelta en un millón de granitos de resplandeciente arena, Nicholas sintió como si se quedara sin sangre en el cuerpo.

Le resultaba imposible respirar.

Le resultaba imposible moverse.

Quizá..., si se quedaba muy quieto, el momento se... Etta volvería...

Aún sentía el calor de ella cuando la había tocado, por mucho que la sangre empezase a enfriarse en su camisa. Sintió los labios de la muchacha contra los suyos como si aún estuvieran allí. Tenía la sensación de que el aire, que estaba muy caliente, estaba haciendo que se le encogiera la piel y le tirase en el pecho. Ella...

«Se ha ido».

Era el único pensamiento que su cabeza era capaz de esbozar con claridad de entre todos los que inundaban sus sentidos.

«Se ha ido».

Había desaparecido del todo, como si se hubiera convertido en nada... como si...

«Dios, no... Por favor, Dios, no...».

Nicholas dejó que su peso resbalase por el estuco, incapaz de permanecer de pie, pues le dolía tanto la espalda que le daba la impresión de que la columna se le hubiera convertido en agua. En parte, era consciente de que estaba temblando y, de pronto, notó que su hombro chocaba contra el suelo. Se atragantó con la arena y el polvo, con la incredulidad. El sonido que salió de aquel sitio oscuro y roto en pedazos fue angustioso, furioso, inhumano.

«Muerta».

Cerró los ojos con fuerza y también las manos.

«Está muerta».

Sophia se había llevado el astrolabio y, después...

«Etta está muerta».

Estaba... Por Dios bendito, había sido igual que con Julian..., desde la manera en que la luz la había roto en pedazos de dentro hacia fuera, hasta el chasquido de energía que, como un trueno, había notado cuando el pasadizo de Damasco se había venido abajo debido a su pérdida...

Aulló. Dejó que la furia se escapara de su interior hasta que, él también sintió que se rompía en pedazos. La luz del sol iba cambiando de posición en el suelo, marcando el paso de las horas, y él no podía hacer nada sino observar y pensar en el cabello de ella, manchado de sangre, en la cualidad espectral de su piel mientras la muerte la reclamaba.

Cuando dejó de sentirse como si estuviera congelado, Nicholas empezó a deshacer lo que quedaba del nudo. La herida del costado le tiraba, le dolía el hombro y la cabeza no dejaba de llevarle hacia atrás, hacia ese momento indeseado. La frente de Etta se había resquebrajado, como si oyera algo que él no oía. Y había sentido dolor, Nicholas lo había visto en su rostro, lo sabía por la manera en que le había clavado los dedos en las muñecas, como si pretendiera atarse a él. Había puesto los ojos en blanco y se había quedado totalmente quieta...

¿Sabía ella lo que estaba sucediendo?

Por fin, la seda se desanudó por el esfuerzo que había estado haciendo con el dedo gordo y le resbaló por la muñeca mientras se caía. Los músculos se quejaban, protestaban, mientras se levantaba y se apoyaba en la pared. Evitó mirar la sangre que había en el aquel suelo tan antiguo.

Observó por el ventanuco cómo el sol se retiraba, se ponía, y el odio empezó a endurecerlo por dentro hasta que, por fin, se dejó llevar por el impulso. Cogió un pedazo de estuco y empezó a golpearlo contra el suelo, a hacerlo añicos, hasta que, de repente, vio algo.

Un pendiente.

Lo cogió antes de que la sangre lo manchara, y lo hizo con tanta fuerza que notó la perla en la palma, el pinchazo del cierre..., e intentó encontrarla de nuevo en su interior, aferrarse al recuerdo de su rostro cuando la había visto por primera vez en el Ardent.

Tanto esfuerzo para nada. Todo lo que habían pasado para nada.

¿Por qué estaba tan sorprendido? ¿Cómo había pensado que la vida iba a ofrecerle algo sencillo cuando, a lo largo de la misma, lo único que había hecho esta había sido despojarlo de todo? Y, cuando por fin había decidido que el riesgo merecía la pena, cuando había decidido recorrer un camino que jamás había pensado que sería el suyo, cuando se había sentido preparado para irse con ella... La habría seguido al fin del mundo.

Sin embargo, la había matado. Había fallado el tiro que iba dirigido al Espina que tenía delante y había dado en el cuerpo pequeño de la muchacha.

Había permitido que Etta le cambiara los planes y había empezado a replantearse su futuro, a considerar que cabía la posibilidad de que existiera otra especie de libertad. Ella le había infundido toda aquella vida nueva y él se la había robado al mundo. Había silenciado su talento y su encanto, su corazón indomable y valiente.

«Para esto».

Tanto esfuerzo para esto. El tacto frío e insensible de la muerte, de la decepción y de la pena. Nicholas sintió envidia de su yo pasado, el jovencito que existía fuera del espinoso nudo del tiempo. El que no se había convertido aún en polvo.

Se puso de pie. Veía chispas de luz, destellos de color. Sentía la cabeza tan ligera que tenía la impresión de que estuviera saliendo de su cuerpo, flotando, alejándose,

perdiéndose en la noche. ¿Acaso estaba mal desear que así fuera? Escapar de aquella... de aquella...

Nicholas empezó a bajar las escaleras, despacio, pasito a pasito, en mitad de la oscuridad fría, hasta que llegó a la planta baja y salió al desierto. Tal y como esperaba, su caballo no estaba, y tampoco los suministros de agua y comida que llevaba en él.

Una vez más, la rabia reemplazó su atontamiento e inundó su cuerpo con una furia que lo volvió irreconocible hasta para él mismo. Aunque no fuera Sophia la que había disparado, era culpable, en parte, de lo que había sucedido. Juntos, los tres, habrían sido capaces de derrotar a los Espinas, pero se había puesto en contra de ellos dos en el peor momento. La mataría, por mucho que fuera su prima, por mucho que fuera una mujer. Cuando llegara el día, cuando la encontrara, la llamaría por su nombre y la mataría. Por mucho que fuera marinero, sabía cazar. No pararía hasta que la encontrara.

Se sentó en la entrada y se apoyó contra la pared. Respiró el aire de la noche. Era seco y árido, igual que la noche anterior, cuando Hasan y él habían acampado durante unas pocas horas para descansar.

Dios. Iba a tener que explicarle aquello a Hasan. Vendría a buscarlos, a buscarle a él, cuando no los encontrara por el camino.

Cerró los ojos. Respiró y notó que, de tan agrietados que los tenía, empezaban a sangrarle los labios.

No podía sino esperar a Hasan para, al menos, buscar la manera de salvar a la madre, ya que no había conseguido salvar a la hija. El enfado que le producía la sensación de impotencia se expandía por su interior como una gota de tinta sobre un papel hasta que también absorbió a la madre de Etta. Para empezar, la mujer debería haber protegido a su hija. De haberlo hecho, la muchacha estaría tocando en su debut, estaría a salvo, a cientos de años de aquel desierto vasto y asfixiante.

La luna estaba llena y brillaba justo encima de él, pero Nicholas cerró los ojos porque no quería verla. El sueño vino a buscarlo enseguida, en silencio, lo que lo dejó confuso y desorientado cuando se despertó con las primeras caricias de la luz.

Entonces, claro está, recordó dónde estaba y volvió a sentirse vacío. No podía moverse, así que no lo intentó. No podía pensar, así que no lo intentó. Observó los juegos de luces sobre las colinas arenosas, las tumbas, y se sintió tan rígido y lento como si acabara de salir de una de ellas.

Unas horas después, aún por la mañana, una pequeña familia pasó cerca montados en camello. Su aparición resultó tan repentina que Nicholas no tuvo claro que no se trataba de un espejismo hasta que el hombre que iba delante, el más mayor, se dirigió a él. Nicholas mantuvo la mirada baja, con las manos entre las piernas, y las palabras del hombre, en un idioma que desconocía, le pasaron de largo. El hijo más joven, después de consultar con su padre, se deslizó por el lateral del camello y le llevó una pequeña porción de carne seca y agua.

Sorprendido por aquel acto de amabilidad, Nicholas se las ingenió para darle las gracias con un asentimiento. El padre levantó la mano a modo de respuesta y, después, llamó al chico.

Aunque no tenía ni sed ni hambre, bebió y comió y no se sorprendió al ver que ni lo uno ni lo otro le llenaba el vacío que sentía en lo más hondo de su ser. En las horas siguientes, llegó a la conclusión de que había malinterpretado el comportamiento de Hall después de la muerte de Anne. Las interminables noches bebiendo, de triste diversión, no habían sido para atontar sus sentidos, ni para apagar su dolor, sino que habían sido vanos intentos de llenar la nada que le carcomía por dentro, que devoraba todos sus sentimientos.

Se le puso rígida la espalda de pasar tantas horas en la misma postura y, en un momento dado, se obligó a estirarse para que no le dolieran tanto las articulaciones.

«Nunca oiré cómo toca».

Se llevó una mano al pecho y apretó, con fuerza, para ver si conseguía deshacerse de lo que fuera que le apretaba el corazón.

O... quizá sí... Si encontraba el astrolabio... El pensamiento hizo que sintiera como si tuviera una colmena de abejas atrapada bajo la piel. Podría volver atrás o, mejor dicho, ir hacia delante. ¿Podría advertir a Etta para que tuviera cuidado con Sophia y no entrara en el pasadizo?

Le había dicho a Etta que no podía salvar a Alice; pero, en aquellos momentos, entendía por qué, al principio, la muchacha se había negado a creerse sus palabras. Etta debía de haber querido salvar a esa mujer con todas sus fuerzas.

«Querría que lo destruyeras».

¿Se podría hacer? Si impedía que Etta viajara la primera vez, la muchacha jamás habría tenido que afrontar la búsqueda del astrolabio. ¿Lo desharía todo esa acción y los dejaría en el punto de partida? ¿Habría vivido ya el tiempo aquella historia con ellos? ¿Estarían inmersos en un bucle infinito de tristeza?

¿Lo convertiría eso a él en otro Cyrus Ironwood?

¿Cómo lo haría el viejo, lo de cambiar el pasado sin impedir que Etta encontrara el único objeto que le permitiría cambiar ese mismo pasado? ¿Qué era lo que se estaba perdiendo? ¿Dónde estaba la lógica?

Se preparó para pasar la noche, así que se abrazó el pecho, donde sentía aquellas puñaladas internas. Tenía que pensar en qué iba a decirle a Hasan, en cómo iba a pedirle perdón por haber fallado hasta tal punto a los Linden, a la línea temporal.

Pero la noche cayó de nuevo sobre el desierto y sobre él y Hasan seguía sin aparecer, por lo que Nicholas empezó a sospechar que no solo le había costado una vida al mundo, sino dos.

A la mañana siguiente, la figura se alzaba en el horizonte como el sol, como una lejana mancha blanca que iba haciéndose más grande a medida que se acercaba por

entre las colinas. Por primera vez en varios días, Nicholas sintió que algo se movía en su interior, lo que despertó esa parte de su ser que había mantenido contenida para no asfixiarse con ella.

«Hasan».

Por fin.

Un jinete y dos caballos. Se fijó bien en el jinete. Hacía tiempo que no enfocaba, por lo que entrecerró los ojos, se los protegió del sol, y no tardó en darse cuenta de que no se trataba de un hombre, sino de una mujer.

Una mujer con el pelo como el oro.

El corazón empezó a latirle a toda velocidad mientras se enfrentaba a la incredulidad.

«Etta».

No era un espejismo, porque oía el bufido de los caballos y el olor del sudor espumoso de su cuerpo, solo que...

Ahora que estaban cerca, más cerca, Nicholas se fijó en que el rostro de la mujer estaba tostado por el sol y que en él se veían, ligeramente, el paso de la edad y la sombra de la experiencia. Los ojos con los que lo miraba por encima del pañuelo eran agudos, diamantes, no pedazos de cielo. La mujer miró alrededor de Nicholas, levantó la vista hacia el segundo piso y debió de darse cuenta de lo que había sucedido.

«Rose».

Se trataba de Rose, la Rose que Etta había conocido, la que la había criado. De alguna forma, por imposible que pareciera, allí estaba, y a Nicholas empezó a hacérsele jirones el corazón. La mujer había escapado de los secuaces de Cyrus Ironwood, había viajado sola por el desierto y, ahora...

Era la misma joven que le había lanzado la daga a su hija con tantísima precisión en el bazar, la que llevaba años siendo más astuta que los Ironwood, por mucho dinero y recursos que tuvieran estos. Estaba, a un mismo tiempo, impresionado y enfadado con ella por haber permitido que su hija corriera tantísimos peligros. Debía de haber cabalgado por el desierto, al menos, a la misma velocidad que él.

Y para nada.

«Es demasiado tarde».

La observó, con el pendiente agarrado con fuerza en la mano, mientras se acercaba poco a poco a él. Vestida como un hombre, con su caballo, parecía una superviviente, una luchadora, y era algo por lo que la respetaba muchísimo. Entonces, la mujer sacó una pistola de una de las alforjas y le apuntó.

«Ojalá lo hicieras».

Nicholas se puso de pie despacio, porque no quería sobresaltarla. No le salían las palabras. Con la mirada rápida que le había echado en el zoco, con la fotografía en la que la había visto, le había bastado para apreciar lo que se parecían madre e hija. La suya era una belleza fresca, serena, con los rasgos afilados por el paso de los años. La

apariencia de Etta te sorprendía nada más verla, como las primeras flores de primavera. Al joven le temblaban las manos ligeramente cuando las levantó y dio un paso adelante.

Las palabras de Rose cortaron el aire:

—No te acerques más.

Nicholas se detuvo donde estaba. Le dolían los brazos del esfuerzo de mantenerlos levantados. Iba a ser ella la que se acercara a él, y lo haría con cuidado. El joven entendió que se lo dictaba el instinto.

Rose desmontó con suma facilidad. Tal y como lo miró, Nicholas sintió que tenía que ponerse de rodillas e implorarle que le perdonara.

—Estoy buscando a una chica —dijo Rose.

—A Etta. —A Nicholas apenas le salió el nombre.

La mujer achinó los ojos.

—¿Dónde está?

Nicholas tragó saliva e intentó aclararse la garganta, que no solo tenía seca, sino destruida.

—Se ha ido.

Era la primera vez que decía las palabras en alto, y estas cobraron permanencia, se solidificaron. Nicholas se ahogó con ellas.

—¿Ha usado el astrolabio?

Al joven le pareció que Rose abría los ojos de par en par, pero quizás hubiera sido un efecto de la luz.

—¿No lo ha destruido?

Nicholas negó con la cabeza.

—Se lo han llevado una Ironwood y dos Espinas.

El rostro de la mujer lo recorrió una tempestad de emociones. La incredulidad se convertía en furia y esta en desesperanza. Igual de rápido, cogió aquellos sentimientos y los escondió tras una mirada de acero y unos labios fruncidos.

—Cuéntamelo todo, sin dejarte nada en el tintero.

Nicholas intentó explicar las piezas del rompecabezas que era posible que ella desconociera y tuvo que hacerlo con aquella garganta árida y dolorosa. Rose absorbía sus palabras y las empapaba de tal manera que, en un momento dado, al joven le pareció que estaba a punto de estallar.

—¿Cómo escapaste? —le preguntó Nicholas—. Etta temía por tu vida.

—¿Pensabais de verdad que soy incapaz de escapar de unos cuantos Ironwood? —La mujer sacudió la cabeza—. Me liberé la primera noche, pero no podía llegar aquí antes, o me habría cruzado conmigo misma.

—Intentó hablar contigo en el zoco —Nicholas volvía a sentirse furioso— y tú, sin embargo, en vez de escucharla, la atacaste.

—Era una yo veinte años más joven. Llevaba meses huyendo de los Ironwood y de los Espinas, no podía confiar en nadie. —Por fin, bajó el arma—. Me di cuenta

años después, cuando Etta empezó a crecer.

Nicholas no podía echárselo en cara.

—¿Por qué no le contaste la verdad desde el principio? Acerca de su verdadera familia..., acerca de lo que era capaz de hacer.

A la mujer le cambió el semblante y Nicholas se preguntó si se habría metido en terreno prohibido, pero, por fin, respondió:

—Etta tenía que ser como una pizarra en la que aún no se ha escrito nada para que esto saliera tal y como yo quería.

«Tal y como yo quería».

A Nicholas se le pusieron de punta los pelos del cogote, como si algo de lo que acababa de oír le resultara familiar.

—No debía tener entrenamiento, de lo contrario, habría tomado otras decisiones a lo largo del camino. En una ocasión, me crucé con un viajero, uno proveniente de una época futura respecto a la de Etta, y me advirtió de lo que sucedería si yo permitía que algo cambiase, si Etta no destruía el astrolabio.

«Dios mío...».

—¿Quién era?

—Eso no tengo por qué contártelo. No tengo por qué darte explicaciones. Lo que hice..., lo que tuve que hacer..., lo hice para asegurarme de que mi hija viajaba y encontraba el astrolabio. ¿Cómo ha podido suceder esto? Estaba todo planeado..., todo. Todo tenía que ser como iba a ser... para que nos salvásemos de ese futuro. Lo he sacrificado todo, eliminé todas las complicaciones... —Tomó aliento, agitada, y se llevó un puño al pecho, a la altura del corazón—. Incluso Alice..., no habría llegado tan lejos de haber sabido que sucedería esto. Y, ahora, Alice está...

Nicholas se puso recto. Las palabras de la mujer estaban empezando a correrle por las venas como si fueran veneno.

—¿Lo de Alice... fuiste tú? ¿No fue uno de los Ironwood, tal y como sospechaba tu hija, sino tú? —pronunció las últimas palabras cargadas de ira y vio el dolor, crudo, en la cara de la mujer, aunque solo durante unos instantes—. Esa mujer que con tanto cariño te trató, que te llamaba Rosie, que os protegió a ti y a tu familia... ¡Has matado a la única persona que se preocupaba de verdad por tu hija!

Si Etta se hubiera enterado de aquello, la habría destruido por dentro. Se sintió agradecido, aunque fuera por un mero instante, de que la muchacha no estuviera allí para enterarse de quién había sido la artífice de la muerte de la persona a la que más quería.

Rose echaba chispas por los ojos.

—¡Eso es lo que significa ser un viajero! ¡Cuando sirves al mundo, y no a ti mismo, debes tomar decisiones complicadas en extremo! Ahora, Cyrus destruirá el futuro, ¿entiendes? Un viajero me advirtió de ello, de que tendrá lugar una guerra que no se parecerá a nada de lo que conocemos, de las deudas que se contraerán y de los contratos que se firmarán. Cyrus manejará a hombres poderosos, a reyes... ¡Etta tenía

que viajar! ¡El mundo, el propio tiempo, necesitaban que destruyera el astrolabio! ¡Y si tengo que justificarme ante ti, explicarte mis motivaciones, es que no eres digno de la habilidad que posees!

¿Cómo podía parecerle bien a aquella mujer asesinar a personas para perseguir fines? ¿El asesinato de una anciana a la que su hija había querido casi por encima de todo? Entendía lo importante que era salvaguardar la línea temporal e impedir que Cyrus Ironwood consiguiera poder. Pero aquel engaño, el asesinato de una persona querida, la manipulación abyecta de su pobre hija... que había desembocado en la muerte de la misma... hacía que Nicholas se preguntase si, en vez de sangre, Rose tenía agua helada corriendo por las venas. Incluso después de lo sucedido, la mujer hablaba con una calma que lo encendía, así que el joven tuvo que esforzarse por no saltar.

—¿Cómo puedes ser tan insensible con la vida de tu hija?

Rose le lanzó una mirada envenenada.

—Te aseguro que no lo soy.

—Ha... ha desaparecido para siempre... y tú te quedas ahí, hablando de ella como si... como si lo único que te importara fuera lo útil que te resultaba. —Apenas le salían las palabras—. ¿Por qué...? ¿Por qué...?

—¿Que ha desaparecido para siempre? —lo interrumpió Rose—. Cuéntame qué ha sucedido, punto por punto.

De alguna manera, Nicholas se lo contó como pudo, pero palabra por palabra, por muy agónicas que le resultaran. Aun así, era un cobarde, porque, durante el relato, no se atrevió a mirar a la mujer a la cara.

—Cuando un viajero muere, no desaparece —le dijo Rose con el ceño fruncido y mientras le acariciaba el flanco a su caballo—. Si mi hija hubiera muerto, su fallecimiento habría provocado tal descarga de energía que el pasadizo de Damasco se habría desmoronado mientras el tiempo se encargaba de enmendar su presencia antinatural en esta época. Pero el pasadizo no se ha desmoronado porque, de lo contrario, yo no habría podido pasar por él.

A Nicholas le latía con tanta fuerza el corazón que hasta le dolía, tanto que se quedó sin aire.

—¿Es... es eso cierto?

—Yo diría que se ha quedado atrapada en una arruga. Lo que hayas oído, sentido o visto, habrá sido el tiempo ejerciendo su poder para impedir que Etta esté aquí cuando la nueva línea temporal tenga efecto. Solo los viajeros pueden afectar a ese tipo de cambios. Los Espinas, esos que dices que eran guardianes, en realidad, eran viajeros, ¿no?

El joven asintió. Si era cierto que habían seguido a Sophia tal y como esta los había seguido a Etta y a él, tenían que serlo.

—En ese caso, su presencia aquí ha provocado el cambio. No debían de ser parte del acontecimiento original, la versión de la línea temporal en que se destruye el

astrolabio.

—Y ¿por qué no cambió de inmediato cuando los otros lo cogieron?

—Porque seguía existiendo la posibilidad de que fuera destruido y el tiempo se habría corregido a sí mismo de la mejor manera posible para suavizar el imprevisto acontecido en la línea temporal por su presencia.

A menos que Sophia hubiera planeado irse con los Espinas para destruir el astrolabio o que existiera la posibilidad de que el artefacto sufriera algún daño o se perdiera camino de Damasco, Nicholas no entendía cómo aquello que explicaba Rose era posible.

—Si el viajero que me advirtió está en lo cierto, la alteración de la línea temporal será catastrófica. Tenemos que estar preparados para ello.

—¿Qué implica todo eso para Etta?

—Ella ha debido de ir al último acontecimiento común antes de que la línea temporal cambiara, sea donde sea.

—¿Por qué no te ha afectado a ti? ¿O a mí?

—Porque ambos nacimos antes del año del que estamos hablando.

Nicholas sacudió la cabeza, intentando desembarazarse de aquella fútil esperanza que quería apoderarse de él.

—Pero... eso es lo que pasó con mi hermanastro cuando murió... Se cayó y se mató.

Rose enarcó una ceja.

—En ese caso, cabe la posibilidad de que él también sobreviviera, pero que no lo sepas.

«De que sobreviviera».

Nicholas no había llorado desde que era niño y era incapaz de recordar lo que era un lloriqueo, pero supuso que debía de ser lo que le estaba sucediendo en aquel instante. Parecía ser la única explicación para aquella presión que sentía en su interior, que lo arrastraba como una ola. Le sorprendió lo fuerte que era aquel sentimiento.

—Entonces, ¿Etta no está...? —Las palabras lo sacudieron en cuanto las pronunció—. ¿Y él tampoco está...?

—En cuanto a mi hija, yo diría que sigue viva. Lo de la herida parece grave, pero no mortal, sobre todo, si ella consigue ayuda. No sé más.

—¿Puedes ayudarme a dar con ella? No sé cómo vamos a hacerlo. ¿Dónde está?

La expresión de la mujer cambió.

—¿Quién eres para ella?

—Soy quien va a protegerla siempre. Soy quien va a llevarla a casa.

Rose esbozó una sonrisa pequeña, que se parecía tantísimo a la de Etta que Nicholas tuvo que contenerse para no echarse a temblar.

—¿Cómo te llamas?

—Nicholas. Nicholas Carter. —Hizo una pequeña reverencia por muy enfadado y disgustado que estuviera—. A tu servicio.

Parte de la expresión de hielo de la mujer se derritió con una nueva sonrisa.

—¿Lo dices en serio?

—¿A qué te refieres? —preguntó Nicholas—. Toda ayuda sería bienvenida. Por favor, tan solo pretendía...

Rose levantó una mano.

—Si pudiera decirte exactamente dónde está, lo haría. Lo único que falta por hacer es corregir los pequeños desajustes que haya habido en la línea temporal, pues hay que dar por hecho que el astrolabio lo tendrá Cyrus, y buscar pruebas de adónde ha podido lanzar la línea temporal a Etta. Podría ayudarte a encontrar a Etta, pero tú tendrías que ayudarme con lo de Cyrus. Doy por hecho que sabes por dónde empezar.

—¿Será suficiente con arrebatarle el astrolabio al viejo?

—Solo si lo haces antes de que lo use. Dime que estás preparado. De lo contrario, me estás haciendo perder el tiempo.

—Lo encontraré —respondió a toda prisa. Lo más probable era que fuera capaz de seguir el rastro de Sophia—. Gracias.

Rose montó.

—Entonces, nos separamos aquí.

—¿Cómo podré enviarte mensajes? Cuando consiga el astrolabio, ¿cómo sabré por dónde empezar a buscar a Etta? No volverá a esta época, ¿no?

—No, claro que no.

Rose desató el otro caballo y le tendió las riendas. Después de lanzarles una mirada de exasperación a sus alforjas, cogió una de ellas y se la entregó al joven. Nicholas sintió una punzada en su orgullo, pero no hizo sino mantenerse erguido.

—Tengo que volver a mi presente —le comentó Rose—, o, al menos, al de Etta, para ver qué acontecimientos han cambiado e intentar precisar el último punto común entre la línea temporal antigua y la nueva. ¿Podrías reunirte conmigo en Nassau, en 1776..., digamos en una semana?

Sería sencillo seguir de vuelta los pasadizos que Etta y él habían tomado y llegar a 1776. Pero, teniendo en cuenta el año, ambos tendrían que viajar hasta la isla desde Nueva York. Se tragó su frustración.

—Será mejor que pongamos un plazo de un mes.

Si es que no la encontraba él antes.

«Pienso contarle la verdad acerca de lo que hizo su madre».

Y, muy posiblemente, destruir su mundo una vez más. Ahora bien, merecía saberlo. Tenía que ir al timón de su vida, no ser una pasajera, una y otra vez a merced de su madre.

Rose asintió y movió su caballo para dirigirse hacia la ciudad.

—Deberías tener en cuenta que, a mi entender, no vamos a ser los únicos que estén buscándola.

—Lo sé —respondió Nicholas—. Si Sophia no le lleva el astrolabio a Cyrus, este supondrá que se ha fugado con él.

—Así es, pero yo me refería a los Espinas. Su líder, Henry Hemlock, podría empezar a buscarla también.

Por Dios, aquello se volvía más fangoso por momentos.

—Entendido.

Rose esbozó una sonrisa tristonera.

—No, no creo que lo entiendas. Es un personaje muy poderoso, mucho más rico y astuto de lo que parece. Y, además, es el padre de Etta.

Nicholas sintió como si su cabeza se quedase vacía de pensamientos, como si estos hubieran salido volando a los cuatro vientos.

—Buena suerte, Nicholas Carter. No me decepciones —le dijo mirándolo por encima del hombro, girada a lomos de su caballo—. Nos vemos dentro de un mes en Nassau, en la taberna Three Crowns.

El joven asintió y agarró con fuerza las riendas de su caballo. Ella espoleó al suyo hasta que lo puso a medio galope y, después, a galope tendido. Hasta que la mujer no desapareció de su vista, no soltó todo el aire que tenía comprimido en su interior, y se dejó caer de pies y manos. De su rostro caían gotas de sudor y lágrimas. Se sacudió, tosiendo, riendo, mientras presionaba la frente contra la arena, intentando gobernar las salvajes corrientes desatadas en su interior.

—Estás viva. Estás vivo.

¿Ambos? ¿Estarían vivos tanto Etta como Julian? No era capaz de domar la esperanza que empezaba a hincharle la espalda como si fuera una vela. Si Julian también estaba perdido, lo único que tenía que hacer era dar con él.

El caballo que le había dejado Rose lo observaba con un desinterés sereno. Fue hacia él y estiró la mano en dirección al animal que, al cabo de unos instantes, se sintió lo bastante cómodo como para permitirle que le tocara el morro. Nicholas empezó a acariciarlo; la cabeza, las crines negras. Sus pensamientos se habían descongelado.

Etta estaba viva, pero no estaba segura. No tenía nada ni a nadie; estaba sola.

Pero no sería así durante mucho tiempo.

Lo invadió una oleada de propósitos mientras se aupaba a la montura. Llevaría a aquella criatura, que estaba exhausta, al oasis, donde le permitiría que descansara y bebiera antes de salir en busca de Hasan. Si seguía vivo, era posible que el muchacho supiera algo acerca de los demás pasadizos de aquella época y, luego..., pues iría enfrentándose a los retos cuando surgieran.

Nicholas acababa de alcanzar la cima de una colina justo cuando vio otro jinete abriéndose paso por entre las ruinas de la ciudad. Aquella túnica roja suya era inconfundible, incluso desde aquella distancia. Se quitó otro peso de encima y dejó de sentir el pecho tan tenso como la piel de un tambor.

—¡Hasan!

El viento le ayudó, pues llevó su voz hasta el otro hombre, que montaba un animal diferente que cuando habían tenido que separarse.

—¡*Baha'ar!*

Nicholas se emocionó al darse cuenta de que el muchacho se sentía igual de contento que él de verlo. Hasta que no estuvieron a tiro de piedra el uno del otro, Hasan no cayó en la cuenta de que Nicholas estaba solo.

—Pero ¿dónde...? —Tenía tan abiertos los ojos que parecía que fueran a salirse.

—Ha desaparecido —le respondió a toda prisa el joven mientras le cogía con fuerza del brazo—. Te lo explicaré todo por el camino lo mejor que pueda. Me temo que voy a tener que abusar de tu hospitalidad una vez más cuando estemos en Damasco. ¿Dónde has estado? ¿Pensaba que te habías perdido en el desierto!

—Amigo, me halaga tu preocupación. —Lo cual era evidente—. Cuando nos separamos, me vieron tres beduinos y me proporcionaron cierta ayuda.

Por lo que Nicholas había deducido de lo que le había ido contando Hasan, aquellas tribus tenían un espíritu tan fiero que era mejor no provocarlos y estaban compuestas por familias nómadas que vivían en consonancia con la tierra que habitaban, tomando de ella solo lo imprescindible para mantenerse y llevando una vida muy humilde. De hecho, Hasan le había recomendado evitarlos por completo.

—¿Estás bien?

Aunque la disposición alegre del muchacho se había apagado un poco, parecía que estuviera bastante entero.

—Les estoy tremendamente agradecido por la amabilidad que me han demostrado dejándome uno de sus caballos. Tenemos que volver con ellos cuanto antes.

—Por supuesto —respondió Nicholas, enfilando ya el camino hacia la ciudad.

—Y, por cierto, querido amigo, tienen una cosa que yo diría que te pertenece y que seguro que quieres recuperar.

Aquella tribu de beduinos había acampado cerca de un punto intermedio entre Palmira y Kurietaín, aunque estaba preparándose ya para volver a la primera, al gran oasis de la ciudad.

A algo menos de kilómetro y medio de una agrupación de tiendas bajas, varios hombres montados en camello se dirigieron hacia Nicholas y Hasan. El grupo levantaba una gran polvareda. La demostración fue impresionante y un tanto aterradora, una efectiva muestra de fuerza con la que proteger lo suyo.

Hasan los saludó y les sonrió abiertamente, sonrisa que enseguida le devolvió el hombre que había dirigido la carga. Nicholas sacudió la cabeza. Aquel muchacho era incorregible, ¡hacía amigos allí donde fuera! Era un caso crónico de bondad que lo habría convertido en el hazmerreír de Nueva Inglaterra. Ni siquiera aquellos hombres, que no había duda de que eran guerreros armados hasta los dientes, eran inmunes a él.

Al principio, le había parecido que aquel lazo que con tanta facilidad habían trabado Etta y Hasan era ilógico, inexplicable, pero ambos tenían esa forma tan sencilla de desarmarte, de abrir puertas que otros jamás habrían pensado siquiera que existían. Era una habilidad que él jamás había tenido y, desde luego, era de admirar.

Los llevaron al campamento de inmediato. Los beduinos hablaban entre sí y a él ni siquiera lo miraron, ni por curiosidad.

Normal, Hasan ya era alguien querido para aquella tribu antes de que lo conocieran a él.

Enseguida entendió por qué el muchacho le había dicho que se había sentido honrado por ellos. Antes de que Nicholas desmontara siquiera, ya estaban ofreciéndole bebida y comida, presentándole a sus esposas e hijos. Un anciano distinguido, cuya túnica era de una categoría algo mayor que la de los demás, salió de una de las tiendas más grandes. Los saludó, pero no con la calidez de los demás, sino con una deferencia que solo se tiene con los invitados de honor.

Hasta que no aceptaron la hospitalidad que les ofrecían y pasaron los rituales de presentaciones y galanterías, el jeque —*sheikh*, como lo había llamado Hasan—, no los llevó hasta una tienda que había a poca distancia de la suya.

Los tres se agacharon un poco para pasar por la abertura que hacía las veces de puerta y Nicholas tuvo que hacer un esfuerzo para no chocarse con los soportes de madera que sujetaban las telas exteriores. El interior no era tan espartano como cabía esperar: el suelo estaba cubierto de alfombras y mantas, y también había cojines.

—Querían seguir su camino —le comentó Hasan, traduciendo las palabras del *sheikh*—, pero tenían miedo de moverla. Nos ofrecen que pasemos la noche con ellos, pero yo creo que sería de mala educación retrasarlos más.

Nicholas asintió para mostrarse de acuerdo. Aquel era un asunto en el que, para empezar, ni siquiera deberían haberse visto envueltos. Se acercó a la figura despacio. Estaba tumbada de espaldas en el centro de la tienda. Era Sophia.

Tenía la cara irreconocible, hinchada y amoratada como si fuera una ciruela madura. La habían desnudado hasta la cintura y tenía tres cuchilladas en el torso que sangraban a pesar de los ungüentos y los vendajes que le habían puesto los beduinos. Le habían cubierto el pecho con una manta.

—La encontraron en el desierto, sin ropa —le explicó Hasan tras acercarse a Nicholas por la espalda—. Dicen que es muy probable que le robaran, la pegaran y la dieran por muerta. ¿Qué opinas, *baha'ar*?

—Opino que es tonta.

Después de tantos años de entrenamiento, debería haber sido más cuidadosa, pero la ambición acostumbraba a ir de la mano de la impaciencia, sobre todo, cuando uno llevaba mucho tiempo esperando lo que creía que se merecía.

—¿Le han hecho daño de alguna otra manera?

Hasan negó con la cabeza.

—Las mujeres aseguran que no la han tocado, excepto por las heridas que ves.

—¿Y no había nadie con ella? ¿Ningún otro cuerpo?

—Nadie.

En ese caso, los viajeros aún tenían el astrolabio y, por alguna razón, habían dado por muerta a Sophia. Aunque no estuviera en posesión de Cyrus Ironwood, los Espinas eran igual de peligrosos y también estaban decididos a conseguir lo que querían. Que se hubieran hecho con el astrolabio había sido suficiente para alterar la línea temporal y dejar a Etta sin época, lo que suponía una enorme variación en la tela del tiempo.

¿Sería suficiente con recuperar el artefacto o destruirlo para restaurar el mundo que conocía la muchacha? Nicholas no estaba seguro, pero, desde luego, sería un comienzo. La determinación se apoderó de él mientras daba otro paso hacia Sophia. Podía hacerlo, ya fuera por tierra, por mar, subiendo montañas o cruzando valles. Podía dar con los Espinas, recuperar el astrolabio y encontrar a Etta.

Y tendría de su parte un recurso con el que no había contado.

Sophia respiró con dificultad. Tenía un ojo muy hinchado y el párpado cerrado del todo; Nicholas consideraba que sería un milagro que no lo perdiera. El otro apenas podía abrirlo una rendija, pero se dibujaba en él su habitual desdén.

Llegaría el momento, que no era aquel y lo más probable es que tampoco fuera en los días venideros, en el que Sophia respondería por lo que había hecho. Por ahora, le resultaba más útil viva que en presencia del Creador.

—Anímate —le dijo—, que tenemos que ir de viaje.

Agradecimientos

Ha sido una bendición trabajar con el increíble equipo de Hyperion durante... ¿¡casi cinco años!?! ¡El tiempo vuela cuando estás pasándotelo en grande! Gracias una y otra vez a Emily Meehan, mi editora, además de a Laura Schreiber y Hannah Allaman, que tanto tiempo pasaron ayudándome a domar esta novela tan rebelde. ¡Os lo aseguro, no fue sencillo! Gracias también a Seale Ballenger, Stephanie Lurie, Dina Sherman, LaToya Maitland, Heather Crowley, Holly Nagel, Elke Villa y Andrew Sansone ¡porque sois la ayuda soñada de un escritor! En cuanto a ti, Marci Senders, ¡eres una diosa de las portadas!

Muchísimas gracias a la extraordinaria correctora Anna Leuchtenberger. ¡Es un placer trabajar contigo! ¡Gracias por cazar todas mis metáforas extravagantes y contradictorias y hacer que quedaran tan bien!

Gracias también a Merrilee Heifetz y a toda la panda de Writers House, que sois lo mejor de lo mejor. Soy muy afortunada por trabajar con todos vosotros. Gracias por cuidar tantísimo de mí y de mis novelitas.

Tengo una enorme deuda con mis fabulosos amigos, que me han dado la confianza y la ayuda que necesitaba para dar forma a mis personajes y a la dirección de la historia. Gracias a la inimitable Sarah J. Maas por haber leído el primer borrador cuando no era más que un panecillo de ideas a medio cocer, además de por darme el empujoncito que salvó esta novela y por pedirme, como siempre, ¡que hubiera más besos! A las brillantes Erin Bowman y Susan Dennard, por darme tan buen consejo acerca de cómo empezar la novela y ayudarme a darle forma después de meses de frustración. Wendy Higgins, eres la joya de la corona de las damas. Muchas gracias por haber leído uno de los primeros borradores ¡y por todo tu apoyo! Kevin Dua, muchas gracias por leerte la novela y darme tus opiniones. Y, como siempre, muchísimas gracias a Anna Jarzab, no solo por creer en mí y en mi novela, sino por estar siempre dispuesta a leer, darme ideas y ayudarme a desenredar las paradojas del viaje por el tiempo ¡que me surgían casi a diario!

Para acabar, siento mucho amor y gratitud hacia mi familia. Para no ponerme muy cursi, solo diré que no habría llegado a ninguna parte sin vuestra ayuda. Mamá, aunque no seas una viajera temporal sin sentimientos capaz de hacer lo que sea para salvaguardar el futuro, eres mi heroína. Gracias por leer tantas y tantas versiones de esta historia y por darme tus opiniones y escribirme notas. ¡Esta novela es para ti!



ALEXANDRA BRACKEN. Nació el 27 de febrero de 1987 y se crio en Arizona, Estados Unidos, pero se trasladó hasta la otra punta del país para estudiar en la Universidad de William y Mary en Williamsburg, Virginia, donde se graduó con una licenciatura en Historia y de Inglés en mayo de 2009.

Desde hace un tiempo vive en Nueva York, donde trabaja en el mundo de la edición y ocupa un encantador apartamento abarrotado de libros.

Publicó su primer libro, escrito como un regalo de cumpleaños, mientras estudiaba y posteriormente inició su primera trilogía: «Mentes poderosas», de la que forman parte, *Mentes poderosas*, *Nunca olvidan* y *Una luz incierta*.

Según *Publishers Weekly*, es una autora novel que hay que vigilar de cerca.